

LOS COMBATES POR LA HISTORIA Y EL SOCIALISMO

ENRIQUE SEMO



CLACSO

**Los combates por la historia
y el socialismo**
Escritos fundamentales

Semo, Enrique

Enrique Semo : los combates por la historia y el socialismo
: escritos fundamentales / Enrique Semo. - 1a ed. - Ciudad
Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-813-392-8

1. Socialismo. 2. Agrupaciones Políticas. I. Título.
CDD 306.345

Otros descriptores asignados por CLACSO:
Marxismo / Izquierda / México

Corrección: Rosario Sofía
Diseño de tapa: Jimena Zazas
Diseño interior: Paula D'Amico
Ilustración de tapa: Nicolás Arispe

Los combates por la historia y el socialismo

Escritos fundamentales

Enrique Semo



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Los combates por la historia y el socialismo. Escritos fundamentales (Buenos Aires: CLACSO, diciembre de 2022).

ISBN-978-987-813-392-8



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Índice

Enrique Semo: combatiente del socialismo y de la historia 9

Elvira Concheiro y Jaime Ortega

I. Textos de teoría y crítica

Ideología, pensamiento científico e historia 23

Filosofía revolucionaria e historia..... 61

Eric Hobsbawm y la posibilidad de una historia marxista 75

Adolfo Sánchez Vázquez y el marxismo en México 97

El mundo desolado de Octavio Paz..... 109

Acerca de la periodización 123

El ciclo de las revoluciones mexicanas 145

II. De una revolución a otra(s)

De los cazadores y recolectoras al colapso del sistema colonial

Cazadores y recolectores..... 191

Las ramas de la economía	227
La conquista sin fin	285
Imperio y mercado internacional.....	295

México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y revolución

Estado laico y nacionalización de los bienes del clero	329
Las raíces sociales del autoritarismo y la democracia en México (1810-1930).....	339
El agrarismo mexicano, un ensayo de estudio comparativo	353
Tres fines de siglo	395

III. El florecimiento de la utopía: 1968, una revolución cultural

México-Berlín-Praga	429
Sus raíces profundas	435
El 2 de octubre, página de una agenda aún vigente	439
La mirada de un historiador.....	445
De reforma democrática a la exigencia de cambio de régimen	455
¿Después de cincuenta años qué?	459
De la Primavera de Praga al Invierno Polaco	465

IV. Viaje alrededor de la izquierda

Esbozo de un principio de negatividad contemporánea	475
Apuntes para una “dialéctica” de la negatividad contemporánea	481
El marxismo y otras izquierdas	487
Un cuarto de siglo en la vida de la izquierda mexicana 1976-2001.....	493
En todo comienzo hay una esperanza.....	511

V. La transformación de México

Violencia descarnada	541
Arnoldo Martínez Verdugo y el gran viraje	557
Primero los pobres.....	567
AMLO y el sistema de movimientos sociales.....	573
Andrés Manuel López Obrador: congruencia y capacidad	577
México a contracorriente	581

VI. El socialismo ayer, hoy y mañana

El juicio de la historia.....	597
Berlinguer, sembrador de esperanzas	625
La caída del modo de producción soviético	631

Socialismo para el siglo XXI (I)	651
Socialismo para el siglo XXI (II).....	655
Socialismo para el siglo XXI (III).....	659
Socialismo para el siglo XXI (IV).....	663
Socialismo para el siglo XXI (V).....	667
Socialismo para el siglo XXI (VI y última).....	671
Sobre el autor.....	675

Enrique Semo: combatiente del socialismo y de la historia

Elvira Concheiro* y Jaime Ortega**

La biografía de un combatiente

Era urgente la aparición de una selección de textos del historiador marxista Enrique Semo. Su compromiso político, vitalidad y capacidad intelectual lo colocaron como una pieza clave de la construcción de la historiografía mexicana del siglo XX, pero también como una importante voz de la tradición marxista latinoamericana. El conjunto de su obra se construyó sobre el eje del compromiso político e intelectual con las causas de la justicia social, la emancipación de la humanidad y la construcción de una sociedad que supere las desigualdades. Su marxismo se configuró coincidiendo con el proceso de renovación teórica de la segunda mitad del siglo XX, y en el cruce con las discusiones que se extendieron en la década de 1970 a

* Coordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO, “Herencias y perspectivas del marxismo”. Investigadora titular en el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades.

** Integrante del Grupo de Trabajo de CLACSO, “Herencias y perspectivas del marxismo”. Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco.

propósito del capitalismo en la región, sobre las que dio un relevante aporte acerca de sus orígenes en lo que hoy es la nación mexicana. En sus últimos trabajos realiza una evaluación de los derroteros de la izquierda, así mismo profundiza en sus estudios históricos sobre el eje de la revisión de la *conquista*, entendiendo con este nombre un proceso inacabado. Su intensa labor se ha extendido durante más de 60 años de actividad política e intelectual, convirtiéndolo en México en el historiador marxista más relevante de las últimas décadas.

Enrique Semo nació en 1930 en la ciudad de Sofía, Bulgaria, en el seno de una familia judía. En 1939, al borde del estallido de la Segunda Guerra Mundial, la familia se trasladó a París y después a Marsella. De la ciudad francesa se trasladaron a Lisboa, Portugal, de donde se embarcaron con rumbo a México. La familia Semo arribó a México en 1942 por el puerto de Veracruz cuando él contaba con apenas once años. Su vida juvenil en México pasa entre libros, la escuela pública y la adquisición de importantes amistades, como la de Friedrich Katz, hijo de connotados comunistas austríacos y, décadas después, un muy cercano colega en el campo de la historia. Pronto su inquietud intelectual lo llevó a los cursos sobre marxismo que exiliados europeos impartían tanto en la entonces Escuela Nacional de Economía como en la Universidad Obrera de México, un centro importante de irradiación del marxismo. Destaca en su itinerario formativo la asistencia a cursos de László Radványi, quien impartió clases sobre *El Capital* de Karl Marx, y de José Luis Ceceña, connotado economista mexicano y antimperialista. Semo desarrolló su primera militancia juvenil en la izquierda judía *Hashomer Hatzair*, organización de raigambre socialista. Entre 1947 y 1948 su padre lo envió a Estados Unidos, al Black-Foxe Military Institute, en un intento por alejarlo de las ideas radicales que por entonces ya seducían al joven. En 1953, viajó rumbo a Israel a conocer la experiencia de los *Kibutz*, que ha valorado por su aporte comunitarista.

A su regreso a México se vinculó, entre 1957 y 1958, al entonces naciente Movimiento Revolucionario del Magisterio [MRM], liderado por el profesor Othón Salazar, que en ese periodo encabezó

un importante proceso de democratización de algunas secciones —entre ellas la capitalina— del sindicato magisterial. En 1960 fundó el círculo de estudios marxista “Ricardo Flores Magón”, al cual concurrieron José Revueltas, Elí de Gortari, Enrique González Rojo, Arturo Bustos y Lina Razo, así como maestros militantes del MRM. También en ese periodo militó por un breve lapso en el denominado Frente Obrero, que dirigió el abogado laboralista Juan Ortega Arenas. Ingresó al Partido Comunista Mexicano [PCM] en 1962, en el que pronto destaca por su colaboración en la revista partidaria *Nueva época* (1960-1970), en la que reseñó materiales inéditos de Friedrich Engels y utilizó la obra de Antonio Gramsci para problematizar la situación de la intelectualidad comunista. En 1964 es electo al Comité Central y participa en la comisión de cultura. Según un documento conservado en los *Archivos de la represión*, la denominada Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales seguía las actividades políticas de Semo, tanto en sus conferencias públicas como en sus diversas tareas dentro del PCM.

Ante la imposibilidad de validar sus estudios de Economía cursados durante su estancia en Israel, en 1962 optó por ingresar a la licenciatura en Historia en la Universidad Nacional, en donde se vinculó con los escasos, pero muy importantes, pensadores marxistas de la época, como lo eran Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez. También influyeron en su formación en este periodo el filósofo Luis Villoro, el historiador de corte weberiano y especialista en la época colonial José Miranda y, sobre todo, Edmundo O’Gorman, el más importante representante del historicismo mexicano. Aquellos años, en medio de una creciente presencia de los comunistas en la Universidad Autónoma de Puebla y la feroz respuesta represiva de la derecha poblana, Enrique comenzó su colaboración en esa institución, con la cual desde entonces se ha sentido muy vinculado.

Junto a otros intelectuales miembros o cercanos al PCM, Semo fundó y dirigió a partir de 1965 *Historia y sociedad*, la primera revista marxista moderna producida en México. En el periodo de

1966-1967 fungió como secretario del Comité del Distrito Federal del PCM, compromiso que lo expuso, en el ambiente represivo del México previo al año de 1968, a sufrir un intento de secuestro, que lo llevó a decidirse por estudiar en la República Democrática Alemana [RDA] un posgrado en la Universidad Humboldt de Berlín. En la Alemania oriental se vinculó con la escuela histórica latinoamericanista comandada por Manfred Kossok y Max Zeuske, obteniendo un doctorado en Historia Económica. En la RDA fue testigo de los efectos de la Primavera de Praga y de la reactivación de los movimientos en contra del autoritarismo en Alemania, mismos que abogan por la construcción de un socialismo democrático. Semo se solidarizó con la Primavera de Praga y en el proceso entrevistó a varios de sus dirigentes; más tarde escribió en favor del naciente movimiento sindical polaco. Pese a la derrota de esos movimientos, refrendó permanentemente su esperanza en la reforma del socialismo.

Regresó a México a mediados del año 1972, cuando el entonces director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Víctor Flores Olea, lo incorporó como profesor. Son años turbulentos en el mundo universitario, signados por las secuelas de las represiones de 1968 y 1971 y el surgimiento de un fuerte movimiento por la democratización de las universidades mexicanas. En la Escuela Nacional de Economía, se produjo entonces un importante movimiento que instaló el cogobierno y posteriormente dio impulso al marxismo en la formación académica de la licenciatura. En esa coyuntura, Semo fundó el Posgrado de Economía, con lo cual la Escuela obtuvo la categoría de Facultad. En ese espacio académico se reunieron importantes profesores, como Sergio de la Peña, Dora Kanoussi, Bolívar Echeverría, Ruy Mauro Marini, René Zavaleta, Teresa Aguirre, entre otras personalidades vinculadas a la tradición marxista.

Durante casi toda aquella década Enrique Semo continuó con la publicación de *Historia y Sociedad*, en la que existe una presencia constante de las fuertes discusiones latinoamericanas de entonces,

tanto políticas como del terreno de la teoría social. Es en entonces cuando su trabajo como historiador comenzó a consolidarse plenamente. En 1973 aparece, en forma de libro, la que fue su tesis doctoral: *Historia del capitalismo en México. Los orígenes, 1521-1763*, que fue traducida a varios idiomas. En español apareció en Editorial Era, después en la editorial cubana Casa de las Américas y en la serie “Lecturas Mexicanas” que lanzó la Secretaría de Educación Pública. El proyecto de un segundo tomo de esa historia quedó trunco debido a la pérdida, en un accidente, de su archivo, sin embargo, una significativa recopilación de sus escritos apareció en 1978 bajo el título *Historia mexicana. Economía y lucha de clases*, en donde se trataron diferentes aspectos de sus preocupaciones teóricas e históricas.

Su liderazgo académico lo llevó a coordinar a un conjunto amplio de especialistas alrededor de la obra *México, un pueblo en la historia*, publicada en 1981, en donde, desde la perspectiva marxista, se presenta en ocho volúmenes una historia de la nación. Este trabajo se desarrolló como parte de su colaboración en la Universidad Autónoma de Puebla, que en ese momento se encontraba bajo la dirección de universitarios del PCM. Semo había arribado nuevamente a la institución poblana en 1979 para fundar el Centro de Estudios Contemporáneos, espacio donde interactuó con personajes como José Aricó, Jorge Juanes, Carlos Schaffer y Enrique Montalvo, entre otros.

Entre los importantes libros de la autoría de Semo que debemos mencionar, se encuentran *La crisis actual del capitalismo* (1975), *Viaje alrededor de la izquierda* (1988), *Entre crisis te veas* (1988), *Crónica de un derrumbe: las revoluciones inconclusas del este* (1991), *La búsqueda* Tomo I y II (2003 y 2004), *México: del antiguo régimen a la modernidad, reforma y revolución* (2012), *La conquista: catástrofe de los pueblos originarios* Tomo I y II (2018 y 2019). Y, en colaboración, *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana* (1977) y *Seis aspectos del México real* (1979). Durante muchos años fue editorialista de revistas y periódicos, entre ellos *Política*, *Oposición*, *Socialismo*, *El Buscón*, *Proceso*, *La Jornada* y *El Universal*.

Renovador del marxismo

Para Enrique Semo el trabajo como historiador fue siempre de la mano de su participación pública. Su militancia y convicción marxista, que le permitía entender al comunismo como un proyecto histórico de emancipación, son bien conocidas. Semo fue parte de una serie de intelectuales que, encabezados por Arnoldo Martínez Verdugo, actualizaron el programa del Partido Comunista Mexicano en las décadas de 1960 y 1970. Esto significó también la renovación del espacio teórico marxista, que se encontraba atrapado entre los teoricismos del “marxismo occidental” (centrado en la epistemología y la dimensión estética) y cierta hegemonía del marxismo soviético.

Aunque hemos mencionado ya su paso por *Historia y sociedad*, no deja de ser pertinente insistir en la importancia fundante de dicha publicación, en la que estuvieron presentes Raquel Tibol, Boris Rosen, Ramón Ramírez, Alberto Híjar, entre otros. En su primera época, la revista tuvo una importante presencia de latinoamericanistas soviéticos con propuestas críticas que se vio acompañada, hacia el final de ese periodo, de un fuerte compromiso con el movimiento estudiantil-popular de 1968. El peso de esa publicación en la historia del pensamiento marxista recién comienza a ser valorado, pero, sin duda, seguirá creciendo.

La aparición de la segunda época de la revista, en la década de 1970, mostró sintonía con los debates del momento, marcados por el lugar de México en la constelación latinoamericana, particularmente con la recepción de múltiples y variados exilios de la región. Los debates sobre los modos de producción, la caracterización del fascismo, así como una revisión, en clave marxista, de las historias nacionales, se convirtieron en la seña de identidad de este segundo momento. Es mentira que fuera hasta la aparición de la *Revista El Machete* en la década de 1980 cuando el comunismo y el marxismo se desprendieron de las versiones escolásticas asociadas al dominio del pensamiento soviético. *Historia y Sociedad*, de la mano de Semo, expresó una tendencia amplia del marxismo que se producía en México e inauguró un espacio de desarrollo intelectual y debates de gran importancia.

El compromiso de Semo no solo fue teórico, se manifestó en las discusiones políticas que sacudieron al comunismo. Planteó lo que pensaba que debía ser el rumbo del comunismo mexicano, que, si bien no debía renunciar a la tradición revolucionaria, debía tener un claro compromiso con la democracia. Este aspecto es importante de ser señalado porque se expresó bien en sus obras *Viaje alrededor de la izquierda* y *Crónica de un derrumbe*, en donde el tema de la renovación democrática del socialismo es la constante de su reflexión.

El marxismo de Semo continuó desarrollándose después de su primer libro sobre los orígenes del capitalismo en México. La idea del método como configuración del horizonte de la totalidad no solo no desapareció, sino que sigue presente en sus trabajos contemporáneos. Semo demostró ser un marxista a la altura de los tiempos, dispuesto a la apertura teórica e histórica, a la innovación y la renovación. Su obra sobre la conquista, —*La conquista, la catástrofe de los pueblos originarios*— de la que ya se disponen dos tomos, es la clara prueba de este proceso.

El militante

Enrique Semo es, ante todo, un comunista. Su ingreso al PCM aconteció en los albores de lo que él mismo ha definido como una “refundación” de la organización nacida en 1919. Los años sesenta condensaron un complejo proceso de superación de los resabios de una época de crisis, marcada por una profunda subordinación a la “ideología de la Revolución mexicana” durante las décadas de 1940 y 1950, combinada con un dogmatismo de cuño soviético. Esta perspectiva indicaba que solo por la vía de la profundización de los postulados de justicia, encarnados en los gobiernos posrevolucionarios, se habilitaba una posición más favorable para el socialismo, en los momentos en que ocurriría una violenta modernización capitalista caracterizada por un férreo control del Estado sobre la sociedad y sobre las clases subalternas.

Este ciclo de control político de los grupos opositores por parte del Estado, que comenzó en 1941, bajo el entramado de la “unidad a toda costa”, perspectiva con la que supuestamente se pretendía enfrentar el fascismo y defender a la Unión Soviética, se rompió con claridad en la coyuntura de 1958-1959, con la insurgencia ferrocarrilera y de otros grupos sociales que cuestionaron los mecanismos del Estado corporativo, al tiempo que irrumpían las energías renovadoras de la revolución cubana. El PCM se deshizo de su vieja dirección —proveniente del arrebato del año 1940— y comenzó un proceso de transformación, así como de revisión de su pasado inmediato. En pocos años, la democracia —formulada bajo la consigna de lograr una *nueva revolución*— se convirtió en el baluarte de los comunistas frente al ambiente creado por un Estado autoritario que suprimía los ánimos de autodeterminación de la sociedad. Semo participó, desde sus primeros escritos firmados con pseudónimo en *Nueva época*, de la crítica de la “ideología de la Revolución mexicana”, propiciando una incorporación de referentes marxista de avanzada, tales como los escritos económicos de Friedrich Engels —que sacaban a ese autor de su encierro en una filosofía de la naturaleza— o de Antonio Gramsci, que abría un amplio horizonte teórico a los intelectuales comunistas.

En esta coyuntura dos cuestiones merecen ser señaladas. La primera es la distancia del joven Semo de las ideas y práctica de José Revueltas. Amigo del escritor duranguense, no se dejó atraer por las grandes abstracciones retóricas del “proletariado sin cabeza”, postura que Revueltas elaboró en medio de la disputa por la sucesión partidaria y que conducía, en los hechos, a la disolución del PCM. Esta posición del escritor lo alejó de la renovación del comunismo mexicano, manteniéndolo en la marginalidad de diversos grupos variopintos. La segunda es la importancia crucial de Semo en la reelaboración teórica del PCM, que ya ha sido señalada en sus diversas manifestaciones.

Más adelante, en la década de 1970, Semo se involucró en los debates partidarios sobre el proyecto estratégico de los comunistas que

provocó, entre otras cosas, la discusión sobre el destino del concepto de “dictadura del proletariado” y sobre el proceso organizativo mismo, que, finalmente, condujo a la unidad con otras organizaciones y la disolución del PCM para dar nacimiento al Partido Socialista Unificado de México [PSUM] en 1981. La renovación a la que había llegado el PCM en su XIX congreso fue sumamente significativa, pues dio cuenta de un profundo proceso de cambio, en el que se desarrolló una evaluación más completa de la situación del país, una mayor autonomía frente a los referentes asociados al socialismo soviético y, en general, un proceso de actualización del programa político, en donde democracia y socialismo corrían de la mano.

Además, Semo fue testigo, en calidad de periodista, del declive del socialismo soviético. Sus impresiones del viaje, en pleno proceso de cambio en el año 1989, combinaron la descripción de los acontecimientos que conmovieron a la opinión pública global con la mirada fina del historiador marxista. Una visión de largo plazo tiñó sus impresiones de los dramáticos sucesos que estaban transformando al mundo. En tanto, en su país hace una reflexión sobre los destinos de la izquierda, que se encuentra en el trance de un nuevo periodo histórico, marcado por la emergencia de un gran movimiento cívico y popular que dará nacimiento a un nuevo partido que unificó a las izquierdas con el nuevo cardenismo. Semo, como tantos otros comunistas, participó de ese proceso críticamente, al tiempo que continuó su labor intelectual de manera intensa.

En el cambio de milenio, México sufrió un proceso importante, pero limitado, de cambios democráticos que no lograron eliminar la persistencia del fraude electoral ni detener la profundización del modelo neoliberal, cuya seña de identidad en una primera época fue la destrucción de la riqueza pública (privatización de grandes empresas) y la recomposición de una oligarquía que pasó a ser la verdadera depositaria del poder. A nivel local, con Andrés Manuel López Obrador en el gobierno de la capital del país (2000-2006), se produjo un claro contrapunto de la gestión neoliberal. Esto se expresó claramente en su amplia política social, con miras a frenar la creciente

pobreza y desigualdad generada. Es en este periodo en el que Semo se incorporó plenamente al proyecto y la gestión del gobierno capitalino, desde el cargo de secretario de Cultura.

Después de esa primera experiencia, siguió acompañando de manera decidida los muchos combates y las distintas candidaturas presidenciales de López Obrador. Así, en 2006 denunció el fraude electoral, en 2012 la interferencia de grandes grupos privados en favor del candidato Enrique Peña Nieto y en 2018 celebró el triunfo electoral popular. Su amistad con el presidente López Obrador se ha expresado en varias ocasiones y de muy distintas maneras, quedando grabada en el largo video en donde juntos inauguran una sala del Palacio Nacional con diversos retratos de personajes asociados a las luchas del pueblo mexicano.¹

El compromiso intelectual y político de Semo, con el que ha creado una extraordinaria obra, lo ha consagrado como uno de los marxistas más importantes de la segunda mitad del siglo XX. Con iniciativas por igual individuales que colectivas, como parte de tendencias más amplias o como coordinador de esfuerzos diversos; su intervención en los grandes debates públicos permite no solo considerarlo un marxista, sino, además, un militante comprometido, un combatiente por el socialismo y la democracia.

Sobre la antología

La antología que presentamos consta de cinco apartados. El primero refiere a temáticas de orden teórico, en donde se exploran algunas de las propuestas del historiador sobre el tiempo, la periodización y algunos autores claves para la construcción de un marxismo crítico. El segundo retoma los textos históricos de largo alcance, para decantar en la forma concreta del “ciclo de las revoluciones” en el México de los últimos dos siglos. El tercero se explaya con una mirada local,

¹ https://www.youtube.com/watch?v=7UT4Wk3OFb8y&feature=emb_title

pero también global, sobre distintos acontecimientos vinculados al año 1968, tanto en el terreno de la política como de la cultura. El cuarto explora la dimensión de Semo como historiador de las izquierdas mexicanas, resultado del balance que se produce hacia finales de la década de 1980. El quinto aborda puntos cruciales de la transformación política de México en clave socialista y democrática, destacando procesos y liderazgos. Finalmente, el sexto, da cuenta de las reflexiones, tanto de coyuntura como de largo alcance, sobre los significados y posibilidades del horizonte socialista.

Sirva esta obra como invitación a leer la vasta obra de Enrique Semo, historiador, pensador crítico y combatiente en favor del socialismo. La antología no habría sido posible, desde luego, sin el empeño del propio autor. Jóvenes entusiastas han colaborado. En primer lugar, debemos agradecer a Alexander Mejía García, quien colaboró en la búsqueda de textos, sus fechas de publicación y corroborando datos biográficos; su apoyo fue fundamental para lograr esta introducción. En segundo lugar, al esfuerzo desinteresado y afanoso de Miguel Meléndez, quien colaboró en la digitalización de algunos textos y en la colocación de normas editoriales, trabajo arduo e indispensable. Finalmente, saludamos y agradecemos al equipo de Grupos de Trabajo de CLACSO, con la especial mención que merecen Rodolfo Gómez y Natalia Gianatelli, cuyo profesionalismo, capacidad y enorme empatía les distingue en la comunicación cotidiana.

I. Textos de teoría y crítica

Ideología, pensamiento científico e historia*

La historia es una diosa de muchas caras y es bueno que el lector se pregunte cuál de ellas está contemplando. Existen historias escritas con el propósito de glorificar Estados, naciones, partidos o héroes, ocultando realidades desagradables o creando mitos necesarios a la práctica social. Esta historia pertenece íntegramente al campo de la ideología y sus métodos son la antítesis del pensamiento científico. Otras historias, las descriptivas, proporcionan información. Con el tiempo, han desarrollado técnicas para recopilar datos y evaluar su autenticidad, imprescindibles en la elaboración de la materia prima del conocimiento histórico. A veces, esa historia produce descubrimientos valiosos, pero el significado e importancia de estos solo se revela cuando existe una teoría interpretativa. Hay también una larga tradición de la historia como práctica literaria que reivindica el enfoque poético y se opone a la teoría. Cada una de esas historias tiene una razón de ser legítima, pero ninguna de ellas puede aspirar a la condición de historia científica, de la cual nos ocuparemos aquí. Esta, es verdad, no existe en estado puro. Toda obra histórica

* Enrique Semo (coord.), *México un pueblo en la historia*, México, Nueva Imagen, 1981.

importante se ve influida por la ideología, las necesidades de la descripción y la apropiación artística de la realidad. Pero en la historia como ciencia, el pensamiento científico se deslinda, impone su dominio y subordina las otras formas.

El tema de la historia científica es materia de agudos debates. Si bien pocos ponen en duda la importancia de la historia como constructora de ideologías (un pueblo sin historia —decía Schopenhauer— es como un hombre sin memoria), se cuestiona acaloradamente su lugar en el pensamiento científico.

La pérdida de confianza en la historia tiene sus raíces en la realidad del mundo actual que presenta un panorama lleno de incertidumbre respecto al futuro. El capitalismo, sumido en una profunda crisis, parece resistir todos los embates. El socialismo temprano, después de sesenta años de existencia, se revela como un sistema lleno de contradicciones que solo podrán ser superadas en un largo proceso histórico cuyas características son aún imposibles de prever. En esas condiciones, es difícil resistir la tentación de rehuir las incertidumbres de la historia, para refugiarse en el saber absoluto de la teoría o la crítica absoluta del nihilismo.

Contra la historia se esgrimen los argumentos de Raymond Aron —para quien esta solo existe en la mente de los historiadores que, por lo tanto, no pueden hablar de necesidad ni de leyes históricas— o los de Karl Popper, que acusa al historicismo de ser el culpable principal del atraso de las ciencias sociales teóricas, porque defiende creencias irracionales como la posibilidad de prever e influir en el desarrollo de la humanidad.

Pero, últimamente, los ataques provienen de un medio y de posiciones filosóficas radicalmente opuestas a las anteriores. Althusser se ha preocupado por demostrar que Marx no era ni historicista ni empirista. Pese a que retoma la concepción marxiana según la cual “la historia es la única ciencia”, en su lucha contra esos dos males ha desarrollado posiciones que cuestionan las posibilidades teóricas de la historia, ubicando a esta (tal y como existe hoy) en el campo de la ideología. Chesneaux, por su parte, en un libro que se ha hecho muy

popular entre los lectores de habla española, ¿*Hacemos tabla rasa del pasado?*, ha magnificado hasta la caricatura las limitaciones, deficiencias y miserias de la historiografía académica. No se trata aquí de defender la historia frente a la filosofía, la economía o la sociología. La división del trabajo intelectual ha producido un tipo de fatuidad académica que consiste en que el científico erige “su” ciencia en el centro del pensamiento universal y “su” problemática en la única científica. Esta ilusión, que tiene su origen en las condiciones de surgimiento de la especialización intelectual, solo conduce a visiones parciales y, por lo tanto, falsas, así como al abandono de la idea de la unidad de la ciencia social. El historiador se enfrenta a una tarea mucho más importante: definir los requisitos de una historia científica y fijar el lugar del historicismo en el pensamiento científico social.

Pero el combate por una historia científica es mucho más que la defensa de una disciplina intelectual. Es la reafirmación de la posibilidad de descubrir las tendencias del devenir humano y de basar en ellas una práctica revolucionaria. La historia científica juega en ese proceso un papel no desdeñable porque, siendo un estudio de lo pretérito, ayuda a liberarnos de un pasado que vive: en la ideología, como el “peso de los muertos sobre los vivos”; en la filosofía y en la ciencia, como herencia que condiciona el pensamiento científico actual; en la realidad social presente, como génesis y futuro.

Cuando los aztecas se fortalecieron [escribe José Joaquín Blanco] Tlacaélel mandó quemar las crónicas y los archivos, para inventar una historia conforme al nuevo poderío. Todos los sistemas han hecho más o menos lo mismo: la práctica cotidiana de la historia se vuelve mitológica, falsa; se desmoviliza a la gente con una propagación intensiva de una historia falsificada conforme a los intereses prevalecientes. Y al contrario de sus desafortunados conciudadanos, el historiador es quien sí está en el secreto de la verdadera historia... A través de la historia puede arrebatársele al menos parte del propio cerebro a la cultura dominante: el placer de constatar un poco más sujeto de la propia vida y un poco menos objeto de designios impuestos. (Blanco, 1980, pp. V-VI)

Uno de los primeros problemas a los que debe enfrentarse la historia científica es el de la relación entre ideología y pensamiento científico. La ideología, como falsa conciencia de su propia época o clase, es siempre el punto de partida del historiador. El desarrollo de un pensamiento histórico que tiene por objetivo la verdad y su relación con la práctica, solo puede ser el fruto de un laborioso trabajo de superación de la ideología y de la construcción teórica de un objeto de estudio. Y esta no es un acto sino un aspecto permanente de la producción de la obra histórica. Rehuir esa labor lleva invariablemente a una historia desfigurada por los prejuicios, el sentido común y las modas teóricas.

¿Qué es la ideología?

La ideología es uno de esos términos alrededor de los cuales se libran enconadas batallas filosóficas y políticas. Una corriente reaccionaria sostiene que no existe relación alguna entre la ideología y el problema de la verdad y el saber. La ideología es simplemente eficiente o ineficiente como salvaguarda de los intereses de la clase o el Estado. Su veracidad o falsedad es irrelevante. La corriente crítica, en cambio, confiere —de una u otra manera— un papel liberador a la verdad. El prejuicio, el mito, sirven a las clases dominantes; la verdad libera la potencialidad de las fuerzas revolucionarias. No se puede cuestionar a la sociedad establecida sin criticar sus mitos.

En el seno del marxismo, que participa de la concepción crítica, tampoco existe un acuerdo sobre el tema. Algunos otorgan un sentido negativo al concepto: la ideología es conocimiento erróneo mientras que la ciencia es conocimiento verdadero. Otros, en cambio, le confieren un sentido positivo: la ideología es un sistema de representaciones relacionadas con los intereses de clases. Su valor científico varía de acuerdo con la clase a la que sirve. Una tercera posición retiene el énfasis en la crítica de la ideología, pero no considera a esta antitética al pensamiento científico. La ideología es falsa

conciencia, una ilusión, pero una *ilusión real*, mientras que la ciencia es conocimiento objetivo. Se trata de dos formas diferentes, pero no excluyentes, de la apropiación de la realidad. Entre ellas hay una relación dialéctica de influencia y rechazo que constituye uno de los problemas centrales del pensamiento contemporáneo. La ciencia no puede sustraerse a esa relación, pero solo puede desarrollarse si es consciente de ella.¹

Todo pensamiento revolucionario moderno se ha enfrentado tarde o temprano al problema de la ideología. Los filósofos de la Ilustración estaban convencidos de que el hombre es poseedor de una naturaleza inmutable que tiende a la razón y a la eticidad. Solo el dominio de los mitos y los prejuicios impide el pleno desenvolvimiento de estas. Pensaban que, para liberar a la humanidad, bastaba llevar ante el tribunal de la razón las fábulas y dogmas de la religión medieval. El marxismo, por su parte, nace enfrentándose a la ideología burguesa, pero su crítica encierra un cambio de problemática: los hombres no pueden emanciparse luchando contra mitos y prejuicios, deben abolir las relaciones sociales en las cuales estos germinan. Luego, se transforma en pensamiento científico revelando los elementos ideológicos del pensamiento de los grandes filósofos y economistas burgueses.

A finales del siglo XX, la situación ha cambiado radicalmente. El marxismo no es ya solo un pensamiento científico. Ha penetrado profundamente en la conciencia de millones de hombres, integrándose a su ideología. Ha sido erigido en filosofía dominante de Estados y sociedades nacionales. El pensamiento científico que en las sociedades sacudidas —en lo interno y lo externo— por la lucha de clases encierra inevitablemente un elemento crítico, no puede limitarse a la crítica de la ideología burguesa. *Por eso, el marxismo como pensamiento científico, no puede evitar plantearse la crítica de su propia ideologización. En esas condiciones, la relación entre pensamiento social científico e ideología exige un nuevo cambio de problemática. No basta ya*

¹ Para una introducción comprehensiva a las teorías de la ideología, véase Larraín, 1974; Lenk, 1971; Mongardini, 1969; Aiken, 1963; Barth, 1972.

estudiar la relación entre pensamiento científico e ideología burguesa. Es necesario abordar también el problema de la relación entre pensamiento científico e ideología socialista.

El concepto se complica, además, porque desde el siglo XVII y sobre todo en los últimos cien años, ha sido objeto de múltiples estudios que han abordado el tema con objetivos y métodos muy diferentes. Tiene, por lo tanto, una larga historia de sentidos contradictorios. Estamos, pues, ante una categoría plurívoca cuyo estudio exige conocimiento de su historia, confrontación del concepto con las condiciones específicas del mundo contemporáneo y tomas de posición.

Concebimos la ideología como conciencia social. Investigamos su relación con el modo de producir, las clases sociales y el pensamiento científico. No podemos, por lo tanto, *partir* de una “teoría de las ideologías en general” aplicable a todos los modos de producción, de la misma manera que no partimos del contenido de los conceptos de formación socioeconómica, producción, trabajo, etcétera, válidos para todas las épocas.

La forma más inmediata en que se nos presenta la ideología es la de un sistema de ideas, opiniones y costumbres que cohesionan a los hombres y condicionan su comportamiento de acuerdo con los objetivos aceptados de una sociedad, una clase o una organización social.

La ideología es un fenómeno que existe tan independientemente de la voluntad del individuo como las relaciones de producción y como tal, es una instancia fundamental del todo social. Pero es también una representación que los hombres se hacen del mundo en el cual viven y en esa calidad es objeto de estudio de la teoría del conocimiento.

Una ideología puede adoptar la forma de un conjunto de ideas y opiniones articuladas por una concepción filosófica o una teoría sistemática, o bien la de una serie de costumbres, reglas y representaciones más o menos irreflexivas e incoherentes que solo están estructuradas implícitamente por los intereses de clase. Una formación socioeconómica no solo se distingue por una articulación específica de modos de producir bienes materiales o un tipo de

Estado, sino también por el tipo de ideología y el grado y forma de su sistematización.

La ideología forma parte de la superestructura y, como tal, tiene sus raíces en el modo de producir la vida material de los hombres.

En contraste directo con la filosofía alemana [escribe Marx] que desciende del cielo a la tierra, ascendemos aquí de la tierra al cielo. Dicho de otra manera, no partimos de lo que los hombres dicen, se representan e imaginan, ni de lo que son las palabras, el pensamiento, la imaginación y la representación de los otros, para llegar a los hombres de carne y hueso; partimos de los hombres en la actividad real, y de sus procesos de vida reales, mostramos el desarrollo de los reflejos y resonancias ideológicas de este proceso vital. Los fantasmas del cerebro humano son sublimaciones necesarias del proceso material de la vida de los hombres, el cual puede ser empíricamente constatado sujeto a bases materiales. La moral, la religión, la metafísica, y todo el resto de la ideología, juntamente con las formas de conciencia correspondiente, pierden con este hecho cualquier apariencia de existencia autónoma. Ellos no tienen historia ni desarrollo propio, son los hombres los que desarrollando su producción material y sus relaciones materiales modifican, junto con su existencia real el pensamiento y los productos del pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino es la vida lo que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, uno parte de la conciencia como si esta fuera un individuo viviente; en el segundo, que corresponde a la vida real, uno parte de los individuos reales y concretos y la conciencia es considerada únicamente como *su* conciencia. (Marx y Engels, 1974, p. 19)

Este descubrimiento fundamental de Karl Marx constituye un verdadero viraje teórico que permite plantear los problemas de la ideología en términos radicalmente distintos a los de los filósofos de la ilustración francesa de los siglos XVII y XVIII, y a los representantes de la filosofía clásica alemana, incluyendo a Hegel y sus discípulos. Para ellos, el pensamiento es autosuficiente y los actos de los hombres son el fruto de ese pensamiento. Para cambiar su forma de vivir

hay que cambiar su forma de pensar. Marx, en cambio, sostiene que no es la conciencia la que determina el ser de los hombres sino, por el contrario, su ser social el que determina su conciencia. Para cambiar su forma de pensar debe cambiar su forma de vivir.

A través de la crítica del papel que juega la ideología en la vida social, Marx produce una revolución metodológica. La ideología no tiene una vida independiente de la vida material de los hombres. No existe una idea abstracta que gobierne su historia. El estudio de la sociedad no se inicia con la conciencia social (la ideología), sino con el proceso vital de producción material y las relaciones que surgen de este. El método especulativo se queda en la esfera de la ideología; la ciencia positiva, en cambio, comienza con las relaciones sociales reales.

Ese descubrimiento metodológico desemboca en una nueva teoría del cambio social y de la relación entre teoría y práctica.

[La concepción materialista de la historia] llega a la conclusión de que todas las formas y productos de la conciencia no pueden ser disueltos por la crítica intelectual, por su solución en la “autoconciencia” o su transformación en “apariciones”, “espectros”, “ilusiones”, etcétera, sino por la abolición práctica de las relaciones sociales existentes que son el origen de ese galimatías idealista; de que no es la crítica sino la revolución la que mueve la historia y también la religión, la filosofía y todos los otros tipos de teoría. (Marx y Engels, 1974, p. 26)

La ideología no puede ser superada por medio de la crítica científica. En la transformación de la sociedad, la acción revolucionaria tiene la primacía.

Impulsados por la necesidad de subrayar su descubrimiento, Marx y Engels enfatizaron excesivamente el papel determinante de la estructura económica. Engels fue el primero que, en sus últimas cartas, llamó la atención contra los peligros de un determinismo económico vulgar:

Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia de la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios que lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos que participan en la interacción. (Engels, 1973, p. 381)

Engels se empeñó en prevenir los errores, subrayando la autonomía relativa de la instancia ideológica y el papel activo de la superestructura.

El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etcétera, descansa en el desarrollo económico. Pero todos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la *causa*, lo *único activo*, y todos los demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones y reacciones, sobre la base de la necesidad económica que se impone siempre en *última instancia*. (Engels, 1973, p. 412)

Y refiriéndose a las diferentes formas en que la base económica condiciona cada instancia de la conciencia social, Engels escribía:

Pero la filosofía de cada época, puesto que es un dominio preciso de la división del trabajo, presupone un determinado material intelectual heredado de sus antecesores y del que toma su punto de partida... La economía no crea aquí absolutamente nada nuevo, pero determina la forma en que el material intelectual existente es alterado y desarrollado, y también esto la mayoría de las veces indirectamente, porque son los reflejos políticos, jurídicos y morales los que ejercen la mayor influencia directa sobre la filosofía. (Engels, 1973, p. 385)

Como puede verse, para Engels la economía no influye directamente sobre la filosofía y la literatura. La ideología (forma específica de conciencia directamente ligada a los intereses de clase) está presente en la política, el derecho, la moral, la religión, la filosofía y la estética,

pero no en el mismo grado y de la misma manera. La política, “expresión concentrada de la economía” y campo de la lucha de clases es, por esencia, ideológica. El derecho y la moral son también instancias fuertemente ideologizadas. Es a través de ellas como la ideología se impone en los otros campos del saber.

Sin embargo, la advertencia no tuvo efecto. Los teóricos de la social democracia alemana (1875-1914) difundieron una versión determinista del método de Marx que predominó durante muchos años, ligada a una concepción evolucionista del movimiento socialista. La tendencia se acentuó por el retraso en la publicación de algunas obras fundamentales de Marx como son: *La crítica de la filosofía del derecho de Hegel* (1843), *Los manuscritos económico filosóficos* (1844), *La ideología alemana* (1846) y *Los fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse)* (1857-1858). Algunas de ellas solo aparecieron en 1927 y los *Grundrisse* en 1939, generalizándose su lectura apenas hacia la década de los cincuenta.

Además, la explicación de Engels no es satisfactoria. Marx nunca usó conceptos como “la necesidad económica se impone en última instancia” ni “la economía determina” que no pueden sino inducir a romper la totalidad social, concebir la “base” y la “superestructura” como entidades artificialmente determinadas e ignorar las complejas articulaciones que existen entre ellas.

La figura de pensamiento base-superestructura es un instrumento del materialismo histórico. Si bien no puede ser central en el estudio de fenómenos como el Estado, el pensamiento científico, el lenguaje o el arte, es fundamental para la comprensión de la ideología como conciencia directamente ligada a la práctica social y a los intereses de clase. Siempre y cuando sea depurada de todo determinismo economicista.

Si bien la ideología no puede ser un punto de partida en el estudio de la sociedad, el determinismo economicista impide el conocimiento de su especificidad. El intento de referir todo fenómeno ideológico directamente a causas económicas cancela la posibilidad de una teoría de la ideología y, por lo tanto, de la política.

La ideología como estructura específica posee autonomía relativa con respecto a la base económica. Su tiempo histórico es diferente al tiempo histórico de las relaciones de producción. Modos de producción, formas de propiedad y clases sociales ya desaparecidas, dejan su huella en la conciencia social y en la ideología de los hombres. Las contradicciones entre fuerzas productivas y relaciones de producción deben llegar a un alto grado de madurez antes de manifestarse en la ideología de las masas. La abolición revolucionaria de un régimen social y un sistema de dominio no disuelve automáticamente los fantasmas ideológicos de la vieja sociedad. La extirpación de estos es un largo proceso de lucha que cubre épocas históricas enteras.

La transformación de la ideología requiere de una práctica revolucionaria específica, diferente a la política. En la transición del feudalismo al capitalismo, esta tomó la forma de la lucha entre dos ideologías, la feudal y la burguesa. En la transición del capitalismo al socialismo la situación es diferente. Se trata de la lucha entre una ideología —la burguesa— y un pensamiento científico —el socialista—. Pero este solo puede vencer echando raíces en la conciencia de las fuerzas revolucionarias, influyendo en su ideología.

La ideología tiene una territorialidad diferente a la base económica. Los grandes centros del desarrollo económico de un modo de producción no son necesariamente sus centros ideológicos más influyentes y con frecuencia, los pueblos periféricos piensan su realidad en los términos de una ideología surgida en otras condiciones. La ideología de la clase revolucionaria de una época se difunde a partir de cierto momento, no ahí en donde esa clase ha alcanzado su máximo desarrollo económico-social, sino en el seno de otras clases y capas sociales en países en donde el sistema exhibe sus contradicciones más agudas.

En toda sociedad clasista la lucha de clases condiciona las ideas que los hombres se hacen de la sociedad y de su lugar en ella. Como sistema de representación y de reglas de conducta, la ideología es inseparable de los conflictos e intereses de clase. Toda clase dominante está interesada en el dominio de ideas, opiniones y costumbres que

preservan el orden establecido. Toda fuerza social que se propone la transformación de la sociedad y plantea en forma decidida el problema del poder, debe inevitablemente subvertir las formas de pensar que consagran el orden existente. La ideología es un campo de batalla entre las clases y las fuerzas sociales.

En toda sociedad de clases la ideología dominante es la de la clase dominante. Ninguna clase puede gobernar sin establecer su hegemonía ideológica. La aceptación de los elementos fundamentales de la ideología dominante por parte de las clases explotadas es una condición *sine qua non* de la reproducción de las relaciones de producción que caracterizan el sistema.

La burguesía no puede gobernar revelando su dominio. Este debe aparecer como resultado de los intereses del conjunto de la sociedad. Su discurso y sus conceptos deben ser reducidos al común denominador de los intereses de cada individuo. El capitalismo, como todo régimen basado en la explotación, debe mostrarse a los ojos de las masas trabajadoras no como régimen de dominación clasista, sino como régimen natural de interés general. Para ello la burguesía integra en su propia ideología elementos ideológicos de la pequeña burguesía, la clase obrera y las demás capas trabajadoras.

La burguesía deriva esa ilusión del papel verdadero que en un momento de la historia (la lucha contra la sociedad precapitalista y/o el dominio extranjero) jugó; del hecho de que en esos momentos representó los intereses del conjunto de la sociedad. Defiende ideales "nacionales" que en un inicio correspondían a una realidad social pero que, a medida que se desarrolla el capitalismo, adquieren el carácter de mitos. La burguesía que ha participado en una revolución democrática burguesa se presenta con estos ideales hasta que el proletariado demuestra con sus luchas que de clase revolucionaria se ha convertido en clase reaccionaria. Esta ilusión no es un engaño de la burguesía. Ella comparte la ilusión sin la cual su dominio no tiene justificación. Si para los trabajadores se trata de un engaño, para la burguesía es un autoengaño, una mistificación de su propio papel.

Esta falsa conciencia es reproducida por las realidades del capitalismo. El proceso de intercambio de mercancías produce la ilusión de la igualdad de todos los miembros de la sociedad. Como sujetos de intercambio, capitalistas y vendedores de la fuerza de trabajo se equiparan. De la misma manera que el intercambio de mercancías es un intercambio de equivalentes, ellos aparecen como sujetos equivalentes del cambio. De esa manera, los intereses particulares de las clases son sustituidos por los intereses comunes de todos los individuos que participan en el cambio. Cada uno de ellos, satisfaciendo sus propios intereses individuales, sirve a la sociedad.

La constatación del carácter dominante de la ideología de la clase opresora es el prólogo a otra cuestión: ¿cómo se constituye la ideología de la clase explotada y cómo se transforma a su vez en dominante antes del cambio del régimen social? El simple planteamiento del problema sugiere la posibilidad —históricamente comprobada— de momentos de crisis social en los cuales la ideología de la clase opresora deja de ser dominante antes del cambio del régimen social y político, y la necesidad de concebir la ideología no solo en su condición de elemento de conservación del orden establecido, sino también como factor de cambio social.

La ideología como falsa conciencia

El problema de la ideología está presente en toda la obra de Marx y Engels. Es un tema recurrente desde los primeros escritos de juventud hasta las últimas cartas de Engels. Concepto fundamental de su sociología del conocimiento, y el gran contendiente polémico en el proceso de elaboración de una concepción científica revolucionaria, la ideología aparece siempre tratada en los términos de una *falsa conciencia*.

Lo típico de la ideología es la apropiación mental, no de las relaciones sociales reales, sino de su apariencia. En la ideología la realidad social aparece invertida o distorsionada. En la religión, por ejemplo, las leyes de la naturaleza y la sociedad se personifican en

Dios. Pero una vez que este ha surgido, adquiere, como toda creación ideológica, un desarrollo independiente que a lo largo de los siglos acaba por hacer desaparecer sus verdaderos orígenes. Esto no solo sucede en las alturas de la religión.

Los reflejos económicos, políticos y demás, son iguales que los del ojo del ser humano: pasan por un lente convergente y por ello aparecen invertidos, parados sobre su cabeza. Solo que falta el órgano nervioso que los ponga nuevamente de pie. (Engels, 1973, p. 381)

La ideología mistifica las relaciones verdaderas entre los sujetos (clase, Estado, partido) y la sociedad como un todo. En la ideología, la clase, el Estado o el partido no actúan movidos por sus intereses, sino por los de la nación, la justicia o la libertad y las luchas sociales toman la forma del conflicto entre humanismos distintos o diferentes concepciones abstractas de la justicia, la democracia, el progreso y la libertad. Toda clase dominante (y su ideología domina en la sociedad) adopta las construcciones especulativas y mitos necesarios para una filosofía y una moral de su existencia, y estas construcciones adquieren una importancia enorme en su práctica.

La historia aparece como la hechura de individuos que actúan de acuerdo con su propia voluntad cuando en realidad, esta es determinada por sus condiciones de vida. *Los lazos invisibles que unen al individuo con ellas y con la clase, la nación o el Estado, están sepultados en la ideología.*

Las ilusiones, impresiones y maneras de pensar que nacen de las formas de propiedad y las condiciones sociales de existencia son consideradas por los hombres como las verdaderas causas de sus actos. La ideología es, por lo tanto, no solo una falsa representación del ser social de los hombres sino también una falsa concepción de las causas de sus acciones.

La ideología [escribe Engels] es un proceso que el que se dice pensador cumple conscientemente, es cierto, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas motrices que lo impulsan le son descono-

cidas, pues si no, no sería un proceso ideológico. De aquí que imagine motivos falsos o aparentes. Porque es un proceso mental que deriva su forma y su contenido del pensamiento puro, sea el suyo propio o el de sus predecesores. Trabaja con material meramente intelectual, que acepta sin examen como producto del pensamiento, no investiga buscando un proceso más lejano, independiente del pensamiento; su origen le parece evidente, porque como todo acto se verifica por intermedio del pensamiento, también le parece estar basado en última instancia sobre el pensamiento. (Engels, 1973, p. 407)

Pero falsa representación no es sinónimo de representación falsa o concepción errónea. En la ideología conviven junto a las representaciones invertidas o deformadas, resultados positivos de la ciencia y el arte, pero estos se encuentran integrados en una estructura cuya característica es el eclecticismo. Conviven en una concepción del mundo que integra posiciones excluyentes pretendiendo conciliar las concepciones más dispares sin aceptar ninguna en su totalidad. La ideología, pese a estar vertebrada por los intereses de clase, es heterogénea. Mitos religiosos y prejuicios raciales coexisten en la estructura ideológica con un núcleo científico. “La religión y el sentido común [escribe Gramsci] no pueden constituir un orden intelectual porque no pueden reducirse a unidad y coherencia” (Gramsci, 1975, p. 14).

Una vez integrada en la ideología, una idea científica puede transformarse en obstáculo de nuevos avances del pensamiento científico. “La mayor dificultad en el descubrimiento [escribe Bernal] reside no tanto en la realización de las observaciones necesarias, sino en romper con las ideas tradicionales en su interpretación” (Bernal, 1979, p. 14). Las ideas de Darwin sobre el mundo animal fueron prontamente integradas a la ideología y se transformaron en objeto de violentas reyertas políticas. Las teorías de la evolución y selección natural llegaron a ser la base del positivismo de Auguste Comte y Herbert Spencer, quienes sostenían que la libre competencia y el progreso capitalista eran los pilares de una sociedad en la cual, por fin, los hombres habían encontrado el buen camino. Los resultados científicos de Darwin, metamorfoseados en “ciencia social”, se convirtieron en un serio obstáculo

al desarrollo de una concepción científica de la sociedad burguesa y al surgimiento de nuevas problemáticas en la ciencia social.

Pero esto no significa que el pensamiento científico tiene el monopolio de la verdad. En su desarrollo, este incurre en errores que no tienen nada que ver con la apropiación práctica intelectual de la realidad, la división social del trabajo y los intereses de clase. La verdad científica se encuentra en el proceso de conocimiento que produce conocimientos cada vez más exactos, pero nunca absolutos o definitivos. Por eso la ciencia es superación constante de errores de método, observación y comprobación que son constituyentes inseparables de su quehacer.

No se puede decir que solo lo falso es ideológico, sin sostener que todo pensamiento científico es verdadero. El subterfugio de designar como ideológico todo error, acaba por privar al pensamiento científico de su propia historia, puesto que toda teoría científica, con el avance de la ciencia, se vuelve parcialmente falsa. Es más, no se puede negar que a veces la ideología proporciona el estímulo decisivo para avances del pensamiento científico, como en el caso del mismo Marx.

El pensamiento científico no puede sustituir las funciones de la ideología. “Sentimos [escribe Wittgenstein] que aun cuando resolviéramos todos los *posibles* problemas científicos no habríamos tocado los problemas prácticos de nuestras vidas” (Wittgenstein, 1966, p. 52). El pensamiento científico proporciona conocimientos de la realidad, pero no es el terreno en el cual se adoptan las decisiones para actuar sobre ella. Estas se toman en la ideología, bajo la influencia de contradicciones sociales, luchas de clases y distorsiones adjudicables a la apropiación práctica intelectual de la realidad.

El origen de la falsa conciencia es de un doble carácter: epistemológico y social. Las causas epistemológicas persisten, en cambio, las sociales cambian con las contradicciones y luchas que las originan.

En una observación de Marx en la *Introducción a la crítica de la economía política*, este habla de un tipo de apropiación de la realidad diferente a la teórica: la apropiación práctica intelectual (*praktish-geistige Eineingung*).

El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto de la mente que piensa y que se apropia del mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación artística, religiosa y práctica intelectual del mundo. (Marx, 1978, p. 22)

En el análisis del proceso de trabajo Marx probó, en *El Capital*, que el trabajo humano es una *actividad intencionada* (*zweckmässige Tätigkeit*) que presupone el planteamiento ideal de proyectos, objetivos y metas. Ya antes del inicio del trabajo, el resultado de este es representado en la imaginación del trabajador. En esa representación se usan tanto el conocimiento de las propiedades naturales del objeto del trabajo como de los propósitos e intenciones que funcionan como criterios que regulan la actividad y estimulan la voluntad. No existe un proceso puro de trabajo: debido a su carácter social, este se desarrolla siempre bajo condiciones sociales y es determinado no solo por las características del objeto, sino también por las relaciones sociales y el lugar del hombre en ellas. Lo que es cierto para el proceso de trabajo lo es también para las relaciones sociales. La actividad del hombre está marcada por una no correspondencia entre la realidad objetiva por un lado y sus intereses por el otro. Esta no correspondencia es el origen de proyectos y metas cuya elaboración forma parte de la ideología.

La apropiación práctica intelectual es diferente a la teórica en que sus resultados no emanan de las propiedades del objeto, sino de las necesidades del sujeto y estas determinan su estructura. De esa manera la apropiación práctica intelectual es una representación de la situación social del sujeto, deformada por prejuicios, intereses, esperanzas, propósitos, etcétera, en el seno del modo de producción, clase, nación, organización política, etcétera, y su necesidad de actuar, adoptando decisiones que gobiernan su posición social. En la medida en que toda acción exige una representación mental de la situación y los efectos de la acción, los resultados de la ciencia pueden formar parte de la ideología, pero solo como elemento subordinado en una estructura en la cual domina la confrontación del sujeto con la realidad natural o social. El concepto de Engels según el cual la

libertad es la comprensión de la necesidad, servirá para designar una ideología en la que la definición de las situaciones se hace *de acuerdo con los resultados de la ciencia*, pero no identifica la ideología, terreno de intereses y decisiones prácticas, con el pensamiento científico, práctica que exige la subordinación del sujeto a las necesidades del conocimiento del objeto en el sentido que sugiere Marx cuando escribe: “[...] la verdad es universal, ella no me pertenece; ella me tiene, no yo a ella” (Marx, 1969, p. 5).

La apropiación práctica intelectual es la base de la ideología y explica un aspecto fundamental de la especificidad de esta y de su función social. Esta forma de conciencia actúa como intermediaria entre el pensamiento científico y la actividad práctica. En ella, el conocimiento teórico se articula con los intereses y propósitos históricamente determinados de los hombres. Por otro lado, funge como agente transmisor de las exigencias de la práctica material a la práctica teórica. Por eso en ella conviven apariencias, visiones parciales de la realidad, representaciones invertidas, resultados de la ciencia, prejuicios, esperanzas, propósitos y planes en una estructura que no permite el conocimiento de la realidad en sus procesos y estructuras. Lo que es importante retener es el doble carácter de la relación entre pensamiento científico e ideología. Se excluyen porque el primero tiende a ser un “proceso sin sujeto”, mientras que el segundo tiene sus raíces en los intereses socialmente determinados de este y sin embargo forman parte de un proceso único de apropiación intelectual de la realidad y de la práctica.

Marx insistía tanto en la diferencia entre apariencia y realidad como razón de ser del pensamiento científico, como en que este es incapaz de cancelar el origen material de esa diferencia:

La determinación de las magnitudes del valor mediante el tiempo de trabajo es por lo tanto un secreto oculto tras el movimiento fenoménico de los valores relativos de las mercancías. Su descubrimiento cancela la ilusión según la cual las magnitudes de valor de los productos del trabajo se determinan de manera meramente accidental, pero en modo alguno cancela su forma material. (Marx, 1971, p. 40)

La ilusión ideológica tiene, por lo tanto, un origen material. La distorsión ideológica no es un fenómeno arbitrario de la conciencia. Nace de las contradicciones existentes en la sociedad. En la medida en que bajo el dominio de la lucha de clases el hombre es incapaz de resolver esas contradicciones en la práctica, las concibe en forma distorsionada y/o les da soluciones ideales en la mente. El valor de cambio oculta el valor como “tiempo de trabajo socialmente necesario”. El salario, como relación entre iguales, encubre una relación de explotación; la ganancia esconde la plusvalía; las ideas heredadas impiden al pensador descubrir la determinación social de su pensamiento; las confrontaciones políticas esconden la lucha de clases. La ideología, cuya función es la de desvanecer idealmente las contradicciones reales, es la *cámara oscura* en la cual las relaciones de explotación y la lucha de clases sufren metamorfosis sorprendentes que las integran en una visión conformista. En ella pierden todos sus rasgos violentos y repetentes para transformarse en ideales abstractos y valores políticos y morales comunes a todos los miembros de la sociedad. El obrero deja de ser obrero y el patrón ya no es patrón, solo hay ciudadanos. O bien las contradicciones se resuelven en soluciones “lógicas” satisfactorias para todos, campesinos y terratenientes, ricos y pobres cuyas contradicciones se disuelven armónicamente en un mundo ideal.

En las sociedades clasistas, las distorsiones que ocultan la gravedad de las contradicciones antagónicas, sirven a la clase dominante. Por eso existen instituciones sociales cuya tarea es reproducir esas ilusiones e impedir al hombre el conocimiento verdadero de las relaciones sociales en las cuales está inmerso.

En el Estado [escribe Engels] toma cuerpo ante nosotros el primer poder ideológico sobre los hombres. La sociedad se crea un órgano para la defensa de sus intereses comunes frente a los ataques de dentro y de fuera. Este órgano es el Poder del Estado. Pero, apenas creado, este órgano se independiza de la sociedad, tanto más cuanto más se va convirtiendo en órgano de una determinada clase y más directamente impone el dominio de esta clase. La lucha de la clase oprimida contra la

clase dominante asume forzosamente el carácter de una lucha política, de una lucha dirigida, en primer término, contra la dominación política de esta clase; la conciencia de la relación que guarda esta lucha política con su base económica se oscurece y puede llegar a desaparecer por completo. Si no ocurre así por entero entre los propios beligerantes, ocurre casi siempre entre los historiadores. (Engels, 1963, p. 419)

Hay fuentes de la falsa conciencia que son específicas de un modo de producción y otras que son comunes a varios. A estas últimas pertenece la división social del trabajo, principalmente entre trabajo físico y trabajo intelectual. Originada en la baja productividad de las sociedades primitivas, está presente en las sociedades de clase y sigue actuando en las primeras etapas del desarrollo del socialismo. A partir de la separación de los ideólogos (cuya función es la organización de la religión, el Estado y la ciencia) del trabajo productivo, “la conciencia [escribe Marx] pudo imaginarse que era algo diferente a la conciencia de la práctica existente, que representa realmente algo, sin representar nada real” (Marx y Engels, 1974, p. 32).

El advenimiento de la gran industria capitalista transportó esta contradicción al seno de las masas trabajadoras. Mientras la mayoría de los obreros se veía transformada en agente de un proceso de trabajo cuyo aspecto intelectual se le escapaba, la ciencia se hacía parte integrante de las fuerzas productivas y los científicos y técnicos se veían separados del resto de los trabajadores. El fenómeno se vio agravado por el crecimiento sin precedente de la burocracia estatal y la diferenciación de las diversas ramas de la ciencia y el arte. Refiriéndose al surgimiento del derecho como disciplina especializada, Engels escribía:

El reflejo de las relaciones económicas como principios jurídicos es también, necesariamente, un reflejo invertido: se produce sin que quienes actúan tengan conciencia de ello. El jurista cree operar con proposiciones apriorísticas, cuando en verdad estas últimas no son otra cosa que reflejos económicos; de tal manera, todo se encuentra invertido. (Engels, 1973, p. 384)

A medida que las contradicciones de una sociedad se hacen más agudas, crece la importancia de otra fuente de la falsa conciencia: la mentira deliberada de los ideólogos cuyo pensamiento es apologético.

El ascenso de la apologética en la economía política burguesa fue captado por Marx en los siguientes términos:

La burguesía había conquistado el poder político en Francia e Inglaterra. A partir de entonces, la lucha de clases adquirió formas cada vez más francas y amenazadoras, tanto en el terreno práctico como en el teórico. Tocaron a muerto por la economía científica burguesa. Ya no se trata ahora de la verdad de tal o cual teorema, sino de si resulta útil o perjudicial, oportuno o molesto para el capital; se trata de si es o no tolerable. El lugar de la investigación desinteresada fue ocupado por la charlatanería a sueldo; el estudio científico sin prevenciones fue sustituido por la mala conciencia y los torcidos propósitos de la apologética. (Marx y Engels, 1969, p. 311)

Pero no debe confundirse, ni en política ni en ciencia, la falsa conciencia producida por la sociedad misma con la apologética de los ideólogos, que no es sino una forma de ejercicio del poder. La apologética es siempre una práctica conscientemente conservadora. Parte de la idea de que el poder debe ser mantenido a toda costa y que la difusión de la verdad tiene como límites la razón de Estado.

Lo que Marx y Engels estudiaron con más detalle son los orígenes de la falsa conciencia en la sociedad capitalista. Para ellos, la fuerza extrahistórica que gobierna el devenir de los hombres en Hegel y el hombre abstracto de Feuerbach, no son inversiones arbitrarias; corresponden a inversiones reales que tienen su origen en el modo de producción capitalista. En este, la producción y reproducción de la vida material se han independizado de las necesidades humanas. Las mercancías se convierten en objetos autónomos que parecen tener una vida independiente de los hombres y que rigen sus vidas como fuerzas materiales independientes de sus relaciones sociales:

Todo el secreto de la forma mercancía consiste entonces, sencillamente, en que ella refleja frente a los hombres los caracteres sociales de su propio trabajo, como propiedades naturales, sociales de estas cosas: refleja por lo tanto la relación social de los productores con el trabajo conjunto como si fuese una relación social entre objetos existentes al margen de aquellos [...]. (Marx, 1971, p. 42)

Por eso, en la obra de los economistas clásicos, las leyes del mercado adquieren el carácter de leyes eternas, independientes de todo cambio social. La crítica de Marx al elemento ideológico de la economía clásica revela la relación que existe entre las “categorías eternas de la economía” y las relaciones de producción históricamente determinadas que se esconden detrás de ellas.

La falsa conciencia no impide la práctica social, en la medida en que esta se mueve en el marco de las relaciones establecidas. Al contrario, la burguesía se realiza sin salirse de ella y gracias a ella:

Por otra parte, es por completo natural que los agentes efectivos de la producción se sientan a sus anchas en estas formas alienadas e irracionales del capital-interés, tierra-renta y trabajo-salario, puesto que se trata de fenómenos de la apariencia dentro de la cual ellos se mueven y con la cual se enfrentan cotidianamente. Y es por eso natural que la economía vulgar, que no es otra cosa que una traducción didáctica más o menos doctrinaria de las representaciones cotidianas de los agentes efectivos de la producción, y que introduce en ellas un cierto orden comprensible, halle precisamente en esa trinidad, en la cual toda la conexión interna ha quedado borrada, la base natural y al abrigo de cualquier duda de sus vanidosas trivialidades. (Marx, 1971, pp. 838-839)

Desde el punto de vista de la burguesía la única representación posible es esta que, sin afectar su práctica cotidiana, mantiene el secreto de las contradicciones sociales, representando al inundo burgués como el mejor de los mundos posibles.

Pensamiento científico e historia

Como todo concepto que designa una de las actividades fundamentales del hombre, la ciencia no puede ser fácilmente definida. Su carácter es tan diversificado y cambiante que, como la ideología, ha acabado por ser una categoría plurívoca. La ciencia puede ser una relación social como en el caso de las instituciones científicas. En el proceso de producción se transforma en parte integrante de las fuerzas productivas. Toma también la forma de un caudal de conocimientos ya existentes o bien —lo que nos interesa directamente en el presente ensayo— de un pensamiento científico, es decir, de *métodos, teorías y sistemas de comprobación propios de la ciencia*. El proceso del trabajo constituye la fuente común de todas las formas de la apropiación de la realidad material e ideal. Esto explica las estrechas relaciones que existen en todas las formas de la práctica humana. Práctica material, ideología, ciencia y arte se enlazan y sobreponen de múltiples maneras. Pero esto no nos permite ignorar el carácter específico de cada una de esas prácticas y su función especial.

La relación entre ciencia, historia e ideología puede ser ejemplificada en el caso de la economía clásica. Al principio de su evolución, las relaciones de producción capitalistas no exhibían todas las contradicciones que les eran inherentes. En esa etapa, la ciencia burguesa va más allá de las apariencias, aun cuando no puede captar el carácter histórico de esas relaciones. Pero cuando las contradicciones de la sociedad burguesa se hacen manifiestas, la ciencia no puede evitar su explicación. Si las oculta se transforma en ideología. Así, una vez que las contradicciones de la sociedad burguesa se manifiestan en su plenitud y la lucha de clases se agudiza, la economía política clásica se transforma o bien en la crítica marxista del capitalismo o bien en la economía vulgar (apologética).

Pero si la ciencia como práctica establece múltiples contactos con la ideología, el pensamiento científico o método científico o teoría es la antítesis de la falsa conciencia. Consideramos científico, a) el pensamiento en el cual las necesidades del conocimiento del mundo

objetivo predominan sobre los intereses y determinaciones del sujeto. El sentido de este principio fue enunciado por Marx en las frases finales de su introducción al prefacio a la *Crítica de la economía política* en la cual cita a Dante: “En la entrada de la ciencia como en la entrada del infierno, debe estamparse esta exigencia: Déjese aquí cuanto sea recelo, mátese aquí cuanto sea vileza” (Marx, 1978, p. 16), b) El objetivo es el conocimiento no solo de las formas fenomenológicas, sino de la esencia que estas esconden. La ciencia sería superflua si los hechos y su esencia fueran la misma cosa, c) Se basa en un método lógico riguroso que señala los límites entre pensamiento científico y no científico, d) Tanto el método de conocimiento como sus resultados son comprensibles, comunicables y verificables para todos, e) Desarrolla y define sus métodos específicos en lucha permanente (crítica) con las manifestaciones de la ideología presente en la ciencia. Solo él puede revelar la estructura, función y origen de las deformaciones ideológicas.

Basta este primer paso enunciativo para comprender las diferencias radicales que separan el método científico y la conciencia ideológica. El primero no es reductible al segundo y ambos son autónomos.

El pensamiento científico se inicia con la crítica de la ideología.

Criticar la propia concepción del mundo es tomarla entonces, conscientemente, y elevarla hasta el punto al que ha llegado el pensamiento mundial más avanzado. Significa, también, por consiguiente, criticar toda la filosofía existente hasta ahora, en la medida en que ha dejado estratificaciones consolidadas en la filosofía popular. El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un “conócete a ti mismo”. (Gramsci, 1975, p. 12)

En América Latina, en donde el marxismo dominó durante mucho tiempo solo en su forma ideologizada, el “conócete a ti mismo”, el surgimiento del pensamiento científico marxista, se inicia inevitablemente con la crítica de sus expresiones ideológicas más difundidas.

Pero el pensamiento científico de Marx es por completo diferente a la ideología “científica” del positivismo que considera como

metafísicas todas las teorías y tesis que no se desprenden directamente de las experiencias individuales inmediatas. Para el positivismo, el pensamiento científico no se ocupa de las leyes intrínsecas de la sociedad, sino del ordenamiento de las experiencias. Para Marx, en cambio, el conocimiento de lo concreto solo se alcanza después de una larga cadena de abstracciones.

Cuando consideramos un país dado desde el punto de vista económico-político [escribe Marx] comenzamos por su población, la división de esta en clases, la ciudad, el campo, el mar, las diferentes ramas de la producción, la exportación y la importación, la producción y el consumo anuales, los precios de las mercancías, etcétera. Parece justo comenzar por lo real y lo concreto, por el supuesto efectivo; así, por ejemplo, en la economía por la población que es la base y el sujeto del acto social de la producción en su conjunto. Sin embargo, si se examina con mayor atención esto se revela como falso. La población es una abstracción si de lado las clases de que se compone. Estas clases son, a su vez, una palabra hueca si desconozco los elementos sobre los cuales reposan, por ejemplo, el trabajo asalariado, el capital, etcétera. Estos últimos suponen, en cambio, la división del trabajo, los precios, etcétera. El capital, por su parte, no es nada sin trabajo asalariado, sin valor, dinero, precios, etcétera. Si comenzara pues por la población, tendría una representación caótica del conjunto y, precisando cada vez más, llegaría analíticamente a conceptos cada vez más simples. Llegando a este punto, habría que reemprender el viaje de retorno hasta dar de nuevo con la población, pero esta vez no tendría una representación caótica de un conjunto, sino una rica totalidad con múltiples relaciones y determinaciones. El primer camino es el que sigue históricamente la economía política naciente. Los economistas del siglo XVII, por ejemplo, comienzan siempre por el todo viviente, la población, la nación, el Estado, varios Estados, etcétera, pero terminan siempre por descubrir, mediante el análisis, un cierto número de relaciones generales abstractas determinantes, tales como la división del trabajo, el dinero, el valor, etcétera. Una vez que esos momentos fueron más o menos fijados y abstraídos, comenzaron [a surgir] los sistemas económicos que se elevaron desde lo más

simple —trabajo, división del trabajo, necesidad, valor de cambio— hasta el Estado, el cambio entre las naciones y el mercado mundial. *Este último es, manifiestamente, el método científico correcto. Lo concreto es concreto porque es la síntesis de múltiples determinaciones, por lo tanto, unidad de lo diverso. Aparece en el pensamiento como proceso de síntesis, como resultado, no como punto de partida y, en consecuencia, es el punto de partida también de la intuición y de la representación.*² En el primer camino, la representación plena es volatilizada en una determinación abstracta; en el segundo, las determinaciones abstractas conducen a la reproducción de lo concreto por el camino del pensamiento. (Marx, 1978, pp. 20-21)

Así pues, lo que a primera vista parecía un concreto resulta, después de un examen más minucioso, un abstracto, puesto que para comprenderlo debemos remontarnos a categorías más abstractas aún.

Marx rechaza el método usado por los economistas del siglo XVII, que consistía en partir de conceptos como población, para remontarse a conceptos más simples, hasta llegar a determinaciones más abstractas como valor, dinero, precio, etcétera. Y llega a la conclusión de que el correcto es el que va de lo abstracto a lo concreto. Es decir, en la investigación de la realidad comienza no con la experiencia sino con los resultados que la ciencia ha alcanzado en el estudio del tema examinado, sin olvidar que estos resultados deben constantemente ser confrontados con la realidad. Pero ese método solo es posible cuando la ciencia en cuestión —después de un largo proceso de maduración— ha alcanzado un alto nivel de desarrollo.

Para Marx, la verdad es siempre concreta y en eso no se distingue de Hegel, pero mientras este último parte de determinaciones generales e indeterminadas (Ser, Devenir, etc.), Marx lo hace de abstracciones históricamente determinadas: la vida real de los hombres, las relaciones sociales, y la relación de cada sociedad con la naturaleza. Es decir, se inicia con conceptos que se refieren a una realidad social concreta. Así pues, para Marx lo concreto captado a través de la

² Cursivas nuestras [E. S.].

primera experiencia en el pensamiento es un “todo caótico”; es decir, la primera representación de lo concreto no puede comprender la realidad. Solo la representación de este como síntesis de “múltiples determinaciones”, “una totalidad hecha de múltiples determinaciones y relaciones” es capaz de apropiarse de la realidad como un todo en el pensamiento.

Hemos hecho referencia al método de Marx para subrayar la diferencia entre *pensamiento científico* y *resultado científico*, y disolver toda posible confusión entre experiencia vital y práctica científica.

El trabajo teórico que ha producido la ciencia existente [escribe Althusser] no es ya visible a simple vista, pues ha pasado por completo a la ciencia constituida. Es aquí donde se esconde un peligro, ya que podemos sentirnos tentados a tratar la ciencia marxista constituida como un dato o como un conjunto de verdades acabadas; en pocas palabras, hacemos una concepción empirista o una concepción dogmática de la ciencia. Podemos considerarla como un saber absoluto, acabado, que no plantea ningún problema de desarrollo y de investigación; así la abordaremos como dogmáticos. Podemos, igualmente, dado que ella nos ofrece el conocimiento de lo real, creer que lo refleja directa y naturalmente y que a Marx le bastó ver acertadamente, leer acertadamente, es decir, *reflejar* acertadamente en su teoría abstracta la esencia de las cosas —dadas en las cosas—, sin tener en cuenta el enorme trabajo de producción teórica necesario para alcanzar el conocimiento; la abordamos entonces como empiristas [...]. (Althusser, 1966, p. 13)

Entre los historiadores contemporáneos se da por sentado que la historia sin teoría no puede ser científica. Desde hace medio siglo la historia que se proponía exclusivamente rescatar los hechos pasados y exponerlos en forma coherente y/o bella, ha ido cediendo el lugar a una historia atenta a los métodos y teorías que provienen de la filosofía, la economía, la sociología, la antropología, la psicología y la lingüística. Los historiadores han dejado de ocuparse exclusivamente de los hechos para fijarse cada vez más en los procesos y en

las estructuras. Por eso la lucha que libran algunos filósofos contra el eventualismo es una batalla contra molinos de viento. Esto de ninguna manera liquida la confrontación entre ideología y pensamiento científico en la historia. Simplemente, la desplaza a nuevos terrenos: los de la teoría y la temática históricas. *La historia ha ocupado siempre un lugar central en el pensamiento científico marxista, pero no como disciplina especializada, sino como un momento del conocimiento científico de la sociedad. El método marxista se contraponen a la separación del método histórico del método lógico; por eso es posible hablar de una historia inspirada en el método marxista, pero no de una historia marxista.*

Los primeros ejemplos los proporcionaron Marx y Engels. La naturaleza misma del materialismo histórico determinó el método de su desarrollo y la forma de su exposición. En lugar de grandes tratados teórico-metodológicos sobre materialismo histórico, los fundadores del socialismo científico se abocaron a elaborar el nuevo método, estudiando un modo de producción (el capitalista) y escribiendo una serie de ensayos sobre la historia como presente, las revoluciones y las sociedades precapitalistas. En los años de la Segunda Internacional, Kautski, Mehring, Rosa Luxemburg, Plejánov y otros produjeron importantes obras históricas. Aun cuando algunas de ellas estaban influidas por un determinismo económico evolucionista, otras representan aportaciones importantes al desarrollo del materialismo histórico. En los años veinte del presente siglo, Gramsci, Lukács y Bloch produjeron una corriente de “crítica histórica” innovadora, mientras Lenin desarrollaba en forma genial la teoría de las situaciones concretas y la coyuntura histórica. Trotsky publica una obra clásica de la historia-testimonio, *La historia de la revolución rusa*, y la naciente historiografía marxista soviética (Pekrovski y Tarlé) conoce un auge notable.

Después, vino el largo sueño del dogmatismo con sus deformaciones y su esclerosis. Una falsa concepción de la relación entre política y pensamiento científico produjo efectos catastróficos. Pese a la obra de algunos pensadores excepcionales, el marxismo (y la historia de inspiración marxista) se sume en el marasmo de la repetición de lo

conocido. La recuperación solo se inicia, lentamente, en la década de los cincuenta; la obra de Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1949), fue seguida por una importante discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo. Surge la escuela de los historiadores marxistas ingleses: Hill, Hilton, Hobsbawm, Thompson, Anderson y otros que introducen nuevos temas y enfoques. Deutscher escribe la primera gran obra marxista contemporánea sobre la Revolución rusa. En Francia, la historiografía marxista conoce un brillante desarrollo en las obras de Soboul, Vilar, Parrain, etcétera. En Italia, Serení, Manacorda, Sipriano y otros aplican el materialismo histórico al estudio de las relaciones agrarias, de la cultura, del movimiento obrero y sus partidos y de la URSS. En Polonia, Kula revoluciona los métodos de la historia económica marxista. En Estados Unidos, Genovese y Foner estudian en forma creativa la historia de la esclavitud y del movimiento obrero. En la RDA, las escuelas de Markow en Leipzig y de Kuzsinski en Berlín producen obras de historia comparada y de historia del capitalismo que representan avances de la historiografía marxista. En los años setenta se multiplican las revistas de historia y obras que se proponen renovar el pensamiento histórico marxista en Alemania Federal, Japón y América Latina. La búsqueda metodológica, la lucha contra el empirismo y el idealismo apriorístico otorgan a esas obras una importancia que todavía no es posible aquilatar plenamente. La obra teórica de algunos pensadores como Althusser, Poulantzas, Kon, Colletti y Godelier ha reanimado la discusión sobre los problemas del materialismo histórico.

En México, ya en los años treinta, la obra de autores como Chávez Orozco, Othón de Mendizábal, Mancisidor y otros revela una influencia directa del marxismo. En la actualidad, Sánchez Vázquez, Enrique González Rojo y Carlos Pereyra se han ocupado de los problemas de la teoría de la historia, y las obras de Assadourian, Argüello, Córdova, Cardoso, Bellingeri, Castor, Pierre Charles, Montalvo, De la Peña y Semo anuncian el advenimiento de una historiografía de inspiración marxista.

Pero estos avances no deben llevarnos a subestimar la dificultad de los problemas que aquejan a la historiografía marxista. La historia es —de los componentes del pensamiento científico marxista— el más necesitado de una renovación profunda, de un replanteamiento crítico de sus objetivos y prácticas, de un deslinde intransigente y riguroso con la ideología. La historia de inspiración marxista es —como dijo Vilar— una corriente en formación.

En la historia, lo ideológico se afirma en múltiples tendencias a las cuales el pensamiento científico debe hacer frente. La historia académica se caracteriza por un alto grado de desvinculación de la práctica social contemporánea. Por eso la selección del tema es un momento crucial en el desarrollo de una historia de inspiración marxista.

La renovación metodológica no es posible sin un cambio de temática hacia la historia de las luchas sociales, los nuevos movimientos, los “pueblos sin historia”, los países socialistas, “la historia como presente”, directamente ligada a las lides políticas, etcétera.

La especialización llevada a extremos que obliga al historiador —para usar las palabras de Toynbee— “a saber cada vez más sobre menos cosas”, ha hecho de la historia un refugio de conservadurismo que la margina de los progresos de las otras ciencias. Existe una marcada resistencia a adoptar las técnicas de investigación provenientes de las matemáticas, la estadística y otras ciencias sociales, y la tendencia a hacer concesiones inaceptables al dogmatismo y el sentido común. Por otra parte, la debilidad teórica originada en largos años de dominio irrestricto del positivismo y de la historia eventual, ha hecho de la historia una disciplina muy vulnerable a las modas que presentan como innovación trascendental, las nuevas técnicas en vueltas en teorías que entrañan fuertes cargas ideológicas:

[La] historia real, una vez elevada al plano del pensamiento no es ya la historia tal como la vieron sus propios actores o como la viven hoy —ideal y retrospectivamente— quienes buscan en ella pilares ideológicos para apuntalar su presente. Como toda teoría que aspira a ser ciencia, la historia solo puede serlo propiamente a condición de salirse de lo vivido o deseado, es decir, no quedándose en mera ideología. (Sánchez, 1974)

Historia y teoría son dos momentos de un solo proceso: el pensamiento social científico. Existe un inevitable contrapunteo entre ellos y el método científico no puede ignorar ninguno de los dos.

La difícil relación entre teoría e historia refleja la complejidad del objeto de su estudio: la realidad social en su devenir histórico. Por un lado, la historia es un proceso natural sujeto a leyes. Por el otro, es un drama del cual el hombre no es solo actor sino también, y en alto grado, autor. La teoría subraya la presencia de leyes objetivas independientes de la conciencia del hombre. La historia trata de conjugar a estas con la acción libre y consciente de los hombres. La historia es un paso inevitable entre la teoría y la reconstrucción de la totalidad social.

Hay mucho trecho de la aceptación de un principio a la aplicación concreta y particularizada del mismo a toda una vasta provincia de hechos o a un gran contexto de fenómenos —escribe Labriola—. Porque el problema verdadero es este: que no se trata ya de sustituir la historia por la sociología como si aquella hubiese sido una apariencia que oculta tras sí una realidad escondida, sino que más bien se trata de entender integralmente la historia en todas sus manifestaciones intuitivas y entenderla por medio de la sociología económica. No se trata de separar el accidente de la sustancia, la apariencia de la realidad, el fenómeno del núcleo intrínseco, como dirían de otra manera los seguidores de cualquier tipo de escolástica; sino más bien explicar lo confuso y lo complejo, cabalmente en cuanto es confuso y complejo. No se trata de descubrir y determinar el terreno social solamente para luego hacer aparecer allí a los hombres como otras tontas marionetas cuyos hilos son movidos no ya por la providencia, sino por las categorías económicas. Estas categorías han devenido y devienen, porque los hombres cambian en cuanto a la capacidad de vencer, dominar, transformar, y usar las condiciones naturales. Se trata, en suma, de la historia y no del esqueleto de esta. Se trata del relato y no de la abstracción; se trata de exponer y descubrir el conjunto y no de resolverlo y analizarlo solamente; se trata, en una palabra, ahora como antes y como siempre de un arte.

Puede darse el caso de que el sociólogo que siga los principios del materialismo económico se proponga circunscribirse al solo análisis, pongamos por ejemplo, de lo que eran las clases en el momento en que estalló la revolución francesa, para llegar después a las clases que resultan de la revolución y sobreviven a esta. No hay nada que objetar a la elección de tal método, el cual, como el que sigue la huella embriogenética, es indispensable a la preparación de la investigación histórica según la dirección de la nueva doctrina.

Pero nosotros sabemos que la embriogenética no basta para darnos noticia de la vida animal, la cual no es de esquemas sino de seres vivos y vivientes... Y así también, *mutatis mutandis*, respecto a los hombres en cuanto viven históricamente.

Esos hombres determinados, movidos por ciertos intereses, impulsados por ciertas pasiones, presionados por ciertas circunstancias, con tales o cuales designios... que, mártires de sí mismos o de los otros, entran en áspera colisión y se suprimen recíprocamente... he aquí la historia efectiva de la Revolución francesa. Porque si bien es verdad que toda historia no es sino la explicación de determinadas condiciones económicas, es igualmente cierto que esa historia no se desenvuelve sino en determinadas formas de actividad humana, sea esta apasionada o refleja, afortunada o infortunada, ciegamente instintiva o deliberadamente heroica.

Comprender la trama y el conjunto de su íntima conexión y en sus manifestaciones exteriores, descender de la superficie al fondo y después rehacer la superficie desde el fondo; resolver las pasiones y los designios en sus movimientos desde los más próximos a los más remotos, y luego reducir los datos de las pasiones, los designios y sus movimientos a los más remotos elementos de una determinada situación económica: he aquí el arte difícil que debe ejemplificar la concepción materialista (Labriola, 1973, p. 197).

El materialismo histórico no contiene elementos apriorísticos. Es una teoría derivada del estudio de la sociedad. Marx la consideró una hipótesis hasta que la crítica de la economía política, la historia y la práctica política la transformaron en teoría. La diferencia entre

la filosofía de la historia —que considera la existencia de fuerzas, leyes o verdades extrahistóricas que explican el sentido de la historia— y la teoría marxista de la historia, es que esta se concibe como un conjunto de métodos y conceptos que no son sino instrumentos para conocer la realidad social. La validez de esos instrumentos y sus límites solo puede ser comprobada en el material histórico. Es más, con cada investigación particular, el método se modifica. Cada concreto real estudiado, llama al enriquecimiento o corrección del método. La teoría se hace conocimiento científico solo en la comprobación histórica. La prueba de una teoría (descubrimiento de una ley que es necesariamente regularidad) es su capacidad de explicar una realidad determinada en la cual actúan no solo leyes, sino casualidades; no solo una tendencia principal, sino otras contrapuestas, más difíciles de determinar. La historia se vuelve científica solo cuando pasa de la consideración de los hechos a la investigación de las tendencias profundas del proceso histórico, y la teoría solo deja de ser un conjunto de hipótesis cuando se comprueba como generalización del devenir histórico real.

Pensamiento científico, ideología y clase obrera

El proletariado, como clase dominada, nace con una ideología que no es la suya: la burguesa. Pero desde un principio, posee un instinto de clase, la conciencia vaga de la contradicción principal de la sociedad capitalista. Mientras no es más que esto, la ideología de la clase obrera se mantiene al nivel de una corriente en el seno de la ideología burguesa, es decir, como una versión de la falsa conciencia que rige en la sociedad capitalista. La historia demuestra que en el inicio la clase obrera solo pudo llegar a la conciencia de la oposición de sus intereses económicos inmediatos y los de la burguesía, la conciencia de que la participación del salario en el valor de las mercancías producidas puede ser alterada con la lucha de clases.

El socialismo científico nace a mediados del siglo XIX como pensamiento científico. Su origen no está en las experiencias prácticas

de la clase obrera, en la apropiación práctica-intelectual de la realidad, sino en la apropiación teórica de esta. Sin embargo, la premisa de su surgimiento es la existencia de la clase obrera como fuerza social y política ascendente. El paso del socialismo utópico al socialismo científico hubiera sido imposible si la clase obrera no hubiera afirmado en la práctica su presencia histórica. El marxismo surge primero como crítica de la ideología burguesa y pasa a constituirse en pensamiento científico al elaborar el materialismo histórico (un método para el estudio de la sociedad y la historia), la crítica de la economía política burguesa (una explicación del modo de producción capitalista) y el socialismo (el estudio de la práctica política de la clase obrera y la revolución socialista).

Estamos ante el surgimiento de un pensamiento científico doblemente relacionado con un fenómeno social: 1) habría sido imposible si la clase obrera no hubiera llegado a un nivel determinado de su desarrollo; 2) responde a los intereses históricos de esa clase y las necesidades de la transformación de su utopía (socialismo utópico) en pensamiento científico.

En 1831 [escribe Engels en *Del socialismo utópico al socialismo científico*] estalla en Lyon la primera insurrección obrera, y de 1838 a 1842 alcanza su apogeo el primer movimiento obrero nacional: el de los cartistas ingleses. La lucha de clases entre el proletariado y la burguesía pasó a ocupar el primer plano de la historia de los países europeos más avanzados, al mismo ritmo con que se desarrollaba en ellos, por una parte, la gran industria y, por otra, la dominación política recién conquistada de la burguesía. Los hechos venían a dar un mentís cada vez más rotundo a las doctrinas económicas burguesas de la identidad de intereses entre el capital y el trabajo, y de la armonía universal y el bienestar general de las naciones como fruto de la libre competencia. [...] De este modo, el socialismo no aparecía ya como el descubrimiento casual de tal o cual intelecto de genio, sino como el producto necesario de la lucha entre dos clases formadas históricamente: el proletariado y la burguesía. Su misión ya no era elaborar un sistema lo más perfecto posible de sociedad, sino investigar el

proceso histórico económico del que forzosamente tenían que brotar estas clases y su conflicto, descubriendo los medios para la solución de este en la situación económica así creada. Pero el socialismo tradicional era incompatible con esta nueva concepción materialista de la historia, ni más ni menos que la concepción de la naturaleza del materialismo francés no podía avenirse con la dialéctica y las nuevas ciencias naturales. En efecto, el socialismo anterior criticaba el modo capitalista de producción existente y sus consecuencias, pero no acertaba a explicarlo ni podía, por lo tanto, destruirlo ideológicamente; no le alcanzaba más que repudiarlo, lisa y llanamente, como malo. Cuanto más violentamente clamaba contra la explotación de la clase obrera, inseparable de este modo de producción, menos estaba en condiciones de indicar claramente en qué consistía y cómo nacía esta explotación. (Engels, 1963, p. 137)

Este fenómeno sin precedente de un pensamiento científico que hace explícita su relación con el devenir de una clase ha sido la fuente de numerosas mistificaciones.

Para algunos marxistas, la conciencia de la clase obrera solo es ideológica mientras su falta de desarrollo le impida asimilar el socialismo. Una vez que alcanza ese nivel, su conciencia se transforma automáticamente en pensamiento científico. Para otros, la ideología de la clase obrera, una vez que adquiere el nivel socialista deja de ser falsa conciencia. Así, por primera vez en la historia, surge una ideología científica, la proletaria. Ambas concepciones liquidan el problema de la relación entre pensamiento científico e ideología en el movimiento obrero y revolucionario. Según ellas, la clase obrera sería capaz, pese a las deformaciones que se derivan de la lucha de clases y las contradicciones sociales, de liberarse de la relación contradictoria entre pensamiento científico e ideología.

Ambas concepciones, que son idealistas puesto que separan la falsa conciencia de sus orígenes sociales y políticos, son actualmente insostenibles. Es incuestionable que la ideología de la clase obrera, por la situación de esa clase, guarda una relación especial con el pensamiento científico. Esta particularidad de la ideología proletaria

se deriva de las condiciones de existencia particulares de esta clase. Hasta ahora todas las clases revolucionarias fueron clases propietarias; para liberarse históricamente hicieron de *sus* condiciones de existencia material las condiciones de existencia de toda la sociedad. Su ideología contenía desde su principio una falsa conciencia. Su papel de representante de los intereses de toda la sociedad —verdadero en un momento— llevaba su negación en el carácter verdadero de la clase que no podía sino instaurar un nuevo régimen de explotación.

En el caso del proletariado, en cambio, las condiciones son diferentes. El proletariado no se libera elevando sus condiciones particulares de existencia a condiciones dominantes de explotación, sino que cancela sus propias condiciones de existencia como clase al abolir las relaciones de explotación.

Esta es la primera vez en la historia de la humanidad que la ideología de una clase tiene un origen auténticamente científico. Esto condena al fracaso cualquier intento de ideologización absoluta: pese a todo, el pensamiento científico marxista se rebela permanentemente contra su propia ideologización. Pero eso no nos permite negar que, al penetrar en la conciencia del movimiento obrero, al constituirse en cemento ideológico de organizaciones políticas, el marxismo ha conocido todas las vicisitudes de los resultados de la ciencia que se integran a una estructura ideológica.

En esa metamorfosis el marxismo sufrió todas las deformaciones típicas de la ideología: la culminación del proceso fue el intento de sustituir el pensamiento científico por la ideología y totalizar el dominio de esta en todas las expresiones culturales. Pero la ideologización conservadora del marxismo es su negación como teoría de la revolución socialista. La práctica científica es, por naturaleza, crítica de los conocimientos existentes, libre confrontación, búsqueda de objetividad, independencia de las exigencias políticas coyunturales. Por eso también en el movimiento socialista su desarrollo está sujeto a leyes diferentes a las que rigen la ideología. Estas dos instancias de la vida social solo se relacionan en un proceso de constante contradicción y coincidencia que es la condición objetiva de su devenir.

En el principio el socialismo científico fue introducido en el seno de la clase obrera desde afuera. En la actualidad, se reproduce y desarrolla en el seno de esta clase, cruzando fronteras y superando obstáculos sin que sea necesario repetir el acto de introducción en cada país y cada situación. Proletario por su inspiración y su papel histórico, el socialismo está dejando de ser una ideología exclusivamente obrera. Grandes masas de trabajadores, sectores importantes de las clases medias, de los jóvenes y las mujeres, la inmensa mayoría de los intelectuales, están adoptando elementos fundamentales del pensamiento que representa la transición del capitalismo a una nueva sociedad. Los resultados de la teoría marxista se integran así a muy diversas estructuras ideológicas transformándose en la multifacética ideología de una época histórica de revolución social.

En esas condiciones, el pensamiento científico marxista como modo de apropiación teórica de la realidad, solo puede desarrollarse definiendo su especificidad y explicitando con rigor sus indisolubles relaciones con la ideología socialista y la práctica política revolucionarias, partiendo del doble principio de su articulación con ellos y la autonomía de sus tareas y modos de existencia.

Pero dejemos el campo de la teoría y cedamos la palabra a la historia. Una historia que ha sido escrita para que los jóvenes mexicanos puedan ver su presente y su futuro, un poco más libres de las ilusiones del pasado y más conscientes de los problemas que les toca resolver.

Bibliografía

Aiken, David. (1963). *The age of ideology*. Nueva York.

Althusser, Louis. (1966). Teoría, práctica teórica y formación teórica, ideología y lucha ideológica. *Casa de las Américas*, (34).

Barth, Hans. (1972). *Verdad e ideología*. México.

Bernal, Jhon Desmond. (1979). *La ciencia en la historia*. México: Nueva imagen.

Blanco, José Joaquín. (16 de julio de 1980). El placer de la historia. *La cultura en México* suplemento de *Siempre*.

- Engels, Friedrich. (1963). Del socialismo utópico al socialismo científico. En *Obras Escogidas, tomo II*. Moscú.
- Engels, Friedrich. (1963). Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. En *Obras Escogidas, tomo II*. Moscú.
- Engels, Friedrich. (1973). Carta a Borgius, 25 de enero de 1894. En *Correspondencia Marx-Engels*. Buenos Aires.
- Engels, Friedrich. (1973). Carta a Mehring, 14 de julio de 1893. En *Correspondencia Marx-Engels*. Buenos Aires.
- Engels, Friedrich. (1973). Carta a Schmidt, 27 de octubre de 1890. En *Correspondencia Marx-Engels*. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio. (1975). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. México.
- Labriola, Antonio. (1973). *La concepción materialista de la historia*. México.
- Larraín, Jorge. (1974). *The concept of Ideology*. Georgia: University of Georgia Press.
- Lenk, Kurt. (1971). *El concepto de ideología*. Buenos Aires.
- Marx, Karl. (1969). *Werke, vol. I*. Berlín.
- Marx, Karl. (1971). *El Capital, tomo I*. México.
- Marx, Karl. (1971). *El Capital, tomo III*. México.
- Marx, Karl. (1978). Introducción general a la crítica de la economía política (1857). En *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. México.
- Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1969). *Werke, tomo 13*. Frankfurt am Main.
- Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1974). *La ideología alemana*. México.
- Mongardini, Carlos. (1969). *Ideologia e Società*. Roma.
- Sánchez, Vázquez Adolfo. (1974). *Estructuralismo e historia*. México.
- Wittgenstein, Ludwig. (1966). *Tractatus logico-philosophicus*. Frankfurt am Main.

Filosofía revolucionaria e historia*

En América Latina y en México, la historia es la más antigua de las ciencias sociales. Cuando aparecieron la antropología, la economía, la sociología y la politología, la historia tenía ya tras de sí una trayectoria secular de aciertos y fracasos. Hoy su función es cuestionada y su destino parece incierto. Pero antes de defenderla, es necesario someter su estado actual a un severo juicio. Para ello, no basta examinar la situación interna de la ciencia. Debe irse más a fondo, preguntarse acerca de la función social de la historia y el papel que juegan los historiadores en el momento actual de México. Este cuestionamiento radical es necesario, porque las raíces últimas de las crisis se ubican no en la ciencia misma, sino en la relación de esta con la realidad social contemporánea.

La historia está más cerca de la cultura popular que cualquier otra ciencia social. Millones de alumnos aprenden en las escuelas, durante años, la historia nacional y universal. Frecuentemente, libros de tema histórico se vuelven *best sellers* e influyen decisivamente en la conformación de la ideología de amplios sectores. Hace tiempo ya que la novela, la película y el programa de televisión de orientación histórica son géneros establecidos que gozan de numeroso público.

* Enrique Semo, *Historia mexicana y lucha de clases*, México, Era, 1978.

A diferencia de lo que sucede con los sociólogos, politólogos y economistas que constituyen pequeñas élites académicas o administrativas, decenas de miles de personas se dedican en México a enseñar la historia y no hay rincón patrio que no cuente con su erudito, cronista o historiador que, superando dificultades sin nombre, se preocupa por hurgar en las raíces del pasado local.

En México la concepción del pasado constituye el núcleo vital de la ideología política. Nadie se atrevería a negar la existencia de una historia oficial que se manifiesta forzosa y a veces forzosamente en cada discurso, en cada homenaje conmemorativo, en cada brindis circunstancial. En ruidosas campañas anuales glorifica el recuerdo mistificado de la Independencia, de Juárez, de la lucha contra los franceses, de la Constitución de 1917.

En México sucede frecuentemente que la expresión ideológica de la lucha de clases se plasma en reñidas batallas de interpretación histórica. Después de la revolución de independencia, la posición conservadora encuentra su representante en la obra histórica de Alamán y los liberales responden con las historias polémicas de Bustamante, José María Luis Mora y Zavala. A principios de este siglo, apenas acallado el fragor de la guerra civil, contrarrevolucionarios y revolucionarios de diversas tendencias se traban en ruidosa polémica histórica, cuyos ecos aún no se apagan. La crisis actual resucita la discusión acerca de la revolución, el cardenismo y la historia reciente del país. Cada encrucijada impone a la historia la tarea de explicar por qué y cómo se llegó a este punto; la obliga a investigar las raíces de las fuerzas que en la actualidad participan en la lucha por el dominio.

El historiador no puede evadir esta empresa colectiva, solo puede escoger en ella su lugar; no puede desligarse de los problemas ni de los conflictos contemporáneos, sin colocarse, con su obra, al margen de lo necesario. Tampoco puede olvidar la relación entre historia y cultura popular, sin internarse en el laberinto del aislamiento y la trivialidad. La aceptación de esta verdad es el único punto de partida legítimo de la reflexión histórica.

Por remota que sea la época para el estudio, por reducida que sea su envergadura, las exigencias actuales imponen su férula, influyendo decisivamente en la definición del tema y la selección de los hechos y métodos de investigación. El intento de darle la vuelta a esa verdad es, para muchos historiadores jóvenes, el origen de múltiples frustraciones y para otros, no tan jóvenes, un artificio para introducir un partidismo más o menos consciente pero encubierto. El ideal de Ranke, que llamaba a los historiadores a esmerarse por reproducir los hechos del pasado “tal y como fueron” (*wie es eigentlich gewesen*) (Von Ranke, 1949, p. 432) es en el mejor de los casos una utopía. Como decía Lucien Febvre: “La historia es la necesidad que tiene cada grupo humano, a cada momento de su evolución, de buscar y evaluar, en el pasado, los hechos, los sucesos, las tendencias que preparan el presente y que permiten comprenderlo, que ayudan a vivirlo”.

Para el marxismo, pasado y presente conforman una unidad indivisible con etapas distintas de una historia natural de la humanidad. El pasado se explica por el presente y este último solo es cognoscible como fenómeno histórico. Para el estudio de ambos, solo hay un método y una teoría, aplicables a sociedades tan diferentes como la indígena de la era prehispánica y la capitalista del México actual.

La sociedad burguesa [escribía Marx en 1857] es la más desarrollada y compleja organización histórica de la producción. Las categorías que expresan sus relaciones, la comprensión de su estructura permite el entendimiento de la estructura y las relaciones de producción de todas las formas de sociedad desaparecidas sobre cuyas ruinas y elementos se ha construido, cuyos restos aún no totalmente superados, sigue arrastrando y cuyos presagios se han transformado en fenómenos plenamente desarrollados, etcétera. La anatomía del hombre es la clave de la anatomía del mono. Los indicios de entendimiento en las especies inferiores solo pueden ser comprendidos cuando sus formas más elevadas son ya conocidas. La economía burguesa proporciona la llave de la antigua, etcétera, no según el método de los economistas que borran todas las diferencias históricas y ven en todas las formas de la sociedad, la burguesa. Puede entenderse el

tributo, los diezmos etcétera, cuando se conoce la renta capitalista del suelo. Sin embargo, no se les debe identificar. En la medida en que la sociedad burguesa no es sino una forma antagónica del desarrollo, las relaciones anteriores se manifiestan en ella atrofiadas o disfrazadas. (Marx, 1969, pp. 636-637)

La naturaleza de la semilla se manifiesta en la planta; el significado del pasado se revela en el presente. El estudio de los siglos pasados comienza con el estudio de la actualidad. La formación del historiador de la sociedad prehispánica, colonial o moderna se inicia con el aprendizaje de la economía, las clases sociales, el Estado y la cultura del México contemporáneo.

Por otra parte, el conocimiento científico de la sociedad actual solo es posible como conocimiento histórico. Una sociedad solo revela las leyes de su funcionamiento cuando maduran sus contradicciones y comienzan a manifestarse los límites históricos de su existencia. Esta doble relación entre pasado y presente establece la interacción entre la historia y las demás ciencias sociales, que no pueden dejar de ser a la vez históricas y teóricas.

La historia no se escribe al margen de los intereses de clase. En realidad, como decía Marx “La *idea* siempre se ha desacreditado en la medida en que ha sido distinta de los *intereses*” (Marx, 1959, p. 221). La clase dominante domina también la investigación y la enseñanza de la historia. No es casual que la mayor parte de la historia escrita en México en el último tercio de siglo refleje el interés de las clases medias (léase burguesía ascendente). Su trasfondo ideológico es el liberalismo y/o la “Revolución mexicana”; sus enfoques metodológicos, el historicismo, el positivismo, el estructuralismo y el idealismo heideggeriano. No es una historiografía homogénea, sino un conjunto de corrientes cuyas diferencias —importantes— se ventilan en arduas discusiones. Y, sin embargo, tienen mucho de común: pese a que la historia mexicana tiene una rica tradición revolucionaria, los campesinos, los obreros, las masas actuantes aparecen en esas obras tan poco que traen a la mente los famosos versos de Brecht:

Cuestiones planteadas por un obrero que lee:

¿Quién construyó la Tebas de las siete puertas?
En los libros se da el nombre de los Reyes
¿Los Reyes arrastraron ellos mismos los bloques de piedra?
Babilonia, varias veces destruida
¿quién la reconstruyó? ¿En qué casas
de Lima la dorada se alojaron los obreros de la construcción?
Cuando la Muralla China fue terminada,
¿a dónde fueron esa noche los albañiles? Roma la
grande
está llena de arcos de triunfo. ¿Quién los construyó?
¿Sobre quién triunfaron los Césares? Bizancio tantas
veces cantada
¿solo tenía palacios para sus habitantes?
Aún en la legendaria Atlántida,
gritando en la noche en que el mar la englutió
los que se ahogaban querían sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India
¿Solo?
César venció a los Galos:
¿no tenía a su lado al menos a un cocinero?
Cuando fue hundida su flota, Felipe de España
lloró, ¿nadie más que él lloraba?
Federico II ganó la guerra de Siete Años,
¿quién además de él salió ganando?
En cada pina una victoria.
¿Quién cocinaba los festines?
Cada diez años un gran hombre.
¿Los gastos, quién los pagaba?
Tantos relatos,
Otras tantas preguntas.

Pero la hegemonía no es dominio total. Desde los años treinta, comenzó a delinearse una alternativa. En algunas de las obras de Chávez Orozco, Othón de Mendizábal, Teja Zabre, Mancisidor, Cue Cánovas y otros historiadores, apuntan los retoños de una nueva historia:

una historia que busca las raíces de la nación mexicana en la vida y las luchas de su pueblo trabajador; que no oculta las contradicciones de clase; que prefiere la explicación social y económica a las galerías de retratos de héroes y villanos. La historia marxista en México debe partir de la asimilación crítica, de la superación dialéctica de esa corriente. Su tarea no es comenzar de la nada para fundar un nuevo sistema, sino la de extraer todo lo que hay de verdadero y científico en la obra de estos y otros historiadores mexicanos para replantear en términos nuevos los problemas de una historia nacional

coherente gracias a un esquema teórico y sólido común; total, es decir capaz de no dejar fuera de su jurisdicción ningún terreno de análisis útil; y por último *dinámica*, pues no siendo eterna estabilidad alguna, nada es más útil que descubrir los principios del cambio. (Vilar, 1974)

La historiografía anterior no debe ser ignorada, sino superada.

Debido a las características del sistema político mexicano, en el medio intelectual predomina el esfuerzo angustioso por mantenerse en la ambigüedad y sin embargo nadie puede rehuir el compromiso ideológico y político de su obra, aun cuando este se oculte bajo formas esopianas. El marxismo no ha inventado esta realidad.

Simplemente hace explícita una relación entre las contradicciones objetivas de la sociedad y las ideas, implícita en toda obra histórica.

Esta posición se deriva no solo de su concepción política, sino de la esencia misma de su teoría del conocimiento. La realidad objetiva —pasada y presente— no puede ser conocida al margen de los intereses concretos de los hombres.

En la definición completa de un objeto [escribe Lenin] debe incluirse toda la práctica humana, tanto como criterio de verdad, como de la relación del objeto con lo que el hombre necesita. (Lenin, 1960, p. 86)

La inevitabilidad del compromiso ha producido en la historiografía mexicana dos corrientes cuya contradicción es más aparente que real: la apologética y el objetivismo.

Todos conocemos esas obras escritas para enaltecer o vilipendiar una figura, un suceso o un movimiento social del pasado. Los adjetivos bombásticos, la falsificación intencional de los hechos, la acentuación arbitraria de los sucesos que comprueban la posición del autor y el escamoteo deliberado de los que la contradicen. No debe subestimarse la importancia de esta escuela. Ha tenido sus representantes talentosos y prolíficos como Bulnes o Vasconcelos y algunos de sus discípulos contemporáneos quienes —a pesar del subjetivismo que permea sus obras— siguen gozando del favor de un público que rehúye el discurso ambiguo e insulso de la historiografía académica.

La corriente objetivista en cambio, pretende mantenerse por encima de las luchas contemporáneas. Su obra se presenta como neutral, objetiva, fiel a los hechos, libre de juicios de valor. Aspira a mantenerse alejada del partidismo político y a conservar entre el sujeto (el historiador) y el objeto (la historia) una relación de carácter puramente contemplativo. Esta posición es muy común entre historiadores que profesan un culto reverente al hecho histórico, al cual consideran el único criterio de verdad, desvinculándolo de las estructuras y el cambio. Muy difundido en algunos medios universitarios, el objetivismo ha producido algunas obras notables por su rigor descriptivo y su erudición, pero extraordinariamente estériles en su interpretación.

El marxismo considera el compromiso con las luchas revolucionarias de la clase obrera y los trabajadores en general como el punto de partida del quehacer del historiador, pero excluye cualquier forma de apología, incluso la mejor intencionada. La falsificación del pasado histórico y la utopía, aun en sus formas más románticas, son incompatibles con el desarrollo de la historiografía marxista y la conciencia revolucionaria.

Los fracasos del movimiento zapatista se derivaban en buena parte de la idealización que este hacía del papel de la comunidad agraria en el pasado y de sus posibilidades futuras. La idea —muy difundida aún— de que ser revolucionario en 1977, no es esencialmente diferente de lo que esto significaba en 1935, es un elemento

extraordinariamente conservador del pensamiento mexicano contemporáneo. Embellecer a los ojos de los trabajadores la nefasta pasividad en que se encontraron sumidos durante los años 1940-1958 no contribuirá al desarrollo de la conciencia de su papel histórico. Ignorar las contradicciones existentes en la actuación de Lázaro Cárdenas para llenarlo de loas o improperios solo puede retrasar la comprensión de los orígenes de la debilidad organizativa e ideológica actual de la clase obrera mexicana, que necesita buscar en el pasado, no nuevos mitos ni figuras heroicas irreprochables, sino la reconquista de su personalidad propia, sin maquillaje ni distorsiones.

El historiador que parte de un punto de vista socialista no puede tener otro propósito en la investigación que la verdad objetiva. Por eso su trabajo se inicia inevitablemente con la acumulación, selección y clasificación rigurosa de la mayor cantidad posible de información sobre el problema que desea abordar, así como la comprobación de la autenticidad de las fuentes y la confiabilidad de los testimonios reunidos. Sin ese proceso, la más compleja estructura interpretativa de nada vale. Imaginémos el desconcierto del historiador que ha producido una elaborada interpretación psicosocial de la personalidad de María Antonieta, basada en su correspondencia personal, cuando descubre, como relata Bloch, que buena parte de las cartas publicadas bajo el nombre de la reina habían sido fabricadas en el siglo XIX (Bloch, 1971, p. 127).

El historiador marxista no puede dejar a otros esta ardua tarea, porque la selección de los hechos y su presentación nunca están desvinculadas del enfoque y los intereses del historiador que realiza la labor, ni el método puede ser separado del objeto del estudio. No podemos sino coincidir con Germán Colmenares, cuando este afirma:

Muchos esquemas teóricos parten de un supuesto erróneo de la división del trabajo historiográfico. Por un lado, se presume que la búsqueda de datos escuetos y su clasificación más o menos grosera queda confiada a un cierto tipo de practicantes de la historia, a esos obreros pacientes que gustan de las comprobaciones minuciosas,

muchas de ellas sin importancia. Por otro, se concibe que el planteamiento “teóricamente correcto” de los problemas corresponde de manera exclusiva a quienes manejan esquemas conceptuales aparatosos. La realidad de la investigación histórica no puede ceñirse a este confortable modelo de la división del trabajo. La construcción del objeto del saber en el caso de la historia —como de cualquier otra ciencia social— conlleva no solo la identificación de un problema relevante y la construcción de hipótesis y modelos que signifiquen una primera aproximación teórica, sino también la para su tratamiento. (Colmenares, 1975, p. 22)

Pero la labor del historiador no puede terminar ahí. La información exacta no es un fin en sí mismo, no es aún historia.

La exactitud es un deber, no una virtud. Encomiar a un historiador por su exactitud es como exaltar a un arquitecto por usar buena madera y concreto bien mezclado en sus construcciones. (Carr, 1965, p. 14)

Estos hechos así llamados básicos, que son los mismos para todos los historiadores, pertenecen a la categoría de la materia prima del historiador más que a la historia misma. Sin embargo, en historia como en las ciencias naturales, el descubrimiento de un hecho o un conjunto de hechos de gran significación permite a veces superar concepciones consideradas como irrefutables y aceptadas universalmente durante décadas. Solo la teoría permite ordenar los hechos, descubrir su significado e importancia y establecer las relaciones que existen entre ellos, así como entre el pasado y la actualidad. Por eso debe estar presente desde el primer instante de la labor de investigación histórica.

Se acostumbraba decir [escribe Carr] que los hechos hablan por sí mismos. Esto, naturalmente, es falso. Los hechos hablan solo cuando el historiador recurre a ellos: es él quien decide a qué hechos debe llamarse a escena y en qué orden y contexto. Fue, creo, uno de los personajes de Pirandello quien dijo que un hecho es como un saco: no se sostiene hasta que se ha puesto algo en él. (Carr, 1965, p. 14)

Veamos un ejemplo. Partamos de un hecho escueto y aislado: *El 16 de septiembre de 1810, el cura Hidalgo llamó a sus feligreses a levantarse en armas contra el poder virreinal*. Si solo sabemos esto, el hecho no tiene una gran significación. El mismo año, se produjeron un sinnúmero de sucesos “poco comunes” y los pronunciamientos armados contra el gobierno constituido han sido, en la historia de México, miles. Al investigar la vida del actor más importante del suceso, descubrimos que Hidalgo era uno de los principales exponentes de la Ilustración a fines de la Colonia y que venía ya conspirando contra el poder virreinal. El hecho cobra, así, significación *biográfica* como el momento culminante de la vida de un hombre destacado. Solo cuando relacionamos el 16 de septiembre con la multitud de manifestaciones antiespañolas que venían sucediéndose desde 1808, adopta el hecho una importancia nacional como expresión de un proceso en el cual participan amplios sectores de la sociedad novohispana. Su magnitud histórica se manifiesta cuando descubrimos que el 16 de septiembre es el inicio de una serie de sucesos que desembocan, once años más tarde, en la consecución de la independencia. Pero, aun así, la plenitud del significado nacional de la fecha se nos escaparía si no lo relacionáramos con la actualidad, es decir con el hecho de que, gracias al movimiento del 16 de septiembre de 1810, México se constituyó en Estado políticamente soberano, situación que ha mantenido hasta hoy día. Si esto no fuera así, el 16 de septiembre representaría el inicio de un movimiento fallido para conseguir la independencia e Hidalgo sería no “el Padre de la Patria” sino un precursor lejano de esta. Al comparar el movimiento iniciado por Hidalgo con los demás movimientos de independencia en América Latina, descubrimos que aquel tenía un carácter campesino y agrario más marcado que la mayoría de estos, y entonces cobra una relevancia continental. Como puede verse, el hecho histórico concreto solo cobra su sentido, solo es inteligible, en función de una serie de relaciones y determinantes ajenos a él mismo y que solo pueden ser establecidos e interpretados por medio de la teoría que explica una serie de relaciones.

Pero la búsqueda de la verdad objetiva no debe ser confundida con el objetivismo. El punto de partida del objetivismo es la oposición irreductible entre cualquier tipo de compromiso político del historiador y la verdad objetiva. Para decirlo con las palabras de Ranke:

El ideal de la creación histórica está en que el sujeto se transforme en órgano del objeto, es decir, de la ciencia misma, sin dejarse afectar por las limitaciones fortuitas de la existencia humana para que pueda comprender plenamente la verdad y exponerla. (Von Ranke, 1949)

Pero esta posición produce un inevitable desdoblamiento de la personalidad del historiador, quien queda condenado a la contradicción perenne entre su calidad de hombre contemporáneo y científico social. Y esta es una actitud que esteriliza el quehacer del historiador en el cual la recopilación de información no puede ser separada de la interpretación ni esta de la posición ideológica.

El marxismo señala la dirección ascendente de la historia, desde la comunidad primitiva hacia las sociedades de clases; de la última de estas, el capitalismo, hacia el socialismo. Así coloca al historiador dentro del proceso histórico y crea las condiciones para la coincidencia entre la praxis social de este y la verdad objetiva. La posición política del historiador marxista se revela no en la falsificación “partidista” de los hechos o la apología, sino en su esfuerzo permanente para revelar el carácter pasajero de toda formación socioeconómica, incluyendo la presente; en descubrir las contradicciones de clase que subyacen a toda situación, a todo fenómeno histórico; en que toma partido por las clases y fuerzas revolucionarias de cada época, sin ocultar sus limitaciones. La obra histórica puede a la vez representar una posición política y ser verdadera, si aquella es la de las fuerzas progresistas del presente en su proyección hacia el futuro. Esto es así porque, pese a sus retrocesos temporales o locales, la historia es en esencia una historia del progreso humano.

Lo dicho hasta ahora, no significa que la relación entre práctica social y creación histórica, sea simple y unilateral. Nada más falso que pretender reducir toda controversia científica a un simple

choque entre posiciones ideológico-políticas encontradas. Las discusiones sobre temas fundamentales de la historia de México y de América Latina reflejan no solo las posiciones teórico-ideológicas de los investigadores, sino también la complejidad, las limitaciones temporales y el carácter colectivo del proceso de conocimiento. Y, sin embargo, si se revisa cuidadosamente cada una de esas discusiones, no solo en su dimensión intelectual, sino en relación con el momento histórico en que se producen, no puede dejar de advertirse en ellas el reflejo, vago y distorsionado a veces, diáfano y bien delimitado otras, de las batallas ideológicas y políticas contemporáneas de los autores. Ningún tema, ninguna obra es lo suficientemente autónoma para estar totalmente desvinculada de estas.

Tampoco debe olvidarse que el valor científico de una obra no depende solo del punto de partida teórico-ideológico del historiador. La orientación ideológica progresista no es por sí misma una garantía de sabiduría o maestría profesional. En la historiografía mexicana hay ejemplos de obras de orientación francamente conservadora que han contribuido en forma decisiva al conocimiento de periodos o aspectos fundamentales de nuestro pasado histórico. Tal es el caso de algunos libros escritos por cronistas españoles, por Lucas Alamán o por Cosío Villegas. Y, sin embargo, estas obras son una demostración palpable de que quien no se identifica con la corriente progresista de su tiempo es incapaz de descubrirla en el pasado.

Bibliografía

Bloch, Marc. (1971). *Apología de la historia*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

Carr, Edward Hallett. (1965). *¿Qué es la historia?*. Barcelona: Seix Barral.

Colmenares, Germán. (1975). *Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII*. Cali: Universidad del Valle.

Lenin, Vladimir Ilyich. (1960). Una vez más acerca de los sindicatos. En *Obras completas*. Tomo XXXII. Buenos Aires: Cartago.

Marx, Karl. (1959). *La sagrada familia*. México: Grijalbo.

Marx, Karl. (1969). Einleitung (zur Kritik Politischer Okoninie. En K. Marx, y F. Engels, *Werke*. Tomo XIII. Berlín: Dietz Verlag.

Vilar, Pierre. (s. f.). *Marxismo e historia*. Buenos Aires: Antros.

Von Ranke, Leopold. (1949). *Das Brietwerk*. Hamburgo: W. P. Fuchs.

Eric Hobsbawm y la posibilidad de una historia marxista*

Eric Hobsbawm murió el 1 de octubre del año 2012. Es decir que solo han transcurrido dos años desde su desaparición y ahora, revisando todos sus trabajos en orden cronológico, me doy cuenta de lo poderoso de su pensamiento y de su vertiginoso desarrollo. Supera y modifica sus ideas y posiciones a medida que le parecían obsoletas, pero siempre dentro de una misma matriz. Se antoja que Hobsbawm intentaba captar los tiempos de un siglo de cambios meteóricos en la realidad y en las categorías teóricas de la ciencia social.

Eric Hobsbawm no fue creador de grandes teorías, como las asociadas con los debates sobre la transición del feudalismo al capitalismo: los circulacionistas como Paul Sweezy, los productivistas como Maurice Dobb o Robert Brenner; la Economía Mundo de Immanuel Wallerstein y la dependencia de autores latinoamericanos como Mauro Marini o Theotonio Dos Santos. Hobsbawm es exponente profundo de un método propio que lo lleva a plantear ideas creativas, sugerencias inesperadas, hipótesis audaces en el marco de la larga historia del pensamiento marxista. Si habría que caracterizar su aportación fundamental diría que esta se encuentra en el método. Él fue una de las estrellas de una época en que la historiografía marxista

* 2014.

tenía una influencia muy grande, podemos decir incluso, dominante en algunos países, entre los cuales se encontraban muchos de los de América Latina. A través de sus constantes recuentos de los avances y retrocesos, de los éxitos y limitaciones de esa corriente, Hobsbawm ayudó a crear una sensación de comunidad y de interlocución crítica permanente entre los pensadores marxistas de todo el mundo. Esta época ha pasado y el marxismo de hoy debe definir claramente sus límites y posibilidades ante un mundo completamente diferente al de la posguerra.

Existen muchas atalayas desde las cuales se puede analizar su obra y su influencia: Eric Hobsbawm fue un caso raro entre los historiadores profesionales, escribió varios de sus libros no para los académicos sino, siguiendo sus propias palabras, “para todos aquellos que quieren comprender el mundo y que creen que la historia es importante para ese propósito” (Hobsbawm, 1989, p. 13) y, sorprendentemente, lo logró. Su tetralogía sobre la historia moderna y contemporánea logró atraer a millones de lectores en más de cincuenta lenguas. Es sin duda el historiador más leído y apreciado del siglo XX, no solo en Europa sino en todo el mundo. Encontró el lenguaje, el método y la enorme erudición necesarios para su propósito: la penetración de la Historia en un mundo ávido de lectores. ¿Tuvo algo que ver el método marxista con su éxito? Se podría decir que sí, porque este método determinó la coincidencia entre un mensaje apropiado para una época en la cual el hombre veía en el futuro la posibilidad de un mundo mejor, pero también podría decirse que no, porque hubo pocos marxistas que lograron el mismo éxito. Medio siglo después de aparecido su libro *La Era de las Revoluciones*, sigue siendo lectura común para todos los estudiantes universitarios de humanidades. Igual popularidad goza su *Age of Extremes, Historia del siglo XX*. Para los hombres y mujeres que vivieron buena parte de ese siglo y se preguntan ¿qué me hizo como soy y a dónde voy?, o bien, jóvenes que no entienden el pasado inmediato precisamente por las enormes diferencias que guarda con su presente. No es casualidad que Lula de Brasil lo haya considerado como el libro que más había influido en su vida y en la Facultad de

Economía y, en general, las facultades de Ciencias Sociales y Humanidades de la UNAM su tetralogía ha servido durante décadas como texto principal en Historia Universal.

Podemos también verlo como uno de los miembros de ese esplendoroso grupo de historiadores ingleses conocido como *The British Marxist Historians* en los años 1946-1956, que formaron una tradición teórica que hasta hoy tiene influencia en la historiografía inglesa y mundial. Formado en aquellos años por Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, E. P. Thompson, y también Victor Kiernan, George Rudé, A. L. Morton, John Saville y Dorothy Thompson, todos miembros de la misma célula del Partido Comunista Inglés, quienes transformaban sus reuniones en brillantes tertulias llenas de chispa sobre historia, marxismo y política.

¿Pero cómo surge una corriente de pensamiento? Hobsbawm recuerda que el grupo creció de las discusiones del libro de A. L. Morton *A People's History of England*, publicado después de la Segunda Guerra Mundial como un texto popular marxista de la historia de Inglaterra. Los principales miembros del grupo habían terminado sus estudios y habían comenzado sus investigaciones. Hobsbawm observa que, para algunos, el grupo era un modo de vida o, por los menos, una manera de estructurar su ocio y, para todos, era una amistad marcada por la “austeridad física, la emoción científica, la pasión política y sobre todo un sentido de igualdad”. Nadie dudaba en hablar en las discusiones o criticar y nadie se resistía a aceptar críticas. En esa época nadie era más famoso que el otro. Todos estaban interesados en la historia de la clase obrera inglesa. Comenzaron a surgir algunos esfuerzos para publicaciones colectivas y series de conferencias. Los escritos de Marx eran tratados más como un método que había que aplicar que como hipótesis para ser exploradas y probadas. Como no había una línea de partido propiamente dicha sobre historia inglesa, nunca hubo conflictos entre los miembros del grupo y la dirección del partido. Además, el grupo estuvo siempre abierto a la colaboración con historiadores marxistas que no militaban en el partido o no marxistas de intereses similares.

El más significativo producto de esas labores fue la revista *Past and Present*, cuyo primer número salió en 1952, y más tarde *New Left Review*. El grupo, según uno de sus miembros, se fue deslindando del marxismo vulgar, basado en las lecturas superficiales de algunos pocos textos de Marx y Engels que redundaban en la aplicación dogmática de algunas fórmulas, por ejemplo: la reducción del materialismo histórico a “Interpretación económica de la historia”, es decir, que “el factor económico es el fundamental del cual dependen todos los demás”; el modelo de “base y superestructura” utilizado más ampliamente para explicar la historia de la ideas a pesar de las repetidas advertencias de Marx y Engels sustituía la relación dialéctica entre los diversos componentes del modelo. La simplificación de los fenómenos políticos e ideológicos a la fórmula de “intereses de clase y lucha de clases” que ignoraba la complejidad del tema y la monstruosa idea “de las leyes históricas y la inevitabilidad histórica” que no tienen ninguna base en los escritos de Marx y Engels. Puede decirse que el grupo de los *The British Marxist Historians* se fue deslindando de la mayor parte de lo que habían escrito los historiadores marxistas antes de ellos, sobre todo durante los años de 1880-1930.¹

También podemos verlo como un intelectual judío-inglés de formación centroeuropea que le permitía ese cosmopolitismo vienés que incluía una familiaridad con las culturas austríaca, alemana, balcánica, latina y naturalmente inglesa, muy difícil de encontrar en otros intelectuales de la época. Sin ella y su habilidad de políglota no hubieran sido posibles libros como *Bandidos sociales*, en que los hajduks búlgaros comparten honores con los bandidos georgianos. O *Rebeldes primitivos*, en el cual la mafia siciliana y la violencia —esa combinación de guerra civil, acciones guerrilleras y bandidaje colombianos— conviven. Menos aún podría haber escrito su libro *Revolucionarios*, en donde comunistas franceses, italianos y alemanes intervienen en las mismas páginas con anarquistas españoles, obreros ingleses y guerrilleros de Vietnam se hermanan con los jóvenes de 1968 de París.

¹ Véase Harvey, 1984: Introducción y Cap. 5.

Otra faceta de ese hombre excepcional es su sabiduría política, el buen juicio y la prudencia que le permitió tomar durante su larga vida decisiones difíciles, sin caer en demasiadas contradicciones y a la vez permanecer fiel a sus ideales socialistas y su optimismo revolucionario. Hasta el día de su muerte no dejó de preocuparse por la política cotidiana y la suerte futura de la humanidad. El libro *El corto siglo XX 1914-1991* fue publicado en 1994, pero igual Hobsbawm, que ya había alcanzado la edad de 77 años, continuó preocupándose por la actualidad. Testimonios son sus cuatro libros posteriores *On the Edge of the New Century*, de 1999, *Guerra y Paz en el siglo XXI*, publicado en 2007, *Cómo cambiar el mundo*, *Marx y el marxismo 1840-2011*. Y recientemente nos enteramos de que dejó un manuscrito inédito que se acaba de publicar en 2013, *Tiempo de rupturas: sociedad y cultura en el siglo XX*. No dejó de pensar y sentir hasta el último momento de su vida, no porque quería dejar un testimonio más sino porque era un mandato irresistible de su naturaleza, o como diría un ruso, de su alma.

Si la gente no tiene un ideal de un mundo mejor [escribía Hobsbawm en el año 2000], entonces han perdido algo. Si el único ideal para los hombres y las mujeres es la búsqueda de la felicidad personal a través del logro de riqueza material, entonces la humanidad es una especie inferior.

Eso quiere decir que existe algo más importante que llegar a ser rico y famoso. Ese deseo puede o no puede ser inherente a la naturaleza humana pero ciertamente ha sido un fenómeno histórico desde el siglo XVIII, cuando la humanidad comenzó a comprender que es posible mejorar y emanciparse. [...] El problema no es desear un mundo mejor; es creer en la utopía de un mundo perfecto. Los pensadores liberales tienen razón cuando hacen notar [...] que solo aquellos con expectativas moderadas sobre el futuro del mundo pueden evitar infligir males terribles. Sin embargo, no puedo dejar de sentir que la humanidad no podría funcionar sin grandes esperanzas y pasiones absolutas aun cuando estas sufran grandes derrotas y entonces queda claro que la acción humana no puede eliminar la infelicidad. Los grandes líderes revolucionarios eran conscientes de que ciertos aspectos de la vida humana estaban más allá

de sus esfuerzos, por ejemplo, que los hombres son infelices en el amor, pero cuando se tienen 16 años se puede incluso creer en la posibilidad de cambiar eso [...]. (Hobsbawm, 2000, pp. 160-161)

En eso Hobsbawm se encuentra con Ernst Bloch, que componía en los años aciagos del dominio fascista en Europa el primer tratado filosófico sobre La Esperanza:

Es precisamente el hombre derrotado [escribe Bloch] quien debe enfrentarse de nuevo al mundo externo. Lo que viene no está decidido, el pantano puede ser desecado por medio del trabajo. Combinando el valor y el conocimiento, el futuro no se impone al hombre como destino, por el contrario, el hombre va al encuentro del futuro y entra en él con lo que es suyo. (Citado en Semo, 2003, p. 37).

Pero en las circunstancias actuales, después de cuarenta años de contrarrevolución victoriosa de los ricos, analizando la situación, es necesario incluir no un freno al optimismo, sino un acicate vital, un espilonazo vigoroso, recurriendo al paradigma de Rosa Luxemburgo: *Socialismo o Barbarie*. Y aun así no debemos hacernos ilusiones. Vuelvo a citar a Hobsbawm:

Muchas de las soluciones y de las instituciones que teníamos en el pasado han sido destruidas por el extraordinario dinamismo de la economía en la cual vivimos. Esto arroja un creciente número de hombres y mujeres en la situación de que no pueden apelar a normas claras, perspectivas, y valores comunes, una situación en que no saben qué hacer con su propia existencia individual y colectiva.

Esta es la razón por la cual no se puede ver el futuro con demasiado optimismo, la barbarie puede prevalecer.

Hobsbawm fue un marxista desde su adolescencia ya que, a los quince años, según él mismo nos lo cuenta, entró en las juventudes comunistas en Alemania como respuesta al ascenso amenazador del fascismo. Luego siguió militando casi hasta la disolución del Partido Comunista Inglés.

Pero, ¿cuál era su concepción de la contribución de Marx a la historia y de la posibilidad de ser un historiador marxista? Es evidente que Marx no dejó un tratado sobre la filosofía de la historia ni tampoco una obra histórica importante porque aun cuando todo lo que Marx escribió está impregnado con la historia, él mismo no escribió historia en el sentido que lo comprenden los historiadores. En ese respecto Engels era más historiador escribiendo obras que podían ser racionalmente clasificadas como historia. La influencia de Marx sobre los historiadores, y no solo los historiadores marxistas, está basada tanto en su teoría general (la concepción materialista de la historia) desarrollada a lo largo de la crítica de Marx y Engels de la filosofía e ideología alemana que está dirigida esencialmente contra la creencia de que

ideas, pensamientos, conceptos producen, determinan y dominan a los hombres, sus condiciones materiales y vida real desde 1846 esa concepción permaneció esencialmente la misma y puede ser resumida en una simple frase, repetida con variaciones 'no es la conciencia la que determina la vida sino la vida la que determina la conciencia' (Marx y Engels 1958, p. 26).

Marx sigue siendo la base esencial de cualquier estudio de historia, porque hasta ahora solo él ha intentado formular una metodología de la historia como un todo, y para intentar explicar el proceso completo de la evolución social humana... investigar el proceso del desarrollo social humano significa preguntar el tipo de preguntas que Marx plantea aun estando en contra de sus respuestas... Marx no dijo la última palabra —lejos de ello— pero dijo la primera palabra, y nosotros estamos obligados a continuar el discurso que inauguró. (Hobsbawm, 1997, pp. 161-168).

Conocí a Hobsbawm en la República Democrática Alemana, más precisamente en Leipzig, en el año de 1968, en el departamento de Manfred Kossok, junto con Friedrich Katz que acababa de publicar su libro de historia comparada sobre Aztecas e Incas. Entre otros, se comentó sobre el movimiento estudiantil en Alemania y Francia, y

también se habló sobre la tradición de historia comparada en la Universidad de Leipzig en donde Kossok preparaba su primer libro sobre las revoluciones burguesas. Hobsbawm se sentía muy cómodo y la plática se desarrollaba en alemán, su idioma natal. La segunda vez que nos encontramos fue en un pequeño restaurante en Londres, en 1975. Hobsbawm había ya publicado su segundo libro de la tetralogía, *La Era del Capitalismo* y había leído mi libro sobre la Colonia en México. Discutimos la presencia de tres modos de producción, le pareció interesante que yo distinguiera entre modo de producción tributario y modo de producción asiático. Parecía gozar de la sobremesa. Se tomó dos o tres vasos de vino, y mezcló las observaciones sobre historia con comentarios agudos sobre la crisis que se había iniciado dos años antes y que en su opinión marcaba el fin de la época de auge de posguerra. Las otras veces se dieron en México a raíz de los muy famosos Seminarios de Verano, que reunían cada año en la UNAM a personalidades importantes del pensamiento social. Hobsbawm tenía mucho interés en todo lo mexicano y hablaba un fluido español.

Aun cuando Marx no escribió ningún tratado sobre la filosofía de la historia ni un libro de historia propiamente dicho, no hay duda que el tema ocupa un lugar central en su pensamiento. La contribución teórica aparece fundamentalmente en el texto redactado en 1857-58 como preparación a *La contribución a la crítica de la economía política* y *El Capital*. Este texto, que apareció en su idioma original, el alemán, apenas en 1952 y que circula con el nombre popular de *Grundrisse*, es una obra de madurez en la cual Marx intenta abordar los problemas de la evolución histórica en forma sistemática y constituye un complemento de su famoso *Prólogo de la Contribución a la Crítica de la Economía Política* que sintetiza en un plumazo genial las tesis del materialismo histórico.

Eric Hobsbawm estaba muy familiarizado con las *Grundrisse* y particularmente en un extenso capítulo que es conocido como *Formaciones económicas precapitalistas*. Escribe una introducción en que deja testimonio de su asimilación crítica del ensayo teórico más abstracto que sobre las sociedades precapitalistas haya escrito Marx.

Este ensayo publicado en inglés en 1965, demuestra que Hobsbawm conocía todos los escritos —a veces notas, otras veces artículos o comentarios— de Marx sobre la historia.

El amplio conocimiento del pensamiento marxista que tenía se basaba en una distinción bien clara de los dos niveles: el primero, compuesto por fenómenos que actúan a largo plazo, como las fuerzas productivas, las relaciones de producción y los modos de producción y que se mueven fuera de la conciencia humana. El segundo nivel tiene un ritmo a mediano o corto plazo y en el cual las clases sociales, las luchas entre ellas, la acción de los líderes y de las masas, así como los problemas políticos del Estado, las ideologías y los partidos, ocupan todo el escenario. La relación entre los dos niveles no es directa ni automática y obedece a muchas mediaciones, de tal manera que un modo de producción puede llegar económicamente a sus límites históricos, mientras en el segundo nivel en el cual se mueven las fuerzas políticas, los sujetos revolucionarios se hallan paralizados, incapaces de producir los cambios necesarios, como sucede con el capitalismo en este principio de milenio.

En su introducción a las *Formaciones Económicas Precapitalistas*, Hobsbawm se preocupa del primer conjunto de fuerzas, igual que el ensayo de Marx:

Debe mencionarse particularmente un ejemplo de la complejidad del texto: la negativa de Marx a separar las diferentes disciplinas académicas... el extinto J. Schumpeter, uno de los críticos más inteligentes de Marx, intentó distinguir al Marx sociólogo del Marx economista y uno podría hacer lo mismo fácilmente con el Marx historiador. Pero estas divisiones mecánicas son engañosas, y por completo opuestas al método de Marx. Fueron los economistas académicos burgueses los que intentaron dividir nítidamente entre el análisis estático y el dinámico con la esperanza de transformar al primero en el segundo introduciéndole algún elemento dinamizante, del mismo modo como los economistas académicos continúan construyendo modelos puros de “crecimiento económico” preferentemente expresables en ecuaciones, y relegan todo lo que no encaja en él al continente de

los sociólogos. [...] Las relaciones sociales de producción (es decir, la organización social en su sentido más amplio) y las fuerzas materiales de producción con cuyo nivel se corresponden no pueden ser divorciadas. El desarrollo económico no puede ser simplificado como la variación de factores aislados, como la productividad o la tasa de acumulación de capital [...]. (Hobsbawm, 2011, p. 16)

La misma idea de la sociedad como totalidad y de la imposibilidad de dividir metodológicamente las ciencias sociales, que es una de las ideas fundamentales del pensamiento marxista, vuelve a retomarse en un artículo de Hobsbawm, llamado “De la Historia Social a la Historia de la Sociedad”, escrito en 1970. En él sostiene que:

La historia social no podrá nunca ser otra especialización como la historia económica [...] porque su temática no puede ser aislada [o dividida]. Podemos definir ciertas actividades humanas como económicas, por lo menos para fines analíticos y estudiarlos históricamente [...] de la misma manera, pero a un nivel inferior de teoría el viejo tipo de historia intelectual [...] es posible. Pero los aspectos sociales de la existencia del hombre no pueden ser separados de los otros aspectos de su ser [...] no pueden, aunque sea por un momento, ser separados de sus ideas. [...] El historiador intelectual puede (a su riesgo) no prestar atención a la economía, el historiador económico a Shakespeare, pero el historiador social que descuida a cualquiera de los dos, no irá muy lejos. (Hobsbawm, 1983, p. 26)

En todos sus libros existe este esfuerzo por captar la sociedad en su totalidad. Claro, frecuentemente, Hobsbawm se queda corto y, entonces, los nexos entre la economía y las mentalidades, o bien las formas del poder político y la cultura quedan sumidos en la neblina, pero en forma latente, como si se retara al lector a que las encuentre y las haga explícitas. Un historiador de su generación decía que leer a Hobsbawm es lo mismo que jugar un juego encarnizado de squash, después del cual queda uno exhausto, pero sumamente fortalecido y animado.

Respecto al segundo nivel, la lucha de clases, Hobsbawm escribió abundantemente sobre los temas preferenciales de la historiografía marxista: las clases subordinadas, campesinos y obreros; formas de resistencia a las clases dominantes: revoluciones, rebeliones, huelgas y bandidismo. Pero también lo fascinaban los seres humanos que esas acciones producen: los revolucionarios, intelectuales o trabajadores: los líderes excepcionales, los bandidos; los partidos políticos: comunistas y anarquistas, socialistas y laboristas. Otro gran tema de Hobsbawm fue el pensamiento revolucionario en su desarrollo dialéctico en donde se avanza en la negación dialéctica del otro y sobre todo de la ideología y los valores del adversario de clase.

La historia como un todo inseparable: los surcos del viejo topo, los hombres de acción, las ideas que los hacen actuar, el complicado fenómeno de las multitudes en acción o en reposo, en ofensiva o a la defensiva, las vanguardias artísticas o la evolución de las formas musicales. Todos ellos imprescindibles para entender el mundo. Un ejemplo extraordinario de la búsqueda de nexos entre formas de expresión humana esencialmente diferentes como pueden ser las vanguardias artísticas y el socialismo, las podemos encontrar en su artículo “Socialismo y las Vanguardias 1880-1914”, escrito para el segundo tomo de la *Storia del Marxismo* de la editorial Julio Einaudi en 1980.

No hay una conexión lógica necesaria entre los dos fenómenos (vanguardia artística y socialismo), ya que la idea de que lo que es revolucionario en las artes tiene que ser revolucionario en la política, está basado en una confusión semántica del término “revolucionario” [...] sin embargo, había una conexión frecuente y existencial ya que los socialistas (marxistas, anarquistas o de otro tipo) y las vanguardias culturales, eran ambos marginales opuestos a la ortodoxia burguesa. También podemos mencionar la juventud y frecuente pobreza relativa de muchos miembros de la vanguardia moderna. La pobreza puede ser exagerada pero la inseguridad económica de los jóvenes y heterodoxos artistas y escritores [...] para quienes no había un mercado establecido, no se debe subestimar [...]. Ambos grupos de marginales [escribe Hobsbawm] en cierto sentido se encontraban en una

coexistencia no hostil entre sí, con otros disidentes de la moral y el sistema de valores de la sociedad burguesa [...] las heterodoxias se sobreponían entre sí. Tales ambientes son familiares a cualquier historiador cultural. [...] La hija de Marx, Eleanor, no solo era una militante marxista sino una mujer profesional libre que rechazaba el matrimonio oficial, una traductora de Ibsen y una actriz aficionada, Bernard Shaw era un socialista activo, influido por Marx, un literato autodidacta, un oponente de la ortodoxia convencional como crítico de música y teatro y un campeón de la vanguardia en las artes y el pensamiento. (Hobsbawm, 1999, p. 171)

¿Acaso no se produjo la misma irresistible atracción entre el joven Partido Comunista Mexicano y artistas de vanguardia como Diego Rivera, Frida Kahlo, David Alfaro Siqueiros, Tina Modotti y Xavier Guerrero en los años 20, en plena Revolución mexicana cuyas limitaciones produjeron una acerba crítica de izquierda?

Otro instrumento de su método es la historia comparada que le ayuda a construir sus sujetos teóricos. Así los rebeldes primitivos son definidos comparando casos distintos de varias partes del mundo y de diversas épocas hasta llegar a una abstracción de la cual surge el sujeto teórico.

Y por fin, lo que realmente distingue a la historia marxista de otras corrientes es que su objetivo principal es la explicación. No la narración o la imagen, ni la belleza o el *pathos*, sino la comprensión y la explicación; la interpretación y la razón de las cosas.

Para resumir el método de Hobsbawm, podemos citar de su brillante introducción al libro *La Era del Imperio*:

Su objetivo [del libro] no es decir a los lectores exactamente lo que sucedió en el mundo durante los cuarenta años anteriores a la Primera Guerra Mundial [...] si quieren encontrar más datos, pueden fácilmente hacer eso en la generalmente excelente literatura disponible. [...] Lo que yo he tratado de hacer es comprender y explicar el siglo XIX y su lugar en la historia, comprender y explicar a un mundo en proceso de transformación revolucionaria, trazar las raíces de nuestro presente en el suelo del pasado, y sobre todo ver al pasado como un todo coherente más que un conjunto de temas separados: la historia de Estados políti-

cos y economías diferentes, de culturas, o, en fin, de lo que sea. Desde el primer momento en que comencé a estar interesado en historia, he querido siempre conocer cómo todos esos aspectos de la vida pasada o presente, están ligados y por qué. (Hobsbawm, 1989, p. 13)

Pasemos a la última parte de nuestra presentación, ¿qué papel ha jugado Hobsbawm en la historiografía marxista en general? Pero antes que eso, ¿existe tal cosa como una corriente historiográfica marxista? La pregunta no es fácil de responder, puesto que el marxismo desde su aparición en los años 60 y 70 del siglo XIX ha influido en muy diferentes formas y grados en la ciencia de la historia. En realidad, en esa época, superado el dominio de Ranke en el pensamiento histórico, solo hubo dos influencias teóricas de importancia en la historia: el positivismo inspirado en Comte, Spencer y un poco después la de Marx y Engels. Más tarde, a fines del siglo XIX, aparecieron Max Weber y la Escuela de historia económica alemana. Las tres jugaron un papel decisivo en la modernización de la historiografía y su puesta a nivel de las otras ciencias sociales.

Desde finales del siglo XIX y principios del XX, los discípulos de Marx comenzaron a desarrollar sus ideas sobre el materialismo histórico y escribir libros de historia, podemos citar entre otros a Jorge Plejanov, Georges Sorel, Georg Lukács, Karl Kautski, Antonio Gramsci y Franz Mehring. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, la influencia marxista en la historia se hizo mucho más amplia, compleja y profunda, dando lugar al surgimiento de corrientes de interpretación muy diferentes.

La gran cuestión en historia sigue siendo cómo, cuándo y por qué se desarrolló la humanidad desde el más antiguo primate, utilizador de toscos utensilios, hasta el día de hoy en que se da la revolución informática y la robotización. Desde el dominio de la religión hasta el florecimiento de las filosofías y las ciencias sociales contemporáneas. Este es el marco integral que no hay que perder de vista. Esto implica el descubrimiento y constante puesta al día de un método para la comparación de las diferentes etapas del desarrollo social, así

como la definición de los términos de la continuidad y el cambio histórico y la transformación de un tipo de sociedad en otra o su ruina.

Hobsbawm polemizó con posiciones que simplifican en extremo la respuesta a esta interrogante reduciendo la historia al paso único de la “sociedad tradicional” a la “moderna”, siendo definida, la moderna, en función de los países industriales avanzados, y la tradicional con aquella que carece de sus características o sea el capitalismo en sus diferentes etapas. Este modelo elimina la mayor parte de la historia para concentrarse en una pequeña parte de ella: las sociedades capitalistas, ignorando las diferencias cualitativas de las sociedades antiguas, así como de las contemporáneas entre sí y resolviendo el problema por medio de unos pocos cambios cuantitativos en la economía. La falacia de esa concepción ha sido ampliamente probada en los últimos cincuenta años y eso nos devuelve a la concepción sistémica de la sociedad, sus relaciones con la naturaleza y lo inseparable de los diversos elementos que la componen.

Debemos recordar el interés especial que Hobsbawm tenía por la historia económica y especialmente a la relación entre las dos disciplinas. A ese respecto es importante citar varios de sus ensayos: dos de ellos dedicados directamente al tema, en las conferencias dictadas en el prestigioso marco de las Marshall Lectures to the Faculty of Economics, Cambridge University. La primera sobre el tema Historiadores y Economistas y, la segunda, sobre la relación entre las dos disciplinas. En ellas Hobsbawm defendió la idea de que la historia es una ciencia mucho más amplia que la economía, porque no puede prescindir de ningún aspecto de la historia humana *a priori*, sin importar el tema específico de la investigación. Si se trata de la historia de la sociedad, no importa que se investigue la historia diplomática, eclesíástica, del siglo XVII o XVIII, porque la historia aspira a la totalidad social. También examinó en amplitud la relación entre historia y cliometría. Asimismo, escribió dos ensayos importantes sobre la crisis económica del siglo XVII, sobre los cuales mantuvo una animada polémica con Hugh Trevor-Roper, y otro ensayo bastante polémico, “En torno a los orígenes de la revolución industrial”.

Después de una larga vida en que Eric Hobsbawm escribió sobre muchos de los grandes problemas de la humanidad, quiso dejarnos un libro póstumo que se publicó algunos meses después de su muerte, casi simultáneamente en inglés y en español. El libro en cuestión se llama *Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX*. Se trata de una obra en la cual el tema básico de su vida, vuelve a aparecer la sociedad como un todo, pero esta vez vista desde la cultura y, más específicamente, el arte. Si en sus libros de historia la cultura era tratada como una parte del todo social, en *Un tiempo de rupturas...* aparece como un catalejo a través del cual se explora la sociedad en su conjunto.

En el primer párrafo de la Introducción plantea las tesis fundamentales que darán unidad a los ensayos, muy diversos. Ese párrafo aparece al primer contacto, como una provocación que aviva el interés por lo que viene.

Este libro [escribe Hobsbawm] trata sobre lo que ha sucedido con el arte y la cultura de la sociedad burguesa una vez que esta se desvaneció, con la generación posterior a 1914, para no regresar jamás. Versa sobre un aspecto del terremoto global que la humanidad viene experimentando desde que la Edad Media terminó repentinamente, para el 80 por 100 del globo terráqueo, en la década de 1950, y hacia los años sesenta, cuando los gobiernos y las convenciones que habían regido las relaciones humanas [seguimos citando a Hobsbawm] se desgastaban a ojos vistas en todas partes. Este libro, por lo tanto, trata también sobre una era de la historia que ha perdido el norte y que, en los primeros años del nuevo milenio, mira hacia delante sin guía ni mapa, hacia un futuro irreconocible, con más perplejidad e inquietud de lo que yo recuerdo en mi larga vida. (Hobsbawm, 2013, p. 9)

Tres tesis en desacuerdo con doctrinas pasadas explotan en las manos del lector. Antes de iniciar la lectura del último libro de Hobsbawm nos preguntamos: ¿serán un estratagema, un truco publicitario para producir un *shock*, una ruptura con los sentidos anteriores de las palabras *capitalismo*, *Edad Media*, y la creación de un nuevo

concepto: una *era sin norte, un nuevo milenio que mira hacia adelante sin guía ni mapa, hacia un futuro irreconocible*, para producir, como dice el título, una ruptura en el pensamiento del lector de los otros libros de Hobsbawm; que le permita aceptar una concepción modificada del mundo a la cual indudablemente ha llegado Eric en los últimos días de su larga vida? Una nueva interpretación para adaptar una corriente señera a una realidad que parece escapársele y que este hombre de 95 años de edad nos regala antes de retirarse dignamente. El historiador, es decir, el especialista en el pasado, se despidе de sus lectores, que seguramente esperaban un *adendum* a sus memorias, con algo que podría llamarse un manifiesto sobre un futuro incierto.

La primera tesis afirma que “la Edad Media terminó en la década de los 50” ¿Qué querrá decir? Después, viene una aclaración que será ampliada en los artículos que siguen “cuando en la década de los sesenta, los gobiernos y las convenciones que habían regido las relaciones humanas se desgastaban a ojos vistas en todas partes”. Sin duda quienes hayan seguido en la televisión la serie *Downton Abbey*, en la cual la vida se desarrolla alrededor de la aristocrática familia del conde Grantham, su madre, su esposa, sus tres hijas, en su espléndido castillo, así como sus numerosos criados a principios del siglo XX. Específicamente antes y durante la Primera Guerra Mundial, constata que la Edad Media, en la aristocracia inglesa y en la servidumbre de sus palacios, no solo no está muerta, sino que vive en la tradición, enraizada en las mentes y los corazones, en los valores y en la conducta de los de arriba y los de abajo, de los señores y los criados. Un feudalismo apenas mecido por vientos capitalistas. La base económica de la familia es un antiguo mayorazgo sobre una gran extensión de tierra que aporta el duque, y la fortuna de una heredera norteamericana, su mujer. La condesa madre reprende a su nieta entusiasmada por el recién ganado derecho al voto de la mujer: —¡Las mujeres antes de casarse no deben interesarse por la política y después de casadas tendrán las ideas políticas de su esposo! Y una de sus hermanas no entiende qué significa que su chofer esté enamorado de ella, y qué relación tiene eso con la vida real. ¿Se imagina

el chofer que podrá codearse con la alta sociedad que frecuenta su familia, o bien se imagina que ella descenderá a su medio proletario? La Edad Media no son solo siervos y señores feudales, son tradiciones, costumbres, estilos y relaciones humanas, y es cierto que solo murieron con los cambios acaecidos durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Y hablando de México, ¿acaso no se necesitaron varias crisis económicas y una que otra revolución para que la casa chica pasara a la historia?; todavía hoy el campesino indio no piensa ni viste como el ciudadano de la gran urbe y, en 2013, el Estado trata a los maestros como si fueran peones iletrados y no el sujeto principal de su sistema educativo.

La segunda idea, a primera vista indefendible, es que —como escribe Hobsbawm— el arte y la cultura de la sociedad burguesa se desvaneció con la generación posterior a 1914, para no regresar jamás. ¿Pero no vivimos acaso en el capitalismo, un capitalismo salvaje? ¿Cómo es posible admitir que la sociedad y la civilización capitalista hayan terminado a principios del siglo XIX? Pero más adelante Hobsbawm lanza audazmente la respuesta esclarecedora:

El argumento básico de las conferencias reunidas en este libro es que la lógica tanto del desarrollo capitalista como de la civilización burguesa en sí estaba destinada a destruir sus cimientos: una sociedad y unas instituciones gobernadas por una élite minoritaria y progresista... tolerada (y quizás incluso aprobada) por la mayoría. [...] No pudo resistir el triple golpe combinado de la revolución científica y tecnológica del siglo XX... de la sociedad de consumo de masas generada por la explosión en el potencial de las economías occidentales y, por último, el decisivo ingreso de las masas en la escena política, como clientes y como votantes. (Hobsbawm, 2013, p. 12)

El capitalismo del siglo XIX ha destruido sus cimientos, la civilización burguesa que parecía haber asegurado el progreso sin fin, ya no está. Lo que Marx llamó la destrucción creativa ha destruido las bases del capitalismo tradicional sin que se haya producido una alternativa. El capitalismo de hoy es un capitalismo que apunta a la

barbarie, porque la resquebrajadura de las bases del capitalismo pujante del siglo XIX no ha producido a su sepulturero.

Dice Hobsbawm que el capitalismo tradicional ha muerto, y es cierto. ¿Acaso es el mismo, el capitalismo industrial del siglo XIX y el capitalismo financiero del siglo XXI? ¿El dominio del capital productivo es análogo al imperio despótico del capital financiero, mundializado, de nuestra era? Y lo mismo vale para la cultura. ¿La alta cultura que se elaboraba para una pequeñísima minoría de universitarios, artistas, megalómanos, de fines del siglo XIX, puede compararse al arte de masas que ha surgido en la segunda mitad del siglo XX con la radio, el cine, la televisión, los eventos masivos, los aparatos de transmisión digitales, que llegan a cientos de millones de personas hoy día, no solamente en el mundo Occidental sino hasta los últimos rincones de los cinco continentes? ¿Es lo mismo la música ambiental que nos persigue en las grandes tiendas departamentales que un concierto de la filarmónica de Berlín, con un programa de Beethoven, Stravinski y Prokófiev, en una sala de conciertos con dos mil asientos? El grupo pop ultramillonario tiene mucho más público que los mejores tenores de ópera, que se ven obligados a participar en conciertos masivos de música popular para subsistir.

Recordemos la familia Buddenbrook, cuya historia nos relata Thomas Mann en una obra de 1901, que es un espléndido cuadro de la vida burguesa en Alemania en el siglo XIX. La vida del gran comerciante de Hamburgo y su familia cubre un arco marcado por los grandes sucesos políticos y militares que transformaron profundamente a Alemania. La revolución de 1848, el establecimiento del Imperio alemán, se asoman en el trasfondo sin influir directamente en la vida de los personajes y nos refieren al surgimiento y ascenso de la civilización burguesa.

Las causas de la quiebra de la empresa familiar de los Buddenbrook son transparentes, no representan una catástrofe universal. Es el ascenso y la decadencia de una familia, de Thomas Buddenbrook y su hijo Hanno, la tragedia de su hija Anthony, cuya vida fue modelada por las exigencias de la empresa, se definió en función de ella

y se hunde con ella. Todos los sucesos, nacimientos, casamientos y muertes, se ven a través del destino de la empresa que se transforma en una especie de fetiche. Faulkner dice que “es la novela más grande del siglo y guardaba religiosamente su ejemplar firmado por el autor en su casa”. Pero la obra de Mann no tiene mucho que ver con la civilización capitalista del siglo XXI. Vista desde la actualidad es una novela histórica, de algo que existió y luego pereció. La literatura, el cine que recoge los aspectos humanos de la crisis de 2008, nos pintan una realidad totalmente diferente. En *Tiempos de crisis*, *Margin Call* en inglés, que incluye artistas del tamaño de Jeremy Irons, Kevin Spacey y Demi Moore. Todo el personal de un gigante de las finanzas, desde su ejecutivo más alto, que tiene un salario de varias decenas de millones al año, hasta los operadores que son pagados en comisiones sobre sus ventas, son empleados, no propietarios. En toda la película los accionistas no aparecen; no sabemos quién es aquí el capitalista. La quiebra se inicia dos semanas antes de que los ejecutivos se den cuenta y solo un complicadísimo modelo matemático la revela. Sin informar a nadie de la quiebra, se decide vender en una mañana las acciones de la firma que en realidad no valen nada, son acciones chatarra. El hundimiento de la empresa produce la ruina de las vidas de los ejecutivos. Los de más edad han dedicado sus vidas a crear una riqueza multiforme, que desaparece en algunas horas. Y se preguntan, ¿qué dejaré como señal tangible, visible, de mi existencia? La riqueza del banco de inversiones era en gran medida ficticia y de ella no queda ningún vestigio. Ninguna relación con la quiebra de la empresa familiar de los Buddenbrook.

Eric Hobsbawm nos quiere llamar la atención sobre los inmensos cambios sucedidos dentro del mismo sistema. Sobre el tiempo diferente de cada uno de esos cambios. Sobre lo insondable del futuro del capitalismo actual que ha destruido sus propias bases y como decíamos al principio, no cuenta con un enterrador idóneo.

Lo mismo sucede con la cultura, cuya relación con la economía y la sociedad es por demás compleja, dice Hobsbawm. En la cultura de masas contemporánea, ¿Qué intereses de clase dominan la música

pop, que en inglés es una contracción de *popular music*, compuesta básicamente para ser comercializada? Música mestiza por excelencia en la cual es difícil encontrar las fronteras que separan el *jazz* del *rock and roll*, el *blues* del *doo wop*, el *country* del *folk* y sus orígenes nacionales.

La distinción entre la obra maestra y el *best seller* de escritores que producen ambas cosas y cuyo éxito de taquilla está totalmente a favor del *best seller* no siempre es fácil de discernir para el gran público. La novela que fue fruto de una larga hibernación, ¿puede ser tan accesible al gran público como los *best sellers* escritos por contrato año tras año?

Un tiempo de rupturas. Sociedad y cultura en el siglo XX contiene una variedad de artículos que están en parte ligados a la experiencia vital de Eric Hobsbawm. Así sucede con *Los judíos y Alemania*, e *Ilustración y logros: la emancipación del talento judío desde 1800*. Los dos artículos versan sobre el breve esplendor de la cultura alemana, con alta participación del talento judío de la segunda mitad del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX. Esa época, que terminó con el triunfo nazi, fue el fundamento de la adolescencia y juventud de Hobsbawm, hijo de una familia secular judía, inmersa en el idioma y la cultura alemana. Cada suceso de ese asombroso periodo, marca indeleblemente a nuestro autor.

Los judíos, una minoría insignificante de la población europea de aquel periodo, quizás el 2 % del total, vivía en un gueto impuesto y voluntario a la vez. La discriminación forzada por el mundo cristiano que ponía a prueba su existencia y su identidad cotidianamente; los *progrom* periódicos de la Rusia zarista y Polonia trazaban un círculo de fuego a los judíos impedidos de participar en la gran revolución cultural que fue la Ilustración y la revolución francesa. Su mundo era el del estudio de la ley y la especulación alrededor de la Cábala, los negocios pequeños y grandes. El escenario de las discusiones, era el *shuljan aruj* (la mesa puesta para los rabinos para la discusión mística). Emancipados los judíos, la abandonan, para entrar con apasionamiento en la ciencia y la cultura centroeuropea, en porcentajes mucho mayores a su participación en la población total. Ciudades como Viena, en las cuales el porcentaje de judíos es de 10 %

pero la clase media es predominantemente judía, cuentan con una vida cultural de una creatividad avasalladora en la cual participan las obras de Sigmund Freud, Karl Kraus, Franz Kafka, Martin Buber y Franz Werfel.

Las fuerzas y debilidades, las posibilidades desaprovechadas y el trágico final en los hornos crematorios de gran parte de esa cultura, influyen profundamente en el joven Eric Hobsbawm, que emigra a Inglaterra para sumarse a una generación brillante de historiadores marxistas y vivir apasionadamente los cambios tempestuosos de su época dejando profuso registro de ellos. Pasión y genio que se prolongan hasta los 95 años.

Bibliografía

Harvey, J. Kaye. (1984). *The British Marxist Historians*. Cambridge: Polity Press.

Hobsbawm, Eric. (1983). *Marxismo e Historia Social*. Puebla: Universidad de Puebla.

Hobsbawm, Eric. (1989). *The Age of Empire 1875-1914*. Londres: Vitage Books .

Hobsbawm, Eric. (1999). *Socialism and the Avant-Garde, 1880-1914, Uncommon People Resistance, Rebellion and Jazz*. Londres: Abacus.

Hobsbawm, Eric. (2000). *On the Edge of the New Century* . Nueva York: The New Press.

Hobsbawm, Eric. (2011). *Introducción a Karl Marx. Formas que preceden a la producción capitalista*. México, D.F.: Siglo XXI editores.

Hobsbawm, Eric. (2013). *Un Tiempo de Rupturas. Sociedad y Cultura en el Siglo XX*. México, D. F.: Ediciones Culturales Paidós.

Hobsbawm, Eric. (1997). *On History*. Nueva York: The New Press.

Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1958). *La ideología alemana*. Uruguay: Ediciones Pueblos Unidos.

Semo, Enrique. (2003). *La Búsqueda 1. La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI*. México, D.F.: Océano de México, S.A. de C.V.

Adolfo Sánchez Vázquez y el marxismo en México*

Quiero felicitar a la Facultad de Filosofía y Letras por este homenaje al siempre joven Adolfo Sánchez Vázquez y agradecer al Dr. Ambrosio Velasco Gómez, su director, por su invitación a participar en él. Esta Facultad se ha distinguido siempre por ser una institución que sabe agradecer el trabajo y la dedicación de sus maestros, sin importar credos ni tendencias.

Conocí al Dr. Sánchez Vázquez en los años sesenta, como estudiante de varias de sus materias, y sus clases me ayudaron a darme cuenta de que, como joven marxista, tenía aún mucho que leer y aprender. Así que, como otros mexicanos de mi generación, debo mucho a los intelectuales españoles exiliados que trajeron a México lo mejor de la cultura europea de su tiempo, un compromiso irrestricto con las causas de la lucha contra el fascismo y la emancipación social y, sobre todo, el ejemplo de la congruencia entre sus convicciones y su vida personal.

Sánchez Vázquez es el decano de la filosofía marxista en México. Sus investigaciones lo han llevado a los campos de la estética, la ética, los movimientos sociales contemporáneos y la utopía. Sus

* Octubre de 2005. Conferencia presentada en la última sesión del Homenaje a Adolfo Sánchez Vázquez por su 90 aniversario.

traducciones han enriquecido nuestra cultura con el conocimiento de nuevos textos del marxismo. Ha sido siempre un espíritu crítico, incluyendo la crítica de la misma obra de Marx y su larga trayectoria como maestro y conferencista en eventos internacionales, han llevado a la filosofía mexicana a ocupar un lugar de prestigio en el ámbito mundial.

El 8 de diciembre de 1991, hace exactamente 14 años y dos meses, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorrusia firmaban un tratado aboliendo la URSS y creando una federación de estados independientes. Poco después, la mayoría de los dirigentes de las otras repúblicas suscribían el acuerdo. Para aquel entonces, después del intento de golpe de estado provocado por los sectores más conservadores en el mes de agosto, el Partido Comunista de la Unión Soviética ya había sido ilegalizado. El 25 de diciembre del mismo año, Gorbachov renunciaba a la presidencia de la Unión Soviética. La bandera roja de la hoz y el martillo que ondeó sobre el Kremlin durante 74 años fue arriada y, en su lugar, se izó la bandera tricolor de Rusia. Un gran capítulo de la historia del socialismo, que se había iniciado en 1917, llegaba a su fin. Un sueño emancipador había fracasado.

Como prueba del papel que jugaba la URSS en el equilibrio mundial, en los años que siguieron, todas las corrientes socialistas incluyendo las que eran profundamente críticas de la Unión Soviética, negando incluso su carácter socialista, perdieron influencia. Con la excepción de algunas islas, el capitalismo en su forma más reaccionaria se impuso en todo el globo terráqueo, poniendo incluso en jaque a la socialdemocracia de Europa Occidental y su principal creación, el estado del bienestar. La idea del socialismo que atraía a millones de hombres y mujeres perdió su influencia y el vacío fue rápidamente ocupado por la última creación ideológica de los círculos más reaccionarios: el neoliberalismo. Aquí cabe la pregunta, ¿se puede ser un socialista humanista y anticapitalista después del derrumbe de la Unión Soviética?

La desaparición del “socialismo realmente existente” no ha resuelto las contradicciones sociales y culturales del capitalismo que se encuentra también en una encrucijada y está revelando una vez

más los horrores de un sistema que solo puede avanzar sembrando en el camino la guerra, la desocupación y la desigualdad extrema. Por eso en los últimos tres lustros han surgido movimientos de resistencia cada vez más fuertes y articulados. La mayoría de ellos no responden al nombre de socialismo y la dispersión ideológica reina en sus filas. Pero la mayoría de ellas confluyen a un centro que es un laboratorio de ideas y de iniciativas que no son ajenas a la esencia del ideario socialista. Este centro es el Foro Mundial de Porto Alegre en dónde coinciden periódicamente organizaciones, movimientos e intelectuales que cuestionan el proceso de globalización actual dominado por las transnacionales. Porto Alegre se ha transformado en el punto geográfico de referencia de un nuevo internacionalismo que se construye permanentemente en las redes de internet a través de las cuales se definen coincidencias y diferencias, se impulsan movilizaciones y se da vida a grandes actos de protesta contra la Cumbre de Davos y sus similares desde Seattle a Génova y contra la guerra de Irak, desde Londres a Calcuta, siempre inspirados por el lema del movimiento zapatista, “avanzar, cuestionando”. Sin buscar prematuramente la constitución de una identidad única ni de una organización mundial, se discuten problemas viejos y nuevos del movimiento anticapitalista: reforma o revolución en las actitudes hacia los organismos económicos internacionales; conflictos y coincidencias entre la clase obrera de los países desarrollados y la del tercer mundo en una época de globalización; la relación entre los valores occidentales y los valores de otras culturas en el esfuerzo de construir la democracia y la tolerancia a nivel mundial; el encuentro entre plataformas políticas que tienen una base geopolítica local, nacional o global y las posibilidades y limitaciones de cada uno de esos movimientos. En el año 2005, no es necesario llamarse socialista o comunista para militar en movimientos que enarbolan los ideales que se cobijaron bajo estos nombres durante siglo y medio. Sucedió en el pasado y puede volver a suceder hoy, las ideas de la justicia social, el igualitarismo y la utopía emancipadora no necesitan un apellido que termina con ismo para prosperar.

El concepto de socialismo surgió, en términos braudelianos, hace poco, entre los años 1825 y 1832 del siglo XIX y adquirió inmediatamente varios sentidos contradictorios: En noviembre de 1827, la revista inglesa *Co-operative Magazine*, fundada por un grupo de owenistas usó el concepto para designar a los seguidores de la doctrina de Saint Simon en Francia. Más tarde, Paul Leroux sostuvo que tomándolo de Inglaterra introducía “este neologismo necesario” a Francia para oponerlo al individualismo. En efecto, el concepto aparece en *El Globo*, revista saint-simoniana, dirigida por el mismo Leroux. En Alemania, su introductor fue Moses Hess quien en los años 40 se hizo el propagandista principal de las nuevas doctrinas inglesas y francesas. Y durante su colaboración en la *Gazeta Rhenana* se empeña a convertir a sus amigos, Marx y Engels, al nuevo ideario.

Lo mismo sucede con el concepto comunismo que es más tardío todavía. Aparece probablemente por primera vez en la obra de Cabet en 1840 para subrayar la necesidad de abolir primero la sociedad actual para poder construir una nueva. Ya en 1842 aparece el libro de Von Stein, *El socialismo y el comunismo en la Francia actual*, en el cual el concepto de comunismo se refiere esencialmente a la comunidad de bienes y se populariza en el seno de los círculos obreros alemanes (Labica y Bensusan, 1999, pp. 1063-1069). Marx y Engels, cuya preocupación es ligar la teoría y la utopía a la práctica del movimiento, lo usan en los *Manuscritos de 1844* como sinónimo del movimiento que se propone la abolición de la propiedad privada. Ya el famoso panfleto de 1848 llevará el nombre de *Manifiesto Comunista* y prueba de la diversidad de concepciones y grupos que se cobijan bajo esos dos nombres, es la crítica detallada que en el último capítulo hacen los dos autores de cada uno de ellos, deslindándose cuidadosamente.

Pero las investigaciones realizadas hasta hoy nos permiten afirmar con toda certeza que la evolución de algunas de sus ideas principales fue muy anterior al surgimiento de los conceptos socialismo y comunismo. “La idea de socialismo [dice Sánchez Vázquez] es casi tan vieja como la injusticia social” (Sánchez, 2000, p. 87). Estamos ante una tradición filosófica y social que se remonta a épocas muy

anteriores. Cuando surge el socialismo moderno, específicamente anticapitalista, a principios del siglo XIX, encuentra ya un terreno profusamente abonado en la filosofía y la iconografía popular.

Ya en la antigüedad hubo precursores igualitarios y utópicos tanto en Oriente como en Occidente. El renacimiento produjo utopías visionarias como las de Tomas Moro y Tommaso Campanella, que parten ambas de la crítica de las instituciones de su tiempo para elaborar la visión de una sociedad en la cual el pauperismo y las injusticias han desaparecido. La influencia de la primera, llegó incluso pronto a América como proyecto práctico en los trabajos de Vasco de Quiroga con los indígenas de Michoacán.

En otro contexto, la rebelión campesina en Alemania a principios del siglo XVI, se inspira en las ideas revolucionarias de un discípulo disidente de Lutero, Thomas Müntzer, que, basándose en argumentos teológicos rigurosos, llama a la construcción del paraíso en la tierra y en el presente: un mundo comunitario e igualitario, en el cual cada quién recibiría de acuerdo a sus necesidades. Para acelerar su advenimiento, llama a los pobres a tomar las armas contra sus amos feudales.

En los siglos XIX y XX, ya con nombre y apellido, el socialismo fue un movimiento multitudinario que produjo corrientes muy diferentes. El pensamiento socialista se transformó en una de las grandes componentes de la cultura moderna y contemporánea. Por eso, quienes creen que su historia termina en 1991, se equivocan. A pesar de las grandes derrotas de esa época, es imposible eliminar un cuerpo de ideas, un pensamiento político, una tradición de lucha, expresiones artísticas y literarias maravillosas, que han existido durante siglos y que no van a evaporarse como por arte de magia después de la derrota de un ensayo de construcción de una sociedad socialista, por más aplastante que esta haya sido.

Quiérase o no, el capitalismo crea sus anticuerpos y estos se vuelven socialismo o anarquismo o comunismo o feminismo o ecologismo que se entrelazan y frecuentemente se completan. Los excesos del mercado, las privatizaciones y la acumulación del capital, tarde o temprano volverán a reanudar los hilos que unen a los rebeldes del

presente a su rico pasado. Lo más probable es que los socialismos y los comunismos del siglo XXI sean muy diferentes a los de los dos siglos anteriores, puesto que vivimos otra realidad, pero eso no cancela los rasgos de continuidad crítica y asimilativa a la vez, de un pensamiento que se ha nutrido en el pasado y se nutre hoy de la gran idea de que un mundo mejor que el capitalista es posible.

Yo quisiera tratar de aportar algunas reflexiones a dos temas que van a ocupar a los historiadores y a los militantes durante muchas décadas por venir: 1- ¿Qué tipo de sociedad fue la soviética y la de los países que se inspiraron en ella para construir lo que creían era el socialismo? 2- ¿Qué papel jugó en la historia?

No pretendo construir una nueva teoría que caracterice el sistema soviético. Las críticas de izquierda se iniciaron desde los primeros años que siguieron a la revolución de 1917 y Adolfo Sánchez Vázquez ha analizado algunas de las existentes en su obra. Mientras los enemigos del socialismo le aplicaban con entusiasmo los nombres de socialismo o comunismo para desprestigiar a estos términos, los críticos de izquierda lo llamaron sucesivamente, *Estado obrero degenerado* (Trotsky), *capitalismo de Estado* (Tony Cliff), *estatismo* (Branko Horwath), *vía no capitalista a la industrialización* (Rudolph Bahro), *socialismo realmente existente* para explicar como un experimento en la construcción del socialismo, terminó siendo una sociedad que no era capitalista, pero tampoco socialista. Voy, por lo contrario, a centrarme en algunos aspectos de la historia que nos permitan impulsar nuestro análisis de esos países y el papel que jugaron.

1. Ante todo, debemos y podemos construir nuevos criterios para imaginar la sociedad socialista y las vías de su construcción. La obra de Marx es, sobre todo, una crítica del capitalismo. Al contrario de los socialistas utópicos, se abstuvo de elaborar esquemas detallados y manuales sobre la sociedad del futuro, aun cuando encontramos apuntes filosóficos, tesis económicas e intuiciones políticas muy importantes y esclarecedoras. Pero todas ellas llevan como premisa implícita que la revolución se realizaría en un país capitalista desarrollado y su sujeto sería el proletariado, lo que en

aquel entonces era sinónimo de clase obrera industrial. Y esa prognosis no se cumplió una sola vez en 150 años, quizá con la excepción de la Comuna de París. La clase obrera de los países plenamente industrializados demostró ser una clase reformista. En cambio, apareció por primera vez en un país extremadamente atrasado en el cual las relaciones capitalistas no eran aun dominantes y los espacios del modo de producción asiático y el feudalismo eran muy extensos. No produjo socialismo, pero sí un experimento social de vastas proporciones y de impacto universal.

Ahora nuestro punto de partida es infinitamente más sólido. Tenemos las ricas experiencias, negativas y positivas, del intento de construir el socialismo en catorce países cuyo nivel de desarrollo va desde Alemania del Este hasta la República Popular de China y que nos ofrecen enseñanzas muy importantes para construir los principios de la sociedad en la cual el imperativo categórico de todos los socialistas, utópicos o marxistas, de acabar con toda relación en la cual el ser humano sea desvalido, humillado, avasallado, envilecido, pueda ser hecha realidad. Y esto nos permite rescatar, corregir o superar las tesis de Marx. El advenimiento de una nueva sociedad más igualitaria y justa no es inevitable, pero puede producirse y, entonces, contará con orientaciones mucho más claras que las que tuvieron los revolucionarios rusos en la década de los veinte.

La cuestión de si las sociedades estatistas eran o no socialistas está ya, teóricamente, zanjada. Evidentemente, no lo eran, pero sí fueron sociedades no capitalistas. Hoy la pregunta es qué nos pueden enseñar sobre las posibilidades y el futuro de una civilización socialista, no solo la experiencia de la URSS, sino también los diferentes modelos adoptados por los otros países del socialismo real, entre ellos, el yugoslavo, el húngaro y el chino. ¿Pero si desde la década de los treinta era claro que la URSS no era comunista, por qué en todo el mundo millones de personas siguieron creyendo en ello durante cincuenta años más? Primero, porque sus líderes nunca dejaron de presentarla como tal y los enemigos del comunismo también. Segundo, porque la sociedad soviética siguió protagonizando

grandes hazañas y sembrando esperanzas de cambio, como fueron los éxitos de los primeros planes quinquenales mientras el capitalismo se hallaba hundido en la gran depresión de los años treinta, su participación decisiva en la gran guerra contra el fascismo, la vigorosa recuperación económica de los años 1950-1970 y el intento de Jrushchov de introducir reformas importantes, incluyendo elementos de una economía de mercado y políticamente, la liberalización y el cese de las represiones estalinistas. En el tercer mundo, incluso, la vía de la industrialización no capitalista, aun cuando no fuera socialismo, tuvo grandes atractivos.

2. La historia de la URSS pasó por tres etapas distintas. No todo fue estalinismo:

Existían en los primeros años de la Revolución [escribe Sánchez Vázquez en 1984] otras posibilidades distintas de las que se realizaron y por las que lucharon en diferentes formas dentro y fuera del Partido, importantes sectores revolucionarios. [...] Pero lo cierto es que entre las diversas posibilidades que estaban en juego y en abierta pugna, la que se realizó, desde el estalinismo, es la que habría de culminar en el socialismo “real”. (Sánchez, 2000, p. 99)

Esta era de “posibilidades” que terminó en los años treinta es la primera etapa de la revolución. La segunda etapa se inicia con la puesta al día del modelo estaliniano que sobreviviría en forma íntegra, prácticamente hasta la llegada de Gorbachov y los reformadores en 1985. Ese modelo puede resumirse en los siguientes rasgos: el monopolio del poder en las manos del jefe de jefes, respaldado por la policía secreta. Un sistema económico totalmente controlado por el estado, planificado desde el centro por medidas de orden y mando. Exclusión del pueblo de la participación en política y en la propiedad económica. Control de todos los aspectos de la vida cultural y medios públicos de comunicación. Una actitud beligerante y excesivamente competitiva hacia el mundo no comunista. El modelo comenzó a ponerse en marcha con los dos primeros planes quinquenales y la sustitución a todos los niveles de los comunistas ingresados antes o

durante la Revolución, por burócratas fieles a Stalin, que era llamado en aquellos años el “Secretario Expediente”, porque elegía y palmeaba cuidadosamente cada uno y todos los miles de candidatos a puestos de dirección altos y medios.

La tercera etapa fue mucho más breve y cubrió los años 1985-1991. Desde mediados de la década de los setenta, la situación económica era muy grave. No solo se habían reducido las tasas de crecimiento, sino se presentaban serios problemas de abastecimiento de productos básicos y de los servicios que ofrecía el estado. Más tarde, Gorbachov declaró: “Cuando me encontré a la cabeza del estado, pronto me di cuenta de que algo grave pasaba con el país... Estábamos viviendo mucho peor que la gente en los países industrializados y la distancia que nos separaba de ellos crecía. La razón era bastante obvia: el país se sofocaba bajo las cadenas del sistema de mando burocrático. Condenado a someterse a una ideología que frenaba el cambio y el peso del armamentismo, se encontraba en el punto de ruptura”. Los primeros años fueron dedicados casi exclusivamente a la reforma económica, (perestroika) y produjo una gran resistencia en la burocracia. A la resistencia, Gorbachov respondió radicalizando las reformas.

Después del desastre de Chernóbil, en abril de 1986, se inició la segunda etapa de la reforma: glásnost, “apertura”, “liberalización” “transparencia”. Esto aumentó aún más la resistencia. Según muchos observadores, la burocracia no se daba cuenta de que estaba enfrentando un desastre de grandes proporciones. Los primeros apoyos vinieron de los medios de difusión, los intelectuales y los maestros. Se comenzaron a publicar libros, recatar películas y escribir artículos sobre el pasado estalinista que hubieran sido imposibles un año atrás. Zacharov fue liberado de su exilio en Gorki y transformado en figura pública. En forma discreta, se reivindicó a Jrushchov. Gorbachov intentó democratizar el partido haciendo que los miembros del Comité Central fueran realmente electos por la base, pero fue derrotado. Hacia 1987, existía ya un equilibrio entre las fuerzas reformistas y los conservadores.

Para que nos demos cuenta de la profundidad del movimiento reformista y la violenta resistencia que produjo, podemos recurrir a los discursos en lo que se transformaría en el último Congreso del Partido Comunista de la URSS, el 2 de julio de 1990. En su informe, Gorbachov declaró: “El modelo estalinista de socialismo está siendo reemplazado por una sociedad civil de gente libre. [...] Relaciones de producción que servían de fuente para la alienación de la gente trabajadora de la propiedad de los medios de producción y los frutos de su trabajo, están siendo desmantelados y se están creando condiciones para la libre competencia entre productores socialistas”. El director de la Comisión de Reforma Económica fue más lejos aún. Sostuvo que la opción socialista está perdiendo su apoyo entre la mayoría de la población. “Existen, dijo, no uno, sino varios modelos de socialismo. La derrota de uno de los modelos no significa el colapso de la idea y los principios del socialismo”. Alexander Yakovlev, el arquitecto de la perestroika, dijo: “Debemos comprender claramente que no era socialismo lo que estábamos construyendo, y que nuestra sociedad no era socialista. De otra manera, tendremos que reconocer que una sociedad en la cual los problemas de la alimentación no estaban resueltos, el problema de la habitación no estaba resuelto, una sociedad que carece de las instituciones de un estado basado en el derecho pueda ser llamada una sociedad socialista. Finalmente, una sociedad no puede ser considerada socialista si la persona trabajadora está alienada de la propiedad y del poder económico y político” (Daniels, 1993, pp. 167-189).

Sabemos cómo terminó el intento de reforma que se proponía crear un socialismo con cara humana en la URSS. Sabemos también que no fue el primero. En 1956, se presentó en Hungría, en 1968 había sucedido algo similar en Checoslovaquia y en 1980 en Polonia. No podemos aquí discutir las causas de las derrotas y la inesperada rapidez del derrumbe general,¹ pero quisiera terminar sosteniendo

¹ Véase sobre esos temas a Laguens, 1994.

que el fracaso de un intento de construir socialismo no significa que intentos futuros deben de terminar también en fracaso.

3. Para responder a la segunda pregunta, debemos comenzar con una analogía entre el desarrollo del modo de producción capitalista y el modo de producción socialista. El capitalismo se hizo sistema dominante a principios del siglo XIX en Europa occidental. Para llegar a este punto, había pasado por innumerables intentos que terminaron en fracasos parciales o totales.

En los siglos XII y XIII el Viejo Mundo comenzó a integrarse en una red comercial y financiera de la cual todos se beneficiaron. Para inicios del siglo XIV incluso China y Europa estaban integradas. El comercio creó una gran variedad de comunidades comerciales. En Flandes florecía una importante industria textil y Florencia, Venecia y Génova también eran importantes ciudades manufactureras. Pero para finales del siglo XIV, todo eso concluyó en una prolongada decadencia. Un siglo más tarde, España parecía lista para el despegue capitalista y para principios del siglo XVII este había abortado. En un proceso acumulativo, varios intentos tempranos fueron necesarios para desembocar en la Revolución Industrial.

¿Por qué debemos esperar que el socialismo triunfe al primer intento? Habrá otros, y su éxito, si bien no está asegurado, tampoco está excluido. No quiero decir que debemos esperar quinientos años más. El capitalismo ha desarrollado fuerzas destructivas que hacen del principio *socialismo o barbarie*, una disyuntiva siempre real. Pero los nuevos ensayos para construir una sociedad igualitaria y justa forman parte de la naturaleza misma de la historia. Lo que si estoy seguro es que estamos al principio y no al final de un proceso.

Bibliografía

Daniels, Robert Vincent. (1993). *The End of the Communist Revolution Routledge*. London-New York: Routledge.

Labica, Georges, y Bensusan, Gérard. (1999). *Dictionnaire critique du marxisme*. Paris: Quadrige-Puf.

Laguens, Walter. (1994). *The Dream that Failed, Reflections on the Soviet Union*. Oxford-New York: Oxford University Press.

Sánchez, Vázquez Adolfo. (2000). Reexamen de la vida del socialismo. En *El valor del socialismo*. México: Itaca.

El mundo desolado de Octavio Paz*

Del irracionalismo filosófico al socialreformismo

Octavio Paz ha publicado recientemente en *Proceso* y *Vuelta* una serie de artículos que constituyen un auténtico credo. Con ellos, trasciende la poesía, la crítica literaria y la historia, para incursionar, una vez más, en la política actual. Como todo gran artista, Paz refleja en su obra una realidad social. En su caso, se trata del proceso extraordinariamente complejo del ascenso del capitalismo y de la conciencia burguesa mexicana. Por eso, sus trabajos están repletos de contradicciones. Una de ellas es que el mismo hombre crea obras maestras de arte y de la crítica literaria y escribe ensayos filosófico-políticos discutibles. Yo sería el primero en oponerme a cualquier intento de juzgar la obra poética de Paz, en función de su discurso político. Él debería ser el último en pretender amparar sus posiciones ideológicas (repito, ideológicas) y políticas en la excelencia de su labor literaria. Todo latinoamericano culto lleva en sí algo de Borges, lo que no significa que comparta las ideas políticas de este.

* Apareció en dos partes. *Proceso* No. 98 y *Proceso* No. 99, 1979.

Si el manifiesto de Paz solo representara las ideas aisladas de un individuo —por más destacado que este fuera— quizá no merecería una polémica pública. Pero no es así. Coincide con los intereses de fuerzas sociales reales; pretende esbozar una alternativa para los intelectuales; se presenta en un momento de profunda crisis ideológica. Con él, Paz se incorpora de nuevo a la lucha por la definición del futuro inmediato de México y del mundo.

Por eso debe ser contestado. Quizás convenga aclarar que con este ensayo no me propongo hacer una evaluación de la obra política de Paz en general, sino solo de los ensayos y entrevistas recientes, citados a continuación. Tampoco me propongo descalificar, señalando debilidades de argumentación —que no son pocas—, sino revelar la lógica interna de una posición y presentar una alternativa de signo radicalmente opuesto.

Como inicio, Paz nos ofrece una imagen apocalíptica del mundo actual:

Las revoluciones se han petrificado en tiranías desalmadas; los alzamientos libertarios han degenerado en terrorismo homicida; Occidente vive en abundancia (¿?), pero corroído por el hedonismo, la duda, la dimisión. [...] En el llamado tercer mundo: dictaduras, luchas intestinas y guerras exteriores [...] matanzas que dejarían boquiabierto a los asirios, los tártaros y los aztecas.

Y el mundo de las ideas no se encuentra mejor que el de las cosas: “las predicciones del liberalismo burgués, el positivismo y el materialismo histórico han sido desmentidas por la historia...”, “el marxismo es el opio de los intelectuales...”, “Diógenes ha dejado su tonel, se volvió *star* de televisión”.

Impactados por el estilo insultante y los fuertes colores del lienzo, aún antes de cuestionar esa visión orwelliana, nos preguntamos sobrecogidos. ¿Por qué? ¿Por qué un fracaso tan rotundo de la humanidad? ¿Cómo hemos podido llegar a ese punto? Pero en vano volvemos a escudriñar los artículos. Octavio Paz constata, describe, califica, pero —con una u otra excepción— no explica.

No encontramos una sola palabra acerca de cómo, cuándo y por qué se petrificaron las revoluciones; la razón del fracaso de las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo; las causas de las matanzas y dictaduras del tercer mundo. La ausencia de explicaciones no es casual, ni responde a economías de espacio. Se deriva de la concepción misma que Octavio Paz tiene de la historia y la sociedad:

La refutación más convincente de todas las filosofías de la historia es la historia misma. [...] Kant esperaba la llegada de un Newton de la historia que descubriera las leyes del movimiento social como el otro había descubierto las que rigen las revoluciones de los cuerpos celestes. El Newton de la historia no ha nacido ni es fácil que aparezcan alguna vez sobre esta tierra.

Para Octavio Paz los hechos sociales no están regidos por leyes, o por lo menos desconocemos esas leyes; la historia no es ciencia, sino vivencia subjetiva.

Esta visión no es, ni mucho menos, un invento de Paz. Su raíz moderna está en el irracionalismo filosófico. Se inicia con Nietzsche y culmina con el existencialismo contemporáneo, para el cual el mundo y sus problemas solo existen en la medida en que afectan el yo y su existencia. La concepción de Paz es ecléctica, pero quizá a quién más deba es a Raymond Aron con su *Philosophie critique de l'histoire* y su *Essai sur les libertés*. Por modestia intelectual, Paz debería hacer explícitas sus adhesiones. Al fin y al cabo, lo que ofrece como al materialismo histórico no es sino una versión latinoamericana estilizada de la concepción irracionalista de la historia.

La intuición de Paz desemboca en la impotencia más absoluta. Escuchemos: "Un vistazo a la situación contemporánea revela que no es posible discernir un propósito en todas estas agitaciones. El mundo se mueve, pero ¿hacia dónde? Estas idas y venidas, ya que no un sentido, ¿tienen una dirección? ¿Cómo saberlo?". La realidad social es incognoscible, su sentido inexplicable, su futuro imprevisible. Me decía un joven amigo, buen conocedor de la obra de Paz, como debe serlo todo joven marxista que desee poner firmemente sus pies en suelo

mexicano: ¡Que mensaje tan desolador, el de ese hombre solitario que se cree aprisionado en un mundo incomprensible, ajeno y hostil!

Octavio Paz cuestiona todo: socialismo (ante todo), tercer mundo y capitalismo; la URSS (sobre todo) y China; EE. UU. y Vietnam, Cuba y Uruguay (una de las ocurrencias menos “críticas” y “rigurosas” de Paz es poner en el mismo plano a Cuba y la dictadura uruguaya); el marxismo (principalmente), el liberalismo y el positivismo; la clase obrera, la intelectualidad —con algunas excepciones— y los políticos de occidente y oriente. Para él, solo hay una cosa que puede darnos “un poco de luz en la oscuridad presente”: “el renacimiento del espíritu crítico” y el “rigor” de los intelectuales. ¿Pero, en qué se va a basar ese “espíritu crítico”? ¿Cómo ejercer el “rigor”? Su filosofía responde, en lugar de ciencia y razón, intuición e irracionalismo. En sustitución de las ideas del progreso, el escepticismo más radical. Y, sobre todo, ningún valor extrínseco al yo supremo. La realidad social e histórica, creación del trabajo, sufrimiento y luchas de millones de hombres, no es más que caos angustiante; las generalidades del espíritu crítico riguroso que la contradicen, en cambio, son lo único lúcido, la única luz en esta negra noche, pese a que sean totalmente impotentes para explicar el sentido y el propósito del quehacer humano. Incienso para el ego inflado del intelectual, y un seguro para su aislamiento estéril de los demás hombres. Desde el punto de vista filosófico, las nuevas disquisiciones de Paz presentan ante el intelectual mexicano un problema ya viejo: ¿intuición o pensamiento racional? ¿Existencialismo o marxismo?

Del mismo enfoque se derivan otros rasgos de su visión del presente. Este nos es presentado como una multiplicidad de fenómenos petrificados, inconexos, incapaces de transformarse unos en otros. A Paz le parece monstruoso que el socialismo haya triunfado en dos imperios atrasado: el zarista y el chino. Porque no puede entender o aceptar que, en estos centros de atraso, puedan producirse transformaciones gigantescas —sin precedente en la historia— que coloquen a quienes marchaban a la cola de la humanidad, a su cabeza, que hagan del Vietnam secular, el motor de la historia y de los

ultradesarrollados Estados Unidos un obstáculo cada día menos eficaz al progreso de estas. Pero así es la dialéctica de la historia: las tribus germánicas portadoras del feudalismo no eran precisamente el centro cultural de la antigüedad; la Inglaterra que dio a los hombres la primera Revolución Industrial y la democracia parlamentaria moderna solo era un rincón subdesarrollado del mundo feudal.

Siguiendo a Dilthey, Octavio Paz otorga a la imaginación creadora y a la intuición, el papel principal en el entendimiento de los fenómenos sociales. Pero frecuentemente la imaginación creadora lo traiciona. En su visión totalizadora del presente, Paz ha olvidado un pequeño hecho: la profunda crisis económica y social que sacude al capitalismo en la década del setenta y la consecuente maduración de las condiciones para su sustitución revolucionaria. No hay en todos sus ensayos una sola referencia a ella. Pero sucede que este es el hecho central del periodo; el único que puede explicar la conexión que existe entre el “fin de la época” que vive Europa, las dictaduras de América Latina e incluso la disidencia interna y los conflictos entre países socialistas. De ahí el carácter desarticulado, contradictorio de “Entre las convulsiones y la inmovilidad”. Un ensayo que nos dice mucho sobre el mundo subjetivo de Paz y poco sobre el mundo terrenal en el cual nos movemos el resto de los mortales. Un escrito que no está exento de observaciones agudas, pero carece de interpretación teórica.

En su entrevista con Julio Scherer publicada en *Proceso*, Octavio Paz se cita a sí mismo, reiterando su adhesión a la idea de una “comunidad universal en la que, por obra de la abolición de las clases y el Estado, cese la dominación de los unos sobre los otros”. Ergo, simpatiza con el socialismo, incluso va más lejos: considera que “el socialismo es quizá la única salida racional de la crisis de occidente”.

Por otro lado, en innumerables ocasiones, ataca virulentamente todas y cada una de las manifestaciones reales, de las formas históricas que adopta el socialista marxista: la clase obrera “que no es revolucionaria sino reformista y nacionalista”; los partidos comunistas que se convierten “fatalmente en la justificación de la tiranía de grupo”, los países socialistas “ninguno de los cuales es socialista” y

que además son “Estados totalitarios” ¿Qué clase de socialismos es entonces el de Paz? ¿Qué relación existe entre el ideal que acepta y la práctica política? En la misma entrevista, dice que “si ha de surgir un nuevo pensamiento revolucionario, tendrá que absorber dos tradiciones desdeñadas por Marx y sus herederos: la libertaria y la poética” ¿Será Octavio Paz partidario de un socialismo anarquista y... poético?

Conocemos su afinidad con algunas ideas anarquistas “a la Orwell”, pero no sabíamos que apoyara directamente el movimiento anarquista real. A menos que insista, supondremos que se trata de un recurso retórico. Pero donde al fin Paz nos dice con bastante claridad cuál es el socialismo que él propugna, es en su artículo “El ogro filantrópico”, del No. 21 de *Vuelta*.

Después de pasar revista a los partidos políticos existentes en México, Paz concluye:

El espectador más distraído descubre inmediatamente en este panorama dos grandes ausencias. Una, la de un partido conservador [...] otra, la de un auténtico partido socialista, con influencia entre los trabajadores, los intelectuales y la clase media. Esto último es lo verdaderamente lamentable y revela cruelmente una de las carencias más graves de México y de América Latina: la inexistencia de una tradición socialista demócrata.

Después de explicar los diversos peligros que encierra la reforma política sin la presencia de un partido de ese tipo, termina: “Hay, sin embargo, otro remedio. Pero es un remedio visto con horror por la clase política mexicana: dividir al PRI. Tal vez su ala izquierda, unida a otras fuerzas, podría ser el núcleo de un verdadero partido socialista”.

Ahora sí sabemos. En términos reales de política concreta, el socialismo de Octavio Paz es socialdemócrata. La posición se aclara todavía más si recordamos el siguiente párrafo de la entrevista ya citada: “el socialismo fue pensado y diseñado para los países desarrollados. Según Marx y Engels es la etapa más alta del desarrollo social,

de modo que viene después y no antes del capitalismo y la industrialización...”. “El socialismo no es un método para desarrollarse más pronto sino una consecuencia del desarrollo”.

Se trata entonces de un socialreformismo que para México solo concibe la posibilidad del socialismo, después de concluido el proceso de industrialización capitalista; después de que la democracia parlamentaria burguesa haya llegado a sus expresiones más acabadas. Capitalismo a corto y mediano plazo y; como diría Keynes, a largo plazo, todos estaremos muertos.

La referencia a Marx y Engels es venenosa, pero por ahora de menor importancia. Lo fundamental es comprender la relación que existe entre los diferentes niveles de la concepción de Paz: de la imaginación creativa y la intuición como teoría del conocimiento, pasa al “espíritu crítico” como posición intelectual y culmina en socialreformismo como partidismo político. Quizá el orden sea inverso y el anticomunismo propio al socialreformismo no sea solo efecto, sino también causa de las dos primeras posiciones.

El espíritu crítico de Paz no le ha impedido el compromiso político. Sus ataques a la izquierda independiente mexicana provienen de su simpatía por el PRI, o su “izquierda”, a la cual propone una escisión. Su antimarxismo militante es el resultado lógico de un “socialismo” que considera que México, primero, debe impulsarse el desarrollo del capitalismo hasta sus últimas consecuencias.

El mensaje fue rápidamente recogido por la gente de *El Día*, órgano de un sector de la izquierda del PRI. Acorralados por la rechifla general que provocaron los excesos retóricos prematuros de Ramírez y Ramírez en la IX Asamblea del PRI, anunciaron profusamente y publicaron en forma íntegra el artículo de Paz sobre “El ogro filantrópico” “como contribución a una discusión seria sobre el PRI”.

La posición de Paz coincide también con la bien orquestada ofensiva de la internacional socialdemócrata que ha enviado a México a sus mejores hombres: Brandt, Mitterrand, Soares, Felipe González y otros, para integrar a sus filas una serie de partidos latinoamericanos, el PRI en primer lugar.

Esto sobre la posición de Octavio Paz. En la segunda parte de este ensayo, examinaremos algunas ideas referentes al marxismo, el movimiento comunista y los países socialistas.

Socialismo y libertad

La crítica que Octavio Paz hace del marxismo está llena de momentos ideológicos (en el sentido negativo del término), pero también de argumentos que encierran un núcleo de verdad. La cuestión es saber qué desea Paz: ¿impugnar el marxismo o discutir con los marxistas? Si es lo segundo, debería respetar mejor las normas de rigor intelectual que él mismo recomienda.

Examinemos, solo por vía del ejemplo, algunos de esos propósitos. Ciertos juicios de Paz no pueden ser discutidos porque no han sido argumentados. Afirma, por ejemplo, que el marxismo no proporciona una interpretación nueva de la cultura o bien que Nietzsche y Dostoievski vieron más claro y más lejos que Marx, en el siglo XX. Pero no basta decirlo, hay que probarlo. Solo entonces, la opinión pasará a ser tesis y podrá ser discutida con seriedad.

En otras ocasiones, Paz falsifica a Marx o a los marxistas y luego pasa tranquilamente a destruir la caricatura que él mismo ha creado. Un caso típico: “Marx [dice Paz] no fue por lo demás el único que en el siglo XIX vio la sociedad civilizada como organismo gravemente enfermo. El tema de la ‘decadencia de Occidente’ comenzó muy pronto”. Solo alguien que desconoce la obra de Marx puede aceptar que este haya concebido la sociedad civilizada como un “organismo enfermo” o confundir su análisis del capitalismo con los misterios de la “decadencia de Occidente”. Marx consideraba, al contrario, que la “sociedad civilizada” era portadora de una enorme vitalidad. Primero había dado a luz al capitalismo (un progreso enorme con respecto al feudalismo) y luego engendró al proletario (portador de un proyecto de régimen superior al capitalismo). Una sociedad que lleva en sí la semilla de la superación de sus contradicciones, es todo lo contrario de

una sociedad enferma. Para Marx, quien está en decadencia no es “Occidente”, sino el capitalismo, y su superación desemboca en un nuevo fortalecimiento de Occidente y de Oriente, de la sociedad humana.

Así podría continuarse a lo largo de muchas páginas. ¿Pero de qué serviría? ¿En qué manera nos acercaría a eso la verdad?

Paz propone a los intelectuales marxistas, como tarea inmediata, una crítica del marxismo como ideología. Esta vez coincido con él, mas no porque el marxismo sea “el opio de los intelectuales” (otra frase de Raymond Aron), sino todo lo contrario: como ciencia crítica, solo puede sobrevivir renovándose permanentemente.

El hecho es que el marxismo conoce una crisis histórica. La situación actual del capitalismo plantea grandes posibilidades revolucionarias y abre perspectivas de renovación del mundo socialista. A la vez, agudiza todos los peligros: reacción, fascismo y guerra nuclear. Para responder adecuadamente a ese reto, el marxismo debe renovarse.

Esa no es la primera vez que esto sucede en la historia del socialismo: 1848, el proletariado hace aparición como clase en la escena de la historia, para preparar la fusión de las ideas socialistas con el movimiento obrero, Marx se ve obligado a sostener una dura lucha con diversas corrientes del socialismo utópico; 1914, el capitalismo se interna en su última fase, el imperialismo. Para abrir paso a un socialismo revolucionario adecuado a las condiciones, Lenin y los marxistas de izquierda tienen que mantener una aguda polémica con la Segunda Internacional.

Lo que está sucediendo en la actualidad no ha sido aún suficientemente definido, pero no es menos profundo que las rupturas anteriores. En el mundo se materializan cambios impensables durante el largo *boom* capitalista de posguerra. Estas condiciones solo podrán ser aprovechadas si la teoría marxista refleja verdaderamente las condiciones actuales y señala con exactitud las nuevas tareas que ellas plantean. Lo que el hombre tiene ante sí, no es un caos angustiioso, sino un mundo preñado de socialismo. La “gran praxis iniciada en 1945” a la que se refiere Paz toca a su fin. Lo que el intelectual debe aprender no es “a mirar de frente la larga noche del siglo XX”, sino a preparar el amanecer del siglo XXI.

¿Pero, por dónde comenzar la crítica? Sin duda por la superación de la herencia nefasta del estalinismo.

El estalinismo —aparte de sus crímenes— ha dejado una secuencia terrible de dogmatismo. La obra de Marx, Engels, Lenin, fue transformada de pensamiento vivo lleno de verdades concretas en una doctrina infalible portadora de dogmas incuestionables. La dialéctica marxista fue empobrecida hasta la caricatura: Las tres bases del materialismo... las cuatro leyes de la dialéctica... las tres fuentes sociales del oportunismo... y reducidas a un simple catecismo. Fueron expulsados del marxismo todos los pensadores cuyas ideas no se adaptaban a esas camisas de fuerza. Todavía hoy, es inútil buscar en la URSS las obras de Rosa Luxemburgo, Kautski, Lukács, Korsch para no hablar de Trotski y Bujarin.

Paz se ha erigido en defensor de la libertad y la democracia en abstracto. Para él, la Grecia esclavista es más libre y democrática que la Francia revolucionaria de 1793. Su idea (repetida hasta la saciedad) “la URSS y sus satélites son esencialmente [subraya E. S.] ideocracias totalitarias” encierra una trampa; elimina el problema del régimen social y económico, juzga solo por la forma del Estado. Esencialmente, la URSS y los demás países socialistas se diferencian de los capitalistas porque en ellos ha sido abolida la propiedad privada de los medios de producción. La ganancia, como móvil de los procesos económicos, ha sido sustituida por la producción de bienes para la satisfacción de necesidades crecientes de la población trabajadora y la explotación del hombre por el hombre ha desaparecido. Por su régimen socioeconómico, estos países son más avanzados que los capitalistas. Si para Paz eso no cuenta, para los obreros y campesinos es un inmenso paso adelante.

Pero el pensamiento de Paz encierra también su dosis de verdad: desde el punto de vista político, la URSS no es una democracia. Seis décadas después de la revolución, no hay libertad de asociación, expresión y prensa, no existen elecciones libres, ni derecho de huelga, ni pluralismo político. El estado interviene directamente en los asuntos religiosos, artísticos y culturales. Existen los delitos de opinión,

prevalece la pena de muerte por motivos políticos. A diferencia de Paz, nosotros reivindicamos el derecho de la violencia revolucionaria. ¿Pero de acuerdo con qué criterios puede calificarse de democrático un país que exhibe esas características muchos años después de consolidado el poder? ¿Durante cuánto tiempo debe el hombre renunciar a las libertades individuales por las que tanto ha luchado, para instaurar el sistema socialista?

Desde siempre el enemigo ha dicho que el socialismo es incompatible con la libertad. Lo más terrible es que el estalinismo se encargó de hacer realidad la acusación reaccionaria. Y el estalinismo no ha muerto aún. Para preparar el futuro, los marxistas deben mirar al presente en los ojos: para que la síntesis de socialismo y libertad, socialismo y democracia, se haga realidad, el socialismo real debe cambiar profundamente. Ser marxista, hoy, es luchar por la revolución socialista en el mundo capitalista. Pero no solo eso, significa también combatir por la transformación democrática del socialismo real. O, si se quiere, por un socialismo democrático. Porque hemos aprendido la lección: la abolición de la propiedad privada de los medios de producción no garantiza, por sí sola, el surgimiento de una superestructura socialista.

Pero también en este punto Paz tiene sus inconsecuencias. Considera a los disidentes de los países socialistas como “el honor de nuestro mundo”, colocándolos por encima de los luchadores democráticos de Uruguay, Argentina, Chile, Nicaragua, etcétera. ¿Por qué? ¿No merecen estos una solidaridad al menos igual? ¿No forman estos hombres y mujeres perseguidos parte de la “conciencia de nuestro tiempo”?

¿Y los comunistas? Ellos saben algo sobre disidencia, y no solo en los países capitalistas. La primera resistencia importante al estalinismo surgió en el partido bolchevique. Un importante ensayo de socialismo democrático de la Europa de posguerra —cargado de significado precursor— se generó en el seno de un partido comunista, el checoslovaco y fue dirigido por comunistas militantes como Dubček y Smrkovský. ¿No son ellos portadores de un espíritu libertario más

significativo y, por lo tanto, una empresa más real y tangible que el poeta Bukowski esgrimiendo su alma rusa en la casa de un profesor norteamericano?

Obsesionado con los problemas de la libertad, Octavio Paz olvida —quizá por obvia— una verdad simple. No solo de libertad vive el hombre. Debe alimentarse, mantenerse, educarse, criar a sus hijos. El socialismo soviético ha probado su indiscutible superioridad en ese terreno. En pleno siglo XX, pese a dos devastadoras guerras, el cerco imperialista, el hostigamiento incesante, el peso abrumador de la competencia armamentística con los EE. UU., la URSS ha logrado superar en un tiempo brevísimo el subdesarrollo. En medio de incontables batallas, un pueblo formado en su inmensa mayoría por campesinos miserables e iletrados se convierte en una comunidad de obreros calificados, ingenieros, científicos, en donde nadie conoce el hambre y la miseria, en el país más letrado del mundo, en la segunda potencia mundial. Un imperio que en 1916 estaba a punto de desintegrarse, se transforma en dos décadas en el país más capaz de derrotar a la maquina bélica infernal del fascismo alemán. De la carreta tirada por bueyes a los vuelos espaciales en sesenta años.

¿Qué hay de extraño en que la URSS goce de un inmenso prestigio entre millones de trabajadores en todo el mundo, pero especialmente en el así llamado tercer mundo? ¿Qué hay de extraño en que Stalin, que se encuentra colocado a la cabeza del proceso, despierte admiración hasta hoy en ciertos sectores del pueblo soviético? La historia no sabe de abstracciones. Su avance es mucho más complejo, infinitamente más rico en facetas y contradicciones que cualquier idea, aun cuando esta se llama libertad.

Paz recuerda la tesis de Marx: el socialismo nacerá de la sociedad capitalista desarrollada. Pero no considera el otro lado del problema. No puede haber socialismo democrático en Europa o los Estados Unidos, mientras dos terceras partes de la humanidad viven en el atraso y la miseria. Los pueblos que explotan a otros pueblos no pueden ser libres, diría Marx. Al mostrar el camino para la superación del subdesarrollo, al encender con su ejemplo las luchas revolucionarias en

el así llamado tercer mundo, la URSS ofrece una contribución inestimable a la marcha de la humanidad hacia el socialismo.

En Rusia se produjo la primera fase de la revolución socialista, el proletario tomó el poder y la burguesía fue expropiada. Los privilegios de las clases dominantes fueron abolidos. Se inició un desarrollo vertiginoso de las fuerzas productivas. Muchos elementos de atraso fueron superados. Pero la URSS no ha podido pasar a una segunda fase, en la cual, una vez abolidas las clases antagónicas, la pobreza y la ignorancia, desaparece la dictadura y florecen plenamente las libertades individuales y la democracia. Es un socialismo que marchó a pasos de gigante a partir de cierto momento se congeló. Ahora su desarrollo no puede ya medirse en toneladas de acero. Avanzará en la democracia o se estacionará. No existe otra alternativa.

La historia no comienza todos sus relatos con el primer capítulo. A veces, como en una novela de Cortázar, se permite alterar el orden de estos. Marx se equivocó. El socialismo se inició en los países periféricos. Pero su error es relativo, puesto que la nueva sociedad solo podría llegar a su pleno desarrollo cuando a ella se sumaran varios de los países más evolucionados.

El marxismo de hoy es profundamente diferente al de hace tres o cuatro décadas. Al convertirse —como decía Gramsci— en una filosofía histórica, ha multiplicado infinitamente su diversidad. El marxismo de los filósofos no es el mismo que el de los grupos dirigentes de los partidos obreros. El obrero francés es marxista en un sentido distinto al del intelectual italiano. El marxismo del guerrillero sandinista no es idéntico al culto que rinde un campesino chino a Mao y su pensamiento. Los países socialistas no solo cuentan con una política propia, sino con propia versión de marxismo. Cada uno de estos casos representa un nivel concreto de articulación entre ciencia e ideología, entre verdad y prejuicio.

En estas circunstancias, toda pretensión de ortodoxia resulta un desatino. Nada más nefasto que un Estado o partido que pretenda ser depositario único de la verdad. El marxismo es hoy una corriente histórica tumultuosa, impulsada por masas trabajadoras y grandes

artistas, por partidos políticos y filósofos. La autoridad de un hombre, un partido o un Estado, no pueden ser criterio de verdad, ni aun cuando estos se llamen Lenin, Trotski o Mao Tse Tung, la URSS, China o Yugoslavia. El único criterio de la verdad de una teoría pasada o presente es su adecuación al objeto de conocimiento. La única prueba de su significación reside en la práctica revolucionaria. “El hombre [decía Marx] debe probar la verdad, es decir, la actualidad y el poder de su pensamiento en la práctica”. El marxismo de hoy no puede tener ni Meca ni Vaticano. El intelectual marxista solo puede cumplir su función por el pensamiento crítico y la acción revolucionaria. Ninguna de las dos es posible sin la otra. Pero eso, naturalmente, es una posición crítica muy diferente a la que adopta Octavio Paz.

Quizás proceda terminar con una cita de Löwith que resume a la perfección la diferencia entre las dos:

En vísperas de la revolución de 1848, Marx y Kierkegaard expresaron la voluntad de que se llegara a una decisión en palabras que aún no han perdido su validez. Marx en el Manifiesto Comunista (1847) y Kierkegaard en su Mensaje Literario (1846). El primer manifiesto concluye con el grito de ¡proletarios de todos los países, uníos! El segundo, con la admonición de que cada cual debe trabajar por sí solo en su propia salvación, pues de otro modo la profecía acerca de la persistencia del mundo no pasará a ser una broma.

El intelectual crítico comprometido con las luchas populares o el individualismo crítico de un intelectual que no responde más que a sí mismo; Marx o Kierkegaard.

Acerca de la periodización*

1

La historia se presenta como un constante nacimiento, desarrollo, desaparición o transformación cualitativa de fenómenos relacionados entre sí. La necesidad de dividir el tiempo histórico en épocas que obedecen a leyes específicas, la localización de los momentos de cambio cualitativo y de las rupturas en la historia de un fenómeno, y el esfuerzo por ubicar la relación temporal que existe entre los sucesos particulares y la totalidad se derivan de la realidad objetiva de la historia. La periodización se propone responder a esas necesidades. Cada proceso o fenómeno tiene su propia historia y por lo tanto es sujeto de periodización. Para ser verdadera, la periodización debe reflejar las leyes intrínsecas del desarrollo del fenómeno y su relación con el resto del proceso histórico. Al margen de ellos, se vuelve un engendro de la arbitrariedad; así, observa irónicamente Marc Bloch:

* Enrique Semo, *Economía mexicana y lucha de clases*, México, Era, 1985.

¿Una historia religiosa del reino de Felipe Augusto? ¿Una historia económica del reino de Luis XV? ¿Por qué no: “Diario de lo que sucedió en mi laboratorio bajo la segunda presidencia de Grevy”, por Louis Pasteur? O inversamente, ¿historia diplomática de Europa, desde Newton hasta Einstein? (Bloch, 1971, pp. 223-224)

O bien, en términos autóctonos, una *Historia de las luchas obreras en el periodo de Ávila Camacho* o una *Historia de la literatura mexicana bajo el gobierno de Díaz Ordaz*.

Toda periodización es una abstracción por medio de la cual separamos un momento determinado del flujo ininterrumpido de la historia para otorgarle un carácter de ruptura o viraje. Por su naturaleza misma, la periodización acentúa la discontinuidad a costa de la continuidad, la estructura en detrimento del proceso. Por eso, su validez es relativa.

La periodización de la historia ha planteado siempre graves problemas. Presupone la existencia de un criterio teórico que solo puede derivarse del material histórico. Pero, como es sabido, lo lógico nunca corresponde a lo histórico. *De ahí provienen la relatividad y las limitaciones de toda periodización.* (Kon, 1964, pp. 231-232)

¿Existe una fecha o un lapso breve con el cual puede identificarse el descubrimiento de América? ¿A partir de qué acontecimiento o momento histórico puede considerarse como dominante el modo de producción capitalista en México o Brasil? ¿En qué año termina la revolución iniciada en México en 1910?

Y, sin embargo, pese a las limitaciones propias de todo corte histórico, este representa una verdad más profunda que la visión lineal del progreso humano. Como parte integrante de una concepción científica homogénea de la sociedad y de la historia, la periodización se vuelve un instrumento indispensable del conocimiento y representa una aproximación legítima de la teoría a la historia. “Fechar con fineza’ es aún un deber de historiador. Pues la conciencia de las sucesiones en el tiempo y de las proporciones de las duraciones es lo contrario de un dato ingenuo” (Vilar, 1974, p. 41).

Pese a las dificultades, nos vemos obligados a fechar el descubrimiento de América, el inicio del capitalismo en Brasil y México, el final de la Revolución mexicana de 1910, porque no se puede interpretar sin abordar esa tarea. Analicemos cómo se expresa esa *necesidad* en el último de los ejemplos aquí apuntados.

Si, como sostienen los marxistas, la revolución de 1910 termina en 1917 o en 1920, el periodo posterior adquiere el carácter de un proceso de consolidación del nuevo rumbo capitalista, en el cual, la evolución y la reforma sustituyen a la revolución. Si, al contrario, no ha terminado aún, como asegura la versión oficial de la historia contemporánea de México, debe renunciarse a toda diferencia cualitativa entre los conceptos de revolución y evolución, reforma y contrarrevolución. Así, la solución de ese problema de periodización influye no solo en la interpretación de la historia de la revolución, sino en la de toda la historia contemporánea. Dejar de fijar en el tiempo el término de la revolución, “porque todo corte tiene un valor relativo” equivale, en este caso, a renunciar a la interpretación racional del México actual.

El marxismo concibe la historia como un desarrollo progresivo, para usar la expresión de Mehring: “Del dominio de la naturaleza sobre el hombre, al dominio de los hombres sobre la naturaleza” (Mehring, 1976, p. 14). Este proceso consiste no en la repetición de los mismos elementos o, a lo sumo, en diferentes combinaciones de los mismos elementos, sino en la aparición de manifestaciones cualitativamente nuevas, cuyos embriones y antecedentes se originan en etapas anteriores del desarrollo.

La sociedad es un sistema de relaciones sociales, condicionado o determinado por el modo de producción de la vida material. El objeto de la historia y de su periodización no es el devenir de la sociedad “en general”, sino la sucesión ascendente de niveles diferentes de este sistema, o de *formaciones económicas de la sociedad*, cada una de las cuales se origina en el seno de la anterior. Esta categoría refleja una totalidad sociohistórica concreta: una relación *específica* y un grado *determinado* de las fuerzas productivas y las relaciones de

producción, que condicionan al conjunto de relaciones sociales, manifestaciones ideológicas e instituciones jurídicas y políticas.

El reflejo en la mente del hombre de la relación que existe entre la continuidad de la historia como progreso y su discontinuidad como sucesión de sistemas encuentra expresión en un brillante párrafo de Mariátegui:

El progreso —o el proceso humano— se cumple por etapas. Por consiguiente, la humanidad tiene perennemente la necesidad de sentirse próxima a una meta. La meta de hoy no será seguramente la meta de mañana; pero, para la teoría humana en marcha, es la meta final. [...] El mesiánico milenio no vendrá nunca. El hombre llega para partir de nuevo. No puede, sin embargo, prescindir de la creencia de que la nueva jornada es la jornada definitiva. Ninguna revolución prevé la revolución que vendrá después, aunque en la entraña porte su germen. (Mariátegui, 1964, p. 24)

El concepto de *formación económica de la sociedad* juega un papel fundamental en el paso de una historia descriptiva y parcial a la historia como proceso unitario, porque expresa la relación dialéctica que existe entre los fenómenos particulares o, mejor dicho, permite concebir a estos como momentos dialécticos de una totalidad en transformación constante. Por eso la delimitación temporal de las formaciones económicas de la sociedad y sus principales momentos constituye un aspecto básico de todo sistema de periodización histórica.

Sin embargo, esta es una tarea llena de dificultades. La interpenetración dialéctica entre los componentes de la formación económica de la sociedad no anula las diferencias que existen entre ellos. Escribe Marx:

El resultado al cual hemos llegado no es que la producción, la distribución, el cambio y el consumo son idénticos, sino que constituyen partes de un todo, diferencias dentro de una unidad. (Marx y Engels, 1966, p. 630)

La imagen se complica más aún cuando agregamos los elementos de la superestructura. Las diferencias en la esencia de los fenómenos se

reflejan en diferencias en su ritmo de evolución, en su tiempo histórico. Si bien todos los fenómenos están relacionados e influyen unos sobre los otros, su tiempo histórico no coincide sino raramente. Un cambio en las fuerzas productivas tarda en expresarse en las relaciones de producción; una alteración en estas no se refleja inmediatamente en la distribución o la circulación. La superestructura se mueve a un ritmo relativamente autónomo con respecto al modo de producción.

Sin embargo, existe un punto intermedio en el cual confluyen la interacción dialéctica entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre base y superestructura, para expresarse como lógica interna de la acción de los hombres. Ese punto es la lucha de clases: la actividad por medio de la cual, los hombres hacen su propia historia. Es aquí donde el desarrollo de las relaciones materiales de la sociedad y las relaciones ideológicas determinadas por ellas se expresan a través de la vida práctica de los hombres. Este es un aspecto crucial para la periodización macrohistórica: las leyes internas de la constitución y desarrollo de los modos de producción y de la superestructura se manifiestan en forma condensada en la lucha de clases. Por eso, la periodización de la formación económica de la sociedad concebida como totalidad social debe descansar principalmente en las rupturas y grandes virajes de las luchas de clases.

En la historia, no existen cortes verticales y rígidos. O, en las palabras de Marx, “en la historia de la sociedad ocurre como en la historia de la tierra, donde las épocas no se hallan separadas las unas de las otras por fronteras abstractas y rigurosas” (Marx, 1976, p. 303). La diferencia entre cronología y periodización consiste precisamente en que mientras la primera fija los límites temporales de los sucesos, la segunda debe reflejar los cambios en el proceso interno del desarrollo histórico. Esto significa que siempre hay una diferencia entre las fechas o lapsos escogidos para marcar el principio, el fin y los momentos culminantes del movimiento dialéctico de una formación económica de la sociedad y la trayectoria de cada uno de sus elementos.

Marc Bloch escribe:

Evitemos por lo tanto hacer sacrificios al ídolo de la falsa exactitud. El corte más exacto no es necesariamente aquel que usa la unidad de tiempo más pequeña —en cuyo caso, sería necesario preferir no solamente el año a la década, sino también el segundo al día—; es la mejor adaptada a la naturaleza de las cosas. Cada fenómeno tiene su magnitud de medida particular y, por así decir, su decimal específico. Las transformaciones de la estructura social, de la economía de las creencias, del comportamiento mental, no pueden sin deformación, plegarse a un cronometraje demasiado preciso. Cuando escribo que una modificación extraordinariamente profunda de la economía occidental, marcada a la vez por las primeras importaciones masivas de trigo exótico y por el primer gran auge de la industria alemana y norteamericana, se produjo entre 1875 y 1885 aproximadamente, utilizo la única aproximación que permite este tipo de hechos. Una fecha aparentemente más precisa, traicionaría la verdad. (Bloch, 1971, p. 225)

No se puede utilizar el mismo criterio para periodizar todas las formaciones sociales. Existen leyes generales de la historia, pero cada formación social tiene también sus leyes específicas y la periodización debe reflejarlas. La aplicación de un sistema único lleva inevitablemente a un mecanismo ahistórico. Si dividimos la historia universal del capitalismo en un estadio embrionario o manufacturero, uno clásico o industrial y el estadio imperialista, es claro que esta periodización no es aplicable al feudalismo, cuyas etapas deberán establecerse con un criterio diferente; tampoco es idónea para cada país capitalista, que no tiene por qué reproducir exactamente la historia universal.

La periodización de la formación social constituye el marco de referencia para la comprensión de los procesos particulares. Pero a su vez, esta no puede desvincularse de la periodización de los fenómenos singulares. Los puntos nodales, los virajes, las rupturas en la historia del sistema, solo se manifiestan a través de los sucesos. La fijación de las etapas del desarrollo del modo de producción capitalista en México nos permite entender el carácter específico de la revolución de 1910 y su diferencia con la revolución de Reforma, pero

a su vez la interpretación y periodización de esas revoluciones son elementos fundamentales para la periodización de la historia del capitalismo en México.

La periodización va de lo general a lo particular y de lo particular a lo general. Sin perder su especificidad, macro y microhistoria conforman dos aspectos de un mismo proceso de conocimiento; se explican y completan mutuamente, en la medida en que se estudian como unidades concretas de determinación múltiple. La periodización de la historia de Latinoamérica no puede hacerse sin tener en cuenta el fechamiento de la historia de los diferentes países. Pero este a su vez, solo adquiere su concreción si toma en cuenta los momentos nodales de la historia del subcontinente.

En el método marxista, la periodización de la historia de una formación social no presupone el conocimiento detallado de cada uno de sus momentos históricos y estos pueden estudiarse antes de que se hayan resuelto todos los enigmas de las leyes del proceso general. “Como arquitecto original —escribe Marx— la ciencia no solo dibuja castillos en el aire; también construye algunos pisos habitables, antes de haber puesto la primera piedra”.

La labor de periodización avanza en la confrontación permanente de la estructura general, el proceso particular y el suceso individual.

Los pueblos y naciones se desarrollan en forma desigual. El paso de una formación socioeconómica a otra no se produce en todas partes al mismo tiempo. Por eso encontramos que en cada periodo de la historia predomina no solo un orden social, sino varias formaciones que coexisten unas junto a otras (o incluso, a veces, una dentro de otra). El ritmo diferente de desarrollo de los pueblos impide la elaboración de un esquema único de periodización aplicable a todos los casos. La periodización de la historia universal se realiza, considerando que las sociedades más avanzadas constituyen el factor rector y muestran las tendencias principales de desarrollo para el resto de la humanidad. Por eso la periodización de las historias regionales o nacionales puede exhibir diferencias muy grandes con la de la historia universal.

Pero la relación entre historia universal e historia nacional o regional no es la misma para todas las épocas. En etapas precapitalistas e incluso en el periodo inicial del capitalismo, no existe una economía mundial y los medios de comunicación son lentos y deficientes. Culturas poderosas se desarrollan muchas veces sin contacto alguno entre ellas (pongamos por caso Europa y China en el siglo XIII). En esas condiciones solo puede hablarse de historia universal en el sentido antes apuntado, es decir, identificando el concepto de historia universal con la historia de los pueblos más desarrollados en cada época, los que marcan el rumbo para toda la humanidad.

Sin embargo, a partir de la Revolución francesa y sobre todo del último tercio del siglo XIX, la situación cambia esencialmente. El desarrollo y la expansión del capitalismo acortan las distancias, entretejen los hilos de una economía mundial. Se inicia la historia universal en el pleno sentido de la palabra. Los sucesos importantes que se producen en una parte del sistema afectan rápidamente el destino de los demás. Los hechos históricos importantes adquieren rápidamente significación universal. El desarrollo desigual se ha acentuado, pero todos los pueblos participan “a su manera” en la historia universal. Así, la Primera Guerra Mundial afecta a todos los pueblos, aun cuando su impacto depende de la estructura interna y la situación particular de cada uno de ellos. El triunfo de Vietnam en su lucha de liberación influye profundamente en la relación mundial de fuerzas. En esas condiciones, aun cuando la periodización de las historias nacionales sigue reflejando los diferentes niveles de desarrollo está profundamente ligada a los procesos de envergadura mundial. Existen leyes generales de la historia universal, pero la expresión de estas en cada nación es diferente. La periodización debe expresar esta relación en toda su riqueza dialéctica.

La formación socioeconómica es la categoría más general de la periodización, y sin embargo no es suficiente. Engelberg considera que el concepto de época puede utilizarse —siguiendo a Lenin— con los siguientes criterios:

a) Como sinónimo de la formación socioeconómica que predomina en los centros de desarrollo mundial; b) para designar el tiempo de transición entre una formación socioeconómica y otra; c) para designar estadios de desarrollo importantes dentro de una formación socioeconómica o un periodo de transición. De eso se desprende que el concepto de época debe utilizarse en relación dialéctica con el concepto básico de la formación económico-social y sus consecuencias. (Engelberg, 1972, pp. 131-133)

En el primer sentido, nos referimos a la época del capitalismo, incluyendo un periodo en el cual este modo de producción predominaba solo en una parte insignificante del mundo (Inglaterra y dos o tres países europeos), y no había aún extendido su dominio al resto del mundo.

En el segundo, consideramos como época de transición del capitalismo al socialismo un lapso relativamente largo, durante el cual las dos formaciones socioeconómicas coexisten y luchan a un nivel mundial y dentro de cada sociedad. Es decir, un lapso que forma parte de la historia de ambas formaciones socioeconómicas.

La tercera acepción del concepto de época es utilizada para designar una etapa importante de la historia de una formación socioeconómica, durante la cual las leyes básicas del sistema siguen vigentes, pero en forma modificada. Además, aparecen leyes nuevas, exclusivas de la época. Tales son los conceptos de capitalismo industrial, o de libre competencia y de imperialismo. Siendo el sentido de la categoría “época” más reducido en su vigencia que el de “formación socioeconómica” en sus últimos dos sentidos, permite captar las relaciones históricas con mayor detalle y hacer énfasis en aspectos que se abstraen de la concepción más general.

La época no es simplemente un concepto jerárquicamente subordinado al de formación económica de la sociedad. Es una categoría del mismo nivel, un complemento fundamental en la periodización histórica.

El siguiente concepto es el de periodo. Los periodos se caracterizan por el hecho de que en ellos se resuelven problemas históricos determinados de importancia fundamental para el desarrollo de una época histórica. Así, por ejemplo, en la historia de México podemos

hablar del periodo de consolidación del Estado nacional (1821-1867); del periodo de industrialización capitalista (1940-1960); del periodo de la conquista, etcétera.

El concepto de etapa o fase se utiliza para designar ascensos y descensos del periodo o la época, los tiempos de desarrollo rápido o lento. Desde el punto de vista de la praxis social, el concepto de etapa o fase tiene una importancia muy grande. En cada etapa o fase, el hombre se enfrenta a problemas específicos que puede abordar y cuya solución constituye una tarea práctica realizable.

La periodización de la historia general (universal o nacional) no es necesariamente válida para todas las estructuras que conforman la sociedad. Existe cierta autonomía en la trayectoria de esas estructuras. Es decir que, aunque se refieran a una misma época histórica, existen periodizaciones diferentes para la historia económica, la cultural, la historia del arte, la historia militar, etcétera.

Sin embargo, esas periodizaciones particulares no deben elaborarse sin tener en cuenta la periodización del proceso histórico general. Ninguna autonomía particular llega hasta el punto de perder toda relación con las tendencias más generales de la historia; los casos excepcionales solo confirman la regla. Por otro lado, no se puede desconocer la relativa independencia de los sectores sin caer en el esquematismo.

2

En los últimos quince años se han manifestado en la historiografía latinoamericana tendencias marcadas a un determinismo mecanicista. Algunos científicos esquematizan la relación entre países imperialistas y países dependientes, entre historia universal e historia nacional de los países latinoamericanos. Para ellos, *todos* los cambios significativos en la sociedad latinoamericana se originan en la estructura de dependencia que la liga a las metrópolis imperialistas. Según esta visión, los procesos de cambio en el capitalismo central *determinan* las transformaciones en las sociedades periféricas y la

periodización de la historia de los países latinoamericanos debe hacerse en función de la relación de dependencia o bien de acuerdo con la división de la historia contemporánea del capitalismo.

En los términos del método dialéctico el capital monopolista de los países imperialistas influye en forma determinante en el proceso de acumulación de los países dependientes. Pero se trata de un determinante determinado. El papel determinante del imperialismo sobre los países latinoamericanos solo cobra sentido si somos capaces de concebirlo como un conjunto de *interacciones* complejas en los campos más variados de la vida social. Los cambios económicos y sociales en los países de América Latina no solo son determinados por las leyes de desarrollo del capitalismo como sistema mundial, sino que ejercen una influencia activa sobre este a través de una estructura propia complicada y relativamente autónoma. Las relaciones de dependencia no son una simple función del desarrollo del capitalismo central o, como dirían otros, del sistema capitalista internacional. Las transformaciones sociales en los países dependientes influyen a su vez: a) en la estructura de la dependencia, y b) en el sistema mundial capitalista. Las relaciones de dependencia son inherentes al capitalismo, pero, en términos marxistas, solo pueden ser concebidas como una forma de interdependencia.

Así, por ejemplo, el desarrollo del mercado interno y de una incipiente industria de transformación en algunos países dependientes, en la década de los cuarenta, obligó al imperialismo a modificar la estructura de sus inversiones en esos países y a transferirlas del sector primario a la industria y el comercio. Nadie pone en duda que la “Alianza para el Progreso” fue una reacción a la revolución cubana y que el surgimiento de la OPEP ha significado un cambio en la distribución de las ganancias que se originan en la industria petrolera y una búsqueda desesperada de formas más sofisticadas de explotación a los países productores de petróleo. Hoy estos usan su recién adquirido dominio sobre las materias primas estratégicas y su fuerza financiera para modificar las relaciones de dependencia. La dialéctica entre factores internos autónomos y lazos de dependencia

acentúa la desigualdad entre los países en desarrollo. La relación entre países imperialistas (determinantes) y países dependientes (determinados) es una interacción dialéctica eminentemente histórica, y lo difícil, precisamente, es captar el contenido y las categorías cambiantes de esa relación.

El efecto principal de una concepción mecanicista de la dependencia es el de ubicar el motor de la historia de América Latina fuera de sus sociedades y condenar a esos países a un papel pasivo, mientras no queden abolidas las relaciones de dependencia. La diferencia entre la conclusión conservadora y la de izquierda, derivadas de esa posición, es que la primera considera que esto puede lograrse a través de la acción conjunta de las burguesías del “tercer mundo”, mientras que la segunda lo hace depender de una revolución socialista. Las dos niegan la importancia de todas las formas de la lucha de clases que no desemboquen directamente en uno o en otro de esos dos desenlaces.

Ese determinismo lineal ha producido sus intentos de periodización. Así, es corriente oír hablar del periodo mercantilista colonial (1500-1750); o bien del periodo de crecimiento hacia fuera (1850-1913) o de la época de la sustitución de importaciones (1913-1968). (Véase como ejemplo la obra de Oswaldo Sunkel: *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, México, 1970). En esas periodizaciones, el meollo del proceso no es la trayectoria endógena de las formaciones económicas de la sociedad latinoamericana, sino sus relaciones con el centro capitalista; sus rupturas no se encuentran en las luchas de clases internas (las revoluciones de independencia, los movimientos de reforma contra una iglesia corporativa, las revoluciones de México, Bolivia, Cuba, los movimientos populistas, etcétera) sino los cambios en la economía y la sociedad del centro capitalista y sus inevitables reflejos en la periferia dependiente.

También entre los teóricos de los modos de producción —cuyo mérito es el de haber repatriado la historia de América Latina a su propio suelo— se cuela a veces el determinismo estructuralista que se expresa en la exageración de la importancia del factor

económico. En algunos trabajos, la cosa llega al punto de que la historia de los modos de producción, sustituye la historia general y, sobre todo, la historia de los hombres que actúan, organizados en clases sociales. En otros, el desarrollo de las sociedades latinoamericanas aparece no como un proceso de interacciones complejas, en el cual el modo de producción de la vida material juega en *última instancia* un papel determinante, sino como una serie de reacciones en cadena, en las cuales el modo de producción se encuentra siempre en el punto de partida que establece una dictadura férrea sobre todos los fenómenos que de él se desprenden. Una vez más se trata de un error metodológico.

En una concepción mecánica existe una línea de demarcación bien definida entre el “determinado” y sus “determinantes”. No así en el marco de la metodología dialéctica. En términos de esta última, aun cuando los fundamentos económicos de la sociedad capitalista constituyen “determinantes de última instancia” son al mismo tiempo “determinantes determinados”. En otras palabras, las afirmaciones de Marx sobre el significado ontológico de la economía solo son significativas si logramos captar la idea de “interacciones complejas” en los más diversos campos de la actividad humana. De acuerdo con esto, las diversas manifestaciones institucionales y culturales de la vida humana no están simplemente “construidas” sobre una base económica, sino que *estructuran* activamente a esa última a través de su propia estructura, inmensamente intrincada y relativamente autónoma. [...] De acuerdo con la opinión de Marx, los dioses “oferta y demanda”, “producción y consumo” son categorías económicas, por excelencia. Pero solo en la superficie. Un examen más detenido demuestra que ninguno de ellos tiene sentido alguno sin la categoría histórica de las necesidades humanas, que no puede ser explicada en términos de determinaciones económicas unilaterales. (Mészáros, 1971, p. 87)

La periodización de la historia de las formaciones económicas de la sociedad no puede considerar como *elemento central* la estructura del modo de producción sin sustituir la totalidad histórica por una

de sus partes, mecánicamente sobrepuesta a las demás. El modo de producción es una constitución teórica que condiciona el desarrollo social, pero no es el portador del cambio social.

“El concepto de modo de producción [escribe Bartra] es la matriz teórica que permite comprender la lucha de clases” (Bartra, 1975, p. 5). Pero el motor de la historia es la lucha de clases, y mientras existan clases antagónicas es a través de su enfrentamiento como se transformarán las relaciones sociales. El motor de la historia de América Latina no es la dependencia ni los modos de producción. Los hombres de este continente, como los demás, hacen su propia historia, integrados en clases sociales cuya estructura está determinada por los modos de producción y condicionada por la dependencia. Los puntos nodales, las rupturas en la historia de las sociedades latinoamericanas, se identifican con momentos decisivos de la praxis social. Para que esta refleje la unidad histórica, la lucha de clases debe ser visualizada en toda la riqueza de sus expresiones políticas, económicas e ideológicas; en toda la variedad de sus formas populares, nacionales y estatales; en sus dimensiones nacionales, continentales e internacionales. La historia de América Latina no alcanzará su plena dimensión científica sino cuando la lucha de clases sea su punto de partida. Esto no es un programa temático, ni significa desconocer la importancia de estudios particulares alejados de ese tema. Representa el señalamiento de una dirección que no empobrece, sino que, al contrario, articula a una ciencia cuya diversificación temática debe ser tan amplia como la misma realidad.

De acuerdo al desarrollo de sus formaciones sociales, la historia de América Latina pasa por tres grandes épocas: el feudalismo colonial, la transición al capitalismo y el capitalismo. Estas deben dividirse en periodos, fases, etcétera, que marcan el proceso histórico de cada formación. Los cortes principales deben buscarse preferentemente en los momentos cruciales de las luchas sociales, ya sea en sus formas populares y nacionales, o bien directamente en la de luchas de clases, así como en los cambios en las condiciones socioeconómicas internas. La periodización debe, además, tomar debida cuenta,

tanto de la unidad del tiempo latinoamericano, como de las diversidades impuestas por las diferencias locales y nacionales.

3

Entre algunos historiadores mexicanos, priva la idea de que la periodización responde exclusivamente a la imaginación creativa del historiador y que solo refleja necesidades ideológicas o didácticas. Quien más ha insistido en ello es Daniel Cosío Villegas. En su “Llamada general” a la *Historia moderna*, sostiene que

[...] es bien sabido que la división periódica de la historia es convencional y arbitraria y que no la corta ni el instrumento más afilado, pues la realidad es fluida, continua, como la clara corriente del agua. Lo verdaderamente cierto es, sin embargo, que nadie prescinde de dividirla de algún modo y que principia uno a discurrir históricamente en cuanto propone una partición y ensaya fundarla. (Cosío, 1955, p. 11).

Con Cosío Villegas la historia mexicana se enriquece con una escuela de rigor y perseverancia en la búsqueda, selección y crítica de la información, de trabajo colectivo y profesionalidad que renuevan algunas de sus mejores tradiciones. Pero su concepción de la periodización reafirma su idealismo y su rechazo total a una versión dialéctica de la historia.

En efecto, si se concibe esta —como lo hace Cosío Villegas— como un proceso lineal; si se considera que lo único verdadero son los hechos y que la relación entre estos es fruto de la interpretación del historiador; si se piensa que las diferentes esferas que constituyen la historia de la humanidad (la economía, la política, la estructura social) tienen, cada una de ellas, su propia historia autónoma, entonces la periodización no puede sino ser un artificio del historiador.

Sin embargo, al reconocer que, tratándose de historia, “nadie puede prescindir de dividirla de algún modo”, el coordinador del

taller de la *Historia moderna de México* reconoce, con su intuición de historiador, que existe “algo” en el carácter mismo de la historia que impone “la necesidad de dividirla en épocas o etapas”. Este “algo” no es otra cosa que la totalidad dialéctica del proceso social.

Detrás de cada periodización, se oculta en efecto una concepción teórica más o menos elaborada y la de Cosío Villegas descubre los pilares sobre los cuales descansa toda su vasta construcción histórica. *Para él, los actos de los gobernantes políticos son el motor y la causa última del devenir histórico.*

Más adelante, la idea de que los gobernantes determinan la historia se hace más explícita aún: “Si algún interés verdadero tiene fijar los límites inicial y terminal de una época histórica es obligar a observar sus hechos y hombres desde su nacimiento hasta su desaparición” (Cosío, 1955, p. 14).

¿Pero de qué hombres se trata? No de la nación en general o de una clase particular, puesto que un grupo social es un flujo en el cual coinciden siempre varias generaciones. Cosío Villegas hace la aclaración:

[En la República restaurada] *se mueven las grandes figuras del liberalismo que sobreviven a las guerras de Reforma e Intervención.* El grupo de Paso del Norte, desde luego: Juárez, Lerdo, Iglesias, Ignacio Mejía, Blas Balcárcel y cientos de figuras iguales o apenas inferiores. [...] La República restaurada es una época de transición, durante la cual va sucumbiendo, de prisa, trágica, desgarradoramente, el viejo grupo reformista, y de un modo paralelo y simultáneo, surge el nuevo equipo humano que detentaría el poder en el porfiriato (1955, p. 16-18)

Se trata, por lo tanto, de un grupo de gobernantes. ¡Los límites de un periodo de la historia de México quedan fijados por el hecho de que algunos cientos de políticos, que encabezaron las luchas de Reforma, dejan de existir! Pero el criterio para dividir las épocas que siguen no es diferente, ni mejor: “La época que va de 1877 a 1911 se llama *El Porfiriato* porque la figura de Porfirio Díaz la domina” (Cosío, 1973, p. 124) y

[lo contemporáneo] es lo que nos toca vivir a nosotros, y por muy jóvenes que sean algunos de mis lectores, habrán alcanzado a ver con sus propios ojos a unos caballeros encaramados en el gobierno y habrán escuchado con sus propios oídos que ellos se llaman a sí mismos “revolucionarios” y aunque otros les dicen de igual modo. Nuestra historia contemporánea es esa época a la cual suele llamarse la Revolución mexicana. (Cosío, 1973, p. 11)

Esto contradice la opinión que el mismo Cosío Villegas sostuvo sobre el destino de la Revolución mexicana en otras ocasiones. En 1947, afirmaba que “las metas de la Revolución mexicana se han agotado, al grado de que el término mismo de la revolución carece ya de sentido” (1947), y en 1961, en forma más incisiva aún, escribía: “Creo sinceramente que el pueblo mexicano sabe hace mucho tiempo que la Revolución mexicana ha muerto” (1961, p. 23).

El malestar que produce en Cosío Villegas la contradicción flagrante entre el diagnóstico del proceso social y lo que los gobernantes piensan de sí mismos se expresa en la introducción a la *Historia moderna*, por medio de ese “suele llamarse”.

Pero en 1973, el titubeo ha desaparecido y la historia contemporánea de México hasta 1972, recibe sin ambages el título honorífico de Revolución mexicana (Cosío, 1973, p. 157).

Esta es, quizás, la concepción más antigua de la historia. “En el Egipto faraónico o en la China de las dinastías imperiales, era la sucesión de dinastías la que dividía la historia, marcaba el tiempo, fechaba los años” (Chesneaux, 1976, p. 23).

Desde hace cinco siglos, en México la historia se ha presentado como hechura de reyes y virreyes primero, de presidentes, generales y caudillos después. Sus hechos y deshechos, sus cualidades y defectos, sus decisiones y caprichos, sus aciertos y errores determinan y dominan la historia toda.

A ese tipo de obras se refería Mariátegui cuando escribía:

En cada episodio, en cada acto, las miradas buscan al protagonista. No se esfuerzan por percibir los intereses o las pasiones que el personaje representa. Mediocres caciques, ramplones gerentes de la política criolla son tomados como forjadores y animadores de una realidad de la cual han sido modestos y opacos instrumentos. (Maríategui, 1970, p. 58)

La historia de Cosío Villegas es una versión moderna extraordinariamente consecuente de ese género. Reconoce que “la visión política de la historia es siempre parcial y suele ser deforme [...] y que la completa y corrige el relato de la vida económica y social” (Cosío, 1961, p. 20). Gracias a ese “complemento y corrección”, la *Historia moderna* que dirigió incluye tomos importantísimos sobre “la vida social” y “la vida económica”. Pero, también aquí, se vuelve a manifestar su manía de los caudillos y dirigentes:

Pues bien, ¿qué hacía el pueblo mexicano, toda la nación, durante los cuatro años que no había elecciones presidenciales en la República restaurada? ¿Y qué hizo durante los veinte años continuos del porfiriato en que no se habló de hacerlas? Cien, doscientas, quinientas o cinco mil personas hicieron de la política una profesión, que ejercían si se apetece, las veinticuatro horas del día; pero ¿y los otros nueve o catorce millones de mexicanos? Estos hacían su propia vida, ajena y distante de la política y, al parecer, una vida tan tranquila, tan uniforme, que parecería la de hoy idéntica a la de ayer e igual a la del siguiente día. Una vez, sin embargo, surge un empresario resuelto a construir un ferrocarril.

Después Cosío Villegas describe ampliamente cómo esa iniciativa altera la vida de los arrieros que transportan los rieles, los agricultores que cortan madera para los durmientes y los propietarios de las tierras aledañas a la vía férrea para concluir:

Cambia así la condición económica y social del dueño (de las tierras) y del trabajador, de quien vende la semilla, de quien compra la cose-

cha, de quien la transporta y quien la consume. [...] Así, aquella vida que parecía idéntica cambia, y a veces prodigiosamente: mueren pueblos y brotan ciudades; se abandona la mina, se ensaya la industria y la agricultura no es la misma de antes. (Cosío, 1961, p. 22)

Es evidente que el autor reproduce a nivel de la economía y la sociedad la misma estructura que priva en la política. También aquí, el cambio es prohijado por algunos gobernantes (esta vez económicos: los empresarios) mientras que “nueve o catorce millones de mexicanos” siguen sumidos en la abulia cotidiana, de la cual solo puede sacarlos el acto de voluntad empresarial.

Sea como fuere, la “complementaria” vida social y económica corrigió poco la periodización de Cosío Villegas: “República Restaurada” es la época en la cual desaparece la generación de los grandes dirigentes liberales; los años de 1876-1910 se llaman “el Porfiriato”, porque están “dominados” por Porfirio Díaz, y “la Revolución mexicana” (o época contemporánea) se caracteriza porque unos “caballeros”, que se llaman a sí mismos revolucionarios, se encuentran “encaramados en el gobierno”. Respecto a Porfirio Díaz, nos parece más certero el juicio de Mariátegui: “Porfirio Díaz, fue en el poder un instrumento, un apoderado y un prisionero de la plutocracia mexicana” (Mariátegui, 1970, p. 39), que su elevación al rango de hacedor solitario y recurrente de los grandes cambios que conoció México en ese periodo. En realidad, en toda la periodización de Cosío Villegas, la evolución de la sociedad está subordinada al surgimiento, al dominio y la desaparición de los grupos gobernantes, de las dinastías políticas. La derrota de la Iglesia como corporación económico-religiosa y la intervención francesa no determinan el contenido del periodo 1867-1876; la avalancha de inversiones extranjeras y el desarrollo del capitalismo nacional con sus correspondientes clases no constituyen la esencia del periodo 1876-1910, y la Revolución mexicana vivirá mientras los grupos gobernantes sigan considerándose revolucionarios.

Como puede verse, la concepción histórica es totalmente consecuente con la visión política de la trilogía sobre el “estilo de gobernar

en México”, en la cual los mecanismos de poder aparecen autosuficientes, ajenos a toda contaminación producida por la lucha de clases, las crisis económicas o los cambios en las estructuras sociales, y los cortes históricos más significativos son los periodos sexenales de los diferentes presidentes.

Este enfoque es muy popular, en primer lugar, naturalmente, en los medios gobernantes; pero también en el seno de ciertos círculos de la pequeña burguesía que participa del bloque en el poder y, por lo tanto, comparte la ilusión de que el destino de México se hace y deshace en Los Pinos y en las secretarías de gobierno y que el pueblo no es sino la materia bruta en la cual el gobernante, sabio o no, modela la historia de la nación.

Una concepción que explica la historia por la iniciativa de gobernantes, caudillos y empresarios y que no intenta siquiera resolver el problema de la relación entre la actuación de las personalidades y las tendencias objetivas de la historia, socava cualquier posibilidad de periodización general y unitaria. La historia, entonces, se llena de casualidades, misterios y traiciones, cuyo origen se pierde en los designios insondables de los héroes o las élites y se vacía de tendencias definibles y leyes comprensibles para el resto de los mortales.

Bibliografía

Bartra, Roger. (1975). Sobre la articulación de modos de producción en América Latina. En *Historia y Sociedad*. México: Segunda época.

Bloch, Marc. (1971). *Apología de la historia*. La Habana: Instituto Cubano del Libro.

Chesneaux, Jean. (1976). *Du passé faisons table rase?*. París: Maspero.

Cosío, Villegas Daniel. (1947). La crisis de México. *Cuadernos Americanos*, año VI.

Cosío, Villegas Daniel. (1955). *Historia moderna de México: la república restaurada. La vida política*. México-Buenos Aires: Hermes.

Cosío, Villegas Daniel. (1961). Change in Latin America. En *The Mexican and the Cuban Revolutions*. Lincoln: University of Nebraska.

Cosío, Villegas Daniel. (1973). *Historía mínima de México*. México: El Colegio de México.

Engelberg, Ernst. (1972). *Probleme der marxistischen Geschichtswissenschaft "Beiträge zu ihrer Theorie und Methode"*. Colonia: PAHL-Rugenstein.

Kon, Igor Semenovich. (1964). *Die Geschichtsphilosophie des 20 Jahrhunderts. Vol. II*. Berlín.

Mariátegui, José Carlos. (1964). *El alma matinal*. Lima: Amauta.

Mariátegui, José Carlos. (1970). *Peruanicemos*. Lima: Amauta.

Mariátegui, José Carlos. (1970). *Temas de nuestra América*. Lima: Amauta.

Marx, Karl. (1976). *El Capital. T. I*. México: Fondo de Cultura Económica.

Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1966). *Werke. T. XIII*. Berlín: Dietz Verlag.

Mehring, Franz. (1976). *Sobre el materialismo histórico*. México: Pasado y Presente.

Mészáros, István. (1971). Contingent and Necessary Class Consciousness. En *Aspects of History and Class Consciousness*. Londres.

Vilar, Pierre. (s. f.). *Marxismo e historia*. Buenos Aires: Antros.

El ciclo de las revoluciones mexicanas*

Modernizaciones pasivas

Las revoluciones no están de moda, sin embargo, celebramos sus aniversarios profusamente. Muchas efemérides y anécdotas históricas y pocas reflexiones sobre *La Revolución* como objeto válido de conocimiento. Estas tupidas conmemoraciones sirvieron para dispersar al viento los significados de las revoluciones de Independencia y de 1910.

Pero hoy no hablaremos de las revoluciones, sino de los periodos que los antecedieron y en los cuales predominó otra forma de cambio que podemos llamar, parafraseando a Gramsci (Morton, 2010, pp. 322-323) de “revolución pasiva” o más acorde con un país dependiente como el nuestro de *modernización desde arriba* o *modernización pasiva*. Esta forma de cambio social y económico se refiere al intento en que un hombre fuerte —dictador o rey—, los círculos políticos dominantes y sectores de la clase hegemónica pretenden introducir en un país atrasado las reformas necesarias para ponerlo al nivel de los

* Enrique Semo, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y revolución*, México, UNAM, 2016.

países desarrollados, sin consultar al pueblo, obligándolo a cargar con todos los costos de las reformas, recurriendo en todos los casos necesarios a la represión.

Quizá el mejor ejemplo de revolución pasiva sea la de Otto von Bismarck (1815-1904), genial político que llevó a la Alemania atrasada a transformarse en un gran imperio cuya Constitución se firmó en el París ocupado y en una gran potencia industrial que rápidamente disputó la hegemonía mundial a Inglaterra a principios del siglo XX.

Mi hipótesis es que hay en la historia de México tres periodos que corresponden como gotas de agua a *modernizaciones pasivas desde arriba*. La primera, en los años 1780-1810, la segunda un siglo después en los años de 1880-1910 y la tercera en el periodo aciago de 1982 a 2012.

Este es un ensayo de historia comparada y de prognosis. Se comparan los tres periodos de *modernización pasiva* buscando similitudes y diferencias, para luego intentar algunas prognosis sobre el futuro inmediato de México. Sabemos que la historia no se repite. Pero creemos que cada sociedad tiene sus regularidades. Es decir, que el primer impulso de los hombres ante una crisis es fuertemente influido por el pasado, que vive aún en la visión del presente.

México se encuentra en una encrucijada que lo puede llevar a seguir la tendencia predominante hacia la izquierda en el resto de América Latina o persistir en la vía conservadora del presente. Vamos a comenzar por comparar las *modernizaciones desde arriba* de 1780-1810 y 1880-1910, o sea lo que se llamó las Reformas Borbónicas y el Porfiriato para pasar luego a lo que llamamos el periodo neoliberal en el México actual.

Desde el principio afirmamos que encontramos entre las Reformas Borbónicas, el Porfiriato y el periodo neoliberal, las siguientes coincidencias:

1. En el mundo se produce una gigantesca revolución técnica con sus consecuencias sociales y políticas epocales. Durante las últimas décadas de la Colonia, la Revolución Industrial y sus secuelas; a

finales del siglo XIX la segunda Revolución Industrial y sus resultados y a finales de siglo XX y principios del XXI el paso de la humanidad de la civilización industrial a la civilización de la informática.

2. En la Nueva España y luego en México, país atrasado, se intentan aplicar desde arriba reformas que le permitan integrarse a ese proceso.

3. Los efectos de esas reformas son muy desiguales. A la vez que benefician algunos sectores de la población perjudican brutalmente a otros. Queriendo imponer los aspectos de la modernidad que convienen a las clases dominantes impiden el desarrollo de los que benefician a los sectores populares. Para lograr sus propósitos los gobernantes recurren a la represión abierta o embozada.

4. Los intentos terminan en las tres ocasiones en grandes crisis económicas de origen exterior, que rápidamente se transforman en crisis multisectoriales internas.

5. Hay una crisis política, en la cual los grupos dominantes ya no son capaces de ejercer su dominio. Están divididos o enfrentados.

6. Surgen pequeños grupos que cuestionan estas formas de modernización. Desarrollan una nueva ideología y se proponen actuar para cambiar las vías de reforma vigentes, enarbolando las banderas de soberanía, libertad, igualdad y justicia social. El problema de ¿para quién? y ¿con quién? se hacen las reformas, se vuelve central. En estas ocasiones, la derecha no aparece como partidaria del pasado, sino de un tipo de reformas y la izquierda debe cuidarse muchísimo en no enraizarse en un pasado imaginariamente mejor, sino como protagonistas de otro tipo de cambios posibles que tienen como faro el bienestar de las mayorías. De antemano reconocemos, sin poderlas enumerar aquí, las muchas diferencias que existen entre las tres *modernizaciones desde arriba* y las condiciones mundiales en las que se producen. Son variables a tomar en cuenta.

Las reformas borbónicas

Desde fines del siglo XVIII la sociedad en Europa occidental entró tempestuosamente en la era de la modernidad. El capitalismo industrial no puede existir sin revolucionar constantemente la tecnología, los sistemas de trabajo, la ideología y la cultura. Como decía Hobsbawm (2001, p. 32), la misma revolución que se llamó industrial en Inglaterra, fue política en Francia y filosófica en Alemania. Este fenómeno afectó no solo a las metrópolis, sino también a sus colonias, solo que la modernidad que surgió fue diferente en las primeras que en las segundas.

En México la modernidad llegó impulsada por los cambios que se sucedieron con la Revolución Industrial (1770-1840), la revolución de independencia en las colonias anglosajonas (1770-1776), la Revolución francesa (1789-1799) y más tarde, con la crisis de la Corona española que se mantuvo a lo largo de los años 1808 a 1823. La Ilustración y el liberalismo se propagaron por todo el mundo. Las ideas opuestas al Antiguo Régimen se filtraron por mil caminos en el México de las primeras décadas del siglo XIX. La censura de la Iglesia no resultó tan efectiva. Muchas bibliotecas de notables contaban con obras de los ilustrados españoles y franceses.

Aun cuando no se desarrolló una cultura de la Ilustración digna del nombre en la Nueva España, sí venía marcándose la diferencia entre escolasticismo y liberalismo, entre tradicionalismo y modernidad. En los dos periodos de modernización, una generación de mexicanos descontenta con su realidad presente asumió un proyecto para el futuro que prometía mucho más de lo que las condiciones objetivas permitían realizar. Generalmente, esta utopía no es sino la imagen más o menos deformada de las circunstancias existentes en los países más desarrollados. Las clases subalternas desarrollaron utopías más vagas, pero no menos ambiciosas. Durante el siglo XVIII se han registrado doscientas rebeliones indígenas y de negros, muchas de ellas inspiradas en un milenarismo antiespañol o en exigencias de mayores libertades y mejores condiciones para sus comunidades.

Se trata, por lo tanto, de un siglo en que los conflictos sociales, comunitarios y culturales, se suceden con una frecuencia mayor que en los siglos anteriores de la Colonia.

El Imperio español, que se atrasaba cada vez más respecto a las otras potencias europeas, hizo un extemporáneo y efímero esfuerzo de modernización, que se conoce con el nombre de Reformas Borbónicas. Por primera vez en la historia de lo que sería más tarde México, entra en escena la *modernización desde arriba*. El desarrollo de la Colonia no era el objetivo, sino un medio para acrecentar la prosperidad y el poderío de la metrópoli, pero tuvo efectos colaterales no previstos: impulsar el desarrollo de las relaciones capitalistas y hacer más opresivas las relaciones de dominio, dentro de la sociedad novohispana y entre la metrópoli y su Colonia. (Knight, 2001, p. 5)

Carlos III de España impulsó un conjunto de reformas en las colonias que debían centralizar el control en manos de una burocracia peninsular, aumentar considerablemente las transferencias a la metrópoli y desarrollar su condición de mercados cautivos para los productos españoles. Se introdujeron las intendencias que dividían a la Nueva España en doce regiones. Los intendentes eran directamente responsables ante la Corona. Se redujeron los privilegios con que contaba la Iglesia, la corporación feudal más poderosa de la Colonia. Se prohibió la intervención de las órdenes en la redacción de testamentos, se expulsó a los jesuitas, orden especialmente beligerante, y al final, se enajenaron buena parte de los bienes eclesiásticos.

En lo que respecta a las finanzas públicas, se creó el monopolio del tabaco y se fundó una red de fábricas de puros y cigarros, que se transformaron en una importante fuente de ingresos para la Corona. Para impedir la expansión del comercio y los servicios ingleses y franceses dentro del Imperio, se reformó el régimen de comercio. Se abrieron nuevos puertos americanos al comercio con España para reducir el poder de los comerciantes de Cádiz y el consulado de la ciudad de México.

Se crearon nuevos consulados en Guadalajara y Veracruz y se abrió el comercio intercolonial entre la Nueva España y los

virreinos de Nueva Granada y Perú, además se permitió y alentó la construcción de barcos en América. En resumen, en treinta años se rompieron las bases del monopolio que durante dos siglos había estrangulado al comercio, liberalizando a este estrictamente dentro de los marcos del Imperio. Se tomaron medidas para estimular la minería. Al mismo tiempo, se prohibieron actividades que competían con las exportaciones españolas, tales como los obrajes, las fábricas de loza y de cueros. Se estimuló la producción de materias primas agrícolas y se prohibió el cultivo de la viña, la aceituna y la seda.

Sobre esa *modernización desde arriba* ha dicho Brading (1977) que fue una segunda conquista de América y un aumento del poder de los ricos sobre los pobres. Las Reformas Borbónicas despertaron una oposición que acabó por convocar la revolución desde abajo. Se registró una caída de los salarios reales, los obrajes quebraron como efecto de la competencia de los productos industriales europeos, hubo crecientes dificultades de acceso a los alimentos básicos, impuestos mayores y exacciones de emergencia que redundaban en transferencias muy elevadas hacia la metrópoli. Los problemas de tierra en las comunidades se volvieron agudos, principalmente en las zonas que conocían los efectos del crecimiento demográfico o expansión de las haciendas.

El mayor zarpazo económico de la imperial España contra la economía de su Colonia fue una serie de medidas para transferir importantes fondos a sus cuentas, exhaustas por las repetidas guerras con Inglaterra y Francia. Como dice Enrique Cárdenas, a raíz de las Reformas Borbónicas, la recaudación fiscal aumentó más que la producción. De un promedio anual de 6,5 millones de pesos en 1700-1769, pasó a 17,7 millones en 1790-1799 y a 15,8 millones de pesos en 1800-1810 (Brading, 1977, p. 36). Esto representa un aumento de la carga fiscal, llevándola a los límites de la tolerancia social. Es importante destacar que algunos de estos impuestos eran cubiertos principalmente por las clases populares como el del consumo del pulque y el tributo impuesto a las comunidades indígenas. Como los impuestos no eran suficientes para cubrir los crecientes déficits de la metrópoli, se recurrió a los préstamos y donativos de la Iglesia,

de mineros y comerciantes, incluso a las Cajas de las repúblicas de indios. Se calcula que, en los últimos veinte años de poder español, la Nueva España remitió a la metrópoli alrededor de 250, o como calculan otros historiadores, 280 millones de pesos, lo que equivale a más del ingreso nacional en un año (Brading, 1977, p. 78).

Al final de la Colonia, en el pueblo surgen jefes o grupos dirigentes capaces de elaborar en el pensamiento y en la acción un programa alternativo al existente que unifica a amplios sectores de la población. En el periodo prerrevolucionario de la Independencia ocurrió el intento del cabildo de la ciudad de México, dirigido por Francisco Primo de Verdad, que en 1808 pidió al virrey Iturrigaray que dictara disposiciones para que la Nueva España se gobernara autónomamente mientras España estuviese ocupada por los franceses. Antes, en 1801, se había sublevado en Tepic el indio Mariano, que pretendía restablecer la monarquía indiana y nunca pudo ser capturado. El 13 de septiembre de 1809, se descubrió una conjura en Valladolid, Michoacán, dirigida por José Mariano Michelena. En 1810, había en Querétaro una conspiración en la cual participaban Allende, Aldama, Hidalgo y un grupo de peninsulares que comenzaron a elaborar planes para la convocación de un Congreso novohispano. La conspiración se extendió a San Miguel el Grande (hoy Allende), Celaya, Guanajuato y San Luis Potosí.

La modernización porfiriana

El periodo de modernización en el Porfiriato (1880-1910) obedeció también a impulsos externos poderosos. La segunda Revolución Industrial estaba en plena marcha. En el mundo, las constantes mejoras en todos los aspectos de la vida material eran tan evidentes en los países desarrollados en Europa Occidental y Estados Unidos que el futuro se revelaba como un progreso sin fin. La maquinaria moderna predominantemente impulsada por el vapor sustituyó todas las otras formas de producir, al mismo tiempo aparecieron nuevas

fuentes de energía: la electricidad y el motor de gasolina. Hacia 1890, el número de lámparas eléctricas y la producción de petróleo comenzaron a aumentar rápidamente. Alrededor de cien mil locomotoras, arrastrando sus tres millones de vagones, cruzaban el mundo industrial. Los telégrafos y, más tarde, los teléfonos se generalizaron. Junto a todo esto se multiplicaron los descubrimientos como el cinematógrafo, los automóviles y los radios, cuya producción aún no se había masificado. Los países más desarrollados entraron en una fiebre colonialista y los imperios ingleses, franceses y alemanes crecieron velozmente. En las metrópolis una acumulación vertiginosa de capital obligó a invertir en las colonias y los países dependientes. Pero el auge desembocó en una gran crisis en 1907, una mortífera guerra mundial y una cadena de revoluciones sociales que dieron la vuelta al mundo: México, Persia, China, Rusia, Hungría, Turquía y hasta Alemania. Estas revoluciones tenían diferentes contenidos sociales y sujetos políticos y muchas de ellas se produjeron en países emergentes importantes. Deben por lo tanto ser consideradas como parte integrante de una ola revolucionaria en la cual actuaron influencias recíprocas (Bonchio, 1966).

A finales del siglo XIX, el Estado mexicano y la oligarquía de los grandes terratenientes y empresarios se habían consolidado. Tenían aparentemente las posiciones de mando. Pero Díaz se alió muy pronto con los capitalistas europeos y estadounidenses ofreciéndoles condiciones inmejorables para atraer capitales que lo ayudarían a modernizar el país y pacificarlo. Un río de capitales extranjeros, a los cuales se les dieron toda clase de alicientes y privilegios, fluyó en el país. Para 1910 se habían ya invertido 2.700 millones de dólares, el 70 % de las inversiones en el país. Se construyó una red ferroviaria que integró el mercado interno y estrechó los lazos de México con el mundo externo, principalmente Estados Unidos. Renació la minería de la plata. La producción del cobre y el petróleo se convirtieron por primera vez en exportaciones importantes. Lo mismo sucedió con el café, el henequén y el ganado, que fluía hacia Estados Unidos. La producción para el mercado interno creció en el rubro de los textiles y

se inició en los del papel, hierro y acero. Los migrantes del centro del país se establecieron en los pueblos mineros, en las haciendas y en las ciudades en crecimiento del norte. Miles de mexicanos iban a trabajar al país vecino. Todo eso jugó un papel económico similar al que había entre la Colonia y la metrópoli en el siglo XVIII en lo que respecta la orientación del crecimiento. Los índices de la economía muestran crecimientos importantes (Haber, 1992, pp. 27-42). El desarrollo del país se configuró de acuerdo a intereses externos. Esto era sobre todo evidente en la agricultura. Lo perverso del importante desarrollo de fines del siglo XIX, es que poco benefició a las clases trabajadoras del campo y la ciudad y aumentó considerablemente los desequilibrios y las fricciones sociales. Una vez más, las reformas introducidas durante el Porfiriato fueron en el sentido más puro, una *modernización desde arriba*. El pequeño grupo de empresarios y políticos que tenían el control del país no buscó en ningún momento un pacto social que distribuyera los beneficios aportados por el cambio a todos los sectores de la población. Tampoco se esforzó en frenar la lógica y la secuencia de los cambios que eran determinados por el capital extranjero cuyas prioridades son naturalmente fijadas por sus propios intereses y no los del país receptor (Ceceña, 1970, pp. 49-71).

Como en todo el mundo, el liberalismo en México se batió en retirada. Para los ideólogos del Porfiriato la libertad consistía solamente en actuar de acuerdo con las leyes económicas. La Unión Liberal formada en 1892 por Los Científicos consideró que había llegado el momento de conceder mayores libertades, pero no electorales y de representación, sino las libertades del comercio, las económicas y de enriquecimiento. Al final de cuentas, “orden político y libertad económica” fue el lema de una versión conservadora del liberalismo. Para librar a la clase obrera de la opresión del capital —decían Los Científicos en su órgano *Revista Positiva*— no hay que recurrir a un mejor reparto de la riqueza, sino a un mejor empleo de los capitales. Los ricos deben aprender cuáles son sus deberes, elevar su nivel moral. Siendo social en su origen, la riqueza ha de ser empleada con “digna independencia”, al servicio de la familia, de la patria y de la humanidad (Alba, 1960, p. 85).

Bajo el Porfiriato, el periodo de modernización fue más corto, pero más intenso. Apareció una incipiente clase obrera, pero la prohibición general de huelgas y de asociación, así como las condiciones extremadamente adversas de trabajo, produjeron al final de cuentas las primeras grandes huelgas duramente reprimidas. En la clase media también se multiplicaron las tensiones pese a su crecimiento. Debido a la industrialización disminuyó el número de artesanos independientes y la red ferroviaria redujo la importancia de los arrieros. Comenzó a surgir una intelectualidad crítica o incluso disidente. A finales del Porfiriato este fue un sector de la población que acabó transformándose en una oposición al régimen. En los sectores de la clase más alta, el predominio del capital extranjero en todas las ramas dinámicas, fuera de la agricultura, dificultaba el desarrollo de una burguesía mexicana independiente y fuerte. El nacionalismo comenzó a expresarse como resistencia al excesivo dominio del capital extranjero. Pero fue la modernización de la agricultura la que produjo las mayores tensiones. Debido al bajo costo de la mano de obra y la ausencia de crédito barato, muchas haciendas no pudieron introducir la maquinaria agrícola de la época. La creciente concentración de la propiedad de la tierra afectó negativamente a los pueblos libres y pequeños propietarios. Muchos de ellos tuvieron que abandonar sus tierras. Los peones de las haciendas vieron sus condiciones humanas degradarse. Las compañías deslindadoras vinieron a agravar los procesos de expropiación después de las Leyes de Colonización de 1883 y 1894.

El crecimiento, pero también las tensiones, se fueron acumulando a lo largo de una generación completa y estallaron a raíz de una crisis económica como la de 1804-1810 en la Colonia y la de 1907-1910 en el Porfiriato.

Para la época del Porfiriato citaremos los efectos de la crisis de 1907 que se inició en Estados Unidos y tuvo efectos graves para México. Como en la realidad no fue sino una de las crisis que se produjeron entre 1907 y 1910, nos puede dar una idea de la acumulación de zozobras que caracterizó a este periodo. En Estados Unidos, el

primer síntoma de crisis fue un “pánico bancario”, como se decía en aquella época. Una burbuja de especulación, ligada con el cobre, se transmitió a los grandes bancos y los *trusts*, que eran en aquel tiempo la novedad. La crisis financiera se comunicó rápidamente al resto de la economía.

Los efectos del pánico financiero en el país vecino comenzaron a sentirse en México, causando una recesión en los años de 1907 y 1908. En su informe ante el Congreso del 1 de abril de 1908, el presidente Díaz afirmaba:

Como efecto de la grave crisis financiera que tan hondamente agitó a los Estados Unidos, millares de braceros mexicanos que lentamente se habían ido aglomerando al Norte de la línea fronteriza, especialmente en California y Arizona, se vieron repentinamente privados de sus medios de subsistencia. [...] La baja de los precios de la plata y del cobre en el mercado motivó la suspensión de trabajo en varias de nuestras minas de estos metales. (González y González, 1966, p. 786)

En síntesis: caída de los precios del cobre, la plata, el henequén y otros productos de exportación; reducción de la oferta de trabajo para mexicanos en la construcción de ferrocarriles y la industria norteamericana; el déficit presupuestal a nivel federal y estados de la República; el cierre de minas importantes; la crisis en las fincas henequeneras y en el sistema de bancos de crédito y emisión recién creados.

También se produce una crisis política en los grupos dominantes y en el Estado, las pugnas entre los *científicos* y círculos afines por un lado y otros sectores de la clase dominante (los Madero y los de Reyes, por ejemplo) menos favorecidos, se agudizan y el Estado se ve cuestionado por la oposición en el último intento de reelección de Porfirio Díaz (Knight, 1986, p. 75) y su renuncia ante las primeras muestras de fuerza de la oposición revolucionaria armada.

En México, las dos revoluciones fueron precedidas por un periodo en que los círculos dominantes, embriagados por los éxitos de la modernización desde arriba, dejan de cumplir con el principio establecido en su tiempo por José María Luis Mora: cada gobierno debe

“representar a toda la sociedad, a la vez que se defienden los intereses de una parte de ella”. En un país eminentemente rural, los campesinos sienten amenazadas sus comunidades, no solo por la expropiación de tierras, sino por el ataque a su tejido social, cosa que sucedió antes de la revolución de Independencia y de la Revolución mexicana. Los conflictos locales o parciales se multiplican hasta que surge una nueva identidad rebelde de más vastas proporciones. Sabemos que esto es cierto para la primera década de los dos nuevos siglos (1810 y 1910).

En 1903 se publicó el Manifiesto del Club Liberal Ponciano Arriaga contra la dictadura de Porfirio Díaz. Un año después, los hermanos Flores Magón se exiliaron en Estados Unidos para seguir publicando el periódico anarquista *Regeneración*. En 1906, estallaron varias huelgas mineras bajo influencia anarquista y se formó el Partido Liberal Mexicano con un grupo intelectual que elaboró una plataforma teórica y organizó insurrecciones antiporfirianas. En 1908, Francisco Madero publica su libro *La sucesión presidencial* (Knight, 1986, p. 57). Un año después se fundó el Partido Antirreeleccionista de México, cuyo lema es “Sufragio efectivo. No reelección” y que inicia su campaña lanzando como candidato a la Presidencia al mismo Francisco Madero (Hamnett, 1999).

El neoliberalismo

Hablemos ahora del mundo y del México actual. Primero del periodo 1982-2012 para compararlo con los dos periodos anteriores y construir algunas hipótesis sobre el futuro inmediato. Como en el pasado, México sigue siendo un país dependiente en el cual los grandes impulsos del cambio no parten de su realidad interna, sino que se encuentran subordinados a movimientos cuyo epicentro son los países desarrollados.

El mundo está viviendo cambios epocales. Por una parte, la consolidación, enteramente dentro del escenario capitalista, de una nueva revolución tecnológica que ha abierto el paso de la civilización industrial a la civilización informática. Por otra, los intentos de

construir sociedades distintas poscapitalistas, que aseguraran el desarrollo de las capacidades humanas desde un orden equitativo, justo y fraternal, como se manifestaron en la URSS, China, y los países que siguieron su ejemplo, no tuvieron éxito.¹ Tampoco lo tuvo el Estado de bienestar que está siendo desmantelado ante nuestros ojos. Probablemente los primeros ensayos de construir sociedades socialistas o sociedades socialdemócratas en el siglo XX, fueron prematuros, o se dieron en escenarios inadecuados. También acabaron en la derrota varios movimientos revolucionarios en el tercer mundo. Una historia muy parecida tuvo el capitalismo en sus primeros tiempos, ensayos como los de Venecia, Cataluña o España en los siglos XV y XVI, acabaron en el fracaso para iniciarse más tarde en otros contextos, hasta triunfar. A diferencia de los dos casos anteriores, estamos ante la derrota y el desplome de las revoluciones en la mayor parte del mundo y la hegemonía, hasta ahora indisputada, del capital financiero. Esta hegemonía ha penetrado en los rincones más recónditos como son la familia y la mente de los individuos.

Ha cambiado la relación entre las empresas transnacionales y los Estados nacionales. Las redes en las firmas y sus relaciones externas han hecho posible un considerable aumento del poder del capital *vis-a-vis* el trabajo con el descenso concomitante de la influencia de los sindicatos y otras organizaciones obreras. Se ha incorporado masivamente a las mujeres en la fuerza laboral, en condiciones discriminatorias. Han surgido nuevos centros de desarrollo capitalista como los BRICS, mientras los veteranos se encuentran sumidos en una profunda crisis. Simultáneamente, actividades criminales y mafias que se han transformado en redes globales, proveyendo los medios para el tráfico de drogas, junto con cualquier forma de comercio ilegal demandado por nuestras sociedades, desde armas sofisticadas hasta carne humana. El “pensamiento único” o Consenso de Washington, expresión ideológica de la nueva hegemonía que domina el mundo, es absolutamente opuesto al Renacimiento y la Ilustración de los siglos XVI-XVIII.

¹ El proceso ha sido magistralmente descrito por Manuel Castells (1998).

Como en las dos ocasiones anteriores, el periodo de auge termina en el mundo con una crisis aguda desde los años 2008-2009, cuyo desarrollo futuro nadie puede prever (Global Research, 2012). No se han superado los riesgos de la especulación. Lo único que se ha hecho es obligar a los Estados —que supuestamente no debían intervenir en la economía— a asumir sus pérdidas. No importa qué digan los políticos sobre la necesidad de frenar el déficit, deudas de la magnitud de las que se han incurrido no pueden ser pagadas. Mientras —como declaró recientemente Juan Somavia, director general de la Organización Internacional de Trabajo— el desempleo ha llegado a un nivel histórico de 200 millones de personas en el mundo y la economía en esta nueva desaceleración solo está generando la mitad de puestos de trabajo demandados por la dinámica demográfica. Es claro que lo que al principio se llamó crisis financiera se ha convertido en crisis del sistema productivo y que estamos ante una depresión comparable solo con la de 1929-1939.

Sin embargo, existe una diferencia fundamental con los efectos de las crisis anteriores. No existen revoluciones comparables al siglo XVIII que fue bautizado como la era de las revoluciones, ni las del principio del siglo XX que dieron la vuelta al mundo y cambiaron radicalmente su faz por un siglo. Actualmente, en algunos países como los del Cercano Oriente, Grecia, Chile y Estados Unidos ha habido protestas importantes a las cuales hay que agregar la de los Indignados. Pero es indudable que el capital financiero internacional, objeto de un proceso violento de concentración y centralización, es la fuerza hegemónica que es una relación de poder más sutil y completa que el dominio. Ya no hay bloques en pugna, sino un dominio total del capitalismo que ha logrado monopolizar la revolución técnico-científica y crear una civilización de desigualdad y marginación de millones de gente. Las luchas en México no pueden ignorar ni marginarse de esa situación.

En México, a partir de 1982 el modelo de sustitución de importaciones fue remplazado por una apertura comercial y financiera irreflexiva, total y extraordinariamente corrupta. Se firmó el Tratado

de Libre Comercio de América del Norte [TLCAN] y se abrieron las puertas irrestrictamente a la inversión extranjera. Hubo un proceso de desindustrialización y expansión de la maquila. Se privatizó la banca y se dio fin a la reforma agraria, abriendo la puerta a la privatización de los ejidos. La economía informal adquirió un carácter estructural, probando que la demanda decreciente de trabajo en la producción se ha transformado en un excedente crónico alucinante de trabajadores: el 50 % de la fuerza de trabajo está en la economía informal. Como en los dos casos anteriores, las Reformas Borbónicas y el Porfiriato, ha habido una concentración aguda del ingreso y una reducción del nivel de vida en muchos sectores populares. El único éxito importante ha sido hasta ahora convertir a México en un importante exportador de productos industriales que se ha confundido con la incorporación al proceso de globalización. Estos pasaron de representar el 28 % de las exportaciones en 1994, al 48 % en el año de 2002. El éxito de México como exportador de manufacturas se refleja en términos de valor corriente. En 1980 estas eran de 1.868 millones de dólares y en 1990, de 11.567 millones de dólares. Sin embargo, hay que decir que las maquiladoras que explican este aumento son principalmente extranjeras, sobre todo norteamericanas y su integración con la industria nacional es muy baja. Al mismo tiempo, ha aparecido una nueva clase media ocupada en los servicios, muy modesta, pero sostenida artificialmente por el crédito al consumo (Ávila, 2006, pp. 136-168).

Desde 1982 la economía y la sociedad han conocido cambios profundos a partir de un golpe de Estado pacífico orquestado por una tecnocracia formada en Estados Unidos. Estos cambios se pueden resumir en las siguientes manifestaciones: 1) Sustitución del sistema mixto de la economía por un sistema basado en el libre mercado. 2) Prioridad absoluta en el equilibrio macroeconómico. 3) Desregulación del sector financiero. 4) Liberalización del comercio exterior. 5) Amplia apertura de la economía a la inversión extranjera directa. 6) Privatización casi completa del sector público. 7) Privilegios al sector privado y suspensión de los subsidios favorables a las mayorías.

8) Sistema político multipartidista. 9) Abandono de la ideología del nacionalismo revolucionario y adopción de una ideología neoliberal. 10) Reforma a la Ley del Trabajo, nulificando paulatinamente las ventajas adquiridas por los trabajadores. (Esto no ha podido implementarse hasta ahora, pero una vez más está en el programa inmediato del Poder Legislativo). 11) Sustitución de la educación pública por la educación privada. 12) Restitución paulatina de la intervención de la Iglesia en la política. 13) Se sigue el desmantelamiento de los ejidos y las comunidades sobre todo los de recursos turísticos, ecológicos, pesqueros y semiurbanos. 14) Se mantienen rigurosamente las políticas de subordinación a Estados Unidos. Pero, obviamente, estas medidas no están produciendo los efectos esperados.

Veamos el parecido con los sucesos de los otros dos fines de siglo, las Reformas Borbónicas y el Porfiriato. En todos ellos se produjeron profundos cambios económicos en los centros capitalistas del mundo. En las tres ocasiones estos fueron introducidos a México por intereses extranjeros y en condiciones de una *modernización desde arriba*. Hoy como ayer, el progreso social y económico ha sido extremadamente desigual y ha terminado en una crisis muy profunda.

Pero también hay diferencias muy importantes. En México, la reforma electoral ha abierto algunos canales a la expresión popular. En los noventa, el país comenzó a marchar en la legislación y en las prácticas por el camino de la democratización electoral. El sistema tripartito que ha surgido ha creado esperanzas. No es casualidad que, en dos ocasiones de irrupción popular en la política, esta se realizó a través de las elecciones. La tesis de la “transición democrática” se hizo cada vez más popular entre los intelectuales. Tal parecía que lo único que quedaba a discutir era el cómo, cuándo y dónde se daba cada paso en la culminación del proceso. Ahora sabemos que esta era una ilusión. En el presente se da una democracia incipiente que permite una participación mayor de sectores subalternos. Existe una política focalizada de ayuda social dirigida a los núcleos “peligrosos” y una nueva clase media construida a base de crédito que, si bien dividida, es mayoritariamente favorable a la situación actual.

Sin embargo, dos fraudes electorales, el de 1988 y el de 2006; el distanciamiento de la clase política de los grandes problemas nacionales; los constantes conflictos poselectorales locales; el crecimiento del crimen organizado y de la corrupción masiva ponen en riesgo la democracia incipiente recién conquistada. Podemos decir que las viejas formas de cambio tienen una reciedumbre mayor que el cambio negociado. La salida pactada como alternativa democrática al momento confrontacional, es posible, pero muy difícil. A partir de 2006, el ejército ha sido sacado a la calle con el objetivo explícito de la lucha contra el narcotráfico. Felipe Calderón y el jefe del Estado Mayor le han dado al fenómeno un contenido político: se construye el Estado militarizado y la corrupción adquiere una continuidad entre crimen y política, extraordinariamente disolvente. Hay parecidos peligrosos de esa política con los tiempos de la Nueva España cuando un reformador borbónico como el Marqués de Croix, se expresaba después de un violento movimiento de protesta en el Bajío que fue reprimido con el paradigma “el pueblo debe aprender a callar y obedecer” y semejanzas con las políticas porfirianas que en algún momento se expresaron en el famoso telegrama “mátalos en caliente”.

La oligarquía actual no quiere ceder y los sectores populares no tienen la fuerza para imponer la negociación. Si un cambio en la presidencia se produce por la vía electoral, la relación de fuerzas puede alterarse. Pero la alternativa solo comenzará a definirse si la victoria es con una mayoría indisputable y si esta se apoya en fuertes movimientos sociales, antes o después de las elecciones, que obliguen a las fuerzas dominantes actuales a sentarse a la mesa de la negociación.

La izquierda actual de México, como la de toda América Latina, ha abandonado las posiciones radicales del pasado. Su plataforma es la de un frente muy amplio, muy diverso en sus ideologías, que se concentra en introducir desde el gobierno una serie de cambios que restituyan muchas instituciones y posiciones populares perdidas debido a la política neoliberal de los regímenes priistas y panistas que han gobernado desde 1982. ¿Qué podrá esperarse del triunfo de una vasta alianza de este tipo? Ante todo, frenar la descomposición que

crea la corrupción y las prácticas clientelares; una nueva política agraria que asegure una mayor independencia alimentaria; la reducción paulatina de las exenciones fiscales a las grandes empresas; la creación de una política social que permita la ampliación a buen paso del mercado interno y aumente considerablemente la importancia de las industrias medianas nacionales para abastecerlo. La conversión de Pemex en un factor más activo en la promoción del desarrollo nacional en todos los aspectos ligados al petróleo y a la petroquímica y el cese de la importación de gasolina. Pugnará también en una reforma del TLCAN que propiciará la libertad migratoria que no existe. En una palabra, cambiar las políticas que benefician exclusivamente al mercado y restablecer la posibilidad de corregirlo en todos los aspectos sociales en los cuales necesita de la intervención pública.

Una izquierda tan heterogénea como la mexicana en la actualidad, no puede ir más allá de modificaciones al funcionamiento del capitalismo actual, la recuperación de conquistas sociales populares, la ampliación de la autonomía de la nación y la participación en sistemas de integración favorables a Latinoamérica y a México. Pero la alternativa al neoliberalismo mexicano tiene que enfrentarse ante el paradigma de Margaret Thatcher: *there is no alternative*. Si, amedrentado, el discurso de la izquierda mira hacia atrás, hacia la mistificación de la Revolución mexicana que utilizó el PRI durante cincuenta años, caerá inevitablemente en los lastres del siglo XX. Estigmatizar el presente a partir de los fracasos del pasado es tan nocivo como no actuar. La alternativa está solo en el futuro, no podemos guiarnos por el refrán “cualquier tiempo pasado fue mejor”. El neoliberalismo no va a ser superado por los nostálgicos del ogro filantrópico. Los tiempos mejores solo están en el futuro.

La derrota del experimento socialista en el siglo XX no significa de ninguna manera el abandono de la hipótesis socialista. La desaparición del “socialismo realmente existente” no ha resuelto las contradicciones sociales y culturales del capitalismo, que está revelando una vez más los horrores de un sistema que solo puede avanzar sembrando, en el camino, la guerra, la desocupación y la desigualdad extrema.

La práctica actual en una izquierda amplia y con objetivos que no trascienden el capitalismo no cancela la utopía de la hipótesis socialista. “Un mapamundi que no incluye la utopía no vale siquiera la pena de ser mirado”, decía Oscar Wilde. La idea del socialismo [dice Sánchez Vázquez] es casi tan vieja como la injusticia social. Estamos ante una tradición filosófica que se remonta a épocas muy anteriores Thomas Moro, Vasco de Quiroga, Thomas Müntzer, que llamaba a la construcción en el presente y en la tierra de un paraíso comunitario e igualitario en el cual cada quien recibiría de acuerdo con sus necesidades.

La hipótesis socialista

En el año 2012 no es necesario llamarse socialista o comunista para enarbolar los ideales que se cobijan bajo este nombre. En los siglos XIX y XX el socialismo fue un movimiento multitudinario que produjo corrientes muy diferentes. El pensamiento socialista se transformó en uno de las grandes componentes de la cultura moderna y contemporánea... es imposible eliminar un cuerpo de ideas, un pensamiento político, una tradición de lucha, expresiones artísticas y literarias maravillosas que han existido durante siglos y que no van a evaporarse como por arte de magia después de la derrota de un ensayo de construcción de una sociedad socialista, por más aplastante que esta haya sido... ¿Por qué debemos esperar que el socialismo triunfe al primer intento? Habrá otros, y su éxito, si bien no está asegurado, tampoco está excluido.

La lucha de ideas es tan importante como la lucha por el poder. La izquierda no puede agotarse en las batallas por un puesto de elección o de funcionario. La hipótesis socialista inmersa en el pensamiento contemporáneo, en lo específico de cada país, en el optimismo intelectual basado en su capacidad de entender y resolver problemas prácticos es un arma contra la rendición incondicional y un regreso absoluto a las costumbres capitalistas que nos exige el “pensamiento único”.

La historia de la gente trabajadora, esclava, sierva, asalariada es una historia de luchas constantes. Luchar y ser derrotado para volver a luchar y volver a ser derrotado y en el camino cambiar su suerte y la del mundo.

1810-1854-1910 ¿Fueron en verdad revoluciones?

No existe acuerdo alguno de cuántas y cuáles han sido las revoluciones mexicanas. Un aficionado a la estadística política ha contado no menos de 115 “revoluciones” exitosas en América Latina desde la consumación de la Independencia hasta la Primera Guerra Mundial, a las cuales México aportó supuestamente una generosa contribución (Lieuwen, 1961, p. 71). Aceptar esta concepción sería confundir todo golpe de Estado, insurrección o cambio político violento con una revolución. Si bien en toda revolución hay revueltas, rebeliones y motines, una revolución es mucho más que eso. A su vez puede haber siglos de violencia local, parcial y espontánea, sobre todo en una sociedad de Antiguo Régimen, que no desemboquen en una revolución.

La violencia en México durante esos ciento sesenta años (1780-1940) fue endémica. Motines en las comunidades y aldeas agrarias; tumultos contra las autoridades en las ciudades; cuartelazos militares contra gobiernos constituidos; pronunciamientos de diferentes tipos; bandolerismo en gran escala; ataques de indios bravos contra los pueblos en el Norte; sublevaciones indígenas masivas con presencia de milenarismo o demandas locales. A esto hay que sumar la violencia de Estado, las represiones de muchos de esos movimientos y las devastaciones causadas por las tropas norteamericanas y francesas en las dos guerras extranjeras, con sus corolarios microhistóricos. Una violencia social crónica plagó el siglo y medio del que hablamos. Pero solo hubo tres revoluciones que deben ser tratadas y analizadas en una forma distinta que las manifestaciones de violencia.



Algunos autores niegan el carácter revolucionario a las tres grandes conflagraciones. Para no hablar de una *Revolución de Independencia*, insisten en una guerra de Independencia.² Otros consideran ese movimiento como una guerra civil (Chaunu, 1963, pp. 403-421), o bien como una reacción conservadora de las capas dominantes criollas frente a las reformas del despotismo ilustrado y de la revolución liberal de España.³

La negación más extrema del carácter revolucionario del movimiento de 1810 es la que ha estampado José Vasconcelos:

² Véase Vasconcelos (1975); Cuevas (1967); Bravo Ugarte (1962) ha fijado las denominaciones *guerra insurgente*, para el periodo de 1810-1819, y *guerra nacional*, para el de 1821. Al periodo de la Reforma lo denomina la *guerra cívico-extranjera*.

³ Véase De Madariaga (1947) y Konetzke (1972).

La independencia de los pueblos americanos es el resultado de la desintegración del imperio español. Ninguna de las naciones de América había llegado a las condiciones de madurez que determinan la emancipación como proceso de crecimiento natural. Nuestra emancipación fue forzada por los enemigos del exterior. Ni estábamos preparados para ella, ni la deseábamos. (Vasconcelos, 1975, p. 235)

Alamán, en cambio, no se deja cegar por su conservadurismo y reconoce la participación popular que hace del movimiento de Independencia una revolución social auténtica. Concluye que la revolución de Independencia, fue obra exclusiva del bajo clero y del pueblo. Si quitáramos el primero, “No quedarían más que hombre sacados de las más despreciables clases de la sociedad” y en otro lugar dice: “No fue [la revolución de 1810] una guerra de nación a nación [...] fue sí un levantamiento del proletariado contra la propiedad y la civilización”.

El carácter revolucionario del movimiento de Reforma ha sido ignorado con más frecuencia aún, generalmente por omisión. Y en cierto sentido es comprensible por el caos y el cambio de campo de muchos actores. Es usual que se haya tratado, no como una ruptura histórica, sino como una continuidad compuesta de la sucesión de eventos planos, carentes de significado cualitativo de conjunto: *La rebelión de Ayutla, la guerra de tres años, el Imperio de Maximiliano, El triunfo de la república, etcétera*.⁴ Vasconcelos ha llegado a afirmar que el movimiento de Juan Álvarez y el de la Reforma en general no fueron sino conspiraciones promovidas por los norteamericanos (Vasconcelos, 1975, p. 359).

Otros autores que confieren expresamente un carácter revolucionario a los sucesos desde 1910 hasta 1980 se lo niegan a la Independencia y a la Reforma. Así, después de un siglo sin revoluciones,

⁴ Véase Schlarman (1973). Alba afirma que “se habla de la Reforma, cuyo desarrollo, fracasos, éxitos y procesos ocupa casi todo el lapso que va de 1842 a 1910. Para desembocar en la gran reforma general conocida con el nombre de Revolución mexicana” (1960, p. 29).

tenemos una revolución de casi un siglo.⁵ Opuesta a esas dos concepciones, la primera muy común entre los autores de los inicios de la era independiente,⁶ que veían una revolución en cada pronunciamiento y la segunda —compartida por los historiadores conservadores contemporáneos— de negarle el carácter revolucionario a las luchas de Independencia y la Reforma. Justo Sierra fue uno de los primeros que definió esos movimientos como revoluciones verdaderas, las dos únicas que conoció México en el siglo XIX y las concibió como etapas de un mismo proceso:

México no ha tenido más de dos revoluciones. [...] La primera fue la de Independencia. [...] La segunda fue la Reforma. [...] En el fondo de la historia ambas revoluciones no son sino dos manifestaciones de un mismo trabajo social: emanciparse de España fue lo primero; fue la segunda emanciparse del régimen colonial, dos etapas de una misma obra de creación en una persona nacional dueña de sí misma. (Sierra, 1950, p. 185)

Por su parte, Andrés Molina Enríquez comprendió que las diferentes etapas de la Reforma, incluyendo la lucha contra el Imperio, forman un proceso revolucionario único, cualitativamente diferente de las luchas que lo precedieron y el Porfiriato:

En efecto, aunque parecen separarse por completo, los hechos de la Reforma propiamente dicha, de los de la intervención extranjera, nosotros entendemos que estos no son, en conjunto, sino un episodio brillante y teatral, pero secundario, de los que en conjunto hicieron a aquella. En nuestra opinión, la dictadura de Comonfort fue una parte de la Reforma; la Guerra de los Tres Años fue una parte también de la Reforma; y la intervención fue, igualmente, otra parte de la Reforma. Las tres son inseparables. (Molina, 1961, p. 147)

⁵ El número de historiadores que adoptan esta posición es muy alto. Un ejemplo es Valadés (1967). En esta obra la Independencia y la Reforma no son tratadas como revoluciones, en cambio la que se inicia en 1910 termina con Díaz Ordaz en 1967.

⁶ Recuérdense los títulos de las obras de Mora, *México y sus revoluciones* (1988) y Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones de México* (1981).

Es extendido el criterio que minimiza la profundidad del fenómeno; exagera las diferencias entre los bandos y las regiones; le niega carácter social o bien ignora el elemento de ruptura y solo ve los építomes de continuidad que encierra.

Hoy día hay una tendencia a la deconstrucción de la categoría de revolución. Ni siquiera la Revolución francesa, considerada hasta hace poco como el acto fundador de los tiempos modernos se escapa de ella. Para Furet, la Revolución francesa comienza con las reformas de Turgot en 1774 y no concluye hasta 1880, año en que se reafirma el sistema republicano, en cambio todos los autores anteriores tomaban la fecha del 14 de julio de 1789 como comienzo de la Revolución. Actualmente, algunos autores identifican la Revolución con el periodo del terror y otros hablan de tres revoluciones; también está en discusión si la dictadura jacobina fue el punto culminante. Además, se discuten la participación del pueblo, los logros de la Revolución y en otras interpretaciones, se separan los aspectos económicos, sociales, institucionales, etcétera. Lo mismo está comenzando a suceder con las revoluciones mexicanas.

Toda revolución es una profunda crisis que altera la relación de fuerzas entre razas, clases o comunidades de la sociedad. Tiene una élite revolucionaria que es capaz de ejercer el poder e intenta abolir o modificar la estratificación existente frecuentemente haciendo uso de la violencia y después por medio del ejercicio del poder político. No todas las revoluciones son igualmente exitosas. Pero, incluso las derrotadas dejan detrás de sí cambios muy importantes en la cultura y la actividad política. No hay que olvidar logros de la Independencia tales como la república, la abolición del sistema racial de la Colonia, del infamante tributo y el nacimiento del principio de una conciencia nacional.

Ninguna revolución logra cumplir con su programa máximo ni realizar la utopía. Los cambios son siempre parciales y como hemos aprendido recientemente, en gran parte reversibles por la contrarrevolución.

También sobre la revolución de 1910 se dice que no abolió el sistema de propiedad existente, sino que le introdujo reformas paulatinas. Debe reconocerse que no hubo una expropiación general de los terratenientes como clase. Por eso dice Sergio Reyes Osorio: “resulta claro que la Revolución mexicana estuvo muy lejos de ser una revolución social [...] podría ser caracterizada simplemente como una revolución política” (1974, p. 12).

Pero eso no es totalmente exacto. Después de la independencia, los liberales asumieron la idea de que la propiedad privada, y solo ella podía ser la base del progreso social y, por eso, en el artículo 27 de la Constitución de 1857, se estableció:

Ninguna corporación civil o eclesiástica, cualquiera que sea su carácter, denominación u objeto, tendrá capacidad legal para adquirir en propiedad o administrar, por sí bienes raíces con la única excepción de los edificios destinados inmediata y directamente al servicio y objeto de la institución. (*Los Derechos del Pueblo Mexicano. México a través de sus constituciones* (1978), t. II, 1978, p. 320)

Pero no fue sino hasta el Porfiriato cuando se aplicaron políticas que permitieron la expropiación masiva y la privatización de las tierras comunales.

La reforma agraria respondió solo parcialmente y tratando de reducir sus impactos sociales y políticos a una insistente utopía campesina que veía en la propiedad comunitaria de la tierra y en la preservación de la comunidad como forma social, portadora, no solo de un pasado, sino también de un futuro. En el zapatismo, la restitución de las tierras comunales se debía realizar hoy y ahora por los campesinos y ningún presidente que no aplicara de inmediato la reforma agraria, podía ser reconocido. El zapatismo entregaba la tarea de la restitución y reparto agrario en manos de los campesinos armados. El Constitucionalismo en cambio, transformaba a los campesinos en *peticionarios*, ante un gobierno burgués constituido que debía decidir sobre la legitimidad de sus demandas.

En el artículo 27 de la Constitución mexicana, aprobada en Querétaro el 5 de febrero de 1917, se estipula respecto al derecho a la reforma agraria y la forma comunal de propiedad:

La nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a *la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público* [...] para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y cuidar de su conservación. Con ese objeto se dictarán las medidas necesarias para el *fraccionamiento de los latifundios*, para el desarrollo de la pequeña propiedad; *para la creación de nuevos centros de producción agrícolas con las tierras y aguas que le sean indispensables*. [...] *Los pueblos, rancherías y comunidades que carezcan de tierras y aguas o no las tengan en cantidad suficiente para la necesidad de su población, tendrán derecho a que se les dote de ellas*. [...] Los condueñazgos, rancherías, pueblos, congregaciones, tribus y demás corporaciones de población que de hecho o *por derecho guarden el estado comunal, tendrán capacidad para disfrutar en común las tierras, bosques y aguas que les pertenezcan*.

Sabemos que en la segunda etapa de la Revolución (1920-1940) se sostuvo una cruenta lucha entre los que favorecían la propiedad privada y los que veían en la propiedad comunal o ejidataria parte importante de la solución al problema agrario. No fue sino en el periodo de la presidencia de Lázaro Cárdenas, cuando el ejido y la propiedad comunal se transformaron en la práctica en una forma de propiedad agraria importante. En 1930, los ejidatarios constituían 15% de toda la población empleada en agricultura, en 1940 ascendían a 32%; además la extensión y calidad de la tierra ejidal aumentaron marcadamente. En 1930, los ejidos solo contaban con 3,4% de la tierra de labor, y 13,1% de la superficie irrigada. En 1940, estas cifras habían aumentado 47,4% y 35,39% respectivamente. Esto no debe hacernos olvidar que más de 40% de la tierra y la producción comercial continuó estando en manos de latifundistas. Aun cuando la Revolución de 1910 no hubiera logrado más que esta reforma agraria limitada, esto representa una transformación fundamental

de los sistemas de propiedad en el campo que aún subsiste a principios del siglo XXI resistiendo todos los impulsos contrarrevolucionarios que han nulificado muchos de sus propósitos iniciales.

Es más, puede decirse que las revoluciones modernas, son más o menos victoriosas, más o menos profundas, pero ninguna de ellas ha podido, por sí misma, resolver radicalmente todos los problemas planteados por la superación del Antiguo Régimen, la dependencia, y la pobreza masiva. Vistas en ese contexto, con todas sus limitaciones, las revoluciones mexicanas aparecen como un ciclo relativamente profundo y exitoso en términos latinoamericanos con todas las particularidades de nuestras sociedades.

La ideología oficial (hasta fines de la década de 1970) llevó a la mistificación, hasta el punto de incluir en la “Revolución mexicana” regímenes francamente conservadores y otorgar títulos de “revolucionarios” a los miembros enriquecidos de la burguesía dominante que jamás participaron en una revolución. Esto exige un esfuerzo teórico de definición, de precisión. La idea de revolución social debe ser claramente deslindada de las de modernización, reforma y contrarrevolución, pero no se puede combatir la mistificación negando o minimizando el carácter revolucionario de las grandes gestas nacionales. Estas se encuentran profundamente enraizadas en la conciencia del pueblo que participó en ellas sin escatimar sacrificios; sustituir el abuso ideológico del término por la negación absoluta equivale a remplazar una mistificación por otra.

¿Qué es una revolución?

Partiendo de las exigencias de la transición del Antiguo Régimen a la era moderna, la Independencia fue una revolución inconclusa. La mayoría de los cambios planteados por los revolucionarios en los años 1810-1819, necesarios para iniciar la transformación del país, tuvieron que esperar muchas décadas para convertirse en realidades y el

poder permaneció en manos de la oligarquía colonial por cerca de veinticinco años. Lo mismo podemos decir sobre la Constitución de 1857 y en general, sobre las Leyes de Reforma. Si separamos la revolución que se inició en 1910, del proceso de los años veinte y treinta, podríamos llegar respecto a ella, a la misma conclusión. Ciertamente, pero en las condiciones que privaban en México, se necesitaron las tres olas para transitar de un Antiguo Régimen colonial a una modernidad dependiente. Las revoluciones como todas las formas de cambio social, son limitadas en sus efectos. Y hay que distinguir entre resultados a corto y largo plazo; entre una vivencia que engloba a todo el pueblo durante un periodo largo y otra que solo afecta a una parte del país o a grupos limitados.

Las revoluciones sociales son fenómenos históricos, inseparables de la época y la formación socioeconómica en la cual se producen. Intentar una definición de las revoluciones “en general” sería estéril. Tratemos más bien de preguntarnos cuáles son los elementos *esenciales o mínimos* comunes a las revoluciones modernas (1810-1940) en Latinoamérica, es decir, las que sucedieron desde finales del siglo XVIII hasta la Revolución guatemalteca de 1944.

Consideramos que para que un suceso histórico adquiriera el carácter de revolución social durante ese periodo debe reunir las siguientes condiciones:

1. La revolución se inicia con una crisis aguda del sistema de poder existente. El estado pierde legitimidad y consenso; sus órganos represivos se ven rebasados; sus finanzas amenazadas. Las contradicciones en el seno de las élites gobernantes se manifiestan abiertamente ante los ojos de todos.

2. Una aceleración de las luchas sociales, una ruptura en el proceso evolutivo, la presencia de un amplio movimiento popular. La participación activa de miles de hombres y mujeres que se mantenían antes al margen de los asuntos públicos. En la lucha por el poder, la violencia se presenta en mayor o menor grado.

3. Aparición de una élite que pueda plantear el problema del poder estatal en la práctica; es decir, de la sustitución de la clase o fracción

de clase conservadora por otra más avanzada capaz de crear una nueva hegemonía alrededor de símbolos distintos de los anteriores.

4. Aparición de nuevas ideas y creencias hasta conformar elementos de una nueva ideología. La revolución no siempre moviliza a todo el país, es suficiente que sacuda el *centro vital* de la sociedad en lo político, lo social y lo cultural, como sucedió en la Revolución francesa con la ciudad de París o ciertas regiones rurales importantes en Latinoamérica. En la Independencia, el escolasticismo religioso como ideología dominante comenzó a ser sustituido por el liberalismo. En la Reforma la idea de la república soberana y laica sustituyó definitivamente la ideología monárquica y teocrática. A raíz de la Revolución mexicana se pasó del positivismo dominante bajo el Porfiriato a una ideología “de nacionalismo revolucionario” con toques socializantes y agraristas, que fue tomando forma en las décadas de 1920 y 1930.

5. En América Latina toda revolución tiene un elemento anticolonial o antimperalista, según las características específicas de la dependencia en el momento de la revolución. Así fue tanto en la etapa moderna (1810-1952) como en la contemporánea (1958-2010). Sin embargo, debemos dejar muy claro que la Revolución cubana y las que le siguieron pertenecen a un género diferente en sus objetivos, en la composición social y en las características de la época en que se produjeron.

El pueblo en las revoluciones

Como hemos señalado, la segunda característica de toda revolución es la participación intensa de amplios sectores de la población. Esto se expresa en la acción de fuerzas específicas: la campesina; la pequeño-burguesa (que frecuentemente es la dirigente) y los trabajadores urbanos y mineros (Kossok y Martkow, 1974, p. 23).

Los campesinos participaron masivamente en las luchas de los primeros ocho o nueve años de la revolución de Independencia. Su

presencia armada influyó en forma decisiva en la constitución de un bloque revolucionario. Aún cuando el movimiento de Reforma no contó con una base popular semejante, en la etapa de la lucha contra el segundo imperio su base aumentó considerablemente. Durante la mayor parte del tiempo de la Revolución de 1910, los campesinos armados se transformaron en factores decisivos en los ejércitos revolucionarios.

La capital mexicana jugó casi siempre el papel de baluarte de la reacción, sin perder su importancia como centro simbólico, sede del poder federal. Por eso, en las tres revoluciones la participación de los sectores populares de las ciudades fue modesta. Tanto la revolución de Independencia, como la de Reforma y la de 1910 tuvieron por escenarios la provincia y el medio rural. En la Revolución de 1910 apareció, por primera vez, la clase obrera con fisonomía propia, separada de las demás clases. Sin embargo, su ubicación es también en gran medida rural o, en todo caso, provincial, como en la minería y en muchas industrias. No es de más insistir en las diferencias regionales en las revoluciones mexicanas, en la importancia de las demandas locales y de los estilos de las formaciones militares en cada lugar.

En las revoluciones mexicanas, la población rural ha ocupado un lugar más destacado que los sectores populares de las ciudades. Podemos decir que la clase subalterna más política fue precisamente la campesina. La pequeña burguesía jugó un papel muy importante en las tres revoluciones. Frecuentemente se adjudicó las tareas que una burguesía aristocratizante no podía ejecutar. Luchó siempre por colocarse a la cabeza de las revoluciones y frecuentemente lo logró.

La participación del pueblo en la revolución de Independencia impulsó la conformación de la nación mexicana más que un siglo de régimen colonial. Hombres y mujeres de varias partes del país y diversas etnias, movidos por intereses y símbolos ideológicos diferentes, combatieron juntos (Alperóvich, 1967). Se puede hablar de una experiencia común revolucionaria. A raíz de esto se produjeron cambios profundos en la psicología y en la cultura popular que

debilitaron el sistema de castas.⁷ Aún cuando después de la revolución persistieron formas de discriminación, se consolidó una nueva relación, que permitió el acceso a posiciones directivas de sectores de las clases medias e incluso de indios y mestizos de origen popular.

Durante el periodo revolucionario de 1810-1819, la irrupción del campesinado en la lucha permitió la difusión de un catálogo de demandas de las comunidades, que incluye importantes planteamientos agrarios. Junto a los liberales más radicales las fuerzas campesinas y populares de la Independencia fueron derrotadas, pero su experiencia revolucionaria fundamentó de una conciencia nacional popular, y revivió en todos los auténticos movimientos campesinos y nacionalistas —bastante frecuentes— en el resto del siglo XIX.

La pequeña burguesía de provincia participó en masa en las luchas de Reforma. De sus filas salieron miles de agitadores y periodistas, militares y políticos revolucionarios. En cambio, los liberales no contaron con el apoyo de un verdadero movimiento campesino. Durante más de tres décadas, los campesinos continuaron sus revueltas y rebeliones por motivos propios, aprovechando las divisiones entre los círculos gobernantes, es decir entre Iglesia y conservadores por un lado y liberales de diferente signo por el otro. Las nefastas consecuencias de la guerra con Estados Unidos habían minado la posición de los conservadores y la Iglesia. Su apoyo a la intervención francesa y al Imperio culminó su desprestigio nacional. Además, la Iglesia era uno de los principales terratenientes del país, una corporación que imponía su peso sobre los hombros de los campesinos a través de múltiples exacciones y su aliado era el ejército pretoriano. Así las mayorías se fueron inclinando hacia el partido de Juárez tanto por motivos nacionales como por razones sociales. Pero los liberales temían una repetición de las guerrillas campesinas de la independencia casi tanto como los conservadores. Su programa agrario

⁷ Morelos fue particularmente activo en la lucha contra los prejuicios raciales que amenazaban dividir sus abigarradas tropas. Proscribió el uso de términos como *criollo* o *mestizo* e insistía en que los americanos no podrían triunfar mientras estuvieran divididos.

—y no es verdad que carecieran de uno— excluía la propiedad comunal. Querían que el capitalismo penetrara en la agricultura a través de los pequeños propietarios sin que los terratenientes se vieran afectados. Las pequeñas propiedades campesinas —símbolos de iniciativa privada e individualismo— debían surgir a costa de la privatización de las tierras de las comunidades y del reparto de los excedentes no trabajados de las haciendas.

Los diputados como José María Castilla Velasco, Ponciano Arriaga e Isidro Olvera, que en el Congreso Constituyente de 1856 levantaron su voz para exigir la limitación de los latifundios, no fueron oídos, porque el grupo de Juárez necesitaba el apoyo de la oligarquía de hacendados y empresarios laicos en su lucha contra la Iglesia como institución económica, política e ideológica. Cuando el gobierno liberal de Juárez intentó aplicar las leyes de privatización a las parcelas comunales, los campesinos se opusieron violentamente y frecuentemente con éxito a su aplicación.⁸ La ausencia de una participación decidida y masiva de los campesinos en el movimiento liberal no es, por lo tanto, casual, tampoco se debía a “errores” u “omisio-nes” de los liberales (Powell, 1974; Salomon, 1962, pp. 180-197). Ellos no podían —y quizá no querían— volverse al mismo tiempo contra el poder avasallador de la Iglesia y de los grandes terratenientes que les impedían la creación de una clase amplia de pequeños propietarios agrarios de acuerdo a su proyecto.

Justo Sierra comprendió los profundos cambios que se estaban registrando en la conciencia popular y los describió brillantemente. Cuando el ejército regular pretoriano se pasó con armas y bagajes a la causa de la reacción, comienza a formarse un nuevo ejército liberal, al cual acudieron por miles los jóvenes de la pequeña burguesía y las milicias regionales, pese a las constantes derrotas que marcaron su nacimiento. Así se desmoronó la mafia militar que había desestabilizado la vida política del país en los primeros 35 años de vida independiente. Escribe Justo Sierra:

⁸ Véase Powell (1974), cap. III.

El ejército reaccionario estaba sentenciado a la victoria; el primer gran desastre que sufriese lo condenaba a la muerte; el constitucionalista, por lo contrario, se iba formando de derrota en derrota, se iba enseñando a combatir, iba sintiendo la necesidad de la disciplina y el arte, se iba la milicia cívica transformando en tropa de línea: el viejo ejército formaba al nuevo combatiéndolo y vencéndolo [...]. (Sierra, 1950, p. 240)

El uso que hizo la Iglesia de los dogmas de la religión en su lucha contra la desamortización de sus bienes, produjo cambios profundos en la conciencia popular. La inmensa transformación de la cultura necesaria para llevar al pueblo a combate directo contra fuerzas apoyadas por la Iglesia es descrita en los siguientes términos:

Para defender sus propiedades, el clero había convertido la última guerra civil en una contienda religiosa, y toda la organización eclesiástica, como el supremo jerarca a su cabeza, y todos los dogmas hasta el fundamental de la existencia de Dios fueron hacinados en formidable bastilla para reparo del tesoro de la Iglesia [...] y la imprudencia indecible de vincular los bienes terrenales a los espirituales había hecho de la revolución un cataclismo [...] y un estimulante para que el grupo reformista joven [...] acometiese la empresa de descato-lizar al pueblo.

La verdad es que en tres años de lucha espantosa se había verificado una transformación [...] furtivamente, ese pueblo informe apenas consciente levantaba los ojos a los ideales nuevos [...]. (Sierra, 1950, p. 219)

Y en cuanto al impacto de la lucha contra el invasor extranjero, el desarrollo de la conciencia nacional y el patriotismo:

El 5 de mayo, por el número de combatientes y por el resultado puramente militar de la acción (una retirada en orden estricto para esperar refuerzos) no es una batalla de primer orden, ni de segundo; no es platea, es maratón por sus inmensos resultados morales y políticos: la nación entera vibró de entusiasmo [...] no hubo aldea de indígenas

en que no relampagueara la electricidad del patriotismo; [...] el partido reformista, que era la mayoría, comenzó a ser la totalidad política del país, comenzó su transformación en entidad nacional [...]. (Sierra, 1950, p. 240)

La participación de los campesinos en la Revolución de 1910 ha sido ampliamente estudiada y se han escrito muchas obras importantes sobre su destacamento más avanzado, el ejército campesino de Zapata. Pero a principios del siglo XX, la estructura social de México era muy diferente a la de un siglo antes. Se había producido un proceso de diferenciación tanto en las clases dominantes como en las masas populares. Desde mediados del siglo XIX venía constituyéndose una clase obrera que hacia 1910 alcanzaba probablemente la cifra de 200 mil personas, de las cuales 120 mil estaban en la minería y la industria y el resto en los servicios, el comercio y los transportes. De esa manera, entre 6 y 8% de la fuerza de trabajo estaba constituida por un incipiente proletariado que comenzaba a definirse con respecto al resto de las masas urbanas.⁹

Debido a la dispersión de la industria extractiva y la textil no existían grandes concentraciones obreras y la composición de las clases era extraordinariamente heterogénea y reciente.

Su corto número y la relativa inmadurez de la clase obrera mexicana, con la excepción de algunos centros manufactureros y mineros tradicionales, fue su mayor impedimento. En esas condiciones los grupos obreros concentraron su atención en problemas inmediatos y en demandas para mejoría de salarios y condiciones de trabajo. Al mismo tiempo, no lograron generar una ideología claramente

⁹ No existen estadísticas que permitan calcular con exactitud el número de proletarios existentes en esa época. La más importante es *Estadísticas económicas del Porfiriato: fuerza de trabajo y actividad económica por sectores*, México: Colmex, 1964, que nos ilustra acerca del *tamaño* y las características de las empresas. Incluye a los sectores artesanales junto con los obreros. Utilizando otras fuentes sobre ese tema, hemos obtenidos los datos cuyo margen de error no altera significativamente el dato de participación de la clase obrera en la fuerza de trabajo.

hegemónica, capaz de atraer a otros grupos sociales a su particular visión del futuro (Carr, 1974, p. 49).

Este juicio resume correctamente el papel de la clase obrera. El joven proletariado mexicano no logró constituir una alternativa política a las corrientes burguesas y pequeñoburguesas que actuaban en la Revolución ni tampoco buscó una alianza con los campesinos. En sus huestes reinaba una gran confusión respecto a los diferentes grupos y caudillos que disputaban la hegemonía. En 1914 y 1915, cuando se iniciaba la confrontación entre los ejércitos campesinos y el carrancismo, algunos sectores obreros favorecían a los zapatistas, mientras otros se empeñaban en mantenerse neutrales (Carr, 1974, pp. 88-91). Pero los dirigentes de mayor influencia de la Casa del Obrero Mundial cometieron el error fatal de apoyar al campo carrancista contra las huestes campesinas. Algunos sindicatos los siguieron, otros no (Neymet, 1967, pp. 57-73, 99). Ocho mil obreros lucharon en los batallones rojos de Obregón.

Varios autores han querido reducir a ese fenómeno la participación obrera en la revolución. Esto es unilateral. Los años de 1906-1920 marcan un ascenso extraordinario, cualitativo, de la actividad obrera y su contribución al movimiento revolucionario. Durante esos años la clase obrera maduró más rápidamente que en medio siglo anterior. Las huelgas de todo tipo se sucedían y se multiplicaban y extendían las organizaciones sindicales pese a la represión a la cual tuvieron que hacer frente (Carr, 1974, p. 99).

La lucha de los campesinos y los obreros durante 1910-1920, a pesar de sus derrotas, no fue vana. En el Porfiriato las organizaciones campesinas y obreras casi no existían. Su peso político era prácticamente nulo. Después de 1917, estas se constituyeron en poderosas fuerzas políticas que influían en la vida del país y que ningún grupo político o caudillo podía ignorar.

La participación de las clases populares en las revoluciones mexicanas —comprendiendo también la de Independencia y la de Reforma (más reducida)— excluye toda posibilidad de considerarlas *revoluciones políticas*, mas no *sociales*. En realidad, toda revolución

importante, que pone en movimiento todos los sectores de la población, es política y social a la vez o no es revolución.¹⁰

Los revolucionarios y el poder

En la Independencia el problema del poder se planteaba de la siguiente manera: la Nueva España era una colonia y *todas* las fuerzas anticolonialistas coincidieron paulatinamente en el objetivo primordial: sustituir el dominio del Estado español por un Estado mexicano. En este renglón, triunfaron: después de la derrota del último intento de restauración española en 1829, la independencia del nuevo Estado respecto a España quedó definitivamente consumada, aun cuando no sería el último intento contra su soberanía. Los sectores que durante la Colonia detentaban el poder local, la burocracia virreinal, los mineros y comerciantes de origen peninsular no solo lo perdieron, sino que desaparecieron como grupos sociales ligados al sistema imperial.

Pero el bloque anticolonial era muy heterogéneo, comprendía corrientes revolucionarias y también fuerzas contrarrevolucionarias. A partir de 1820, en este participaban la Iglesia, los grandes terratenientes, los oficiales del ejército regular, los rancheros y la pequeña burguesía liberal. Después de la derrota del movimiento popular de 1810-1819, las dos últimas no tenían ya ninguna posibilidad de acceder al poder. Consumada la independencia, el bloque se

¹⁰ En los primeros escritos de Marx la idea de la *revolución política* se asociaba a la revolución burguesa y la de *revolución social* a la socialista. Sin embargo, ya en 1844, Marx había llegado a una concepción más profunda de la relación entre lo *social* y lo *político* en la revolución: “Una *revolución social* con un alma política es un absurdo si por revolución *social* el *Prusiano* infiere *social* como opuesto a la revolución política y a pesar de ello dota a la revolución social con un alma política en lugar de una social; o bien ‘una revolución social con una alma política’ es solo una paráfrasis por lo que era usualmente llamado una *revolución política* o *simplemente revolución*. Cada revolución disuelve la vieja sociedad; en este sentido es social. Cada revolución derroca el viejo poder y en esa medida es política” (Marx, 1957, pp. 408-409).

dividió: la Iglesia y los grandes terratenientes, apoyados en el nuevo ejército, se convirtieron en fuerza hegemónica. Los liberales iniciaron la lucha contra ellos. Durante treinta años el nuevo Estado no logró consolidarse. El poder político pasaba de mano en mano. El caudillismo reaccionario que a veces ejercía Santa Anna fue el árbitro político del país. Desde entonces el fenómeno del caudillismo sería una plaga recurrente del sistema político nacional.

En la Reforma, el bloque revolucionario era más definidamente clasemediero aliado a los caciques locales que no estaban lejos de este sector. La imagen que presenta la revolución de 1910 es más complicada. Sin embargo, también en ella existen señales incontestables de un cambio de poder significativo. Las élites porfirianas que sobrevivieron fueron reducidas a un papel subordinado y una nueva burguesía surgió de las filas de los generales revolucionarios más codiciosos y de los círculos empresariales orientados al desarrollo de una industria nacional después de 1917. Para abordar el problema del Estado en la Revolución de 1910 debe recordarse que la burguesía rara vez ejerce el poder directamente.¹¹ Además, los presidentes de los años 1920 a 1934 se transformaron en caudillos constitucionales que pretendían jugar un papel de árbitro entre las diferentes clases, favoreciendo a empresarios y terratenientes pero sin permitir la exclusión total de los intereses populares, ni renunciar a posiciones nacionalistas, como era el caso en tiempo del Porfiriato.

El aparato estatal del Porfiriato quedó totalmente destruido durante la Revolución de 1910 incluyendo a su ejército y su burocracia. La Constitución de 1917 representa una nueva correlación de fuerzas que tenía que imprimir su sello en la composición del Estado. Además era necesario estar más abierto a tomar en cuenta las demandas campesinas, obreras y populares. La subida al poder del “grupo de Sonora” en 1920 inició un periodo de caudillismo *bonapartista clasemediero* muy distinto en su composición, a la oligarquía de grandes

¹¹ Véase a este respecto Kossok (1974, p. 3).

hacendados, empresarios y *científicos* que detentaban el poder durante el Porfiriato e influyeron profundamente en Venustiano Carranza y algunos de sus seguidores. En las luchas sociales posteriores a la Revolución se produce un reacomodo de los sectores que participan en el poder y surge una ideología opuesta a la porfiriana.

Las tres revoluciones como ciclo único

Cada una de las tres revoluciones tiene sus rasgos específicos, pero todas pertenecen a un ciclo histórico común. Es decir comparten tres impulsos y sentidos profundos. Las revoluciones mexicanas son expresiones de un triple proceso más vasto y complejo que abarca todos los aspectos de la vida social: la conformación del capitalismo, la formación de la nación y la manifestación de las necesidades e ideologías de la principal clase subalterna: el campesinado. La época que cubre va de las últimas tres décadas del siglo XVIII a 1940. Durante ese siglo y medio, se fueron abriendo paso lentamente nuevas formas de producción y consumo, nuevas relaciones sociales, nuevas mentalidades y expresiones políticas, nuevas clases sociales y un fortalecimiento de la soberanía, que desde el punto de vista económico, nunca llegó a ser completa.

Los cambios se produjeron en todos los niveles de la vida social a tiempos y ritmos muy diferentes. Las condiciones de trabajo de las masas campesinas cambiaban más lentamente que las de los habitantes de los centros urbanos. Las capas medias adquirían nuevas ideas y actitudes más aprisa que el resto de la sociedad. Los patrones de consumo de las clases adineradas reproducían instantáneamente los cambios de moda en los grandes centros europeos, mientras que en las comunidades indígenas, estas se modificaban a ritmos casi imperceptibles.

Además, no estamos ante un desarrollo lineal, una marcha ininterrumpida hacia el progreso. Los largos periodos de estancamiento, los violentos retrocesos, el constante volver sobre los pasos,

trascienden cualquier sentido teleológico. Así por ejemplo, se pueden considerar los primeros cincuenta años de vida independiente como un segundo feudalismo, una recaída en el pasado. Ahora contemplamos los resultados: la nación-Estado mexicana ha logrado conformarse con una identidad definida pese a la diversidad interna. El capitalismo y la burguesía se han consolidado sin poder superar el atraso en vastas extensiones del país y la dependencia estructural. El carácter oligárquico del grupo que ejerce el poder se ha mantenido, pero hoy como ayer su relación con el Estado la transforma más en una oligarquía concesionaria que una clase directamente dependiente del mercado.

Una revolución puede triunfar, quedar inconclusa o ser derrotada. No por eso deja de remover profundamente la vida social y marcar la historia de una nación. Los resultados de las revoluciones no se pueden medir ni entender inmediatamente después de su culminación. Solo el tiempo revela todas sus connotaciones y consecuencias.

Las revoluciones triunfantes lo son porque logran abrir camino a la realización de los intereses e ideales más apremiantes de los sectores que intervienen en ellas, consiguen sustituir en el poder los gobernantes anteriores abriendo camino a nuevas élites, neutralizan los obstáculos a la introducción de nuevos modos de producir y distribuir los bienes. Pero ninguna revolución hasta ahora ha logrado materializar todas las esperanzas de los hombres que las han hecho. Si el criterio para medir los éxitos de una revolución son los ideales de sus protagonistas, los logros son siempre modestos. Si, en cambio, tomamos como punto de referencia los intereses concretos y reales así como los ideales y aspiraciones de las clases revolucionarias y contrarrevolucionarias y la capacidad de estas últimas de sobrevivir y reciclarse, nuestro análisis puede ser más cercano a la realidad. Ninguno de estos elementos por separado puede explicar la acción revolucionaria.

Las tres revoluciones mexicanas abrieron el camino al desarrollo capitalista del país, a la constitución y consolidación de la burguesía, que solo se impone plenamente al final del periodo. Fueron forjadoras de la nación, porque la amplia participación en ellas aceleró

decisivamente el surgimiento de una nueva identidad. Pero no lograron acabar con el atraso, la dependencia y la pobreza extrema de las mayorías, porque la persistencia de la oligarquía y su alianza con el capital extranjero no pudieron ser obliteradas.

Bibliografía

- Alba, Víctor. (1960). *Las ideas sociales contemporáneas en México*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Alperóvich, Moséi Samuilovich. (1967). *Historia de la independencia de México (1810-1824)*. México: Grijalbo.
- Ávila, José Luis. (2006). La era neoliberal. En E. Semo, *Historia Económica de México, tomo 6*. México: Océano.
- Brading, David A. (1977). *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1810*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bravo, Ugarte José. (1962). *Historia de México*. México: Luz.
- Carr, Barry. (1974). *Labour and Politics in Mexico, 1910-1929*. Oxford: Oxford University Press.
- Ceceña, José Luis. (1970). *México en la órbita imperial*. México: El Caballito.
- Cuevas, Mariano. (1967). *Historia de la nación mexicana*. México: Porrúa.
- Global Research.. (16 de febrero de 2012). *Global Systemic Economic Crisis-2012: The Year of the World's Great Geopolitical Swing*. <https://www.globalresearch.ca/global-systemic-economic-crisis-2012-the-year-of-the-world-s-great-geopolitical-swing/28718>
- González y González, Luis (recop.). (1966). *Los presidentes de México ante la nación, 5 tomos*. México: Cámara de Diputados.
- Haber, Steph. (1992). *Industria y subdesarrollo. La industrialización de México, 1890-1940*. Stanford: Stanford University Press.
- Hamnett, Brian R.. (1999). *A Concise History of Mexico*. Cambridge: Cambridge University Press.

Hobsbawm, Eric. (2001). *La era de la Revolución*. Madrid: Crítica.

Knight, Alan. (1986). *The Mexican Revolution*. 2 vols. Cambridge: Cambridge University Press.

Knight, Alan. (2001). Tres crisis de fin de siglo en México. En R. Leticia y E. Servín, *Crisis, Reforma y Revolución. México: historias de fin de siglo*. México: Taurus.

Konetzke, Richard. (1972). *Historia Universal Siglo XXI. América Latina. La época colonial I y II*. México: Siglo XXI.

Kossok, Manfred, y Martkow, Walter. (1974). Zur methodologie er vergleichende Revolutions geschichte der Neuzeit. En *Studien zur vergleichende Revolutionsgeschichte 1500-1917*. Berlín: Akademie Verlag.

Lieuwen, Edwin. (1961). *Arms and Politics in Latin America*. New York: Praeger.

Los Derechos del Pueblo Mexicano. México a través de sus constituciones (1978). Tomo II. (1978). México: Porrúa.

Madariaga, Salvador de. (1947). *The Fall of the Spanish American Empire*. London: Hollis y Carter.

Marx, Karl. (1957). Kritische Randglossen zu dem artikel 'der König von Preussen und die Sozialreform', Von einem Preussen. En *Marx-Engels Werke*. Tomo I. Berlín: Diet.

Molina, Enriquez Andrés. (1961). *Juárez y la reforma*. México: Libro de México.

Mora, José María Luis. (1988). *Obras completas*. México: Instituto de Investigaciones.

Morton, David Adam. (2010). The Continuum of Passive Revolution. *Capital & Class*, 34 (3), 305-342.

Neymet, Marcela de. (1967). El movimiento obrero y la Revolución mexicana. *Historia y Sociedad*, (9).

Powell, Thomas G. (1974). *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850 a 1876)*. México: SepSetentas.

Reyes, Osorio Sergio. (1974). *Estructura agraria agrícola y desarrollo agrícola en México*. México: Fondo de Cultura Económica.

Salomon, Noël. (1962). Féodalité et capitalisme au Mexique de 1856 à 1910. *Recherches internationales*, (32).

Schlarman, Joseph H. (1973). *México, tierra de volcanes: de Hernán Cortés a Luis Echeverría Álvarez*. México: Porrúa.

Sierra, Justo. (1950). *Evolución política del pueblo mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica.

Valadés, José C.. (1967). *Historia del pueblo de México desde sus orígenes hasta nuestros días*. México: Editores Mexicanos Unidos.

Vasconcelos, José. (1975). *Breve historia de México*. México: Cía. Editora continental.

Zavala, Lorenzo de. (1981). *Ensayo histórico de las revoluciones en México desde 1808-1830*. México: Secretaría de la Reforma Agraria-CEHAM.

II. De una revolución a otra(s)

*De los cazadores y recolectoras al colapso
del sistema colonial*

Cazadores y recolectores

Para iniciar nuestro viaje por la economía del México antiguo debemos, ante todo, fijar el punto de partida, es decir, el límite extremo de esta historia. Este límite coincide con la aparición del hombre en nuestro territorio. Las investigaciones que nos proporcionan la clave a esta interrogante son multidisciplinarias, pero su centro es la arqueología. Según el estado actual de la arqueología, los restos más antiguos del ser humano en México datan de 21 000 a 30 000 a. C. (Lorenzo, 1991, p. 102).

Parece ser que entre los hallazgos más antiguos deben contarse los de Valsequillo, Puebla, con una edad de entre 21 mil y 35 mil años, y los de Tlapacoya, a la orilla del viejo lago de Chalco. En el siglo XIX este fue desecado, pero en la época señalada era muy grande y cubría una extensa zona. (Lorenzo y Mirambell, 1986, p. 207). En el primero se encontraron trece objetos líticos: buriles, raspadores, cuchillas de doble mano y puntas de flecha. También se halló un objeto

de hueso, todo esto mezclado con restos desordenados de animales que sirvieron de alimento.

En Tlapacoya se excavó en dieciocho sitios. En uno se encontraron tres hogares y artefactos líticos manufacturados tanto con roca local como con obsidiana, piedra no autóctona. Los hogares se hallaban sobre una base de cantos rodados removidos con el propósito de crear el espacio necesario para prender y mantener el fuego. Los materiales líticos son lascas y navajas grandes y burdas. Además, se encontró un raspador de cuarzo. Todo estaba mezclado con restos de comida en la forma de huesos de animales de distintas especies, que demuestran, sin duda, la presencia de un hogar humano.

Otros hallazgos de antigüedad similar son los de El Bosque, en Nicaragua, donde se encontraron un raspador y herramientas de hueso, así como huesos de mastodonte, caballo y oso perezoso prehistóricos; El Cedral, en Matehuala, San Luis Potosí; El Complejo Diablo de Tamaulipas; la cueva Loltún en Yucatán; y la de Santa Marta en Chiapas, que tiene una antigüedad aproximada de 20 mil años.

La mayoría de estas fechas siguen siendo aún motivo de discusión porque, pese a los avances más recientes, todavía existen múltiples dificultades para calcular la antigüedad de los restos. Esto se debe tanto a lo escaso y fragmentario de los restos como a las limitaciones de los métodos de fechamiento, incluyendo la estratigrafía y los más recientes de radio carbón, aminoácidos y las series de uranio. Se trata, es verdad, de evidencias escasas y controvertidas, pero como su antigüedad coincide con otros restos encontrados en el continente americano y corresponden a la fecha probable de la llegada del hombre, tenemos razones más que suficientes para adoptarlas y empezar nuestra historia en este punto. A partir de aquí tomaremos como límite más antiguo de la prehistoria mexicana el techo inferior de 21 000 a. C., vale decir, hace 22 mil quinientos años.

El hombre, por tanto, aparece en México en una etapa muy tardía de su historia. Según los cálculos más recientes, la humanidad ha existido sobre la faz de la tierra desde hace unos dos o

tres millones de años (Birdsell, 1972, p. 297). Evidentemente existen capítulos decisivos y muy prolongados en su historia que no fueron escenificados en esta parte del mundo, sobre todo los de la hominización. Si la historia de la humanidad es equiparada con la duración de un año, la llegada del hombre a nuestro territorio se produjo en el día 362 y ha durado el equivalente a tres días. Dicho esto, y habiendo fijado el principio, dos nuevas preguntas se agolpan en nuestra mente: ¿qué tipo de hombres eran estos primeros mexicanos?, ¿de dónde vinieron?

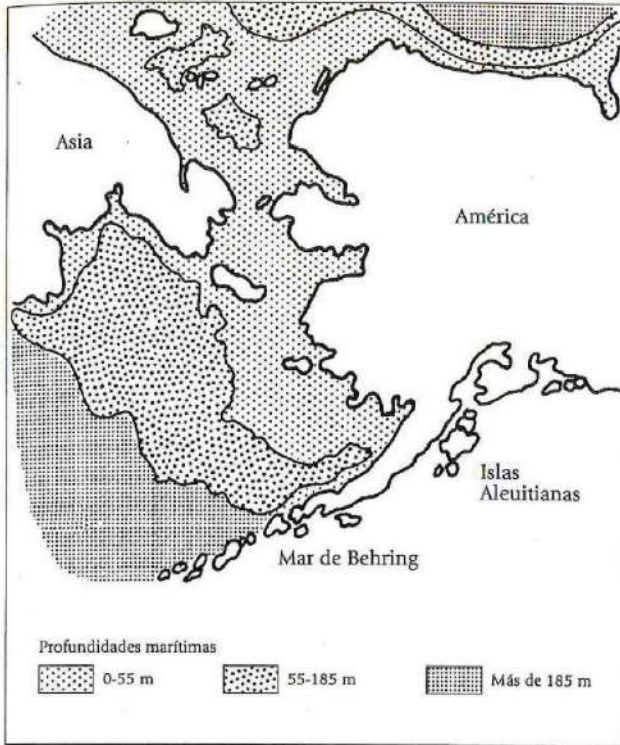
Cuando acampó cerca del Río Bravo, el hombre ya había demostrado capacidad de adaptación ilimitada, inventiva sorprendente y gran espíritu de aventura. Originario de un amplio cinturón tropical que atraviesa Asia y África, se diseminó al resto del globo. Probablemente hacia el año 100 000 a. C. los cazadores-recolectoras llegaron a Siberia. De allí, en una época de gran expansión, hace quizás unos 25 mil años, comenzaron a cruzar el estrecho de Bering (o la Beringia) llegando a lo que sería el Nuevo Mundo. Al mismo tiempo, o poco más tarde, del sudeste de Asia y usando partes del Sahel (ahora sumergido), mediante balsas donde era necesario, llegaron a Australia. No solo vencieron el hielo de los polos y las junglas de los trópicos, sino también grandes lenguas de mar. Probablemente hubo migraciones posteriores, de manera que nuevos pobladores siguieron llegando desde Asia hasta 4000 o 3000 a. C.

Para aquel entonces el proceso de hominización había terminado. No se han encontrado en México o en América restos del hombre *Homo erectus pekinensis* o del Neandertal. Todos los vestigios existentes son del *Homo sapiens sapiens*. Aun cuando las bandas de cazadores-recolectoras asiáticos llevaban una amplia carga de tradiciones sociales y técnicas, las que se han encontrado en América no guardan una relación reconocible con ellas. Tal vez confrontado con nuevas condiciones, el inmigrante modificó su cultura —como lo haría más tarde— en su expansión por el continente, adquiriendo secuencias y ritmos diferentes de las del Viejo Mundo.

Durante más de un siglo los científicos han debatido apasionadamente acerca del origen del hombre americano y la fecha de su llegada. En buena medida, la discusión tiene un origen técnico. Pese a los recursos invertidos en investigaciones relacionadas con el problema y la aplicación de todos los avances de la ciencia, la información sigue siendo fragmentaria, incierta e incluso contradictoria.

En el momento de escribir el presente ensayo la situación parece ser la siguiente: por razones climatológicas es más fácil suponer que el hombre haya cruzado el área que separa a Asia de América mucho antes del año 40 000 a. C. Sin embargo, no se han encontrado restos humanos fidedignos de esta fecha en el continente. Existen en cambio muchos sitios arqueológicos donde se han encontrado artefactos con antigüedad de 15 000 a 25 000 a. C., pero debido a las condiciones en que fueron encontrados y extraídos, así como a limitaciones en las técnicas para determinar su antigüedad, todos han sido cuestionados y su edad es materia de discusión. Se cuenta, por tanto, con buenas bases para sostener la hipótesis de la presencia humana hacia 21 000 a. C., mas no certidumbre. Lo que se ha establecido sin lugar a dudas es la existencia de horizontes líticos de cultura típicamente americana a partir de 15 000 a. C., lo cual vendría a demostrar que las inmigraciones fueron anteriores (Comas, 1947, pp. 24-25).

Para los propósitos ligados a una historia económica de la Antigüedad, este fechamiento viene a probar de manera suficiente que si bien el hombre llegado a América era un cazador-recolector aguerrido y experimentado, fue aquí y por sí mismo donde perfeccionó sus instrumentos originales, inventó la agricultura y más tarde repitió en Mesoamérica y la región andina las maravillas de Mesopotamia y Egipto: la creación de la civilización.



Estrecho de Behring, Enrique Florescano, 1984: 13.

Desde Norteamérica el hombre comenzó a desplazarse al resto del continente sin que nada pudiera detenerlo. Habiendo dominado las limitantes naturales que frenan el crecimiento de las especies animales, los seres humanos se multiplicaron de manera sostenida. Debido a su condición de cazadores-recolectoras nómadas se mantuvieron en movimiento lento pero continuo.

En su peregrinar algunas bandas encontraban condiciones óptimas y se asentaban en un lugar durante milenios. En las afueras de Bogotá se ha encontrado una industria de lascas de piedra que data de unos 12.500 años a. C., por lo menos. Pertenece a un horizonte que persistió en la región durante dos milenios. Mientras algunas bandas provenientes de las tórridas costas de Centroamérica

se adaptaban a las frías mesetas, otras continuaban desplazándose. En todo caso, para el año 10 000 o 9000 a. C. los hombres americanos estaban cazando el mamut y caballos (estos últimos extinguidos posteriormente y luego reintroducidos por los españoles) en la Tierra de Fuego (Shutler, 1983, p. 137). Es probable que antes de que cesaran las emigraciones asiáticas el hombre lítico americano haya comenzado a forjar su propia historia original. No existe duda de que en los siglos siguientes hubo contactos con habitantes de otros continentes. Llegaron vikingos y quizá también hombres de Oceanía o de China, pero ninguna de sus aportaciones, por importantes que hayan sido, pudieron suplir la adaptabilidad e inventiva creadora del hombre autóctono que hizo posible su uso, modificación y difusión en sus propios sistemas ecológicos y con sus ritmos particulares.

La presencia del cazador-recolector ha sido firmemente establecida en casi todo el territorio mexicano, aun cuando no con la misma frecuencia. Los sitios arqueológicos que hablan de él se multiplican desde Rancho Colorado, en el norte de Chihuahua, hasta la Cueva de los Grifos, en el sur de Chiapas; y desde San Joaquín, en Baja California, hasta la Cueva Loltún, en Yucatán. Hacia 1985 se habían localizado cerca de sesenta sitios arqueológicos con restos anteriores al año 4500 a. C. y existen otros posteriores que siguen hablándonos de cazadores y recolectoras pertenecientes a diferentes horizontes (Shutler, 1983, p. 127). Cada nuevo hallazgo reduce los espacios vacíos aún presentes en el mapa. La condición más duradera del hombre en México ha sido, pues, la de cazador-recolector. Dominó de modo absoluto el país durante unos 15 mil o 16 mil años. La presencia de indicios incipientes de agricultura a finales del periodo no afecta el panorama general, puesto que la contribución de sus productos a la dieta era mínima. Hacia el año 6000 o 5000 a. C., mientras muchas bandas continuaban su vida nómada, otras establecían campamentos semisedentarios y la importancia de los productos agrícolas aumentó poco a poco hasta hacerse dominante. Pero no fue sino hacia el año 1200, hace 3 mil doscientos años, cuando en una región bastante reducida surgió la primera sociedad urbana y estratificada. Sin

embargo, ni los cazadores-recolectoras (llamados posteriormente y en forma despectiva chichimecas) ni los agricultores comunitarios desaparecieron. Continuaron, por el contrario, siendo parte decisiva de la población de México.

Los restos humanos bien documentados más antiguos datan del año 12 000 a 4500 a. C. Corresponden a treinta y ocho individuos y permiten suponer que los primeros habitantes del territorio mexicano no se distinguen esencialmente de los indios que lo habitan en la actualidad. Los hombres tenían estaturas que variaban entre 1,63 y 1,69 m y las mujeres de 1,50 a 1,60 m (Manzanilla y López, 2000, p. 23). La mayoría de los esqueletos muestran una gran robustez. Los cráneos son largos, es decir, dolicocefalos. El desgaste de sus dientes, sobre todo de los molares, muestra que los alimentos que consumían contenían restos de arena y abrasivos. Hacia el sexto o el séptimo milenio aparecen los primeros cráneos redondeados o braquicefalos, que se multiplican hasta predominar, sobre todo entre los pueblos del Golfo, la Huasteca y Yucatán. Más adelante, mientras los cazadores-recolectoras continúan siendo dolicocefalos, los agricultores serán pronunciadamente braquicefalos. ¿Cómo explicar esa diferencia? Algunos antropólogos físicos sostienen que la aparición de la agricultura no solo produjo un aumento explosivo en el número de los pobladores, sino que también modificó sus características físicas. Otros son partidarios de la teoría de la emigración múltiple, es decir, que aparte de la inmigración dominante de Asia hubo otras inmigraciones menores de polinesios, melanesios, australianos, africanos e incluso europeos. Un tercer grupo considera que los pobladores originales fueron desplazados por inmigrantes más desarrollados provenientes del sur. En etapas posteriores, las comunidades de cazadores-recolectoras que invadieron las regiones más desarrolladas se encargaron de mezclar sus características con las de sus vecinos mesoamericanos. ¿Selección natural en el proceso de adaptación a nuevas condiciones o diversidad de orígenes? Este es un problema abierto a la investigación y el debate (Wolf, 1967, p. 34).

Los primeros grupos humanos dependían más directamente de su medio ambiente que los actuales. Cambios bruscos en el clima o los ecosistemas los obligaban a prodigios de adaptación. Tenemos razones suficientes para suponer que las primeras aldeas sedentarias de agricultores (5000 a. C.) y los habitantes de Teotihuacan hacia el año 600 d. C. vivieron bajo las mismas temperaturas que los insurgentes que lucharon por la independencia de México o los campesinos que recibieron la tierra hacia 1938. Durante 6 mil o 7 mil años el clima de México no cambió sustancialmente. Quizá hoy nos encontremos en el final de ese periodo de estabilidad.

Pero las primeras comunidades de cazadores-recolectoras que poblaron México en la época prehistórica vivieron bajo cielos y climas muy diferentes. Además, durante su largo reino de 16 milenios, el clima cambió drásticamente varias veces, poniendo a prueba fauna, flora y vida humana. Muchas especies vegetales y animales desaparecieron y otras más aparecieron. El cazador-recolector, por otro lado, sobrevivió sin grandes cambios biológicos. En el pleistoceno, a resultas de la instalación de los grandes glaciares en Norteamérica y las montañas más altas de México, las zonas climáticas se comprimieron hacia el ecuador y hubo cambios profundos en la circulación atmosférica y la distribución de las lluvias. Así, es probable que hace unos 30 000 años no existiera en México la selva tropical, como indican los restos de bisontes encontrados en la península de Yucatán. Durante los años 24 000 a 11 500 a. C., a finales del pleistoceno, América vivió la última etapa de la Edad del Hielo. Grandes masas de hielo (glaciares), de un espesor que a veces alcanzaba doscientos o trescientos metros y que ahora solo existen en la Antártida, Groenlandia y en las montañas más altas, descendieron desde el norte de lo que ahora es Estados Unidos. Los efectos sobre latitudes más sureñas, como las mexicanas, no han sido suficientemente estudiados, pero hubo sin duda lluvias torrenciales que crearon lagos en lugares que hoy son grandes desiertos. A juzgar por los indicios, el gran lago del Valle de México era entonces mucho más profundo y extenso. Este periodo es al que llamamos Wisconsin tardío (Fagan, 1995, pp. 96-100).

Según la geocronología, hace unos 12 mil años se inicia el periodo del holoceno en el cual seguimos viviendo. En el holoceno temprano, entre los años 10 500 y 6500 a. C. se produjeron una serie de cambios acelerados que permiten hablar de un clima transicional. Aun cuando a medida que nos acercamos a los trópicos los cambios se hicieron menos extremos, la distribución de las aguas cambió radicalmente, ecosistemas enteros desaparecieron o se transformaron y los niveles del mar se elevaron, cubriendo estuarios y planicies costeras. Las sociedades de cazadores-recolectoras sobrevivieron y se adaptaron a ecosistemas muy diferentes.

A principios del periodo, los grandes animales, incapaces de resistir el cambio, comenzaron a desaparecer. Tal fue el caso de los mamuts, mastodontes, camélidos, bisontes gigantes y caballos. También desaparecieron los tigres diente de sable, los grandes lobos prehistóricos y los megaterios, emparentados con los actuales perezosos de las selvas tropicales. Los efectos de ese cambio debieron ser inmensos. Al no poder continuar con la caza de grandes mamíferos, las bandas nómadas ampliaron sus fuentes de abasto. Comenzaron a cazar animales pequeños, incluyendo ciertos tipos de ratas. La domesticación del perro, el uso extensivo del arco y las flechas hicieron más eficiente la cacería. Asimismo, mejoró la tecnología de la pesca y el transporte de artefactos. En busca de sustitutos de la carne, el cazador-recolector introdujo técnicas de cocina que ampliaron la lista de vegetales comestibles. Mientras desaparecían las comunidades de cazadores-recolectoras dependientes de la caza de grandes mamíferos, prosperaban aquellas que dependían más de la recolección y la caza menor (Wolf, 1967, pp. 55-56).

Hacia el final del holoceno temprano se inició una época de sequía extrema que transformó muchas regiones fértiles en desiertos extremos. Esta situación duró hasta 4000 a. C., o según otros investigadores, incluso hasta 2000 a. C. La sequía prolongada retrasó sin duda el advenimiento de la agricultura. Pese a esto, en algunos oasis comenzó a practicarse de manera rudimentaria (Lorenzo, 1991, p. 239).

El testimonio arqueológico

Si sumamos las evidencias arqueológicas pertenecientes a la época lítica a las que nos proporciona el norte de México hasta la llegada de los españoles, obtenemos la siguiente imagen:

La cuantía y disposición de los restos permiten concluir que las comunidades de cazadores-recolectoras más primitivas eran grupos familiares nucleares o extendidos desde cuatro hasta ocho miembros (microbandas). Hacia finales del Cenolítico aparecen vestigios de bandas mayores que se forman con propósitos específicos o tareas estacionales de veinte o más miembros (macrobandas), para luego disolverse. Solo en el Protoneolítico tardío aparecen las bandas de hasta cien personas.

La vida de estas comunidades exigía una tecnología mucho más compleja de lo que podría pensarse a primera vista. Para comenzar, hasta las más atrasadas conocían el fuego y probablemente los medios para su conservación y transporte. Existen vestigios de que en ocasiones habitaban cuevas, pero de sus abrigos temporales nada ha quedado.

Los objetos encontrados son instrumentos de trabajo, utensilios de cocina y de transporte, así como armas. La mayoría de estos objetos han sido recuperados incompletos, rotos o dañados. Algunos se han hallado en hogares con abundantes trazas de fuego, alimentos, huesos de diversos animales sin relación anatómica y, a veces, pilas de restos de moluscos. El tipo de acumulación de objetos encontrados en otros sitios sugiere, según los arqueólogos, la existencia de verdaderas “fábricas”, es decir, de lugares reservados a actividades de producción específica (Hester y Shafer, 1991). Los diversos objetos encontrados señalan ante todo la diversidad de las actividades del cazador en cuya sociedad la división del trabajo estaba limitada al sexo y la edad del individuo. De allí se desprende la imagen de un hombre integral con múltiples habilidades y conocimientos (Lee et al., 1968, p. 318).

Los artefactos líricos más simples son cantos rodados en estado casi natural, tallados y pulidos por las corrientes de los ríos que los

impulsaban unos contra otros, otorgándoles eventualmente formas útiles para el hombre. Luego aparecen fragmentos de roca labrados mediante la técnica más simple de la percusión, imitando la obra del río para formar uno o dos bordes cortantes. El tamaño y la forma de los instrumentos indican usos diferentes. Se han recuperado lascas, que sirven para perforar y cortar; navajas, es decir, fragmentos más largos que las lascas, así como raspadores, raederas y piedras con filos dentados de diferentes tamaños y pesos. En los sitios más recientes existen objetos de hueso trabajados con técnicas más refinadas que la percusión, esto es, por corte, pulimento y perforación.

Entre 14 000 y 7000 a. C. hacen su aparición percutores de hueso más blando mejor afilados y la técnica de presión que permite obtener buenos acabados. Para lograr un mejor enmangado se desbastan los bordes laterales de una parte de las puntas y aparecen los primeros instrumentos de molienda, muelas, morteros y manos, antecesores de metates y molcajetes. Con ellos se incorporan a la alimentación las semillas de cáscara dura que necesitan ser molidas, y la fabricación de harinas, con las cuales se abre la posibilidad de conservación de alimentos. Al principio son simples piedras planas con una de sus caras lo bastante lisa para poder triturar y moler mediante un elemento útil. Más tarde tendrán una cavidad de textura granulada, más fácil de trabajar. Gracias a la técnica del desgaste logran incorporar a la producción de herramientas rocas muy duras de gran resistencia a la abrasión para fabricar hachas y azuelas. En esta época aparecen bolsos, canastas, cuerdas y lazos que deben de haber revolucionado la recolección y los transportes, acrecentando considerablemente la productividad (García, 1976, pp. 123-126).

A los utensilios de piedra se tiene que agregar, en los sitios arqueológicos más recientes, atizadores, palos para cavar, palos con barrenos para obtener el fuego, mangos de cuchillo, grandes púas de agave, armazones para cunas, bolsas y palos de telar, además de astas de venado aprovechadas como lanzas o instrumentos para la fabricación de cestería.

También existen rastros de mantas de fibras vegetales como agave, soyate o nopal; morrales y bolsas de red; bandas para la

cabeza y tocados femeninos, sandalias y costales. Claro está, el nomadismo obliga a la austeridad en las pertenencias y a la exclusión de artefactos pesados o de lujo. Se encuentran asimismo objetos ornamentales de hueso, cuerno, concha y caracolas para conformar pectorales u orejeras, y cuentas de piedra para sarta-les. Para transportar y guardar el agua se usaban calabazos y guajes enteros o divididos.

Capítulo aparte merecen las armas y su evolución. En los periodos más alejados no se encuentran puntas líticas de lanza o de flecha, de manera que probablemente para alargar sus brazos los hombres usaban palos con puntas endurecidas al fuego. La caza da origen a los primeros objetos simétricos, como las piedras bifaciales. Aun cuando no conocemos su uso exacto, sabemos que eran parte de hachas y lanzas y que estos instrumentos estaban sujetos a exigencias muy diferentes de las que determinaban la fabricación de raspadores y cuchillas. En un objeto que será arrojado con gran velocidad, o bien impulsado con fuerza, variaciones pequeñas pueden hacer la diferencia entre la vida y la muerte. Si se considera la diferencia entre puntas de flecha rudimentarias y otras finamente acabadas, no puede dejar de pensarse que un perfeccionamiento mínimo podía ser el origen de una gran ventaja. Una población en la cual el cazador atina cinco por ciento más, incrementaría considerablemente su abastecimiento de carne. Debe de haber habido una gran selección entre los miembros de la banda para promover la fabricación de armas más perfectas.

La fabricación de cuchillos o puntas de lanza con material tan difícil de manejar como la piedra exige gran habilidad. Es necesario tallar, pulir, medir, pesar. Estas parecen ser facultades que todos los cazadores líticos desarrollaban. La habilidad para determinar la calidad de un arma está ligada a una asociación entre fabricación, uso y desarrollo de las facultades biológicas necesarias para su manejo, que se pulen en juegos y competencias. Una leve mejoría en la calidad de las armas o su uso podía influir decisivamente en los resultados de la caza.

Entre los hallazgos, el arma más importante es el propulsor o *atlatl*, de uso muy común hasta la llegada de los españoles. Experimentos realizados por D. Stanford han mostrado la superioridad de esa arma sobre la lanza arrojada directamente con la mano. Según él, el *atlatl* adquiere una velocidad quince veces mayor y un impacto doscientas veces más fuerte que la lanza. Hecho de hueso con pesas de piedra, era uno de los instrumentos más modernos del hombre primitivo y su uso exigía gran destreza y largo entrenamiento (Coe, 1968, p. 23).

Entremezclados o cercanos a las “industrias” se han encontrado grandes cantidades de restos de fauna fósil extinta y reciente, que aportan información tanto de las actividades de abastecimientos como de la alimentación del hombre arcaico. Según esto, durante un periodo el hombre cazó grandes mamíferos hoy extintos: mamuts, mastodontes, caballos, bisontes, camélidos, gliptodontes, armadillos gigantes y perezosos terrestres, armado de propulsores y lanzas con puntas de piedra trabajadas. En las excavaciones de Tepexpan, al norreste de la ciudad de México, se descubrieron los restos del famoso “hombre de Tepexpan”, que resultó ser una mujer de unos 30 años de edad y 1,60 m de estatura, muy similar a los indios contemporáneos. En la misma capa geológica se descubrieron los esqueletos de dos mamuts ultimados con lanzas que tenían puntas de piedra labrada y fueron descuartizados en el mismo lugar. Los restos han sido fechados con pruebas de fluorita alrededor del año 8000 a. C. (Romero, 1949, pp. 95-98, 117). Muchas otras excavaciones confirman estos hechos.

Es evidente que las armas que poseía el hombre lítico no eran suficientes para enfrentar enemigos tan poderosos. No es posible vencer a un mamut con un cuchillo rudimentario y un palo con punta de piedra. Visto desde la perspectiva individual, también el descuartizamiento y transporte de la carne presenta problemas insuperables. Solo en grupo y con la cooperación de toda la banda se podía ojear a los grandes mamíferos con ruidos o fuegos, obligándolos a internarse en pantanos, en donde perdían movilidad, o a despeñarse en un precipicio. La operación exigía una división compleja del trabajo y la coordinación de un mando único (Wheat, 1972, p. 26).

A finales del periodo aparecen los primeros restos de plantas domesticadas, algunas de cuyas especies se han extinguido ya. También las habitaciones, cuevas y covachas están mejor conservadas.

A partir de estos indicios los arqueólogos se han propuesto resolver los problemas del fechamiento de la llegada y expansión espacial de los cazadores-recolectoras, su relación con diferentes ecosistemas que encontraron a su paso, el desarrollo progresivo de sus técnicas y la comparación y catalogación de hallazgos de diferentes lugares con características similares.

José Luis Lorenzo rechaza la posibilidad de estudiar a nuestros cazadores-recolectoras como parte del paleolítico europeo, porque no está probada la semejanza ni hay sincronía. De igual manera rechaza la posibilidad de extender a México las periodizaciones y definiciones culturales de la arqueología norteamericana, ya que las características físicas y geográficas del territorio mexicano son muy diferentes de las de Norteamérica, como había de probarlo la formación de Mesoamérica. Propone entonces llamar a la cultura prehistórica de cacería y recolección en México “etapa lítica”. Luego divide la historia de esas sociedades en tres “horizontes” sucesivos, distinguiendo a cada uno de acuerdo con algunos rasgos observados en los sitios arqueológicos descubiertos (Lorenzo, 1987, p. 105).

El primero, el horizonte arqueolítico, se extiende tentativamente desde 21 000 hasta 14 000 a. C. El hombre conoce ya el fuego y para la fabricación de sus instrumentos líticos practica la percusión, el corte y el desgaste. En la primera se golpea el objeto que se desea modelar para conseguir una fractura o disgregación. En el segundo, se modifica el objeto, utilizando una piedra con filo o punta con la cual se van separando partes del artefacto. El desgaste se realiza aplicando a la piedra materiales abrasivos como arena, rocas arsénicas y distintos minerales. Hay lascas y navajas, pero las puntas de proyectil son muy escasas; tampoco hay instrumentos de molienda; los objetos son grandes y burdos. Algunos sitios pertenecientes al periodo fueron señalados con anterioridad.

El Cenolítico, que dura de 14 000 a 7000 a. C., es el mejor documentado. Aquí aparecen las puntas de proyectil en gran profusión y en diferentes estilos, lo cual lleva a pensar en una especialización para la caza de diversos animales. Los buriles y puntas bifaciales y foliadas son frecuentes, anunciando nuevas técnicas en el trabajo de la piedra. Algunas son tan estandarizadas y funcionales que perduran hasta la Conquista.

Debido a la frecuente presencia de restos de grandes animales ultimados, algunos antropólogos hablan de “cazadores de mamuts”, mientras otros sostienen que con las armas con que contaban los cazadores de aquella época su supervivencia no podía estar sustentada en la caza de megafauna. Sin embargo, es evidente que la caza adquiere importancia mayor que en el periodo anterior. Los indicios de cacería por ojeo o arreadas indican asociaciones más grandes que la familia nuclear, la macrobanda. Al final del Cenolítico se extinguen los grandes mamíferos y comienza, como vimos, un periodo de calor y sequía que reduce las posibilidades de caza. El hombre se vuelve más recolector. En este periodo, como en el anterior, hay una carencia total de mobiliario. Pero aparecen las redes, bolsas, cordeles y lazos elaborados con fibras vegetales. En la costa del Pacífico hay concheros (montículos de restos marinos) que sugieren la existencia de grupos sedentarios o semisedentarios de pescadores y recolectores de fauna marina en las costas. Pertenecen a esta época sitios como el Ajuereado tardío de Coxcatlán y la sexta capa de El Riego, en Puebla, la cueva de San Nicolás en Querétaro y los sitios de Santa Isabel Ixtapan I y II en el Estado de México.

El tercer horizonte es el Protoneolítico, que va desde el año 7000 al 4500 a. C. La dieta elemental sigue proviniendo de la caza y la recolección, pero hacia el año 6000 aparecen los primeros cultígenos. Se consolida la presencia de las macrobandas. Lo más probable es que varios grupos se reunían estacionalmente (de preferencia en la época de lluvias) para luego disgregarse. Más tarde deben de haber surgido campamentos permanentes en los cuales permanece una parte del grupo, mientras partidas menores se mueven para acopiar recursos.

El tamaño de los artefactos se reduce y el acabado es más refinado. Aparecen con frecuencia pipas, hachas y azuelas. Aumenta la fabricación de objetos de hueso, astas, cuernos y conchas, así como la cordelería, cestería, redes y textiles. Las diferencias regionales en la combinación de la caza, la pesca, la recolección y la agricultura se acentúan. Hacia finales de ese horizonte aparece la cerámica, que progresa muy rápidamente. Algunos grupos adquieren características de agricultores trashumantes, una combinación seminómada de recolección-caza menor-agricultura elemental que había de sobrevivir durante varios milenios.

Según Lorena Mirambell, los sitios que corresponden a la época son más numerosos y sus restos más abundantes y mejor conservados. Entre ellos, y de norte a sur, se cuentan: periodo forrajero de Chihuahua; la cultura de Nieves de Chihuahua y Coahuila; San Isidro, de Nuevo León; San Nicolás en Querétaro; el centro de Veracruz; la cueva del Tecolote en Hidalgo; los sitios de Santa Isabel I y II en el Estado de México; El Riego, Abejas y Coxcatlán en Puebla; Guila Naquitz y Cueva Blanca en Oaxaca; y Santa Marta, Los Grifos, Aguacatenango y Chantuto en Chiapas (Manzanilla y López, 2000, p. 201).

Entre 4500 a. C. y 1521 d. C. aparecieron la agricultura y después las grandes civilizaciones que no impidieron la existencia paralela de las comunidades de cazadores-recolectoras nómadas. Modificadas por su contacto permanente con las grandes civilizaciones, ligadas a ellas en una relación simbiótica a lo largo de una frontera móvil, es muy probable que a la llegada de los españoles la población cazadora-recolectora haya sido más numerosa que la del Protoneolítico. En este periodo los nómadas del norte aprendieron a utilizar muy eficientemente sus tierras áridas, aprovechando sus mínimas ventajas y las pocas fuentes vegetales y animales de sustento que les proporcionaban. En las cuevas dejaron impresionantes obras pictóricas y entierros en los cuales los muertos están acompañados de sus enseres: arcos, flechas, cestos, ropa, adornos.

Algunas de estas sociedades que practicaban también la agricultura trashumante lograron congregarse en tribus y formar

cacicazgos, sin alterar su dependencia fundamental de las actividades de la caza y la recolección. En las épocas clásica y posclásica logran incluso formar federaciones poderosas dirigidas por caciques que en tiempos de hambruna se volcaban sobre los fértiles valles ocupados por los pueblos civilizados y establecían, como sucedió en los valles del Nilo y Mesopotamia, nuevos linajes e incluso imperios, como el tolteca-chichimeca.

Estos herederos lejanos pero directos de las comunidades de cazadores-recolectoras transformados por el contacto con culturas más desarrolladas no eran nómadas en el sentido en que lo fueron los mongoles porque esto hubiera requerido la ganadería trashumante, como actividad económica principal. Sin embargo, la concentración de recursos bióticos en algunas zonas norteñas pudo hacer de ellos (los chichimecas) cazadores-recolectoras-pescadores muy especializados. Ellos, naturalmente, no forman parte de la historia de las comunidades de cazadores-recolectoras, pero son una muestra de sus potencialidades de adaptación y desarrollo.

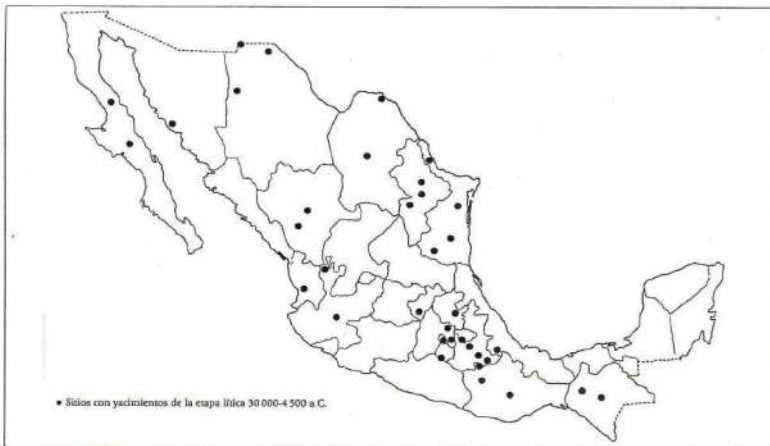
La integración de la historia de estas comunidades a los periodos dominados por la agricultura y las sociedades tributarias es legítima. A partir de 4500 a. C., hace 6 mil quinientos años, convivieron en esta parte del mundo dos civilizaciones conflictivas y complementarias. La de las comunidades “nómadas” y la de los agricultores. A partir del año 1000 a. C. con la aparición de las civilizaciones agrarias estatistas y tributarias estamos desde el punto de vista económico-social no ante una sino ante varias historias que se entretajan. Entre los años 800 y 1100 d. C. se registró una serie de migraciones de recolectoras-cazadores-agricultores seminómadas que modificaron la frontera existente entre Mesoamérica y las tierras de los chichimecas. Varias fuentes del siglo XVI relatan la llegada de olas sucesivas de pueblos norteños al altiplano central. A diferencia de otros que se quedaron atrás, los invasores contaban con una sociedad diferenciada, dominada por sacerdotes. La frontera que separa la zona agrícola de Mesoamérica de la Gran Chichimeca retrocedió 250 km hacia el sur y una zona muy extensa (unos 100 mil kilómetros cuadrados) fue

abandonada por la mayoría de los mesoamericanos. Desde entonces, en abigarrado mosaico, cohabitaron sociedades agrícolas bastante desarrolladas como los cazcanes y los tecuexes, que permanecieron en zonas más fértiles, con pueblos chichimecas como los zacatecos, guachichiles y guamares. La guerra desempeñaba un papel importante en su vida y con frecuencia solo se agrupaban políticamente mientras duraban los conflictos con otros pueblos (Kirchhoff, 1943, pp. 133-144).

Considerando que la historia económica se sustenta en todos los indicios, datos y relaciones que permitan a la vez un acercamiento más realista e imaginativo a la economía de las comunidades de cazadores-recolectoras, hagamos un recuento de nuestros conocimientos.

Resumamos aquello que la evidencia arqueológica aporta en materia de puntos de partida sólidos para una teoría económica de las comunidades de cazadores-recolectoras:

1. El hombre llegó a México en una fase muy avanzada de su evolución como *homo sapiens*.
2. Estaba integrado en comunidades de cazadores-recolectoras que no conocían la agricultura.



Cazadores y recolectoras, Enrique Florescano, 1984: 15.

3. Estas comunidades eran muy pequeñas y estaban integradas con base en unidades reproductivas (familiares).

4. Los utensilios recobrados son diversos y sugieren una compleja gama de actividades productivas, de transporte y de consumo.

5. Existen datos suficientes para hablar de una evolución progresiva de la tecnología en la elaboración de herramientas, viviendas y domesticación de plantas.

6. El estudio de los asentamientos permite suponer la existencia de patrones de nomadismo regulares relacionados con las fuentes de abastecimiento y sus ciclos naturales.

7. Debido a sus fuentes de sostenimiento, las comunidades de cazadores-recolectoras solo son posibles con una baja densidad de población. Por tanto, deben de haber existido factores, conscientes o no, que limitaban estrictamente el crecimiento de esta.

8. Este modo de vida se mantiene aún después del desarrollo de las civilizaciones mesoamericanas y crea formas de organización social y política relativamente avanzadas, pese al escaso desarrollo de la agricultura y la ausencia de una economía ganadera como la de los mongoles.

La economía nómada

La única fuente de información directa sobre las sociedades prehistóricas de cazadores-recolectoras en México es la arqueología. Un buen ejemplo de lo que esta puede aportar a la economía política de los pueblos de la antigüedad son las complejas teorías que se han elaborado sobre las grandes civilizaciones clásicas y posclásicas. Pero la arqueología de la etapa lítica está muy lejos de haber alcanzado el mismo nivel y no es probable que lo haga pronto. Múltiples obstáculos entre los cuales se cuentan no solo la austeridad de la vida material de los cazadores y lo reducido y disperso de sus grupos, sino también la atracción irresistible que ejercen las civilizaciones clásicas y posclásicas sobre los arqueólogos, han frenado su desarrollo. Los

restos materiales encontrados hasta ahora nos dirían poco sobre los procesos sociales de producción, distribución y circulación en esas sociedades, incluso si se hiciera un uso más audaz de la inferencia y la especulación del que se ha hecho hasta ahora.

Por otro lado, las generalizaciones y teorías elaboradas con base en los estudios etnográficos solo pueden aplicarse a la lítica mexicana por medio de la analogía, y la pertinencia de esta sigue siendo tema de discusión. Sin embargo, pese a que se trata de sociedades en otras latitudes y contaminadas por el contacto colonial, antropólogos y etnólogos la han estado aplicando en diversos niveles al estudio de todas las sociedades antiguas. La analogía, es decir, el método sustentado en la premisa de que los datos del presente pueden ser la clave del pasado, ha adquirido un elevado nivel de refinamiento y es usada profusamente. Si las ocho conclusiones antes esbozadas son ciertas, podemos decir que las comunidades de cazadores-recolectoras de México pertenecen al mismo género que los “salvajes” contemporáneos, tan estudiados. Existen entonces principios de lógica interna en la relación entre las diferentes etapas de las actividades y entre estas y sus productos materiales, así como los modelos económicos y sociales elaborados por la etnografía que sustentan las analogías. Cuando hablamos de las leyes de la oferta y la demanda para la economía capitalista en general, suponemos que funcionan en todas las economías capitalistas particulares. ¿Por qué las leyes que se refieren al nomadismo, la complementariedad entre recolección y caza, y la distribución del producto de acuerdo con patrones de parentesco no podrían aplicarse en un nivel de hipótesis a todas las sociedades de cazadores-recolectoras? (Binford, 1983, pp. 23-34 y 109-113).

La etnología ha avanzado considerablemente en el estudio de los pueblos nómadas que sobrevivieron el contacto con el mundo occidental. Aparte de los numerosos informes y estudios realizados durante los contactos o más tarde sobre pueblos que en la actualidad están desapareciendo o han desaparecido, contamos con los estudios contemporáneos que se hacen con todos los métodos y técnicas de la ciencia moderna. En la actualidad estos pueblos sobreviven en

veintisiete regiones (el número de bandas es mayor a quinientos): cinco en África, seis en Asia, Oceanía y Australia, y dieciséis en América (Lee et al., 1968, p. 13), que han generado una abundante biblioteca entre cuyos títulos se cuentan estudios especializados de economía como los clásicos *Antropología económica* de Melville Herkovitz y el *Stone Age Economics* de Marshall Sahlins, para no citar sino dos de ellos.

Hace apenas 10 mil años toda la población del mundo subsistía de la caza y la recolección. En tiempos de Cristo seguían ocupando la mitad de la tierra. En México, hasta el siglo XIX, su presencia era todavía importante. No podemos, por tanto, dejar de recurrir a la etnología y a la antropología económica para incursionar en el tema, recordando que sus conclusiones solo pueden servirnos de guía para una aproximación a un pasado de gran importancia formativa, bastante exitoso y sobre todo muy revelador de las victorias y derrotas que encierra el progreso. La comprobación de la validez de las hipótesis —si es posible— tendrá que provenir del cotejo de estas con los hallazgos presentes y futuros de la arqueología mexicana, tarea que incumbe a los especialistas del tema.

La organización económica y social de los cazadores-recolectoras deriva de la relación especial que establecen con la naturaleza y la tierra. Esta no es —como para los agricultores— objeto simple de su trabajo sino sujeto activo de sus vidas. Viven de sus productos en estado natural, sin intentar orientar o acrecentar su producción ni modificar o preservar sus recursos. El agotamiento de los recursos les impulsa a ir de un lugar a otro, hasta que la flora y la fauna explotadas se reponen. Su mundo no es el terruño sino el territorio, una extensión muy amplia cuyos límites están fijados solo por la presencia de otros cazadores. El mundo espiritual del cazador-recolector nómada es diametralmente diferente, opuesto, diríamos, al del agricultor sedentario. La vida en la aldea exige permanencia del grupo social; la de la banda, flexibilidad que se manifiesta en un proceso constante de fusiones y dispersiones. El agricultor goza de mayor estabilidad, el cazador de más libertad. En la aldea el producto —en la

medida en que es colectivo— se concentra primero y luego se distribuye; en la banda nómada, apenas obtenido, se comparte directamente, de acuerdo con patrones familiares reales o imaginarios. Los agricultores necesitan excedentes para reproducir anualmente los procesos productivos; los nómadas viven al día y no tienen uso alguno para los excedentes. En la primera, la propiedad privada y la división especializada del trabajo colocan a la mujer en desventaja. En la segunda, en cambio, la participación de la mujer en casi todas las actividades y la importancia de la recolección tienden a igualar a ambos sexos.

A diferencia del agricultor cuyo horizonte es la aldea, el cazador se familiariza con un territorio muy extenso que abarca con frecuencia cientos de kilómetros cuadrados. Para aprovechar todas las oportunidades estacionales de comida animal y vegetal debe desarrollar amplios conocimientos sobre sus ciclos anuales y su ubicación exacta. Los indios seris de Sonora conocen 310 especies de plantas, de las cuales usan 71 para fines alimentarios y 95 para la farmacopea. Conocen también 262 especies zoológicas, de las cuales explotan 82, entre ellas varias de grandes mamíferos y recursos marinos como moluscos, caguamas, peces y aves de mar (Felger y Moser, 1976, p. 14).

Según Holmberg, los sirocos, de Bolivia oriental, tienen un conocimiento muy preciso de los animales y plantas de su región. Cualquier niño de 10 o 12 años sabe cuándo florecen y dan fruto las plantas y cuáles son comestibles. También están enterados de las costumbres de los animales, de su alimentación, de los lugares en donde duermen y de las épocas en que crían. Toda vez que carecen de calendarios, no guardan registro del tiempo y no tienen nombre para las estaciones, pero saben con exactitud cuándo se producen los cambios estacionales, guiándose por fenómenos como la frecuencia de las lluvias, el florecimiento de las plantas y la maduración de los frutos silvestres (Holmberg, 1969, p. 23).

El nomadismo crea, naturalmente, grandes problemas técnicos y económicos. En general, las idas y vueltas de los nómadas no son movimientos erráticos, sino viajes con un objetivo y una dirección definidos con precisión. El primer problema, por tanto, es la orientación. Los

antropólogos que han convivido con esos pueblos relatan que estos rara vez se pierden, incluso en las condiciones extremas de las junglas ancestrales o los desiertos de contornos movedizos. Usando dos o tres puntos de referencia se desplazan con celeridad y eficiencia.

El segundo problema es el transporte. El único animal doméstico del hombre lítico era el perro, cuya presencia está arqueológicamente comprobada. No solo era utilizado por algunos pueblos para la caza, sino que entre los indios de Norteamérica se le usaba también para el transporte. Los peños eran entrenados para cargar bultos sobre el lomo o jalar una especie de trineo llamado “travois” que consistía en dos palos largos cuyas puntas convergían en los hombros del perro. Pero, por lo general, cazadores menos desarrollados viajaban ligeros, transportando el mínimo necesario para su subsistencia y sus utensilios y armas más preciados. No obstante, aun eso hubiera sido imposible sin las cunas portátiles, canastas, bolsas y receptáculos para líquidos y, a veces, para el fuego (Lowie, 1963, pp. 46-48, 60, 62-66). Cada uno de esos objetos fue fruto de siglos de ingenio y observación.

Sus viajes adquieren a menudo una compleja regularidad, determinada por una estrategia recolectora cuidadosamente fijada. Los shoshones de Norteamérica seguían un itinerario definido por el ciclo anual de la flora y la fauna. La etapa más sedentaria era el invierno, cuando los campamentos se establecían en los lugares más cálidos. Desde la primavera hasta el otoño, en cambio, se mantenían en movimiento. En la primavera iban a tierras bajas en donde abundaban los vegetales frescos, y hacia el verano se asentaban en las laderas de las montañas y los valles donde encontraban semillas y bayas (moras y fresas de diferentes tipos). En el verano se cazaba en las planicies bisontes y antílopes por medio de ojeadas en las cuales participaban las mujeres y los adolescentes. Para los shoshones era necesario estudiar cuidadosamente sus lugares de pastoreo, los abrevaderos y los itinerarios. En el invierno localizaban los animales que migraban, como los carneros de montaña, y se les ultimaba en lugares escarpados sin salida que restringían sus movimientos. No menos importantes eran para los habitantes del desierto los pozos, y para los de la jungla, los claros.

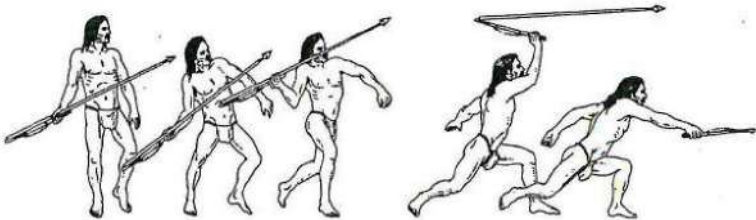
Las relaciones sociales

La vida de los cazadores-recolectoras era mucho más colectiva, comunitaria e igualitaria que la de las sociedades posteriores. No tenían parcelas individuales ni viviendas familiares. Los sironos de Bolivia oriental, cuyas bandas constaban desde sesenta hasta cien individuos, pernoctaban con frecuencia juntos en la misma casa grande. Cuando llegaban al sitio de un nuevo campamento elegían de común acuerdo un lugar adecuado y mientras las mujeres atendían a los niños y desempacaban los enseres, los hombres, sin que para ellos fuera necesario un jefe que supervisara la construcción, pasaban a erigirla. Un albergue para sesenta u ochenta personas tenía por lo regular veinte metros de largo por nueve de ancho y se construía aproximadamente en una hora. Como postes se utilizaban troncos de palma y de bambú grueso. Para reforzarlo, el armazón era amarrado a algunos árboles ubicados de manera estratégica y las paredes se levantaban con hojas de palma montacú que simplemente se hacían descansar sobre travesaños (Holmberg, 1969, p. 23).

La causa principal de la cohesión y la solidaridad que caracterizaban a esas sociedades era probablemente el carácter aleatorio de la caza. En un momento dado, un cazador podía tener éxito, mientras su vecino regresaba con las manos vacías. Un campamento recogía una cosecha de nueces y plantas mayor a sus necesidades, mientras otro cercano descubría que el lugar donde se había establecido era estéril. En esas condiciones el apoyo mutuo y la obligación de compartir se volvían asunto de vida o muerte. Además, a veces el hombre pasaba a ser de cazador a presa. Los grandes depredadores lo veían como alimento y sus armas individuales eran demasiado primitivas para asegurar su defensa. Solo el grupo podía asegurar su supervivencia. Los antropólogos relatan que casi siempre las expediciones de caza que obligaban a alejarse del campamento días enteros estaban formadas por varios cazadores y las mujeres recolectaban en grupo, cantando y haciendo ruido para alejar el peligro.

A veces, la caza colectiva presupone técnicas elaboradas de cooperación. Wheat encontró en Olsen-Chubbuck, Nevada, restos arqueológicos paleolíticos que demuestran que allí tuvo lugar un ojeo a resultas del cual fueron muertos unos doscientos bisontes. Para ello fue necesaria la cooperación de por lo menos cien personas con ayuda de perros y una división del trabajo. Informes etnográficos sobre los shoshones confirman la inferencia arqueológica. En temporadas fijas del año, varias familias nucleares o extendidas se unían para cazar antílopes o conejos. Los cazadores enlazaban sus redes individuales para formar una especie de cerca de varias decenas de metros. Los niños y las mujeres ojeaban la caza y los hombres ultimaban a los animales atrapados. Luego se dividían las tareas de descuartizarlos y transportar la carne al campamento. En esa ocasión se escogía un jefe, por lo general al mejor cazador, pero sus funciones solo duraban durante la cacería.

Ese tipo de cooperación rebasaba las relaciones de parentesco que no cumplían con los requisitos de número y composición por edades, y es el modelo para la constitución y dispersión de las bandas. El grupo fundamental rara vez era mayor que la familia, pero las bandas se formaban y disolvían en un proceso constante de fusión y dispersión que se adaptaba a los ciclos de la naturaleza. La formación de las “macrobandas” era también ocasión para fiestas, celebraciones, casamientos e intercambios de bienes.



Aun cuando para etapas más recientes se habla de “cazadores especializados”, por lo habitual en el seno de la banda no había más división del trabajo que la generada entre los sexos y las edades.

Simplemente, mientras el hombre dedicaba más tiempo a la caza mayor la mujer recolectaba nueces, vegetales y tubérculos, cazaba animales menores y, naturalmente, cuidaba a los niños.

Sería un error creer que, desde el punto de vista alimentario, la caza era una actividad más importante o de mayor rendimiento que la recolección. Como se ha demostrado recientemente, en casi todos los pueblos estudiados la dieta era ante todo vegetariana. Con la natural excepción de los pobladores del Antártico, más de 50% de las calorías y las proteínas que consumían provenían de fuentes vegetales. De manera que la imagen del porfiado cazador salvaje que perduró tanto tiempo, probablemente debido a prejuicios modernos, debe ahora ceder el lugar a la doble imagen de la recolectora hacendosa y el valiente cazador.

En un estudio de veinticuatro pueblos que aún existen se han obtenido los siguientes resultados: tres de ellos derivan su alimentación fundamentalmente de la caza, cinco de la pesca, y el resto, dieciséis, de la recolección. Solo en un caso esta representa 10% de la alimentación, y en dos, 20%. En todos los demás es mayor de 30% y en cinco es de 70%. El estudio concluye que las actividades recolectoras que incluyen plantas y moluscos son las más productivas desde el punto de vista alimentario, seguidas por la pesca. La caza de mamíferos es la fuente más aleatoria y, por tanto, es en general menos importante que las otras dos. Los pueblos que viven en los extremos norte o sur, según un estudio sobre una muestra más amplia de 58 casos, tienden a depender más de la caza de mamíferos marinos y la pesca. En las zonas templadas las combinaciones se diversifican, mientras que en las tropicales la recolección predomina claramente. De todas maneras, la suma final favorece a esta última: veintinueve grupos tienen como fuente principal de subsistencia la recolección (incluyendo vegetales y moluscos), dieciocho la pesca y once la caza (incluyendo mamíferos terrestres y marinos). Las conclusiones son que para los cazadores-recolectoras primitivos la fuente más segura y estable de alimentación es la recolección, mientras que la carne proveniente de la caza es un suplemento necesario y codiciado, pero

aleatorio, y que la mujer recolectora adquiere como proveedora tanta importancia como el hombre cazador. Es más, la familia nuclear no tiene como fin único la procreación. Cumple además una función económica primordial y ocupa un lugar central en el sistema económico, puesto que representa al mismo tiempo la división del trabajo esencial y la complementariedad vital entre recolección y caza (Lee et al., 1968, pp. 43-45).

Pero también las imágenes del cazador y la recolectora exigen ser matizadas por la gran importancia de la pesca en la evolución de las sociedades líticas. A lo largo de las costas y terrazas costeras de México abundan las acumulaciones de conchas y valvas de moluscos llamadas concheros. Algunas son de origen paleolítico de gran antigüedad. Es probable que mientras los hombres pescaban con arpón o anzuelo y cazaban tortugas que tenían la ventaja de poder conservar vivas durante varios días, las mujeres y los niños recogían moluscos adheridos a las rocas o enterrados en la arena, para lo cual solo se necesitaba una concha con borde afilado o un palo. Los seris de hoy siguen pescando el punto, la totuava y el mero, mientras que los niños recogen pequeños peces atrapados entre las rocas y que se comen con todo y espinas. Los hombres cazan la caguama preferentemente en el invierno, cuando hiberna, pero también en las demás estaciones. La captura se hace de noche y desde balsas y canoas, alumbrándose con antorchas y usando arpones. También se caza el lobo marino, del cual se utiliza la carne, el aceite y la piel. Las mujeres y los niños, por su lado, recogen huevos de gaviota y garza. Los peces se cuecen o asan en las brasas, los huevos se hierven y la mayoría de los moluscos se consumen crudos (Villalpando, 1996, p. 273).

No debe, sin embargo, subestimarse el papel que representa el cazador en la evolución de la especie humana. La caza cambió la actitud del hombre hacia los demás animales. Su idea de que estos son salvajes y de que es natural que huyan de él se deriva de esa actividad. La caza no solo proporcionaba comida, era también un acto de dominio y diferenciación con el mundo animal. Sin duda cumplía también la tarea de entrenar para la defensa y la guerra.

Los relatos de informantes españoles sobre los chichimecas, los cazadores-recolectoras que habitaban los actuales estados de Zacatecas, Guanajuato, San Luis Potosí, Coahuila y Durango, confirman esta imagen. Eran muy buenos cazadores. Sus presas preferidas consistían en liebres, conejos, cíbolos, aves, víboras y gatos monteses, además de tuzas, codornices y venados, pero no desdeñaban las ardillas y los ratones de campo. Para la caza utilizaban arcos ligeros que fabricaban con maderas de chopo, mimbre, mezquite y junípero, y flechas que hacían de cañas con puntas de obsidiana, riolita, calcedonia o ágata amarradas con tendones. Los niños eran entrenados en su uso desde la más tierna edad y los españoles no se cansaban de admirar su destreza como arqueros. Para la caza empleaban dos técnicas: el acercamiento al venado cubiertos con una cabeza de animal y su piel, y el ojeo. Las mujeres —siempre, según esos españoles— recogían mezquites, agaves, frijol rojo, palas y yucas. Se explotaba intensamente el cardón, la pitaya dulce y el sahuaro, así como el bledo y el quelite, para lo cual se valían de palos aguzados, piedras y redes. En verano se centraban en las raíces y en invierno recogían más bien frutos silvestres (López, 1981, pp. 33-36, 88-91).

La producción, distribución, recolección y consumo de los alimentos desempeñan en la sociedad de cazadores-recolectoras una función más importante que en cualquier otra. No existen grupos de productores especializados que obtengan su alimento indirectamente a cambio de otros servicios, quizá con la excepción, en las etapas más recientes, del shamán. Tampoco existen bienes suntuarios que puedan ser cambiados por alimentos en caso de necesidad. La producción de alimento y los pocos instrumentos utilizados en obtenerlo son el centro de la vida económica y, por tanto, es solo en función de ellos como pueden determinarse los niveles de vida (Sahlins, 1977, p. 23).

Durante siglos el hombre moderno ha tenido una idea muy negativa acerca de las condiciones de sus antepasados cazadores y recolectoras. Thomas Hobbes caracterizó su vida de “sórdida, brutal y corta”, y los conquistadores españoles se encargaron de difundir una leyenda tan nefasta sobre los pueblos nómadas que opusieron

una tenaz resistencia a su dominio, como la que tejieron los ingleses y holandeses sobre sus propias proezas colonizadoras. En 1692, Adamo Gilg escribía que los seris comían con placer gusanos, piojos, carroña de bestias muertas y sus propias heces, lo que ha sido desmentido por todos los informes y estudios posteriores (Villalpando, 1996, p. 272). Pero los pueblos indígenas civilizados de Mesoamérica, protagonistas y partidarios decididos de la revolución agrícola, no eran mucho más objetivos, y por lo menos una de las acepciones de la palabra chichimeca es despectiva y sinónimo de bárbaro o perro.

La mayoría de las investigaciones modernas no confirman esa imagen. Los trabajos de campo realizados demuestran que la base de subsistencia de las sociedades de cazadores-recolectoras era mucho mejor de lo que se suponía. Por lo general, las fuentes de alimentación de las etnias nómadas supervivientes son abundantes y pocas las horas de trabajo necesarias para explotarlas. Es más, existen indicios claros de que su capacidad productiva era subutilizada. Las bandas paleolíticas vivían con toda seguridad sin demasiadas carencias alimentarias y solo explotaban parte de las fuentes existentes, omitiendo otras por razones reales o imaginarias de calidad y salud. En la actualidad, algunas etnias dedican de dos a cuatro horas diarias a actividades de subsistencia. En otros casos el tiempo es mayor, pero en ninguno de los estudiados pasa de treinta horas semanales. No se observa en sus movimientos trashumantes una sensación de hostigamiento y premura. En las obras de viajeros y antropólogos son frecuentes las referencias a su despreocupación hacia el futuro y su extrema prodigalidad, manifiesta en la tendencia a aprovechar cualquier ocasión para festejar. Tampoco fue posible detectar las crisis periódicas de abastecimiento que se asignaban a esas sociedades. En sus propios términos de frugalidad nómada, los cazadores paleolíticos conocían bien los recursos alimentarios de su hábitat y eran capaces de cubrir sus necesidades sin esfuerzos extremos ni angustias desgastantes. Su condición era, sin duda, más desenvuelta y segura que la de las manadas de animales de las cuales provenían. El mensaje de la etnografía sobre niveles y condiciones de vida es aún más

válido si se recuerda que las etnias supervivientes han sido obligadas a vivir en medios mucho más inhóspitos que los que conocieron la mayoría de los pueblos paleolíticos, dueños absolutos del escenario. No es aventurado suponer que raíces, nueces, bayas y frutas estaban siempre disponibles y eran fácilmente explotadas incluso por las bandas más atrasadas (Sahlins, 1977, p. 23).

Hemos dicho en sus propios términos, y esto significa que no caemos en la trampa de atribuirles actitudes y necesidades propias a nuestra sociedad. Probablemente se regían con el principio zen, según el cual, para vivir basta con lo mínimo y no con el consumismo moderno sustentado en el carácter ilimitado de las necesidades humanas. Su confianza no los abandonaba ni en los momentos de sufrimiento más extremos. Hablando de los montagnais, decía Le Jeune en 1634:

[...] yo los veía en sus carencias y sus trabajos, sufrir con alegría. [...] Me encontraba con ellos, afligido, con grandes sufrimientos, y ellos me decían “Nos pasaremos a veces dos, hasta tres veces sin comer porque no hay alimentos; ármate de valor, Chichine, fortalece a tu alma para soportar el sufrimiento y la dificultad; no te pongas triste, si no, te vas a enfermar; mira cómo nosotros seguimos riendo pese a que tenemos muy poco que comer”. (Lee et al., 1968, p. 89)

Hecha esa aclaración, creo que puede aceptarse el reto de Marshall Sahlins, quien considera a la banda nómada como la sociedad afluyente de la antigüedad, porque sin vivir en la abundancia satisfacía las necesidades elementales de todos sus miembros, incluso los improductivos, como los niños y los viejos, sin elevarla a la condición de norma de bienestar para sociedades posteriores.

Si los cazadores-recolectoras hubieran vivido siempre al borde de la inanición, lo natural hubiera sido que explotaran todas las fuentes vegetales de alimentación disponibles. Pero los estudios etnológicos más recientes nos dicen algo muy diferente. Aun cuando los bushmen kung! de Sudáfrica tienen a su alcance unas ochenta y cinco especies comestibles que conocen perfectamente, 90% de su

alimentación proviene solo de veintitrés. En lo que respecta a la carne, se observa la misma selectividad. De cincuenta y cuatro especies clasificadas como comestibles que los bushmen kung! conocían, solo cazaban regularmente diecisiete (Bichierra, 1972, p. 345). Apenas un puñado de las decenas de pequeños mamíferos, pájaros, reptiles e insectos locales era considerado por ellos comestible. Animales como grillos, termitas, serpientes y lagartijas, consumidos en otras partes, eran rechazados por ser incomedibles. Considerando la abundancia relativa de recursos existentes en el hábitat de los seris, esto refuerza aún más lo absurdo de las imputaciones de Gilg.

Otro indicador del nivel de vida es la edad de defunción. Hasta hoy se ha supuesto que la vida de los cazadores-recolectoras era tan difícil que la gente se desgastaba con rapidez y moría a edad temprana. Pero los hechos conocidos contradicen esta suposición. El promedio de vida no era probablemente menor que el de los aldeanos que los sucedieron. Según Lee, entre los bushmen kung! de Dobe, en una población total de 466 individuos, cuarenta y seis (diecisiete hombres y veintinueve mujeres) tenían más de 60 años de edad, proporción que puede compararse favorablemente con la de viejos en muchas sociedades industriales. Además, estos tenían una posición respetada en la sociedad. Algunos eran líderes reconocidos y el senilicidismo era en extremo raro. En otros pueblos, en cambio, era más frecuente, pero rara vez una práctica regular (Lee et al., 1968, p. 36).

Existe en las culturas de esos pueblos una combinación de austeridad y tiempo libre, de privaciones y libertad, que obedece a una lógica incomprensible para un miembro de la sociedad actual. Con excepción de los esquimales, los cazadores-recolectoras van desnudos incluso en climas bastante inclementes. Según los españoles, los zacatecos y los guachichiles no llevaban ropa alguna, aun cuando portaban adornos y bandas en la cabeza (Amador, 1982, p. 24). Los indios onas y yaganes de la fría Tierra del Fuego solo se protegen de los vientos helados con grasa. Algunos construyen chozas, pero en los campamentos temporales solo se construyen mamparas o resguardos poco eficaces. Pero al mismo tiempo, según estudios detallados

de grupos primitivos en Australia y Sudamérica, estos grupos gozan de mucho tiempo libre que utilizan en fiestas, reuniones sociales, juegos y bailes en los que impera la alegría y el calor humano.

Pese a diferencias y matices, la distribución del producto de la caza, la recolección y la pesca está diseñada para asegurar la supervivencia de todos los miembros de la banda. Ninguno de los principios que rigen la distribución en la sociedad capitalista tienen vigencia allí. No existe la propiedad privada en el sentido moderno de la palabra, ni el mercado ni el salario. Compartir es entre ellos una obligación y un derecho. Las relaciones de distribución toman por tanto la configuración de la reciprocidad que, según Marshall Sahlins, puede adquirir tres formas: la reciprocidad generalizada, sustentada en el supuesto de que con el tiempo lo recibido igualará lo dado. En el momento de dar no se especifica cuándo y cómo se espera alguna retribución. La reciprocidad generalizada no se expresa en equivalentes mensurables ni está fijada en el tiempo. Esta relación es posible solo entre personas que guardan una relación duradera y muy cercana: la familia o la microbanda. La segunda forma es la reciprocidad equivalente, que representa una operación definida de intercambio de bienes y servicios con satisfacción de ambas partes. La tercera es la reciprocidad negativa, que entraña una convención no cumplida, una sustracción violenta o un hurto que da origen a la creación de un enemigo y quizá la obligación de tomar venganza. Más aún que la producción, la distribución y circulación de bienes y servicios están ligadas a relaciones de parentesco, ceremoniales y de prestigio, a un grado tal que nos obliga a hablar de lo económico en las relaciones sociales más que de una estructura económica de la distribución y la circulación propiamente dicha (Service, 1966, p. 80).

El acto de reciprocidad está indisolublemente ligado a los valores y emociones de lealtad, deber, amor y etiqueta, y los patrones de reciprocidad —sobre todo en materia alimentaria— son en general establecidos con toda claridad (Radcliffe-Brown, 1948, pp. 40-44). Entre los bushmen kung! De África las partes de un animal grande se reparten entre los cazadores, con alguna preferencia para quien infligió la

herida mortal. Luego cada uno a su vez lo reparte de la siguiente manera: su obligación prioritaria es para con los parientes de su esposa a quienes trata de igual manera que a su propia compañera y sus hijos, así como a sus parientes directos. El siguiente círculo abarca a otros familiares y amigos. Cada uno de quienes han recibido da a su vez en círculos concéntricos. Las visitas en el campamento, aun cuando no sean parientes, reciben también carne. Entre los hadzas de África oriental la carne de un gran animal es ampliamente distribuida en el campamento entre familiares y residentes, de manera que la gente tiende a congregarse en campamentos que cuentan con cazadores hábiles. El tamaño óptimo de los campamentos en verano está determinado por el número máximo de personas que pueden participar en la distribución de un animal mediano. Durante la estación de lluvias, cuando escasea la caza, en cambio, no hay incentivos para los campamentos muy poblados. Las riñas y pleitos hacen además su parte y se produce la dispersión (Lee et al., 1968, pp. 104-106).

Las armas y los utensilios más personales son de propiedad individual y objeto de actos de reciprocidad equivalente. También se practica el intercambio entre bandas que puede, en circunstancias especiales, como un producto que no existe localmente, adquirir gran importancia. Pero no existe el mercado o el trueque sistemático. Así se recurre, a veces, al “comercio silencioso” que evita los roces y fricciones que pueden surgir en el regateo o el engaño. Uno de los grupos deja algo que sabe el otro desea, en un lugar convenido. Luego regresa para ver qué le ha sido otorgado en reciprocidad; si se considera satisfecho, la operación se repetirá. En otras ocasiones se aprovecha la existencia de lazos de parentesco real o imaginario entre miembros de dos bandas para intercambiar regalos de una manera que a fin de cuentas sea más o menos equitativa.

Entre los atabascanos, cuando dos amigos que no se han visto durante mucho tiempo vuelven a encontrarse, comienzan por intercambiar regalos. Asimismo, cuando alguien visita un campamento en el cual tiene algún familiar, reparte regalos entre todos sus habitantes. Al despedirse saldrá cargado con regalos de los favorecidos

por sus atenciones. Si los participantes en el acto son de la misma edad, se espera reciprocidad. Pero si uno de los dos es más viejo, el joven no esperará nada. Compartir es un valor prioritario. Se considera de muy malas maneras negarse a dar a otro lo que este solicita, o dejar de retribuir la generosidad con generosidad (Radcliffe-Brown, 1948, p. 42).

Entre los actuales pueblos nómadas no existe un concepto simple y homogéneo de la propiedad privada. Es más bien un sistema complejo de derechos y deberes, de modo que existen diferentes tipos de propiedad, todos regulados por la obligación de dar y el derecho a recibir.

Los recursos naturales son propiedad comunal y, en caso de intromisión, deben ser defendidos por todos los miembros de la banda, aun cuando los límites territoriales no están bien definidos. A veces, más por división del trabajo que por sentido de propiedad, algunos árboles son asignados a una familia. Lo que está sujeto a un régimen más comparable a la propiedad privada moderna son las armas de uso personal, arcos, lanzas, cuchillos y algunos utensilios preferidos, pero eso no representa un derecho o un estatus sobre los demás, porque todos los miembros de la banda poseen sus equivalentes (Service, 1966, p. 22).

La banda nómada es la forma más simple de organización social. Está sustentada en relaciones de parentesco reales o ficticias. En una tribu típica de Australia un hombre define sus relaciones con otras personas dentro y fuera de la tribu mediante los términos de parentesco. Existen muchos sistemas de parentesco que van más allá de la relación biológica, es decir, una gran variedad de medios ideológicos o con los cuales se define el parentesco.

La base es la familia nuclear tradicional de padre, madre e hijos. A su alrededor hay otra familia que los antropólogos llaman ampliada. A veces esta relación es una realidad residencial y otras no lo es, pero representa siempre a un grupo de familias nucleares que se sienten más unidas entre sí que con otras.

No obstante, existen indicios de que hacia el año 2000 a. C., es decir hace 4 mil años, algunas de las bandas de cazadores-recolectoras tenían residencias más sedentarias y un tipo de organización social más compleja.

Bibliografía

- Amador, Elías. (1982). *Bosquejo histórico de Zacatecas*. Vol. 1. Guadalupe: Tipografía de la Escuela de Guadalupe.
- Bicchieri, Marco Giuseppe. (1972). *Hunters and Gatherers Today*. New York: Holt, Rinehart and Winston.
- Binford, Lewis. (1983). *In Pursuit of the Past*. London-New York: Thames and Hudson.
- Birdsell, Joseph B. (1972). *Mienu Evolution*. Chicago: Rand Mac Nally.
- Braidwood, Robert J. (1975). *Prehistoric Man*. Dallas: Scott Foresman and Company.
- Coe, Michael D. (1968). San Lorenzo and the Olmec Civilization. En E. P. Benson, *Dumbarton Oaks Conference* (pp. 57-65). Washington.
- Comas, Juan. (1947). *Antropología física. Época prehispánica*. México: INAH.
- Fagan, Brian M. (1995). *Ancient North America. The Archaeology of a Continent*. London: Thames and Hudson Ltd.
- Felger, Richard, y Moser, Mary Beek. (1976). Seri Indian Food Plants: Desert Subsistence Without a Agriculture. *Ecology of Food and Nutrition*, (5), 13-27.
- García, Barcena Joaquín. (1976). *Historia general de México*. Vol. 1. México: El Colegio de México.
- Hester, Thomas, y Shafer, Harry. (1991). *Maya Stone Tools: Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*. Madison: Prehistory Press.
- Holmberg, Alan. (1969). *Nomads of the Long Bow. The Eastern Bolivia*. New York: The American Museum of Natural History.
- Kirchhoff, Paul. (1943). Los recolectores-cazadores del norte de México. En *El norte de México y el sur de los Estados Unidos* (pp. 133-144). México: Tercera Unión sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica.
- Lee, Richard, De Vore, Irvén, y Nash, Jill. (1968). *Man the Hunter*. Chicago: Aldine Publishing Co.

- López, Luján Leonardo. (1981). *Nómadas y sedentarios. El pasado prehispánico de Zacatecas*. México: INAH.
- Lorenzo, José Luis. (1987). *La etapa lítica en México*. México: INAH.
- Lorenzo, José Luis. (1991). *La revolución neolítica en Mesoamérica*. México: INAH.
- Lorenzo, José, y Mirambell, Lorena. (1986). *Tlapacoya: 35 000 años de historia del lago de Chalco*. México: INAH.
- Lowie, Robert. (1963). *The Indians of the Plains*. New York: The National History Press.
- Manzanilla, Linda, y López, Luján Leonardo. (2000). *Historia antigua de México, 4 vols*. México: INAH-UNAM Porrúa.
- Radcliffe-Brown, Alfred. (1948). *The Andaman Indians*. Glencoe: The Free Press.
- Romero, Stewart de Terra. (1949). *Tepexpan Man*. New York: Viking Feud Publications in Archeology.
- Sahlins, Marshall. (1977). *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Service, Elman. (1966). *The Hunters*. New Jersey: Prentice-Hall.
- Shutler, Richard. (1983). *Early Man in the New World*. New Dehli: Sage Publications.
- Villalpando, Canchola María Elisa. (1996). Cazadores-recolectores y agricultores de contacto. En *Historia general de Chihuahua, tomo 1* (pp. 233-259). Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Wheat, Joe Ben. (1972). The Olsen-Chubbuck Site A Paleo-Indian Bison Kill. *Memoirs of the Society for American Archaeology*, (26).
- Wolf, Eric. (1967). *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. México: ERA.

Las ramas de la economía

Agricultura, caza y pesca

En los periodos clásico y posclásico la actividad económica principal —incluso para un sector de los habitantes de la ciudad— sigue siendo, con mucho, la agricultura. Por eso comenzamos nuestra descripción de la vida económica con ella. La civilización urbana que conoció Mesoamérica desde los años 1000 a. C. hasta la llegada de los españoles no hubiera sido posible sin cambios profundos en la tecnología agrícola. Sabemos que estos cambios no se produjeron en los instrumentos de trabajo, ya que a la llegada de los españoles no había arados, animales de tiro o medios de transporte que no fueran la canoa y el *tameme*. Fue entonces en el uso de la tierra, el agua y el abono, así como en la organización del trabajo y la adaptación a la biodiversidad, en donde se produjeron los cambios principales.

Partiendo de la intensidad con que se utilizaba la tierra, Teresa Rojas distingue dos sistemas de cultivo, el de roza y el de labrado del suelo. El primero era más extensivo y predominaba en las laderas de los montes, los bosques y las selvas primarias. La tierra se usaba durante uno o dos años y luego se abandonaba por un periodo suficiente para que la “vegetación silvestre la reconquistara”. En el segundo, la parcela se trabajaba sin interrupción año tras año, produciendo

dos o más cosechas anuales. En la práctica, existían entre los dos modelos muchas combinaciones.

El sistema de roza es casi siempre de temporal, con una cosecha anual, aun cuando en la vertiente del Golfo es posible a menudo dos veces al año, debido a la humedad ambiental y las lluvias invernales. Torquemada describe el procedimiento en los siguientes términos:

Aunque todos los Indios de esta Nueva España, eran, por la maior parte, Labradores, y Gente, que trataba en el campo, no todos goçaban de una misma calidad de Tierra, y asi se acomodaban en sus Labranças, á las condiciones de los sitios. Todos los Serranos, y que participan de Tierras calientes, hacian sus sementeras en las laderas, y gargantas de las Sierras, desmontando los Árboles, y breñas, para sembrar el grano. Y son tan fértiles las Tierras, que después de haver hecho la roça (que asi se llama) y quemando todo el sitio, lo siembran, entre las cenizas, que quedan, y se da abundantísimamente, sin mucho trabajo; y es tan poco (trabajo), que casi no tiene desiervo. Pero la Tierra que se siembra un Año, no se siembra mas en aquellos quatro, ni seis, hasta que otra vez han nacido breñas, y la cubren, con cuiá sombra se vuelve á humedecer la Tierra, y se reforma para otra siembra. Esto (como digo) es mui común en todas las Sierras, donde los Moradores carecen de llanos: aunque tienen las Aguas de Arroios, y Ríos, jamás les falta el Año en los Temporales. (Rojas y Sanders, 1989, pp. 151-152)

Este sistema estaba generalizado sobre todo en las zonas de clima tropical, de baja elevación y suficiente precipitación pluvial en el periodo de crecimiento de las plantas.

La tierra cultivada con este método tiene periodos de descanso mayores que los de su uso. Dependiendo de la fertilidad del suelo, la parcela puede ser cultivada durante uno y hasta tres o cuatro años seguidos. Después la fertilidad decrece y la vegetación salvaje comienza a invadir la parcela, recuperándola. Entonces es abandonada para un descanso regenerativo que dura por lo menos cinco años y a veces mucho más. Normalmente, los únicos fertilizantes usados en ese proceso derivan de las sales solubles que se encuentran en las cenizas de la vegetación

quemada en el proceso de limpia de la parcela. Ése es un procedimiento costoso, porque muchos de los materiales nutritivos no destruidos por el fuego son arrastrados por el agua en la temporada de lluvias. Además, desprovisto de su cubierta vegetal, el fértil suelo de la superficie es dispersado por la erosión (Melgarejo, 1975, pp. 71-77). Este sistema es comparable al llamado *brandwirtschaft*, muy común en Europa en tiempos prehistóricos. La diferencia está en que en los países tropicales la vegetación salvaje recupera casi completamente la tierra quemada y que después de algunos años la parcela puede ser vuelta a preparar y usar por un año o más, mientras que en las zonas templadas no sucede así. En las tierras bajas de la región maya predominó durante varios milenios este sistema, el más simple de todos, pero que limita severamente la densidad de la población. Estudios hechos en los años treinta con campesinos mayas de Yucatán probaron que con el sistema de roza la densidad máxima posible de la población era de 36 personas por kilómetro cuadrado, mientras que, con el sistema de labrado, Palerm calculó una densidad posible de 169 personas por kilómetro cuadrado (1972, p. 109). Es probable que a finales de la época arcaica la población que se sustentaba exclusivamente en el cultivo de roza fuera parcialmente seminómada.

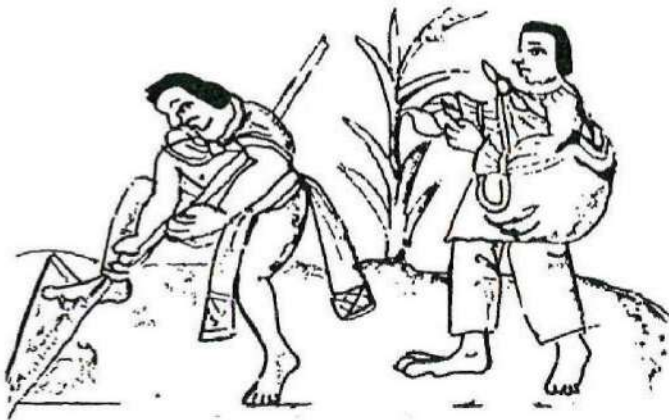


Ilustración del pasaje del “buen labrador” del *Códice Florentino*. Obsérvese el *uictli* o *coa* a manera de pala y la forma de cosechar el maíz. Lib. 10, cap. 12, f. 28v (Rojas y Sanders, 1989, p. 137).

El sistema de labrado comienza como el anterior, con la remoción de la vegetación existente y su quema, aun cuando esta no se realiza *in situ*. Aunque puede ser considerado un paso más avanzado, el cultivo de labrado es con frecuencia una adaptación a las condiciones de clima templado en el cual la reposición de la vegetación original es tan lenta que el sistema de roza no es ya aplicable. También en ese sistema se deja un periodo de descanso, pero lo que sucede es que este es igual o menor que el tiempo de uso. Durante este lapso, la tierra se queda sin vegetación o con solo una delgada capa de pasto. Incluso sin medidas especiales la erosión tiende a ser más limitada, y la destrucción de los nutrientes minerales del suelo, menor. Cuando las condiciones naturales exigen una gran extensión para la aplicación del cultivo de roza, la agricultura sedentaria y la alta densidad demográfica solo son posibles con el sistema de labrado que permite usar cada parcela durante un tiempo mayor.

La dependencia exclusiva de la agricultura de roza se identifica con sociedades de escasa estratificación social y carentes de centros ceremoniales importantes, mientras que la de labrado suele aparecer asociada con niveles más complejos de ambos.

En los sistemas de labrado, el suelo se removía varias veces durante el ciclo de producción. Primero para prepararlo para la siembra, se quitaban las hierbas, se rompían los terrones y se preparaban camellones para recibir las semillas. Una vez realizada la siembra, venían las escardas durante las cuales se deshiebaba el campo y se aflojaba la tierra alrededor de las plantas para darles luz, aire y sostén. Las semillas —según los informantes de Sahagún— habrían sido cuidadosamente escogidas:

Se apartan las que están sanas, sin tacha ni mácula lo más alabastriño de nuestro sustento. Arrojan las semillas pasadas, las podridas, las menudas. Lo mejor escogido se desparrama; se pone en el agua; por dos días, por tres días están en el agua. En la tierra labrada en lugares así se siembran.

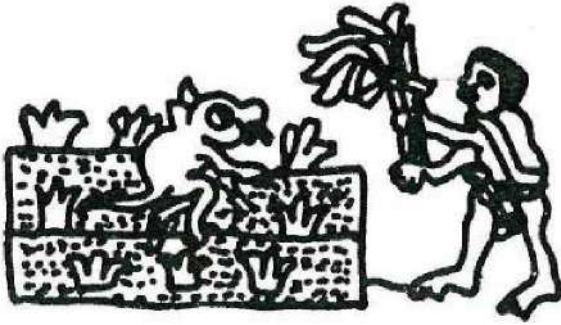
Para sembrar, se hacían hoyos previamente, desmenuzando con cuidado la tierra dentro de ellos y mezclándola con abono. Los hoyos distaban un paso uno del otro y estaban alineados a lo largo de los camellones. En cada uno de ellos se enterraban cuatro o cinco granos. En las tierras de humedad y riego, la operación se repetía todos los años e incluso dos veces al año. En los valles más fértiles toda la tierra era trabajada, no había “un palmo de tierra vacua o sin cultivar” (Cortés, 1970, p. 41).

Por lo habitual se cultivaban en la misma parcela varias plantas, ya fuera en forma alternada o en mosaico de acuerdo con el ciclo de cada planta. Además, se tienen indicios claros de la aplicación de sistemas de rotación o sucesión de cultivos diferentes para mantener la productividad de la tierra. A veces estas prácticas eran sumamente complejas, con cosechas en cada parcela en diferentes épocas, de maíz, frijol o calabaza, para repartir el riego, obtener una variedad de productos y distribuir los días de trabajo a lo largo del año, en forma más provechosa. La más común era la asociación de maíz, frijol y calabaza. Pero también se han registrado asociaciones con chile, tomate, camote, jícamas e incluso algodón y chí. Hernández, “[...] la siembra en asociación determina mayores rendimientos físicos conjuntos que el promedio de los respectivos rendimientos si los componentes fueran unicultivos” (Rojas y Sanders, 1989, 169).

La cosecha del maíz se realizaba arrancando la mazorca, con o sin las hojas que la envuelven. La operación se hacía de pie mientras que para quitar las hojas el campesino o campesina se sentaban. Luego el producto se almacenaba en trojes que había en la parcela o se llevaba directamente a la casa. Las operaciones están gráficamente registradas en los códigos y matrículas de tributo. El frijol era almacenado con sus ramas y vainas, porque en épocas de hambre todo se aprovechaba.

En los terrenos escarpados y en las hondonadas y barrancas, los campesinos mesoamericanos construían terrazas que exigían mucho trabajo y esfuerzos de mantenimiento. Estas estructuras contribuían a atenuar los efectos de la erosión, aumentar el grosor del

terreno, su materia orgánica y su capacidad de absorber y retener la humedad y el agua. Esa práctica aumentaba la superficie cultivada y acortaba los periodos de descanso.



Plaga de roedores. *Códice Telleriano-Remensis*, IV-24 (Castillo, Víctor, 1972, p. 62).

Un incremento importante en la productividad de la tierra se produce cuando se aplican fertilizantes animales o vegetales. Utilizada adecuadamente, esta técnica permite pasar del uso temporal de la tierra en el sistema de roza, al uso permanente. Su propósito más evidente es restituir al suelo la fertilidad perdida por la explotación constante. Otras son la recuperación de los nutrientes perdidos por la lixiviación o la reducción de la acidez existente en el suelo. No había escasez de fertilizantes en el México prehispánico. Vegetación podrida, algas acuáticas, palmas, restos de pescados, excrementos de animales y plantas acuáticas permitieron en muchos lugares el paso de la roza al barbecho y de este a la explotación permanente.

El de uso más común era el abono verde en el cual se incluyen los esquilmos de las cosechas, plantas silvestres, hojarasca, palma, basura orgánica de la casa y plantas acuáticas, así como maderos y magueyes podridos. A la tierra abonada con esas materias se le llamó *tlacotlalli*. A este le sigue la disposición natural o artificial de limo o lodo en los terrenos adyacentes a los ríos y arroyos, canales y lagunas, en tiempo de lluvias y crecientes. Una de las funciones de las

numerosas presas efímeras construidas a lo largo y ancho de ríos y arroyos parece haber sido la conducción de aluviones a áreas más amplias. Estas prácticas están bastante bien documentadas en fuentes arqueológicas e históricas.

Entre los abonos de origen animal se han encontrado referencias sobre el uso de guano de murciélago que se usaba mezclado con tierra para abonar chile y jitomate en las chinampas de Xochimilco, y Bernal Díaz del Castillo habla de balsas que en los canales de Tenochtitlan recogían las heces humanas para revenderlas en los mercados, con finalidades agrícolas. De acuerdo con Sahagún, entre los nahuas se usaban varias denominaciones para la tierra estercolada, distinguiendo incluso el tipo de estiércol (Castillo, 1972, p. 156). El conocimiento de los utensilios que se usaban en las actividades agrícolas en las sociedades de los periodos clásico y posclásico es muy fragmentario. Sin embargo, podemos describir algunos de ellos. El término *coa* se ha aplicado en forma genérica para designar diversos instrumentos que los españoles identificaban posteriormente con el azadón, la azada y la pala, sin embargo, este no es un símil afortunado. Deben distinguirse el bastón plantador que es un palo cuya punta se afila y endurece al fuego o se calza de una pieza de cobre. Su tamaño variaba de uno y medio a tres metros y se hacía con maderas muy duras como el roble, el encino y el otate. Predominaban los que tenían punta de madera, pero estas podían también ser de piedra o metal. Estudiando las palabras que servían para designarlo, se pueden inferir, para ese instrumento, usos muy diversos.

Había también el *uictli* de hoja o *coa* de hoja. Se trata de un palo que en uno de sus extremos tomaba una forma plana, ampliándose primero y aguzándose al final para adquirir una forma triangular, recta por un lado, curva del otro. En varias zonas, la parte plana estaba hecha de cobre endurecido. Su uso era múltiple y se encuentran referencias a su uso en la agricultura, pero también en la construcción y la irrigación. Las *coas* con mango zoomorfo eran más cortas que la altura de un hombre y estaban compuestas de dos piezas (una de ellas muy parecida a la pala) amarradas con alguna fibra, cuero o

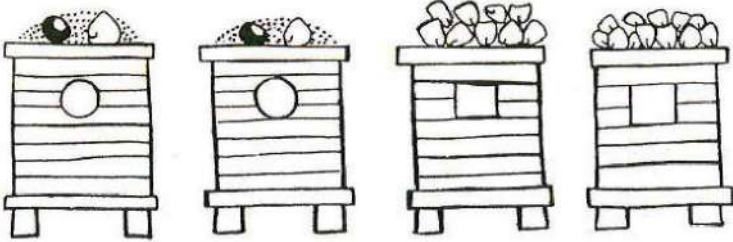
bejuco. El remate en forma de cabeza de animal servía para cargar con fuerza el peso del cuerpo del trabajador sobre el instrumento. Las formas de esos instrumentos variaban mucho. A eso hay que agregar las hachas de muchas formas y tamaños, algunas de las cuales estaban diseñadas expresamente para fines agrícolas.

Para acarrear las cosechas se utilizaban canastos y *ayates* colocados en la espalda y sostenidos con *mecapal* en la frente o los hombros. En la lucha contra pájaros y ratones, se usaban respectivamente espantapájaros hechos de hoja y venenos vegetales mezclados con alguna comida.

El siguiente paso es la irrigación, que permite introducir agua a los cultivos en los momentos más decisivos por medios artificiales. La irrigación podía ser de pequeña escala, como la que tiene lugar en huertos caseros, o de gran escala cuando una comunidad o una ciudad se une en un esfuerzo colectivo para construir y regular un gran sistema. El funcionamiento de estos sistemas entraña delegación de autoridad, organización social y ocupación prolongada de un área. Puede ser usada para aumentar la humedad de la tierra de temporal o emplearse en tiempo de secano, aumentando su productividad. Rojas sostiene que una de las causas de la dificultad para apreciar la extensión del riego en el México prehispánico es la dispersión de los sistemas, debida en buena parte a la geografía de altibajos del país.

Y por último está el ensamblaje artificial de tierras, como el que se manifiesta en las chinampas y las terrazas. Como prueban las descripciones de los españoles en el siglo XVI y otras fuentes, una buena parte de la agricultura de este siglo respondía a combinaciones sofisticadas de todos los elementos de la agricultura intensiva.

El mejor de ellos eran las chinampas que cubrían las costas de los lagos de Chalco y Xochimilco, pero que también abundaban en los alrededores de Tenochtitlan-Tlaltelolco y en el área de Xaltocan (Coe, 1964). Las chinampas son fajas de tierra en general rectangulares rodeadas de agua al menos por tres lados. Su tamaño varía considerablemente y las fuentes registran superficies prehispánicas que van de 400 a 10 mil metros cuadrados. Bien cuidadas, proporcionan



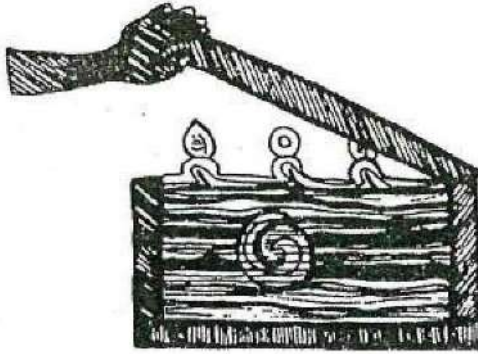
Trojes o cuescomates de madera, que contienen maíz, frijol y probablemente *chía* y *uauhtli*, que tenían que entregar de tributo los pueblos de la provincia de Chalco a los mexicas. En *Matrícula de tributos*, f. 11 r. (Rojas, Teresa y Sanders, William, 1989, p. 180).

varias cosechas al año, sobre una tierra que no debe dejarse descansar. Para construir una chinampa es necesario un lago de poca profundidad, vegetación flotante y gran cantidad de lodo. El chinampero selecciona varias porciones de esos vegetales que corta con la ayuda de una coa en fajas que, como veremos adelante, pueden ser de muy diferentes extensiones. Estos bancos vegetales que pueden tener un espesor de entre veinte centímetros y un metro, son remolcados con ayuda de una canoa y apilados unos sobre otros en el lugar escogido para la ubicación de la chinampa. Se forma así una plataforma que debe ser un poco más alta que la superficie del lago (lo ideal es alrededor de cincuenta o sesenta centímetros). Luego todo es recubierto con lodo tomado del fondo del lago. Así surge una especie de plataforma o balsa compuesta de materiales muy porosos y fertilizada por las plantas acuáticas que no tardan en entrar en descomposición. A medida que la chinampa se hunde por su propio peso, se le agregan nuevas capas para mantener su nivel. Al principio el lago se encarga de la irrigación de las plantas sembradas, pero conforme la chinampa se vuelve más gruesa, es necesario irrigarla por la superficie. Para ese propósito se usa una especie de cuchara llamada *zoquimaitl*, que consiste en una bolsa que se fija en la punta de una vara de unos cinco metros o más, también usada para sacar lodo del

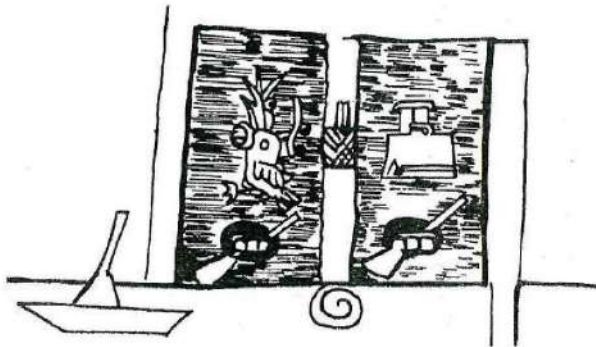
fondo del lago. El instrumento más importante del chinampero es su coa, un palo con una hoja en el extremo similar a una pala y cuya forma cambia de acuerdo con el uso que se le quiera dar. A la llegada de los españoles la hoja era de madera, pero más tarde fue de hierro. El siguiente instrumento es el punzón o huitzoch, una estaca de madera dura utilizada para perforar y sembrar semillas. En los extremos de la plataforma así construida se clavan ramas de sauce que no tardan en echar raíces y crecer, dando a las chinampas de Xochimilco su aire peculiar de jardín sombreado. Los árboles cumplen además el objetivo de impedir la erosión de las plataformas en la época de lluvias (Moriarty, 1992).

En uno de los lados de la plataforma se colocan las filas de *chapines*, pequeños cubos de lodo endurecido en el centro de los cuales se ha plantado una semilla recubierta de abono. Estos cubos se recubren con una petatera, formando una especie de invernadero en donde son dejados para que germinen. Una vez que esto ha sucedido, los chapines son colocados en canastas y luego plantados en el lugar que les corresponde en la chinampa. Pero antes, la superficie de la chinampa es preparada cuidadosamente, removiendo la tierra con la *coa* y fertilizándola. Luego se hacen agujeros en cuyo fondo se deposita lodo y agua y sobre este se coloca el *chapín*. Se recubre con más lodo y fertilizante que a veces consta de césped. En ocasiones las chinampas sirven solo de lechos y una vez que germinan las plantas son trasplantadas en suelo firme. Extremadamente intensiva, la agricultura de chinampa es de enorme productividad. Sanders calcula que una hectárea puede dar 4 mil kg de maíz, lo que representaría para las 10 mil h de chinampa en la región meridional de los lagos una cosecha de cuatro millones de kilogramos. Así, cada chinampero produce entre 2 mil y 3 mil kg de maíz al año. Pero estos son cálculos para mediados del siglo XX, de manera que es muy difícil calcular su productividad prehispánica. La importancia de la chinampa para la manutención de Tenochtitlan depende de muchos factores que siguen siendo muy discutidos. Las tesis que sostienen que solo servían como huertas para el cultivo complementario de legumbres frescas

no parecen muy convincentes. Si bien la mayor parte de la alimentación de los tenochcas provenía del resto del valle y del tributo, no hay duda que el cultivo de chinampa proporcionaba una parte sustancial de sus requerimientos vegetales (Calnek, 1972).



Posible compuerta prehispánica, manejada manualmente (?). Toponímico de Atzacan, “lugar donde se encierra el agua”. *Códice Mendocino*, f. 18r; también en *Matricula de tributos*, f. 1v.



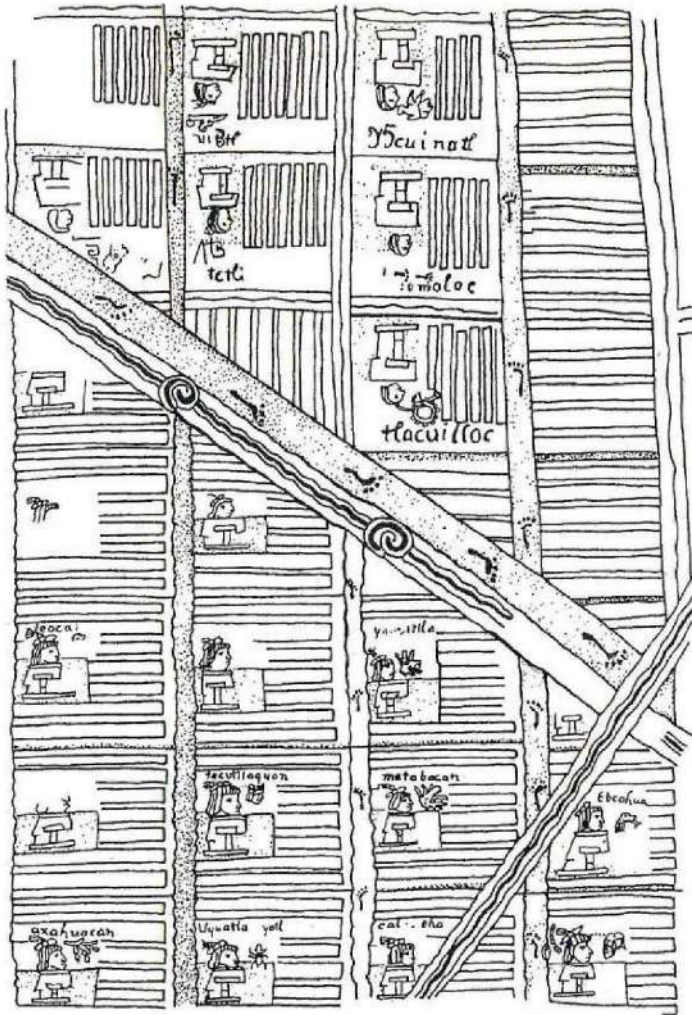
Chinampas circundadas por canales, situadas en Ateneo, en las cercanías del cerro de Culhuacán. Achitometl, señor colhua, las dio en dote a sus dos hijas. En *Códice Olota*, plancha III, fragmento. Redibujadas de Rojas y Sanders, 1989, p. 207.



Almacenamiento de maíz en troje de vigas. Hecho en el año previo a *cetochtli* (uno conejo) en el que se temían hambres. En *Códice Florentino*, lib. 7, cap. 8, f. 15r. (Rojas y Sanders, 1989, p. 181).

Francés Berdan ofrece en *The Aztecs of Central México* una excelente descripción de las actividades de recolección, caza y pesca de los mexicas:

Hierbas, frutas y productos de madera y sal eran especialmente recolectados en actividades de tiempo parcial (y a veces de tiempo completo). Las hierbas medicinales tenían una alta demanda. Había remedios herbales para la mayoría de las enfermedades populares, incluyendo la gota, fiebres, males estomacales e intestinales, diarrea, tos, ojos irritados, enfermedades de la piel y mordeduras... La sal era muy importante en la dieta y su recolección era una actividad especializada concentrada alrededor de lagos salados y la región del sur de la costa del Golfo. [...] La caza era una ocupación altamente apreciada entre los mexicas. [...] Animales de tierra y agua eran cazados sobre todo como alimentos y por sus pieles, pero algunos eran también capturados para los zoológicos de sus gobernantes y para ser domados (especialmente monos). De los animales de tierra, venados, conejos, liebres, zorros, mochileras, armadillos, roedores de



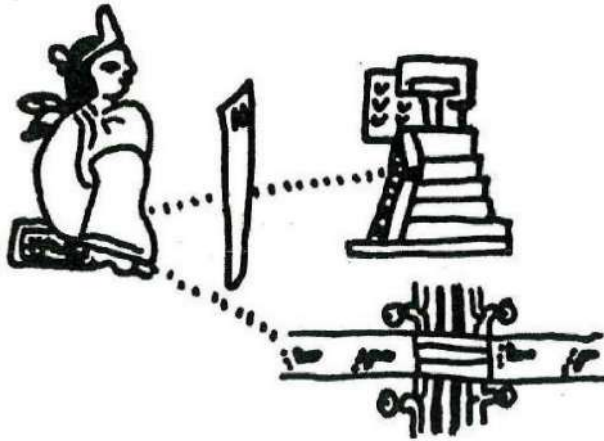
Mapa de chinampas (Bray, 1968, p. 115). Parte de un mapa de principios del siglo XVI mostrando el área de chinampas de Tenochtitlan-Tlatelolco. Las chinampas están separadas por acequias y la casa del dueño se ubica en un cuadro de tierra firme. Los nombres de los dueños aparecen en jeroglíficos aztecas y en español. Los grandes canales están marcados con líneas ondulantes y símbolos, y las calles que bordean los canales con huellas.

diferentes tipos, jabalíes salvajes y tapires cuya carne era muy apreciada y se encontraba regularmente en los mercados, ya sea cruda o cocinada. En la caza de los animales grandes se usaban los lazos y las trampas.

Los lagos y sus riberas estaban repletos de animales, peces y aves acuáticas. Tortugas, salamandras, ranas, renacuajos, moluscos y crustáceos abundaban y eran considerados muy sabrosos. La recolección de esos animales requería relativamente poca inversión de tecnología, las lanzas y las redes eran generalmente suficientes. En algunos casos como el de las tortugas, ni siquiera estas eran necesarias. [...] Muchas variedades de peces grandes y chicos eran apresadas en los lagos y los arroyos con la ayuda de redes y lanzas. Algunas personas eran pescadores de tiempo completo y pescaban solos o en grupos de dos o tres. Como sucedía con la recolección y la caza, se trataba de pequeñas empresas.



Uso de la fisga para caza de aves acuáticas. Dibujo basado en *Códice Florentino*, 1979, vol. 11, 29v.



Supervisor del trabajo de mantenimiento de templos, puentes y acequias. Casti-
llo, 1972, p. 87. *Códice Mendocino*, 65.

Los pájaros comestibles también eran abundantes en las áreas de los lagos. Sahagún describe más de treinta diferentes tipos de pájaros comestibles. [...] Aun cuando la caza de pájaros se llevaba a cabo durante todo el año, llegaba a su auge en el invierno con la llegada de grandes parvadas de patos migratorios [...] [entonces] se organizaban cacerías comunales. La técnica [según Gibson] “requería la colocación de grandes redes y pilotes a intervalos para luego espantar a los patos en el atardecer con gritos y palos para recoger a los que quedaban presos. El *atlatl* también era usado”. Otros pájaros adornaban las mesas de la nobleza: codornices, faisanes, perdices y palomas [...]. (Berdan, 1982, pp. 23-25)

La artesanía

En economías complejas como las que existían en los últimos dos siglos de la Antigüedad, muchas familias de artesanos habían dejado

de ser autosuficientes. Dedicaban una parte de su trabajo a producir para el mercado o para la nobleza que les proporcionaban lo necesario para su manutención. Había productos artesanales utilitarios de uso común como cerámica casera, petates, canastos de todo tipo, huaraches, ropa e instrumentos de trabajo básicos y había productos suntuarios que eran elaborados para las clases dominantes, entre los cuales se contaban la ropa fina de algodón, joyas de oro y piedras preciosas, artefactos ceremoniales, adornos de plata y de plumas. Los primeros eran producidos por artesanos que combinaban la agricultura con su oficio en una proporción que dependía de las exigencias tributarias o la demanda del mercado. Los productores de objetos suntuarios, en cambio, eran artesanos de tiempo completo que servían principalmente a la nobleza.

Un grupo importante es el relacionado con la construcción y el mantenimiento de los edificios. Según las fuentes, había albañiles, carpinteros, canteros y encaladores. Mientras que los comuneros construían sus propias casas con la ayuda de familiares y amigos, las clases medias urbanas acostumbraban encargar la construcción de las suyas a los albañiles. Los palacios, templos, plazas, avenidas y murallas públicas exigían el trabajo de miles de trabajadores especializados. Según las fuentes españolas, estos eran muy calificados, lo que permitió la construcción rápida de las casas y edificios de los conquistadores.

Los materiales e instrumentos necesarios para sus oficios aparecen con frecuencia en las listas de mercancías que se canjeaban en los mercados, de manera que ellos no tenían que obtenerlos o fabricarlos directamente. Ahí están registradas navajas, hachas, palancas, escoplos, sogas, palas y punzones, así como cal, vigas, piedras, adobe y ladrillos. Los arqueólogos han llegado a la conclusión de que los constructores contaban con algún tipo de plomada y un instrumento de nivelación probablemente similar a los que usaban los romanos (Abrams, 1994, p. 71). Hay además noticia de barrios y pueblos que se especializaban en diferentes tareas de la construcción. Para dar una idea de la magnitud y complejidad de las obras, recordaremos que en

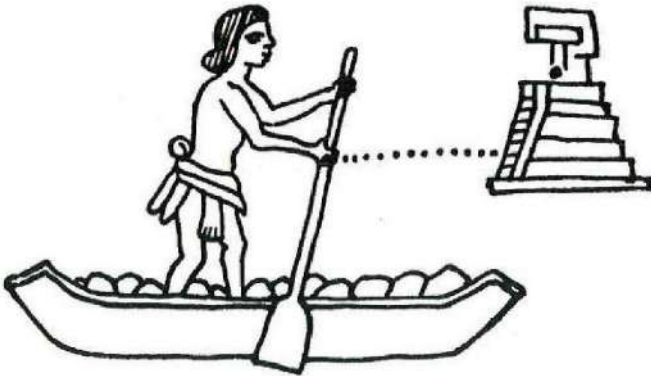
Teotihuacan la Pirámide del Sol con una base de 207 metros de lado y una altura de sesenta y tres metros, contiene aproximadamente un millón de metros cúbicos de tierra. Su construcción fue el resultado de la labor de diez mil personas durante veinte años y la Pirámide de La Luna, que medía ciento cincuenta metros por ciento veinte de base y cuarenta y dos metros de altura, debió de ser resultado de un esfuerzo similar. Además, los grandes templos fueron construidos y reconstruidos varias veces entre el principio de nuestra era y el año 300.



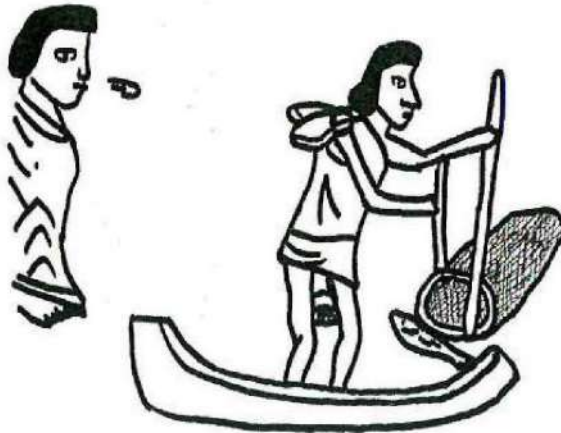
Redes para cazar aves acuáticas. Dibujo basado en *Códice Florentino*, 1979, vol. II, 61.v.

Tenochtitlan era una ciudad que había sido construida no solo como capital política y mercado central sino como un centro hecho para impresionar a los adversarios y servir de sede imperial. A diferencia de otras ciudades que tenían un trazo caprichoso, Tenochtitlan había sido cuidadosamente planeada y construida de acuerdo con

principios políticos, religiosos, militares y funcionales. La planeación estaba centralizada y expresaba el poder del *huey tlatoani*. Los canales y caminos estaban trazados en ángulos rectos, siguiendo una sola orientación para toda la ciudad y el tráfico y los embarcaderos estaban rigurosamente ordenados. Las principales avenidas de acceso contaban con puentes levadizos para dejar pasar las canoas y las casas de dos pisos, propiedad de nobles y ricos mercaderes eran bastante comunes.



Transporte de materiales a través del lago (Castillo, 1972, p. 37). *Códice Mendocino*, 64.



Joven de 14 años pescando con red manual. Dibujo basado en *Códice Mendocino*, 1979, 60r.

Los instrumentos cortantes de obsidiana son uno de los logros más impresionantes de la tecnología artesanal mesoamericana. Aun cuando la obsidiana es quebradiza, puede ser fracturada en láminas con filos muy agudos. En realidad, el filo de una hoja prismática puede ser más afilado que el de un escalpelo de cirujano. Estudios microscópicos han demostrado que las hojas de obsidiana prismáticas tienen un filo más cortante que el de cualquier otro instrumento, antiguo o moderno. No es de extrañarse que los habitantes de Mesoamérica hayan escogido esa piedra para confeccionar un sinnúmero de instrumentos. En víspera de la llegada de los españoles, el trabajo de la obsidiana había alcanzado un alto nivel de perfección. Con ella se fabricaban no solo cuchillos, navajas y puntas de espada y de lanza, que los españoles aprendieron pronto a respetar, sino también una gran variedad de instrumentos caseros y de trabajo como taladros, agujas y puntas de flecha. Los artesanos que fabricaban navajas trabajaban en los mercados y en poco tiempo podían fabricar una veintena de piezas. Después de la alfarería, los instrumentos de obsidiana son los restos más comunes en los sitios residenciales de los mexicas.

La tecnología de su producción se iniciaba en las minas en donde la piedra era extraída de pozos utilizando instrumentos de basalto. Luego se trabajaba con diferentes técnicas hasta obtener el instrumento deseado. El alto nivel de habilidad necesaria para producir hojas prismáticas indica la presencia de un especialista consumado (Smith, 1996, p. 87).

El hogar mexica estaba equipado con varios objetos de cerámica. Había jarrones para agua y para la conservación de alimentos, vajillas, figuras para el culto, así como juguetes para los niños. También se han encontrado pipas para tabaco, campanas y silbatos. La cerámica era producida a mano y luego tostada a fuego o posiblemente en hornos. Sahagún sugiere que había dos tipos de alfareros, los que fabricaban diversos objetos y los que se especializaban en la elaboración de comales. Pero otras fuentes señalan una especialización mayor. Según Torquemada, los artesanos que hacían vajillas de barro

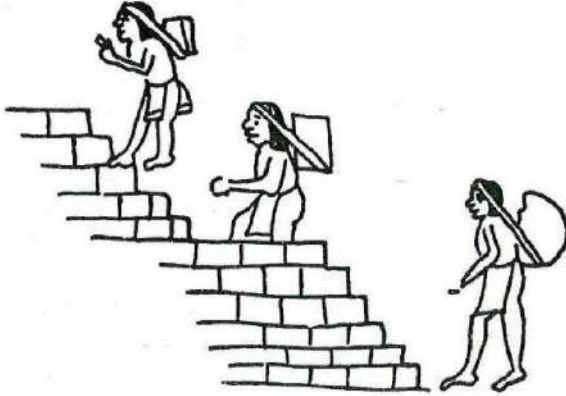
y los que se especializaban en la confección de jícaras y tecomates hecha de la cáscara de la calabaza, no eran los mismos.

Las telas de algodón tenían muchos usos entre los indígenas. Servían para la elaboración de ropa, así como para ropa de cama, objetos decorativos, armaduras y túnicas para los muertos. En forma de *quachtli*, una larga tira enrollada, servían de medio de cambio, regalos y objetos de tributo. Entre los mexicas, solo los nobles podían usar ropa de algodón, mientras los comuneros debían vestirse con pieles de animales o tejidos de maguey.

El hilado y el tejido eran ocupaciones reservadas para las mujeres. La producción comenzaba con la limpieza y el peinado del algodón crudo. Luego venía la elaboración del hilo a mano con un huso de veinticinco a ochenta cm cuya punta descansaba en una base de piedra o cerámica. Una variedad de plantas e insectos eran aplastados y luego hervidos para producir los colorantes que se usaban para teñir el hilo. Estos colorantes eran generalmente obra de especialistas que los vendían en el mercado. La tela era tejida en un telar de cintura. La mujer amarraba un extremo del artefacto a un árbol o un poste y el otro a una tira que rodeaba su cintura. Luego se inclinaba hacia atrás, regulando con su posición la tensión del telar. Desgraciadamente, las lanzaderas eran de madera o hueso y muy pocas sobreviven en los sitios arqueológicos, pero aparecen profusamente en las ilustraciones de los códices. En las zonas cálidas se tejía en mayor cantidad telas de algodón, mientras que en el Valle de México predominaban las de fibras de maguey. Lo sabemos por la frecuencia en que aparecen en esta última región los husos que se utilizaban para fabricar tejidos de maguey y que eran más grandes.

Muy importantes también eran las industrias que se ocupaban del beneficio del maguey. Tanto las hojas como la savia eran utilizadas para elaborar diferentes productos, principalmente fibras y pulque. Para hacer fibras, las pencas eran ablandadas en una solución o se tostaban en un agujero en el suelo. Luego, con un raspador, se separaba la fibra que se dejaba secar. Las fibras secas eran hiladas para elaborar cuerdas o un hilo grueso que era empleado para la

fabricación de tejidos. El pulque se obtenía de la savia en un procedimiento no muy diferente del que se usa en la actualidad (Gonçalves, 1978, pp. 30-56).



Construcción del templo de Tlatelolco. (Castillo, 1972, p. 89) *Códice Azcatitlan*, 14.

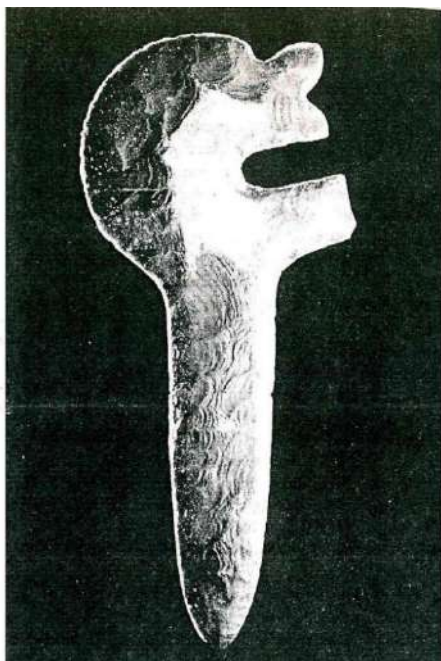
En los últimos dos siglos del posclásico, Mesoamérica estaba entrando en la era de la metalurgia. Introducidas probablemente por los incas cuyos antepasados las habían descubierto hacía ya un milenio, las técnicas del trabajo del cobre se extendían rápidamente. Aparecieron primero en el occidente y, hacia el siglo XV, los herreros de varias partes del imperio mexica habían perfeccionado diversas técnicas para trabajar los metales. El martilleo en frío o en caliente, la fundición en moldes abiertos o de cera, eran usados para obtener productos suntuarios como anillos, campanas y ornamentos o de uso cotidiano como las agujas para coser, cinceles, hachas y anzuelos que eran vendidos en el mercado de Tlatelolco. Algunas de las técnicas eran originarias del área andina y otras fueron desarrolladas por los pueblos del occidente mexicano. Estas técnicas estaban difundidas sobre todo entre los tarascos, enemigos de los mexicas, que las usaban también para la confección de armas (Smith, 1996, pp. 96, 97). Además de estas especialidades, las fuentes etnohistóricas se refieren a los artesanos que se beneficiaban de la resina de pino y los que elaboraban medicinas y antorchas.

Muy importante debe de haber sido la industria de la construcción de canoas y piraguas. Para Tenochtitlan, el tráfico de canoas no solo era más eficiente y barato que el que iba por tierra, sino frecuentemente más corto. No se sabe con precisión cuán extenso era el tráfico de canoas, aunque era importante. Los relatos de comienzos del siglo XVI varían, pero todos indican gran número de piraguas, probablemente 100 mil canoas individuales y 60 mil o 70 mil canoas grandes. Hay un registro colonial de una canoa de una longitud de 30,8 por 9,8 metros, aun cuando el promedio tenía una longitud de 4,28 metros. La capacidad de acarreo era de varias toneladas por canoa y la velocidad promedio a la que se desplazaban era de entre 2,6 y 3,5 km por hora. Es evidente que la producción y mantenimiento de esa flota exigía de una verdadera industria y personal altamente especializado (Hassig, 2000, pp. 71-73).

Los bienes suntuarios tenían una gran importancia en la economía y la sociedad mexicas. Eran las principales mercancías en el comercio a larga distancia y símbolos distintivos de identidad, jerarquía social, etiqueta y preferencia religiosa. Se daban como regalos para sellar acuerdos diplomáticos, alianzas políticas y lazos sociales.

La mayoría era usada exclusivamente por los nobles y los sacerdotes, y la organización de su producción difería considerablemente de la de los bienes utilitarios. Los artesanos de bienes suntuarios eran especialistas de tiempo completo y sus productos se destinaban directamente a sus mecenas nobles o al mercado donde sus compradores pertenecían por lo general a la misma clase. Los artesanos de algunos oficios estaban organizados en una institución que recuerda los gremios medievales y tenían sus propios *calpullis*. La mayor parte de la información sobre esos bienes proviene de fuentes españolas.

Algunos de los objetos de arte más bellos y sofisticados pertenecían a la joyería de oro. A diferencia de la metalurgia de cobre, que no estaba ampliamente establecida en el Valle de México, el trabajo de oro era una ocupación importante en Tenochtitlan. La complejidad de las técnicas utilizadas sugiere un largo periodo de aprendizaje y las imágenes del *Códice Mendoza* confirman una ocupación hereditaria.



Cuchillo de sílex con la silueta del dios de la muerte. Cultura mexicana. Posclásico

Los artesanos que trabajaban las piedras preciosas usaban obsidiana, esmeraldas, turquesas, jade y amatistas. Para los mexicas, la más valiosa era el jade, en parte por su escasez y su belleza y en parte por el simbolismo del color verde que representaba el agua, la fertilidad y la distinción. Los lapidarios las pulían con ayuda de abrasivos, las esmaltaban, las labraban, las engastaban o hacían mosaicos para recubrir objetos como calaveras humanas, mangos de cuchillo y esculturas de piedra. Asimismo, las joyas de piedra más apreciadas eran los collares, brazaletes, aretes para las orejas y adornos para los labios.

El arte plumario fue probablemente el más distintivo del arte mexicano. Los artesanos que se dedicaban a él recibían el nombre de *amantecas* y se contaban entre los más ricos e influyentes, solo superados por los *pochtecas*. Su trabajo fue descrito por Torquemada en los siguientes términos:

Pero lo que parece más de maravillar es el oficio y arte de labrar la pluma, con sus mismos naturales colores, asentada, de la misma manera que pueden los muy primos y pulidos pintores, con delicados y delgados pinceles. [...] Hay otra cosa de notable primor, es esta arte de la plumería, que si son veinte oficiales toman a hacer una imagen todos ellos juntos; y dividen entre sí, por partes, la imagen, y cada cual de ellos lleva a su casa la parte que le cupo en suerte y la hace, sin ver la que hace el otro, ni los matices que le da, ni colores con que la hermosea; y después de acabada se vuelven a juntar y la componen y pegan unas partes con otras y queda, después de toda junta, la figura o cuadro, tan ajustado e igual, en su proporción, que no parece haber sido de diversas manos, sino de una sola y sorteados los colores con grandísimo cuidado. (Citado en Rojas, 1986, p. 169)

Con las plumas se hacían abanicos, escudos, trajes guerreros, capas, adornos para la cabeza y tapices decorativos que eran considerados muy valiosos.

Los pintores eran conocidos con el nombre de *tlacuilos*. La importancia de su trabajo tiene testimonios directos. La pintura mural estaba extendida por toda Mesoamérica. De ella han quedado como testimonio los murales de Bonampak, Teotihuacan, Cacaxtla, y las excavaciones del Templo Mayor han probado que los mexicas decoraban profusamente sus edificios públicos y sus palacios con pinturas, hoy perdidas (Smith, 1996, pp. 99-107; Rojas, 1986, pp. 162-170).

Los artífices de productos suntuarios, sobre todo los más dotados, formaban parte de una clase media que tenía derecho a poseer tierras, vivir en los palacios de los nobles y gozar de algunos de sus privilegios. Junto con los *pochtecas*, representaban un estrato plebeyo en ascenso que se confundía con las capas más bajas de la nobleza.

A eso debemos agregar la industria militar que debe haber ocupado a una gran variedad de artesanos, la complejidad de cuya labor podemos deducir de la descripción que hace Bernal Díaz del Castillo de un arsenal que encontró en Tenochtitlan:

Montezuma [tenía] dos casas llenas de todo género de armas, y muchas de ellas ricas, con oro y pedrería, donde había rodelas grandes y chicas, y unas como macanas, y otras a manera de espadas de a dos manos, engastadas en ellas unas navajas, que, aunque den con ellas en un broquel o rodela no saltan, y cortan, en fin, como navajas, que se rapan con ellas las cabezas.

Tenían muy buenos arcos y flechas y varas de a dos gajos, y otras de a uno, con sus tiraderas, y muchas hondas y piedras rollizas hechas a mano, y unos como paveses, que son de arte que los pueden arrollar arriba cuando no pelean, porque no les estorbe, y al tiempo de pelear, cuando son menester, los dejan caer y quedan cubiertos sus cuerpos de arriba abajo.

También tenía muchas armas de algodón colchadas y ricamente labradas por fuera de plumas de muchos colores, a manera de divisas e invenciones, y tenían otros como capacetes y cascos de madera y de hueso, también muy labrados de pluma por fuera. (Díaz, 1981, pp. 328-329)

Tráfico y comercio externo

Deben distinguirse dos tipos de economía ligados al cambio: la que deriva del comercio a larga distancia y que representa primordialmente un intercambio entre elites e incluso entre Estados a través de mercaderes especializados en esas tareas, y las transacciones cotidianas que tienen lugar entre los concurrentes a los mercados locales en días de plaza.

En el primero, los productos intercambiados son materias primas de alto valor y objetos de lujo, sus propietarios son el monarca, los nobles y sus agentes, mercaderes en grande que actúan como gremio o corporación. En el segundo, los objetos son generalmente de uso común y los “marchantes” son individuos, sean los mismos productores o bien pequeños comerciantes (*tlauecuilos*) que adquieren

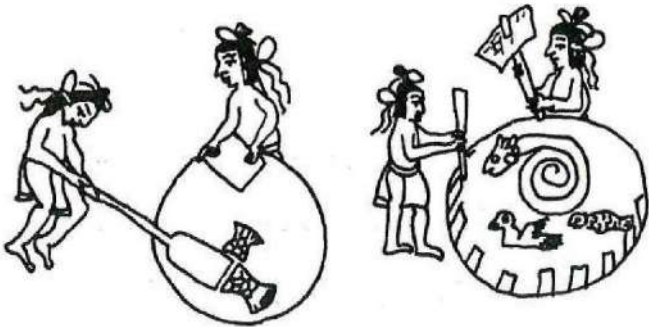
artículos para revenderlos, ocupando un lugar estable como pequeños intermediarios.

El comercio de larga distancia genera grandes utilidades y los comerciantes que lo ejercen acumulan cuantiosas fortunas y poder a un nivel solo inferior al de los guerreros. En cambio, las operaciones que tienen lugar en los mercados son en general de pequeñas dimensiones, sus ganancias son modestas y los artesanos que lo ejercen lo hacen como actividad complementaria. En cuanto a los *tlauecuilos*, pertenecen al común del pueblo y carecen de poder corporativo propio.

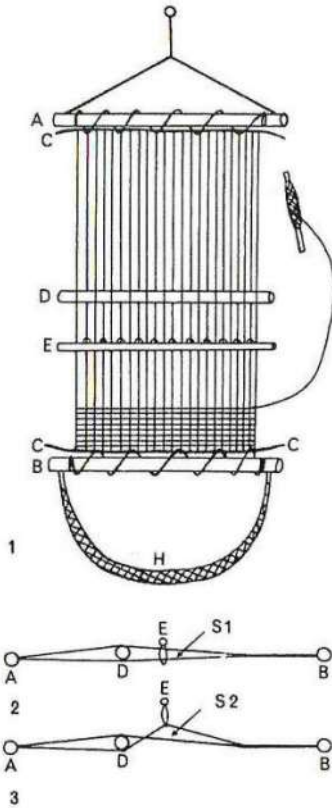
El tráfico a larga distancia está indisolublemente ligado con la política exterior y la guerra y rara vez es una actividad puramente económica. En sus viajes, los comerciantes servían con frecuencia como emisarios políticos o espías. A veces eran asaltados, apresados y asesinados y estos incidentes servían para justificar las guerras mexicas que culminaban en la imposición del tributo. Una vez que esto sucedía, diversos bienes que antes fluían a Tenochtitlan por vía comercial llegaban ahora como tributo, sin reciprocidad alguna. El papel de los comerciantes era sustituido por el de los guerreros y los cobradores de impuestos. Los pueblos más débiles tenían como opciones el comercio y el respeto de los pochtecas o la guerra y la imposición del tributo.



Pipas. En el México prehispánico el uso del tabaco gozó de gran popularidad entre los nobles. Cultura mexicana. Periodo posclásico.



Criaderos o cercados en el lago. (Castillo, 1972, p. 41) *Códice Azcatitlan*, 14.



Dibujo esquemático de un telar de cintura. Las figuras 1, 2 y 3 muestran las posiciones sucesivas en el proceso de tejer.

El mercado regular de “plaza” en cambio formaba parte de la vida cotidiana de los *macehuales*, quienes se desplazaban quince y hasta veinte kilómetros para concurrir a ellos. Su atracción no era solo comprar y vender, sino también encontrarse con amigos, chismear e intercambiar información local. Esos mercados eran un poderoso impulso de la división del trabajo y un regulador parcial de la distribución de los recursos productivos diferentes de la tierra. La tradición, por tanto, del artesano-comerciante o del campesino-comerciante es muy antigua (Carrasco y Broda, 1978, pp. 15-76).

Paradójicamente, sabemos mucho más de los mercados locales que del comercio a larga distancia. Esto se debe en buena medida a que los españoles necesitaban a los primeros para abastecerse, mientras que no tenían uso para el segundo y por eso permitieron que se desintegrara. No les proporcionaba oro en cantidades suficientes y los demás bienes que lo integraban estaban íntimamente ligados a la vida y el consumo elitista de las ciudades y los imperios prehispánicos. Además, sus calendarios e itinerarios dependían de los antiguos métodos de transporte. Por eso los españoles escribieron muy poco acerca de ellos. Las redes del comercio antiguo a larga distancia no tardaron más de una generación en desaparecer; los mercados de día de “plaza” en cambio sobreviven hasta nuestros días. No podemos dejar de observar que la diferencia en el destino de ambos es una prueba más de la disparidad de sus funciones en aquella época.

El comercio de larga distancia gozaba de alto prestigio en la sociedad mexicana, como lo prueban la importancia de las fiestas y las ceremonias que precedían la salida de una caravana y el hecho de que el maltrato de los *pochtecas* por otras naciones se traducía en la declaración de guerra. Los comerciantes profesionales se ocupaban preferentemente del comercio exterior; no obstante, Berdan, a diferencia de otros estudiosos, considera que es posible probar que también comerciaban en las ciudades de la Triple Alianza. Entre los mexicanos eran llamados *pochtecas*. No es fácil ubicarlos socialmente, ya que no eran *pillis* (nobles) ni *macehuales* (plebeyos). Su posición en la sociedad era intermedia y probablemente estaba en transición. Compartían privilegios y tradiciones con los nobles y deberes con los comunes. Podían a veces, como los primeros, poseer tierra, portar símbolos de nobleza y mandar a sus hijos a los *calmécac*. Pero

como los segundos, pagaban tributo, aun cuando solo en especie (estaban exentos del trabajo obligatorio de los *macehuales*). Sahagún los llama “nobleza por fantasía”. Algunos, sobre todo los más ricos, eran poderosos y muy apreciados por el soberano, pero raramente admitidos en la corte.

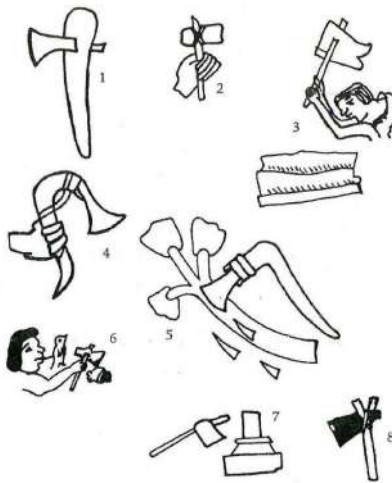
Su posición era familiar y hereditaria y su negocio no era una actividad individual. En cada ciudad vivían en los mismos barrios y formaban corporaciones en las cuales se asociaban con comerciantes de otras ciudades. Era el único sector de la sociedad mexicana que dictaba sus propias leyes, y sus gremios eran fuerzas empresariales bien organizadas y dinámicas que controlaban la membresía, el acceso a los mercados internos y externos, los códigos morales, las jerarquías, y velaban por el estatus de la asociación.

Rígidamente jerarquizados, los gremios incluían a los *pochtcatlatlanis* (comerciantes principales), los *pochtecas* (simples comerciantes), los *oztomecas* (comerciantes de vanguardia), los *naualoztomecas* (comerciantes disfrazados), los *teinoaloanimes* (comerciantes espías) y los *tecoanimes* (comerciantes de esclavos) (Acosta, 1945).

Para cada uno de los seis *calpullis* de mercaderes de Tlaltelolco-Tenochtitlan solo se reporta un comerciante principal, lo cual es indicio suficiente de su importancia. Su función es evidente por el lugar que ocupa en las fiestas, su responsabilidad en la nominación de autoridades dentro del gremio, sus obligaciones como juez y sus funciones como enlace con el Estado. Los mercaderes sin adjetivos, los *pochtecas*, operaban, según se desprende de los escritos de Sahagún, solo en lugares seguros, sobre todo al interior del imperio. Los *oztomecas*, en cambio, comerciaban fuera del imperio, viajando por territorios hostiles. Esos comerciantes que viajaban frecuentemente disfrazados juzgaban y sentenciaban a los demás y, sobre todo, estaban relacionados con actividades bélicas. Se les asocia con la conquista de Ayotlan, con la penetración de regiones hostiles y la información militar, pero son probablemente un grupo menos distinguido que el anterior. En cuanto a los *tecoanimes*, eran los miembros más ricos del gremio y comerciaban tanto dentro como fuera del imperio.

Al interior del gremio existía un grado razonable de movilidad social y los términos de la carrera comercial estaban bien delineados.

Cuando un hijo de comerciante participaba en su primera expedición, recibía el nombre de *pochtecatlpopochtin*. Después de varias expediciones exitosas podía realizar la ceremonia del lavatorio de pies de los principales y se convertía en *pochteca* o en *oztomeca*. Habiendo reunido un capital suficiente; podía celebrar una suntuosa fiesta para los *pillis* y si estos se mostraban satisfechos, ascendía a líder de caravanas, el grado superior de la escala. El siguiente paso era realizar el *tealtiliztli*, el baño de los esclavos que van a ser sacrificados, ceremonia extraordinariamente costosa que los equiparaba con los guerreros. Si no estaban en condiciones de realizar las fiestas tenían otra vía de ascenso: convertirse en mercaderes disfrazados que viajaban a territorios hostiles. Cada cambio de condición era acompañado de ritos y ceremonias religiosas (León-Portilla, 1962, pp. 39-40).



Tipos de hachas. 1) Como topónimo de Tepoztitla, *Códice Mendocino*. 2) Usada por el *tetzotzonqui*, picapedrero y por el *texinqui*, cantero, *Matrícula de Huexotzinco*. 3) Usada por el *quauhxinqui*, carpintero, *Matrícula de Huexotzinco*. 4) Hacha de los carpinteros. *Códice Ozuna*. 5) Como topónimo de Quauhximalpan, *Códice Mendocino*. 6) Usada por el *texinqui*, cantero, *Matrícula de Huexotzinco*. 7) Usada por el *texinqui*, cantero. 8) Usada por el *tetzotzonqui*, picapedrero, cantero que labra las piedras. *Matrícula de Huexotzinco*. La número 6 es de clara filiación europea. Redibujado de (Rojas y Sanders, 1989, p. 225).

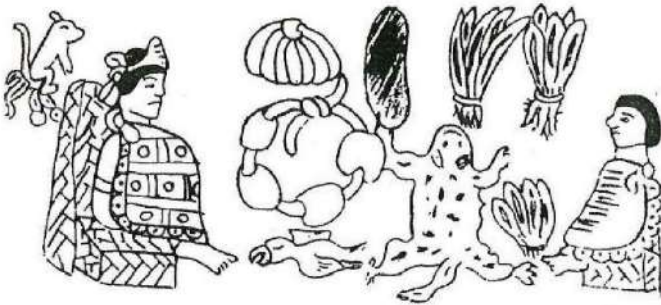


Maestros artesanos instruyendo a sus hijos en sus oficios. Redibujado de (Smith, 1996, p. 103) (*Códice Mendoza*).

El oficio requería arduo entrenamiento, valor y habilidad. Según León-Portilla, sus cualidades incluían:

Los *pochteca*: traficante, vendedor, hace préstamos, hace contratos, acumula riquezas, las multiplica.

El buen comerciante:
es viajero, caminante,
obtiene ganancias,
encuentra lo que busca,
es honrado.



El comercio. (León-Portilla, 1980, p. 321). *Códice Florentino*. El grabado muestra, parte superior, al rey Ahuizotl recibiendo de un comerciante productos de la costa: pieles de jaguar, plumajes, jade y cacao; en la parte inferior, un comprador regatea el precio de las telas, adornos de oro, utensilios de obsidiana y las cuerdas de maguey que le ofrecen dos comerciantes.

Esto puede ser tomado como uno de esos discursos edificantes que diseñaban modelos que a veces poco tenían que ver con la realidad. Si el comerciante era demasiado honrado no podía obtener ganancias importantes ni mucho menos acumular y multiplicar su riqueza.

La caravana comercial incluía esclavos portadores o *tamemes*, soldados que iban como protección, y otros viajeros. Se viajaba tanto por tierra como por mar. Cada portador cargaba unos veinticinco kilos y no existen indicios de cuánto cargaban los *pochtecas*. Trotaban en una sola fila por las veredas de las montañas, las junglas y los cañones. De acuerdo con Bernal Díaz del Castillo, avanzaban en una “jornada” unas cinco leguas diarias (una legua equivalía a unos 4,8 km y por tanto la “jornada” estaba compuesta de 24 km). Por la noche pernoctaban en cavernas, debajo de arboledas o junto a una gran roca para protegerse de los vientos, aun cuando Bernal habla también de la existencia de ventas que al borde de los caminos ofrecían a los *pochtecas* y sus caravanas albergue más cómodo y seguro. Al llegar al mar, los portadores se transformaban en remeros que impulsaban grandes canoas, algunas con cupo hasta para sesenta personas.

En los viajes hacia el sur la primera jornada era cubierta en unos ocho días y terminaba en la ciudad de Tochtepec, cerca de la frontera sur del imperio, en el noreste del actual estado de Oaxaca. Fundada por un grupo de ricos comerciantes provenientes de Tlaltelolco, esta villa era el principal puerto comercial de la frontera. A partir de allí los *pochtecas* se internaban en territorio enemigo para alcanzar los puertos comerciales del sur: hacia el este, Xicalango y hacia el oeste, Xoconusco. Para esa segunda jornada alistaban la espada y el escudo y a veces armaban incluso a sus esclavos, viajando solo de noche. Los que iban hacia el Pacífico tenían la protección de una sucesión de guarniciones mexicas hasta llegar al Xoconusco. Quienes se dirigían a Xilango, en el Golfo, tenían en cambio una jornada más corta y menos peligrosa.

Sus mercancías provenían de las bodegas reales o eran adquiridas en los mercados locales con medios proporcionados por el monarca. Sahagún describe un viaje en el cual el monarca los proveyó

con mil seiscientas *quatchtlis*, mantas de algodón, que los mercaderes de Tenochtitlan compartieron con los de Tlaltelolco.



Tememe o cargador, que transportaba sobre su espalda el tributo en aves. Dibujo basado en el Códice Kingsborough, 1994, f. 12v, detalle.

En el mercado de esa ciudad los cambiaron por ropa fina, joyas y otros objetos con los que podían comerciar en beneficio del rey. Al llegar al puerto de Xicalango cambiaron esos bienes con los gobernantes locales. En otras ocasiones compraban directamente los esclavos y bienes con los cuales comerciaban.

Los artículos de exportación más comunes eran esclavos, ropa de lujo para hombres y mujeres, ornamentos de oro y piedras preciosas, pieles de conejo, campanas de cobre, adornos de obsidiana y cobre, peines, agujas y cuchillos de obsidiana, tintes rojos y de cochinilla y hierbas aromáticas. Los más habituales parecen haber sido la ropa y los ornamentos, casi todos productos elaborados.

Los importados, en cambio, eran sobre todo materias primas: ricas plumas de pájaros tropicales, piedras preciosas y semipreciosas, cacao, oro, pieles de animales selváticos y abanicos. Las fuentes principales del oro eran los hoy estados de Guerrero y Oaxaca. La forma más común de obtenerlo era mediante tributo, aun cuando hasta donde se sabe los comerciantes mexicas llegaban hasta lo que en la actualidad es la frontera entre Costa Rica y Panamá para conseguirlo. Es importante recordar que la mayoría de las mercancías que traían los *pochtecas* no estaban destinadas a los mercados locales, sino que iban a parar a los almacenes del rey. Más que comerciantes en el sentido moderno de la palabra, los *pochtecas* eran en buena medida transportistas a comisión, si bien el monto de esta comisión era fruto de su ingenio.

La forma principal que tomaba la cuasi-moneda era el cacao, aceptado por muchas culturas. Sus granos no solo se usaban como medida de cambio, sino también para pagar multas, deudas y tributo. Su cultivo se practicaba en las regiones propicias desde el Valle de México hasta Costa Rica. Las principales áreas de abastecimiento se encontraban en lo que ahora es el área central de Veracruz, el norte de Oaxaca y el Xocónusco. Más allá de las fronteras del imperio se cultivaba en la región de Xilango en la costa del golfo, el suroeste de Guatemala y el golfo de Honduras. No existe registro de que haya sido un importante objeto de comercio para los *pochtecas*. Esto es explicable si se recuerda que el monarca recibía cada año como tributo novecientas cargas, cantidad que probablemente cubría las necesidades de la ciudad.

Pero el cacao no era el único equivalente. Había además pequeñas piezas de tela de algodón en medidas estándar, polvo de oro, envases transparentes, ricas plumas y también pequeñas hachas de cobre. Acerca de cómo circulaba ese dinero arcaico sabemos poco, pero Sahagún registra algunas equivalencias. Escribe que una canoa valía un *quachtli* (pieza de tela). El equivalente parece haberse usado más en los mercados internos, mientras que en el comercio de larga distancia predominaba el trueque. En este último no se tiene registro de la formación libre de precios. Los términos del cambio eran

fijados por las autoridades en los puertos comerciales o por convenio entre las partes, pero debe de haber habido una gran cantidad de intercambio desigual directo, única forma de acumular riquezas en una economía de producción para el consumo.

Las grandes fortunas de los *pochtecas* evidenciadas en las lujosísimas fiestas y las ricas mansiones, no podían provenir exclusivamente de los regalos que el monarca les otorgaba por sus servicios. Es muy probable que en las correrías los *pochtecas* llevaran también sus propias mercancías y de ellas obtuvieran utilidades importantes. Sus fortunas se cuantificaban en especie. El éxito y el poder de los comerciantes dependían de los favores que lograban obtener de la corte, y su intensa actividad tenía por objeto principal la obtención de ese estatus, no la acumulación de bienes *per se*.

Entre los mayas el comercio de larga distancia tenía una importancia aún mayor que entre los pueblos del centro. La economía, las guerras y la estratificación social parecen haber dependido en gran medida del buen funcionamiento de sus relaciones comerciales con el exterior. Como estaba sustentado en la ecología regional y en la especialización agrícola y de la caza, la caída de Tenochtitlan produjo una seria disrupción en los centros de poder económico y político. Ya antes de la consumación de la conquista de las tierras mayas, la estructura económica había cambiado considerablemente y hacia mediados del siglo XVI la red de relaciones comerciales del tráfico de larga distancia había desaparecido.

A diferencia de lo que sucedía con los mexicas, quienes se dedicaban al comercio entre los mayas formaban parte de la nobleza e incluso se tiene registro de familiares de monarcas que ejercían la profesión. No parece existir en esa sociedad la separación tan rígida de los comerciantes como grupo del resto de la sociedad ni tampoco se encuentran las complejas ceremonias rituales que caracterizaban al *pochteca*. Los *ppolomes*, como se les llamaba, están más cerca del monarca y no hay indicio alguno de que participen en los mercados locales. Las principales mercancías de exportación eran esclavos, telas, plumas preciosas y sal.

Las operaciones entre los mercaderes de larga distancia se realizaban en ciudades o aldeas que se han designado con el nombre de puertos comerciales aun cuando no necesariamente estuvieran al borde del mar. A menudo estos puertos tenían un rasgo común: eran poblaciones autónomas y neutrales, lo que les permitía ejercer sus funciones independientemente de los conflictos políticos y militares de la región. En ellos, las autoridades controlaban las transacciones y con frecuencia fijaban los precios. Sucedió que los notables del lugar sirvieran de intermediarios de manera que, por ejemplo, los mercaderes mexicas no trataran directamente con los *ppolomes* de Yucatán, sino que se servían de los chontales del área de Xicalango. Esto, a su vez, no impedía que esos intermediarios estuvieran directamente involucrados en empresas comerciales muy amplias que integraban al circuito internacional a los productores locales de bienes demandados.

Si bien el desarrollo histórico de esos puertos es materia de conjetura, se cree que los centros neutrales se desarrollaron como resultado de conflictos entre ciudades-Estado que necesitaban cierta seguridad para realizar sus transacciones sin permitir a emisarios de sus rivales el acceso a su territorio. Sin embargo, esa naturaleza neutral no parece ser un rasgo de todos los puertos de comercio. Algunos autores se refieren a señales claras de la presencia de fortificaciones y de dominio mexica en puertos comerciales del sur como Xoconochco o Xicalango, sugiriendo que un pariente de Moctezuma era el líder de los comerciantes mexicas residentes en este último lugar (Berdan, 1975, pp. 170-190).

Las primeras y maravilladas descripciones del impresionante mercado de Tlaltelolco que hacen los conquistadores, bien pueden servir de punto de arranque para aquilatar la importancia del mercado local (*tianquiztli*) en la sociedad mexica. Bernal Díaz nos dice que el murmullo de las voces de los asistentes se escuchaba a una legua de distancia y que algunos soldados españoles que habían estado en Constantinopla e Italia, declararon no haber visto nada comparable. Cortés, por su parte, calcula que la plaza que daba albergue

al mercado era el doble de la plaza de Salamanca, que diariamente participaban en él 60 mil personas y que la variedad de productos no era inferior a la de cualquier país del Viejo Mundo.

Otras fuentes son más moderadas respecto de la afluencia (unos 20 a 25 mil), pero aceptan que los días de mercado mayor atraían a 40 o 50 mil personas (Berdan, 1975, p. 197).

Puesto que la mayoría de los autores contemporáneos considera que no se produjeron cambios sustanciales en los mercados aborígenes en los primeros cincuenta años de la Colonia, podemos utilizar las abundantes fuentes de ese periodo para reconstruir su pasado prehispánico. Los mercados de plaza eran comunes no solo en las ciudades mayores sino prácticamente en todas las poblaciones significativas de Mesoamérica. Solo variaban en cuanto a frecuencia y variedad de productos que ofrecían. Algunos tenían una periodicidad de 20 días (mes mexica) y la mayoría se realizaba cada cinco días (semana mexica), aunque en las ciudades mayores todos los días eran de mercado. Esto permitía a los pequeños comerciantes viajar de unos a otros para vender y comprar. En Tlaltelolco, el mercado más importante del reino, era posible encontrar todos los productos de Mesoamérica, desde tunas y chiles locales, hasta algodón y cacao que venían de muy lejos. En los mercados fronterizos había bienes que interesaban a pueblos que se encontraban frecuentemente en guerra y por tanto atraían a comerciantes profesionales de diferentes nacionalidades (Rojas, 1986, pp. 239-248).

La diversidad de las mercancías que se intercambiaban era asombrosa y puede servir como indicador certero de la vigencia, amplitud y profusión de los intercambios mercantiles en la vida de los habitantes del centro de México. José Luis de Rojas ha elaborado una lista de más de 250 productos citados por autores de la época, entre los cuales se cuentan materias primas como plumas, hilo de algodón, papel, cera y adobes; herramientas como hachas de latón, cobre y estaño, palas, remos, punzones y telares; menaje doméstico como petates, canastas, loza, comales y espejos; vestuario como mantas de henequén, *huípiles*, flecos de falda y de manta; adornos de piedra,

latón, cobre, hueso y caracol; cosméticos y ungüentos; animales vivos, entre otros: gallinas, patos, perdices, codornices y tórtolas; animales muertos en la caza y la pesca como fieras, venados, culebras y peces frescos y salados; vegetales y frutas, entre ellos ajos, berros, chíá, cebollas, mameyes, guayabas y jícamas; alimentos preparados que incluían miel de abeja y de maguey, elotes cocidos, atole caliente, carne cocida y asada, tortillas de huevo y empanadas de pescado y, por fin, servicios como los que proporcionaban herbolarios, boticarios, alfareros, carpinteros y canoeros.

Si bien la mayoría de los mercados ofrecían una gran variedad de bienes, algunos se especializaban en unos cuantos. Acolman era famoso por sus perros; Texcoco por sus mantas, jícaras y cerámicas; Cholula sobresalía por sus joyas, piedras preciosas y plumas, mientras que Azcapotzalco lo era por sus esclavos. Durán sugiere que esto era resultado de una política oficial tendiente a controlar la circulación de esos bienes, pero otras fuentes no coinciden con él.

Tanto los hombres como las mujeres participaban en las transacciones de los mercados. Sahagún describe en detalle los diferentes tipos de vendedores y compradores en el mercado de Tlaltelolco. Incluye a los vendedores de cacao, de mantas, maíz, algodón, fruta, etcétera. Los productores que venían a vender sus propios productos se llamaban *tlanamacacs*. Otros de los asistentes eran, en cambio, importadores. Así, por ejemplo, el comercio del cacao y el algodón estaban en manos de los *pochtecas*. Una tercera categoría era la de las personas que ofrecían servicios. Había peluqueros y *tamemes*, gran variedad de artesanos e incluso jornaleros libres que alquilaban sus servicios.

Los mercados estaban sujetos al control oficial. Diversas fuentes hablan de la presencia de jueces de mercado y autoridades públicas. Bernal registra en Tlaltelolco la presencia de tres jueces y numerosos inspectores que revisaban tanto las mercancías como las transacciones. Una de las regulaciones más generalizadas es que nadie debía comprar y vender afuera de los mercados.



Comercio en mercado local (Castillo, 1972, p. 97). *Códice Xolotl*, 8.

Algunos autores creen que el propósito de esa prohibición era evitar el robo, pero sin duda obedecía sobre todo a la necesidad de reglamentar y controlar esta importante actividad. Sea como fuere, cualquier persona que operara afuera de la plaza, era castigada.

Cortés observa en 1519 que en los andenes donde se descargaban las canoas con mercancías para el gran mercado de Tlaltelolco había garitas en las cuales se cobraba impuesto. Durán, por su parte, habla de un impuesto de mercado cuyo producto era dividido entre el gobernante y la comunidad, y Torquemada dice que el impuesto se pagaba al gobierno. También se registran pequeñas cantidades destinadas a los jueces. No se conoce la forma de pago de esos impuestos ni qué proporción de las transacciones representaban, pero seguramente jugaban un papel significativo en el abastecimiento de las casas de los nobles locales.

Se puede decir que existen datos suficientes para formarse una idea parcial de las equivalencias reinantes. El valor de ciertos bienes como el cacao se incrementaba con la distancia y la estación, y también se cuenta con referencias explícitas respecto a la calidad en las equivalencias. Ese tipo de variaciones hacía rentables los viajes de los mercaderes. Los bienes se vendían por cantidad y medidas, pero no había unidades de peso, y los fraudes eran frecuentes, por

ejemplo, que los “malos” vendedores de maíz dispusieran en los lotes el mejor grano arriba, mientras que abajo abundaba grano inflado por la humedad y desperdicios.

Sahagún nos dice que una manta de primera calidad valía cien granos de cacao, una de segunda, ochenta y una de tercera, sesenta y cinco. Otras fuentes informan que veinte cargas de ámbar líquido valían cien mantas y que estas podían cambiarse también por cinco cargas de cochinilla, 2 mil piezas de hule o cuatrocientas campanas de cobre; veinte lingotes de oro podían cambiarse por seiscientas mantas y estas a su vez se cambiaban por veinte bezotes; cuarenta pieles de jaguar valían ochocientas mantas o cuatrocientas plumas grandes y raras; tres hilos de piedra de jade de Xoconochco valían mil doscientas mantas y un hilo de la misma piedra, pero de Cuetlaxtlan, valía 6 mil mantas. Una piedra de jade se compraba por dos cargas de oro y un traje de guerrero por dos esclavos. A su vez, un esclavo podía comprarse por cien granos de cacao y los servicios de una prostituta valían entre ocho y diez granos. En 1545, en el mercado de Tlaxcala, un guajolote valía doscientos granos de cacao, una gallina de Castilla, cuarenta, y un gallo, veinte. Una liebre grande se conseguía por cien granos y un conejo pequeño por treinta. Un aguacate recién cosechado valía tres granos y uno maduro, un grano; veinte jitomates pequeños valían un grano y dos chiles verdes tenían el mismo precio. Una tuna o un zapote valían, respectivamente, un grano de cacao.

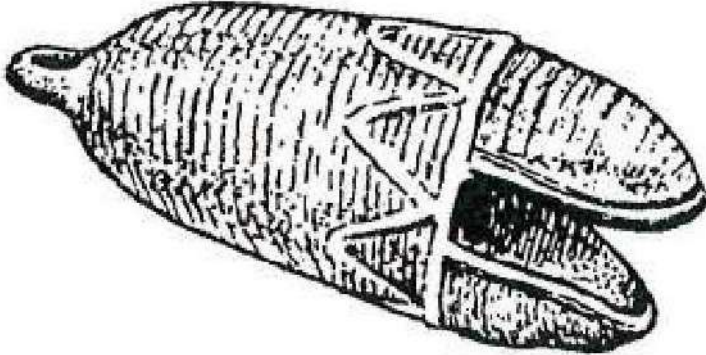
Las fuentes no siempre coinciden y no sabemos con certeza qué significaba una “manta” y si la carga de cacao equivalía siempre a 24 mil granos, como dice Motolinía. Pero sí sabemos que había cierta regularidad en las equivalencias y que estas cambiaban de un mercado a otro, reflejando el juego de los costos de transporte y la demanda y la oferta locales. Sin embargo, bienes esenciales como el maíz estaban sujetos a equivalencias fijadas por la autoridad.

La mayoría de las fuentes afirma que la forma más común del cambio era el trueque. Es decir, cualquier bien era cambiado directamente por el que se iba a consumir. También hay referencias a

equivalentes que a su vez eran siempre bienes consumibles: cacao, mantas, joyas, campanas de cobre (de uso ceremonial), etcétera. Polanyi sostiene que el dinero de usos múltiples no existe en las sociedades arcaicas. Se usaban más bien diferentes objetos para cada función: medio de cambio, medida de valor, pago y almacenamiento. O, en otras palabras, los diferentes usos del dinero no estaban unificados en un solo objeto. Muchos autores consideran la más importante de esas funciones, la de medio de cambio. Sostienen que un bien de gran demanda comenzará a fungir como medio de cambio cuando la gente comience a aceptarlo a cambio de otros bienes, aun cuando no lo necesiten para el uso directo. A partir de ese momento el objeto es deseado no solo por su valor de uso sino por un valor de cambio. Estos autores sostienen que las demás funciones derivarán de esta. La mayoría de las fuentes españolas de la época coinciden en que el cacao podía ser cambiado prácticamente por cualquier otro bien. Esto incluía pago por trabajo, como los cuarenta granos que se pagaban por una jornada de trabajo en los campos de magueyes a mediados del siglo XVI o los veinte granos que se pagaban a los portadores por una jornada en Yucatán. Si es así, el cacao servía tanto para cambiar como para pagar. Su importancia se reafirma en las prácticas de falsificación que consistían en rellenar cáscaras de granos con tierra y cerrar el agujero con gran habilidad para hacerlos pasar como auténticos.

De allí que los participantes en la operación se empeñaran en palpar con gran cuidado los granos. Clavijero sugiere que los mexicas empleaban un tipo de cacao de mayor calidad para el uso, mientras otros tres eran utilizados exclusivamente para el cambio. Es decir, había una separación material de las dos funciones del cacao. Por su parte Bartolomé de las Casas relata que a veces el cacao era usado para complementar operaciones de trueque, lo que explicaría la existencia tanto del trueque como del dinero en los mercados. Por ejemplo: un guajolote = cien granos de cacao, y un esclavo = doscientos granos; un guajolote y cien granos de cacao se cambian por un esclavo. De ser así, el cacao actuaría como medida de valor de un nivel abstracto. Otro equivalente muy difundido es la manta de algodón o

quachtli que servía, entre otros, para la compra de esclavos o tierra, las restituciones por robo e incluso para la recepción u otorgamiento de créditos. Más tarde, el *quachtli* fue paulatinamente sustituido por el peso español.



Campana de cobre producida por los mexicas (Bray, 1968, p. 131).

Todos los objetos que fungían como equivalentes se obtenían fuera de las zonas donde eran usados, lo que limitaba su abastecimiento. Para los mexicas, el cacao, las mantas de algodón y el polvo de oro eran obtenidos por medio del tributo, lo cual sugiere también un control estatal de la oferta. Los mayas, por su parte, obtenían el cacao de Tabasco u Honduras y las campanas de cobre y las hachas de provincias mexicas sureñas. Si eso es cierto, tanto el cacao como el *quachtli* cumplían ambas funciones, las de medios de cambio y de pago, y la última era además usada como medida de valor, ya que todos los bienes eran referidos a ella (Berdan, 1975, pp. 209-230).

Los mercados locales regulares eran uno de los mecanismos que hacían posible la especialización, la producción de grandes excedentes y la distribución adecuada de los recursos productivos. Una gran cantidad de productos estaba disponible con equivalencias razonablemente predecibles para todo aquel que los necesitara y pudiera adquirirlos, tanto para el consumo como para la producción. Además, si se recuerda que parte del tributo real era canalizado hacia los

mercados por los comerciantes, se podrá tener idea de la importancia de estos últimos (Rojas, 1986, pp. 252-256).

Todo indica que desde épocas tempranas las grandes ciudades de Mesoamérica albergaban un gran número de productores especializados. Se calcula que, en Monte Albán, de 10 a 13% de los habitantes eran artesanos profesionales. En Teotihuacan la proporción se incrementa a 25%. Esto no significa que en Monte Albán hubiera una división del trabajo menor, porque se ha descubierto que la ciudad estaba rodeada de un número importante de aldeas especializadas que deben de haber promovido una red de interdependencias entre las aldeas y entre estas y la ciudad. Y aun cuando los artesanos trabajaban en buena parte por encargo del Estado, su actividad hubiera sido imposible sin los mercados.

El comercio y los mercados eran, asimismo, importantes para organizar la producción y distribución de ciertos bienes que siendo de amplio uso dependían de materias primas muy localistas. Tal es el caso del algodón, un producto fundamental para la economía mexicana. No solo era la materia prima principal para confeccionar casi toda la vestimenta de las elites mesoamericanas, sino también para elaborar las mantas que servían de medio de cambio y medida de valor universal.

El algodón era hilado a mano o con ayuda de husos que aparecen en ilustraciones prehispánicas. Si bien el hilado y el tejido se practicaban en muchos hogares, el algodón solo se producía en zonas bien localizadas. Se sabe incluso que en las casas de algunos nobles había esclavos dedicados a tejer para sus amos, y Bernal Díaz nos relata que en Coaxtla, Veracruz, los españoles encontraron a muchas tejedoras en una de las casas de Moctezuma.

A la llegada de los españoles el algodón era cultivado en grandes cantidades (mas nunca excluyendo las plantas alimentarias) en nueve zonas bien definidas de Mesoamérica. La importancia del comercio para el aprovechamiento de ese producto quizá sea más explícita si reproducimos algunas descripciones de su circulación que nos ofrece el excelente estudio de Jacqueline Saidon.

En la primera zona productora, que abarca el centro de Oaxaca y cubre también pequeñas zonas aledañas de Puebla y Veracruz, existe una ciudad productora de algodón que reporta en la relación correspondiente de mediados del siglo XVI el envío a Xaltepeque de cincuenta fardos de algodón, no se sabe si en la forma de tributo o como parte de una transacción comercial. Otras ciudades productoras de mantas como Tlalixtac, Teotitlán del Valle, Macuixotchill, Tlacolula y Teitepec, informan que obtenían su algodón comprándolo en centros ubicados en la zona productora.

La ciudad de Teotitlán del Camino, productora de *huípiles*, informa que

[...] tiene por contratación de hacer *gueipiles*, y acuden muchos mercaderes españoles e yndios a comprarlos y los llevan en mucha cantidad a Guatemala y Tzontzonate y Soconusco y Suchetepeques y Chiapa con que resgaten mucha cantidad de Cacao que traían a la Nueva España.

Según eso, el algodón crudo que la ciudad, de acuerdo con su relación, compraba a Cozamoalapa (río Papaloapan) era hilado y tejido ahí mismo para después vender las mantas a *pochtecas*, quienes las llevaban a los lugares citados. La especialización era muy estable, puesto que Teotitlán del Camino tenía un contrato para fabricar *huípiles*.

Hacia 1580, varias ciudades productoras de algodón en la zona refieren que compraban maíz en Tepeaca cuando perdían sus cosechas, lo cual es un caso insólito de aldeas dependientes del mercado para el abasto de su dieta básica. Durán relata que Cuernavaca pagaba a los mexicas 18.508 piezas tejidas y Huastepic 18.406, y comenta que “ese lugar es muy rico en algodón y el comercio en ese producto es llevado a cabo por gente de todo el país”. Además, es sabido que los mexicas declararon la guerra a Cuernavaca debido a que sus mercaderes, en su retorno a Tenochtitlan con importantes cargas de algodón, fueron asesinados. Se sabe también que varias ciudades del Valle de México, entre ellas, Chimalhuacán-Atenco y Chicoalapa, se surtían de algodón en esa región (Saidon, 1978).

Por las mismas relaciones nos enteramos que en la época prehispánica Cozamoalapa abastecía de algodón a varias ciudades que producían tejidos, entre otras Teotitlán del Camino que se dedicaba a la fabricación de telas para el pago de tributo. Existen indicios de que esa región producía en tiempos prehispánicos algodón ya que tenía, como sugieren Borah y Cook, un clima más húmedo que el actual, o quizá porque contaba con un sistema de riego que ha desaparecido. Además, el nombre de una de las ciudades que tenían allí su sede, Ixcatlán, viene de *ichcatl*, que en náhuatl significa algodón.

Todo eso nos indica que, si bien el comercio a larga distancia y el mercado local eran actividades distintas, no estaban totalmente desvinculadas. Los productos de importación en los mercados provenían de los *pochtecas* y estos acudían para adquirir mercancías de exportación. Redes invisibles ligaban los mercados de una región y esta con el mercado de larga distancia. El comercio y los mercados penetraban profundamente las entrañas de las sociedades clásicas y posclásicas, ayudando a regular su funcionamiento.

Esto, por supuesto, no podía ser del agrado de todos, todo el tiempo. No debe olvidarse que los guerreros eran responsables de acrecentar el tributo, y los comerciantes, el intercambio, y que, por tanto, el poder de unos entraba a veces en conflicto con el de los otros. Los comerciantes tendían a ampliar las funciones de las estructuras comerciales a costa de las tributarias, y viceversa. Los guerreros, por su parte, necesitaban las guerras y la consolidación de los sistemas tributarios para justificar su posición dominante. De allí las envidias, roces y, hacia el final, conflictos abiertos entre ambos estamentos.

El tributo

En las sociedades tributarias mesoamericanas todos los campesinos debían agregar a la jornada de trabajo necesaria para su manutención, un tiempo excedente destinado a producir para las clases dominantes. A estas prestaciones en trabajo y productos se les ha dado

el nombre genérico de tributo. También cumplían con este impuesto los artesanos y comerciantes, pero solo los *macehuales* lo pagaban con trabajo público masivo. Estaban en cambio exentos señores, nobles, funcionarios, guerreros de alto rango y sacerdotes asignados a servicios en los templos. Ellos eran los receptores del tributo. La mayor parte del tributo se pagaba al Estado y sus representantes directos, el resto directamente a los señores locales. Entre los plebeyos se veían exentos de tributar solo los esclavos, los viejos y los minusválidos.

El tributo era la institución más importante de las economías mesoamericanas. Influyó decisivamente no solo en la distribución y el consumo sino también en la orientación, organización e intensidad de la producción. En él se fincaba la relación económica entre Estado y súbditos, entre señores y comuneros, así como la que existía entre las elites conquistadoras y los pueblos conquistados. Como mecanismo de distribución permitía que el trabajo fluyera desde las comunidades y los barrios hacia el Estado, para desde allí ser redistribuido entre los estratos dominantes y las funciones de interés público. Desempeñaba asimismo un papel primordial en el desarrollo de la diferenciación entre la ciudad y el campo, abasteciendo a aquella con una gran parte de los productos alimentarios que no producía.

En la mayoría de los casos, la separación entre tiempo necesario de trabajo o producción para el hogar y el tiempo excedente o producción para el tributo estaba claramente delimitada. Junto a las tierras de las comunidades encontramos las del *tlatoni*, de los señores y los templos. Además del trabajo en la parcela, el campesino debía participar en forma regular y periódica en los trabajos públicos.

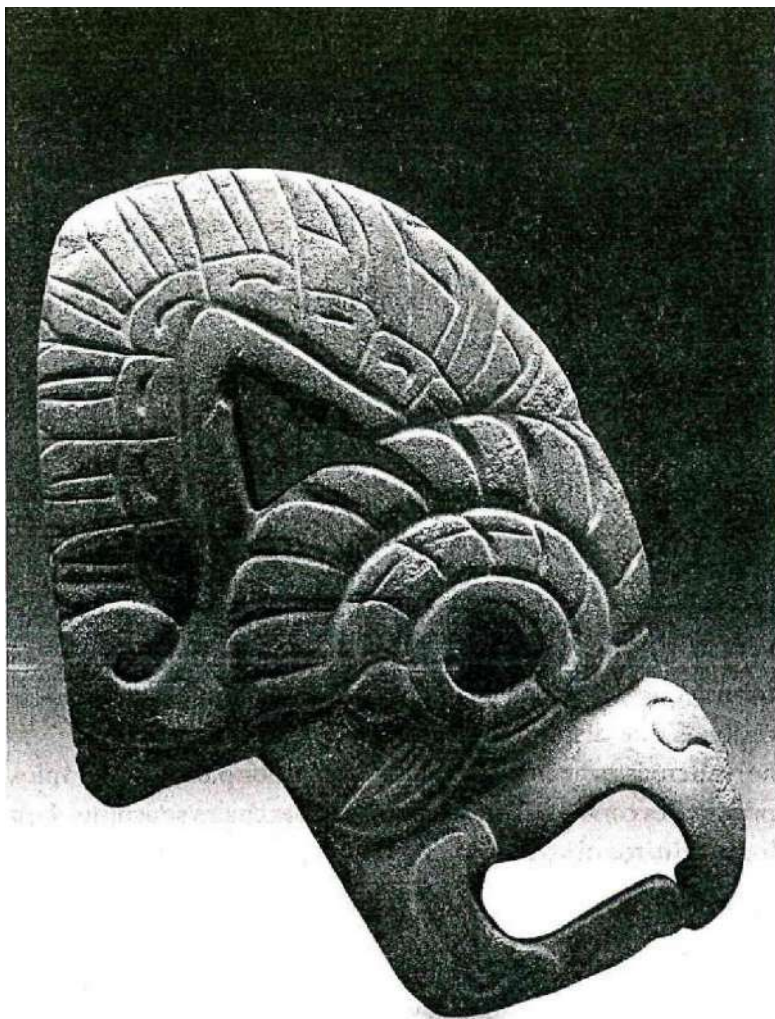
La familia debía proporcionar trabajadores para la realización de obras públicas decididas por el Estado que se desarrollaban a muchos kilómetros de distancia. [...] El gobierno [escribe Carrasco] dirigía las grandes obras públicas; la construcción de palacios, templos, monumentos, calzadas y albarradones para el control de aguas. Todo eso se hacía en base al trabajo de la gente común o de grupos de especialistas también controlados desde palacio. [...] Había en palacio

una sala —el *capixcalli* o *texancalli*— donde los mayordomos de los distintos pueblos recibían órdenes de reclutar tantos o cuantos trabajadores para llevarlos a hacer tal o cual obra pública. [...] Todos esos mayordomos y mandones organizaban la producción. Disponían de bienes acumulados como parte del tributo: materias primas y alimentos para mantener a los trabajadores. Por otra parte, ordenaban a trabajadores de distintos oficios que acudieran a dar su trabajo: los carpinteros recibían orden de ir al monte a cortar la madera y labrar las vigas necesarias; los canteros de ir a la cantera a labrar piedra. [...] Las cuadrillas de tributarios reclutados de distintos pueblos y barrios daban su trabajo por turnos “por su rueda y tanda”, como se decía durante la colonia, cuando continuó el mismo sistema. (Carrasco, 1985, p. 41)

La exactitud con que eran calculados y organizados esos trabajos tributarios se refleja en un informe de Ixtlilxóchitl respecto de Texcoco, en cuyos dominios regían condiciones similares a las de México-Tenochtitlan:

[...] para el servicio, adorno y limpieza de los palacios del rey, eran señalados los pueblos de Huxotla-Coatlichan que servían medio año, el otro medio año era a cargo de los pueblos de la campiña que eran Otompan y Teotihuacan. Para la recámara del rey estaban señalados los pueblos de Calpolalpan, Mazapán, y para los bosques y jardines, las provincias de Tolanzinco, Quauchimanco [...] teniendo cada provincia y pueblo a su cargo el jardín, bosque o labranza que le era señalado. (Katz, 1966, p. 95)

De esa manera, el tributo regulaba la división del trabajo entre las regiones y los pueblos que lo pagaban, impulsando especializaciones y la explotación intensiva de los productos que las distinguían. Las cuadrillas que participaban en una obra determinada eran organizadas en unidades de veinte hombres (*contecpantli*), o de cien hombres (*macuiltecpantli*), y cada una tenía su responsable encargado del reclutamiento, la vigilancia y la organización.

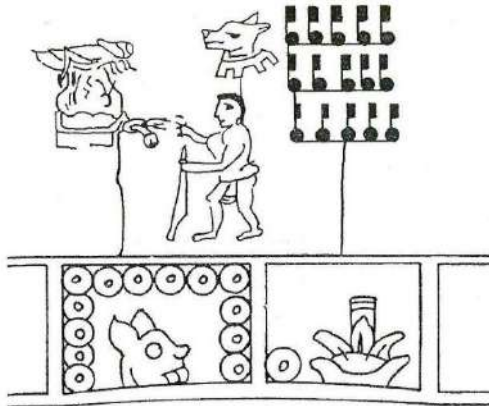


Hacha de piedra relacionada con el juego de pelota. Servía para marcar territorios, Cultura centro de Veracruz. Periodo preclásico.

La construcción y funcionamiento de la ciudad y los grandes sistemas de irrigación estaban sustentados en trabajos públicos masivos. Palacios, pirámides, templos, calzadas, obras para el control de las

aguas y acueductos eran construidos por la gente común reclutada para este fin. Reclutamiento y obras eran controladas desde el palacio del *tlatoani*. Existía en el palacio una sala especial en donde los caciques de los pueblos recibían órdenes para el reclutamiento de trabajadores destinados a obras específicas. Las materias primas se tomaban del tributo acumulado en los almacenes, y los alimentos para los trabajadores, del tributo que se cobraba regularmente. Aquí también se daban las órdenes que disponían la actividad de las cuadrillas.

Además, estaba el tributo en especie. Los palacios y templos principales contaban con almacenes en los cuales se acumulaban los productos obtenidos por el tributo. En ellos podían encontrarse obras de los artesanos, tejidos producidos por las mujeres en los palacios y objetos entregados como tributo por los comerciantes. Pero la fuente principal de sus riquezas eran los tributos pagados por las provincias sojuzgadas. Cada vez que los mexicas imponían su dominio sobre un pueblo le fijaban un tributo. Además, se apropiaban de tierras que eran asignadas al rey, los señores o los barrios de la ciudad. La matrícula de tributos informa de la enorme cantidad y variedad de productos que desde distintas regiones fluían hacia Tenochtitlan.



Nezahualcōyotl hace venir agua desde Chapultepec (León-Portilla, 1980, p. 395), *Códice Mexicano*, 63.

Fuera de la unidad familiar, la distribución y circulación de los bienes se realizaba de acuerdo con normas establecidas por la tradición o las necesidades del Estado. Una parte importante de los productos disponibles adquiría la forma de tributo y quedaba a disposición de los señores, quienes a su vez lo distribuían entre sus dependientes y trabajadores. Los bastimentos y pertrechos necesarios para la guerra provenían también de los almacenes. Además, existían contribuciones especiales para las campañas, y los ejércitos se abastecían sobre la marcha en los pueblos y ciudades dominadas por donde pasaban. Otros destinos de estos bienes eran el culto, las festividades, los convites, la manutención de los templos, así como distribuciones públicas en ocasiones solemnes como el casamiento o el funeral de los nobles. El señor repartía bienes suntuarios a individuos que los merecían por haberse distinguido en ciertas actividades.

La historia de Tenochtitlan es increíblemente breve. Fue fundada en 1325 como una miserable aldea de chozas de barro montada sobre una isla lodosa. Cien años más tarde los mexicas, aliados con otras ciudades, se liberaron del yugo de Azcapotzalco. En los cincuenta años siguientes construyeron su “imperio” El medio siglo subsiguiente fue de gran esplendor y luego, en 1519, llegaron los españoles para destruir el imperio y la ciudad. La aldea, de acuerdo con Teresa Rojas, fue construida por sus habitantes, pero desde 1428 obligaron a los tepanecas a abastecerlos de materiales como piedra, cal y madera, y a trabajar en la construcción de sus casas. También les impusieron proveerlos de maíz, frijol, chía y chile, y a trabajar sus sementeras.

Los “llamamientos” para proporcionar trabajadores para las obras tenían una gran autoridad y varias fuentes se refieren a la diligencia con la cual jefes y campesinos respondían a los mandatos del Estado mexica. A medida que se multiplicaban las conquistas, aumentaba el fondo disponible de trabajo. Toda la ciudad —según Tezozomoc— “fue construida sin que los mexicas hicieran el menor esfuerzo, pues decían que su tarea no consistía en trabajar sino en pelear y en preparar armas” (Katz, 1966, p. 96).

La calzada-dique de Xochimilco y Coyoacán a México, de unos 20 km de largo, fue construida por habitantes de las regiones aledañas. En 1449 se inundó por primera vez la ciudad y Moctezuma, quinto tlatoani mexica (1449-1469), mandó construir una cerca de madera y piedra conocida en la época colonial como la albarrada vieja y más tarde como de Nezahualcóyotl, con la cual se logró separar en dos secciones las aguas salobres del lago Texcoco y crear un compartimiento para recibir las aguas dulces del oeste y del sur del valle. A esa obra acudieron a trabajar multitud de macehuales dirigidos por sus señores desde Tlacopan, Culhuacán, Iztapalapan, Tenayucan, así como los de Texcoco y la propia ciudad (Katz, 1966, p. 58).

Sabemos bastante acerca de otro tipo de tributo: el que pagaban en especie los pueblos conquistados y los que aceptaban “voluntariamente” el dominio de los mexicas. En cambio, conocemos en forma más deficiente y fragmentaria el tributo que pagaban los barrios (*calpulli*) de Tenochtitlan y las aldeas circunvecinas (*altepetl*).

El tributo en especie de los pueblos conquistados era minuciosamente registrado y estimado. Dos de esos registros prehispánicos han sobrevivido: la *Matrícula de Tributos* y la segunda parte del *Códice Mendoza*. La primera se compone de dieciséis hojas de *amatl* escritas por ambos lados. Se trata de una representación pictográfica que reseña treinta y tres provincias y sus tributos, tal vez elaborada simultáneamente por varios escribanos. El segundo, que data de principios del siglo XVI, está compuesto de setenta y un hojas de papel europeo. Es también un documento pictográfico con anotaciones en español que interpretan los jeroglíficos.

Otro documento de gran importancia para el estudio del tema es la *Información*, de 1554, en el cual las provincias respondían detalladamente a preguntas sobre el tributo prehispánico. Además, se cuenta con documentos locales y múltiples referencias al tema de autores contemporáneos.

El tributo que se imponía a los pueblos sometidos era fijado luego de su derrota y la primera entrega era recaudada de inmediato. Durán

cuenta cómo atacaron los mexicas la provincia de Tepeaca y lo que hicieron sus señores cuando vieron que la guerra estaba perdida:

Salieron los señores de Tepeaca [...] cruzadas las manos, postrándose delante de los mexicas, pidiendo misericordia y perdón del enojo que les habían dado (a los mexicas les rogaron) cesasen de matallos y destruillos prometiéndoles selles perpetuos tributarios y dalles tributo de maíz, chile, sal, pepitas, mantas, collares, esteras de palma, cueros de venados, obligándose a illes sirviendo en los caminos de acémiles y llevalles sus cargas, comidas y matalojas, y de mandalles y de illes sirviendo a las guerras haciéndoles chozas y armádoles tiendas. (Katz, 1966, p. 87)

Si los vencidos no ofrecían suficientes tributos los mexicas reiniciaban las hostilidades. Si posteriormente se rebelaban, después de sofocada la rebelión se elevaban sus cuotas y se agregaban nuevos productos.

Las poblaciones rendidas voluntariamente tributaban menos y aquellas que aceptaban su subordinación anticipada eran objeto de un tributo “amistoso”. Pero tampoco en esos casos estaba ausente la coacción para influir en el monto de este. La falta o la irregularidad en el pago eran castigadas con represalias que podían culminar incluso en la destrucción de la población.

La expansión del imperio mexica y por ende del tributo de este origen era constante y el bienestar y la magnificencia de las ciudades de la Triple Alianza dependían fundamentalmente del éxito de las empresas bélicas. El proceso queda ejemplificado en la reseña de las provincias conquistadas por cada uno de los monarcas mexicas, según la primera parte del *Códice Mendoza*:

Acamapichtli, quien reinó desde 1376 hasta 1396, conquistó cuatro provincias; Huitzilihuitl (1396-1417), conquistó ocho provincias; Chimalpopoca (1417-1427), dos provincias. A partir de entonces el ritmo de la expansión se hace irresistible. Itzcoatl (1427-1440), conquista veinticuatro provincias; Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469), treinta y tres; Axayacatl (1469-1481), treinta y siete provincias; Tizoc (1481-1486), catorce; Ahuizotl (1486-1502), cuarenta y cinco provincias; y

Moctezuma Xocoyotzin (1502-1520), cuarenta y cuatro provincias (Chavero, Alfredo, 1953, pp. 459-893).

Las cargas tributarias eran por lo general asignadas a las comunidades, de manera que se establecía una relación económica fija y recurrente entre Estado y comunidad. Solo excepcionalmente recaía directamente en el individuo. Los miembros del pueblo o barrio destinaban un campo que trabajaban colectivamente para cumplir con el tributo. Zurita habla de “campos de tributo”.

Los principales bienes tributados eran mantas y alimentos como maíz, frijol y probablemente chía y amaranto. Sin embargo, el radio de estos últimos no pasaba de unos 200 km alrededor de Tenochtitlan, ya que su naturaleza impedía el transporte en grandes cantidades a distancias mayores. En cambio, en zonas más alejadas predominaban los objetos de mayor valor y menor volumen y los de lujo como plumas y metales preciosos. En las listas de tributos aparece también una gran cantidad de bienes elaborados como ropa, trajes para guerreros, collares, petates y joyas. Por su parte, las mantas de algodón y fibra de maguey eran materia prima para la fabricación de textiles y fungían además como moneda.

Los pueblos sometidos debían también entregar esclavos para el sacrificio y el trabajo, ya fuera entre sus propios miembros o bien entre los prisioneros tomados en guerras conjuntas. Además, existían tributos especiales entregados en ocasión de festividades y ceremonias, y el abastecimiento de las tropas en campaña que no aparecen en los registros.

Asimismo, hay que recordar que Tenochtitlan no podía autoabastecerse. Según los cálculos más recientes, la población que vivía en la ciudad a la llegada de los españoles oscilaba entre los 150 mil y los 300 mil habitantes. Este conglomerado no podía ser mantenido ni por la agricultura intensiva de las chinampas ni por el sistema de mercados del Valle de México. Para sobrevivir, debía expropiar alimentos de las zonas externas a la cuenca, recurriendo al tributo impuesto por la conquista militar o la amenaza. Desde el Valle de Morelos, Toluca y el sur del actual estado de Hidalgo, fluían ininterrumpidamente maíz,

frijol, chíá, chiles, guajolotes, sal y cal. Desde regiones más lejanas llegaba el cacao para elaborar bebidas y la miel (Kobayashi, 1993, p. 48). Según diversos cálculos, las cantidades de alimentos que entraban por vía del tributo eran suficientes para mantener una población de 100 000 personas. El crecimiento acelerado de la población tenochca en los años 1430-1519 imponía ineludiblemente la aventura imperial, y los reveses sufridos desde finales del siglo XV presagiaban catástrofes que terminaron por hacerse realidad.

Bibliografía

Abrams, Elliot. (1994). *How the Maya Built Their Old Energetic and Ancient Architecture*. Austin: University of Texas Press.

Acosta, Saignes Miguel. (1945). *Los pochteca*. México: Fondo de Cultura Económica.

Berdan, Frances. (1975). *Trade, Tribute and Market in the Aztec Empire*. Austin: University of Texas Press.

Berdan, Frances. (1982). *The Aztecs of Central Mexico: An Imperial History*. New York: Harcourt Brace Collage Publishers.

Bray, Narwick. (1968). *Everyday Life of the Aztecs*. New York: Peter Bedrick Books.

Calnek, Edward. (1972). Settlement Pattern and Chinampa Agriculture at Tenochtitlan. *American Antiquity*, 37 (1), 104-115.

Carrasco, Pedro. (1982). The Political Economy of the Aztec and Inca States. En A. G. Collier, *The Inca and Aztec States, 1400-1800: Anthropology and History* (pp. 23-42). New York: Academic Press.

Carrasco, Pedro y Broda, Johanna. (1978). *Economía, política e ideología en el México prehispánica*. México: SEP-INAH Nueva Imagen.

Castillo, Víctor M. (1972). *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.

- Chavero, Alfredo. (1953). *México a través de los siglos, t. 1, Historia antigua y de la conquista*. México: Editorial Cumbres.
- Coe, Michael D. (1964). The Chinampas of México. *Scientific American*, (211), 90-108.
- Cortés, Hernán. (1970). *Cartas de Relación*. México: Porrúa.
- Díaz, del Castillo Bernal. (1981). *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*. México: Editorial Valle de México.
- Gonçalvarez, de Lima Oswaldo. (1978). *El maguey y el pulque en los códices mexicanos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hassig, Ross. (2000). *Comercio, tributo y transportes: la economía política del valle de México en el siglo XVI*. México: Alianza Editorial.
- Katz, Friedrich. (1966). *Situación social y económica de los aztecas durante los siglos XV-XVI*. México: UNAM.
- Kobayashi, Munehiro. (1993). *Tres estudios sobre el sistema tributario de los mexicas*. México: CIESAS (Ediciones de la Casa Chata).
- León-Portilla, Miguel. (1962). La institución cultural de comercio prehispánico. *Estudios de Cultura Náhuatl*. Vol. III. (pp. 23-54).
- León-Portilla, Miguel. (1980). *Toltecáyotl: aspectos de la cultura náhuatl*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Melgarejo, José Luis. (1975). *Antigua historia de México*. Tomo 2. México: SEP / Documentos.
- Moriarty, James Robert. (1992). Agricultura de jardines flotantes (chinampas) en los antiguos lagos de México. En C. J. González, *Chinampas prehispánicas*. México: INAH.
- Palerm, Ángel. (1972). *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*. México: SEP / Setentas.
- Rojas, José Luis. (1986). *Tenochtitlán en el siglo XVI. Economía y sociedad*. México: Colegio de Michoacán-FCE.
- Rojas, Rabiela Teresa y Sanders, William T. (1989). *Historia de la agricultura. Época prehispánica, siglo XVI*. Tomo 1. México: INAH.

Saidon, Jaqueline. (1978). *Cotton Production and Exchange in Mexico, 1427-1580*. New York: University of New York.

Smith, Michael. (1996). *The Aztecs*. Cambridge: Blakewell Publishers.

La conquista sin fin*

El sur-oriente de la península de Yucatán se convirtió en un lugar cuyas características lo pueden definir como región de refugio y emancipación. Un importante flujo de población fugitiva encontraba ahí un espacio de libertad en donde podía escapar a la explotación y recrear aspectos significativos de su propia cultura. Más al sur, los intentos de conquista fallaron y una serie de grupos: itzaes, mopanes, lacandones, cehaches, chanes, canules y otros mantuvieron su condición independiente hasta 1697. Estas zonas de emancipación son un ejemplo de la conquista inconclusa, el dominio precario, que destaca la huida como mecanismo de resistencia; de la posibilidad de inventar un espacio de libertad fuera y al margen del dominio colonial (Bracamonte y Sosa, 2001, p. 19).

Los españoles siempre asociaron la evasión con las idolatrías y la sublevación y la utilizaron como pretexto para la represión. Y la verdad es que las rebeliones ocurridas en las fronteras coloniales en el siglo XVII estuvieron íntimamente asociadas a la idea liberadora del éxodo y las expresiones ideológicas de carácter nativista y milenarista.

* Enrique Semo, *La Conquista. Catástrofe de los pueblos originarios*, Siglo XXI Editores, Tomo II, 2019.

En las sabanas, márgenes de ríos y lagunas, islas interiores, ciénegas, costas y selvas del Sur confluyeron indígenas que nunca pudieron ser conquistados y otros que, después de vivir años, a veces decenios, entre españoles, optaron por la huida. Los líderes de esos huidos pretendieron siempre mantener alejados a los españoles del mundo de La Montaña, que seguía rigiéndose por las antiguas deidades y en donde se continuaba con la lectura e interpretaciones de los escritos en “las cortezas de árbol” que conocemos como códices. (Bracamonte y Sosa, 2001, p. 21) En esta región de refugio llegó a haber hasta treinta mil personas.

Muy lejos de ahí, en el Noroccidente de México, la zona llamada el Nayar se convirtió en la región de refugio más grande para las poblaciones indígenas de la Nueva Galicia. En ella se concentraban principalmente coras y tecuales, que lograron mantener su independencia y otros que huyeron hacia allá para evitar los altos tributos y la conversión religiosa forzada. Esto redundaba en la disminución de mano de obra en el mismo siglo en el que la población indígena llegó a su nadir. Los españoles rodearon la zona con presidios y misiones y en el siglo XVII se registraron diversas entradas para intentar congrega a los indios en pueblos, sin éxito. En marzo de 1711 el franciscano Antonio Margil de Jesús intentó una vez más entrar, proponiendo se diera a los “coras y nayaritas” un “perdón general” por las muertes suscitadas; se les prometiera no ponerles autoridad española alguna y que conservar a su propio alcalde indio “dirigiéndoles los padres misioneros en lo que convenga”. Margil no llegó muy lejos, pues un grupo de coras armados cerró el paso a él y a su compañía. Una expedición posterior, tampoco prosperó. En 1715 y 1716 se llevaron a cabo varias incursiones armadas que no lograron dominio alguno sobre el territorio del Nayar y en 1721, utilizando fuerzas de indios cristianizados se cerró a los coras la ruta de la costa, impidiéndoles comprar sal y pescado, por lo que el cacique de la tribu decidió ir a negociar con el virrey en la Ciudad de México, acompañado de 25 compañeros. En las capitulaciones se logró la exención de tributos, la libertad de coras presos en Guadalajara y Colotlán y el paso libre para proveerse de sal “sin pagar

alcabala ni otro impuesto”. Se pidió al cacique cora que se bautizara a lo que él se rehusó prometiendo que lo haría en Zacatecas. A su regreso los acuerdos tomados en la Ciudad de México fueron rechazados por la mayoría de los coras porque incluían amenazas inaceptables si no se aprobaba todo el tratado. Siguieron prolongadas hostilidades con resultados mixtos (Yáñez, 2001, pp. 168-175).

Un tercer caso de dominio inestable se dio en Oaxaca en la zona de la Sierra Norte. Este fue uno de los episodios más brutales y prolongados de la conquista en el Sur-Sureste de la Nueva España en el siglo XVI. La presencia permanente de los españoles en la sierra zapoteca se inició en 1526, cuando fundaron Villa Alta. El periodo de finales de la década de 1520 y principios de 1530 se caracterizó como una época de extremo terror. Luis Berrio, primer alcalde de Villa Alta, y otros después de él, intentaron acabar por la fuerza con la resistencia de los indígenas y obtener de ellos todo el alimento, el oro y los artículos de algodón que fueran posibles.

Los pueblos mixes y zapotecas fueron atacados sin que mediara causa alguna, originando la muerte de cientos de ellos; otros tantos, la mayoría macehuales libres, fueron marcados como esclavos. Los jefes y principales que no obedecían las órdenes, eran ahorcados, quemados o aperreados (Chance, 1998, pp. 39-42). En la rebelión de 1525-1527 fueron las zonas serranas las que presentaron mayor resistencia debido a que, en realidad, nunca habían sido conquistadas.

A partir de estas fechas y hasta 1547 se produjeron una serie de movimientos de resistencia en contra del nuevo orden religioso, económico, político y social que surgió de la conquista. Hasta el momento algunos autores han identificado la existencia de tres levantamientos o rebeliones importantes, las cuales tuvieron lugar en los periodos de 1525-1527, 1530-1531 y 1547 (Ortelli, 2011, p. 459).

La propia Villa Alta enfrentó dos grandes ataques, uno en 1550 por parte de los mixes chontales y otro en 1570 por parte de los mixes que de paso saquearon muchas ciudades zapotecas. A los encomenderos de Villa Alta nunca les fue tan bien como a los de Antequera, aunque unos pocos lograron hacerse ricos con el algodón y el oro. Sus casas

eran pequeñas y estaban hechas de adobe y los techos siguieron siendo de palma. Sin embargo, los habitantes de Villa Alta lograron tener sus aliados indígenas de habla náhuatl (indígenas libres del Anáhuac convocados a trabajar por los españoles). En los siglos XVII y XVIII la ciudad no tuvo un destino mucho mejor; entre 1565 y 1742 la cantidad de vecinos varió poco, manteniéndose en alrededor de 150 (Chance, 1998, p. 47, 58, 65).

Pero estos ejemplos de la galería de zonas de dominio precario e inestable no estarían completos si no incluyéramos el Gran Septentrión que fue a la vez la Gran Frontera en la historia de la Nueva España durante los trescientos años de dominio español. En vez de verlas como líneas políticas, las fronteras coloniales solo se entienden como zonas de interacción entre culturas diferentes, como lugares en que el invasor europeo y sus aliados mesoamericanos ven su expansión obstruida por el indígena invadido y contiene permanentemente con él para producir una dinámica única en el tiempo y en el espacio. Como tales, las fronteras representan tanto un lugar como un proceso en el cual los dos lados están vinculados de manera inextricable (Weber, 2000, p. 27). El proceso de expansión y contracción de la Nueva España en el norte dio lugar a las fronteras móviles del Gran Septentrión que se movían a ritmos diferentes, de suerte que una zona fronteriza española podía contraerse al mismo tiempo que otras se ensancharan. Existían tratos sociales que permiten ver a los dos lados no siempre como sectores aislados y separados, sino como una nueva unidad en la cual se establecían relaciones de muy diferente índole (Ortelli, 2011, p. 459).

Los españoles no vinieron a América para arar la tierra ni para ser obreros, sino para señorear y comerciar. La inclusión del indio como fuerza de trabajo, con todos sus abusos y errores, suponía su integración en la nueva sociedad. En vez de eliminar o desplazar a los indígenas con el fin de disponer de espacios *vacíos*, el imperativo era *reducirlos a pueblos manejables*. Es decir, congregarlos en establecimientos de nueva planta que facilitaba su conversión y su explotación. Obviamente, los mayores obstáculos se presentaron en las regiones habitadas por comunidades basadas en el parentesco, que rechazaban

las nuevas formas de vida hasta el extremo frecuente de preferir la extinción física antes que la sumisión. El intento de integrarlos en el escalón más bajo de la nueva sociedad, como esclavos, peones u objetos de repartimiento y encomienda fue el verdadero obstáculo para la conquista y aculturación de una multitud de bandas y tribus apegadas a su sentido de libertad e igualdad.

La superioridad militar no fue muy eficiente frente a ellos, que recurrían a formas de resistencia armada completamente diferentes a los habitantes del Anáhuac: la guerrilla o bien las entradas repentinas seguidas por huidas a regiones inaccesibles a las tropas españolas. Los chichimecas asaltaban por sorpresa, huían tras un golpe a sus refugios naturales. Hostigados abandonaban sus aldeas para reconstruirlas en otros lugares. Negociaban la paz para luego romperla, y siempre superaban a los españoles en el conocimiento del terreno. Su destreza con el arco y flecha también los hacía más eficientes que los arcabuces de los españoles (Ortelli, 2011, p. 463). Además, asimilaron rápidamente el uso del caballo y las armas españolas de acero y —en el siglo XVIII— las de fuego. No es pues de extrañar que la guerra en esa frontera resultara interminable. Podemos hablar en términos modernos de una guerra de *baja intensidad*, no como lo indica el sentido actual del término, como una estrategia planificada, sino como resultado de las particularidades militares de los contendientes. Para ello, los españoles idearon nuevas instituciones y prácticas militares: los presidios, los destacamentos volantes, el entrenamiento de soldados diferentes a los del Centro, las entradas sorpresivas y la formación de tropas permanentes, compuestas por indígenas locales. Esto era combinado con negociaciones, regalos y la oferta alternativa de las misiones. Muchas veces pasaron de la guerra a “sangre y fuego” a las iniciativas de negociación.

El Gran Norte de la Nueva España fue una de las fronteras de la conquista que surgieron como consecuencia de la interacción de españoles e indios nómadas o seminómadas. Todas estas fronteras tuvieron rasgos comunes debido a la similitud de las políticas de la Corona y de la Iglesia, creando situaciones de dominio precario e inestable que no debe confundirse con las estructuras de un dominio estructural.

Igual que algunos indígenas nortños pasaron a servir en las tropas españolas, algunos españoles y mestizos se transformaron en “renegados”, como los llamaban las autoridades, personas que intimaban con los naturales. Al final del siglo XVIII, el número de españoles que vivían entre los indios creció. Para las autoridades, la gente sin oficio identificable eran *vagos* y *pícaros* y les aplicaban castigos rigurosos, incluyendo trabajo forzado. Para algunos de ellos la vida entre los indios era una alternativa atractiva frente a los rudos trabajos en las minas y la pobreza a los cuales los condenaban las autoridades españolas (Weber, 2005, p. 233).

Los colonos fronterizos a menudo lograban hacer su propia paz con los indios independientes, sobre todo en los lugares en que las instituciones españolas eran débiles —áreas “sin ley, sin fe y sin rey”, en la frase popular de la frontera—. A diferencia de los españoles de las altas esferas de la sociedad, los que vivían en la pobreza en las granjas esparcidas en las fronteras del Imperio no tenían que atravesar un abismo para entrar en las sociedades de indios independientes, ya sea en el sentido físico como en el social. Si los españoles acomodados del centro se sentían desorientados en territorio indio, los colonos pobres de las zonas rurales encontraban muchas cosas familiares (Weber, 2005, p. 250).

A finales de la Colonia los españoles no habían conquistado todos los territorios que en los mapas aparecían como parte de Hispanoamérica, Iberoamérica o América Española. Los indios independientes tenían dominio efectivo por lo menos sobre la mitad de la masa territorial de lo que hoy es Iberoamérica continental, desde la Tierra de Fuego hasta el México actual.¹ En el norte de México, en las vastas tierras reclamadas por España en aquel entonces y que ahora son parte de Estados Unidos, los indios independientes dominaban extensos

¹ Véase Cerda, 1990; Esteva-Fabregat, 1995. Claudio Esteva-Fabregat calcula que los independientes controlaban 7.8 millones de millas cuadradas (20,2 millones de km²) lo que incluye Nueva España (1 972 537 km²), América Central (488 751 km²) y América del Sur (17 806 168 km²), pero Weber piensa que en realidad las tierras bajo control indio independiente eran mucho más amplias.

territorios. Según Weber, solo los comanches controlaban una región de unos 625 mil km², más amplia que toda América Central.

Esteva-Fabregat estima que, en América, para fines de ese siglo, los indios independientes eran probablemente 2.700.000. Esto representaba cerca de 22% del total de la población indígena, que era, según el mismo autor, de unos 12,5 millones. Otros consideran que este cálculo es bajo.

Claramente España no había completado la conquista de América dos siglos y medio después del descubrimiento de Colón. España seguía “dominando” pueblos que no había conquistado y a veces ni siquiera conocía, basando su reivindicación en la donación de 1493 que dividía el mundo no europeo entre españoles y portugueses. En cada una de sus expediciones se leía el texto oficial del requerimiento que contenía la filosofía española sobre el derecho a la conquista. Pero el *derecho* y la conquista misma eran cosas muy diferentes. En una parte del requerimiento se decía

por ende, como mejor puedo vos ruego y requiero [...] que reconozcáis a la Iglesia por Señora y Superiora del Universo Mundo, y a Sumo Pontífice llamado Papa, [...] y a su majestad en su lugar, como Superior y Señor Rey de las islas y Tierra Firme, por virtud de la dicha donación; y concintais que estos padres religiosos os declaren y prediquen lo susodicho; y si así lo hicieredes bien...y Yo en su nombre vos recibirán con todo amor y caridad y vos dejarán vuestras mujeres e hijos libres, [...] si no lo hicieredes o en ello dilación maliciosamente pusieredes certificoos que con la ayuda de Dios, Yo entrare poderosamente contra vosotros y vos haré guerra por todas las partes y manera que yo pudiese y vos sujetaré al yugo y obediencia de la Iglesia y de Su Majestad, y tomaré vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos... Y protesto que las muertes y daño que de ello se recrecieren, sean a vuestra culpa, y no de su Majestad. (Citado en De Vos, 1990, pp. 61-62)

Según esto, una vez leído el requerimiento, el territorio y sus habitantes formaban ya parte del imperio español, aun cuando no se tuviera una idea clara de la dimensión de estos ni que los indios hubieran

comprendido la amenaza. En el *Atlas Geográfico de América 1758*, el autor español anotaba que ciertos territorios estaban habitados por “indios salvajes” o indios feroces e indomables que aparecen en el Atlas como residentes de territorios españoles virtuales junto con leones, tigres y cocodrilos (De Vos, 1990, p. 12).

Los indios autónomos habitaban sus tierras y se habían embarcado en sus propios experimentos ideológicos, políticos y militares de adaptación a las nuevas condiciones. Atacaban y destruían ranchos y propiedades, mataban a sus dueños españoles y bloqueaban las arterias de comercio que el imperio se esforzaba en mantener vivas. Por su parte, los españoles, realizaban entradas armadas en territorios indios con diversos propósitos. A mediados de los años 1700, muchas de las fronteras de la América Española eran escena de interminables incursiones y contraincursiones alternadas con periodos de paz y convivencia, incluso de mestizaje (De Vos, 1990, p. 6).

Pero numerosos pueblos originarios conquistados y dominados acabaron por perder su autonomía, su identidad y orgullo original viéndose obligados a vivir, hasta el día de hoy, en una marginación que acabaron por interiorizar. De su patrimonio nativo solo conservaron tres elementos básicos que aún hoy los distinguen del resto de la población: una manera muy genuina de relacionarse con la naturaleza, un particular código para normar la convivencia social, así como un sistema propio de comunicación y expresión cultural y política (De Vos, 1994, p. 35). Lo hacen así rodeados de una mayoría de ladinos afanosos de adoptar el estilo de vida introducido por la “gente de razón”. Sin embargo, la historia colonial y la más reciente, nos muestra que ellos son producto de una mezcla racial y cultural, en la cual el aporte indio ha sido mucho más importante de lo que hoy aceptan (De Vos, 1994, p. 36)

Bibliografía

Bracamonte y Sosa, Pedro. (2001). *La conquista inconclusa de Yucatán. Los mayas de la montaña, 1560-1680*. México: CIESAS.

Cerda, Hegerl Patricia. (1990). *Fronteras del Sur: La región del Bío Bío y la araucanía chilena, 1604-1883*. Temuco: Instituto Latinoamericano de la Universidad Libre de Berlín / Ediciones Universidad de la Frontera.

Chance, John K. (1998). *La conquista de la Sierra: Españoles e indígenas de Oaxaca en la época de la Colonia*. México: CIESAS.

De Vos, Juan. (1990). *La batalla del Sumidero, historia de la rebelión de los chiapanecas, 1524-1534 a través de testimonios españoles e indígenas*. México: INI.

De Vos, Juan. (1994). *Vivir en frontera. La experiencia de los de Chiapas*. México: CIESAS.

Esteva-Fabregat, Claudio. (1995). *Mestizaje in Ibero-America*. Tucson: University of Arizona Press.

Ortelli, Sara. (2011). Representaciones en torno al territorio y las relaciones sociales en las fronteras iberoamericanas, siglos XVIII y XIX. *Antítesis*, 4 (8).

Weber, David J. (2000). *La frontera española en la América del Norte*. México: Fondo de Cultura Económica.

Weber, David J. (2005). *Bárbaros: Spaniards and Their Savages in the Age of Enlightenment*. Nueva York: Yale University.

Yáñez, Rosales Rosa. (2001). *Rostro, palabra y memoria indígenas. El Occidente de México: 1524-1816*, México: INI / CIESAS.

Imperio y mercado internacional*

En la formación de la economía novohispana influyeron tres factores externos: el tránsito del feudalismo al capitalismo en Europa; la inclusión de la Nueva España desde el siglo XVI en el naciente mercado internacional con un estatus colonial, y, más directamente, la influencia modeladora de la sociedad y el sistema imperial españoles.

Los siglos XVI a XVIII forman el periodo del tránsito del feudalismo al capitalismo. Sabemos que antes de esa época, los brotes capitalistas fueron débiles y que su aparición en algunas ciudades del Mediterráneo, Flandes y la zona del Rin no afectó sustancialmente la estructura de la sociedad feudal (Dobb, 1964, p. 33). También se reconoce que la Revolución Industrial, que se inicia a fines del siglo XVIII en Inglaterra, señala el triunfo definitivo del capitalismo. Pero el periodo que se encuentra entre estos dos límites sigue siendo objeto de vivas discusiones.¹ Acerca del complejo proceso de transformación que abarca todos los aspectos de la vida social, se extiende

* Enrique Semo, *Historia del capitalismo en México. Los orígenes. 1521-1763*, México, Era, 1973.

¹ Véase, entre otros, la discusión en *Marxism Today*, julio de 1961: números de enero, febrero, junio y julio de 1962. Así como en *Science and Society*, números de 1951-1953 y más tarde publicados bajo el título *The Transition from Feudalism to Capitalism* (1954).

sobre varios continentes y reviste formas transitorias variadísimas, se desarrolla una polémica que trasciende los límites del presente trabajo. Sin embargo, consideramos útil enunciar algunas de las premisas básicas que determinan nuestro enfoque de la relación entre ellos y el surgimiento de la economía novohispana.

La acumulación originaria a escala mundial

El surgimiento y desarrollo del capitalismo en esos siglos no puede ser comprendido en términos de una economía nacional única, sino en términos de una economía internacional, y eso en dos sentidos: a) los primeros capitales nacieron no de la producción, sino de la expropiación de los pequeños productores del campo, el pillaje de los fondos de los empréstitos públicos, pero, sobre todo, del saqueo de los pueblos coloniales de tres continentes (Marx, 1975, pp. 601-602); b) la acumulación originaria de capital tuvo por teatro un vastísimo escenario; el producto excedente arrancado a los pobladores de las colonias se transformó en capital y fue invertido en la compra de fuerza de trabajo asalariada allí donde las condiciones sociales y económicas estaban maduras para la metamorfosis.

He aquí un cálculo aproximado de la transferencia de valores de las colonias hacia Europa occidental durante el periodo comprendido entre 1500 y 1750:

a) Hamilton calcula el valor de la transferencia de oro y de plata hecha por los españoles desde América del Norte y del Sur hacia Europa, entre 1503 y 1660, en 500 millones de pesos de oro.

b) Colenlirander calcula el botín extraído de Indonesia por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, durante el periodo 1650-1780, en 600 millones de florines de oro.

c) El padre Rinchon calcula los beneficios que el capital francés obtuvo tan solo del mercado de esclavos, en el siglo XVIII, en 500 millones

de libras francesas oro, sin calcular los beneficios obtenidos por el trabajo de estos mismos esclavos en las plantaciones de las Antillas.

d] Wisemann y la Cambridge History of the British Empire calculan los beneficios obtenidos del trabajo esclavo en las Indias Occidentales Británicas entre 200 y 300 millones de libras inglesas oro.

e] El mero pillaje de la India durante el periodo comprendido de 1750 a 1800 aportó a la clase dominante inglesa entre 100 y 150 millones de libras oro.

“¡La suma total de todas estas cantidades rebasa los mil millones de libras inglesas oro, es decir más del valor total del capital invertido en todas las empresas industriales europeas hacia 1800!” (Mandel, 1979, p. 158).

El dominio del mercado internacional por parte de una industria nacional hizo posible una expansión que no podía lograrse en el modesto cuadro de los mercados nacionales de aquella época, insuficientemente desarrollados. Como ha dicho Hobsbawm refiriéndose al papel de Inglaterra, “no había en ese periodo espacio en la economía europea [incluyendo sus colonias] para la industrialización inicial de más de un país” (Hobsbawm, 1954). De ahí la importancia adjudicada al dominio comercial, cuyos voceros fueron los mercantilistas.

Hoy —escribía Marx en 1867— la supremacía industrial lleva consigo la supremacía comercial. En el verdadero periodo manufacturero sucedía lo contrario: era la supremacía comercial la que daba el predominio en el campo de la industria. De aquí el papel predominante que en aquellos tiempos desempeñaba el sistema colonial [...]. (Marx, 1975, p. 605)

Bajo el sistema colonial, prosperaban como planta de invernadero, el comercio y la navegación. Las *Gesellschaften Monopolia* (Lutero), eran poderosas palancas de concentración capitalista. Las colonias brindaban a las nuevas manufacturas que brotaban por todas partes mercado para sus productos y una acumulación de capital intensificada, gracias al régimen de monopolio de este mercado. El botín

conquistado fuera de Europa mediante el saqueo, la esclavización y la matanza refluía a la metrópoli para convertirse aquí en capital. (Marx, 1975, p. 604)

La experiencia de Portugal, España y Holanda, demuestra que la posesión de un gran imperio colonial, o el dominio sobre el comercio con las colonias, no era suficiente para producir las condiciones necesarias al surgimiento del capitalismo industrial en las metrópolis. Pero la explotación colonial —vista como un todo— jugó un papel importante en la victoria del capitalismo, *allí donde las condiciones internas ya estaban dadas*, como en el caso de Inglaterra.

Así, el triunfo del capitalismo en un país es solo posible gracias al saqueo de otros; el auge de una industria nacional se nutre de la desaparición de las manufacturas de otras naciones; un país se apodera del mercado internacional de un producto después de obligar a sus competidores a abandonarlo, arruinándolos. El sistema colonial y las guerras comerciales ayudan a producir en un extremo una transformación revolucionaria de la economía; en el otro, un retroceso o un postergamiento en el desarrollo capitalista.

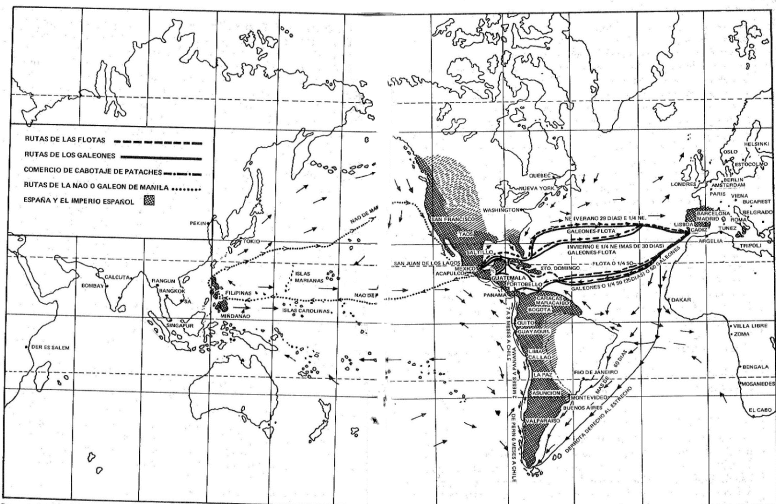
Los efectos más negativos de la formación de un mercado internacional capitalista, y el triunfo del nuevo modo de producción en algunos países, se exhiben en las colonias. “Inglaterra —escribía Marx— país de producción capitalista desarrollada y predominantemente industrial, habría quedado exangüe si se le hubiera sometido a una sangría como la que ha sufrido la población irlandesa” (Marx y Engels, 1970, p. 248).

El descubrimiento, conquista y colonización de América es un capítulo inseparable de la historia de la acumulación originaria y del triunfo del capitalismo en algunos centros europeos. Independientemente de lo que pueda decirse de las particularidades del imperio español, Hispanoamérica participó directamente en el proceso de gestación de los principales centros capitalistas en los siglos XVI a XVIII.

En el siglo XVI, el descubrimiento y la explotación de las minas americanas causó un aumento en la cantidad de metales preciosos en circulación en Europa y una inflación que favoreció la acumulación. Sin embargo, la importancia de este fenómeno no debe ser exagerada: en una economía predominantemente feudal, en la cual el número de proletarios es relativamente bajo, la depresión del salario real produce efectos bastante limitados.

El secreto de los efectos revolucionarios —para el capitalismo europeo— que produjo el oro y la plata de América está en que estos provinieron del pillaje y el robo primero, de la revolución técnica del “sistema de patio” y la explotación intensiva de una mano de obra extraordinariamente barata, después. Más que con la “inflación”, América contribuyó al desarrollo del capitalismo en Europa con la explotación inaudita de su población, con el trabajo no retribuido de esta.

Sin duda, el desarrollo del capitalismo exhibe, desde sus primeros pasos, la tendencia a concentrar la riqueza en algunos centros y la pobreza en otros. El sistema colonial tuvo tanta importancia para los países capitalistas como para las regiones explotadas por él. Con todo, la relación metrópoli-colonia no puede ser considerada la clave



Comercio interoceánico suvohispáno en el siglo XVII.

del desarrollo desigual del capitalismo en los siglos XVI a XVIII. La función metrópoli-periferia no puede por sí misma explicar por qué fracasó el capitalismo temprano de Portugal y España, mientras que el de Inglaterra triunfaba; cómo se constituyeron las graduaciones en los niveles de desarrollo de países que compartieron el estatus colonial o dependiente en Europa oriental, América, Asia y África. Tampoco nos puede decir por qué la Revolución Industrial se produjo en Inglaterra treinta años más temprano que en países colonialistas más importantes.

Para hallar respuesta a estas interrogantes, no hay más remedio que volver al estudio de las particularidades del desarrollo de la formación socioeconómica de cada pueblo y la dialéctica de factores endógenos y exógenos que influyeron en ella. La posición internacional de cada país (metrópoli, colonia o país dependiente) influyó indudablemente en su desarrollo, pero no de una *manera causal simple* sino a través de su formación socioeconómica particular. Cada cambio fundamental en la posición internacional afecta el sistema nacional en su conjunto y, a través de él, a cada uno de sus elementos. La relación es compleja y dialéctica. Por eso las consecuencias generales de la relación metrópoli-colonia fueron tan diferentes en cada caso particular.

España era “las indias” de otros países europeos

Durante trescientos años, la Nueva España fue una colonia española. Pero desde el siglo XVI se estableció entre ella y los centros capitalistas de Europa una relación económica de explotación colonial. Esto fue posible porque, desde muy temprano, España fue reducida a la condición de *país económicamente dependiente* de otras potencias en las cuales el capitalismo estaba más desarrollado.

Desde el punto de vista económico, los españoles jugaron en gran parte el papel de intermediarios. Desde finales del siglo XVI se consolidó una red de conductos que partía de los centros capitalistas más desarrollados, pasaba por las “potencias coloniales” (España y

Portugal) y terminaba en las colonias americanas. Estos conductos servían para succionar el producto excedente de las poblaciones coloniales y para transformar a estas en mercado obligado de los productos de las manufacturas francesas, inglesas, holandesas e incluso italianas.

Los financieros alemanes saqueaban el tesoro real español y los extranjeros en Sevilla se apoderaban de la tajada del león de los beneficios privados (Haring, 1939, pp. 123-130). Desde muy temprano, Inglaterra fue afirmando su dominio económico sobre los países ibéricos y a través de ellos sobre sus colonias. A cambio de protección naval, los mercaderes ingleses forzaron el reducto portugués en las colonias de África, Asia y América Latina. A principios del siglo XVII, la mitad de las exportaciones textiles de Londres se dirigía a España (Hill, 1969, p. 126). Un siglo más tarde, los comerciantes ingleses tenían tantos intereses en España y sus colonias, que apenas se hizo pública la intención de Luis XIV de Francia de exigir la apertura del comercio de las colonias españolas a los mercaderes franceses y excluir a los ingleses, la Gran Bretaña se lanzó de lleno a las guerras españolas de sucesión (1701-1713) (Hill, 1969, p. 130).

El producto excedente de América, que llegaba a la metrópoli en forma de plata, permanecía poco tiempo en España. Las cortes españolas se quejaban con frecuencia de la salida de metales preciosos y se decía que España era “las indias de otros países”. España era ante todo un exportador de materias primas y un importador de productos manufacturados, con una balanza comercial desfavorable cuyo déficit cubría con plata americana. Los comerciantes españoles y extranjeros residentes en España sacaban ilícitamente metales preciosos que se canalizaban hacia los grandes centros productores capitalistas.

En cierto sentido, los metales preciosos eran las muletas que permitían a la economía española moverse. Pero junto con la exportación clandestina, el Estado tenía que autorizar pagos legales en especie para la importación de productos alimenticios indispensables e implementos navales que tenían que ser comprados con dinero. Las

erogaciones más considerables las hacía sin embargo la Corona para pagar sus compromisos con el exterior. [...] Las rutas por las cuales los metales preciosos salían de España, convergían todas ellas en Europa del norte, ya sea directamente desde Bilbao o vía Francia e Italia ya que era ahí donde los intereses españoles estaban expuestos y su balanza de pagos era más adversa. El dinero era vital no solo en el conflicto con Francia y la guerra con los Países Bajos sino también en la relación con la economía de Europa del norte, ya que desde Ámsterdam pasaba a Alemania e Inglaterra, mientras que esta última se aprovechaba también del contrabando de metales que hacían los mercaderes españoles en barcos laneros. (Lynch, 1964, p. 124-125)

La producción española, que no lograba competir en el mercado interior, menos aún podía cubrir las necesidades de las colonias. José Campillo y Cosío se quejaba, hacia 1740, que menos de una vigésima parte de los productos consumidos por las Indias occidentales eran de origen español.

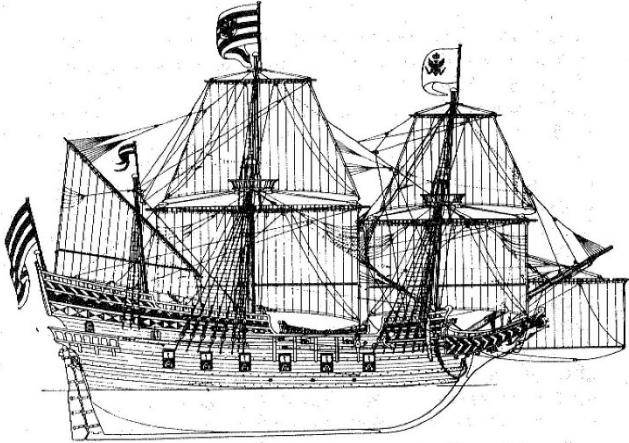
Se acudió a otros centros europeos, convirtiéndose los mercaderes españoles en verdaderos intermediarios, no entre el productor nacional y el consumidor colonial sino entre este y los productores extranjeros, incapacitados legalmente de comerciar con las colonias (Chávez, 1965, p. XIII).

Los comerciantes sevillanos no transformaron a América en mercado monopolizado para los productos españoles, pero sí para los de otros países. Sobre todo para los textiles ingleses y franceses, la Nueva España fue un mercado importante. Desde el siglo XVI las tres cuartas partes de las importaciones novohispanas son textiles europeos (Chaunu, 1956, p. 1). Al mismo tiempo, cobra importancia la exportación de colorantes para la industria textil.

A mediados del siglo XVIII un representante de los grandes comerciantes españoles describía en los siguientes términos la importancia del comercio español para el resto de Europa:

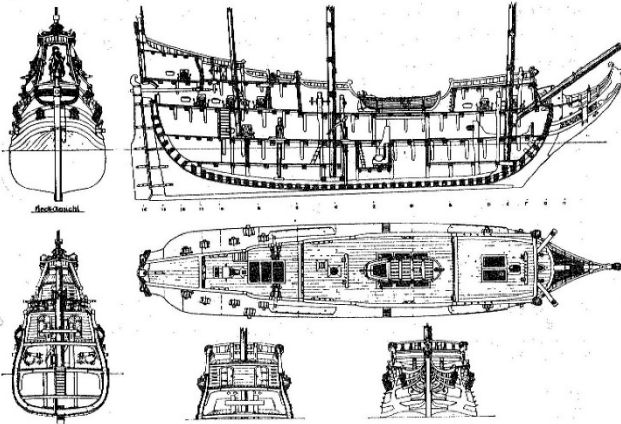
Su comercio [el de España, E. S.] ha suministrado muchos géneros al lujo de las demás naciones, alimenta, anima y sostiene duplica-

damente su industria, con muchas materias primas, precisas a sus manufacturas y con un gran pecuniario con que salda todos los años una balanza ventajosa a su comercio general de los frutos de la industria europea. (Chávez, 1965, p. 11)



Plan de la fragata "Roter Löwe" 1597.

Bajel "Derfflinger". 1675.



Por otra parte, el comercio de contrabando entre las naciones europeas y las posesiones españolas en América adquirió proporciones enormes. Los comerciantes extranjeros lo practicaban directamente a través de Sevilla o Cádiz. Descargaban las mercancías de sus buques y las cargaban en los españoles sin pasar por el registro de la Casa de Contratación o, simplemente, llegaban con sus propias naves a puertos coloniales ya desde el siglo XVII.² Una numerosa flota, financiada por mercaderes holandeses, franceses e ingleses, se dedicaba a estas actividades con el beneplácito de los habitantes de las colonias.

Las guerras en que España se vio envuelta hacia la mitad del siglo XVII hicieron particularmente insegura la navegación transoceánica para los barcos españoles. Las flotas se hicieron más irregulares. Entre 1650 y 1770, España estuvo solo dieciocho años en paz. Al principio de ese periodo, las flotas hacia el Perú salían cada año. Luego comenzaron a partir cada tres e incluso cada cuatro años. A partir de 1682, lo hacían cada cinco o seis años. A consecuencia de ello, el comercio de contrabando entre Europa y los principales centros latinoamericanos aumentó considerablemente y una parte importante de la plata que se producía servía —sin quintar— para pagar las mercancías importadas ilícitamente (Rodríguez, 1964).

A mediados del siglo XVIII,

Don Bernardo de Uloa estima el comercio de contrabando en la mitad del de Cádiz. Lo juzga por el número de navíos que hacen toda la navegación de España a la América, que no pasan de cuarenta al año, mientras que los ingleses y holandeses emplean en la misma navegación por Curazao y la Jamaica más de 300 navíos. (Haring, 1939, p. 27)

Los ingleses confiesan, que ninguna de sus colonias produce a la Inglaterra tanto como la Jamaica, por el comercio de contrabando con los españoles, y que la riqueza de él ha hecho olvidar a los habitantes el cultivo de sus tierras. (Haring, 1939, p. 15)

² Véase, respecto al contrabando, la obra ya citada de Haring (1939), así como la de Brown (1928).

El comercio colonial se encontraba en un 90 % directa o indirectamente en manos de extranjeros; por medio del contrabando, el comercio exterior deficitario y el servicio de las deudas exteriores, más del 95 % de la plata americana salía del país. (Kossok y Markow, 1955, p. 245)

Chaunu ha calculado que durante el periodo 1561-1650, España extrajo de su comercio con la América Latina valores cuatro veces superiores a los de las mercancías exportadas. Pero los mercaderes españoles solo fueron comisionistas y la mayor parte de sus ganancias coloniales fue a parar a los centros capitalistas de Holanda, Francia e Inglaterra. (Chaunu, 1956, p. 474)

El imperio español impuso a las colonias sus principales instituciones, pero en la explotación comercial jugó el papel de socio cada vez más débil.

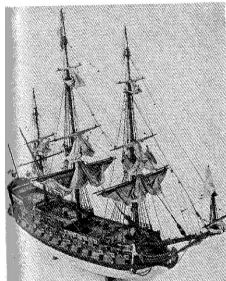
Considerando estos factores, puede hablarse de cierta continuidad en el estatus económico de los países latinoamericanos desde el siglo XVI hasta nuestros días. A pesar de los cambios en las formas de explotación, su condición ha sido la de *países económicamente dependientes directa o indirectamente de los centros capitalistas más desarrollados*. A consecuencia de ello han funcionado durante cuatro siglos, procesos de extracción de excedente, descapitalización, hipertrofia de los sectores de exportación y bloqueo del desarrollo industrial. Estos fenómenos han sido parte del proceso mundial de eclosión y desarrollo del capitalismo desde sus primeros pasos hasta la etapa del imperialismo. Su esencia económica es una relación que produce una ganancia excedente (*super-profit*) para la metrópoli, ya sea por medio de la regulación monopolista del comercio o de las inversiones de capital a tasas de ganancia más elevadas que las que rigen en el país colonialista.

En cada etapa de desarrollo de la formación socioeconómica de los países latinoamericanos, está presente la relación metrópoli-colonia que se transforma así en *una constante* de su historia, pero no en *su historia*, como lo quisieran algunos historiadores y economistas que subestiman o niegan la importancia de los factores internos y que reducen el complejo devenir histórico a la dicotomía simplificada metrópoli-colonia.

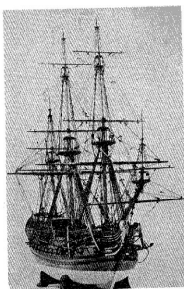
Las fuerzas motrices del sistema colonial español

En los siglos XVI y XVII, la clase dominante en España sigue siendo la nobleza latifundista y su poder económico crece constantemente. El tres por ciento de la población posee el 97% de la tierra de Castilla (y Castilla influyó decisivamente en la empresa colonial) y la mitad de ese 97% pertenece a un puñado de grandes familias (Elliot, 1963, p. 102). Es verdad que, legalmente, la servidumbre fue abolida en 1480. Pero, en la práctica, la mayoría de los campesinos siguieron viviendo en un estado de semiservidumbre, bajo la jurisdicción del noble. La mayor parte de las grandes propiedades eran trabajadas por aparceros que fueron obligados a endeudarse para conseguir parcelas (Elliot, 1963, pp. 106-107).

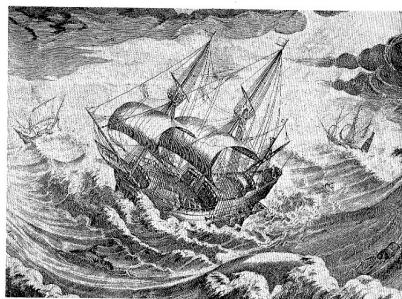
A partir del siglo XVII, la nobleza recobra su fuerza política y la importancia de la corte aumenta (Vicens, 1972, p. 74). Mientras tanto, desde mediados del siglo XVI, la burguesía declina rápidamente. En el vértigo de la inflación, solo la tierra parece ser una inversión segura. Gran parte de los capitales acumulados por los mercaderes sevillanos del siglo XVI se invierten en la compra de grandes heredades y haciendas de toda suerte en Ajarofe y Sierra Morena (Vicens, 1972, p. 102). La burguesía se feudaliza. Adquiere títulos nobiliarios y juros. La tendencia se agrava porque, hasta 1772, el dedicarse a actividades de tipo industrial implica la pérdida de la hidalguía. Los comerciantes tienden a mostrar su poder y riqueza ennobleciendo a los hijos. Las segundas generaciones de industriales se muestran “más propicias a estudiar en Salamanca y a adquirir una posición social que a trabajar en el taller o en la tienda del padre” (Vicens, 1972, p. 74). En las ciudades industriales de Castilla debió producirse, a fines del siglo XVI, un intenso fenómeno de liquidación de negocios y de transformación de empresarios en rentistas (Larraz, 1953, pp. 42-43). La amplitud del fenómeno permite hablar de la transformación meteórica de una clase de capitalistas en una clase de rentistas ennoblecidos.



Barco holandés construido en 1665.

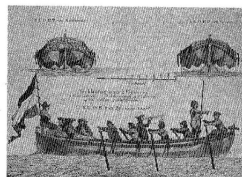
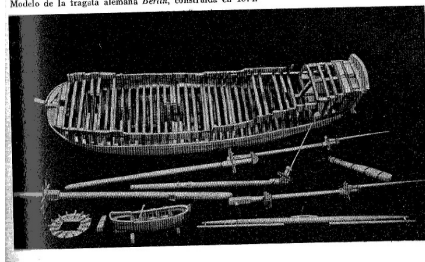


Barco holandés construido en 1723.



Barco de tres mástiles. Grabado de Claes Jansz Visscher (1587-1652).

Modelo de la fragata alemana *Berlin*, construida en 1674.



Lanchón holandés. Nieuwe Hollandse Scheeps Bouw, Amsterdam, 1705.



Regreso de un marinero de las Indias Orientales. Grabado de A. Allard (1676-1725).

En esas circunstancias, la Corona se apoya decididamente en la nobleza feudal y en la Iglesia. Sus relaciones con los comerciantes revisten la forma de una asociación bastante incómoda. La clase dominante los toleraba porque dependía de ellos para la importación de objetos de lujo, pero nunca tuvo que compartir con ellos el control del Estado. Por su parte, después de la derrota de los comuneros, la burguesía española tardó siglos para volver a dar una lucha decisiva por el poder. En la política comercial de la Corona en los siglos XVI y XVII, no se puede discernir una tendencia constante y eficaz de defensa de los comerciantes y financieros nacionales en su conjunto (la política oficial estaba inspirada no en los intereses ligados al capitalismo nacional, sino por el grupo sevillano de importadores ligados al capital extranjero y una nobleza interesada en disponer de productos de lujo importados en abundancia).

Durante los siglos XVI y XVII, la Corona española protegió algunas casas comerciales, pero el rey solo se interesaba en el comercio exterior como fuente de ingreso fiscal y en los comerciantes como prestamistas potenciales. Los metales preciosos de propiedad

privada que llegaban de las Indias eran frecuentemente embargados. Otras veces eran cambiados por juro que nunca fueron pagados (Carande, 1925, p. 375) y que arruinaban a todo comerciante que no gozara de los privilegios de la corte. Estos privilegiados eran casi siempre extranjeros o representantes de las grandes casas comerciales y financieras de Europa (Kellenbenz, 1954; Habler, 1897).

La nobleza española tuvo una participación decisiva en la conquista y la colonización. Sus aspiraciones territoriales impulsaron la rápida expansión de las huestes españolas en América y su disposición a *señorear* aceleró la formación de los grandes latifundios. Los hidalgos, el sector más bajo de la nobleza, constituyeron un sector muy importante de los emigrantes³ y fueron ellos los que imprimieron a la empresa colonial española el espíritu caballeresco, aventurero, rapaz y reacio a las ocupaciones productivas que la caracterizó en sus periodos iniciales. La participación directa y activa de la Iglesia en la empresa colonial ayudó a marcar más aún el carácter feudal de esta.

Muchos de los mejores cuadros teóricos y políticos de la expansión colonial provinieron de la Iglesia. La labor de los frailes entre los indios en el siglo XVI ayudó a cimentar la unidad económico-cultural entre la Corona y los indígenas y la integración de estos en el nuevo sistema de explotación. A partir de la segunda mitad del siglo XVI, la Iglesia, apoyándose en la Corona, se constituye en la corporación económica más poderosa de la sociedad novohispana.

En el año de 1636, los miembros del ayuntamiento de la ciudad de México se quejaban de la expansión económica de la Iglesia en los siguientes términos:

Desde el año de mil y quinientos setenta, ha continuado esta ciudad súplicas a su Majestad se sirviese de prohibir que las órdenes mendicantes de Santo Domingo y San Agustín y los padres de la Compañía de Jesús, no se apoderasen de las casas y haciendas de esta ciudad, porque los vecinos no tenían ya qué comprar ni sobre qué dejar a sus

³ Véase a este respecto *Catálogo de pasajeros de Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII* (Archivo General de Indias, 1940).

hijos patrimonios para la conservación de sus familias y que durasen las haciendas en sus descendientes, con que se veían obligados a dejárselo en reales...

Como no hay en este reino más que seis géneros de haciendas que son casas, labores de panes, molinos, ingenios de azúcar, ganados mayores y menores, de lo primero tienen los dos conventos de Santo Domingo y San Agustín el número que consta por testimonio, de manera que en esta parte no pueden llegar a efectuar sus intentos de imponer ni comprar posesiones por estar las más, con los censos de los conventos de monjas, obras pías y capellanías, y las haciendas de panes no son estables por la declinación de los indios y no haber otro género de gente que lo cultive; los molinos poseen también en todos los lugares y contornos de esta ciudad las dichas religiones y las mismas los ingenios de azúcar, los ganados menores, en mucha cantidad los padres de la Compañía; de manera que conmensurado tienen por lo menos el tercio de todo, y siendo estas haciendas bastantes para el alimento del reino, si se quisieran acrecentar otras en el estado presente y que hoy tienen las provincias por el consumo grande de indios se exponían los fundadores a no tener útil de los gastos que hiciesen, a que se añade que cada día van las dichas religiones comprándose y hacendándose, con que pocos años será suya la mitad del reino, cuyas rentas están exentas de todos tributos y de los diezmos de la iglesia, que apenas puede sustentarse con los que goza, por ocasión de los muchos que las dichas religiones poseen. (Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1945, pp. 50-52)

Las riquezas de la Iglesia se originaron en mercedes de la Corona, diezmos, impuestos, legados y donativos que pagaban españoles y mestizos y las cofradías de los indios y castas. Aun cuando algunas de sus empresas funcionan con cánones capitalistas, están sometidas a finalidades extraeconómicas (perpetuación de la Iglesia, etcétera) que le otorgan ese carácter de *manos muertas* que había de concentrar contra ellas la acción de los liberales después de la independencia.

Las innumerables haciendas, estancias ganaderas, ingenios y obrajes de la Iglesia, su capital de préstamo que gravaba

prácticamente todas las grandes propiedades, constituyeron un obstáculo poderoso al surgimiento de una burguesía local.

En el sistema colonial español, cuya expansión precedió en un siglo al de Inglaterra y Holanda, se reflejan la estructura fundamentalmente feudal de la metrópoli, la presencia de brotes importantes de capitalismo embrionario y el carácter fugaz de ese capitalismo, cuyo florecimiento duró algunas décadas, para naufragar en una descomposición que había de prolongarse varios siglos.

En la empresa colonial participaron diversos sectores de la sociedad española, cada uno de ellos con sus intereses específicos. Al principio, ciertas ciudades y algunas familias nobles gozaron de bastante independencia.⁴ Pero, paulatinamente, el rey fue imponiendo su primacía. La derrota, en la metrópoli, de las fuerzas que le disputaban el poder, preparó la victoria de la Corona en la empresa colonial. El botín de esta consolidó el despotismo real en España.

Puede decirse que antes del siglo XVIII, no existe ningún sistema colonial totalmente capitalista, pero a partir de entonces, se marcaron diferencias fundamentales: mientras que en algunos sistemas coloniales (el inglés y el holandés, por ejemplo) vence el impulso; del capitalismo preindustrial, en el español persiste el pasado.⁵

El feudalismo —como dice Markow— mientras estuvo libre de tendencias capitalistas, conoció la agresión y la expansión colonial, pero no los sistemas coloniales: para ello faltaban el comercio internacional y el motivo de la ganancia. Pero el feudalismo tardío conoció imperios en los cuales se expresaban en forma compleja las

⁴ Sobre el capitalismo temprano en las ciudades españolas y el carácter del levantamiento de los comuneros, véase entre otros Altamira, 1928.

⁵ El Acta de Navegación inglesa (1651) otorgaba protección a la exportación de productos ingleses (sobre todo textiles) y prohibía su importación. También prohibía drásticamente la exportación de materias primas, sobre todo de lana, necesarias a la industria inglesa y abarataba las materias primas importadas. A partir de entonces, el Estado transfirió la protección que gozaban algunas compañías privilegiadas a los comerciantes y manufactureros ingleses como clase. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII, no existió en España un intento serio de implantar una política similar. La Corona siempre apoyó a los exportadores de materias primas y grandes comerciantes a costa de la industria nacional.

tendencias contrapuestas de la burguesía naciente y las clases feudales (Markow, 1954, pp. 45-46). El imperialismo español, sobre todo en el periodo 1500-1760, exhibe todos los rasgos contradictorios que han llevado a Pierre Vilar a designarlo con el nombre de “etapa suprema del feudalismo”.

El “mercantilismo” español

Se ha dicho que el móvil principal del colonialismo fue, en su primera etapa, el oro. Esto es cierto en lo que respecta a la Corona: “Ojo señor, a las Indias —decía el contador general del rey—, que es la parte de donde viene el dinero y con él también la sustancia de esa monarquía” (Del Arco, 1944, p. 69). También es cierto respecto a los conquistadores. Al llegar a la Nueva España, Cortés dijo a un indígena: “Los españoles sufren de una enfermedad del corazón, para la cual el oro es el único verdadero remedio” (Wolf, 1967, p. 146; Haring, 1939).

Pero el hambre insaciable de oro no es, como sostienen algunos autores, siempre un símbolo del desarrollo capitalista. Las coronas y los aventureros —nobles y plebeyos— dispuestos a las empresas más inverosímiles para procurarse oro, se multiplican en Europa desde el tiempo de las cruzadas.

Desde finales de la época feudal, la necesidad de metales preciosos fue creciendo paralelamente al consumo de mercancías orientales. Más importadora que exportadora, Europa debía conseguir cantidades siempre crecientes de oro para cubrir el déficit de la balanza comercial. Por eso fue característica de los imperios coloniales tempranos la sed casi exclusiva de metales preciosos. En cambio, en los de una época posterior, ligados a centros de producción capitalistas, el móvil principal fue el afán de mercados “atados” para la producción de la naciente industria de la metrópoli y el desarrollo de plantaciones (azúcar, tabaco, etcétera) para el consumo de los mercados europeos en expansión.

La diferencia entre las dos etapas, se expresa también en el pensamiento económico. Mientras que los primeros mercantilistas

sostenían que el propósito de la actividad económica era la acumulación de metales preciosos en el país, los que vinieron más tarde (lo que Marx llamó *mercantilismo propiamente dicho*) se proponían ante todo la obtención de una balanza comercial favorable. Es decir, vender más mercancías de las que se compraban.

En realidad, la política de la Corona española nunca tuvo ese carácter mercantilista propiamente dicho. Para ello faltó el elemento nacionalista de defensa de los comerciantes y financieros españoles contra los extranjeros y también la promoción deliberada de la producción nacional por medio de una política colonial adecuada.

La actitud española hacia la artesanía y la manufactura en América nunca fue tan rigurosa como la aplicada por otras potencias coloniales. Comparada con la destrucción de la industria textil hindú perpetrada por los ingleses, la política española fue condescendiente en extremo (Haring, 1939, p. 124). La Corona hizo poco para transformar a las colonias en mercado protegido para la industria de productos textiles de consumo masivo de la metrópoli y el desarrollo de los obrajes en América en la mitad del siglo XVI contribuyó, sin duda, al temprano eclipse de la industria textil española que en el periodo de su auge no contó con el “invernadero” de un mercado colonial.

Hasta el año 1568, el desarrollo de la manufactura en América española gozó de plena libertad:

Martín Cortés, hijo del conquistador, celebró en 1537 un acuerdo con el virrey de Nueva España, en atención de ciertos privilegios, para plantar en el término de quince años, cien mil moreras. [...] En 1548 una real cédula autorizó especialmente a los habitantes de Puebla de los Ángeles, para erigir factorías destinadas a la fabricación de seda, sin restricciones ni trabas de ninguna especie. Enrique Hawke, inglés que vivió cinco años en Nueva España, decía que [en 1572] el país no solo fabricaba toda suerte de sedas, tafetanes, rasos y terciopelos, de tan buena calidad como los de España, salvo que sus tintes eran menos perfectos, sino que estaba bien abastecido de lana y producía paños suficientes para vestir a toda la población común y exportar al Perú. (Haring, 1939, p. 124)

Una situación similar existía, al parecer, en el Perú, en donde se multiplicaban las artesanías y obrajes. Desde 1569 —posiblemente por presión de los importadores de Sevilla y los dueños de manufacturas textiles españolas en plena crisis—, la situación cambió y se comenzó a restringir las manufacturas americanas, sobre todo a través de la reglamentación del trabajo.

Una ordenanza del año de 1581 ratifica la licencia para el funcionamiento de obrajes en la ciudad de Puebla y otra de 1579, prohíbe a las justicias visitar demasiado frecuentemente a los obrajes para controlar la aplicación de las leyes. Pero en 1586, otra ordenanza exige que los obrajes existentes sean registrados y que el establecimiento de nuevos sea sujeto a permiso (Zavala, 1947, pp. 139-213).

En 1595 se expide una reglamentación rigurosa del régimen de trabajo y penas severas para los infractores y en 1599 se reduce el permiso para los obrajes a las ciudades de México, Puebla, Oaxaca y Valladolid, pero no se les prohíbe totalmente (Haring, 1939, p. 124).

Indudablemente, hubo en España círculos que exigían la prohibición de los obrajes textiles americanos, pero no fueron suficientemente poderosos para lograr su propósito. El 24 de noviembre de 1601, después de una “junta grande que mandó hacer de mucho número de personajes de la corte y consejos”, el rey adoptó una medida que hubiera podido significar la muerte de las manufacturas textiles en América: prohibió terminantemente la utilización de trabajadores indígenas libres, de repartimiento o forzados en los obrajes de “paños, lino, lana, seda y algodón”. Pero esta orden no se aplicó.

El virrey de la Nueva España promulgó la ordenanza y dio un plazo de cuatro meses para su cumplimiento. Pero los obrajeros novohispanos reaccionaron vigorosamente. Se nombró una comisión de ocho que en nombre de todos los demás presentaron una petición ante el virrey. En ella declaraban que era imposible cumplir con la orden. Cada obraje —argumentaban los representantes— necesita por lo menos un centenar de trabajadores. Si se compraran negros para ese propósito habría que desembolsar 400 pesos por cada uno de ellos. Casi ningún obrajero estaba en condiciones de hacerlo.

Además, deberían perderse varios meses para enseñar a los negros los nuevos oficios. El cierre de los obrajes —continuaban— afectaría a muchas otras actividades: a los criaderos de ovejas, los pequeños comerciantes en paños y también la exportación que de textiles se hacía hacia Guatemala, Perú, Puerto Rico y La Habana. Los obrajeros pedían que no se aplicara la cédula y prometían en cambio respetar los reglamentos protectores del trabajo indígena.

Al principio, el virrey insistió en el cumplimiento de la cédula real. Pero poco después —no se sabe por qué— cedió. En las siguientes ordenanzas, no se dice ni una palabra más acerca de la *prohibición total del trabajo indígena*. En su lugar, hay una serie de medidas —que sabemos que no se respetaron— para reglamentar las condiciones de trabajo en las manufacturas.

De hecho, el obraje sobrevivió todos los ataques provenientes de la metrópoli. Los reglamentos sobre el trabajo, sobre la ubicación, etcétera, casi nunca se cumplieron y la industria textil novohispana siguió compitiendo ventajosamente con la de España hasta finales del siglo XVIII.

Política fiscal y comercio

Durante el periodo aquí examinado, la explotación colonial de América se sirvió de diversos conductos. En la conquista predominó el sistema ancestral del pillaje y el saqueo.⁶ A medida que las relaciones se hicieron más estables, sin embargo, este fue reemplazado por mecanismos económicos como la imposición de tributos y préstamos forzosos, la sustracción de riquezas y capitales que hacían los

⁶ Es muy significativo que las primeras transacciones comerciales entre indios y españoles fueran designadas con el nombre de rescate incluyéndolas en la misma categoría de operaciones (raptos y asesinatos de caciques, asaltos a pueblos, etcétera) que tenían como propósito la extracción de metales preciosos. Un mercader llegado a América escribía a su primo en España: “Las medallas creo que se venderán el otro rescate creo vale muy poco porque a venido y anlo tenido en tan poco que no dan ya cosa ninguna por ello y para hecho de *rescatar* oro no darían un peso de oro por cuanto restan en Flandes [...]” (subrayados de E. S.) (Otte, 1968, p. 259).

españoles que regresaban a su país de origen⁷ y el comercio desigual. Estos mecanismos causaban un constante drenaje de metales preciosos, que se sentía agudamente con la partida de cada flota o barco de la Nueva España. La pérdida de plata y oro, en esas ocasiones, era de tal magnitud que el comercio en la capital se paralizaba hasta tres meses después de la salida de la nave.

En algunos de estos métodos de explotación predominaban los elementos feudales. En otros, en cambio, despuntaban los lazos de explotación colonial capitalistas que habían de estabilizarse y persistir aun después de la independencia de los países latinoamericanos. Como ejemplos pueden citarse dos casos extremos: el sistema fiscal de la Corona, en el cual se expresan con claridad los fuertes elementos precapitalistas del imperio español, y el comercio colonial, muchos de cuyos mecanismos de explotación se mantienen hasta nuestros días.

Económicamente hablando, la Corona solo tuvo un interés en América: la obtención de la plata necesaria para el financiamiento de los exorbitantes gastos que imponía el imperio.

A través de un complicado sistema de regalías, tributos, impuestos, monopolios y préstamos forzosos, la corona logró reservarse una parte importante del botín colonial. Chapman calcula que sus colonias americanas le produjeron aproximadamente, hasta 1518, alrededor de 70 mil pesos anualmente, un total de 1,2 millones hasta 1554. Después de la conquista del Perú, el ingreso anual subió a 3,5 millones y llegó, en tiempos de Felipe II, a 45 millones; después descendió para sostenerse a un promedio de 17 millones a lo largo del siglo (Chapman, 1933, p. 167).

⁷ Se ha dicho que las exacciones fiscales y los préstamos forzosos impuestos a las comunidades americanas no pueden ser considerados como *explotación colonial* puesto que las provincias de España estaban sometidas a un trato igual e inclusive a veces, más drástico. Es evidente que en España se trata de una relación interna entre las capas gobernantes y las demás clases sociales. Pero en América, aparte de la relación claramente colonial hacia los indios, se constituían nuevas naciones sujetas políticamente a la Corona española. Paralelamente, las exacciones directas de la Corona cobraban cada vez más marcadamente un carácter colonial.

Los ingresos de la Corona crecieron rápidamente. En tiempos de Carlos V, el presupuesto se triplicó; durante el reino de Felipe II, creció cuatro veces. Sin embargo, los gastos aumentaban más aprisa. Felipe II heredó de su padre una deuda de 20 millones de ducados, y legó a su sucesor una cinco veces mayor; los repetidos empréstitos, los dos decretos de suspensión de pagos de 1575 y 1596, las desesperadas maniobras financieras, demuestran la voracidad sin límite del tesoro real (Carande, 1943, pp. 111-114) y su creciente endeudamiento.

El sistema fiscal que aplicaba la corona para procurarse ingresos se regía por criterios estrictamente feudales, según los cuales toda producción o ingreso conocidos debían ser gravados. Existe un marcado contraste entre el sistema fiscal español y el inglés, que desde el siglo XVII está diseñado de acuerdo a las necesidades de las capas comerciales y manufactureras. El sistema español de aduanas y monopolios no se distinguía esencialmente del sistema de pillaje organizado de los señores feudales que gravaban desde el tránsito por los caminos, hasta la apertura de ventanas.

Así, durante el periodo de la Conquista, la Corona impuso directamente impuestos sobre el pillaje y el botín. Otorgó a los descubridores y nuevos pobladores el privilegio de que pudieran, durante dos años, ser los únicos a “rescatar” con los indios. Para ello debían pagar a la Corona un impuesto: diezmo u octavo al principio, quinto más tarde. En algunas órdenes se especificaba que, si se cautivase algún cacique o señor poderoso, de lo que se obtuviere

[...] se nos da la sexta parte dello y los demas se reparte entre los conquistadores [...] y en cada caso de que dicho señor se matara en batalla o después por vía de justicia o en otra cualquier manera, de todo lo que del se oviere juntamente ayamos la mitad. (Ots, 1958, p. 193)

El máximo ingreso fiscal posible a corto plazo fue el principio rector de la política fiscal real y, a través de ella, de todo el rígido sistema económico colonial.

Las principales imposiciones de la Corona eran los derechos sobre metales preciosos que incluían el *quinto real*, que en 1548 fue reducido al *diezmo* sobre la plata; el cinco por ciento sobre el oro. Los derechos de

amonedación (1536). La alcabala, que fue introducida en la Nueva España en 1571 y era un impuesto indirecto sobre todas las ventas; la alcabala encarecía extraordinariamente tanto las materias primas como los productos terminados, aumentando los costos de producción y reduciendo la demanda efectiva. El *estanco del mercurio*, que se estableció en 1559, casi inmediatamente después de la introducción del sistema de patio, la Corona se reservó el monopolio de la producción de este elemento estratégico para la minería y prohibió su comercio por particulares. El monopolio del mercurio constituyó un freno —frecuentemente insuperable— al desarrollo de la minería. La *bula de la Santa Cruz*, que era de un ocho por ciento cedido por los papas a los reyes. El *almojarifazgo*, un impuesto aduanal de cinco al quince por ciento. El *estanco de la pólvora*, cuya producción fue monopolizada por la hacienda real. Las composiciones, pagos —considerables en ciertos periodos— que se hacían para legalizar títulos dudosos sobre tierras. *Papel sellado* (1538), que era un derecho equivalente a medio año de salario que debía pagar todo empleado público, así como los artesanos, al recibir su empleo o ser examinados en su oficio, y el *tributo*, sobre el cual se habla en extenso en el capítulo II del presente estudio.

A esto debe agregarse la venta regular de puestos y oficios públicos que eran puestos en subasta pública y los innumerables préstamos forzosos, impuestos a comerciantes, terratenientes y burócratas.⁸

En un principio la Corona intentó incluso reservarse el monopolio exclusivo del comercio colonial, excluyendo de él a los particulares. En las instrucciones dadas a Colón en 1493, se prohibió estrictamente a los particulares el comercio directo con las Indias y se ordenó que las transacciones locales tuvieran lugar ante un tesorero, un contador y un representante de Colón (Ots, 1958, p. 193). Los colonizadores podían importar de España solo el ganado y los comestibles necesarios para su existencia, pero no para propósitos de comercio. Se les prohibía expresamente introducir ropa, zapatos, caballos y otros objetos cuyo comercio se reservaba para la Corona (Haring, 1939, p. 156).

⁸ Véase Cue, 1960.

Estas medidas, que revelaban la debilidad de los sectores comerciales en la primera etapa de la Conquista, solo fueron abandonadas cuando la extensión del movimiento colonizador las convirtió en freno evidente, fuente de constantes fricciones con comerciantes y colonos que exigían una participación directa en los beneficios de los descubrimientos y la colonización. Pero en su lugar se estableció un monopolio reducido, sujeto a grandes cargas fiscales que beneficiaban solo a la Corona y a algunas casas de Sevilla y Cádiz.

Regimentado monopolísticamente, el comercio colonial proporcionaba tasas de ganancia mucho más altas que las que regían en el intercambio entre países de desarrollo similar. Entre los precios de venta de los productos en los países de origen y las colonias americanas existían diferencias enormes.⁹ En vista de que las flotas eran el

⁹ Un documento que describe una nave típica y las diferencias de precios de las mercancías en sus lugares de origen y en América da una idea de las ganancias de los grandes comerciantes (De Gervasio, 1937, p. 227):

Mercancías	Diferencia porcentual en el precio entre el lugar de origen y América
Tejidos de lienzos (cambrayas, glandas y cambrayones)	250
Ruanes, morleses, bretañas	300
Olandillas anchas, fustanos y bombasies	400
Calcetas finas	300
Cintas de hilos de colores	290
Paño fino	200
Paño nuevo fino	300
Medias de estambre de Inglaterra	300
Tejidos de seda	200
Telas de oro y plata	200
Pimienta	300
Clavo	500
Canela	900
Azafrán	400
Cuchillos	700

único medio legal de tráfico comercial, puede tomarse como un índice de los términos desiguales de intercambio, las diferencias entre el valor del cargamento traído por estas de la metrópoli y el valor de las mercancías que se llevaban al regresar.

Ordinariamente se cargaba en las flotas para tierra firme el valor de ocho, diez o doce millones de pesos en mercancías de Europa de todas clases; y estas flotas regresaban en retorno por treinta o cuarenta millones de pesos en oro, plata, lana de vicuña, cacao y frutos preciosos de aquellos reinos... acontecía alguna vez que los negociantes ganaban en ciertas mercancías de un precio y una calidad los más inferiores, hasta quinientos por ciento; pero el beneficio común y seguro en estos viajes era de ciento por ciento. (Chávez, 1965, pp. 34-35)

Los economistas españoles del siglo XVIII comprendían perfectamente que los principios mercantilistas según los cuales la riqueza de un país se basa en exportar más de lo que se importa, no regían en el comercio con las colonias en donde el intercambio no era equivalente y el excedente importado representaba no una salida de metales preciosos sino la existencia de una ganancia monopolista no retribuida.

El interés general de España en ese comercio [con América] como el de todas las naciones que tienen colonias consiste en extraer muchos frutos y mercaderías de Europa y en introducir en ella mucho de las de América. Todo arreglo económico en este comercio que no se encamine a este objeto, solo tendrá cimientos ruinosos, y debe ser despreciado. La máxima general del comercio, que quiere que un estado extraiga mucho e introduzca poco, no es la del comercio que se hace con América. Las naciones que tienen ahí colonias, nunca recibirán demasiados frutos por la riqueza de su extracción en Europa: y cuando más se introduzca en frutos, mercaderías, tanto más se extrae y tanto más se facilitan las ricas extracciones. (Chávez, 1965, p. 19)

Comprendían también que este comercio contribuía a consolidar uno de los aspectos más salientes de la dependencia: la existencia de

una clase cuyo modo de vida y lujo no pueden ser satisfechos con la producción local ni están en consonancia con ella.

El lujo que introduce el comercio entre los habitantes [de las colonias, E. S.] la ocasión que continuamente les presenta de facilitarse con los frutos de sus tierras todas las comodidades de la vida, es el único motivo que los excita al trabajo y a hacer siempre las colonias más ricas en producciones. (Chávez, 1965)

El “capitalismo” español

Las relaciones capitalistas estaban presentes en la España de los siglos XVI y XVII. Pero se trata de un capitalismo temprano o embrionario que, después de un breve periodo de auge, entra en una larga declinación durante la cual se acentúa su parasitarismo y se produce la reversión, la integración entre el capitalismo temprano y el sistema señorial, que Marx calificó de “ignominiosa y lenta putrefacción”. En los dos primeros tercios del siglo XVI, la manufactura pasaba por un importante auge¹⁰ aun cuando sin alcanzar los niveles franceses o los de la pequeña revolución industrial que conocía Inglaterra en la misma época.

La afluencia de metales preciosos baratos, aunada al lento crecimiento de la producción, originó una inflación crónica. En España, todo se producía a costos más elevados. “En Francia, por un real se pueden comprar 60 cosas determinadas, en Roma 50, en Rousillon

¹⁰ En la primera mitad del siglo XVI la manufactura lanera alcanzó un desarrollo importante sobre todo en Segovia, Toledo, Córdoba y Cuenca. También los tejidos de seda conocieron un auge en Toledo, Granada y Valencia. En cambio, la producción de hilados y lienzos era escasa. También florecieron el curtido de pieles, la producción de armas, jabón y cerámica y en Vizcaya, los astilleros navales. Sin embargo, el “auge pudo haber sido mayor” dice Vicens Vives. “El apoyo real a la exportación de materias mimas y la falta de protección oficial a las industrias, perjudicó gravemente a estas. La manufactura lanera, por ejemplo, se vio afectada por la protección a la exportación de vellones (La Mesta), el apoyo de Carlos I a las manufacturas flamencas y la tolerancia de las americanas”. Véase Vicens, 1972, pp. 319-323.

y Cerdeña 40, en Cataluña, Aragón y Valencia 24 y en Castilla solamente 17".¹¹

Las mercancías de los países menos afectados por la inflación invadieron el mercado español y arruinaron la producción. En la séptima década, la industria y la agricultura se encuentran ya en plena crisis (Hamilton, 1956, pp. 214-216).

En el siglo XVI, las grandes fortunas apenas si llegaron a transformarse en capital. Refiriéndose a las casas comerciales y bancadas de Sevilla, escribe Pierre Vilar:

Los nombres españoles no faltan: los Espinoza, los Íñiguez, los Lizárraga, los Lombardo, los Negrón, los Morga. Pero apenas se ha querido esbozar su historia, cuando esta se transforma desde la primera mitad del siglo, en la de sus quiebras. [...] Si el periodo de la creación de los bancos sevillanos es de 1536-1540 [...] la primera gran época de quiebras numerosas es de 1552-1555 [...].

Y refiriéndose a otros sectores de la economía continúa:

¿Y los tesoros de los conquistadores? ¿Y las ganancias de los comerciantes medios y pequeños, de los primeros vendedores de vinos y aceites, y los fabricantes de lana y seda? Una formación de capital existió. ¿No se le puede seguir? Muy mal en sus mecanismos iniciales, pero bastante bien en sus resultados. Lo que no va al lujo público o particular, a las tierras o a las casas, va al *censo* y al *juro*, es decir a la renta fija y particularmente a los empréstitos de estado. (Vilar, 1992, pp. 568-569)

Mientras más escaseaban las oportunidades de inversiones productivas, más se acentúa el carácter señorial de los ricos españoles y los elementos parasitarios de la economía. Los poderosos no solo viven en un lujo deslumbrante, sino que mantienen verdaderas cortes de criados y servidores. La Iglesia multiplica los templos y conventos. Predominan las profesiones parasitarias. La flor y nata

¹¹ Folleto de la época citado en Vilar, 1992, p. 604.

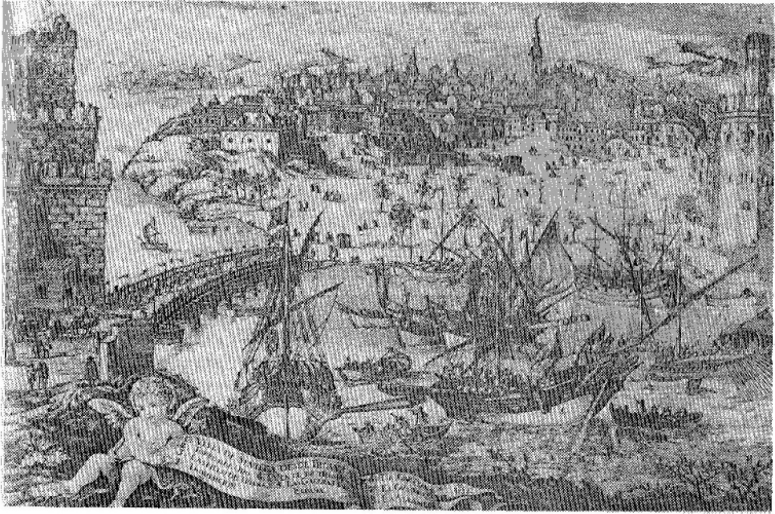
de la juventud va a parar al ejército, la marina, la burocracia; se entrega a la vida “picaresca” y las empresas más descabelladas.

Un hombre que trabaja debe mantenerse a sí mismo, mantener al señor del dominio, al rentista, al beneficiario del diezmo, al preceptor del censo, todos los que tienen algo que reclamar [...] entre las personas que trabajan y los que no hacen nada, la proporción es de uno a treinta. (González, 1600)

En España se dio el caso típico del brote de capitalismo temprano que no logra romper las trabas feudales y se adapta a ellas o mejor dicho se integra a ellas. El fracaso marcó el principio de una larga descomposición. Después de los intentos de 1812, 1820, 1835, 1854, la revolución democrática burguesa no había triunfado aún y en pleno siglo XX las trabas constituidas por esa estructura no habían sido totalmente superadas.

En España lo impresionante es la brillantez y a la vez la fugacidad de ese capitalismo temprano. En la primera mitad del siglo XVI se encontraba en su máximo esplendor. En la segunda mitad, la población decrece, las ciudades se vacían, se multiplican las quiebras, la producción también decrece. A principios del siglo XVII, es claro que el primer gran retoño del capitalismo español no ha logrado crear las condiciones necesarias para una revolución industrial y el triunfo definitivo del capitalismo.

A través de los lazos coloniales, España transmitirá a América las instituciones feudales, el capitalismo embrionario y, sobre todo, el ciclo peculiar de su breve florecimiento y su larga descomposición.



Vista de Sevilla desde Triana en 1738.



Vista de Amberes en 1515.

Bibliografía

Altamira y Crevea, Rafael. (1928). *Historia de España y la civilización española*. Barcelona: Sucesores de Juan Gili.

Archivo General de Indias. (1940). *Catálogo de pasajeros de Indias durante los siglos XVI, XVII y XVIII*. Madrid: Imprenta editorial de la Gavidia.

Brown, Vera Lee. (1928). Contraband Trade, a Factor in the Decline of Spanish Empire in América. *The Hispanic American Historical Review*, VIII (2), 178-189.

Carande, Ramón. (1925). Sevilla, fortaleza y mercado. En *Anuario de Historia del derecho español*. Tomo II. Madrid.

Carande, Ramón. (1943). Carlos V y sus banqueros, vol. 2. *Revista de Occidente*. Madrid.

Chapman, Charles Edward. (1933). *Colonial Hispanic América: A History*. New York: Macmillan.

Chaunu, Pierre. (1956). *Séville et l'Atlantique, 1504-1650: Le trafic de 1621 à 1650*. Institut des hautes études de l'Amérique latine.

Chávez, Orozco Luis. (1965). El Comercio de España y sus Indias. En *Colección de documentos para la historia del comercio exterior de México*. México: Banco Nacional de Comercio Exterior.

Chávez, Orozco Luis. (1965). El contrabando y el comercio exterior en la Nueva España. En *Colección de documentos para la historia del comercio exterior en México*. México: Publicaciones del Banco Nacional de Comercio Exterior.

Cue, Cánovas Agustín. (1960). *Historia social y económica de México 1521-1854*. México: Trillas.

De Gervasio, Ardiñano. (1937). *Historia del comercio con las Indias*. Barcelona.

Del Arco, y Garay Ricardo. (1944). *La idea de imperio en la política y la literatura española*. Madrid: Espasa-Calpe.

Dobb, Maurice. (1964). Prelude to the Industrial Revolution. *Science and Society*, XVII (1), 31-49.

- Elliot, John. (1963). *Imperial Spain, 1468-1716*. London: Edward Arnold Press.
- González, de Ceyorigo Martín. (1600). *Memorial de la política necesaria y útil restauración de la República de España*. Valladolid.
- Habler, Konrad. (1897). *Die Geschichte der Fuggerischen Handels in Spanien*. Weimar.
- Hamilton, Earl. (1956). The Decline of Spain. En *Essays in Economic History*. Londres.
- Haring, Clarence Henry. (1939). *El comercio y la navegación entre España y las Indias en época de los Habsburgos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hill, Cristopher. (1969). *Reformation to Industrial Revolution. British Economy and Society (1530-1780)*. Penguin Books.
- Hobsbawm, Eric. (1954). The General Crisis of European Economy in the XVII Century. *Past and Present*, (5), 33-54.
- Hobsbawm, Eric. (1954). The General Crisis of European Economy in the XVII Century. *Past and Present*, (5), 44-66.
- Kellenbenz, Herman. (1954). *Unternehmer-Kräfte im Hamburger Portugal - und Spanien-Handel, 1590-1625*. Hamburgo: Verlag der Hamburgischen Bücherei.
- Kossok, Manfred, y Markow, Walter (1955). Konspekt über das spanische Kolonial-System. En *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx-Universität* (pp. 230-265). Leipzig: Heft III.
- Larraz, José. (1953). *La época del mercantilismo en Castilla 1500-1770*. Madrid: Aguilar.
- Lynch, John. (1964). *Spain under the Habsburgs, vol. I, Empire and Absolutism (1516-1598)*. Oxford: B. Blackwell.
- Mandel, Ernst. (1979). *Ensayos sobre el neocapitalismo*. México: Era.
- Markow, Walter. (1954). Fragen der Génesis und Bedeutung der Vorimperialistischen Kolonialsysteme. *Wissenschaftliche Zeitschrift der Karl-Marx-Universität, Heft 1-2*, 44-60.

Marx, Karl (1975). *El Capital*. Vol. I. Cartago.

Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1970). *Acerca del colonialismo*. Moscú: Progreso.

Ots, Capdequi José María. (1958). Instituciones. En H. d. americanos, *Ballesteros, Antonio*. Barcelona: Salvat.

Otte, Enrique. (1968). Mercaderes burgaleses en los inicios del comercio con México. *Revista de Historia Mexicana*, XVIII, (2).

Rodríguez, Vicente María Encarnación. (1964). Los caudales remitidos desde el Perú a España por cuenta de la Real Hacienda. Series estadísticas 1651-1739. En XXXVI Congreso Internacional de Americanistas. España.

Secretaría de Hacienda y Crédito Público. (1945). *Documentos relativos al arrendamiento del impuesto o renta de alcabalas de la Ciudad de México y distritos circundantes*. México.

Vicens, Vives Jaime. (1972). *Historia social y económica de España y América*. Tomo III. Vicens-Vives.

Vilar, Pierre. (1992). *La Catalogue dans l'Espagne moderne*. París.

Wolf, Eric. (1967). *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. México: Era.

Zavala, Silvio. (1947). *Ordenanzas del trabajo. Siglos XVI y XVII*. México: Elede.

*México: del antiguo régimen a la
modernidad. Reforma y revolución*

Estado laico y nacionalización de los bienes del clero*

Nada más actual que las leyes de 1859-1861 que pusieron las bases para un estado laico en México. Vivimos una época de resurgimiento agresivo del fundamentalismo religioso y los movimientos teocráticos que pugnan por la creación de Estados en que los líderes religiosos participan en los gobiernos y los principios de la religión dominante son transformados en leyes obligatorias. Heredados de épocas pasadas, tenemos los gobiernos teocráticos del Vaticano, en que el papa es a la vez jefe político y cabeza de la Iglesia católica mundial. Así también el gobierno teocrático del Tíbet, en el cual el Dalai Lama cumple también las dos funciones a la vez. Los medios de Occidente en su campaña contra China lo han transformado en “hombre santo y sabio”.

El primer Estado teocrático moderno surgió en Irán, un país de 1,6 millones de kilómetros cuadrados y 70 millones de habitantes, que, a raíz de la revolución de 1978, vio a los *mullahs* (clérigos) ascender al

¹ Enrique Semo, “Estado laico y nacionalización de los bienes del clero”, en Rubén Ruiz Guerra (coord.), *Miradas a la Reforma*, México, UNAM, 2011.

poder. En 1989, la Constitución otorgó a los religiosos la presidencia, el parlamento y la suprema corte. Rico en petróleo, hostigado por Estados Unidos y otras potencias occidentales, víctima de una guerra cruel con Iraq, el régimen teocrático, represor de los derechos de las mujeres, se mantiene no sin oposición. El segundo sería el creado en Afganistán por los *talibanes* (estudiantes de las escuelas religiosas), que también controla en todos sus detalles la vida privada de los ciudadanos, evitando la contaminación occidental. Los castigos previstos para los ofensores son extraordinariamente crueles. Derrocados por la invasión estadounidense, los talibanes siguen presentando una resistencia implacable. En Arabia Saudí, la monarquía se declara defensora del islam, con el Corán como Constitución y la *Sharia* (ley islámica) como ley fundacional. El Estado de Israel, sin poder ser calificado como teocrático, es sin duda confesional. Rabinos, líderes de partidos religiosos, participan en casi todos sus gabinetes y muchos principios de la religión judía son impuestos como leyes.

Pero más indicativo del ambiente general en este principio del siglo XXI, son los movimientos teocráticos que se manifiestan en muchos países de diferentes religiones. Casi todos los países árabes tienen un poderoso movimiento que se propone el establecimiento de reinos o repúblicas teocráticas. El futuro indeciso de Iraq puede desembocar en una división sobre bases religiosas entre sunitas, chiitas y kurdos. En países cristianos como España, la influencia de la Iglesia es todavía muy grande. A pesar de que en 1980 se aprobó la ley de libertad religiosa, que prohibía el uso de la cruz en las aulas escolares y las instituciones públicas, este se mantiene porque cómo dice el cardenal Rouco Varela: “El crucifijo pertenece a la historia y la cultura de España” (Bedoya, 2008), olvidando que la estrella de David y la media luna fueron también, durante más de ochos siglos, parte de la historia de España y que solo fueron extirpadas por medio de la violencia y la expulsión. Y que, si el Estado no fuera laico, tendrían los mismos derechos.

En Estados Unidos, los “cristianos renacidos” (Colson, 2008) que se oponen a la teoría de la evolución, forman el núcleo duro del

Partido Republicano y el mismo George Bush, era un “*born again Christian*” que exigía que todas las reuniones del gabinete comenzaran con un rezo, que dirigiría cada vez un secretario diferente. Esta corriente, que representa 25% de la población de Estados Unidos, quiere redefinir la relación entre el Estado y las Iglesias, introduciendo la educación religiosa en las escuelas, oponiéndose al derecho al aborto, denunciando los matrimonios de homosexuales y la eutanasia, y favoreciendo la castración de los violadores y la pena de muerte. Una notable representante de ese fundamentalismo cristiano de extrema derecha es Sarah Palin, la excandidata a la vicepresidencia de los Estados Unidos. Ella cree que “vivimos el fin de los tiempos”, que terminarán en un sangriento infierno, del cual solo los verdaderos cristianos se salvarán. Sostiene que la guerra en Iraq es una “tarea de Dios”, se opone a la investigación con células madre y es partidaria decidida del Creacionismo, que pide sea enseñado en las escuelas.

En un ambiente como el actual, que no ha dejado de influir en México, el concepto de Estado laico y el principio de libertad religiosa, como parte inseparable de las otras libertades, tiene una actualidad universal y nacional, a la que México, en pleno siglo XXI, no debe ni puede renunciar. El Estado laico en nuestro país, que siguió debatiéndose e inspirando luchas cruentas hasta bien entrado el siglo XX, es quizás uno de los principales logros de la democracia: la separación de la vida civil y política, por un lado y la vida privada y religiosa por el otro, y el derecho del ciudadano de escoger y practicar el credo que más lo inspire o ninguno, en igualdad de condiciones con la religión mayoritaria, es un logro temprano de nuestra nación y de la libertad en general. Pero todo indica que la controversia se reinicia, y no hay que dar nada por definitivo. Los retrocesos en este sentido no pueden descartarse. En una carta pastoral de marzo de 2000, se sostiene que el respeto a los derechos humanos incluye el reconocimiento del derecho de la Iglesia a la igualdad con el Estado en la educación pública y la participación cívico-política. Reconocer la libertad de cultos a cambio de que los religiosos participen y ocupen todos los puestos

de la actividad política y la educación pública, en un país en que 84% de sus habitantes se declaran católicos, es volver subrepticamente a una relación entre Iglesia y Estado, que Juárez y los valiosos hombres que lo rodeaban, lograron cambiar. Naturalmente la laicidad del Estado en la época contemporánea debe reconocer los derechos de los no creyentes y la tolerancia de las diferencias en materia sexual. La dura oposición de la Iglesia mexicana a la ley sobre el aborto ha, sin duda, inspirado su derrota en diecisiete estados que presagia el resultado nacional.

La tendencia a crear un movimiento y hasta un partido basado en la “teocracia tolerante”, ya está presente en México como en otros países cristianos y finalmente, no se debe olvidar la realidad del Yunque en el PAN, una extrema derecha repleta de tentaciones teocráticas como era el ya difunto Carlos Abascal, cuya beatificación fue propuesta el 23 de diciembre de 2008 por el grupo Provida, encabezado por Jorge Serrano Limón y Rocío Gálvez (*La Crónica de hoy*, 2009).

La lucha de los liberales mexicanos del siglo XIX por crear un Estado laico fue una empresa descomunal. Trescientos años de tradición respaldaban un Estado confesional, indisolublemente ligado a la Iglesia. La religión católica, única legal, era la base de la cultura en la cual se movieron muchas generaciones de novohispanos. Su relación con la conquista de las conciencias le daba el poder de un mito fundacional. Desaparecido el poder virreinal, sumido en una profunda crisis fiscal y administrativa, a fines de la colonia, surgió del lado laico un inmenso vacío de poder, que tardaría varias décadas en ser cabalmente ocupado. En las primeras décadas de independencia, puede hablarse, sin vacilación, de una dualidad de poderes en la cual la Iglesia era el polo fuerte y el Estado, el débil. La Iglesia, con su inmenso poder sobre la mente, la vida cotidiana y la fe de los mexicanos, su control sobre el sistema educativo, los servicios de salud y de beneficencia, sus privilegios sociales y legales, el apoyo de papas, que fueron enemigos declarados del liberalismo. La Iglesia cuyas cuantiosas propiedades urbanas y rurales eran estimadas en la mitad de la riqueza nacional, su dominio del crédito hipotecario,

la obligatoriedad del diezmo y las primicias, las cuotas obligatorias que cobraba por sus servicios, cumplía muchas de las funciones del Estado y representaba un obstáculo temible para cualquier tipo de rival laico. Las posibilidades de un Estado católico teocrático parecían estar dadas.

Año de 1859. Juárez y su gobierno se encuentran refugiados en Veracruz. Una feroz guerra civil entre los conservadores, apoyados por la Iglesia, y los liberales azota el país. Al principio, las armas liberales son casi siempre derrotadas. ¿Cuál es el origen de esa situación aparentemente desesperada? Dos años antes, el 12 de febrero de 1857, se había anunciado y publicado la nueva Constitución. Algunos sacerdotes aprobaron el documento, manteniendo reservas sobre diversos puntos. Sin embargo, la mayoría de los obispos se opusieron a ella. Se negó la absolución a los funcionarios que tomaron el juramento de acatarla. Sus argumentos atacaban todos los puntos que se referían a la Iglesia y sus derechos. El papa, Pío IX, reprobó oficialmente la Constitución mexicana. El 17 de diciembre de 1857, Félix Zuloaga se pronunció contra la Constitución, anunciando el Plan de Tacubaya e iniciando la Guerra de Tres Años.

Entre otros, este plan contenía los siguientes principios: inviolabilidad de la propiedad eclesiástica y sus ingresos y restablecimiento de sus derechos anteriores; restitución de los fueros; la religión romana, católica y apostólica como religión única de México; censura de la prensa; abolición de la Constitución de 1857. Y por fin, establecimiento de una dictadura provisional que solo respondería a la Iglesia. Gestionar en lo posible, el establecimiento de una monarquía, y en defecto de esta, un protectorado europeo. Representantes de países extranjeros en la capital reconocieron a Zuloaga, incluyendo los Estados Unidos, que solo hasta un año después mandó un representante en la sede del gobierno liberal.

Durante los primeros dos años, la guerra parecía favorecer decididamente a las fuerzas conservadoras. En la primavera de 1858, los conservadores estaban absolutamente seguros de lograr la victoria final. Además de la estratégica ciudad de Veracruz y alguna de las

regiones costeras, solo algunas áreas del norte y el sur de México permanecían fieles a los liberales. Dos de sus principales generales, Manuel Doblado y Anastasio Parrodi, se habían rendido y la mayor parte de las tropas estaban en muy malas condiciones. Por su parte, los conservadores retenían casi todos los principales centros de población y podían contar con dos jefes militares muy capaces, Leonardo Márquez y Miguel Miramón. A los liberales solo les quedaba una estrategia defensiva: retener Veracruz y continuar los combates guerrilleros en el Centro. El plan defensivo logró temporalmente su objetivo principal, que era impedir la toma de Veracruz. El 10 y 11 de abril del siguiente año, las tropas liberales de Degollado fueron vencidas en la batalla de Tacubaya. Pero la matanza que hicieran los conservadores de oficiales y médicos que pertenecían a familias mexicanas prominentes sirvió para que los liberales demostraran su imperdonable crueldad y la fecha de muerte de los “mártires de Tacubaya” se transformó en un día de duelo nacional. Durante el resto del año se sucedieron las victorias conservadoras. Todavía a principios de 1860, los conservadores mantenían una mejor posición militar, pero en febrero, Miramón intentó, por segunda vez, tomar Veracruz. Para ello combinó un ataque por mar con otro por tierra, pero los estadounidenses, avisados por los liberales, se apoderaron de los barcos y el plan fracasó (Scholes, 1972, pp. 53-67).

Solo a partir de entonces comenzó a vislumbrarse la posibilidad de la victoria liberal. Los dos fracasos de apoderarse de Veracruz, pero, sobre todo, las disensiones internas resultaron fatales para los conservadores, cuya fuerza comenzó a declinar después del último intento. Miramón se retiró a la ciudad de México y fue derrotado en Silao. El 22 de diciembre se libró una batalla decisiva en las Lomas de San Miguel Calpulalpan que terminó en una completa derrota de las fuerzas comandadas por Miramón y Márquez. Y por fin, bajo el mando de González Ortega, la ciudad de México cayó el 25 de diciembre de 1860, culminando así con una victoria liberal la Guerra Civil de Reforma (Galindo, 2009, p. 466).

Ante la guerra civil, que durante más de dos años parecía estarse perdiendo, y las presiones internacionales, el gobierno de Juárez sintió la necesidad de ir más allá de la Constitución de 1857. Ante todo, era necesario privar al enemigo de los fondos que la Iglesia le otorgaba y también crear una base social firme para los liberales. Esto en buena parte explica el paso de la desamortización, que era una especie de enajenación de bienes, a la nacionalización, que equivalía a una expropiación sin indemnización. Las propiedades fueron a dar a las manos de una clase media y alta, que se vio comprometida con la victoria de los liberales para retener los bienes recién adquiridos, ya que las leyes solo se volverían una realidad irreversible con la victoria de las armas liberales y el establecimiento sólido de la República. Además, había que liberar a la población de la dependencia casi absoluta de la Iglesia, creando instituciones civiles, que impidieran retrotraer al país, de una vez por todas, a las condiciones anteriores a la Guerra de Tres Años.

De que la Iglesia venía financiando a los conservadores, no había duda alguna. Entre otras muchas pruebas está el informe de John Forsyth, embajador estadounidense en México, que dirigiéndose a Washington el 13 de febrero de 1858, escribía:

El nuevo gobierno se halla totalmente dependiente de la Iglesia para su sostenimiento, ya que todas las costas y aduanas se encuentran en manos de la coalición. La Iglesia ha otorgado ya crédito al gobierno hasta por 1.5 millones de dólares. (Scholes, 1972, p. 57)

En las justificaciones de las leyes que se aprobaron en los siguientes seis meses se resumen los principios del gobierno soberano y laico, en estos términos:

1. Adoptar, como regla general invariable, la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.
2. Suprimir todas las corporaciones de regulares del sexo masculino, sin excepción alguna, secularizándose los sacerdotes que actualmente hay en ellas. Cerrar los noviciados en los conventos de monjas, exclaustrándose a estas, con los capitales o dotes que cada

una haya introducido y con la asignación de lo necesario para el servicio del culto en sus respectivos templos.

3. Extinguir igualmente las cofradías, archicofradías, hermandades y, en general, todas las corporaciones o congregaciones religiosas.

4. Declarar que han sido y son propiedad de la Nación todos los bienes que hoy administra el clero secular y regular con diversos títulos.

5. Declarar que la remuneración que dan los fieles a los sacerdotes, así por la administración de los sacramentos como por todos los demás servicios eclesiásticos, y cuyo producto anual, bien distribuido, basta para atender ampliamente al sostenimiento del culto y de sus ministros, es objeto de convenios libres entre unos y otros, sin que para nada intervenga en ello la autoridad civil.

6. Establecer el registro civil público para nacimientos, matrimonios, defunciones y adopciones, que deben ser inscritos obligatoriamente en este para ser válidos. Crear para ello, la posición de juez civil.

7. Reducir el número de festividades religiosas obligatorias, disminuyendo el peso eclesiástico en la vida cotidiana y aumentando los días de trabajo.

8. Poner las bases de una educación pública, anulando el monopolio que a este respecto tenía la Iglesia.¹

La nacionalización de los bienes de la Iglesia se llevó a cabo durante la primera década, en medio de la guerra civil y la intervención. No fortaleció al Estado desde el punto de vista económico, pero sí desde el punto de vista político. No benefició exclusivamente a pequeños propietarios, pero sí aportó, en medio del caos reinante, a la creación de una clase media y media alta, tanto en el campo como en la ciudad.

El espíritu político que animó al gobierno de Juárez ha sido magistralmente captado por Justo Sierra en su libro *Juárez, su obra y su tiempo*:

¹ Véase Juárez, 1972.

[L]os Estados, los caudillos, habíanse creído en el derecho de vender los asendeados bienes [de la Iglesia] y los habían vendido; los muebles, los tesoros de las iglesias habían sido literalmente tirados a la calle; los reactores hicieron esto a la par de los puros: todos despojaron, derrocharon, robaron no pocas veces y se hablaba de tal o cual jefe chinaco que llevaba en la toquilla de su sombrero jarano los diamantes de la Virgen, patrona de esta o aquella ciudad o santuario célebre. Además de esto, el gobierno general había hecho en Veracruz considerables operaciones a precios bajísimos; el procurarse así dinero era lo secundario, según la opinión radical de Ocampo [...] *Lo principal consistía en multiplicar el esfuerzo de los intereses particulares a favor de la Reforma: crearlos y multiplicarlos; así el triunfo sería duradero*: aunque la Hacienda quedase defraudada, la sociedad quedaba emancipada: al lado de lo segundo, lo primero era baladí (Sierra, 1972, p. 223).

El objetivo profundo que animaba a los liberales, más allá de su conflicto con la Iglesia, era la creación de una sociedad moderna, a imagen y semejanza de las que estaban surgiendo en Europa y Norteamérica. El Estado laico no solo era un ideal de la Ilustración, portadora de la razón contra la Escolástica y el oscurantismo negador de la ciencia. Era también necesario para el desarrollo de una clase empresarial, que resentía profundamente la inmovilización de capitales cuantiosos en manos muertas y los obstáculos que les ponía la Iglesia para desarrollar su iniciativa individual y dar rienda suelta al proceso de destrucción creativa, propia a la modernidad capitalista. También en eso la Reforma contribuyó en una forma decisiva al nacimiento del México moderno. No fue una vía idílica, pero debido a la intransigencia a ultranza de los dignatarios de la Iglesia, probablemente fue la única. Hoy, el Estado laico no es ya una demanda ligada al surgimiento del capitalismo, sino un contenido fundamental de la democracia y la libertad, tan importante como la división de poderes o el pacto federal. Probablemente Juárez no imaginó lo trascendencia futura de esas medidas tomadas al calor de una batalla descomunal, pero ese es el destino de todo estadista y Juárez, junto con los hombres que lo rodeaban, fueron un grupo de estadistas. Quizás el más grande que ha producido la nación.

Bibliografía

- Bedoya, Juan. (24 de septiembre de 2008). Rouco ataca la memoria histórica por trasladar la Guerra Civil a los jóvenes. *El País*. https://elpais.com/diario/2008/09/25/sociedad/1222293606_850215.html
- Colson, Charles. (2008). *Born Again*. Michigan: Baker Publishing.
- Galindo, Miguel. (2009). *La gran década nacional. 1857-1867*. México: INEHRM.
- Juárez, Benito. (1972). *Documentos, discursos y correspondencia*. Tomos II y IV. México: Editorial Libros de México.
- La Crónica de hoy*. (03 de diciembre de 2009). México
- Scholes, Walter. (1972). *La política mexicana durante el régimen de Juárez. 1855- 1872*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sierra, Justo. (1972). *Juárez, su obra y su tiempo*. México: Editora Nacional.

Las raíces sociales del autoritarismo y la democracia en México (1810-1930)*

En el último medio siglo, México ha gozado de un sistema político estable que no conoce las rupturas violentas ni las transformaciones profundas. Caso excepcional en Latinoamérica, su consistencia ha sobrevivido las pruebas de la modernización acelerada y de la aguda crisis de los últimos cinco años.

Formalmente una república federal con una constitución avanzada, en la práctica el régimen mexicano se ubica a medio camino entre los sistemas parlamentarios de derecho y los estados corporativos autoritarios. Algunos de sus rasgos democráticos son el alejamiento del ejército de la política; cierto grado de respeto a las garantías individuales; una oposición de derecha legal desde hace más de cuatro décadas y una de izquierda recientemente legalizada. Los rasgos autoritarios que persisten, son: un sistema electoral viciado que impide la alternancia de los partidos en el poder; un presidencialismo hipertrofiado que excluye la división de poderes; el control estatal corporativo de las organizaciones populares; los restos persistentes de caudillismo y caciquismo; las represiones cíclicas contra la oposición.

* Enrique Semo, "Las raíces sociales del autoritarismo y la democracia en México (1810-1930)", en Juan Mora Rubio (Comp.), *Hacia un discurso liberal contemporáneo*, México, UAM-Iztapalapa, 1990.

Este ensayo se propone plantear algunas hipótesis sobre el origen social del autoritarismo y la democracia en la historia social de los años 1810-1930 que marcan la transición entre la sociedad tradicional y el régimen burgués en México.

Autoritarismo y democracia son concebidos como tendencias coexistentes, partes integrantes de un mismo sistema político en permanente lucha entre sí. Definidos en términos históricos concretos, el primero es el poder de una sola persona o grupo de personas, que excluye la participación del pueblo y los sistemas representativos. Es el dominio arbitrario de los hombres por encima de las instituciones y la supresión violenta de la oposición organizada. Como contraparte, la democracia se expresa en los impulsos hacia la participación popular, el autogobierno local, las libertades políticas, el dominio de la ley y el pluralismo institucionalizado.¹

Hasta la revolución de 1910, el poder económico está en las manos de una oligarquía terrateniente-comercial (hasta 1857 lo comparte con la Iglesia) mientras que el político es ejercido por diversas coaliciones de esa oligarquía con la clase media (Carmagnani, 1984).

Gran triunfadora del movimiento de independencia, la oligarquía sustituye en la política a la burocracia virreinal, pero su dominio es precario. En el campo, pretende romper el equilibrio establecido por el poder virreinal y presiona activamente a la comunidad. Separada de los campesinos por diferencias étnicas y culturales insalvables, ya no cuentan con el sistema de castas que legitimaba el poder de los españoles. La respuesta campesina es una serie ininterrumpida de rebeliones, guerras de castas y un bandidismo social recurrente.

Forjada durante el movimiento de independencia en la contra-revolución; portadora de proyectos de modernización que excluyen a la inmensa mayoría del pueblo, la oligarquía busca afanosamente una legitimidad que tarda mucho en conquistar (Annino, 1984).

¹ Véase respecto a las etapas del desarrollo de la democracia el reciente libro de Crawford Brough Macpherson (1977).

Destruído el poder virreinal fuertemente centralizado, los intereses locales se imponen impidiendo constituir una administración centralizada. La clase dominante se ve, además, sometida a la dura prueba de una secuencia de intervenciones extranjeras en los años de 1829, 1835, 1848 y 1861.²

Impelida por las circunstancias, la oligarquía gobierna por medios autoritarios y recurre constantemente a la violencia organizada del ejército. Su proyecto de gobierno oscila entre la república aristocrática y la monarquía constitucional con un príncipe nacional (Iturbide) o extranjero (Maximiliano), pero ninguna de las dos logra consolidarse. El poder se disemina en la iglesia, el ejército y los caudillos locales y nacionales, todos ellos portadores de fuertes tendencias autoritarias.

La legitimidad solo se conquista entre los sectores clasemedios con la nacionalización de los bienes del clero, la derrota de la intervención francesa, el debilitamiento del ejército pretoriano durante las guerras de Reforma. El prolongado auge económico que se inicia poco después, permite la consolidación de un gobierno central y el restablecimiento de la paz interna (Leal, 1972, pp. 3-70).

En las nuevas condiciones, el poder de la oligarquía terrateniente-comercial toma la forma de una dictadura personal. Formalmente inspirada en la constitución de 1857, los ideales de progreso positivistas, la destrucción de las lealtades corporativas de grupo (iglesia y comunidad campesina), el poder real de Porfirio Díaz descansa en una dictadura basada en la tolerancia del poder regional de los caudillos, un compromiso entre las diferentes facciones liberales y la iglesia y el respeto de los sentimientos religiosos de la población. Las funciones de los gobiernos municipales son reducidas, el poder de los hacendados, impuesto represivamente y la república representativa se ve reducida la condición de ideal cuyo destino depende de los éxitos de la modernización (Guerra, 1985, pp. 27-156).

² Véase García, 1976; Bravo, 1959.

La revolución de 1910 marca el ocaso de la vieja oligarquía. En la década de los veinte se ve paulatinamente alejada del poder central y durante el régimen cardenista pierde los restos de su influencia local. Para 1940, México es el primer país de América Latina en el cual el bloque gobernante no incluye a la oligarquía terrateniente. Esto amplía considerablemente la base social del nuevo régimen político que puede establecer relaciones de consenso directas con el campesinado. Surgida de una revolución antioligárquica, la nueva clase gobernante se afanará en desechar las formas de gobernar propias a la oligarquía: el dominio a través del ejército y la dictadura personal. Estas son dos de las conquistas democráticas más importantes de la revolución.

Algo que distingue la historia mexicana del siglo XIX es la frecuencia y la magnitud de las rebeliones campesinas y su entrelazamiento con las revoluciones sociales. Si bien el objetivo principal es la tierra y el agua, el de la designación de las autoridades y la autonomía local no está ausente (Katz, 1988).

Durante la Colonia, reina una relativa paz social pero el siglo XIX se inicia con el levantamiento de 1810, que es el principio de una serie ininterrumpida de rebeliones campesinas que culminen en la Revolución mexicana. Mientras que, en el Perú, la gran rebelión campesina fue aplastada varias décadas antes de la Revolución de Independencia, en México esta coincidió con el movimiento de los criollos y la clase media por la autonomía, entrecruzando el impulso independentista con una guerra civil. Muchas de las rebeliones posteriores tuvieron un carácter más bien ofensivo, con una proyección que traspasaba los límites de los viejos agravios. Entre los años de 1840-70 se produjeron en la región de Chalco movimientos que protagonizaron los primeros encuentros entre campesinos e intelectuales socialistas y la resistencia a la aplicación de las leyes de desamortización que afectaban a la comunidad, multiplicaron las expresiones de resistencia local (Powell, 1974; Reyna, 1980).

Las rebeliones campesinas parecen responder a la voracidad acrecentada de los hacendados y el eclipse del virreinato protector de comunidades; a la división de la oligarquía gobernante y las

guerras que contraponen a conservadores y liberales. Más tarde, responden a la penetración del capital en el campo.

Ambos recurren a los campesinos para zanjar sus diferencias con resultados desastrosos. Los Yaquis de Sonora usan las armas para reiniciar la lucha por tierras que consideran suyas y los mayas emprenden una guerra que casi acaba con la población blanca de Yucatán. Durante el gobierno de Porfirio Díaz el número y frecuencia de las rebeliones campesinas descendió, pero en la revolución alcanza una envergadura sin precedentes con una gran diversidad de causas, composición y formas de inserción en las fuerzas que se disputaban el dominio del país (Katz, 1988, p. 20).

Durante las décadas de los veinte y los treinta, las rebeliones campesinas continúan y solo decrecen con la reforma agraria del cardenismo. Normalmente derrotadas, las fuerzas campesinas acaban por imponer su presencia organizada en el sistema político mexicano.

La aportación de las rebeliones campesinas a la democracia, es materia de discusión. Elemento importante en la destrucción del viejo régimen, freno a la arbitrariedad del hacendado, portador de formas de autogestión y autonomía local, su influencia en la constitución del poder nacional no siempre es tan positiva.

El comunero participa en la sociedad no como ciudadano, sino como miembro de una colectividad sumida en la tradición. Conocedor de los derechos comunales, ignora el concepto de derechos individuales. La más grande de todas las rebeliones campesinas, dirigida por Zapata es la reivindicación de los derechos comunitarios de los pueblos, atacados por un sistema económico y político basado en el individualismo. Alejados del mundo industrial y urbano y semiletrados o analfabetos, los campesinos son frecuentemente masas fácilmente manipulables en todo lo que no afecta sus intereses locales. Militan en el ejército de Morelos, pero también en las filas conservadoras; apoyan a Juárez, pero aparecen a veces como aliados de Maximiliano; son zapatistas, pero también cristeros.³

³ Véase Womak, 1973; Meyer, 1973.

Sus movimientos aparecen casi siempre dirigidos por caudillos que concentran en sus manos un poder carismático y por lo tanto arbitrario. Su presencia activa parece favorecer más el surgimiento de regímenes burocráticos fuertemente centralizados, que repúblicas parlamentarias pluralistas.

Exigente con el gobierno en lo que respecta a sus derechos sociales y económicos, el campesinado no es muy demandante en materia de democracia mientras se respeta el régimen interno de sus sociedades.

La presencia avasallante del comunero en la vida política, explique quizá mejor que cualquier otra causa, la paradoja de un Estado posrevolucionario de fuerte orientación social pero eminentemente autoritario; siempre preocupado por el consenso, pero hostil a la participación cotidiana del pueblo en la política.

El verdadero portador de la conciencia burguesa es la clase media urbana y rural. Rancheros, administradores de haciendas, comerciantes, profesionistas, son los intermediarios entre los propietarios y los trabajadores, el campo y la ciudad, las regiones aisladas entre sí. Débil en la economía, se refugia frecuentemente en la política. De sus filas sale la mayor parte —aun cuando no toda— de la élite política e intelectual y, sobre todo, los caudillos que son el lazo entre la sociedad tradicional y la moderna. Incapaz de impulsar por sus propias fuerzas la expansión del capitalismo, empeñan sus mejores esfuerzos en la erección de un Estado fuerte y moderno que abra las puertas al progreso. Depositaria sucesivamente de las ideas de la ilustración, el liberalismo y el populismo, su concepción de la democracia se inspira en la lucha contra el despotismo y encuentra sus límites en la aspiración a la modernización y las alianzas con la oligarquía (Hale, 1972; Roeder, 1930)

En el siglo XIX, cuando se habla de “pueblo” o “nación” se piensa fundamentalmente en esa clase media que ha absorbido los elementos rudimentarios de una cultura moderna y cuyos ideales coinciden con el desarrollo del capitalismo. Los proyectos republicanos se dirigen a ella y la cuestión agraria se piensa resolver con el desarrollo de

un campesinado a su imagen y semejanza. A su alrededor, solo hay haciendas señoriales, comunidades indígenas y una Iglesia todopoderosa con los cuales no se puede contar para la construcción de una sociedad burguesa moderna.

Esta clase media es más audaz en el campo del pensamiento que en el de la acción. Sus ideales son los de una democracia liberal basada en un sufragio efectivo, la división de poderes y las garantías ciudadanas (Covo, 1983, pp. 113-114). Pero su práctica la lleva casi siempre a la alianza con la oligarquía para legitimar lo que se ha llamado una “democracia ficción” en la cual la ley escrita está en permanente contradicción con la práctica política cotidiana, preferentemente ilegal. República en el papel, caudillismo y caciquismo en la realidad.

Hacia finales del Porfiriato, los sectores más radicales de la clase media pasan a la oposición antiporfirista. Aparecen las primeras obras que proponen resolver la cuestión agraria afectando las haciendas, cobra importancia la prensa antiporfirista y surgen los clubs liberales, en los cuales muchos jóvenes pasan del liberalismo anticlerical al anarquismo, que propone una concepción totalmente nueva de la democracia: abolición del Estado nacional, descentralización del poder político, y reorganización de comunas agrarias. Pero esta ideología surgida en el seno de la intelectualidad liberal radical, se asocia pronto y echa raíz en sectores de la clase obrera (Hart, 1974; Hernández, 1984)

La revolución de 1910 fue todo menos la realización de los sueños liberales de la clase media. Demostró definitivamente que una democracia como la prefigurada en la constitución de 1857 era en México, imposible y sepultó definitivamente el proyecto de una agricultura basada en campesinos estilo *farmer* (Carr, 1976). En la esfera de la política triunfó el caudillismo y más tarde el Estado corporativo, en el campo, la comunidad venció insertándose en la nueva fase de desarrollo. El capitalismo liberal fue una tendencia latente, pero nunca triunfante en la historia de México.

La iglesia defiende celosamente su influencia y sus privilegios, lo que la lleva a oponerse en el siglo XIX a la consolidación del régimen

liberal y a principios del XX a la constitución del Estado posrevolucionario. Defensora de la tradición, representa por lo general un obstáculo a la libertad cultural y la educación laica. Es un opositor permanente de la extensión del poder del Estado desde posiciones conservadoras y no vacila en utilizar a los campesinos para sus propósitos.⁴

El ejército del siglo XIX es el heredero directo de las fuerzas que derrotaron a los insurgentes. En el vacío de los primeros cuarenta años, es el eterno aspirante al poder. Celoso del poder de los civiles, es protagonista de innumerables asonadas contra los gobiernos republicanos. En la guerra con los Estados Unidos demuestra su ineficiencia y pierde prestigio. Durante las guerras de Reforma se va desgastando para dejar lugar a una nueva fuerza armada menos pretoriana, más comprometida con el proyecto liberal. Durante la república restaurada y el Porfiriato se subordina al poder civil. Pero después de la revolución de 1910-1920, el ejército parece una vez más ser dueño de la situación. Todos los presidentes son generales y así lo son los caudillos más influyentes. Cada sucesión presidencial viene acompañada de una rebelión armada. Solo hacia finales del periodo, los militares comienzan paulatinamente a ceder el poder a los civiles en un proceso que no culminará sino a finales de la década de los treinta.

En varios periodos y durante cerca de cuarenta años, el poder es ejercido directamente por los militares. Su herencia es una tradición autoritaria que permea profundamente la sociedad mexicana hasta nuestros días.

La figura más persistente de la política mexicana es el caudillo. Se adapta con flexibilidad milagrosa a las vicisitudes políticas y los cambios en las formas de gobierno. Bajo la república o el imperio, la dictadura militar o la revolución, los verdaderos hilos del poder permanecen en sus manos.

El caudillo es el puente entre el gobierno moderno del centro y las estructuras tradicionales de poder en el campo. Partícipe de los proyectos de modernización de su época, está sólidamente enraizado en

⁴ Véase Quirarte, 1967.

la cultura local. Conocedor de los intrincados vericuetos del poder federal, es un hábil negociador con hacendados, caciques y gobiernos indígenas (Guerra, 1985, pp. 164-171)

Su poder descansa en una vasta red de relaciones de parentesco, amistad y lealtad personales. A veces nace de la pertenencia a una familia. Otras, de una participación en organizaciones o movimientos sociales o militares. Alrededor del caudillo se constituye una clientela ligada por intereses, afinidades y experiencias en la cual la coincidencia ideológica juega un papel secundario. Esta actúa como grupo compuesto de hombres y mujeres del más diverso origen social. El dominio del grupo se basa en el consenso y la violencia, pero excluye toda participación de ajenos en sus decisiones políticas. Para el caudillo y su clientela, los principios de la igualdad ante la ley, la representatividad, las libertades individuales no son sino obstáculos previsibles en su carrera hacia el poder. En varios momentos, la preeminencia de los caudillos es transparente. En otros, aparece disfrazada bajo formas modernas. Después de la Independencia, el país es gobernado por una espesa red de caudillos, apenas encubierta bajo el manto de una república ficticia. El éxito de Porfirio Díaz reposa en su capacidad de unificar a los caudillos de la vieja generación de las guerras liberales con nuevos, surgidos en la época de bonanza. Durante la revolución de 1910-20, las fuerzas de la revolución, de composición extraordinariamente diversa se aglutinan alrededor de las figuras de caudillos carismáticos y los años veinte han sido llamados por varios historiadores, la “era de los caudillos” (Brading, 1980).

El signo político del caudillo, cambia constantemente: liberal, conservador, porfirista, revolucionario, agrarista, líder sindical. Su forma de ejercer el poder se perpetúa como antítesis de la democracia moderna.

Aun cuando desde 1824, México es formalmente una república parlamentaria, hasta hoy las justas electorales y el juego de los partidos solo han representado un aspecto muy secundario de la conformación de su sistema político. Entre 1824 y 1867 la mayoría de las elecciones fueron cuestionadas por asonadas militares y los

gobernantes electos rara vez concluían sus mandatos. Después de un breve intermedio parlamentario, Porfirio Díaz las usó para legitimar su reelección y la imposición de autoridades nombradas por él. Cuando en 1910 se presentó un rival viable, lo mandó encarcelar y persiguió a sus partidarios. Terminada la revolución, Carranza fue un candidato sin oponentes, Obregón tuvo que recurrir a una insurrección armada para hacerse del poder y las elecciones de 1924 y 1929 fueron acompañadas por rebeliones militares infructuosas (González, 1985).

El caso de un grupo gobernante que cede el poder por la vía electoral es, en la historia de México, una excepción rarísima, que reafirma la larga tradición de fraude electoral y conquista violenta del poder.

Desde el siglo XIX, existen grupos y organizaciones cuyo propósito es pensar colectivamente la política y participar en ella con una ideología o programa definido. Ellas parecen ser la antítesis del grupo clientelar. De adhesión voluntaria y personal, representan un lazo ideológico siempre revocable y basado en una afinidad de ideas más que de lealtades. Aun cuando las logias masónicas, prototipo de esta forma de organización propia a la sociedad capitalista aparecen desde la independencia, nunca lograron transformarse en partidos políticos estructurados, masivos y estables. El siglo XIX es rico en corrientes políticas o grupos de opinión y los años veinte del presente, conocen los “partidos” que solo sirven de pantalla a las actividades electorales de los caudillos, pero su vida es efímera. El partido, como escuela política de ciudadanos, canal de participación en los asuntos del Estado y expresión organizada de oposición, no había surgido aún. Dos excepciones marginales pero importantes, son el Partido Liberal Mexicano y el Partido Comunista Mexicano que no por casualidad, surgen de la oposición radical.

Pero sería erróneo concluir que la sociedad mexicana carece durante el periodo estudiado de impulsos democráticos. Por lo contrario, estos existen y se repiten con una periodicidad que tiene mucho que ver con la cronología de las tres revoluciones mexicanas. Todas ellas responden a demandas democráticas y sus logros en este campo no son despreciables.

La revolución de independencia se inicia, recurriendo al principio de la soberanía popular, presente en el derecho feudal español: en ausencia del monarca legítimo, la soberanía recae en el pueblo quien puede darse la forma de gobierno que más le convenga. La demanda de la abolición de las castas, presente en todo el campo insurgente es el primer paso en la transformación del súbdito en ciudadanos iguales ante la ley, sin distinción de raza. La primera constitución promulgada por los insurgentes en plena guerra civil en Apatzingán representa un programa democrático que seguirá movilizándolo a la clase media durante décadas.

La Reforma se propone y logra abolir los fueros del clero y los militares; instauro la libertad religiosa; consagra derechos de expresión y manifestación y organización que se mantienen durante dos décadas y se transforman en reivindicaciones permanentes.

La revolución de 1910 se inicia políticamente como protesta a un fraude electoral. Madero llama a “salvar a la patria de la tiranía que la oprime y restablecer en ella, el imperio de la ley y la justicia” (como se cita en González, 1957). Su discurso se refiere constantemente a la violación de la constitución, el poder personal y la voluntad del pueblo.

Durante la revolución, los ensayos democráticos se multiplican. El intento de Madero de realizar elecciones justas y establecer un Estado de derecho; la Convención de Aguascalientes que pretende infructuosamente instalar un congreso con la participación de todas las fuerzas revolucionarias; la conservación del gobierno civil de las comunidades en el seno del ejército zapatista; los llamados anarquistas a crear gobiernos locales de obreros y campesinos; las comunas campesinas igualitarias de San Luis Potosí, son otras tantas expresiones de los impulsos democráticos presentes en la sociedad mexicana.⁵

Las revoluciones de 1810-1815, 1853-1867 y 1910-1920 fueron ricas en experiencias de democracia revolucionaria que marcaron profundamente la conciencia de gobernantes y gobernados. Pero los regímenes políticos que surgieron después de ellos no fueron

⁵ Véase las teorías sobre participación popular en Knight, 1985.

democráticos. La primera generó una república débil que languideció bajo la sombra de los caudillos, la iglesia y el ejército. La segunda consolidó una dictadura oligárquica. La tercera produjo un Estado corporativo-burocrático. Mientras que la economía capitalista avanzaba, la democracia languidecía. A medida que el Estado modernizador se desarrollaba haciéndose cada vez más sofisticado, el autoritarismo solo cambiaba de forma.

Durante el periodo, las tendencias autoritarias se originan en la ferocidad de una oligarquía débil, las constantes presiones externas, las repetidas derrotas y claudicaciones de la clase media, el carácter caudillista de las verdaderas redes del poder, las limitaciones de las rebeliones campesinas, la ausencia de una voluntad política en el seno de la clase obrera. La democracia que existe, responde a la vida comunal campesina, la acción de los liberales radicales, los movimientos anarquistas de la clase obrera, las aspiraciones de la intelectualidad y, sobre todo, las experiencias de las masas en las revoluciones.

Bibliografía

- Annino, Antonio. (1984). Orígenes de la legalidad oligárquica. *Historias*, (5).
- Brading, David. (1980). *Caudillos y campesinos en la Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bravo, Ugarte José. (1959). *Historia de México*. México: Relaciones Internacionales.
- Carmagnani, Marcello. (1984). *Estado y Sociedad en América Latina. 1850-1930*. Barcelona: Crítica.
- Carr, Barry. (1976). *El movimiento obrero y la política en México. 1810-1929*. México: SEP-Setenta.
- Covo, Jaqueline. (1983). *Las ideas de la reforma en México (1855-1861)*. México: UNAM.
- García, Cantó Gastón. (1976). *Las invasiones norteamericanas en México*. México: ERA.

- González Casanova, Pablo. (1985). *Las elecciones en México*. México: Siglo XXI.
- González Ramírez, Manuel. (1957). *Manifiestos políticos: 1892-1912. Prologo, ordenacion y notas de Manuel González Ramírez*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, Francois Javir. (1985). *Le Maxique de L'Ancien Régime a la Revolution, Tome 1*. París: L'Hatman.
- Hale, Charles. (1972). *El liberalismo mexicano en la época de Mora. 1821-1853*. México : Siglo XXI.
- Hart, John H. (1974). *Los anarquistas mexicanos*. México: SEP-Setentas.
- Hernández, Padilla Salvador. (1984). *El Magonismo. Historia de una pasión Libertaria. 1900-1922*. México: ERA.
- Katz, Friedrich. (1988). *Riot, Rebellion, and Revolution: Rural Social Conflict in Mexico*. New Jersey: Princeton University Press.
- Knight, Alan. (1985). The Mexican Revolution: Bourgeois? Nationalist? or just a great rebellion. *Bulletin of American Resarch*, 4, (2), 1-37.
- Leal, Juan Felipe. (1972). *La Burguesía y el Estado Mexicano*. México: El Caballito.
- Macpherson, Crawford Brough. (1977). *The Life and Times of Liberal Democracy*. Oxford: Oxford University Press.
- Meyer, Jean. (1973). *La cristiada*. México: Siglo XXI.
- Powell, Thomas G. (1974). *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850 a 1876)*. México: SepSetentas.
- Quirarte, Martín. (1967). *El problema religioso en México*. México: INAH.
- Reyna, Leticia. (1980). *Las rebeliones campesinas en México*. México: Siglo XXI.
- Roeder, Ralph. (1930). *Juárez y su México* . México: Fondo de Cultura Económica.
- Womak, John. (1973). *Zapata y la Revolución mexicana*. México: Siglo XXI.

El agrarismo mexicano, un ensayo de estudio comparativo*

El agrarismo es una de las corrientes ideológicas y políticas más duraderas de la historia de México. Ya en la primera mitad del siglo XIX se produjeron manifestaciones intelectuales precursoras y todavía, en vísperas del siglo XXI, hubo un resurgimiento inesperado con el movimiento zapatista de Chiapas. Concebido en un sentido amplio, tiene por lo tanto una historia que cubre unos ciento cincuenta años y aún no ha concluido.

El agrarismo mexicano no es un fenómeno aislado. Comparte la escena histórica con movimientos similares en otros países, que también llegaron a tener gran difusión y profunda influencia. Uno de ellos fue el de Rusia. En ese país surgió un movimiento social similar que llevó el nombre de *populismo*. Desde los precoces intentos de dar vida a un socialismo adaptado a las condiciones rusas de Alexander Herzen (1812-1870), se desarrolló una vigorosa corriente de pensamiento y, más tarde, de acción revolucionaria que adoptó el nombre de *Narodniki* (populistas). Creían que la propaganda política entre el campesinado llevaría al despertar revolucionario del pueblo

* Enrique Semo, *México: del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y revolución*, México, UNAM, 2012.

en general y a la liberación del régimen zarista. Los populistas rusos que vivieron en un ambiente de represión extrema y probaron todas las formas de lucha, crearon hacia 1870 una amplia organización ilegal que tomó el nombre de *Zemlya i Volya* (Tierra y Libertad). Bajo brutal presión policiaca, *Zemlya i Volya* adoptó el terrorismo político como forma de acción. En 1901 el populismo ruso fundó el Partido Social Revolucionario Ruso [SR], que jugó un papel decisivo en la primera etapa de la Revolución de 1917.

El presente ensayo se propone comparar el ideario y el movimiento del agrarismo mexicano con el del populismo ruso, partiendo de la hipótesis de que este ejercicio nos permitirá explicar algunos rasgos que solo se definen en la comparación. Somos naturalmente conscientes de que las posibilidades de esta historia comparada no se agotan en el periodo 1850-1917, y que el agrarismo mexicano en sus años posteriores acentuó sus semejanzas con el ya desaparecido populismo ruso, cuyas ideas se difundieron durante las décadas de los años veinte y treinta en el campesinismo de Europa oriental.

En los movimientos revolucionarios y anticapitalistas de los países de desarrollo tardío, han existido dos actitudes diametralmente opuestas hacia el campesino y su sociedad. La primera lo ve como un residuo del pasado, condenado a la desaparición por el desarrollo del capitalismo; como fuerza conservadora que en la lucha por la modernidad y el socialismo se erige tarde o temprano en opositora. Solo en condiciones especiales y pasajeras se constituye en aliado subordinado de la clase obrera o la intelectualidad o la clase media urbana. La segunda considera a la economía campesina, ya sea en su forma comunal o privada, como portadora de una racionalidad que le permite integrarse a la modernidad capitalista o socialista, y al campesino como uno de los actores principales de la lucha emancipadora. Estas dos concepciones han inspirado movimientos sociales, políticas gubernamentales y revoluciones muy diferentes, por no decir contrarias.

Gorki y Chayanov

Las dos posiciones pueden ser ejemplificadas por sendos escritos, obras de hombres excepcionales que tomaron posición en forma radical por una u otra de ellas. El primero es de Máximo Gorki y se llama *Sobre el campesino ruso*, el segundo es de A.V. Chayanov (que usa el seudónimo de Iván Kremnev) y su nombre es *El viaje de mi hermano Alexei a la tierra de la utopía campesina*.¹ Ambos fueron escritos entre 1920 y 1921. Las circunstancias que los animaban fueron las mismas: en Rusia, la guerra civil terminaba, el conflicto entre la ciudad y el campo estaba en su apogeo; los bolcheviques se afianzaban en el poder tratando de imponer su versión del socialismo en condiciones muy adversas.

La visión de Gorki es profundamente pesimista, según él,

[...] el campesino ruso [...] quiere comer lo más posible y trabajar lo menos que se pueda. [...] El trabajo técnicamente primitivo del campo es increíblemente pesado; los campesinos lo llaman “sufrimiento” (*strada*) del verbo sufrir. El peso del trabajo aunado a lo magro de sus resultados intensifica el instinto de propiedad en el campesino, haciéndolo casi inmune a la influencia de las enseñanzas que explican todos los pecados del ser humano en términos del poder de ese instinto. (Gorki, 1977, pp. 12-13)

Para Gorki, un sentimiento peculiar y distintivo del campesino ruso es la crueldad. Una crueldad fría y premeditada, diabólicamente refinada, que parece constantemente querer poner a prueba los límites de la resistencia humana. En ningún lugar las mujeres son golpeadas con tanta saña como en la aldea rusa, y la actitud hacia ellas se manifiesta en aforismos que se repiten con persistencia, influyendo en los niños y jóvenes desde su más tierna edad: “mientras más le pegues a la vieja, mejor estará la sopa”; “la mujer es linda dos veces: cuando entra en la casa y cuando sale de ella para ser enterrada” (Gorki, 1977, p. 17).

¹ Ambos textos están reproducidos en Smith, 1977.

El campesino desconfía de todo lo que proviene de la ciudad. No siente la menor solidaridad hacia la intelectualidad y los obreros, víctimas de la hambruna que azotaba a Rusia al final de la guerra civil, y pese a haber recibido por la revolución la tierra, considera que nada les debe y que no está obligado a preocuparse por su abastecimiento. Relativamente bien alimentado, responde cuando se le interroga sobre el tema: “No se llora en Riazán por la pérdida de la cosecha en Pskov” (Gorki, 1977, p. 24).

La crueldad que caracterizó a la revolución no proviene de sus líderes, sino del campesino mismo. Él está despertando, pero solo después de haber propiciado la destrucción de los sectores de la intelectualidad y la clase obrera que hicieron la revolución. Y el costo de ella será, para el campesino mismo, terrible. La revolución ha arado surcos profundos. “Las viejas formas de vida [escribe Gorki] han sido hechas añicos. La semisalvaje, estúpida y pesada población de las aldeas y pueblos rusos [...] perecerá y una nueva tribu tomará su lugar, letrada, sensible, valerosa” (Gorki, 1977, p. 26).

La visión de Chayanov es radicalmente opuesta. En lo que probablemente sea una de las utopías campesinas más interesantes, alaba todas las cualidades del campesino parcelario que trabaja solo, sin ayuda asalariada y predice su triunfo futuro sobre la corriente representada por los obreros y los bolcheviques. El agrónomo ruso no pone, como otros populistas, el énfasis en la comunidad campesina. En su utopía, la nueva sociedad está basada, por el contrario, en la pequeña producción campesina potenciada por el desarrollo de la tecnología. Con base en ella surge un mundo de trabajadores libres en el cual el individuo retiene su libertad a la vez que desarrolla la solidaridad; los mecanismos económicos y sociales que aseguran la igualdad no coartan la iniciativa individual, y la ciudad no se constituye en dominadora del campo. Basada en la familia extendida y un elevado desarrollo de la cultura espiritual, la nueva sociedad, continúa Chayanov-Kremnev, no se rige por principios nuevos, sino, como lo explica el anfitrión al visitante del pasado, en los principios milenarios de la economía campesina.

En ella [...] el hombre confronta la naturaleza; el trabajo humano entra en una relación creativa con todas las fuerzas del cosmos para producir nuevas formas de existencia. Cada trabajador es un creador, cada manifestación de su individualidad representa el arte del trabajo [...] Esta es la condición natural del hombre de la cual fue expulsado por el dominio del capitalismo.²

La vida económica y política del país ha sido reorganizada alrededor de la unidad campesina. Se han tomado medidas para asegurar un alto nivel de desarrollo de la tecnología y la cultura, sin caer en la monopolización del poder y los servicios en las grandes ciudades. Para ello se han reducido la población y las funciones de la gran ciudad, y se ha formado una intelectualidad que se mantiene estrechamente ligada a la familia campesina y la vida rural.

El nuevo orden, sostiene Chayanov-Kremnev, se constituye en Rusia después de que el socialismo obrero y estatista agota sus posibilidades y se transforma en factor conservador. Los campesinos ganan primero la mayoría en los soviets locales y luego en el nacional. Aprovechando una división entre los comunistas de la derecha y la izquierda, se hacen del poder y establecen el nuevo régimen. Los líderes del movimiento campesino no eran proponentes de una visión, pensamiento o línea de acción monista, tienen en la mayoría de los casos una mentalidad capaz de aceptar una visión pluralista del mundo, y así creían que la vida vale la pena solo cuando permite la plena realización de todas las posibilidades, todas las nuevas iniciativas que contiene (Smith, 1977, p. 89).

La idea predominante durante el dominio bolchevique, continúa Kremnev, según la cual la unidad campesina era considerada algo inferior y lo deseable eran las “fábricas de pan”, que eran grandes explotaciones estatales, fue abandonada. Ese socialismo, concebido como una antítesis del capitalismo, tuvo su origen en los galiones de las fábricas capitalistas alemanas y había sido alimentado por

² Iván Kremnev, seudónimo de Aleksandr V. Chayanov, en Smith, 1977, p. 88.

generaciones de obreros industriales que habían perdido la costumbre del trabajo individual creativo. Por eso, solo podía ser pensado, continúa el autor del famoso tratado *La organización de la unidad económica campesina*, como sistema ideal, con base en una negación absoluta de lo conocido. Para los campesinos, en cambio, el capitalismo era un sistema monstruoso que solo había afectado plenamente a la industria. En la agricultura en cambio solo había que deshacerse de los aspectos negativos del pasado, manteniendo una forma productiva en la cual el trabajo no estaba separado de las funciones administrativas creativas (Smith, 1977, p. 90).

Las dos obras forman parte del secular debate entre campesinistas y descampesinistas que tuvo un vigoroso renacimiento en México en los años setenta y otra vez en la última década del siglo XX. En México, las corrientes que han visto al campesino, que además era indio, como una especie condenada a desaparecer, han sido muy poderosas y los proyectos tendientes a acelerar el proceso, numerosos. Agraristas mexicanos y populistas rusos, en cambio, se ubican en el mundo que la utopía de Chayanov nos ha dejado entrever. No conciben la economía campesina como un simple residuo del pasado ni consideran que su legado sea irrecuperable para una sociedad poscapitalista. Promueven, como sociedad ideal o bien, forma de transición al socialismo, alguna versión de una “economía popular” basada en una combinación de unidades campesinas privadas y comunales e industriales estatales y privadas en la cual se frena, por vías fiscales, el enriquecimiento excesivo. En su visión, el campesino aparece, no como rémora del progreso, sino como un sujeto activo, autónomo y a veces determinante, de los grandes movimientos de transformación social. Un mundo en el cual han florecido las utopías que ven en las cualidades esenciales de la sociedad campesina, elevadas por la cultura y la tecnología, la base de la sociedad futura. Ecos de esta concepción pueden encontrarse en los más diversos representantes del nacionalismo revolucionario que se manifestaba abiertamente en la primera mitad del siglo XX mexicano. Así, Ramón Beteta, exsecretario de Hacienda escribía en 1952:

¿Qué querían los revolucionarios? Un México con ejidos y pequeños poblados industriales que no adoleciera de ninguno de los males del urbanismo ni del aislamiento; que disfrutara las ventajas de la producción mecánica y que, sin embargo, no estuviera mecanizado por su empleo. Un México que conservara su sensibilidad por la belleza no adulterada por lo barato y lo vulgar. Un país minuciosamente planeado sin desperdicio y sin pobreza, en el cual cada ejido estaría imbuido por el espíritu de cooperación y por un sentimiento profundo de los intereses colectivos, y en el que cada ejidatario disfrutaría de una buena educación técnica y de un nivel de vida elevado, libre de todo fanatismo. [...] Tal es [...] una visión que muchos de los que llamamos revolucionarios hemos entrevisto. (Alba, 1960, p. 273)

Las condiciones que, como veremos más adelante, unen al agrarismo y el populismo, no deben, sin embargo, ocultar las grandes diferencias que existen en las condiciones de su desarrollo y su destino final. En Rusia, el socialismo que escoge a la clase obrera urbana como su sujeto es ya un rival poderoso del populismo hacia 1890. El marxismo ruso nace como crítica del populismo y en la Revolución de 1917 chocó violentamente con él, disputándole el poder, la orientación y el contenido de la revolución. Hacia 1921, el populismo ruso ha dejado de existir como corriente política definida, pero sus ideas revivirían más tarde en Europa central y oriental, así como en otros países del tercer mundo. En México, en cambio nunca hubo un choque frontal entre agrarismo y “socialismo proletario”. Este último, que aparece en su expresión anarquista a principios del siglo y como comunismo veinte años más tarde, no puede ignorar la preeminencia del campesino cuya participación en la lucha social y política, a diferencia de Rusia, es más relevante que la de la clase obrera industrial. Compartiendo la posición frente a la clase dominante todavía ligada a la tierra, socialismo obrerista y agrarismo se encuentran en el mismo campo, evitan las definiciones tajantes, conviven en las mismas organizaciones. Cuando en 1934 el agrarismo mexicano sube al poder con Cárdenas, no llamará a los marxistas a compartirlo, pero tampoco desatará contra ellos la furia que los bolcheviques desataron contra los populistas.

Los componentes del agrarismo mexicano

El agrarismo mexicano es el nombre que se da no a una corriente política bien definida, ni a una teoría unívoca, sino a un movimiento radical muy vasto, heterogéneo y duradero cuyas ideas organizadoras son la emancipación del campesino (que frecuentemente se identifica con el indio) y el ranchero (mestizo), así como la reivindicación de sus intereses y estilos de vida que modernizados, se transforman en una sociedad en la cual el campesino comunitario vive en un medio en el cual florece la democracia participativa, la solidaridad comunitaria, la igualdad y la justicia social. Ya antes de la revolución de independencia las ideas agraristas se manifestaban. Pero a partir del Congreso Constituyente de 1856, los folletos, proyectos de ley, planes, cuadernos y libros inspirados por este, representan una nutrida biblioteca, y los movimientos que adoptaron algunos de sus postulados, incluyendo una gran revolución en la cual el agrarismo jugó un papel central, se cuentan por centenares. A medida que fue prendiendo el movimiento adquirió una composición muy diversa y un ritmo en el que cada final no tardaba en transformarse en un nuevo principio.

En primer lugar, están los millones de campesinos que, a través de la lucha y su contacto con los dirigentes e intelectuales, profesaron los elementos de una ideología agrarista. Entre la lucha de los pueblos indígenas en la Huasteca veracruzana (1848), el movimiento de Manuel Lozada (1859), el grupo de campesinos de Julio López Chávez (1869), las rebeliones agrarias en la zona central del país (1877), los revolucionarios anarquistas de 1906, los firmantes del Plan de Ayala, los veteranos del Zapatismo, del Villismo y los miles de dirigentes locales de las ligas agrarias, hay muchos de ellos. Su inmensa aportación es pasar de generación en generación la tradición, la experiencia, el idealismo, y los valores morales del agrarismo. Puede decirse que hay una influencia mutua entre movimiento campesino y sectores de la clase media que se hicieron particularmente intensos durante la Revolución mexicana, y crearon condiciones para el

surgimiento de partidos agraristas, ligas de comunidades y sindicatos agraristas en los años 1920-1940.

Hubo intelectuales, verdaderos conocedores del problema agrario, que proclamaban que sin su solución no podría haber paz, progreso, justicia social ni democracia en México, como son: Ponciano Arriaga (1811-1863), Andrés Molina Enríquez (1865-1940), Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967), Fernando González Roa (1880-1936), Armando Bartra, para citar solo algunos ejemplos.

Hubo grandes *caudillos* como Emiliano Zapata (1879-1919) y en cierto sentido Francisco Villa (1876-1923), que lograron levantar verdaderos ejércitos campesinos, así como generales de la Revolución como Lucio Blanco (1879-1922), Salvador Alvarado (1880-1924) y Francisco Mújica (1884-1954), que iniciaron la distribución de tierras antes de que tuvieran autorización de sus jefes para ello. En los años veinte y treinta, hubo incluso gobernadores que fueron adeptos del agrarismo, como Felipe Carrillo Puerto (1872-1924), Adalberto Tejeda (1883-1960), Saturnino Cedillo (1890-1939), Lázaro Cárdenas (1895-1970), Vargas Lugo (1890-1972) y miembros destacados del Congreso como Gilberto Fabila (1892-1966), Graciano Sánchez (1890-1957) y Luis Monzón (1872-1942) y dirigentes destacados de organizaciones campesinas como Úrsulo Galván (1893-1930) y J. Guadalupe Rodríguez (1900-1929), ligados al Partido Comunista.

Un elemento de fundamental importancia fueron los militantes ilustrados como Juan Sarabia (1882-1920), Otilio Montaña (1887-1917), Ricardo Flores Magón (1874-1922), Primo Tapia (1885-1926), Gildardo Magaña (1891-1939) y los miles de maestros rurales, que con una ideología agrarista, anarquista o socialista, ayudaron a los campesinos a organizarse políticamente, para introducir la modernidad en su práctica productiva y forma de vida. Si podemos hablar en México de una *intelligentsia* existió sobre todo entre los miles de maestros rurales, hombres y mujeres ilustrados o semiilustrados, que dedicaron su vida, pese a la hostilidad de cristeros, curas locales, guardias blancas de los hacendados, sirviendo a los campesinos y sus causas. Recuérdese la película de María Félix *Río Escondido*.

Por eso, en un país en el cual el problema agrario ha estado en el tapete desde el siglo XIX, se pueden ampliar demasiado las fronteras del concepto *agrarismo*, y así diluir su significado social específico. La tendencia sincrética a integrar toda obra sobre el problema agrario, todo plan de reforma de la vida rural, toda algarada aldeana, bajo el manto del “agrarismo”, acaba por despojar al concepto de su contenido social y ocultar el papel que jugó en la vida del país. El agrarismo no es la única corriente que ofrece proyectos de reforma agraria. Los conservadores y liberales moderados del siglo XIX, los hacendados, la dictadura porfiriana, los caudillos revolucionarios como Carranza y Obregón y los gobiernos que los siguieron tuvieron, todos ellos, programas y políticas de reforma agraria, pero muy diferentes y frecuentemente opuestos a los del agrarismo. No hay que olvidar que los gobiernos posrevolucionarios construyeron su dominio y su legitimidad en un pacto corporativo en el cual los campesinos recibían tierras a cuentagotas a cambio de ceder el poder político a los gobernantes.

Hubo muy frecuentemente ideas avanzadas de reforma agraria que no consideraban al campesino como un sujeto activo en la lucha por su realización. La unión de los dos factores, el pensamiento y la acción revolucionaria tardó bastante en establecerse.

El corporativismo niega el sentido esencial del agrarismo que comprende no solo la tierra, sino también la libertad y la autonomía política de los campesinos.

En plena revolución, en la comprensible explosión de interés por el problema agrario de los años 1909-1912, políticos destacados del Porfiriato escribieron proyectos que aceptaban la necesidad de dotar de tierras a los campesinos, pero rechazaban cualquier medida que representara una afectación de los derechos de propiedad o reducción de la riqueza de los hacendados. Tales fueron los escritos de los porfiristas Oscar Braniff, Carlos Basave, Castillo Negrete, Antenor Sala y con ellos Rafael Hernández que fue secretario de Fomento y Colonización del gobierno de Madero, y Toribio Esquivel Obregón que formaba parte del gabinete de Huerta.

El panorama se complica porque durante esos noventa años, las ideas agraristas aparecen frecuentemente como parte subordinada de un pensamiento reformador o revolucionario más amplio (liberalismo, anarquismo, comunismo) que responde a un horizonte más vasto y, en otras ocasiones, como ideario autónomo, asociado a un movimiento rural local de trayectoria política particular (en cada estado de la república la historia del agrarismo tiene rasgos diferentes).

Hechas estas aclaraciones, inscribimos en el agrarismo mexicano solo el pensamiento que propugna la expropiación de los latifundios eclesiásticos y laicos, la liquidación de la hacienda, la distribución de la tierra entre los trabajadores del campo, el apoyo a la economía campesina, la defensa del indio y la educación rural. Incluye también el goce de las libertades ciudadanas, la igualdad política y la independencia de las organizaciones campesinas. El agrarismo mexicano es un rico semillero de manifestaciones de milenarismo, utopías campesinas y leyes que alimentan y reproducen la rebeldía local.

No forman parte del agrarismo, en cambio, los programas de reforma que, queriendo elevar la productividad del campo, se limitan a proponer incrementos en el riego, la tecnología y la inversión; siendo partidarios de la pequeña propiedad, se niegan a afectar el latifundio; proponiéndose elevar las condiciones del indio, niegan toda perspectiva histórica a la comunidad; deseando mejorar las condiciones de trabajo en las haciendas, se abstienen de pedir la abolición de los múltiples lazos que conforman el peonaje; definiéndose como partidarios de la modernización de la sociedad mexicana, excluyen la acción autónoma de los campesinos y rancheros en el proceso (Wilkie, 1992; Mendieta, 1934, pp. 107-152).

En los años de 1850 a 1940, el agrarismo pasa por dos etapas distintas, separadas por el estallido de la Revolución de 1910. En la primera, se presenta como crítico de la concentración de la propiedad de la tierra, ya sea por la Iglesia o los hacendados; y de las medidas puestas en marcha por los gobiernos de Benito Juárez para la desamortización de las tierras de las comunidades indígenas. Esa política tuvo efectos contradictorios: la desaparición de la Iglesia como

terrateniente, y el paso de la mayor parte de sus propiedades a manos de la burguesía señorial y específicamente, de los hacendados. El número de rancheros creció, pero muchos campesinos indios perdieron sus tierras. Acorde con tendencias vigentes en otras partes del mundo que consideraban más productiva la gran empresa agrícola, el gobierno de Díaz favorece la gran propiedad y los proyectos de colonización. Por consecuencia adopta, en materia de propiedad territorial, medidas que benefician más aún a los terratenientes, perjudican a muchos rancheros, sobre todo en el norte, y reducen al mínimo las tierras de los pueblos. En vísperas de la Revolución, la polarización ha llegado a su clímax.³

Frente a esta realidad, el agrarismo apoya la desamortización de las propiedades rurales del clero, pero pide también la reducción de los latifundios laicos y la abolición del “tutelaje” que ejerce el hacendado sobre la vida de los campesinos. Se declara a favor de la restitución de las tierras comunales.

La segunda etapa se inicia en 1910. Los campesinos irrumpen en la escena revolucionaria y el pensamiento agrarista se radicaliza, exigiendo el reparto inmediato de las tierras y la liberación de los peones. Después de aprobadas las primeras leyes de reparto agrario y el artículo 27 constitucional, su atención se centra en la exigencia de su aplicación consecuente, el apoyo estatal institucionalizado a la economía campesina, y la formación de sus organizaciones independientes. Entre los muchos problemas que aquejan al país, el agrarismo insiste en otorgar prioridad absoluta a la cuestión del campo. Es esta la que determina la actitud hacia las diferentes fuerzas en pugna. En 1911 el Plan de Ayala retira el apoyo a Madero alegando su falta de disposición para actuar de inmediato en materia agraria y lo

³ Según Wilkie, entre 1853 y 1909 se enajenó el 26% de la superficie agraria total de México, es decir, un total de 51,1 millones de hectáreas, lo que representa una redistribución gigantesca de la tierra que, como se sabe, benefició principalmente a los hacendados. La magnitud de esa reforma (o, mejor dicho, contrarreforma) destaca más aún si recordamos que entre 1920 y 1964, los gobiernos posrevolucionarios distribuyeron 53 millones de hectáreas, el 26,8% de la superficie agraria (1992, p. 153).

mismo hará con Huerta y Carranza. Al siguiente año, Juan Sarabia declara: “El problema fundamental que la revolución de 1910 tiene todavía que resolver, es indudablemente el de la cuestión agraria [...] [fue esta la que] produjo más que ninguna otra de las dificultades del gobierno porfirista, la revolución” (Sarabia, 1961, p. 212), y una década más tarde, terminada la revolución armada, Fernando González Roa volverá a insistir: “El problema de la tierra es pues, el problema fundamental del país. Mientras él no esté resuelto, será inútil pensar en la posibilidad de incorporar la gran masa de la población a la civilización occidental” (González, 1981, p. 7).

A lo largo de la primera etapa, el pensamiento agrarista vive, con pocas excepciones, alejado de los movimientos campesinos; en la segunda se funde con ellos y se constituye en un amplio movimiento social que producirá varias formas de organización política. Los términos de esa convergencia fueron planteados con mucha claridad por Fernando González Roa:

Cuando las clases educadas no toman participación en una revolución de las clases rurales oprimidas, esta degenera en una *jaquerie*, es decir, en un movimiento desordenado y destructor. Cuando las clases educadas o una fracción de ellas, por motivos políticos acaudillan las revoluciones, entonces se ven en la necesidad de satisfacer ansias de mejoramiento de las clases populares, y voluntariamente o a regañadientes, se ven obligadas a inscribir en su bandera las reivindicaciones económicas del pueblo. De la unión de los elementos toma su carácter definitivo la revolución que los hombres de la clase media inician como fruto de sus especulaciones filosóficas y políticas o su deseo de restablecer el derecho ultrajado. Así sucedió entre nosotros con la revolución de independencia. Así ha pasado con la revolución presente. (González, 1981, p. 6)

Agrarismo liberal

Durante la primera etapa, el agrarismo estaba inspirado preferentemente por la visión de una sociedad de pequeños propietarios libres

y prósperos, que se constituyen en los portadores vigorosos de una república democrática y una pujante economía de mercado. La idea es parecida a la que Jefferson albergaba medio siglo antes para la sociedad norteamericana: proponía frenar la concentración de la propiedad en las manos de los grandes terratenientes. Consideraba que siendo la propiedad un derecho natural que equivalía a contar con los medios justos para una vida decente, ahí donde hubiera desocupados y pobres, las leyes de la propiedad habían ido demasiado lejos. Si las necesidades del desarrollo exigían la apropiación privada de la tierra, debían tomarse medidas para proporcionar trabajo y un salario digno a los desocupados. Si no sucedía así, el derecho natural de la propiedad de la tierra regresaba a estos. Una sociedad que negara ese derecho era injusta e incapaz de retener por mucho tiempo el régimen republicano que no podía florecer en condiciones de extrema pobreza y dependencia económica excesiva o con una población carente de educación e información. Partiendo en la primera etapa, la anterior a la Revolución de 1910, de una concentración excesiva de la propiedad ya existente, para los agraristas mexicanos, el paso inicial era dotar de tierras a un gran número de personas, y para ello proponían tres caminos: la desamortización de las grandes propiedades de la Iglesia; la reducción o expropiación de los latifundios; y la colonización de los terrenos nacionales.

En su discurso ante el constituyente en 1856, Ponciano Arriaga dibuja los contornos de su visión con nitidez sorprendente:

Mientras que pocos individuos están en posesión de inmensos e incultos terrenos [...] un pueblo numeroso, crecida mayoría de ciudadanos, gime en la más horrenda pobreza, sin propiedad, sin industria ni trabajo. Este pueblo no puede ser libre, ni republicano ni mucho menos venturoso, por más que cien constituciones y millares de leyes proclamen derechos abstractos [...] en consecuencia del absurdo sistema económico de la sociedad.

¿Se piensa que nuestra gente es la peor de todo el mundo? ¿Se piensa que nuestros mexicanos, hoy tan dóciles y tan sufridos, estando en

la ociosidad y la miseria, no mejorarían en su educación y en su parte moral, teniendo una propiedad, un bienestar que son elementos moralizadores como la misma educación teórica? ¿Y no llegaríamos por este camino a poner en actividad la enorme riqueza territorial del país, hoy muerta, inútil, verdaderamente improductiva? (Zarco, 1987, p. 552)

El gran sueño de los liberales sociales tiene como escenario principal el campo. Es ahí donde se encuentra la gran encrucijada que decide entre una sociedad de individuos libres y un pueblo encuadrado en las viejas corporaciones, entre un reino de súbditos y una nación de ciudadanos, entre un México de iguales o un país polarizado entre ricos y pobres hasta la cancelación del ideal democrático. Diez años más tarde, en forma magistral, Ramírez (1984) explica el sentido político de la reforma agraria:

La hacienda era un obstáculo insuperable para el desarrollo de una verdadera república. La democracia en México es aparente. [...] A pesar de la Constitución los campesinos no son ciudadanos; la tutela en la que se conserva su propiedad se extiende hasta sus personas. (1984, pp. 402 y 408)

He aquí la sociedad en las haciendas y en las rancherías; cincuenta, cien mil trabajadores con sus familias, acaso una población capaz de erigirse en villa y los adyacentes pueblos indígenas viven como domésticos del dueño de la finca o de su mayordomo. La mayor parte de ellos no poseen bienes raíces; les está prohibida la agricultura, si no es en beneficio de los amos; cuando cultivan un terreno es de modo que el producto deje lo más florido en las manos de los señores; no pueden ejercer otra industria que aquella que conviene a la negociación; y en cuanto al comercio, ¿quién se atrevería a rivalizar con la tienda donde todos deben surtirse de alimentación y de vestido? (1984, p. 402)

Si del aspecto social pasamos al político y administrativo, observamos a veces el ánfora electoral, recibiendo cédulas que ninguno lee y nadie ha firmado; por todos vota el administrador o su escribiente.

El colegio electoral rara vez nota que se usurpa su nombre para el nombramiento de sus representantes; ni menos sabe dónde va a ser representado, si en el ayuntamiento, en la asamblea local o en el Congreso de la Unión. (1984, p. 403)

Y continúa *El Nigromante* afirmando que la mayor parte de las tierras comunales han sido usurpadas ilegalmente o se encuentran bajo una escandalosa tutela, se debe llegar a la conclusión de que desprovistos de propiedad, imposibilitados de desarrollar libremente sus iniciativas económicas, inermes ante el poder de las autoridades locales, dos de los tres millones de votantes del país viven en condiciones que les impiden hacer uso de sus derechos ciudadanos. Luego pasa a sugerir el remedio: la multiplicación de las pequeñas propiedades. Solo que a diferencia de lo que proponía Chayanov, estas servirían de base al florecimiento del capitalismo:

En las repúblicas antiguas, por ser aristocráticas, eran compatibles la libertad en la ciudad y la esclavitud en el campo; pero en las naciones modernas, la actividad, ilustración, el bienestar, la soberanía, lo mismo que los frutos y las flores van del campo a las ciudades, y por lo mismo ya son sinónimos ciudadano y campesino. Nuestros vecinos, antes de improvisar esos grupos de edificios monumentales que cautivan la admiración del mundo, comienzan y han comenzado por desmontar el bosque y consagrado a la civilización con el arado; solo una condición los separa de nuestros labradores, y es que son propietarios, y en su independencia agrícola modelan la independencia del municipio, del estado y de la patria (Ramírez, 1984, p. 407).

Para hacer realidad este proyecto de una democracia *farmer* o campesina, estos agraristas de la primera época, diseñan proyectos de leyes y planes de acción, en los cuales están presentes casi todos los elementos que inspirarán a los agraristas revolucionarios de 1910 y las Ligas Agrarias de los años subsiguientes. La gran debilidad del agrarismo liberal, empeñado en copiar a Estados Unidos, es que la comunidad campesina va unida a la sociedad indígena. El indio es definido como

tal por su pertenencia a ella, y esta es el medio natural en la cual se reproduce la cultura indígena. Por lo tanto, ambos pertenecen no al futuro de la nación sino a su pasado, no al progreso sino al atraso. Las tierras usurpadas de los ejidos deben ser restituidas a sus antiguos dueños para mitigar su miseria y su dependencia; pero una vez que esto suceda, deben tomarse medidas para orientar a los comuneros hacia la propiedad privada sin que en el camino pierdan su tierra.

Anarquismo y socialismo revolucionarios

En los inicios de la segunda etapa, en vísperas de la Revolución, la comprensión más profunda del tema corresponde a Andrés Molina Enríquez, quien insiste en que hay que conservar temporalmente el régimen comunitario. Comienza por reconocer la importancia y la extensión de este no solo entre los indígenas, sino también para importantes núcleos mestizos. Luego combate la idea, muy extendida en aquel entonces, de que todas las comunidades son iguales y que pueden por lo tanto ser objeto de una política uniforme. Define y ordena los diversos tipos de comunidad en orden ascendente, desde las sociedades nómadas hasta aquellas en las cuales existen formas de propiedad privada avanzada, y propone para cada una de ellas una solución jurídica y social diferente. Pero todos los remedios apuntan a un objetivo común: impulsar la evolución de esas sociedades desde las formas más primitivas de las tribus nómadas, hasta la forma más avanzada que es la propiedad privada absoluta y enajenable. A diferencia de muchos de sus contemporáneos, Molina Enríquez no pensaba que esto pudiera realizarse exclusivamente por medio de la educación. Los campesinos deben recorrer un proceso de desarrollo material que puede ser acelerado, pero no evitado, durante el cual irán aceptando con base en su propia experiencia, la superioridad de la propiedad privada (Molina, 1960, pp. 115-122). En aquella época ni por un momento cruza en su mente la idea de que la explotación colectiva pueda ser igual o superior a la privada.

Muy diferente es la vertiente socialista del agrarismo que aparece desde muy temprano en México, desde la primera etapa. Quizá el primer proyecto importante de esa índole haya sido el enarbolado en el año de 1861 por el joven gobernador de Aguascalientes, Esteban Ávila Mier, que conmovió a todo el país y obligó a los grandes hacendados a responder en forma airada con desplegados y presiones políticas (García, 1991, pp. 172-176; Gómez, 1992, pp. 257-280). Desgraciadamente, este plan que define con gran precisión los métodos que piensa utilizar para redistribuir la tierra, no dice nada sobre el tipo de sociedad que debe surgir de ese proceso de expropiación de la gran hacienda. Esa ausencia fue superada algunos años más tarde en un manifiesto firmado por Julio López, el dirigente de la rebelión campesina de Chalco, en la cual aparecen todos los elementos de una utopía campesina socialista basada en la acción libre de comunidades (sociedades o asociaciones) de varios tipos.

Queremos la tierra, dice el documento proclamado en abril de 1869, para sembrar en ella pacíficamente y recoger tranquilamente, quitando desde luego el sistema de explotación [...] sin tener que pagar tributo alguno [...] dando libertad para reunirse en forma que más crean conveniente, formando grandes o pequeñas sociedades agrícolas que se vigilen en defensa común, sin necesidad de un grupo de hombres que les ordenen y los castiguen. Queremos abolir todo lo que sea señal de tiranía entre el mismo hombre viviendo en sociedades de fraternidad y mutualismo. (Gómez, 1992, p. 67)

En una palabra, una federación de comunidades campesinas liberadas de la explotación (trabajo asalariado) y el dominio (el Estado). Los socialistas de Sierra Gorda, que publicaron su plan en el año de 1879, aportaron nuevas e importantes precisiones al proyecto. Exigen nacionalizar la tierra y transferir a los pueblos todas las obras de interés público de las haciendas como presas, tomas de agua, edificios y templos. La tierra será entonces repartida a todos los mexicanos que la soliciten en parcelas familiares, y los pueblos recibirán en propiedad común toda la que requieran para cubrir sus necesidades

sociales. Las superficies así distribuidas tanto en forma privada como comunal serán inajenables. El reparto estará en manos de los gobiernos municipales directamente electos por los ciudadanos y los productos naturales de las tierras comunales serán gratuitos para los habitantes de cada pueblo. Hecho esto, la nación declarará “ante la faz del mundo, que por esta ley se restablece la patria” (Gómez, 1992, pp. 75-76).

En este manifiesto encontramos todos los elementos de un socialismo agrario: a) La tierra toda y los recursos naturales son propiedad de la nación y las parcelas y los ejidos son inajenables. Así, la propiedad social queda firmemente establecida como marco a la explotación privada. b) Se coloca en manos de los gobiernos municipales (electos por los mismos campesinos) la administración de tierras y recursos, se pone en manos de una democracia directa de trabajadores y no de un Estado central.

Le corresponde a Ricardo Flores Magón la tarea de presentar en forma polémica el proyecto de una reforma agraria colectivista, desechando tajantemente la opción *farmer* de los liberales.

Woodrow Wilson, presidente de Estados Unidos y Ariel, un colaborador de nuestro colega *Tierra y Libertad* de Barcelona, opinan que, subdividiendo los latifundios en pequeñas propiedades para ser repartidas entre los peones se aseguraría la paz en México. Nosotros no opinamos como Wilson, ni como Ariel. [...] La solución del problema del hambre no está en la subdivisión de la tierra en pequeñas propiedades, sino en unir toda la tierra y trabajarla en común, sin patrones y sin gobernantes, teniendo todos, hombres y mujeres, el mismo derecho de trabajarla. [...] No, no hay que conformarse con los repartos de tierras: hay que tomarlo todo para hacerlo propiedad común, no individual. (Flores, 1977)⁴

⁴ En la obra de esos precursores del socialismo en México, no queda claro si los colectivos del futuro son la continuación de las comunidades del presente o, por el contrario, surgen de una ruptura con estas. El problema es desarrollado con bastante claridad por José Covarrubias en 1922. Después de declararse socialista, Covarrubias sostiene que la observación de las explotaciones colectivas existentes en la época

Un día antes del fijado por Madero para iniciar la lucha armada, el 19 de noviembre de 1910, se publica en *Regeneración* un escrito de Ricardo Flores Magón que llama a proletarios y campesinos a tomar inmediatamente posesión de la tierra y otros medios de producción y no confiar en gobiernos burgueses porque la ley defiende siempre a los ricos. Solo cuando tengan la tierra podrán aspirar a la libertad y la justicia porque estas son el resultado de la independencia económica. Captada esta coincidencia entre libertad y propiedad colectiva de los medios de producción que comparten agraristas socialistas y anarquistas, Flores Magón termina su escrito con el lema “¡Tierra y Libertad!” que habrían de adoptar los zapatistas y también los populistas rusos. En 1914, consideraba que, en varias partes del país, el pueblo estaba ya poniendo en práctica estos principios.

Aceptando al final el papel de los campesinos como sujetos activos del cambio, se fue imponiendo la justificación de la Revolución como vía legítima para el cambio social. Para Molina Enríquez, en 1911, el latifundio representa un feudalismo rural que no desaparecerá sin una revolución violenta “sangrienta e implacable”, el modelo de la cual es la Revolución francesa. La hacienda —escribe— debe ser

demuestra que el ejido corresponde a “un estado social muy atrasado”, por lo tanto, no pueden servir de base a la sociedad futura. “El indígena que tiene oportunidad de cultivar una parcela comunal, escribe Covarrubias, cuando queda satisfecho de la que se le ha asignado, se contenta con cultivar la parte necesaria para producir maíz y frijol, estrictamente indispensable para el consumo de su familia en el año. Su horizonte se encuentra tan atrasado como el del peón. Esperar que de semejante condición pueda surgir la independencia económica y la regeneración de toda la población rural del país, resulta inexplicable y absurdo”. Mientras exista el régimen capitalista de la hacienda, los pueblos indígenas seguirán siendo, con ejidos o sin ellos “pueblos de peones [...] la abundancia de tierras ejidales solo servirá para aligerar la carga de los hacendados” quienes tendrán mano de obra abundante “sin tener que tenerlos ocupados todo el año”. Partidario del fraccionamiento de los latifundios, Covarrubias considera que, debido a su atraso económico, México no está maduro para el “socialismo proletario”. La reforma agraria debe, por lo tanto, orientarse íntegramente a la supresión del peonaje y la creación de la pequeña propiedad “antecedente necesario para que este país pueda entrar con éxito en el terreno de la reforma social en el sentido en que la entienden los socialistas”. (Covarrubias, 1922, pp. 136-138, 142-144). El desarrollo posterior probó que Covarrubias subestimaba la capacidad de la comunidad de asimilar la modernización productiva y adaptarse a las exigencias de la economía mercantil, sin perder todas sus características cooperativas.

destruida por una “brusca disolución, una violenta fractura de ella en fragmentos pequeños; después ella sola se reconstruirá con arreglo a principios económicos ineluctables” (Molina, 1960, pp. 255-256).

Cuando estalló la revolución de 1910, las principales ideas de las dos grandes utopías agrarias estaban ya plenamente desarrolladas. Profundamente contrapuestas en lo que respecta al objetivo final, ambas corrientes coincidían en la tarea más inmediata: la restitución de las tierras usurpadas a las comunidades y los pueblos. Solo que, para la primera, esto representaba una concesión temporal y, para los segundos, el principio de una nueva sociedad sin explotadores ni tiranos.

Pero frente a las dos utopías agraristas, los campesinos tenían sus propias ideas del futuro y acabaron imponiéndolas. Una vez en posesión de sus tierras comunales, resistieron las presiones privatizadoras durante siete décadas e incluso hoy, no todos han renunciado al llamado de la comunidad. Así, el sueño liberal decimonónico de una república de campesinos individuales nunca se materializó. Por otra parte, los campesinos desoyeron empecinadamente los repetidos llamados de los socialistas, en las décadas posteriores a la Revolución, de transformar las comunidades recobradas en bases para el asalto socialista al poder y la construcción de una sociedad de “asociaciones libres”. En México la historia, esta incansable innovadora, produjo una gran paradoja: la comunidad campesina resucitada sirvió de base al desarrollo de una sociedad de mercado, pero también a la creación de una cultura popular rebelde, igualitaria y solidaria, que se lleva mal con el sistema. Lo que nunca apareció durante la etapa armada fue un partido agrarista nacional que agrupara a todos los partidarios de una reforma radical del campo.

La Revolución que se inició en 1910 fue un amplio escenario en el cual se desarrollaron todas las formas de las luchas campesinas: bandidismo, *jaqueries* locales dirigidas contra hacendados y caciques particularmente odiados, pero también movimientos agraristas definidos con un programa claro de reforma agraria. El más importante de estos, pero no el único, fue el dirigido por Emiliano Zapata, que se extendió a los estados de Morelos y parte de los de Puebla y Guerrero.

Acción campesina y comunidad agraria

El agrarismo del Ejército del Sur se distingue de todos los otros por la existencia de un programa de reforma agraria totalmente realizable. Su radicalismo consiste en que no se da por satisfecho sino cuando sus objetivos se logren en la práctica y llama a sus seguidores a no abandonar las armas hasta ese momento. Esto los llevó a oponerse a cuatro gobiernos: el de Díaz, el de Madero, el de Huerta y el de Carranza. También, por el hecho de que distribuyeron tierras entre los campesinos antes de esperar a que la Revolución, toda, triunfara políticamente. Un ejército con amplio apoyo popular con base organizativa en las comunidades pudo resistir a todos los embates hasta 1919.

El ejército zapatista logró a través de sus proclamas, edictos y actos políticos, estructurar algo muy parecido a una alternativa coherente para la mayoría de la nación, en la cual la comunidad y la pequeña propiedad campesina jugaban un papel fundamental. El programa y las leyes agrarias promulgadas por la Convención de Aguascalientes exhiben claras influencias del agrarismo socialista. Pero estas corrientes no lograron responder a los problemas del poder, del desarrollo industrial y de la política exterior independiente y, lo que es más importante, fueron militarmente derrotadas, pero sin entregar las armas.

Por otra parte, acicateados por el despertar campesino, todos los caudillos se vieron obligados a incluir ideas agraristas en sus planes y demostrar en la práctica que sus intenciones eran serias. Pese a la fuerza del reclamo campesino, la escena política y militar estuvo ocupada, sobre todo, por los ejércitos encabezados por los caudillos, dispersando e incluso contraponiendo a las auténticas fuerzas agraristas que militaban en todos ellos. Esto influyó profundamente en los resultados de la Revolución. Esta extraña coexistencia de continuidad histórica de un conjunto de ideas y de acciones de rebelión campesina, por un lado, y de la presencia de caudillos que capitalizan este bagaje por encima de programas, partidos y organizaciones, por el otro, es un fenómeno típicamente latinoamericano y mexicano.

Para 1920, era claro que el agrarismo no había sido suficientemente fuerte para hacer triunfar sus ideales. En la mayor parte del país las grandes haciendas sobrevivieron; los campesinos que reclamaban parcelas no las obtuvieron; la mayoría de las antiguas comunidades que habían perdido sus ejidos no los recuperaron; los pueblos nuevos surgidos de las haciendas durante el Porfiriato que pedían dotaciones, no fueron atendidos. Las leyes habían sido promulgadas, pero la reforma agraria estaba por hacerse. Por eso la lucha armada durante la Revolución alteró las condiciones, más no la problemática del agrarismo mexicano, y durante los quince años que siguieron, la lucha por la tierra siguió siendo su demanda central.

Sin embargo, un gran cambio se había producido. Aun después de la derrota de los ejércitos campesinos, el movimiento agrarista se mantuvo en muchas regiones, adquiriendo una consistencia política, organizativa e incluso militar, de la cual careció durante el periodo de la lucha armada. En la década de los años veinte surgieron ligas agrarias con gran influencia regional y partidos agraristas locales y nacionales. Se estableció una relación compleja entre los gobiernos surgidos de la revolución y estos movimientos, que oscilaban entre la lucha y la colaboración, la autonomía y la supeditación. Respondiendo a las presiones, los gobiernos de Obregón y Calles iniciaron el reparto de tierras, legislaron sobre el ejido y crearon instituciones destinadas a dar apoyo a la economía campesina y ejidal en desarrollo.

El pensamiento agrarista pasó del énfasis casi exclusivo en el problema de la distribución de la propiedad a los del desarrollo y gestión de la economía y la sociedad campesina. Penetró todos los poros de la vida política y cultural del país, modificando profundamente el concepto de nación y de nacionalismo mexicano. Indios y mestizos impusieron sus figuras en la gran pintura mural, la literatura y, más tarde, el cine. El mundo rural y los valores del rancho conquistaron un lugar de honor en la cultura urbana. El agrarismo elevó a nivel de sujeto principal de la vida nacional al “pueblo” y este era, sobre todo, el rancharo y el campesino, el mestizo y el indio bien arraigado en el suelo patrio. Los “intereses de la nación” se identifican con los de

los trabajadores del campo y la ciudad, y sus enemigos se definieron como explotadores, extranjeros perniciosos e imperialistas. Pero estas victorias culturales del agrarismo no podían ocultar su derrota fundamental: la reforma agraria adoptó el camino de un gradualismo, que solo habría de modificarse durante el régimen cardenista. Paulatinamente, la mayoría de sus organizaciones fueron oficializándose y la irrupción de lo rural en la cultura desembocó, en los años 1950-1960, en un *folklore nice* para consumo turístico.⁵

Los años de 1920 a 1938 fueron años de grandes triunfos y una derrota decisiva para el movimiento agrarista. En el primero de estos años se lanzó la convocatoria para crear el Partido Nacional Agrarista [PNA]. Entre sus dirigentes había destacados personajes del zapatismo como Antonio Díaz Soto y Gama, Gildardo Magaña, Aurelio Manrique y Rafael Ramos Pedrueza. El PNA forma rápidamente clubes y filiales en muchos estados y se convierte en una de las bases de masas del gobierno de Álvaro Obregón. En eso estuvo su principal debilidad, uno de los momentos decisivos en el cual el movimiento agrarista sacrifica su independencia y se convierte en una fuerza de apoyo a un presidente. En 1923 realizó un Congreso multitudinario. Ahí se tomaron decisiones a favor de disolver las guardias blancas, combatir los atropellos militares contra campesinos y se pidió la libertad de todos los presos políticos agraristas. Se decidió también que el PNA debía luchar por el respeto al voto campesino y la participación de sus agremiados en las elecciones a favor de los campesinos agraristas. Más tarde, a mediados de los años veinte, apareció la Liga Nacional Campesina, para llenar el hueco dejado por la cooptación y la división del PNA. El 15 de noviembre de 1926, se celebró el Congreso de Unificación en el cual participaron dirigentes más jóvenes como Úrsulo Galván, Manuel Montes y Guadalupe Rodríguez, así como los representantes más fieles del PNA como Soto y Gama y Aurelio Manrique. La influencia

⁵ Véase sobre el impacto del movimiento campesino en la política y la cultura de los años 20 a Roger Bartra, 1984 y Henry Schmidt, 1978.

de los primeros, que eran miembros del Partido Comunista, se deja ver en la aprobación de ideas en las que se proclama como programa máximo para el futuro, la socialización de las tierras y de los demás medios de producción, liberar al campesino de la influencia clerical, y se hacen votos para la unidad de todos los campesinos del mundo en una sola y potente organización.

La reforma agraria llevada a cabo por el presidente Lázaro Cárdenas fue la más amplia de las realizadas en América Latina hasta entonces. A diferencia de los veinte, esta reforma incluyó las tierras de lucrativos productos de exportaciones como el algodón y el henequén. En general fue realizada con una velocidad y eficiencia inesperadas, incluyendo esta vez buenas tierras de labor.

La gran derrota que conoció el movimiento agrarista mexicano, y que se fue imponiendo paulatinamente, fue la reducción de sus organizaciones independientes a la condición de eslabones de un sistema corporativo, en el cual, erigiéndose en herederos directos de las luchas agraristas, los gobiernos caudillistas de la posrevolución impusieron su mandato, sin dejar de hacer concesiones cada vez menos significativas en la reforma agraria. El agrarismo mexicano entregó, a cambio de tierras, su libertad política.

El populismo ruso

El populismo ruso (*narodnichestvo*) es el nombre de un movimiento social y un cuerpo de ideas que tuvieron una profunda influencia en la vida rusa entre los años 1850 y 1919. Siendo un conjunto de teorías que se proponían la transformación revolucionaria de la sociedad en general, responde a un horizonte intelectual y a un alcance analítico más amplio que los del agrarismo mexicano. Sin embargo, al surgir en un país eminentemente agrario y en el cual la propiedad privada y el capitalismo no se habían consolidado aún, comparte con esta infinidad de problemas y soluciones. En el presente estudio solo abordaremos los aspectos agrarios del *narodnichestvo*.

Como el agrarismo mexicano, el populismo ruso fue una corriente de pensamiento diversa y heterogénea que cobijó tendencias contradictorias. En esos años, *narodnik* (populista) podía significar cualquier cosa, desde una conspiración terrorista, hasta un noble de ideas filantrópicas. Entre sus representantes se cuentan algunos intelectuales rusos más influyentes de la época: Herzen, Lavrov, Chernishevsky, Bakunin, Tkachev y, más tarde Mijailovsky, Danielson y Chervoy.⁶ Puede incluso distinguirse un ala revolucionaria que sostenía que la transformación de Rusia solo era posible por medio de una revolución popular que derrocaria al absolutismo zarista, y otra que era llamada “legal” o “liberal” que sostenía que el cambio podía producirse por medio de una serie de reformas desde arriba, puesto que el zarismo representaba, no los intereses de la burguesía, sino los del pueblo ruso en su conjunto (Shanin, 1983, pp. 8-9; Mendel, 1961). Todos ellos, sin embargo, compartían la idea de que la clave de la modernización de Rusia estaba en el campo: el sujeto revolucionario era el campesino, dirigido por la *intelligentsia*. El *mir*, la comunidad campesina rusa, era el embrión de la futura sociedad socialista una vez que fuera abierta a la tecnología moderna, la educación y la cultura. Esta posición tenía una firme base en la realidad del país: todavía a principios del siglo XX, alrededor de tres quintas partes de la tierra de labor de la Rusia europea estaban en las manos de las comunidades campesinas y cosacas (Shanin, 1983, p. 11). En ellas, cada familia usufructuaba incondicionalmente solo una parcela que incluía la casa y el jardín, además del ganado y el equipo. El uso de la tierra de labor era asignado a la familia a largo plazo por la comunidad; los pastizales y los bosques eran de uso común. Las diferencias entre el rico y el trabajador asalariado eran limitadas, y los servicios sociales estaban a cargo de la comunidad.

⁶ La obra clásica sobre el tema es de Venturi (1960). Para una historia que abarca a las tres grandes corrientes revolucionarias: populismo, menchevismo y bolchevismo, véase Dan (1964).

Una asamblea de jefes de familia controlaba y representaba los intereses familiares: decidían sobre los servicios, elegían a sus propios oficiales y recolectaban sus impuestos informales. [...] Un conjunto de comunidades campesinas formaban un *volost*, siendo sus funcionarios gente local pero controlados por autoridades del Estado. Pese a la vigilancia de este, la comunidad jugaba también el papel de una organización política campesina de facto, un escudo colectivo contra un mundo externo hostil de nobles, policías, cobradores de impuestos, ladrones, intrusos o aldeas vecinas. (Shanin, 1983, p. 71)

Para el *narodnichestvo*, esa comuna era la prueba de una comuna libertaria y colectiva.

Según las dos alas del populismo ruso, la revolucionaria y la reformista, Rusia podía evitarse el estadio capitalista de desarrollo y proceder directamente al socialismo. Esto provenía no de alguna cualidad especial de Rusia, sino de una posición en el contexto mundial que había ya experimentado la transformación capitalista. *El privilegio del atraso era contar con una opción diferente a un mundo mejor.* Frente al determinismo y el monismo del marxismo ruso, el populismo enarboló el individualismo y el pluralismo, matizados por una devoción sin límites al bienestar y progreso del pueblo, a cuyo sacrificio milenarista deben los intelectuales la “conciencia de los derechos y los ideales humanos” (Mendel, 1961, p. 83).

Rusia no era una tierra de proletarios, sino un país de campesinos en el cual la población rural había sido preservada de los instintos de la propiedad privada por la persistencia de la comunidad campesina.⁷ La combinación de la propiedad colectiva de la tierra y la explotación individual de las parcelas podía servir de estado intermedio para la transición al socialismo, evitando pasar por los desastres del capitalismo. Sin embargo, este había comenzado ya a destruir y a dividir las comunidades aldeanas, promoviendo el surgimiento de una clase de campesinos acomodados (*Kulak*) que estaban proletarianizando a los campesinos. Al mismo tiempo, la fuerza de la burguesía

⁷ Véase Radkey, 1958, p. 62.

crecía en las ciudades día a día. El plan que debía adoptarse en consecuencia era claro y simple: en lugar de cruzarse de brazos y ver cómo eso sucedía, debía interrumpirse cuanto antes el proceso destructor y salvar a la comunidad aldeana. Para ellos, lo necesario era hacer la revolución, tarea a la cual debían dedicarse todos los intelectuales honestos. Su lema era “¡No hay tiempo que perder!” (Canovan, 1981, p. 69). El sujeto de la revolución sería el *narod*, el pueblo trabajador ruso que en su inmensa mayoría estaba compuesto por campesinos, pero estos eran incapaces de imaginar y dirigir la revolución.

Ignorantes, atrasados y dispersos, no podían discernir lo que realmente les convenía. Esta tarea recaía íntegramente sobre los intelectuales revolucionarios *intelligentsia* que debían fundirse con ellos, aprendiendo y enseñando. Era imprescindible formar esa élite revolucionaria férrea que prepararía la revolución y después de ella educaría al pueblo y lo conduciría por el camino de la igualdad, la solidaridad y la justicia social. (Radkey, 1958, p. 9)

En México después de la Revolución, puede encontrarse el mismo impulso. En su discurso frente a la Convención del Partido Agrarista de 1923, Antonio Díaz Soto y Gama pronuncia las siguientes palabras:

Podemos decir que hasta 1910, y quizá hasta 1923, la gran masa trabajadora, a la que debe reconocérsele todos los derechos, porque es la que sostiene nuestra vida y la que derrama su sangre por dar libertades, ese conglomerado humano que debiera ser el objetivo de los intelectuales y de los gobiernos, esa clase ha sido utilizada como medio y no vista como un fin. [...] La Revolución quiere invertir los términos. [...] En lo sucesivo la clase media, los intelectuales, vendidos hasta aquí al rico, deben ser los hermanos del trabajador. Entiéndase bien los *servidores*. Deben considerar como su finalidad más alta la de poner su cerebro, su talento, su cultura, su ciencia toda, al servicio de la clase que arranca el pan de las entrañas de la tierra, y de la que consume su existencia en el taller. [...] Es necesario que comprendamos que el ideal más alto para el hombre, como me decía un compañero zapatista, el general Velasco, lo único que enaltece al hombre es ponerse al servicio de los humildes. (Silva, 1959, pp. 315-316)

La historia del populismo ruso cubre tres etapas. Entre los años 1848-1881, fue un movimiento abigarrado compuesto exclusivamente de intelectuales y pequeños grupos conspirativos. Su intento de “ir al pueblo” en los años de 1870 fracasó estrepitosamente ante la indiferencia, e incluso hostilidad, de los campesinos que recibieron con desconfianza a estos ciudadanos que les prometían el eminente advenimiento de la edad de oro, y con frecuencia los entregaban sin miramientos a la policía. Entonces los *narodniki* se refugiaron en el terrorismo, con la idea de que muerto el zar, se produciría una crisis que haría despertar al campesino. El asesinato de Alejandro II a manos de la *Narodnaya Volya*, la organización populista radical, produjo resultados opuestos a los esperados. Una ola de represión se abatió sobre el movimiento revolucionario, mientras los campesinos permanecían a la expectativa (Radkey, 1958, pp. 4-5).

En 1890, en su segunda etapa, el populismo reapareció como corriente intelectual, manteniendo una aguda polémica con los marxistas, fuerza ascendente en el movimiento revolucionario ruso sobre el tema del desarrollo del capitalismo.⁸ Mientras que muchos de los grupos que los apoyaban conservaron el nombre de populistas (*narodnoviltsy*), otros comenzaron a designarse a sí mismos con el nombre de “socialistas revolucionarios”.⁹ Carentes de una visión política monolítica como la de los socialdemócratas marxistas, los militantes populistas rechazaban los intentos de organización centralizadora de los órganos de dirección. Solo a finales de la última década del siglo XIX aparecieron dos organizaciones de influencia nacional, una de las cuales llevó el nombre de Unión de Socialistas Revolucionarios (Radkey, 1958, p. 52).

⁸ Véase Waliki, 1969, pp. 165-179.

⁹ Los sucesos posteriores han demostrado que el desarrollo del capitalismo como sistema social estaba menos avanzado de lo que los bolcheviques creían, pero también evidenciaron que el grado de diferenciación en el campo ruso era mayor que el que aceptaban los populistas. Vid. (Atkinson, 1938).

El Partido Socialista Revolucionario [PSR]

La tercera etapa se inicia en 1901 con la formación del Partido Socialista Revolucionario [PSR], que unificaba a la mayoría de los grupos populistas locales existentes. No tardaron en aparecer las primeras organizaciones campesinas influidas por el PSR. Las hermandades, como eran llamadas, se multiplicaron solo gracias a un trabajo extenuante y peligroso que demostró ser, sin embargo, fructífero, ya que estas jugaron un papel importante en la revolución de 1905. Al iniciarse la segunda revolución en febrero de 1917, el PSR demostró ser el partido populista más importante de Rusia. Durante los siguientes meses ganaron sin dificultades las pocas elecciones que se realizaron y ocuparon posiciones muy influyentes, tanto en la *duma* como en los *soviets*. Todavía en noviembre del mismo año, los diferentes grupos del PSR obtuvieron para la Asamblea Constituyente 410 asientos por 175 de los bolcheviques (Atkinson, 1938, p. 363). Los principales dirigentes del partido ocuparon puestos importantes simultáneamente en el gobierno provisional y en los *soviets*. Kerensky fue ministro de justicia y luego primer ministro, Viktor Chernov fue ministro de agricultura, aunque su influencia fue mucho mayor de lo que el puesto dejaba entrever, pero los del PSR no supieron aprovechar todas esas ventajas. Las divisiones internas los inmovilizaron y fueron incapaces de entender el proceso de radicalización que vivían grandes sectores de los obreros y los campesinos durante el breve periodo entre febrero y noviembre de 1917. Su oposición a la nacionalización de la industria redujo su influencia entre el proletariado urbano en el cual contaban, al principio de la revolución, con una influencia mayor que los bolcheviques.¹⁰ Empeñados en mantener sus alianzas con sectores reformistas y moderados, los del PSR nunca pudieron poner en práctica una política que hiciera honor a su pasado y a su nombre revolucionario (Radkey, 1963, pp. 363-485). Su trayectoria concluyó trágicamente con la supresión violenta del partido por los bolcheviques en 1918.

¹⁰ Véase Carr, 1966.

El primer programa del Partido Socialista Revolucionario fue adoptado en 1906, el mismo año en que el Partido Liberal Mexicano promulgaba el suyo, pero como nunca fue modificado, ni siquiera en 1917, puede considerársele como una expresión autorizada de sus posiciones generales.

Los del PSR pensaban que, después de la caída del zarismo, Rusia no sería ni puramente capitalista ni puramente socialista. Por el contrario, las fuerzas que distinguen a la sociedad rusa crearían una situación intermedia entre el liberalismo clásico y la sociedad colectivista del futuro. Como esto no debía ser impuesto por decreto, sino surgir de la elevación de la conciencia, la organización y la disposición de los trabajadores, había que impulsarlo paulatinamente. Durante la primera fase —continuaba el programa—, a diferencia de los mencheviques que proponían abrirle paso al desarrollo capitalista o a los bolcheviques que esperaban acortar la vida de este con una política inteligente, los del PSR pensaban que el capitalismo debía ser tolerado en la industria, pero que su desarrollo en el campo debía ser frenado (Atkinson, 1938, p. 139).

Su programa agrario giraba alrededor del concepto de la socialización de la tierra, cuyo propósito era impedir la diferenciación clasista del campesino y la exacerbación de su sentido de la propiedad. Por socialización se entiende que la tierra no podría ser comprada ni vendida, convertirse en propiedad privada o colectiva. Debía pertenecer al pueblo. En cambio, su usufructo podría ser privado o comunal. El primer acto del gobierno revolucionario debía ser la expropiación sin indemnización de los latifundios, y la entrega de sus tierras en usufructo a los trabajadores del campo. Los antiguos dueños serían ayudados por el Estado hasta que encontraran una nueva ocupación. También los terrenos públicos debían seguir el mismo destino. La tierra debía ser entregada a todos aquellos que la trabajaran con sus manos, ya fuera que lo hicieran en forma individual o dentro de la comunidad. Insistían frecuentemente en que por socialización de la tierra no quería decir colectivización de la producción. Esta continuaría haciéndose en condiciones comunales o privadas durante el

tiempo necesario —quizá varias décadas—, hasta que las ventajas inherentes a la explotación colectiva se hubieran impuesto en la conciencia de los campesinos. Previendo que existirían presiones en la dirección de una colectivización forzada como la que se impuso en los años treinta en la Unión Soviética, no se cansaban de insistir en que ellos eran demócratas auténticos y que harían todo lo que estuviera en su poder para impedir que los campesinos fueran forzados a adoptar la vía de la colectivización.¹¹

Conscientes de la falta de recursos para el establecimiento de cooperativas modernas, preveían en su programa que, al principio, el número de explotaciones familiares que necesitaban menos inversión se multiplicarían. Además, los órganos de los gobiernos centrales y locales deberían tomar medidas periódicas para consolidar la igualdad. Para los del PSR, socialización de la tierra no era sinónimo de socialismo, puesto que la producción y el intercambio seguirían estando en manos privadas durante un buen tiempo. Genuinamente republicanos y federalistas, los del PSR se resistían a dar demasiado poder al gobierno central. En los primeros años después de la revolución, proponían incluso otorgar un poder mayor a los gobiernos locales, porque suponían que, en el centro urbano, el poder de la burguesía sería mayor que el de los socialistas.¹²

Incluso para la primera etapa del populismo ruso (1848-1881), las coincidencias con los agraristas mexicanos saltan a la vista: los agraristas liberales mexicanos albergaban la utopía de una sociedad de pequeños propietarios, regida por los principios del desarrollo, la prosperidad y la democracia republicana. El agrarismo socialista mexicano, por su parte, proponía ya la “nacionalización” de la tierra y la proliferación de las comunidades. Algunos herederos de los liberales decimonónicos terminaron por aceptar a la comunidad campesina como un factor de transición inevitable, mientras que los socialistas la

¹¹ Véase Fitzpatrik, 1994.

¹² Véase sobre la situación de los Social Revolucionarios en los primeros años después de la revolución a Radkey, 1963.

veían como la semilla de la nueva sociedad, pero fue durante y, sobre todo, después de la Revolución mexicana, cuando como movimiento y partido el populismo ruso había ya desaparecido, que el agrarismo mexicano comenzó a adquirir rasgos aún más afines a él.

El privilegio del atraso

No es probable que las revoluciones mexicanas conocieran la trayectoria del PSR o los populistas que los antecedieron. Intelectuales como Soto y Gama, Vasconcelos, De Negri, Bassols, Marte Gómez, Silva Herzog estaban informados en términos generales del desarrollo de la Revolución rusa. Pero todo indica que la identificaban casi únicamente con Lenin y las victorias bolcheviques. Aún si hubieran conocido el proyecto del PSR, es dudoso que se hubieran inspirado en esos grandes perdedores en la revolución más sonada de la época. Por su parte, Lenin sabía que las ideas del populismo encontrarían terreno fértil en el tercer mundo y hablaba del “populismo en Sun Yat Sen”. Pero nunca trató de caracterizar a la Revolución mexicana. En cuanto a los del PSR, es aún menos probable que hubieran detectado el verdadero sentido del naciente agrarismo mexicano, cuya ideología no se había planteado aún en obras conocidas internacionalmente. Así, todo indica que se trata de dos corrientes de pensamiento y de acción que se desarrollan de forma paralela, completamente independientes y como fruto de las condiciones autóctonas. Las coincidencias de las ideas se deben a: a) las características del sujeto que las anima, es decir, esa convergencia de intelectuales radicalizados y campesinos rebeldes; b) las condiciones de dos países que comparten un desarrollo tardío pero pujante, la integración al mercado mundial y los fuertes remanentes precapitalistas; c) la simultaneidad de los dos movimientos que responden a las mismas tendencias internacionales de resistencia proletaria y campesina al capitalismo. Mientras el marxismo proviene del occidente industrial, el populismo mexicano y el ruso se originan en el tercer mundo

campesino. El primero se orienta hacia el “internacionalismo proletario” y aspira a la universalidad, los otros dos se alimentan de particularismos, raíces locales y un fuerte nacionalismo.

Agrarismo y populismo son críticos de la sociedad tradicional y del capitalismo, pero también del socialismo proletario, ese socialismo que, en palabras de Chayanov, había nacido en los galерones de las fábricas capitalistas alemanas. El que muchos de sus representantes se definieran a sí mismos como socialistas, no alteraba la imagen. Ninguno de los dos, *narodnichestvo* ruso y agrarismo mexicano, otorgaba un papel hegemónico a la clase obrera que quedaba así subsumida en el concepto de pueblo. Sus propuestas vislumbraban, en el campo, una combinación de empresas colectivas y unidades individuales y, en la ciudad, una alianza del sector estatal con el privado. En el terreno social se acepta la convivencia entre burguesía y pueblo trabajador, y en el político se promovía como base de la democracia, fuertes gobiernos locales de representación directa. Ambos coinciden en que el problema principal de su sociedad y la causa de las revoluciones es la cuestión agraria, y están de acuerdo en que los latifundios deben ser expropiados y sus tierras distribuidas entre quienes las trabajan. También coinciden en que la revolución solo puede triunfar con base en la unidad de los intelectuales revolucionarios y los campesinos. En cambio, debido a la diversidad de las condiciones en las cuales se desenvuelven, la actitud hacia el Estado es muy diferente. Durante la Reforma, los intelectuales de orientación agrarista sirven en las filas revolucionarias del liberalismo y, bajo la dictadura de Díaz, propugnan reformas desde arriba o se enfrentan a ella. Protagonistas activos pero divididos de la Revolución se integran después de esta, no sin fuertes resistencias al pacto corporativo del estado posrevolucionario mexicano. Los *narodnichestvo* rusos en cambio se enfrentan hasta el estallido de la revolución en febrero de 1917, al absolutismo zarista y su ala revolucionaria llama a su derrocamiento violento, pero, después de esta revolución, en teoría y práctica, promueven un sistema democrático y federal receloso de la centralización y el poder excesivo de la burocracia.

En la idea agrarista de la tierra como “propiedad de la nación” que puede imponer limitaciones a la propiedad privada, sumada al carácter “inalienable” y no mercantil de las tierras ejidales, hay mucho del espíritu que inspira el concepto central del programa populista de los del PSR: la “socialización de la tierra”, es decir, la transformación de esta en “pertenencia al pueblo” que excluye la propiedad, privada o colectiva, y la compraventa. Pero en la práctica, los gobiernos postrevolucionarios se inclinaron por soluciones eclécticas y mixtas. Ambos contradicen radicalmente los preceptos fundamentales del derecho romano sobre la propiedad privada con un derecho al “uso y abuso” absoluto, y los dos están conscientes de ello. González Roa reconoce que la retroactiva del artículo 27 se basa en el derecho español y contradice el romano, y el líder socialista revolucionario Chernov se niega a cambiar el concepto “pertenencia popular” por el de “propiedad popular” para evitar toda relación con el concepto romano.

Para la etapa inmediatamente posterior a la revolución, el programa de los populistas rusos no propone expropiar las industrias que deja en las manos de los capitalistas, al mismo tiempo que se adoptan todas las reivindicaciones económicas de la clase obrera industrial. Y los agraristas mexicanos, quienes para el campo exigen un cambio en el sistema de propiedad, para la ciudad se contentan con promover mejores condiciones de trabajo para el obrero.

Los dos movimientos son sumamente heterogéneos. En su primera etapa (1848-1881), el populismo ruso gira alrededor de una veintena de personalidades cuyo pensamiento exhibe grandes diferencias y solo pueden ser considerados bajo una denominación en contraste con el resto de la intelectualidad rusa del periodo que, según Chejov y otros autores, aparece como tecnocrática, rígidamente especializada y políticamente conformista. Constituido en partido, el PRS es debilitado por el individualismo, el localismo y la falta de autoridad de sus órganos centrales que le impiden actuar en forma unificada en las situaciones rápidamente cambiantes de la Revolución rusa. Una de las causas fundamentales de su derrota es que nunca pudo usar

las mayorías con las que contaba en las *dumas* y en el *soviet*, porque sus militantes, divididos en corrientes y representaciones nacionales, nunca actuaron en forma unida. Después del 7 de noviembre, mientras su ala derecha intentaba un levantamiento armado contra los bolcheviques, su ala izquierda se une con ellos en el gobierno. El panorama que presenta el agrarismo mexicano en ese periodo, es una dispersión mayor aún. Antes de la revolución era representado por figuras muy disímiles pertenecientes a grupos políticos diferentes o bien movimientos campesinos de alcance estrictamente local. Durante la lucha armada aparece en todos los campos y aun cuando el zapatismo es una expresión organizada de su presencia, nunca logró aglutinar a todos sus representantes bajo la misma bandera. Solo la Convención de Aguascalientes puede pretender haberlo logrado por un momento. Después de la guerra civil surgen organizaciones como las Ligas de Comunidades Agrarias, Partido Nacional Agrarista y la Confederación Nacional Campesina. A ellos habría que agregar los partidos socialistas del sur, pero una unidad que hubiera creado una fuerza agraria nacional capaz de disputar el poder como el PSR, nunca surgió: la mayoría de las asociaciones existentes acabaron por aceptar el pacto corporativo primero, con el caudillo y después dentro del partido oficial. Por eso cuando hablamos de su ideología o su programa, no hacemos más que referirnos al común denominador de su sinnúmero de corrientes y organizaciones.

Pero lo que definitivamente distingue a los dos movimientos, es su destino histórico. El agrarismo mexicano influyó decisivamente en la conformación de la sociedad posrevolucionaria, sin lograr imponerle su programa. Estuvo dentro y fuera del gobierno y, sobre todo, durante el periodo de Cárdenas, contó con una gran dosis de poder. Pese al gran viraje del Estado mexicano a partir de los años cuarenta, el agrarismo siguió vivo y es probable que Chiapas no sea el único escenario de su reaparición. El PSR tuvo una participación muy definida en la Revolución rusa y un final trágico. Partido mayoritario en los primeros meses de 1917, no solo en el campo sino también entre los obreros urbanos, se ingenió para perder en ocho meses

el enorme caudal de prestigio revolucionario acumulado en medio siglo de acción sacrificada, tanto legal como conspirativa. Muchos de sus militantes fueron asesinados, otros se pasaron a los bolcheviques y otros más, emigraron. Sus principales dirigentes, Kerensky y Chernov, murieron obscuramente en el exilio en Estados Unidos. Su derrota corrió pareja con la destrucción de la comunidad campesina rusa que, iniciada a principios de siglo, culminó en la supresión y colectivización forzada de finales de la década de los años veinte que habían de costar millones de vidas. Y es probable que el derrumbe del populismo ruso haya contribuido al trágico final del *mir*. Refiriéndose ahora a la discusión con la cual iniciamos este ensayo, cabe decir que en México la clase obrera industrial nunca se constituyó en fuerza política revolucionaria. En Rusia, en cambio, si bien jugó su papel de vanguardia durante la revolución, fue rápidamente sustituida por una burocracia modernizadora que impuso un régimen cuyo lema bien pudo ser “todo para el pueblo, nada con el pueblo”, y mucho se parecía a lo que Engels llamó “socialismo de cuartel”.

La experiencia mexicana demuestra que el sistema mixto que propugnaba el populismo ruso para la ciudad y el campo es factible, pero confirma también que es incapaz de resolver radicalmente los problemas del campesino o incluso mitigar sustancialmente los dolores de su transición. La historia de ambos países indica que el porcentaje de la población dedicada a la agricultura está condenado a reducirse drásticamente, pero nos recuerda también que las formas de transición influyen decisivamente en el desarrollo futuro de la sociedad. En ese sentido ni México ni Rusia son ejemplos particularmente edificantes. La experiencia rusa nos enseñó que la concepción del socialismo como negación absoluta del capitalismo produce monstruos, pero lo sucedido en México prueba que la combinación de capitalismo salvaje y sociedad campesina, incluso protegida por el Estado, produce extremos de desigualdad intolerables.

A mediados del siglo XIX había en el mundo muchos grupos que aspiraban a la justicia social y creían en la revolución. A principios del siglo XX, el marxismo se impuso como la corriente hegemónica.

Sus símbolos, su discurso y su tradición llegaron a ser identificados con el socialismo “único”, “verdadero” y “científico”. Los triunfos de las revoluciones dirigidas por marxistas acentuaron más aún la tendencia tanto entre sus partidarios como entre sus enemigos. Las otras teorías y tradiciones revolucionarias y socialistas fueron encajonadas bajo etiquetas de contenido dudoso como “socialismo utópico” o “pequeño burgués” o “anarquismo”, definidas en relación exclusiva con sus coincidencias y diferencias con el marxismo. Sus trayectorias adquirieron los tonos grises o negros del error, el fracaso e incluso la traición. Los sucesos de los últimos veinte años nos permiten volver a poner las cosas en su lugar. El marxismo vuelve al sitio que nunca debió haber abandonado como una de las corrientes mayores del socialismo. La imagen del movimiento contestatario, anticapitalista y socialista del siglo XIX y principios del XX recobra ahora toda su variedad de tradiciones revolucionarias, pensamientos disidentes innovadores, movimientos originales, rebeliones únicas que durante cerca de siete décadas había sido imposible ver. Lo verdadero es que el movimiento anticapitalista fue siempre inmensamente heterogéneo. La ilusión es creer que una de sus corrientes tuviera el monopolio de la verdad y pudiera apropiarse de toda la infinita diversidad de sus tradiciones revolucionarias.

México es extraordinariamente rico en tradiciones de disidencia y revolución, en ideales de justicia social y esperanzas de igualdad. Algunas de ellas son de carácter nacional y otras tienen vigencia local. Unas pocas nacieron hace siglos y siguen vivas, muchísimas han tenido vidas más o menos efímeras que dejaron recuerdos profundos y duraderos en las conciencias de sus participantes. Sería absurdo intentar encajonarlas en categorías de científicidad y utopía, aun cuando no todas ellas guardan la misma relación con el pensamiento científico de su época. Agrarismo, anarquismo, marxismo y nacionalismo revolucionario son expresiones diferentes pero legítimas de la disidencia y la tradición revolucionaria del último siglo y medio. Agrarismo mexicano y populismo ruso fueron partes inseparables de las culturas autóctonas que les dieron vida. Como tales, hay en

ellos facetas únicas e irrepetibles, pero se pueden también entrever regularidades que se repitieron con una frecuencia y una exactitud inesperadas en Europa oriental en los años veinte y treinta, y en el resto del tercer mundo después de la Segunda Guerra Mundial. Están más cerca de las mentalidades populares y más lejos de las ideologías que el marxismo. Bien considerados, no fueron grandes triunfadores, pero ¿qué corriente revolucionaria lo ha sido plenamente? Demostraron tener dosis enormes de ingenuidad, pero en más de un tema plantearon preguntas que siguen vigentes y dieron respuestas que incluso hoy llaman a la reflexión.

Bibliografía

- Alba, Victor. (1960). *Las ideas sociales contemporáneas en México*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Atkinson, Dorothy. (1938). *The End of the Russian Land Commune 1905-1930*. Stanford: Stanford University Press.
- Bartra, Roger. (1984). *Campesinado y poder político en México*. México: Era.
- Canovan, Margaret. (1981). *Populism*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Carr, Edward H. (1966). *The Bolshevik Revolution 1917-1923*. Vol. 2. New York: Penguin.
- Covarrubias, José. (1922). *La trascendencia política de la reforma agraria en México*. México: Antigua imprenta de Murguía.
- Dan, Theodor. (1964). *The Origins of Bolchevism*. New York: Harper and Row.
- Fitzpatrik, Sheila. (1994). *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village, After Collectivization*. New York: Oxford University Press.
- Flores, Magón Ricardo. (1977). *Regeneración 1900-1918. La corriente más radical de la Revolución mexicana de 1910 a través de su periódico de combate*. México: ERA.

- García, Cantú Gastón. (1991). *Idea de México, II El Socialismo*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gómez, Serrano Jesús. (1992). *Documentos para el liberalismo en Aguascalientes, 1835-1876*. Aguascalientes: Instituto Cultural de Aguascalientes.
- González, Roa Fernando. (1981). *Aspecto agrario de la Revolución mexicana*. México: Secretaría de la Reforma Agraria-CEHAM.
- Gorki, Maxim. (1977). On the Russian Peasantry. En R. Smith, *The Russian Peasant 1920 and 1984*. London: Frank Cass.
- Mendel, Arthur. P. (1961). *Dilemmas of Progress in Tzarist Russia. Legal Marxism and Legal Populism*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mendieta, y Nuñez Lucio. (1934). *El problema agrario de México desde su origen hasta la época actual*. México: Imprenta Mundial.
- Molina, Enriquez Andrés. (1960). Filosofía de mis ideas sobre Reformas Agrarias. En H. J. Silva, *La cuestión de la tierra*. Vol. I. México: UNAM.
- Radkey, Oliver Henry. (1958). *The Agrarian Foes of Bolchevism. Promise and Default of the Russian Socialist Revolutionaries. February to October, 1917*. New York: Columbia University Press.
- Radkey, Oliver Henry. (1963). *The Cycle under the Hammer. The Russian Socialist Revolutionaries in the Early Months of Soviet Rule*. New York-London: Columbia University Press.
- Ramírez, Ignacio. (1984). *El Nigromante, 6. Obras Completas, escritos periódicos*. Tomo 2. México: Centro de Investigaciones Científicas Jorge L. Tamayo.
- Sarabia, Juan. (1961). *La cuestión de la tierra*. Vol. 2. México: Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas.
- Schmidt, Henry C. (1978). *The Roots of Lo Mexicano Self and Society in Mexican Thought 1900-1934*. Austin: Texas AyM University Press.
- Shanin, Theodor. (1983). *Late Marx and the Russian Road. Marx and the Peripheries of Capitalism*. New York: Monthly Review Press.
- Silva, Herzog Jesús. (1959). *El agrarismo mexicano y la Reforma Agraria. Exposición y crítica*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Smith, Robert. (1977). *The Russian Peasant 1920 and 1984* . London: Frank Cass.

Venturi, Franco. (1960). *The Roots of Revolution*. London: Weinfeld and Nicholson.

Walicki, Andrzej. (1969). *The Controversy over Capitalism. Studies in the Social Philosophy of the Russian Populists*. Oxford: Clarendon Press.

Wilkie, James. (1992). Primera reforma agraria en México 1853-1905, a través de la estadística nacional . En S. de la Peña, y J. Wilkie, *La estadística económica en México. Los orígenes*. México: Siglo XXI.

Zarco, Francisco. (1987). *Historia del congreso extraordinario Constituyente de 1856 y 1857*. Tomo I. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución mexicana.

Tres fines de siglo*

Las revoluciones no están de moda, sin embargo, celebramos sus aniversarios profusamente. Muchas efemérides y anécdotas históricas y pocas reflexiones sobre *La Revolución* como objeto válido de conocimiento. Estas tupidas conmemoraciones sirven frecuentemente para dispersar al viento los significados de las revoluciones de Independencia y de 1910. De muchos comentarios en los programas oficiales se desprende que los destrozos en vida humana y riqueza de las revoluciones fueron innecesarios, que el medio siglo posterior a la Independencia fue un caos lamentable y costoso, y que los cuarenta años del siglo XX que siguieron a la Revolución de 1910-1940, fueron una época de errores... “cien años de confusión” (Schettino, 2007). En fin, una visión conservadora de las revoluciones y su significado.

Este ensayo está dedicado al estudio de temas vinculados.¹ En primer lugar, las causas de cada una de las revoluciones y las similitudes entre ellas. Existen muchas teorías sobre el origen de las revoluciones.² Desgraciadamente no podemos discutir las aquí. Nos contentaremos con buscar en ellas las que nos parecen más fértiles y más certeras para nuestro caso particular. Para comenzar,

* 2010

¹ Véanse Guerra, 1985; los primeros tres capítulos del libro de Knight (1986); Tobler, 1994.

² Véanse, entre otros, Eisenstadt, 1978; Hagopian, 1974.

establecemos tres paradigmas que orientan nuestro estudio. Primero, no creemos que las revoluciones mexicanas hayan sido exclusivamente fruto de la voluntad del pueblo y sus dirigentes del momento. Existen fuerzas de larga duración —como diría Braudel— cuya acción no forma parte de la conciencia de sus actores, pero que determinan los equilibrios y conflictos dentro de la sociedad. Segundo, no se puede explicar las revoluciones exclusivamente por conflictos internos de la Nueva España y México. Deben tomarse en cuenta los desarrollos internacionales que forman una red, a veces, poco visible pero no por ello menos influyente. Y tercero, en México los periodos anteriores a las revoluciones se caracterizan por un desarrollo económico inducido desde afuera, una modernización desde arriba y una crisis multifacética final.

En segundo lugar, llevaremos la historia comparada hasta nuestros tiempos y nos preguntaremos si hay fuertes analogías entre los tres fines de siglo: el XVIII, el XIX y el XX. En seguida, haremos un ejercicio en la prognosis: reflexionaremos sobre los posibles desenlaces de la situación que encontramos a fines del siglo XX y principios del XXI. En caso de que hallemos fuertes analogías, el análisis tendrá una actualidad fecunda para entender el presente y construir el discurso del futuro. Si no fuera así, las dos revoluciones forman parte de una historia genética del México contemporáneo, no menos útil, pero si menos vigente.³

Una prognosis no es una corazonada, ni un presentimiento, ni mucho menos una profecía. No puede estar basada en el fatalismo de las fechas, ni en el principio del eterno retorno. En el presente caso, es un pronóstico basado en la historia comparada de tres fines de siglo. El pronóstico macro y microeconómico es ya cosa corriente, y la planeación demográfica y social que entraña buenas dosis de cálculo de probabilidades y previsiones son procedimientos corrientes. Ambos están sujetos a error y sin embargo son prácticas que ya han

³ Véase como antecedente el libro *Crisis, Reforma y Revolución. México: Historias de fin de siglo*, Reina y Servín, 2001.

establecido su utilidad. ¿Por qué no puede hacerse lo mismo con el desarrollo social-político? La búsqueda de las causas de revoluciones ya acaecidas es simétrica a los argumentos necesarios a la prognosis,⁴ aun cuando en ese caso son más difíciles por la escasez de información relevante. Lo que nunca se puede predecir es cuándo va a suceder algo. El futuro es conocible, no como verdad precisa, sino como tendencia probable. Vamos a pedirle al lector paciencia para recorrer juntos los tres fines de siglo en búsqueda de explicaciones. Las tesis irán apareciendo paulatinamente, a medida que los hechos históricos les vayan dando vida.

Ante todo, queremos aclarar: la historia no se repite. Las condiciones concretas cambian en el tiempo. El hombre confrontado con los mismos dilemas puede optar por soluciones distintas. Pero las regularidades propias de cada sociedad no se pueden negar. ¿Qué factores presentes en la sociedad colonial culminaron en la revolución de Independencia? ¿Algunos de ellos se reprodujeron a finales del siglo XIX para causar el estallido de 1910? ¿Han vuelto a aparecer en la época actual, entre 1982 y 2010? ¿Habrà otro final de ciclo tormentoso? El presente ensayo no celebra ni lamenta nada; analiza procesos y hechos del pasado para señalar tendencias probables para el futuro.⁵ La historia no enseña, pero puede ayudar a fijar las alternativas del futuro. El ejercicio puede parecer demasiado ambicioso, pero nadie negará las posibilidades que encierra.

Pensar el fin del siglo XVIII y del siglo XIX tiene una gran ventaja: conocemos en detalle el desenlace. En cambio, ocuparnos de la actualidad nos obliga a la prognosis ya que el futuro está solo en el horizonte. Los líderes cuentan, pero las condiciones sociales y culturales

⁴ Desde que, a principios del siglo XIX, aparece este personaje característico de la modernidad, el revolucionario, sus obras tratan abundantemente sobre las causas de las revoluciones y el desarrollo de estas en diferentes países. Véanse las obras de Marx y Engels, Kropotkin, Lenin, Trotsky, Mao Tse-tung, Che Guevara. En la obra de Hobsbawm, *The Revolutionaries* (1973), aparte de ejercer la prognosis en varios casos, muestra cómo hombres y partidos han practicado este arte.

⁵ Véase Tutino, 2001; Knight, 2001. En ambos artículos se hacen algunas prognosis a largo plazo para la época contemporánea.

constituyen el marco de la libertad del individuo que actúa en la historia, sus límites y a la vez sus posibilidades, y esto es tan cierto para el pasado como para el presente. Por eso nos parece irrelevante la pregunta de si existen hoy los hombres capaces de encabezar un cambio de rumbo. Hay sin duda casualidades, pero también éstas pueden obedecer a un condicionamiento. Frecuentemente lo que es casualidad para un actor del drama histórico es una necesidad imperiosa para muchos otros.⁶

Las causas externas de las revoluciones

Comencemos por constatar que, estructuralmente hablando, las crisis del final de los dos siglos, el XVII y el XIX, tienen el mismo origen: un salto cualitativo en el desarrollo del capitalismo en su centro y con él, en la política, la cultura y las expectativas de la gente de todo el mundo. En las dos ocasiones, en la Nueva España primero, y más tarde en México, se producen cambios profundos. Esos cambios son inducidos desde afuera y en función de intereses externos. Pero solo se transforman en realidad, tamizados por la propia estructura social y económica local. La revolución llamada Reforma (1853-1867) es, en cierto sentido, una excepción. No hubo grandes cambios económicos y sociales inducidos desde afuera, pero sí una revolución continental, la de 1848 en Europa. Su contenido fue liberal y, como tal, tuvo sin duda influencia en el ascenso de la corriente liberal en México.

⁶ Las teorías que adjudican el estallido de las revoluciones a la acción de agitadores han sido ampliamente desacreditadas. El dirigente no es el creador de una situación revolucionaria. Su presencia puede ser decisiva en momentos cruciales, pero no más. Maquiavelo resuelve esta ecuación de la siguiente manera: afirmó que muchos príncipes “no han recibido otra cosa por parte de la fortuna sino la ocasión, la cual les dio pie para poder introducir la forma que les pareció; sin aquella ocasión la virtud de su espíritu se habría apagado y sin aquella virtud la ocasión se habría presentado en vano”.

Desde fines del siglo XVII la sociedad en Europa Occidental entró tempestuosamente en la era de la modernidad. El capitalismo no puede existir sin revolucionar constantemente la tecnología, los sistemas de trabajo, la ideología y la cultura. Como decía Hobsbawm, la misma revolución que se llamó industrial en Inglaterra, fue política en Francia y filosófica en Alemania (sin olvidar que también esos dos últimos países se industrializaron). El surgimiento del capitalismo industrial vino acompañado de varias revoluciones sociales y culturales. Este impacto es tan cierto para los países del primer mundo como para las colonias, solo que la modernidad es diferente en los primeros y en los segundos. En los países dependientes, en los cuales los impulsos de cambio llegan en buena parte desde afuera, los diferentes tiempos conviven en el mismo espacio. Como lo diría Ezequiel A. Chávez, el intelectual porfiriano: “En México hay, a un mismo tiempo, almas prehistóricas, almas de conquistadores, almas de la Edad Media y almas del siglo XIX”. Y agregaríamos nosotros, “almas” del siglo XX y del XXI (Zea, 1943).⁷ Uno de los signos inequívocos de la historia de México es la convivencia de los tiempos más dispares. Jirones disímiles sobreviven a una modernización que no corresponde a las condiciones específicas del país y conforman un mosaico muy diferente a las sociedades del centro capitalista, que tienden avasalladoramente a la homogeneidad. Aquí la modernidad nunca se impone totalmente, ni en los individuos ni en las estructuras sociales. La tradición sobrevive o, inexplicablemente, regresa con gran fuerza.⁸

⁷ Encontramos el concepto de “almas” que para Jung es un sinónimo del inconsciente muy pertinente, ya que abarca tanto el nivel individual como el nivel social.

⁸ Véase Dehouve, 1990. En ese libro se capta muy bien la continuidad y el cambio en una comunidad indígena a lo largo de los siglos y sus desfases con la modernidad en otros países. Otro ejemplo nos lo da Pattie (1905, p. 145). Al describir la aldea de Janos, estado de Chihuahua, provincia de Nueva Vizcaya en la tercera década del siglo XIX, escribe: “Sus arados son una pieza recta de madera de ocho pies de largo y cinco pulgadas de grueso con dos cavidades rectangulares para otras tantas piezas de madera, la primera adaptada al travesañ por medio del cual los bueyes jalan y el otro a la manija con la cual el hombre sujeta el arado. La punta que rompe la tierra es de madera y tiene sólo al final una pieza hueca de fierro con un grosor de una pulgada y

En América Latina y particularmente en México la primera modernidad llegó impulsada por los cambios que se sucedieron con la Revolución industrial (1770-1840), la Revolución de Independencia en las colonias anglosajonas (1770-1776), la Revolución francesa (1789-1799) y más tarde, la crisis del imperio español y los movimientos de independencia en Latinoamérica en los años 1808-1821. La Ilustración y el liberalismo se propagaron en todo el mundo. Las ideas opuestas al Antiguo Régimen se filtraron por mil caminos en el México de los primeros decenios del siglo XIX. Muchas bibliotecas de notables contaban con obras de Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Raynal, Quesnay y otros fisiócratas. El pensamiento inglés, representado por los libros de Newton, Locke, y más tarde Adam Smith, también estaba presente. Lo mismo puede decirse de pensadores ilustrados italianos y sobre todo españoles. Inspirados por esas ideas, abundaban los escritos críticos y las propuestas de reforma de corporaciones e individuos. Durante su estancia en México. Humboldt trabajó relaciones con representantes de la Ilustración novohispana, tanto criollos como españoles. Invitado por Fausto de Elhuyar, impartió clases en el Real Seminario de Minería en donde trazó un mapa minero del país. Participó activamente en la vida social de la intelectualidad de aquel tiempo, y llegó a conocer personalmente a Juan Antonio Riaño, intendente de Guanajuato, Manuel de Flon, intendente de Puebla; fray Antonio de San Miguel, obispo de Michoacán y también a Manuel Abad y Queipo. Para todos ellos tiene expresiones elogiosas y cita extensamente partes del famoso escrito redactado por este último, en 1799. Los ilustrados de la Nueva España pusieron a disposición del explorador alemán, que había recibido la autorización del virrey para visitar los archivos existentes, una gran cantidad de memorias, manuscritas y obras impresas. Coincidiendo

tres pulgadas de ancho en la parte de arriba mientras que la punta es más delgada". Y continuaba diciendo que no tenían talleres para aserrar, ni maquinaria economizadora de trabajo y que todo lo hacían por medio de un duro trabajo manual. Esto contrasta con las modernas máquinas textiles que se introdujeron en México en el decenio de 1840.

en muchos aspectos con su visión del mundo, se vieron reflejados en él y buscaron, fascinados, la oportunidad de establecer una relación directa con la Ilustración europea (Miranda, 1972, pp. 201-206; Semo, 1992, pp. 230-240).

Una literatura más sediciosa como el *padre nuestro de los gachupines* que circuló en México en el decenio de 1770 era por necesidad anónima. Aun cuando no había una cultura de la Ilustración digna del nombre, sí venía marcándose la diferencia entre escolasticismo y liberalismo, entre tradicionalismo y modernidad. En cada revolución una generación de mexicanos descontenta de su realidad presente asume un proyecto para el futuro que promete mucho más de lo que las condiciones objetivas permitirán realizar. Generalmente esta utopía no es sino la imagen más o menos deformada de las circunstancias existentes en los países más desarrollados, aun cuando las clases subalternas desarrollan utopías más ambiciosas. Este es el caso de Morelos quien después de excusarse ante Quintana Roo por su falta de “luces” políticas le presenta sus sentimientos que son una expresión de los ideales básicos del liberalismo y la revolución española de 1812, además de las aspiraciones de soberanía e independencia de los mexicanos:

Que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo. [...] Que los poderes Legislativo, Ejecutivo y Judicial estén divididos en cuerpos compatibles. [...] La patria no será del todo libre mientras no se reforme el gobierno abatiendo el tiránico, substituyendo el liberal. [...] Que como la buena ley es superior a todo hombre las que dicte nuestro congreso deben ser tales [...] que moderen la opulencia y la indigencia y de tal suerte se aumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres. [...] Que la esclavitud se proscriba para siempre. [...] Solo distinguirá a un americano de otro el vicio y la virtud. [...] Que se quite la infinidad de tributos, pechos e imposiciones que nos agobian y se señale a cada individuo un 5% de semillas y demás efectos [...]. (Villicaña, 1965, pp. 371-372)

Quizá Morelos no leyó las obras de los ilustrados ni conoció los detalles de las revoluciones mencionadas, pero los valores le fueron transmitidos a través de múltiples mediaciones por la cultura de su tiempo, el *Zeitgeist* que se desprendía de los principios de una cultura ya universal. Y, además, como dice Mora, quien ve en él un intuitivo de gran inteligencia: “Sin conocer los principios de la libertad pública, se hallaba dotado de un instinto maravilloso para apreciar sus resultados” (Mora, 1988, p. 189). Morelos expresa así la cultura de la modernidad revolucionaria que desde entonces en México se manifestaría en “proyectos de nación” condenados a vivir en los oscuros sótanos de una sociedad frecuentemente dominada por la tradición y los privilegios. Morelos fue militarmente derrotado y su “sentir” expulsado del Plan de Iguala, pero persistió en el imaginario liberal y popular.

Holanda, Inglaterra y Francia introdujeron a marchas forzadas amplias reformas en sus sistemas coloniales para adaptarlos a las nuevas condiciones intensificando la explotación.⁹ El imperio español, que se atrasaba cada vez más respecto a las otras potencias europeas, hizo un receloso y efímero esfuerzo de modernización. Con el propósito de aumentar sus ingresos y ampliar los mercados para sus productos, la Corona española hizo suyas las políticas del despotismo ilustrado de sus competidores. Eso se manifestó en las reformas borbónicas. Estas incluían a la metrópoli y las colonias, pero en un sentido completamente distinto. En la metrópoli, sin cambiar el modo de ejercer el poder concentrado en un pequeñísimo grupo a la cabeza del cual estaba el rey rodeado de los grandes de España, la Corona intentó introducir reformas que elevaran la economía de la sociedad española a la altura de sus competidores. El plan incluía, para España, la renovación del sistema administrativo y legal; la reforma agrícola, el impulso industrial y comercial y el control estatal sobre la Iglesia católica. También se intentó generalizar la educación primaria y secundaria y actualizar la enseñanza universitaria. En lo que respecta a las colonias, Carlos III también impulsó una serie

⁹ Véase Fieldhouse, 1992.

de reformas que debían centralizar el control en manos de la burocracia peninsular, aumentar considerablemente las transferencias de las colonias a la metrópoli por diferentes conceptos y desarrollar su condición de mercados cautivos para los productos españoles. El desarrollo de la colonia no era un objetivo, sino un medio para acrecentar la prosperidad y el poderío de la metrópoli. Pero las reformas aunadas al auge interno tuvieron efectos colaterales no previstos: impulsar el desarrollo de las relaciones capitalistas en la Nueva España y facilitar la llegada de las nuevas ideas.¹⁰

Después de su derrota en la guerra de siete años con Inglaterra que capturó La Habana y Manila en 1762, Carlos III, que acababa de ascender al trono, aceleró las reformas. En la Nueva España los cambios se introdujeron sobre todo a partir de 1763 por visitadores y virreyes activos y resueltos, compenetrados con el afán reformista de la Corona, como José de Gálvez y el conde de Revillagigedo. La nueva política se cruzó con un *boom* que la economía colonial estaba conociendo desde el segundo tercio del siglo XVIII debido a impulsos endógenos: aumento considerable de la población, crecimiento de las ciudades, ampliación del mercado interno, diversificación de la economía local, y ascenso de las ganancias derivadas de la minería y del comercio intracolonia y ultramarino (Knight, 1946, p. 226). Pero lo que era un auge para la economía en general y la oligarquía peninsular-criolla fue una serie de deterioros para la mayoría de la población. Se registró una caída de los salarios reales, los obrajes quebraron como efecto de la competencia de los productos industriales europeos, hubo crecientes dificultades de acceso a los alimentos básicos, impuestos mayores y exacciones de emergencia que redundaban en transferencias muy elevadas hacia la metrópoli. Los problemas de tierra en las comunidades se volvieron agudos principalmente en las zonas que conocían los efectos del crecimiento demográfico o expansión de las haciendas. Las desigualdades aumentaron desproporcionadamente y, como lo notó Humboldt, a

¹⁰ Véase Brading, 1987.

finales de la colonia, la Nueva España conocía disparidades entre ricos y pobres como no existían en ninguna otra parte de la América española. Las ideas de la Ilustración, que se difundían rápidamente en su versión española, y el ejemplo de las revoluciones victoriosas, sugerían inevitablemente una solución alternativa: independencia con modernidad económica, política y social. Es decir, un desarrollo en el orden y los tiempos necesarios para impulsar la acumulación interna y el desarrollo de la agricultura y la industria propias y no los de la metrópoli.

Es evidente que el periodo de modernización en el Porfiriato, 1880-1910, obedeció también a impulsos externos. La segunda revolución industrial estaba en plena marcha. Las constantes mejorías en todos los aspectos de la vida material eran tan evidentes en los países desarrollados en Europa Occidental y Estados Unidos que el futuro se revelaba como un progreso sin fin. La maquinaria moderna predominantemente impulsada por el vapor sustituyó todas las otras formas de producir, al mismo tiempo aparecieron nuevas fuentes de energía: la electricidad y el motor de gasolina. Hacia 1890 el número de luces eléctricas y la producción de petróleo comenzaron a aumentar rápidamente. Alrededor de cien mil locomotoras, arrasando sus tres millones de vagones cruzaban el mundo industrial. Para abrirles camino, los túneles, los puentes y las grandes estaciones, se multiplicaron. Los telégrafos y más tarde los teléfonos se generalizaron. Los barcos de vapor cruzaban los mares, desplazando lentamente los veleros. Junto a todo eso se multiplicaron los descubrimientos como el cinematógrafo, los automóviles y los radios cuya producción aún no se había masificado. Los países más desarrollados entraron en una fiebre colonialista y los imperios inglés, francés y alemán crecieron velozmente. Estados Unidos y Japón construyen su hegemonía en América y Asia. Las inversiones en los países coloniales y dependientes alcanzaron niveles sin precedentes para desarrollar la producción de materias primas y asegurar su transporte a los centros industriales del mundo (Bairoch, 1970; 1974). El auge desembocó en una gran crisis, una mortífera guerra mundial y una

cadena de revoluciones sociales que dio la vuelta al mundo: México, Persia, China, Rusia, Hungría y Turquía.

Modernización desde arriba

A finales del siglo XIX, México se había liberado de la relación colonial. El Estado y los grandes terratenientes y empresarios se habían consolidado. Tenían aparentemente las posiciones de mando. Pero Díaz se alió muy pronto con los capitalistas estadounidenses y europeos para construir una red ferroviaria que integró el mercado interno y estrechó sus lazos con el mundo externo, principalmente con Estados Unidos. Renació la minería de la plata. La producción del cobre y el petróleo, se convirtieron por primera vez en exportaciones importantes. Lo mismo sucedió con el café y el henequén, al mismo tiempo que el ganado fluía hacia Estados Unidos. La producción para el mercado interno creció en el rubro de los textiles y comenzó en los del papel, hierro y acero, entre otros productos. En Yucatán, Morelos y el norte del país las relaciones mercantiles conocieron un gran desarrollo gracias a las nuevas exportaciones. Los migrantes del centro del país se establecieron en los pueblos mineros, en las haciendas y en las ciudades en crecimiento del norte. Miles de mexicanos iban a trabajar al país vecino. Todo eso jugó un papel económico similar al que había entre la colonia y la metrópoli en lo que respecta la orientación del crecimiento. Los índices de la economía muestran crecimientos importantes. Pero el auge benefició al capital extranjero más que a las élites locales y el desarrollo del país. Se quebraron estructuras preexistentes sin ser sustituidas por otras nuevas. Esto era sobre todo evidente en la agricultura. Lo perverso del importante desarrollo de fines del siglo XIX, es que poco benefició a las clases trabajadoras del campo y la ciudad, y aumentó considerablemente los desequilibrios y las fricciones sociales. Las reformas introducidas durante el Porfiriato fueron en el sentido más puro, reformas “desde arriba”. El pequeño grupo de empresarios y políticos que tenían el

control del país no buscó en ningún momento un pacto social que distribuyera los beneficios a todos los sectores de la población. Tampoco se esforzaron en frenar la lógica y la secuencia de los cambios que eran determinados por el capital extranjero que, inevitablemente, promueve sus intereses y no los del país receptor (D'Olwer, 1965, pp. 973-1178).

Como en todo el mundo, el liberalismo en México se batió en retirada. Para los ideólogos del Porfiriato la libertad consistía solamente en actuar de acuerdo con las leyes. La Unión Liberal formada en 1892 por los Científicos consideró que había llegado el momento de conceder mayores libertades, pero no electorales sino de comercio, económicas y de enriquecimiento. A fin de cuentas “orden político y libertad económica” (citado en Zea, 1943, p. 369) y en una versión conservadora del liberalismo, Pimentel sostiene que

[...] los salarios nunca pueden bajar de la tasa necesaria para mantener a la clase trabajadora, porque esta perecería, pero como en México los jornaleros subsisten con lo que se les paga se infiere que no necesitan más que su subsistencia, siendo importante reflexionar que en cada país los jornaleros tienen diferentes necesidades según el clima y las costumbres. (1995, p. 259)

En *La Revista Positiva* “los científicos” sostenían que el progreso material del país debía ir creando los hábitos para el goce de ciertas libertades y el ejercicio efectivo del sufragio, por eso estimaban que el papel pasivo de la mayoría de la población era lógico y adecuado. Para librar a la clase obrera de la opresión del capital no hay que recurrir a un mejor reparto de la riqueza sino a un mejor empleo de los capitales. Los ricos deben aprender cuáles son sus deberes, elevar su nivel moral y la riqueza, siendo social en su origen, ha de ser empleada con “digna independencia”, al servicio de la familia, de la patria y de la humanidad (Alba, 1960, p. 85). La ideología política del régimen fue resumida por Díaz mismo en su famosa entrevista con el periodista norteamericano Creelman en 1908:

Hemos conservado la forma republicana y democrática de gobierno [dijo el viejo dictador] hemos preservado la teoría conservándola intacta. Sin embargo, hemos adoptado una política patriarcal en la cual la actual administración de los negocios de la nación, guiando y restringiendo las tendencias populares, con una fe completa en que una paz forzada permitirá la educación, la industria y el comercio desarrollar elementos de estabilidad y unidad en el pueblo que es por naturaleza inteligente y sensato. (Citado en Alba, 1960, p. 78)

Con una sinceridad cínica apoyada en paradigmas positivistas, Díaz reconocía la distancia entre sistema político formal y realidad dictatorial y la justificaba por la necesidad de paz, orden y progreso.

La primera conclusión acerca de las causas de las revoluciones de 1810 y 1910 es que en ambos casos fueron precedidas por medio siglo de modernización dependiente. Que esta política de modernización fue manejada desde arriba por un pequeño grupo a la cabeza del cual había un monarca o un dictador con mucho poder. Las tensiones se fueron acumulando a lo largo de dos generaciones o más. El efecto de un aumento de expectativas a la vez que una frustración de estas.

Acumulación de agravios y crisis

A finales la Colonia, los criollos que no pertenecían a la reducida oligarquía minero-comercial se vieron perjudicados por la creación de nuevos monopolios estatales, la prohibición de ciertas actividades económicas y los obstáculos que frenaban sus carreras burocráticas, aun cuando su dominio sobre el poder local aumentó. Las clases medias, criollos, mestizos y mulatos, incluyendo la intelectualidad, además de eso resentían el sistema de castas y la falta de libertades.

La Iglesia también se vio hostilizada con el propósito de reducir su poder y su presencia económica. En 1767 se expulsó a los jesuitas, orden muy influyente y fiel al papa de todos los dominios españoles en América. Hasta entonces la Iglesia había sido un fiel aliado de la Corona predicando el carácter divino de su poder colonial, pero

desde el último tercio del siglo XVIII su fidelidad al poder secular comenzó a mostrar fisuras influyendo en sus seguidores (Brading, 1994, p. 163). Asimismo, los campesinos e indígenas en muchas partes del país conocían la falta de tierras, el aumento de impuestos y repartimientos de bienes importados, así como la presión de un intento de castellanización a través de las nuevas escuelas establecidas en las comunidades.

Bajo el Porfiriato el periodo de modernización fue más corto, pero más intenso. Apareció una incipiente clase obrera, pero la prohibición general de huelgas y de asociación así como las condiciones extremadamente adversas de trabajo produjeron al final de cuentas las primeras grandes huelgas duramente reprimidas. En la clase media también se multiplicaron las tensiones pese a su crecimiento. Debido a la industrialización disminuyó el número de artesanos independientes y la red ferroviaria redujo la importancia de los arrieros. Pocos de ellos pudieron beneficiarse del aumento del número de empleados, pequeños comerciantes y rancheros que a su vez resintieron los efectos de la reducción de los salarios reales y la concentración de la propiedad. Comenzó a surgir una intelectualidad crítica o incluso disidente. A finales del Porfiriato esta fue un sector de la población que acabó transformándose en una oposición al régimen. En los sectores de la clase alta el predominio del capital extranjero en todas las ramas dinámicas fuera de la agricultura, impedía el desarrollo de una burguesía mexicana independiente y fuerte. El nacionalismo comenzó a expresarse como resistencia al excesivo dominio del capital extranjero. Pero fue la modernización de la agricultura la que produjo las mayores tensiones. Debido al bajo costo de la mano de obra y la ausencia de crédito barato muchas haciendas no pudieron introducir la maquinaria agrícola de la época. La creciente concentración de la propiedad de la tierra, afectó negativamente a los pueblos libres y pequeños propietarios. Muchos de ellos tuvieron que abandonar sus tierras. Los peones de las haciendas vieron sus condiciones humanas degradarse. Las compañías deslindadoras vinieron a agravar los procesos de expropiación después de las Leyes de Colonización de 1883 y 1894.

Los exponentes materiales de la modernidad llegan, pero no la modernidad misma que es la capacidad de innovar y asimilar los cambios al mismo ritmo que los centros capitalistas. Lo viejo se deteriora y lo nuevo no acaba de imponerse. Esta mezcla constituye una combinación peligrosa. El final del ciclo es marcado por una serie de crisis agudas que agravan los conflictos. Las crisis finales hacen estallar los nexos más débiles de la sociedad causando divisiones graves en las clases dominantes y consecuentemente una lucha abierta por el poder. Las rebeldías de las clases subordinadas y la incapacidad de los órganos de seguridad de cumplir con su función son cada vez más frecuentes. Pero no se produce un derrumbe.

En México las revoluciones van precedidas siempre por un periodo en que los círculos dominantes, embriagados por los éxitos dejan de cumplir con el principio establecido en su tiempo por José María Luis Mora: el gobierno debe “representar a toda la sociedad, a la vez que se defienden los intereses de una parte de ella”. En un país eminentemente rural, los campesinos sienten amenazadas sus comunidades, no solo por la expropiación de tierras, sino por el ataque a su tejido social. Puesto que los hombres actúan en función de su percepción de la realidad y no de la realidad misma, clases medias, campesinos, vaqueros, obreros, artesanos y empleados en los servicios, pasan de la sumisión a la indignación. Los conflictos locales o parciales se multiplican hasta que surge una nueva identidad rebelde de más vastas proporciones. Sabemos que esto es cierto para los dos primeros fines de siglo. ¿Qué sucederá en el segundo y tercer decenio del siglo XXI? ¿Si el ciclo de modernización dependiente y desde arriba que desemboca en una serie de crisis es común a los tres periodos, habrá México cambiado lo suficiente para que el desenlace sea, esta vez, diferente?

Otra causa común de las revoluciones de independencia y la de 1910 es que al final del prolongado periodo económico de auge y modernización desigual se produjeron fuertes crisis económicas y políticas que redujeron la confianza en la capacidad del poder de resolver los problemas. Al mismo tiempo se produce una división de

la oligarquía dominante y una crisis del Estado que se encuentra en la imposibilidad de cumplir con sus funciones. En el primer caso, el Estado de Antiguo Régimen español, se ve sucesivamente sacudido por la invasión francesa de 1808, la abdicación de la familia reinante y la revolución liberal en sus dos episodios de 1812 y 1820. Por cerca de doce años el control de las colonias, ya debilitado desde hacía dos decenios, se desmorona hasta sus mínimas expresiones, permitiendo que los movimientos de autonomía e independencia triunfen.

Bajo el Porfiriato las pugnas entre los científicos y círculos afines por un lado y otros sectores de la clase dominante menos favorecidos (los Madero, por ejemplo) se agudizan, y el Estado se ve sacudido por la oposición al último intento de reelección de Porfirio Díaz y su renuncia ante las primeras muestras de fuerza de la oposición armada. El intento de Huerta de restablecer el antiguo orden de cosas con un humillante y sangriento golpe de estado propiciado por el antiguo ejército federal fracasa y produce la destrucción de este, último baluarte del viejo régimen.

Como ejemplos de las múltiples crisis de último momento en la Nueva España, el 26 de diciembre de 1804 se decretó que se recogieran los capitales dados en préstamo con fechas ya vencidas, para hacer entrar todos esos fondos a la “caja de consolidación de vales reales”. Su destino era remitir los fondos a España obligándose el erario de la Corona a reconocer los capitales y pagar los réditos con las rentas reales. En México, casi todos los propietarios de fincas rústicas y urbanas habían hipotecado sus bienes por medio de la Iglesia. Los préstamos eran por nueve años, pero la devolución del capital no se exigía mientras se pagaran los réditos. Así la ley obligaba a los propietarios a exhibir sumas muy importantes que no estaban en estado de pagar. Para hacer efectivas las hipotecas debían poner en venta multitud de propiedades, principalmente los hacendados particulares. El precio de las fincas bajó, y muchos hacendados se arruinaron.

Para la ejecución de la medida se establecieron comisiones especiales, asignándose a los funcionarios un porcentaje importante de los fondos recabados y la ejecución se llevó con el mayor empeño.

El disgusto entre los propietarios y el clero de la Nueva España fue muy grande. En varias ocasiones protestaron redactando múltiples representaciones de corporaciones y grupos locales de propietarios ante el virrey, pero estas quedaron desatendidas. La suma que el gobierno español percibió por esa vía fue una cantidad cercana a los once millones de pesos. La recaudación tomó muchas veces formas violentas, lo que enardeció más los ánimos (Alamán, 1972, p. 93). La magnitud de la suma recogida y el prolongado auge económico generalizó entre los criollos la conciencia de la potencialidad económica de su país y la gravedad de la explotación colonial a la que estaba sometido. Esta percepción se vio agudizada por las serias dificultades que afectaron a España a partir de mediados del decenio de 1790. Como consecuencia de varias guerras perdidas y de la destrucción de su flota en el Cabo de San Vicente (1798) y Trafalgar (1805), no pudo enfrentar el bloqueo marítimo de Inglaterra. Su comunicación con las colonias quedó prácticamente suspendida, con excepción del periodo 1802-1804, y muchas compañías de Cádiz quebraron. Las mercancías inglesas inundaron a la Nueva España por varias vías y la debilidad del imperio español se hizo patente para todos. A eso se sumó el debilitamiento del gobierno en la metrópoli que había caído en manos del favorito Manuel Godoy. La pérdida de varias colonias, entre ellas la Luisiana, Santo Domingo y Trinidad, convenció a los criollos de la posibilidad de manejar sin el imperio los asuntos del país.

Para la época del Porfiriato citaremos los efectos de la crisis de 1907 que se inició en Estados Unidos y tuvo efectos graves para México (Semo, s. f.).¹¹ Como en la realidad no fue sino una de las crisis que se produjeron entre 1907 y 1910 nos puede dar una idea de la acumulación de zozobras que caracterizó este periodo. En Estados Unidos, el primer síntoma de crisis fue un “pánico bancario”, como se decía en aquella época. Una burbuja de especulación, ligada con el cobre, se transmitió a los grandes bancos y los *trusts*, que eran en aquel

¹¹ Véase también Legislatura de la Cámara de diputados, 1966; Canudas, 2005; Gómez, 2005; Oñate, 1986.

tiempo la novedad. La crisis financiera se comunicó rápidamente al resto de la economía. En Estados Unidos, la producción cayó en un 11%, las importaciones 26% y el desempleo creció a 8%. La inmigración, que era de 1,2 millones en 1907, cayó a 750 mil personas en 1909. Al mismo tiempo, los precios de las materias primas descendían 21%, eliminando los aumentos de los cuatro años anteriores.

Los efectos del pánico financiero en el país vecino comenzaron a sentirse en México causando una depresión en los años de 1908 y 1909. Aun cuando la relación entre los dos fenómenos no ha sido suficientemente estudiada, podemos sostener que hay elementos suficientes para hablar de un nexo bastante estrecho entre ellos. Por primera vez una crisis cíclica de Estados Unidos tenía un efecto directo en México. En su informe ante el Congreso del 1 de abril de 1908, el presidente Díaz afirmaba:

Como efecto de la grave crisis financiera que tan hondamente agitó a los Estados Unidos, millares de braceros mexicanos que lentamente se habían ido aglomerando al Norte de la línea fronteriza, especialmente en California y Arizona, se vieron repentinamente privados de sus medios de subsistencia. [...] La baja de los precios de la plata y del cobre en el mercado motivó la suspensión de trabajo en varias de nuestras minas de estos metales.

Y en septiembre de ese año volvía sobre el tema:

La situación económica del país continúa resintiéndose de alguna de las causas que la perturbaron a fines del año pasado. [...] Como lo preví [...] la difícil condición de los negocios llegó al fin a reflejarse en el rendimiento de los impuestos, especialmente en el de los derechos de la aduana. [...] Se perdieron en los últimos cinco meses de dicho ejercicio, los excedentes obtenidos de los siete primeros. No debe tampoco olvidarse que desde el mes de febrero dejaron de percibirse los derechos de exportación del henequén que importaba, por lo general, unos \$800 000.

Fuentes del estado de Sonora reportaron que, el 21 de octubre de 1907, la compañía minera de Cananea se dirigió al gobernador del estado, Luis Torres, para informarle que la caída de los precios del cobre y los metales en general en Estados Unidos obligaban a la empresa a reducir la explotación de los yacimientos de Cananea, Nacozari, Lampazos y otros campos mineros menores. Los presupuestos estatales y municipales en Sonora se derrumbaron y la crisis afectó ampliamente los niveles de ingresos de la población y el comercio durante varios años. Lo que sucedía en Sonora se propagó también a otros estados del norte.

Otro campo en que se sintieron los efectos fue entre los bancos de emisión creados recientemente. La estabilidad que había caracterizado a estas instituciones emisoras de billetes se deterioró con los efectos de la crisis económica internacional. El flujo de capitales hacia México se redujo y causó una fuerte caída en los precios de la exportación. Se produjo un déficit en la balanza de pago y la salida de metálico. En el interior del país cundió la desconfianza y muchas personas se apresuraron a retirar sus depósitos de los bancos de provincia y a reclamar la conversión de sus billetes en moneda metálica.

En 1902, el kilo de henequén en Nueva York se cotizaba en 22 centavos. En 1908 en 9,53 centavos y en 1910 a 9,35, es decir, una caída de casi 70% que había desquiciado la producción. Yucatán estaba ya sumida en una crisis prolongada, y los sucesos de 1907 fueron el catalizador de nuevos males. Los clientes de los bancos locales, productores de henequén y azúcar, estaban en problemas para pagar sus créditos a tiempo, en parte por la desbocada inflación nacional del crédito y porque las ganancias del negocio henequenero se las reservaban los bancos de la capital, que hacían operaciones con la Harvester, el monopolio que controlaba la comercialización de este producto.

En síntesis: la caída de los precios del cobre, la plata, el henequén y otros productos de exportación; reducción de la oferta de trabajo para mexicanos en la construcción de ferrocarriles y la industria norteamericana; déficit presupuestal a nivel federal y en los estados de la República; cierre de minas importantes; crisis en las fincas

henequeneras y en el sistema de bancos de crédito y emisión recién creados. La Embajada francesa dice en un informe para su gobierno, en marzo de 1909:

Hoy en día una crisis aguda vino a detener el esfuerzo gigantesco y el ritmo acelerado que habían tomado las empresas mexicanas durante los últimos años... considerando esta aguda crisis que azota a México algunos de los fondos invertidos difícilmente serán reembolsados en su integridad.

En 1909-1910 se produjo una fuerte sequía y la consecuente hambruna. Las protestas de todo tipo se multiplicaron entre los años 1909 y 1911. La represión ya había aumentado considerablemente, al mismo tiempo las élites desfavorecidas por los privilegios a los científicos y los sectores medios emergentes resintieron la exclusión política. El gobierno de Díaz se derrumbó entre 1910 y 1911. Su régimen personalista demostró ser frágil en la base. Los agravios populares se multiplicaron. La Revolución mexicana se iniciaba.

Fines del siglo XX

Vamos ahora a hablar del México actual, vale decir del periodo 1982-2010, o sea de los últimos treinta años. De partida podemos decir que los parecidos con los últimos dos fines de siglo son muy grandes, pero, también, que hay diferencias que no lo son menos. Como en los dos fines de siglo pasados, se ha producido una transformación profunda de la estructura económica, social y cultural del país. El impulso fundamental ha provenido desde afuera. Llega a México al mismo tiempo en que el mundo vive lo que Fernando Mires ha llamado “la revolución que nadie soñó”. Una revolución multidimensional sin precedentes. La innovación microelectrónica no es más que el núcleo de una transformación total, cuyas proporciones y efectos últimos son aún imprevisibles. La microelectrónica no es más que el símbolo de una catarata de otras tecnologías que han revolucionado

el contexto político, cultural, ecológico, de género y ocupacional de nuestro tiempo. Ya no es la industria la que impone su dominio sobre las actividades económicas sino la informática y a través de ella la innovación, el conocimiento, la información y la comunicación (Mires, 2009; Semo, 2003, pp. 43-48).

El “pensamiento único” expresión ideológica de las fuerzas conservadoras de nuestro tiempo, llegó a México en medio de tempestades financieras y económicas y no es fácil encontrar en los treinta años que lleva de instaurado, un periodo claro de auge como en los dos casos anteriores, sobre todo, los logros fundacionales del Porfiriato.

Sin embargo, la estructura de la economía se modificó sustancialmente. El modelo de sustitución de importaciones fue remplazado por una apertura comercial y financiera brusca y expansiva. Se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte [TLCAN], y se abrieron las puertas irrestrictamente a la inversión extranjera. Se redujo el Estado a su mínima expresión, privatizando casi todas sus empresas y desregulando los mercados. Hubo un proceso de desindustrialización y expansión de la maquila. Se privatizó la banca y se dio fin a la reforma agraria, abriendo la puerta a la privatización de los ejidos. La economía informal adquirió un carácter estructural, probando que la demanda decreciente de trabajo en la producción se ha transformado en un excedente alucinante de trabajadores. Como en los dos anteriores, el siglo XVIII y el XIX, ha habido una concentración aguda del ingreso y una reducción del nivel de vida en muchos sectores populares. El desempleo y el subempleo afectan a un tercio de la población económicamente activa.¹² Al mismo tiempo, ha aparecido una nueva clase media ocupada en los servicios y estimulada por el crédito al consumo.

Sin duda ha habido avances, como el saneamiento de las finanzas públicas, la estabilidad macroeconómica, el crecimiento de las exportaciones de productos elaborados, el crédito para el consumo y

¹² Véase Ávila, 2006.

los incrementos en la esperanza de vida. En los años noventa, el país pareció marchar firmemente en la legislación y en las prácticas por el camino de la democratización. La tesis de la “transición democrática” se hizo cada vez más popular entre los intelectuales. Tal parecía que lo único que quedaba a discutir era el cómo, cuándo y dónde se daba cada paso en la culminación del proceso.¹³ Hoy el panorama es mucho más oscuro. Dos fraudes o la duda masiva dos fraudes electorales, el de 1988 y el de 2006; el distanciamiento de la clase política de los grandes problemas nacionales; los constantes conflictos electorales locales; el crecimiento del crimen organizado, fundamentalmente el narcotráfico. La presencia prolongada del ejército en las calles de las ciudades y las aldeas del país, el aumento de la violencia que llega a cifras que permiten hablar de un “estado fallido” y, para rematar, la grave crisis económica que se ha iniciado en el año 2008 y cuyo desarrollo —indisolublemente ligado al de Estados Unidos— es imprevisible, reúne todos los elementos de un fin de ciclo aciago.

Vivimos una época en que las élites dominantes están ocupadas en la deconstrucción de la obra y de la ideología de las revoluciones mexicanas: ¿soberanía, independencia, nacionalismo, política exterior independiente, reforma agraria, industrialización, estado social con papel importante en la economía? Categorías esenciales ligadas indisolublemente a las dos revoluciones que son combatidas abierta u ocultamente. Hoy en día, de mil maneras diferentes, son negadas. Según estas élites las llaves al México contemporáneo y futuro serían: *el libre mercado, el individuo emprendedor, la empresa eficiente, la competitividad, el equilibrio macroeconómico y el compromiso del TLCAN*, que nos subordina históricamente a Estados Unidos. El destino personal se forja siguiendo los intereses individuales que son recompensados por el mercado, en la medida en que se observan sus mandatos. En lo político, el neoliberalismo mexicano se inspira en el modelo norteamericano. Tiende a dividir, corromper o aplastar todas las organizaciones populares, para elevar al ciudadano individual

¹³ Véase Cansino, 2000.

a la condición de único sujeto político válido. Tomando como base los últimos tres decenios, diríamos que, una vez más, como a principios de los siglos XIX y XX, nos encontramos en el intervalo de la decadencia de lo viejo y la formación de una sociedad nueva que es necesariamente un periodo de incertidumbre, confusión y de polarización social en el cual muchas cosas imprevistas pueden suceder.

Lo viejo —hasta 1981— es el dominio de una oligarquía política que se erige en árbitro entre las clases a través del dominio del Estado y un sistema autoritario de partido único, el PRI. Una estabilidad fundada en el crecimiento económico a la vez que el mantenimiento de las agudas diferencias sociales y la represión cíclica de los movimientos populares. La búsqueda de una unidad nacional ficticia en la ideología de una Revolución mexicana eternamente vigente. Un sistema de educación pública que avanza pero que al final se estanca cualitativamente. La dependencia moderada por la política de sustitución de importaciones y la fuerza de un Estado con bastante legitimidad. La corrupción clientelar a través de la política. La ideología se desdobra en esperanzas de mejorar, sirviendo al régimen o, en el caso de la oposición, sustituyéndolo revolucionariamente por otro mejor.

Lo nuevo es el dominio de una nueva oligarquía empresarial-política, la reducción de la participación del Estado en la economía y la sociedad y la expansión voraz del mercado en todas las esferas, los gobiernos de derecha del PAN, el sistema de partidos múltiples basado en el tripartidismo, el dominio de los poderes fácticos —entre los cuales destacan los monopolios, las compañías que dominan la televisión y las grandes mafias del crimen organizado—, el estancamiento económico de larga duración pese a los cambios estructurales, la emigración masiva y crónica a Estados Unidos, el intento de sustituir las universidades públicas por instituciones de educación privadas y el deterioro acelerado de la educación pública básica y media. La derechización de la vida cultural y política. La corrupción de tipo empresarial que se apodera de la política. El TLC como un grado mayor de dependencia y últimamente el desencanto paulatino

con una democracia que no ha significado mayor igualdad ni en lo político ni en lo económico.

Lo viejo está desgastado, pero no muerto, lo nuevo no logra imponerse y recurre al ejército que está en las calles de México desde hace cuatro años sin poder lograr la seguridad de los ciudadanos ni el prestigio del gobierno. Ninguno de los dos, ni lo viejo ni lo nuevo son una solución eficaz y humana o por lo menos deseable, es decir capaz de motivar esperanzas en las grandes mayorías y sobre todo para los siete millones de *ninis*.¹⁴ El péndulo que va de lo viejo a lo nuevo recorre el camino que separa al PRI del PAN y viceversa.

Prognosis

¿Qué posible desenlace podemos prever desde el mirador del año 2010? En la historia de México se han experimentado fundamentalmente dos vías diferentes para llegar a esa modernidad que perpetuamente se nos escapa. Una es la que podemos llamar *modernización desde arriba o modernización pasiva* y la otra es la revolución. Las reformas borbónicas se propusieron crear la ilusión de que el Antiguo Régimen podía ser reformado por la Corona española. El positivismo “científico” porfiriano adoptó la idea de que se podía acceder a la modernidad sin mejorar las condiciones del pueblo ni dejarlo participar en las lides políticas. Las medidas implementadas por los tecnócratas neoliberales del México actual son: 1) Sustitución del sistema mixto de la economía por un sistema basado en el libre mercado; 2) Equilibrio macroeconómico; 3) Desregulación del sector financiero; 4) Liberalización del comercio exterior; 5) Amplia apertura de la economía a la inversión extranjera directa; 6) Privatizaciones del sector público; 7) Privilegios al sector privado y suspensión de los subsidios favorables a las mayorías; 8) Sistema político multipartidista;

¹⁴ *Ninis* o *ninís* es un término que se acuñó para nombrar a los niños y jóvenes que *ni* estudian *ni* trabajan.

9) Abandono de la ideología del nacionalismo revolucionario y adopción de una ideología neoliberal; 10) Reforma a la Ley del Trabajo, nulificando las ventajas adquiridas por los trabajadores; 11) Sustitución clasista de la educación pública por la educación privada; 12) Restitución paulatina de la intervención de la Iglesia en la política; 13) A partir de 2006, el ejército ha sido sacado a la calle con el objetivo explícito de la lucha contra el narcotráfico pero a principios de abril de 2010 el secretario de la Defensa Guillermo Galván Galván anunció que el ejército se quedaría otros cinco o diez años y que necesitaba una legislación excepcional. Estas son las medidas principales adoptadas por los gobiernos neoliberales.

Hay muchas coincidencias de esa política con la que privaba en la época porfiriana. Como los dos anteriores intentos de modernización desde arriba, el ciclo actual está terminando con una crisis multidimensional. Igual que en el pasado, las desigualdades han aumentado y la pobreza sigue siendo la condición de un 60% de los mexicanos. Pero muchos de los rasgos de los primeros dos fines de siglo no están presentes. La oligarquía empresarial-política de hoy no está dividida. Existe una democracia incipiente que permite una participación mayor de sectores subalternos en las tomas de decisión. Una política focalizada de ayuda social dirigida a los núcleos “peligrosos”. La actitud de la nueva clase media es favorable al estado actual de las cosas. En lo internacional hay un dominio muy amplio de las fuerzas reaccionarias. Es importante también la presencia de fuerzas religiosas fundamentalistas. La época no ha producido más revoluciones que las de Europa oriental y estas han sido de un sentido muy ambiguo. A diferencia de finales de los siglos XVIII y XIX no existe en el mundo una época y un espíritu revolucionario, al contrario, predomina la reacción. Los virajes a la izquierda en América Latina se inician con una victoria electoral. Sabemos que en los dos primeros casos esta situación desembocó en revoluciones sociales. Consideramos que el desenlace del ciclo actual, en un término de veinte años, tiene dos alternativas de una probabilidad casi igual.

La primera tendencia que nuestro análisis señala para el futuro a mediano plazo (diez o veinte años) se deriva de los resultados, los éxitos y sobre todo los fracasos de la modernización actual. Supone una continuación en la misma vía que la seguida durante los años 1982-2010. Los resultados apuntan hacia una decadencia más o menos prolongada, en vista de que no se ha definido una élite capaz de sustituir a la actual. La decadencia no es un derrumbe, es un proceso de deterioro de la vida nacional, en economía, política y en el tejido moral de la sociedad. Es sobre todo una pérdida de los valores y la capacidad creativa que existió en la primera mitad del siglo XX. Es común que, en una época de decadencia, los dirigentes no sean conscientes de su condición. Sufren de una ceguera que se refugia en el orgullo injustificado. Como diría un poeta de la decadencia china:

El que está de puntillas no está firme:

El que da los pasos más largos no camina más de prisa...

El que se alaba de lo que hará no triunfa en nada;

El que se enorgullece de su obra no hace nada que dure.

(Toynbee, 1977, p. 454)

La decadencia puede durar un largo tiempo, deteriorando el lugar que ocupa la nación en el panorama mundial, manteniéndola al margen de la innovación de vanguardia, obligándola a renunciar paulatinamente a su soberanía. ¿Será por la falta de respuestas creativas de las élites a los retos del cambio en ese fin de siglo XX, como lo sugiere en su famosa teoría Arnold Toynbee? Si fuera así, la decadencia no se debe a los fracasos de las revoluciones, sino a las estelas y resabios de la práctica y la ideología de la derecha en los dos periodos de modernización desde arriba. ¿Si los dos primeros desembocaron en revoluciones por qué no puede el tercero, por falta de un viraje, desembocar en la continuidad? Y nada hace pensar que la continuidad sería ascendente, porque la situación de Estados Unidos es sumamente endeble.

La segunda posibilidad es la de un viraje progresista que se oriente hacia un modelo de desarrollo capitalista idóneo a las necesidades de México: más independiente, innovador y humano. Un gobierno cuya fuerza sea la legitimidad. Para ello se necesitaría que tenga metas de desarrollo nacional a largo plazo, un compromiso fuerte con la mayoría del pueblo. Un gobierno que negocie, desde posiciones de reciedumbre, su relación con Estados Unidos en el TLCAN y diversifique sus relaciones exteriores con los otros grandes centros de la economía mundial. Es imprescindible también una activación del pueblo que se traduzca en rupturas sociales con la línea de desarrollo vigente. El concepto de *ruptura social* se refiere a uno o varios movimientos amplios y drásticos de presión. Puede tomar muchas formas diferentes: disturbios inconexos en muchas partes del país; resistencias civiles masivas antes y después de una victoria electoral de izquierda; movimientos de movilización ciudadana en favor de la política del nuevo gobierno. En nuestro país si las cosas siguen como ahora, pese a la presencia del ejército en las calles, es posible prever que no basta con una victoria electoral y que las rupturas sociales son inevitables aun cuando sus tiempos son impredecibles. Por ahora (2010) no hay síntomas de la posibilidad de un viraje profundo que interrumpa la deriva hacia la decadencia. Tampoco hay señales de la formación de sujetos capaces de tal cosa en un corto plazo, sujetos que solo pueden provenir de la izquierda social. Hay que considerar que las dos revoluciones anteriores fueron de carácter rural y la clase subordinada más activa fue el campesinado. Hoy México es predominantemente urbano y los campesinos han perdido su relevancia (De Grammont y Tejera, 2002).

La dificultad de esta segunda opción es saber *quién* encabezará el cambio y *cómo* movilizará las fuerzas partidarias de esas transformaciones. No se trata aquí de adivinar quién ganará las elecciones del año en curso o 2012. Tampoco se puede predecir qué será primero en el proceso de cambio: la victoria electoral de las fuerzas de signo progresista o las rupturas sociales. Pero es indudable que el cambio solo vendrá conjugando victorias electorales y movilizaciones populares,

o movilizaciones populares y victorias electorales. Un viraje profundo como el que se necesita para frenar la decadencia, no es materia de una fecha electoral, ni un movimiento local.

Lo que no es una salida probable es una revolución como las que se dieron a principios de los siglos XIX y XX. Después de la caída del mundo del “socialismo real” y de lo que parece la adopción de una vía capitalista por parte de China y Vietnam (¿temporal o definitiva?, no lo sabemos) parece no existir, a mediano plazo, una alternativa clara y viable al capitalismo. Los virajes latinoamericanos a la izquierda han seguido, todos, el modelo de Allende en Chile: es decir, la vía que combina elecciones con movilización social. Y esto es cierto para Argentina, Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia, Ecuador, Venezuela, Nicaragua y El Salvador. Además, sus objetivos, independientemente de los nombres que reciban, no parecen trascender un capitalismo más independiente e igualitario. Solo Cuba ha ido más lejos. Es importante señalar que la movilización de la población por vías extraparlamentarias ha estado presente en todos esos procesos. También es verdad que Estados Unidos no ha intervenido drásticamente. Solo en Venezuela hubo un intento de golpe de estado fallido y más recientemente uno en Honduras, este exitoso. Esto es un argumento más en favor de esa posible tendencia.

En México, aún están frescos los recuerdos de los intentos guerrilleros de los sesenta, setenta, principios de los ochenta, y su derrota. La mayoría de los ciudadanos mexicanos han probado una y otra vez, durante el periodo de 1982-2010, que quieren un cambio, pero en la paz. Los tiempos, decididamente, han cambiado. Las rupturas sociales de hoy no tienen por qué ser como las de ayer. El concepto mismo de revolución debe ser repensado. Los efectos catastróficos de la oposición a ultranza al cambio y de la búsqueda del cambio inmediato por todos los medios posibles debería ser la principal lección aprendida de nuestra historia. La tentación natural es repetir el pasado, el impulso reflexivo es corregirlo y superarlo. A largo plazo los pueblos sí aprenden algunas cosas de la historia.

Muchos ciudadanos, inmersos en el ambiente de decadencia y en la persistencia acumulada de viejos y nuevos problemas se preguntan: ¿Para qué sirvieron las revoluciones? ¿Ha sido el pasado revolucionario una monstruosa sucesión de errores? Contestamos con otra pregunta: ¿Es legítimo que consideremos la crisis actual como resultado de las revoluciones de Independencia, Reforma y de 1910 o bien esta tiene su origen en el apetito insaciable de la derecha por las modernizaciones desde arriba y su incapacidad para tejer pactos sociales con los sectores populares? El espíritu revolucionario, que no está muerto en nuestro pueblo, nos permite esperar que la segunda opción prevalezca.

Bibliografía

- Alamán, Lucas. (1972). *Historia de Méjico*. Tomo 1. México: Jus.
- Alba, Víctor. (1960). *Las ideas sociales contemporáneas en México*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Ávila, José Luis. (2006). La era neoliberal. En E. Semo, *Historia económica de México*. Tomo 6. México: Océano.
- Bairoch, Paul. (1970). *Diagnostic de l'évolution économique du Tiers-monde, 1900-1968*. París: Gauthier-Villars.
- Bairoch, Paul. (1974). *Révolution industrielle et sous-développement*. París: Mouton.
- Brading, David Anthony. (1987). Bourbon Spain and its América empire. En *Colonial Spanish América*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Brading, David Anthony. (1994). *Church and State in Bourbon Mexico: The Diocese of Michoacán, 1749-1810*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Cansino, César. (2000). *La transición mexicana. 1977-2000*. México: Ediciones CEPCOM.
- Canudas, Enrique. (2005). *Las venas de plata en la historia de México. Síntesis de historia económica siglo XIX*. Tomo III. México: Utopía.

D'Olwer, Luis Nicolau. (1965). Las inversiones extranjeras. En V. D. Cosío, *Historia moderna de México. El porfiriato. La vida económica*. México-Buenos Aires: Hermes.

De Grammont, Huber C., y Tejera, Gaona Héctor. (2002). *Neoliberalismo y organización social en el campo mexicano*. México: UNAM-Plaza y Valdés.

Dehouve, Daniel. (1990). *Quand les banquiers étaient des saints. 450 ans de l'histoire économique et sociale d'un province indienne du Mexique*. Francia: Éditions du Centre National de la Recherche Scientifique.

Eisenstadt, Shmuel Noa. (1978). *Revolution and the transformation of societies*. Nueva York: The Free Press.

Fieldhouse, David K. (1992). *Historia universal siglo XXI. Los imperios coloniales desde el siglo XVIII*. México: Siglo XXI.

Gómez, Mónica. (2005). El sistema de emisión mexicano y la crisis de 1907-1908. *Universidad Empresarial Siglo 21 (documento de trabajo de la Asociación Argentina de Economía Política)*. <https://aaep.org.ar/anales/works/works2005/gomez.pdf>

Guerra, Francois-Xavier. (1985). *Le Mexique. De l'ancien régime a la révolution*. París: Publications de la Sorbonne.

Hagopian, Mark N. (1974). *The Phenomenon of Revolution*. Nueva York: Harper y Row Publishers.

Hobsbawm, Eric. (1973). *The Revolutionaries*. Pantheon Books.

Knight, Alian. (1946). *México the colonial era*. Nueva York: Cambridge University Press.

Knight, Alian. (1986). *The Mexican Revolution*. Vol. 1. Cambridge: Cambridge University Press.

Knight, Alian. (2001). Tres crisis de fin de siglo en México. En L. Reina, y E. Servín, *Crisis, Reforma y Revolución*. México: *Historias de fin de siglo*. México: Taurus.

Legislatura de la Cámara de diputados. (1966). *Los presidentes de México ante la nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*. Tomo II. México: XLVI Legislatura de la Cámara de diputados.

- Miranda, José. (1972). *Vida colonial y albores de la independencia*. México.
- Mires, Fernando. (2009). *La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad: la revolución microelectrónica, la revolución feminista, la revolución ecológica, la revolución política, la revolución paradigmática*. Buenos Aires: Libros de Araucaria.
- Mora, José María Luis. (1988). *Obras completas*. Tomo 6. México: Instituto de Investigaciones José María Luis Mora.
- Oñate, Abdiel. (1986). Banca y agricultura en México: la crisis de 1907-1908 y la fundación del primer banco agrícola. En L. Ludlow, y C. Marichal, *Banca y poder en México 1800-1925*. México: Grijalbo.
- Pattie, James. (1905). *Pattie personal Narrative 1824-1830*. Vol. 18. Cleveland: Reuben Gold.
- Pimentel, Francisco. (1995). *Dos obras de Francisco Pimentel*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Arte.
- Reina, Leticia y Servín, Elisa. (2001). *Crisis, Reforma y Revolución. México: Historias de fin de siglo*. México: Taurus.
- Schettino, Macario. (2007). *Cien años de confusión. México en el siglo XX*. México: Taurus.
- Semo, Enrique. (1992). México: de la Ilustración al Liberalismo. En *La responsabilidad del historiador. Homenaje a Moisés González Navarro*. México: Universidad Iberoamericana.
- Semo, Enrique. (2003). *La búsqueda I. La izquierda mexicana en los albores del siglo XXI*. México: Océano.
- Semo, Enrique. (s. f.). *La crisis de 1907*. [Manuscrito inédito].
- Tobler, Hans Werner. (1994). *La Revolución mexicana, transformación social y cambio político 1876-1940*. México: Alianza.
- Toynbee, Arnold J. (1977). *Estudio de la Historia (Compendio de D. C.)*. Vols. I-IV. Madrid: Alianza.
- Tutino, John. (2001). Globalización, autonomías y revoluciones: poder y participación popular en la historia de México. En L. Reina, y E. Servín, *Crisis, Reforma y Revolución. México: Historias de fin de siglo*. México: Taurus.

Villicaña, Ernesto Lemoine (1965). *Morelos, su vida revolucionaria a través de sus escritos y de otros testimonios de la época*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Zea, Leopoldo (1943). *El positivismo en México*. México: El Colegio de México.

III. El florecimiento de la utopía: 1968, una revolución cultural

México-Berlín-Praga*

El carácter del ser humano es tal que el hombre quiere ser gobernado en forma humana, en lugar de ser arrastrado; ser convencido, en lugar de ser forzado, porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios, un ser de razón, libre e independiente. El arte de gobernar está por lo tanto basado en la sabiduría y no en la fuerza, en la prudencia y la previsión, no en el engaño.

J. A. Comenius, educador checoslovaco; escrito en 1668.

En julio de 1968 yo no estaba en México. Hacía ya nueve meses que me encontraba en la República Democrática Alemana, ese experimento de socialismo germano que solo duró cuarenta años. Y, sin embargo, mi presencia ahí no era fortuita, tenía mucho que ver con el 68 mexicano, o más bien con los hechos que lo prepararon.

El 68 tuvo varios ensayos generales en la UNAM. En ellos aprendieron sus papeles muchos de sus actores individuales y colectivos. El 2 de marzo de 1966 se inició una huelga en la Facultad de Derecho.

* *Proceso* No. 664, 1993.

En abril, el movimiento se había extendido como mancha de aceite, adquiriendo un carácter masivo. Tres facultades de la UNAM, todas las escuelas de Derecho, la mayoría de las preparatorias, estudiantes del Politécnico, estaban ya participando con demandas académicas y políticas, la principal de las cuales era la reforma universitaria. Fue en ese movimiento en donde nacieron los comités de lucha y las brigadas volantes de información, que jugarían un papel tan importante en 1968. Muchos de los estudiantes que dos años más tarde participarían en el Comité Nacional de Huelga se formaron en ese movimiento. Tiene razón Javier Barros Sierra cuando sostiene en *Conversaciones con Gastón García Cantú* que ese movimiento fue una expresión de un grave y generalizado descontento estudiantil con la situación de la educación superior, y no simplemente un movimiento contra el rector Ignacio Chávez. En un suplemento de la revista *Historia y Sociedad*, elaborado en la casa de Boris Rosen y Raquel Tibol, con participación de Elí de Gortari y Ramón Ramírez, dijimos lo mismo.

A fines de ese año, y como parte de las luchas por la reforma universitaria, se produjo en la Escuela de Economía un movimiento que se proponía elegir democráticamente al director. Después de prolongados debates, se realizaron las elecciones que, naturalmente, no están previstas en la Ley Orgánica. Estudiantes y profesores pidieron al rector que reconociera los resultados y nombrara director al vencedor. Este procedimiento —que ha sido desde entonces motivo de irritación de más de una administración— se mantiene ya casi treinta años, pese a todas las presiones que contra él se han ejercido.

El vencedor en las elecciones fue José Luis Ceceña Gómez, quien, como se esperaba, no fue reconocido por las autoridades. Como profesor, tanto de ciencias políticas como de economía, participé en ambos movimientos. Además, en aquel entonces era miembro del Comité Central del PCM. La participación de Ceceña en la reforma universitaria no tardó en producir una respuesta de las autoridades, acorde con los tiempos. En la noche del viernes 24 de febrero de 1967, cuando el maestro llegaba en coche a su casa, fue atacado y

secuestrado por ocho jóvenes. Conducido a las afueras de la ciudad, fue brutalmente golpeado, desnudado y abandonado inerte en su automóvil, previamente inutilizado. Los estudiantes de la Escuela protestaron, y la directora Ifigenia Martínez los apoyó. En los siguientes días, Eduardo del Río (Rius) y Raúl Ugalde fueron sometidos al mismo tratamiento.

El 13 de abril me tocó a mí. Al salir de una conferencia en la Sociedad de Amistad con la URSS, fui interceptado por un carro negro, y cuatro individuos intentaron secuestrarme. Ayudado por los comensales de una taquería vecina, logré defenderme y escapar. Desde entonces, el hostigamiento no cesó. Otra noche fui llevado por la fuerza ante Raúl Mendiola Cerecero, subdirector de la policía del DF, quien después de leer los nombres, direcciones, oficios y preferencias de todos los miembros de mi familia, dijo mirándome fijamente: “Estoy seguro de que usted no quiere que les pase algo a sus familiares. No sea irresponsable. No se meta en actividades subversivas”. A mis clases de ciencias políticas comenzaron a asistir dos policías de civil, y mis hijos fueron amenazados varias veces en la calle. En medio de la relativa normalidad en que vivía la gran mayoría de los defeños en 1966, las persecuciones producían una profunda sensación de marginación y aislamiento.

En septiembre de 1967, decidí aceptar una vieja invitación para estudiar un doctorado en la RDA, sin sospechar lo que sucedería diez meses más tarde.

Así, el 68 me alcanzó en Europa, en donde los hilos de México habían de cruzarse con los del Viejo Continente. En Berlín tuve que tomar las mismas decisiones que los intelectuales estaban tomando en la Ciudad de México.

No tardé en darme cuenta de los serios problemas de legitimidad de los gobiernos socialistas, del creciente cinismo de muchos de sus cuadros, del ambiente opresivo en que se desenvolvía la vida cotidiana. En encuentros con funcionarios, comencé a manifestarles francamente mis opiniones, lo que no me hizo muy popular. Sin embargo, por ser representante del PCM, siempre me trataron con consideración.

Mis impresiones sobre la RDA se confirmaron pronto en Checoslovaquia. El problema no era de uno de los países, sino del sistema en su conjunto. A finales de 1967 y principios de 1968, la *Revista Internacional* organizó en Praga una serie de encuentros sobre la integración económica en América Latina, a los cuales fui invitado. Durante mis cuatro estancias en esa ciudad, platiqué extensamente con los estudiantes mexicanos que vivían ahí. Todos, sin excepción, me pintaron imágenes deprimentes sobre la situación política. Más tarde habían de declararse partidarios entusiastas de la Primavera de Praga. Recuerdo aún las palabras de una médica mexicana que proseguía estudios de especialización:

Entre los estudiantes, los miembros del Partido Comunista checo se portan como miembros de una organización ilegal. Cuando llegan a reuniones sociales, se ven obligados a quitarse el emblema que llevan obligatoriamente en el ojal, para evitar las burlas y las pullas. Tolerado y obedecido, porque no hay de otra, el partido carece totalmente de autoridad moral en la universidad.

La Primavera de Praga nació en pleno invierno, en la reunión del Comité Central, del 3 al 5 de enero de 1968, en la cual Novothy renunció y Alexander Dubcek fue elegido en su lugar primer secretario del partido. Poco después, los nuevos dirigentes anunciaron una “nueva política” de reformas democráticas moderadas. En marzo, los ciudadanos entraron en acción y se produjo un auge sin precedente de discusión y participación política. Organizaciones inferiores del partido comenzaron a tomar sus propias decisiones, y los dirigentes se vieron empujados hacia una línea de acción mucho más radical de la que se habían propuesto al principio. Se abolió la censura, y la prensa, la radio y la televisión se transformaron en un inmenso foro en el cual comenzaron a discutirse temas silenciados durante veinte años. La Primavera de Praga estaba en marcha. A mis ojos, lo que sucedía en la patria de Kafka era la alternativa tanto tiempo esperada: un socialismo “con cara humana”. La prensa oficial de la RDA pasó rápidamente de la frialdad a la hostilidad. En mayo, el gobierno de la

RDA, miembro del Pacto de Varsovia, presionaba abiertamente a los líderes checos para que renunciaran a las reformas.

En ese mismo mes, apareció París. Mientras las noticias de México llegaban a cuentagotas, a girones, tarde y deformadas, los medios de difusión de Berlín Occidental transmitían día y noche, en vivo, las imágenes y noticias de Checoslovaquia, París, Italia... De lo que pasó en México el 26 de julio, me enteré el 9 de agosto, y no fue sino hasta finales de ese mes cuando capté en su plenitud la importancia de la novedad del movimiento. Mientras tanto, en Europa, los movimientos llegaban a su culminación, acallando, para los que nos encontrábamos ahí, el estruendo de los sucesos de México.

Sin advertencia alguna, durante la noche del 20 al 21 de agosto, las fuerzas armadas de los “cinco” miembros del Pacto de Varsovia entraron a Checoslovaquia, cruzando cuatro de sus fronteras. Después de medianoche, decenas de gigantescos transportes aéreos aterrizaron en el aeropuerto de Praga. De sus entrañas comenzaron a fluir regimientos enteros, que ocuparon la capital de acuerdo con un plan previamente trazado con una exactitud espeluznante. Un ambiente de histeria bélica cayó sobre ambas Alemanias.

En la Universidad Humboldt, muchos estudiantes y profesores se oponían a la intervención, pero los pocos que hicieron públicas sus opiniones fueron rápidamente transferidos a otras instituciones o bien mandados a trabajar a las fábricas. La mayoría no se atrevió a expresar su opinión. Para mí también la hora de la verdad había llegado. Yo apoyaba íntegramente a Dubcek y sabía que tendría que tomar pronto una posición pública. El 27 de agosto, un miembro del Comité Central del Partido Socialista Uniformado me hizo saber que deseaba conversar conmigo. Después de hacerme algunas preguntas sobre la situación en México, entró en materia. Según él, las reformas implementadas por el gobierno checoslovaco ponían en peligro el socialismo en ese país. El gobierno había perdido el control, y los partidarios de la restauración capitalista estaban ganando la partida. Además, me dijo, Alemania Occidental, con el apoyo de los Estados Unidos, estaba ya preparando una intervención directa en

Checoslovaquia. No había quedado más remedio que intervenir militarmente. Y luego, por primera vez, oí la “doctrina Brejnev”: La salvaguarda del socialismo estaba por encima de la soberanía de cada uno de los países del campo socialista.

Le dije que no compartía su opinión. Las reformas de la Primavera de Praga no debilitaban, sino fortalecían al socialismo. El gobierno de Dubcek gozaba de una gran popularidad. La posibilidad de una intervención armada de la República Federal Alemana era un invento absurdo. “¿Crees que estás mejor informado que nosotros?”, me dijo molesto. “No —le respondí—, en lo que diferimos es en la interpretación de los hechos. El socialismo necesita democratizarse, exige más libertad. Postergar las reformas tendrá consecuencias funestas para todos. Se ha perdido una gran oportunidad para renovar el socialismo”. Siguió una larga y agria discusión. Me despedí pensando que ahora todo podía suceder y que debía prepararme para asumir plenamente la responsabilidad de mis opiniones y mis actos. Sin embargo, no tomaron medida alguna contra mí.

En los días que siguieron, el teléfono subterráneo que circulaba las noticias prohibidas en la Universidad Humboldt de Berlín Oriental transmitió la conversación. Para mi sorpresa, varios adustos profesores, que jamás me habían saludado, se acercaban para sacudirme la mano y decirme con una gran sonrisa: “Señor profesor Semo, este es un hermoso día, es un gusto tenerlo entre nosotros”.

Sus raíces profundas*

De vez en cuando la sociedad moderna se ha visto estremecida por convulsiones internacionales que en todo el mundo cuestionan su razón de ser, su pasado y su futuro. 1848... La primavera de los pueblos de Europa. 1910-1919, la ola de revoluciones en los países periféricos: 1910, México; 1911, China; 1917, Rusia; 1918, Hungría y Alemania; 1919, Turquía... Y luego la gran ola de movimientos de 1967-1969 da la vuelta al mundo portando un inmenso signo de interrogación.

Preocupados por establecer las raíces nacionales de un movimiento que en su tiempo fue acusado de ser obra de la CIA o del Comunismo, olvidamos frecuentemente la dimensión internacional de los sucesos de 1968 en México. Y, sin embargo, algunos de sus significados solo se vuelven inteligibles si los consideramos en su más amplio contexto. Lo de 1968 fue una revolución mundial. No solo hubo el Mayo francés, la Primavera de Praga y el Julio mexicano. Las acciones comenzaron en Berlín Occidental, en junio de 1967, cuando el asesinato del estudiante Benno Ohnesorg por la policía provocó una ola de manifestaciones que se propagaron rápidamente a toda la República Federal de Alemania. En octubre del mismo año, protestando

* Texto inédito, 2018.

por la guerra de Vietnam y exigiendo la ampliación de los derechos civiles, cien mil estudiantes estadounidenses llegaron a las escalinatas del Pentágono, y en esos mismos días se iniciaron las grandes huelgas en las universidades italianas que duraron más de cinco meses. Luego, el movimiento prendió en todo el mundo, desde Varsovia hasta Tokio, y de Pekín a Londres. Cuando los estudiantes mexicanos se lanzaron a la calle, la revolución cumplía ya un año de edad.

Alimentados por la labor aún insuficientemente censurada de los medios de difusión masiva, ejemplos, patrones de conducta, valores y esperanzas dieron la vuelta al mundo. Los estudiantes mexicanos se movieron inspirados no solo por las realidades de nuestro país sino también por las de otras latitudes. En su tiempo, Revueltas, Fuentes, Paz y muchos otros comprendieron el carácter universal del fenómeno. Si bien en México, como en todos los demás países, la ola rebelde tomó formas diferentes y planteó demandas propias, el ambiente en que se movía era universal y algunas de sus propias aportaciones y aspiraciones dieron la vuelta al mundo. Los estudiantes mexicanos fueron inspirados e inspiradores del movimiento mundial.

En todos lados hubo deseos de paz, antimperialismo y reforma universitaria. Pero sin duda el impulso más profundo, y quizá el más generalizado, fue el afán de democracia y de participación; la afirmación de la soberanía individual y popular frente al Estado; el rechazo a las autoridades establecidas. “Prohibido prohibir”, decía el lema parisino; “Nosotros somos la gente contra la cual nuestros padres nos previnieron”, afirmaba un estudiante estadounidense. Y la estudiante italiana Elsa Gili escribía:

[...] teníamos la idea de que la revolución social tenía que comenzar con la vida cotidiana. Debíamos comenzar con los pequeños e inaguantables aspectos, como llevar una corbata o maquillaje; con hacer nuestras relaciones diferentes de las existentes ahora. Había que comenzar por tomar de nuevo las cosas en nuestras manos, apropiarnos de lo que nos había sido expropiado.

Las demandas oficiales del movimiento mexicano de 1968 pertenecen, todas, al campo de los derechos ciudadanos: libertad de los presos políticos; extinción del cuerpo represivo de los granaderos; eliminación del delito de disolución social, utilizado para reprimir toda oposición política; indemnización a las víctimas de la represión, y deslinde de responsabilidades en los excesos en el uso de la fuerza represiva. Sin embargo, ellos son solo un pálido reflejo de la profundidad y diversidad de los impulsos antiautoritarios presentes en el movimiento. Fueron más bien un testimonio lacónico de la inmensa riqueza del movimiento: Igualdad de géneros, cuestionamiento de la familia patriarcal, de la autoridad de profesores y políticos; explosión de un arte crítico y afín al espíritu de la juventud rebelde del mundo. Dimensiones que hasta hoy son poco conocidos del más grande de nuestros movimientos estudiantiles.

Para descubrirlos, es necesario hurgar en todas las manifestaciones culturales y políticas que lo acompañaron y sucedieron. En la alegría desbordante por el “principio de la autoridad” vulnerado (“¡No que no, sí que sí, ya volvimos a salir!”); la oposición violenta a los arreglos palaciegos (“¡Que la negociación con el gobierno sea pública y abierta a la prensa y a la televisión!”); las interminables discusiones sobre procedimiento en las asambleas universitarias, verdaderas escuelas de democracia; la autogestión académica propugnada por el Comité de Filosofía y Letras y Revueltas; los cogobiernos erigidos por mis compañeros de las escuelas de Economía, Ciencias y Arquitectura que más tarde prendieron en otras Universidades. Están, por fin, en la rebelión contra los padres y la elaboración de un discurso juvenil propio e irreverente, enfrentado a los tabúes establecidos; en el “arte en las calles”, y en el entusiasmo de los admiradores de los Beatles, de Bob Dylan, el bardo de la rebelión juvenil, y de los Rolling Stones. Ese afán de autoexpresión, de participación, de respeto a los derechos individuales, de rechazo a las autoridades establecidas, estuvo presente también en París y en Berlín, en Estados Unidos y en Italia, en Polonia y en Checoslovaquia. ¿Revolución derrotada? En ningún lugar consiguió (ni lo pretendía) el poder político. Pero el mundo no fue, después, el mismo.

El 2 de octubre, página de una agenda aún vigente*

¡Alto, asesinos; así no se gobierna!

(Cartel de 1968.)

¿Tlatelolco?

Pero si siempre ha sido un moridero.

(Francisca Ávila de Contreras, de 80 años, entrevistada por Elena Poniatowska).

Los asesinatos del 2 de octubre fueron cometidos para preservar los símbolos de un Estado que se rige no por las leyes sino por los mitos intocables de la autoridad. La legislación mexicana garantiza los derechos civiles, pero su sistema político vive con un pie en ella y otro en la ilegalidad. En México quien más viola la ley es el Estado, y la herencia colonial más persistente es el precepto: “se obedece, pero no se cumple”. Por eso frecuentemente los ciudadanos tienen que rebelarse para garantizar la vigencia de una ley que ha sido abandonada por su supuesto guardián. En 1968 eran los derechos de expresión y manifestación; hoy es el respeto al voto.

* Texto inédito.

La matanza de Tlatelolco no fue un momento aislado sino un episodio más, extraordinariamente sangriento, de una cadena de represiones que se extendió a lo largo de la década de los sesenta y la primera mitad de la siguiente. En ese período de relativa bonanza económica, lo que provocaba la violencia oficial no eran las demandas sociales —generalmente bastante moderadas— sino la pretensión de hacer uso de los derechos de asociación y manifestación al margen de las organizaciones y partidos tolerados. Hoy, los espacios se han ampliado, pero la exigencia de respeto al voto provoca reacciones similares. Testigos mudos son los ciento sesenta muertos del Partido de la Revolución Democrática, la persecución de obreros huelguistas y campesinos que protestan, el hostigamiento a políticos de la oposición. Por eso 1968 no es aún pasado sino la hoja de una agenda todavía actual.

El libro-testimonio de Elena Poniatowska *La Noche de Tlatelolco* es un clásico, porque capta como ningún otro el ambiente amenazador en el cual se movieron los estudiantes durante los cinco meses del movimiento. Los participantes más experimentados preveían la represión. En todas las entrevistas hechas a dirigentes y activistas desde el mes de julio, impresiona la certidumbre —derivada del ambiente y experiencias anteriores— de la probabilidad, la inminencia, casi la inevitabilidad de la represión generalizada. “Desde un principio tuvimos una conciencia más o menos clara de lo que iba a suceder. La represión, las detenciones masivas, las macanizas no se hicieron esperar” (Luis González de Alba).

Al marchar por las calles como lo hicimos, en cierta forma vengábamos a todos los estudiantes de provincia que fueron reprimidos antes que nos tocara a nosotros; a los estudiantes de Puebla, de Tabasco, de Chihuahua, de Sinaloa, de Guerrero, de Sonora y, en cierto modo, los atropellos cometidos en Morelia, en Hermosillo, en Monterrey. (Ernesto Hernández, de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México)

El 22 de agosto apuntaba José Revueltas:

La represión abierta, total, no es probable ni posible antes del 1 de septiembre... Pero sí es probable una represión indirecta, un “terror blanco” [...] a fin de crear una insoportable situación de desorden, inseguridad y caos que justificará al presidente para pedir el 1 de septiembre facultades extraordinarias. Así, el 1 de septiembre por la tarde, apenas terminará el informe, la Universidad, el Politécnico, Chapingo y las normales serán ocupadas legalmente por el ejército.

Surgido para combatir la represión, el movimiento se sabía reprimible, pero nadie imaginó la magnitud que podía adquirir: “preveíamos los cocolazos, las detenciones masivas, estábamos preparados para la cárcel; bueno, más o menos; pero no previmos la muerte” (Gilberto Guevara Niebla).

El movimiento estudiantil fue muy heterogéneo. Probablemente sea cierto que, al principio, en las huelgas de la Universidad Iberoamericana, del Tecnológico y de El Colegio de México, hubo más rebelión contra la autoridad familiar y académica que oposición al Estado. No hay duda de que, en los primeros días, la mayoría de los estudiantes del Politécnico solo querían lograr las seis demandas. Pero también es verdad que desde el principio estuvieron presentes muchos veteranos de los movimientos estudiantiles que desde 1962 venían sacudiendo ininterrumpidamente al país y que varias facultades estaban ya muy politizadas. Tres meses antes del estallido, los estudiantes que participaban en la “Marcha de la Libertad” en el centro de la República habían sido dispersados por el ejército, y en Ciencias Políticas y en Economía —en las cuales yo enseñaba— había ya importantes movimientos políticos. Pero indudablemente que, luego, el movimiento, el Comité Nacional de Huelga [CNH], las asambleas y, sobre todo, las brigadas se convirtieron en una inmensa escuela política que había de marcar indeleblemente a una generación.

La represión y la intransigencia del gobierno fueron terreno fértil para la prédica de la izquierda. A medida que la represión aumentaba, la fiesta se transformaba en resolución sombría. “Los acontecimientos de julio nos han enseñado más que todo lo que pudiéramos haber

aprendido en las aulas”, decía la respuesta del CNH al informe de Díaz Ordaz del 1 de septiembre, en el cual les había dedicado todo un apartado. Y el contrapunteo entre el “teórico” y el “práctico”, del cuento de Moisés y Daniel Olivares (Hoy Maestro: Ayer Joven del 68), es seguramente un retrato fiel de la difusión acelerada de la nueva conciencia política que tanto influiría en la vida del país en los siguientes años.

El primer estudio importante sobre el movimiento fue terminado en febrero de 1969, cuando todavía resonaban los ecos de la Noche de Tlatelolco, y su autor fue el ya desaparecido Ramón Ramírez Gómez, profesor comunista de la Escuela de Economía y fundador del Seminario de El Capital. Los dos tomos de El Movimiento Estudiantil de México; julio-diciembre de 1968, cuentan, además de una parte analítica, con una amplia cronología y una recopilación de documentos que los transformaron rápidamente en una importante fuente de información. De la lectura de desplegados, manifiestos y cartas públicas, del discurso atropellado de un movimiento en proceso de definición, se desprenden los perfiles políticos del momento.

Todos coincidimos en que el de 1968 fue un movimiento por la democracia. ¿Pero qué tipo de democracia? ¿Una democracia liberal o una democracia revolucionaria, como la de la revolución francesa? Uno de los rasgos del discurso de los estudiantes es la debilidad de los reclamos electorales y parlamentarios. No pidieron el voto desde los 18 años (que fue otorgado más adelante sin efectos visibles) ni exigieron insistentemente el respeto al voto. Nadie pensó en la confluencia del movimiento con un partido político determinado. Tampoco se les ocurrió dirigirse a los partidos registrados ni a los diputados que en su inmensa mayoría apoyaron la política de Díaz Ordaz. Pidieron, en cambio, dialogar públicamente con el presidente, y muy pronto atacaron abiertamente los mitos del sistema político establecido y exigieron cambios radicales.

A escasos quince días del 26 de julio circulaban ya los primeros análisis sobre “el carácter del movimiento estudiantil”. El de Ciencias Políticas planteaba la imposibilidad de reformar al Estado, “que era reaccionario en toda la línea”; la inutilidad de la derogación del artículo

145 y la disolución del cuerpo de granaderos, y la necesidad de elevar el nivel de la lucha estudiantil para que adquiriera un “carácter de lucha de clases”. El documento de los comités de Filosofía y Economía señalaba el carácter revolucionario de las luchas democráticas y pedía elevar paulatinamente las demandas de la simple protesta y la libertad de los estudiantes a los intereses de las mayorías y la libertad de todos. Criticando el sectarismo, decía que los alcances del movimiento solo podían ser determinados por la dinámica de este.

Pero el más indicativo es un documento del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras, aprobado el 23 de agosto. Su importancia está en que tuvo una influencia decisiva en la respuesta del Comité Nacional de Huelga al informe de presidente del 1 de septiembre. En él se afirma que el movimiento tiene una bandera y objetivos muy precisos: la lucha contra la opresión política y la defensa del derecho a la participación democrática de todos los sectores de la población.

Nuestro movimiento [dice el escrito] no es una algarada estudiantil más; esto deben comprenderlo muy bien las viejas generaciones cuyas mentes se obstinan en querer ajustar las nuevas realidades a los viejos esquemas obsoletos de su ‘Revolución mexicana’, de su ‘régimen constitucional’, de su ‘sistema de garantías’ y otros conceptos vacíos, engañosos, de contenido opuesto a lo que expresan y destinados a mantener y perfeccionar la enajenación colectiva de México, a la hipocresía social y la mentira que caracterizan al régimen imperante. [...] Nuestra lucha es por una sociedad nueva, libre y justa, en la cual se pueda pensar, trabajar, crear, sin humillaciones, sobresaltos, angustias y mediatizaciones de toda especie.

Y termina con el lema: “somos una revolución. Esta es nuestra bandera”.

¿Manifiesto estridente de un pequeño grupo vanguardista o expresión fiel de los sentimientos de la mayoría? Todo indica que un mes después de iniciado el movimiento, decenas de miles de estudiantes compartían su indignación y su radicalismo. En todo caso, así lo sintieron los miembros del CNH que redactaron la “Respuesta”, puesto

que copiaron de él frases enteras. Además, en las marchas, la figura del Che eclipsaba a todas las demás, y la que le seguía era la del tío Ho. Zapata era bien considerado, pero no era tan frecuente, porque “había sido ya apropiado por la burguesía”, y cuando el CNH dio el orden de que, en respuesta de la acusación de extranjerismo, se portaran también efigies de Carranza (por lo de la Constitución), fue difícil encontrar quién las cargara. Lo que los estudiantes leían no eran las obras de Locke, Rousseau o Isaiah Berlin sino las del Che, Lenin y Marcuse. Y su solidaridad iba dirigida más hacia Cuba y Vietnam (Los Pobres de la Tierra) que hacia los estudiantes de Berlín o de París.

El escenario principal de la radicalización fue la práctica cotidiana en la cual miles de brigadistas y “comités de defensa” tomaban y ejecutaban decisiones audaces.

Lo que perseguía la mayoría estudiantil no era una revolución socialista o de liberación nacional, en el sentido que se daba a esas palabras en aquel entonces, y los programas tradicionales de los grupos marxistas-leninistas no prendieron en el movimiento. En su excelente libro México, una Democracia Utópica, Sergio Zermeño relata cómo en el Comité Nacional de Huelga, organismo eminentemente democrático y representativo, los sectores de la izquierda tradicional fueron rápidamente rebasados por “estudiantes que cobraban conciencia de su capacidad de dirección en los primeros días de las movilizaciones, y muchos de ellos fueron los representantes del ‘gran sector radical joven’ que durante un tiempo fue el predominante”.

Lo de 1968 fue, sobre todo, una revolución antiautoritaria, democrática, libertaria, muy moderna, llena de presagios que la izquierda solo supo leer parcialmente. Su radicalismo estaba en la acción y sus lemas hubieran bien podido ser *Liberté, Egalité, Fraternité*.

La mirada de un historiador*

2 de octubre no se olvida y 1968 menos aún. Pero hoy no los invito a conmemorar este gran instante de nuestra historia —cosa que ya hemos hecho—, sino a pensarlo, historiarlo, echar una mirada crítica sobre un suceso que ha sido en buena parte, mistificado. El 68 no fue un rayo en noche de verano, un momento aislado de la historia nacional y mundial. Fue por lo contrario un momento de deslumbrante luz que nos ayuda a comprender la compleja historia de la larga década de los sesentas y muchas cosas del presente. Los invito a plantear preguntas básicas que nos permitan acercarnos a las grandes verdades que necesitamos entender para proseguir el camino señalado en el 68 nacional y mundial. Es decir, el camino de cambiar el mundo que fue en última instancia lo que el 68 representó. Un momento universal en la idea de que un mundo mejor es posible. Como dice Ezra Pound en un momento de lucidez “uno de los placeres de la edad madura es descubrir que se tenía razón y que incluso se tenía más razón de lo que uno sabía, digamos a la edad de 17”.

1. En su momento inicial, el 26 de julio de 1968, el movimiento tuvo dos vertientes que expresan ambos, estados de ánimo diferentes del estudiantado universitario. En ese día dos manifestaciones partían,

* 30 de octubre de 2018.

una desde el Politécnico para protestar por la violencia de la policía contra estudiantes de las vocacionales. Salía desde un campus para llegar al Zócalo. Otra marchaba desde la UNAM conmemorando el quince aniversario del ataque de Fidel Castro a los cuarteles de la Mocada, el 26 de julio de 1953, el suceso que desencadenó la revolución cubana. También se expresaba, contra la intervención de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Así pues, el movimiento tuvo desde el inicio dos objetivos muy diferentes: uno nacional y otro internacional, la protesta contra la represión violenta del Estado y la solidaridad con la revolución cubana y la resistencia vietnamita, que auguraban la posibilidad de un nuevo mundo. Las dos manifestaciones se encontraron en las calles que rodeaban la Plaza de la Constitución en donde los esperaban trescientos granaderos para reprimirlos. La solidaridad Poli UNAM se forjó en la resistencia de los estudiantes de las dos manifestaciones y la protección que les daban pasantes y comerciantes del lugar.

2. Tres días de intensas luchas siguieron al choque del 26 de julio, culminando en el ataque de la policía y el ejército con el famoso bazucazo a la preparatoria de la UNAM en julio 29. Después de destruir las puertas barrocas de San Idelfonso, las fuerzas militares y granaderas entraron a la escuela persiguiendo y golpeando, detuvieron a 126 estudiantes y confiscaron, según sus declaraciones a la prensa, diez botellas de coctel molotov, cinco botellas de ácido nítrico, dos bidones de gasolina y una caja con propaganda del Partido Comunista de México. La represión e incluso el asesinato de estudiantes no se limita al 2 de octubre, sino que estuvo presente constantemente desde el primer momento de las protestas estudiantiles, es decir durante 68 días. Los 68 días de 1968. *Ya antes del 2 de octubre había una lista de estudiantes muertos, presos o desaparecidos en constante crecimiento.* Los estudiantes no fueron los únicos reprimidos, desde el 26 de julio la policía ocupó los locales del Partido Comunista de México y más de un tercio de sus dirigentes fueron lanzados a la cárcel. Después del 2 de octubre siguió un largo periodo de guerra sucia hasta bien entrados los años de 1980 con una lista todavía más larga de

presos, desaparecidos y asesinados contra disidentes de orientación revolucionaria.

3. En los 68 días, jóvenes, hombres y mujeres se organizaron rápida y eficazmente para combatir la represión del gobierno, liberar sus planteles y enfrentarse a la desinformación de la prensa que los exhibía como agentes extranjeros del comunismo internacional. Formaron brigadas mixtas que llegaron a todos los mercados y otros centros populares para explicar su movimiento y pedir solidaridad. Surgen Comités de Lucha en todos los planteles y salen voceros a la provincia a hablar en las otras universidades. El 8 de agosto se elige un Comité Nacional de Huelga con 230 miembros electos, rodeados de activistas que elevaban el número de participantes en sus reuniones a más de quinientas personas. El movimiento no tuvo caudillo ni caudillos. El Comité Nacional era el único órgano dirigente reconocido y las decisiones todas se tomaban colectivamente. Se puede hablar de miembros más influyentes, pero no de dirigentes cuyas decisiones privadas predominaban. Desgraciadamente la participación de las mujeres entre los electos fue restringida, pero la lucha por la igualdad fue precisamente uno de los rasgos más salientes del movimiento. En su construcción el movimiento de 68 fue un *modelo de movimiento social*. Esta forma de lucha el *movimiento social* surgido desde abajo con una organización propia ha tenido y tiene una influencia muy profunda en México. Para 1968 tenía muchos antecedentes. Los estudiantes reprodujeron una tradición agregándole nuevos elementos. El 01 de julio de 2018 es sin duda el resultado de un gran movimiento social y la orientación del gobierno de AMLO tendrá mucho que ver con el destino de ese movimiento.

4. El movimiento estudiantil del 68 está profundamente enraizado en las luchas que se iniciaron en 1956-1959. En esos años varios sindicatos iniciaron movimientos de huelga que tenían dos propósitos: uno, económico, aumentar los salarios para responder a los efectos de la devaluación de 1953 y otro, político, rescatar la democracia interna de los sindicatos que había sido sistemáticamente destruida por la política corporativa de los gobiernos del PRI. Para

los huelguistas el segundo era tan importante o más que el primero. Todo intento de elegir democráticamente a sus líderes era castigado con la represión. Los telegrafistas comenzaron al desconocer al secretario oficial del sindicato de trabajadores de la SCOP. Lo acusan de robo, entran en huelga y piden una central libre de líderes espurios. Siguieron varias secciones del sindicato de petroleros que piden aumentos y la destitución del líder oficial Felipe Mortera Prieto. Los maestros del Movimiento Revolucionario del Magisterio, van a la huelga y eligen como dirigente a Othón Salazar, que es rechazado por el gobierno que declara “no se puede ni se debe tratar de resolver los problemas con organismos que no sean los legalmente reconocidos”; y finalmente el 26 de junio se inician los paros en Ferrocarriles Nacionales. Valentín Campa es acusado de subversión. El 12 de julio se inicia la VI Convención Extraordinaria del Sindicato Ferrocarrilero y su primer paso es la elección de un nuevo comité ejecutivo general. Demetrio Vallejo es designado nuevo secretario general con 59.759 votos y el líder oficial obtiene nueve votos. El 27 de agosto los estudiantes se oponen al alza de tarifas en los transportes y se enfrentan a camioneros, policías y grupos de choque. Hay heridos, incendios de vehículos y luchas en varios puntos de la ciudad.

El 28 de marzo de 1959 se aprehende a Demetrio Vallejo, Hugo Ponce de León y Alejandro Pérez Enríquez, sigue una represión violenta y total contra miles de trabajadores (ferrocarrileros, petroleros y maestros) así como algunos estudiantes. Ejército y policía intervienen, ocupan locales sindicales. Nueve mil ferrocarrileros son despedidos. Las primeras grandes luchas por la democracia en la larga década de los sesentas se libran por la clase obrera en sus sindicatos y es brutalmente reprimida. Tan brutalmente como los estudiantes de 1968. ¿Es posible separar el 58 del 68? ¿No fue el 58 obrero un preparativo del 68 estudiantil?

5. El movimiento estudiantil de la Ciudad de México tiene antecedentes muy importantes a lo largo y ancho de todo el país. Debemos citar entre otros: el de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo que entre los años 1961-1963 conoció un profundo

movimiento de reforma, la difusión del marxismo y el manifiesto de Elí de Gortari, su rector, en que se enuncian por primera vez los principios de una universidad crítica, científica y popular. En Puebla, en el mismo año de 1961, estalla un movimiento por la autonomía de la universidad y una educación laica y gratuita, así como de simpatía con la revolución cubana y la lucha de Vietnam. La primera etapa del movimiento dura dos años y termina con un triunfo. La autonomía es aceptada por el gobernador y los estudiantes pasan a elegir sus autoridades que serían de izquierda declarada. El movimiento seguiría en condiciones de represión violenta, dos maestros Enrique Cabrera y Joel Arriaga Navarro serían asesinados. En agosto de 1975 el rector electo de la Universidad Autónoma de Puebla, el ingeniero Luis Rivera Terrazas, destacado investigador de la física, publica un programa de reforma universitaria que amplía los conceptos enunciados en la Universidad Michoacana y toma en cuenta todas las experiencias acumuladas en las luchas anteriores. En ella sostenía que la vida de la UAP en los últimos catorce años había estado marcada por la lucha por la “Reforma Universitaria Democrática”, que esta ha sido un movimiento profundamente popular con participación de trabajadores del campo y la ciudad.

La Universidad Democrática Crítica y Popular es definida como una institución integrada a la vida real del país. En esta integración, coadyuva a la transformación social y a la par que hace esto, se transforma ella misma, formando hombres y mujeres cada vez más plenos, conscientes de su vida y de su época, cuyo fundamento moral sea el de la lucha por el progreso social.

La Central Nacional de Estudiantes Democráticos [CNED] que se constituyó en Tlatelolco en un congreso del 23 al 26 de abril de 1966 se venía constituyendo desde cinco años antes. En ella participaban estudiantes de todo el país cuyo denominador común era la lucha por la reforma universitaria. Siguió un periodo de intensa actividad en todo el país, destacándose la universidad de Puebla, Sinaloa y Guerrero. La CNED obtuvo además triunfos importantes en Nuevo León, en las Normales Rurales y por fin en el movimiento de 1968.

En 1967 se aprobó realizar una marcha estudiantil por la ruta de la Independencia que partió de Dolores Hidalgo y debía culminar en la Ciudad de México. La marcha en la cual participaron estudiantes de varias universidades, realizó actividades simbólicas a lo largo de su breve trayecto como la lectura del decreto de Hidalgo de la abolición de la esclavitud en la Alhóndiga de Granaditas y una carta al presidente de la república pidiendo la libertad de los presos políticos. A lo largo de los días se iban sumando nuevos contingentes de las regiones por las cuales pasaba la marcha. Echeverría, secretario de gobernación, acusó a la marcha del descarrilamiento de un ferrocarril y finalmente esta fue parada y disuelta por el ejército. Se puede decir sin exagerar que después del movimiento en la capital sus efectos llegaron a todas las universidades del país. Cada universidad tuvo su 68 en los setenta, con sus rasgos específicos y procesos diferentes en el tiempo. El espíritu del 68 defeño se propagó y vivió múltiples historias en todo el país.

6. El 68 mexicano está íntimamente ligado con acontecimientos del mismo año en el mundo. Los estudiantes, según ellos mismos lo declaran, participan del auge internacional del marxismo. Son comunistas, guevaristas, socialistas, trotskistas, maoístas. Pero también nacionalistas revolucionarios y católicos. Ya antes del 68 el marxismo alcanzaba un desarrollo sin precedente entre intelectuales y estudiantes universitarios en todo el mundo. El 68 masificó una tendencia ya vigorosa. La solidaridad de la primera manifestación de la UNAM con la revolución cubana y Vietnam corresponde a dos relatos antimperialistas y sociales paralelos.

Cuba sufre en 1961 la invasión de la Bahía de Cochinos, el siguiente año la crisis de los misiles y los intentos de asesinato de sus dirigentes, así como el bloqueo total norteamericano que eleva el sentimiento antimperialista en toda América Latina. En Vietnam, el 68 es el año de la ofensiva del Tet. Desde el 31 de enero, las fuerzas militares de Norvietnam y las guerrilleras de liberación, atacan simultáneamente todas las grandes ciudades del sur y cuarenta y cuatro capitales de provincia. Durante tres semanas se pelea en las calles

de Saigón y la embajada norteamericana es parcialmente ocupada por un comando revolucionario. Las tropas norteamericanas son sitiadas en Khe Sanh. Hué, base militar importante es tomada por los vietnamitas. Los norteamericanos pierden en tres meses 14.000 hombres. La ofensiva del Tet, es un parteaguas en la guerra de Vietnam. Demuestra que todas las afirmaciones norteamericanas anteriores “de que se estaba ganando la guerra” eran falsas. En Estados Unidos, el efecto es terrible. A pesar de las informaciones recogidas antes del desencadenamiento de la ofensiva, el comando y el gobierno norteamericanos no supieron prevenirla ni prever su amplitud. El régimen survietnamita y el ejército saigónés hacen una ruin figura. Los combates se desarrollan frente a las cámaras de televisión. Las imágenes de muerte, instantáneas, penetran en los hogares. El movimiento antiguerra toma, en los Estados Unidos, un nuevo vuelo. El sentimiento antiguerra se vuelve verdaderamente un factor político mayor. París, Berlín, en todo el mundo estalla la solidaridad con un pueblo pobre que lucha con éxito por su derecho a la autodeterminación contra la mayor potencia del mundo. En todas las manifestaciones se oyen los gritos de “Ho Ho Ho Chi Minh” y “Che, Che, Che Guevara” que el año anterior había muerto intentando emular a los vietnamitas en Bolivia, creando uno, dos, cien Vietnams. En 1958 en México, solo había televisiones en 10% de los hogares de clase media y en 1968 solo 10% no tenían televisión. Las luchas de mayo en París llegaron profusamente a las casas mexicanas y sin duda estuvieron presentes en los anhelos de su juventud.

7. Sin duda el 1 de julio de 2018 tiene similitudes con el 26 de julio de 1968. Se produce una insurrección electoral. Un sector mayoritario de la población, irrumpe en la política, se transforma en pueblo político. Incruento, pacífico, el cambio es de enormes consecuencias. El sistema de partidos entra en quiebra, el centro político es desmantelado, la energía social se vuelve factor decisivo. La política se separa de la economía. A todas luces surge la posibilidad de recorrer un nuevo camino como sociedad y como gobierno. Se trata de un camino que tiene tres dimensiones: primera, un profundo sentido *nacional*.

Por vez primera desde Lázaro Cárdenas (1934-1940) tendremos un gobierno de izquierda. *Sentido Continental*: demuestra que la derrota de los movimientos progresistas de América Latina es mucho más pasajera que los movimientos mismos, que vienen en oleadas. Una termina y otra comienza. Cuando la luz se apaga en Argentina, en Brasil, en Ecuador, se prende brillante en nuestro país. *Sentido Universal*: en el mundo hay peligro del triunfo y subida al poder de fuerzas de extrema derecha, racistas o neofascistas. La presencia de Trump se vuelve de chusca en ominosa. En la mayor potencia nuclear del mundo, el fascismo muestra su cara repulsiva. Pero también hay señales de resistencia, como los movimientos feministas que hace unos meses mostraron su fuerza mundial en las marchas del 8 de marzo en las cuales millones de mujeres en Asia, Europa, Medio Oriente y América se manifestaron contra la desigualdad, la brecha salarial, contra la precariedad laboral y la violencia de género. Entre ellas debe tomar su lugar el gran movimiento social-popular y un gobierno de izquierda mexicano.

En México desde hace unos quince o veinte años se fue conformando un movimiento popular muy heterogéneo, de humillados, ofendidos y expropiados que irrumpió en la escena forjando la posibilidad de un cambio radical. Una revitalización de la sociedad civil que se expresa en un cambio de opinión masivo, claro y contundente. Es un movimiento de envergadura nacional, local e incluso individual: son las personas que fueron humilladas con dos fraudes electorales nacionales y muchos locales; son los miembros de los sindicatos que como el de mineros y el de electricistas han sido perseguidos y despojados; los que tienen hijos desaparecidos impunemente (40 mil, según datos oficiales). Son maestros a quienes se trató de culpar injustamente de la crisis educativa que sufre el país. Son emigrantes que han sido expulsados de Estados Unidos y no han sido ayudados en su reintegración a México.

Son comunidades que han visto sus tierras arrasadas por las compañías mineras o expropiadas por grandes empresas turísticas. Son los 8,5 millones de receptores de salarios mínimos que no alcanzan

para vivir; los movimientos indígenas por la sustentabilidad ecológica; las movilizaciones contra la violencia como los padres de Ayotzina, son los estudiantes del “#YoSoy132” que se rebelaron contra los Medios de Comunicación Masiva intervenidos. Son los reprimidos y baleados del movimiento de la Asamblea Popular de los Pueblos de Oaxaca; son los opositores a la construcción del nuevo aeropuerto de Atenco; los familiares de los asesinados de Tlatlaya; son los que repudian los asesinatos de candidatos a puestos políticos que en este año pasan de ciento veinte y de los actos de intimidación de todo tipo en muchos municipios del país.

Es la intervención de la sociedad civil en la política. Es su idea de la economía moral, es decir de la justicia económica. La fuerza de ese movimiento es su dimensión millonaria, su debilidad es su heterogeneidad, dispersión. La multitud descontenta se transformó en movimiento electoral gracias al carisma, la empecinada campaña directa de AMLO, quien no contaba en los medios convencionales de fuerza alguna; pero que mostró una fe ilimitada en el pueblo, la comunicación directa con él, la fuerza del ejemplo personal y de una posición intransigente y firme en algunos puntos cruciales. Esta posición se reafirma con la Consulta Nacional y la victoria del NO al Aeropuerto en Texcoco, nudo de voracidad inmobiliaria. Pudo adquirir formas organizativas desde abajo, gracias al surgimiento de una vanguardia electoral, un movimiento con asomos de partido dentro del movimiento: MORENA.

8. En los meses de la transición se ha manifestado un gran cambio en la forma de hacer política. Ese cambio es la llamada al pueblo a participar en las decisiones: los foros sobre los problemas de la seguridad; sobre la reforma educativa; las giras de Andrés Manuel López Obrador a treinta estados para agradecer el apoyo y estimular la participación. Hay una gran transformación en el ambiente político: los que callaban han recuperado el habla, los que siempre hablaban son cuestionados.

Los dos retos inmediatos son: la seguridad nacional que ha sido vulnerada porque el poder de las armas ya no es de la exclusividad del Estado. El crimen organizado está, después de doce años de

guerra, más fuerte que nunca. La cauda de muertos, desaparecidos, personas y comunidades afectadas en su vida por las bandas criminales y la incapacidad del Estado para hacerle frente. Este contraste es sobre todo fuerte en las instancias locales de gobierno y el entrelazamiento de política y crimen.

Y la corrupción basada en la impunidad que ha invadido todo el cuerpo político desde la cima hasta las instituciones más cercanas al pueblo convirtiéndose en elemento fundamental de ley no escrita de la forma de hacer política. La corrupción es un dragón de mil cabezas que a esas alturas tiene justificaciones morales, cínicas o no. Su combate va a ser una tarea a largo plazo y el nuevo gobierno debe mostrar avances cotidianos en ese campo, fundamentales para lograr el objetivo central una sociedad de creciente igualdad y de democracia cada vez más participativa.

9. Las lecciones que deja la reacción de la derecha contra los gobiernos progresistas de Argentina, Ecuador y Brasil es que, si ha de haber en México una cuarta transformación duradera, es necesario que las fuerzas del cambio desarrollen una narrativa propia y el pueblo activado comprenda lo que se está haciendo y los obstáculos a los cuales se enfrenta. Cada paso debe ser ampliamente explicado, discutido, entendido para que las dificultades que inevitablemente se encontraran en el camino no se trasformen en confusión y retroceso popular; en dudas y renuncias a la lucha. El pueblo político debe estar listo a los sacrificios, a las derrotas momentáneas sin desmayar de los objetivos trazados. Es la única garantía de éxito.

De reforma democrática a la exigencia de cambio de régimen*

1. Los años sesenta marcan la entrada en escena de la clase media y sobre todo de los jóvenes estudiantes como fuerza que cuestiona abiertamente el sistema corporativo y demanda la autonomía de asociación, manifestación y elección. Hasta entonces la clase media canalizaba sus demandas a través de los grupos del PRI y fundamentalmente su Sector Popular. Ahora esto no parecía ya suficiente.

Los primeros fueron los médicos. Su larga huelga por la mejoría de sus condiciones de trabajo y salarios tuvo cierto éxito. A cambio, el gobierno pidió que la recién formada Asociación de Médicos se afiliara al sistema corporativo a través de la FSTSE. Los profesionistas se negaron y entonces vino la represión. En agosto de 1965 el ejército ocupó el hospital 20 de noviembre y el personal fue sustituido por médicos militares. Los años de 1966 y 1967 fueron de creciente activismo de los estudiantes universitarios. En las Ciudades de México, Morelia, Hermosillo, Puebla, Monterrey, Durango, Tabasco, Chihuahua, Culiacán y Chilpancingo protestaron planteando diferentes demandas desde la reforma universitaria hasta el cese de guerra de Vietnam. En todas partes la respuesta fue la represión, a veces con intervención directa del ejército. En abril del 68,

* Texto inédito.

los estudiantes de diversas Casas de Estudios que participaban en la Marcha de la Libertad en el centro de la República habían sido dispersados por el ejército.

El movimiento del 68 no puede ser concebido sin esos antecedentes inmediatos. El nuevo actor social, base fundamental del régimen “de la Revolución mexicana” comenzaba a tomar distancia y lo hacía con el brío y la irreverencia de su juventud.

2. El miedo reinaba en la oposición. En entrevistas con dirigentes y activistas desde el mes de julio impresiona la certidumbre —derivada del ambiente y de las experiencias anteriores— de la probabilidad de la inminencia, casi la inevitabilidad de la represión generalizada. Pero el temor se transformó paulatinamente en indignación, decisión ideológica y lo que se llamaba “firmeza revolucionaria”. No hay que olvidar que las figuras que presidieron las marchas eran las del Che, que había muerto heroicamente recientemente en Bolivia el 9 de octubre de 1967, y el tío Ho acompañado de la cadencia ¡Ho, Ho, Ho Chi Min! La figura de Zapata era bien considerada pero no era tan frecuente, porque como decían algunos estudiantes de Filosofía y Letras “había sido ya apropiada por la burguesía” y cuando el CNH dio la orden en que, en respuesta de la acusación de extranjerismo, se portaran también efigies de Carranza (por lo de la Constitución) fue imposible encontrar quien las cargara. Hasta 1968 todos los intentos de la clase media y de los estudiantes para expresarse en forma independiente fueron castigados con la represión. Pero la clase gobernante no previó la transformación del miedo en espíritu heroico de resistencia, ni lo entendió. La matanza de Tlatelolco no fue sino un episodio más, extraordinariamente vasto y sangriento de una cadena que se extendió a lo largo de una década ni principio ni fin. La represión que antes recaía sobre los trabajadores comenzó a afectar a la indignada clase media y a sus hijos que esperaban un trato diferente al de los obreros y campesinos.

La nueva represión no pudo impedir que los estudiantes siguieran radicalizándose durante los años que siguieron al 68. Muchos se vieron envueltos en el movimiento que en los años setenta y ochenta

mandó “ir hacia el pueblo” y se fueron a vivir a los pueblos y ciudades para difundir la *bonne nouvelle* entre los trabajadores. Otros tomaron el camino de la resistencia armada mientras que los últimos pugnaban por la reforma democrática y electoral. La represión logró lo contrario de lo esperado. En lugar de intimidar y dispersar hizo crecer el movimiento hasta verse obligado a entrar cada vez más en el camino de las reformas del sistema corporativo.

3. Para entender el 68 mexicano en su ambiente y momento histórico hay que subrayar que sus demandas iniciales eran de una democracia primaria. Su contenido era el cese de la represión. Ni más ni menos. Veamos *libertad de los presos políticos; extinción del cuerpo represivo de los granaderos; eliminación del delito de disolución social, utilizado para reprimir toda oposición política; indemnización a las víctimas de la represión, y deslinde de responsabilidades en los excesos en el uso de la fuerza represiva*. Era una hoja de exigencias defensivas. Ni una palabra abstracta sobre libertades civiles, sobre el respeto a la ley en general, ni una mención a elecciones transparentes. Simplemente exigieron con arrogancia juvenil el cese de la represión que había respondido a sus acciones en los años sesenta.

A medida que se desarrollaba el movimiento, a un paso vertiginoso las ideas fueron mucho más allá que las seis demandas. El documento de los comités de Filosofía y Economía señalaba el carácter revolucionario de las luchas democráticas y pedía elevar paulatinamente las demandas de la simple protesta y la libertad de los estudiantes a los intereses de la mayoría de la población y la libertad de todos. Decía que los alcances del movimiento solo podían ser determinados por la dinámica de este. Ya el 23 de agosto se afirma que el movimiento tiene una bandera y objetivos muy precisos: la lucha contra la opresión política y la defensa del derecho a la participación democrática de todos los sectores de la población. El movimiento comenzó pidiendo el cese a la represión y dos meses después exigía el cambio de régimen. Se inició como un fenómeno local y término siendo expresión auténtica de la revolución latinoamericana y mundial.

¿Después de cincuenta años qué?*

México no es una isla, no flota en el aire, sino que está profundamente inmerso en un mundo complejo en el cual múltiples fuerzas de carácter mundial y continental actúan, influyen y no pueden dejar de ser tomadas en cuenta. Hablar de las circunstancias internacionales en las cuales se produjo el 68 mexicano, no es hablar de un aspecto secundario. En ese año —como en muchos otros— México se vio conectado a un proceso mundial del cual fue un eslabón decisivo. El 68 mexicano no puede ser comprendido sin el 68 mundial y el 68 mundial no puede dejar de tomar en cuenta las especificidades del caso mexicano una de sus estelares expresiones. A medio siglo de los sucesos, cuando sus consecuencias principales comienzan a revelarse y nos obligan a intentar una explicación en la cual lo universal y lo nacional se funden para producir explicaciones más allá de los sucesos a corto plazo. *Esta es la primera lección del México del 68 al México de 2018: la situación actual de México no puede ser comprendida sin tomar en cuenta desarrollos de carácter mundial.*

En nuestro país puede suceder en julio algo que de nuevo tenga al mismo tiempo un sentido nacional, continental y universal. *Nacional*: por primera vez desde Lázaro Cárdenas (1934-1940) tendríamos

* Conferencia impartida en la UAM-Azcapotzalco, 1 octubre 2018.

un gobierno progresista. *Continental*: demostraría que la derrota de los movimientos progresistas de América Latina es mucho más pasajera que los movimientos mismos, que vienen en oleadas. Una termina y otra comienza. Cuando la luz se apaga en otras regiones del continente, se prende brillante en nuestro país. *Universal*: en el mundo hay peligro del triunfo y subida al poder de fuerzas de extrema derecha, racistas o neofascistas. Pero también hay señales de resistencia, como las huelgas de Francia. Entre ellas se podrá contar pronto con un gran movimiento social-popular y un gobierno de izquierda mexicano.

El movimiento de 1968 fue un movimiento de protesta universal que superó los obstáculos de las diferencias de lenguas, de culturas, de idiosincrasias, las distancias continentales, las barreras de clase. Por primera vez en el mundo los movimientos fueron sincrónicos, sucedían al mismo tiempo, como si un director de orquesta invisible estuviera dirigiendo muchas orquestas muy visibles. Fueron blanco de la ira de los jóvenes todos los poderes establecidos: los gobiernos de los países capitalistas; de los países bajo el sistema soviético; de los países del llamado tercer mundo.

Los jóvenes del mundo se dieron cuenta de sus coincidencias, de la presencia de un espíritu universal, lo que los alemanes llaman el *Zeitgeist* (espíritu de la época), que los movía al unísono a pesar de las diferencias en sus demandas. Precisamente en las exigencias particulares, sumadas y sintetizadas, está el secreto del 68. Hoy día ya no nos preguntarnos por la relación que existía entre las rebeliones estudiantiles de la Ciudad de México y París; lo que unía las manifestaciones contra la Guerra de Vietnam en Estados Unidos con el intento del Che de vencer al imperialismo produciendo uno, dos, cien Vietnams. Eran las esperanzas de un mundo sin dictaduras, sin discriminación racial, sin guerras coloniales. Las derechas han regresado, pero llevan escrito en la frente: 1968.

Las herencias son muchas. En primer lugar, los movimientos antisistémicos que han surgido durante los cincuenta años posteriores al 68: los movimientos ecológicos, los Verdes que en todos los países

plantean objetivos similares. Los movimientos feministas que hace un mes mostraron su fuerza mundial en las marchas del 8 de marzo en las cuales millones de mujeres en Asia, Europa, Medio Oriente y América se manifestaron contra la desigualdad, la brecha salarial, contra la precariedad laboral y la violencia de género. También herederos del 68 son los movimientos globalifóbicos que comenzaron en 1999 en Seattle y que han perseguido a todos los encuentros de los defensores neoliberales del libre movimiento del capital; de las políticas del FMI, el Consenso de Washington y la imposición de la OMC y cuyo foco mediático han sido las reuniones anuales en Davos. En ese movimiento participan hombro con hombro todas las expresiones viejas y nuevas de la izquierda mundial. Con el tiempo, esto llevó a la construcción del Foro Social Mundial [FSM] cuyos encuentros iniciales se desarrollaron en Porto Alegre, Brasil, con asistencias de hasta 50 mil delegados y que este año se realizó en el mes de marzo con una marcha gigantesca por la libertad de Ignacio Lula da Silva.

El 68 fue el encuentro de problemas y tendencias muy diversas, pero de un proceso histórico común y de una solidaridad internacional inédita. Movimiento complejo y contradictorio, el 68 permite varias lecturas, pero actualmente las incógnitas se han decantado y reducido. El 68 cuestionó el optimismo consumista, el auge capitalista que parecía no tener fin; la política como profesión que borda en la ilegalidad y el crimen; la viabilidad de las guerras coloniales como la de Vietnam o como las de hoy, en Iraq, en Afganistán y, más recientemente, en Siria. Puso en entredicho el carácter socialista del estatismo soviético y el marxismo como ideología de Estado. Sacudió en sus fundamentos la familia patriarcal, las hipocresías de la moral sexual burguesa, los mitos de infalibilidad que rodean a la Educación y la Universidad. Cuestionó la separación entre la revolución social y la libertad individual; la emancipación de los trabajadores sin la igualdad para la mujer. El racismo de blancos dominantes contra negros o morenos dominados; la discriminación contra las minorías sexuales. Planteó el problema de la soberanía en una forma novedosa: pensar globalmente y actuar localmente y de la pluralidad

cultural de las naciones que se expresa en movimientos como el neozapatismo de los indígenas de Chiapas, los mexicanos en Estados Unidos, los catalanes en España, los escoceses en la Gran Bretaña. Anunció la aparición de nuevos sujetos de cambio: la juventud, los estudiantes, las mujeres, los pueblos originarios, el precariado. Todos ellos protagonistas de las luchas contemporáneas.

Si solo vemos el 68 mexicano como una rebelión de los estudiantes universitarios, se puede pensar que fue un fenómeno de pocos meses, un rayo en el amanecer, pero si consideramos los sucesos en su conjunto y su relación con el medio siglo que ha transcurrido, no podemos sino concluir que se trata de una negación de profundas consecuencias de los poderes y las culturas dominantes en los años sesenta. Rechazamos con toda energía el asesinato masivo del 2 de octubre de 1968, así como nos declaramos decididamente por la verdad y el castigo de los responsables de la desaparición de los 43 estudiantes de la normal de Ayotzinapa.

A partir de ese año, el concepto de *movimiento* tendría en todo el mundo un significado distinto. Sus potencialidades de cambio ya no pueden ser despreciados. Las viejas concepciones sobre la relación entre partido y sociedad se derrumban, la democracia directa será enarbolada como alternativa a la omnipotencia de la burocracia. Fértil en su diversidad, el 68 estudiantil provocará en el seno de la izquierda un debate que abarcará todos los dogmas considerados como intocables durante el periodo anterior. Desgraciadamente en México este debate ha sido truncado por la victoria ideológica de los tecnócratas que han sustituido el diálogo social con el “pensamiento único”, un economicismo técnico chato y autoritario.

Repasemos ahora a algunas de las ideas del movimiento mexicano. México presenció—a diferencia de lo que sucede ahora— un desarrollo vertiginoso de la cultura juvenil. Comparar las ideas de julio de 1968 con las que dominaban en octubre del mismo año, después de la represión, es un ejercicio en la radicalización fulminante del pensamiento. Tres meses antes del estallido, los estudiantes que participaban en la Marcha de la Libertad en el centro de la República habían sido dispersados por

el ejército, y en Ciencias Políticas y en Economía —en las cuales yo enseñaba— había ya importantes movimientos políticos. Pero indudablemente que, luego, el movimiento, el Comité Nacional de Huelga [CNH], las asambleas y, sobre todo, las brigadas, se convirtieron en una inmensa escuela política que había de marcar indeleblemente a una generación. Si este año la victoria de un candidato de izquierda a la presidencia de la República es acompañada con la formación de consejos populares en las universidades, en los barrios, en las comunidades, en los movimientos sociales, de brigadas como las del 68, el efecto radicalización del pensamiento puede y debe darse otra vez.

La intransigencia y la represión del gobierno de Díaz Ordaz fueron terreno fértil para la prédica de la izquierda. A medida que la represión aumentaba, la fiesta se transformaba en resolución sombría. “Los acontecimientos de julio —escribían los estudiantes— nos han enseñado más que todo lo que pudiéramos haber aprendido en las aulas”. El nombramiento de Pablo González Casanova como rector de la UNAM fue el primer triunfo del movimiento estudiantil.

Todos coincidimos en que el de 1968 fue un movimiento por la democracia. ¿Pero qué tipo de democracia? ¿Una democracia liberal o una democracia directa, como la de la revolución francesa? Podríamos decir que los últimos cincuenta años han presenciado a México dando un paso adelante y dos pasos atrás. Uno de los rasgos del discurso de los estudiantes era la ausencia de los reclamos electorales y parlamentarios. No pidieron el voto desde los 18 años (que fue otorgado más adelante). Nadie pensó en la confluencia del movimiento con un partido político determinado. Tampoco se les ocurrió dirigirse a los partidos registrados ni a los diputados, que en su inmensa mayoría apoyaron la política de Díaz Ordaz. Pidieron, en cambio, dialogar públicamente con el presidente y muy pronto atacaron abiertamente los mitos del sistema político establecido y exigieron cambios radicales. La idea y la práctica fue la de una democracia participativa que no se limita al voto, sino que se basa en el dialogo diario del poder con el pueblo, la participación de los ciudadanos, de la sociedad civil, de los movimientos sociales.

Quizás sea en el documento del Comité de Lucha de la Facultad de Filosofía y Letras, aprobado el 23 de agosto de 1968, en donde el concepto de esa democracia toma su forma más clara y contundente.

Nuestro movimiento [dice el escrito] no es una algarada estudiantil más; esto deben comprenderlo muy bien las viejas generaciones cuyas mentes se obstinan en querer ajustar las nuevas realidades a los viejos esquemas obsoletos de su ‘Revolución mexicana’, de su ‘régimen constitucional’, de su ‘sistema de garantías’ y otros conceptos vacíos, engañosos, de contenido opuesto a lo que expresan y destinados a mantener y perfeccionar la enajenación colectiva de México, a la hipocresía social y la mentira que caracterizan al régimen imperante. [...] Nuestra lucha es por una sociedad nueva, libre y justa, en la cual se pueda pensar, trabajar, crear, sin humillaciones, sobresaltos, angustias y mediatizaciones de toda especie.

Y termina con el lema: “somos una revolución. Esta es nuestra bandera”.

El escenario principal de la radicalización fue la práctica cotidiana en la cual miles de brigadistas y “comités de defensa” tomaban y ejecutaban decisiones audaces. Lo de 1968 fue, sobre todo, un movimiento antiautoritario, democrático, libertario, antipatriarcal, muy moderno, lleno de presagios que la vieja izquierda —ahora lo sabemos— no supo leer. Su radicalismo se cultivó en la acción y sus lemas hubieran bien podido ser: *prohibido prohibir; cuando hablo de revolución quiero hacer el amor*; o como cantaría Violeta Parra en aquellos días “qué vivan los estudiantes porque son la levadura”.

En este año en el cual festejamos los cincuenta años de 1968 y los doscientos años del nacimiento de Carlos Marx, no podemos sino recordar, que el carácter universal, antisistémico del movimiento de 1968, fue previsto y predicado por Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista* que termina con el lema “proletarios de todos los países, uníos”. Que durante el primer siglo de su existencia el movimiento obrero engendró tres organizaciones de carácter genuinamente internacional y que tenían ese nombre: la primera, la segunda y la tercera internacional.

De la Primavera de Praga al Invierno Polaco*

No había de ser 1968 un año crucial solo para México. En Francia, el cálido mayo inició una nueva fase del ascenso de la izquierda en Europa Occidental. En Checoslovaquia el intento de construir un socialismo democrático y su trágico final, marcó el comienzo de una profunda revaluación de las ideas del socialismo y una división en el seno del movimiento comunista internacional. El mundo de posguerra llegaba a su final; una nueva era se iniciaba.

¿Qué había sucedido en Checoslovaquia? ¿Cómo se produjo una intervención cuyos efectos pesan aún sobre el desarrollo de los países socialistas y el movimiento revolucionario?

Hagamos brevemente la historia de los sucesos:

El socialismo llegó a Checoslovaquia, país de 127 mil y 15 millones de habitantes, en 1948. El cambio obedeció a la acción de fuerzas internas y correspondió a los deseos de la gran mayoría de la población. El Partido Comunista había obtenido en las elecciones anteriores 38% de los votos y gobernaba aliado a otros partidos en un Frente Nacional. En ese año, que marcó el principio de la guerra fría, los sectores de derecha de los demás partidos propiciaron una crisis

* Enrique Semo, *Viaje alrededor de la izquierda*, México, Editorial Nueva Imagen, 1988.

ministerial con el propósito de excluir a los comunistas, pero una poderosa movilización de los trabajadores frustró el intento. Se formó así, un gobierno con mayoría comunista. El socialismo se instauró por la vía pacífica, con un predominio de las luchas parlamentarias.

En los años siguientes, se estatizaron los medios de producción y ocurrieron avances importantes en el nivel de vida de los trabajadores, la extensión de la educación popular y la seguridad social. Sin embargo, el PC Checoslovaco adoptó el modelo soviético de desarrollo, inadecuado para un país altamente industrializado como Checoslovaquia, y se instauraron métodos de gobierno estalinistas que se caracterizaban por el burocratismo, el desprecio a los derechos políticos de los ciudadanos, la censura y la arbitrariedad. Una de las expresiones más deleznable de esas prácticas, fueron los juicios de 1953 que, adoptando como ejemplo los que habían tenido lugar bajo el régimen estalinista en URSS, llevaron al banquillo de los acusados a catorce altos dirigentes del PCCh, entre ellos Rudolf Slansky, su primer secretario, quienes fueron acusados de ser espías, traidores y enemigos del socialismo. Once de ellos fueron ejecutados y tres, entre ellos Arthur London, ministro adjunto de Relaciones Exteriores a quien entrevistamos en París, condenados a prisión perpetua.

Desde ese año los obreros comenzaron a mostrar su descontento. El primero de junio de 1953, a raíz de una devaluación monetaria, los trabajadores de algunos grandes centros industriales se lanzaron a la calle para protestar por la medida y exigir cambios políticos. El proceso se aceleró a partir de la denuncia que hizo Krushchev del estalinismo en el XX Congreso del PC Soviético, en febrero de 1956. En abril de ese año, los asistentes al Segundo Congreso de escritores checos, pese a la oposición de la dirección del partido, exigieron cambios fundamentales. Al mismo tiempo, los estudiantes de Praga y Bratislava, presentaron un programa de acción que pedía la democratización de la vida pública, la revisión del proceso Slansky, la ampliación de la vida parlamentaria, la libertad de información y la libre distribución de publicaciones extranjeras.

A partir de ese año, en el seno del PCCh, se inició una lucha por la reorientación democrática e independiente del socialismo en Checoslovaquia. Su primer paso fue exigir la rehabilitación de las víctimas de los procesos de los años cincuenta, y la democratización del partido. La lucha, que duró hasta 1968, fue enconada y difícil. Los partidarios del dogmatismo burocrático resistían con todas sus fuerzas. Sin embargo, la corriente renovadora fue cobrando fuerza y extendiéndose. En los años sesenta, el cuestionamiento de los métodos de gobierno vigentes comenzó a manifestarse en los círculos de dirección económica, de la vida cultural, de la juventud y de la investigación científica. Así se constituyeron las fuerzas que en 1968 harían saltar todos los obstáculos que acumulaban los conservadores.

La Primavera de Praga comenzó en pleno invierno. El 5 de enero de 1968, el Comité Central del PCCh, eligió para la secretaría general a Alejandro Dubcek. Todo el país se transformó en un inmenso foro político. Los jóvenes —profundamente despolitizados en los años anteriores— se adherían por millares al partido. Las otras organizaciones políticas que formaban parte del Frente Nacional recobraban su vida. Los grandes problemas del país se ventilaban públicamente. La imagen de un nuevo socialismo, que Dubcek popularizó con el nombre de “socialismo con rostro humano” tomaba forma.

Después de un intenso trabajo en el cual participaron decenas de comisiones, el Comité Central del PCCh aprobó por unanimidad un Programa de Acción, que recibió rápidamente un apoyo entusiasta.

El Programa adoptado el 5 de abril proponía ampliar las funciones de los consejos obreros; de la democracia representativa; de la autogestión. Garantizaba las libertades de expresión, organización, reunión; las libertades artísticas y de la investigación científica; el acceso de los ciudadanos a los medios de información. Proponía también ampliar la independencia de la justicia y el control de la policía. Restituía a los sindicatos su independencia y su papel de defensores de los intereses de todos los asalariados. Restablecía el derecho de huelga. El nuevo proyecto de estatutos del partido preveía el respeto a las corrientes de opinión y los derechos de la

minoría. Muchos de esos principios no eran formalmente nuevos, ni en Checoslovaquia, ni en otros países socialistas. Pero la Primavera de Praga aportaba un elemento que la distinguía de otros intentos reformistas similares acaecidos en Polonia y Hungría en 1956 y en la misma URSS, durante la gestión de Krushchev. Era a la vez un movimiento “desde arriba y desde abajo”. Las acciones populares, cada vez más definidas y poderosas, coincidían con la existencia de una corriente reformadora dentro del partido que había ascendido en 1968, al poder. Esto permitió avanzar con una rapidez sin precedente. Nunca antes se había iniciado un proceso de democratización en un país socialista con tantas posibilidades de éxito. En los breves ocho meses que duró la Primavera de Praga, se sucedieron una serie de medidas que eran el inicio de una profunda transformación de la sociedad checoslovaca.

El proceso iniciado en enero de 1968, obtuvo pronto el apoyo de un sector importante del movimiento comunista internacional y de la izquierda de varios países de Europa. Sin embargo, los partidos comunistas gobernantes en Europa —con la excepción de Rumania y Yugoslavia— manifestaron, desde el principio, diversos grados de oposición. Pero fue la actitud de URSS la que se impuso. En este país, los días del XX y el XXII Congresos en los cuales se denunciaron las arbitrariedades cometidas en la época de Stalin habían quedado atrás, y las referencias a ellos eran cada vez más raras. Se hablaba de la rehabilitación de Stalin, y las reformas democratizadoras iniciadas languidecían. En estas condiciones, Primavera de Praga representaba un grave peligro. Por otro lado, para responder a la ruptura con China, la URSS se esforzaba en consolidar la unidad y la integración de los países que formaban la comunidad de países socialistas.

La oposición de los cinco, comenzó a manifestarse abiertamente a finales de marzo. A principios de mayo había tomado un carácter agresivo. Los dirigentes checos se empeñaron en mostrar su adhesión a la política exterior del Pacto de Varsovia, y su disposición a frenar —sin hacer uso de la represión— algunas tendencias que

amenazaban hacer perder al Estado y al partido el control del proceso de democratización. Sin embargo, eso de nada sirvió. La URSS pedía más de lo que ellos estaban dispuestos a conceder: restablecer el control absoluto de la burocracia sobre el movimiento de transformación en el cual participaba ya, la mayoría del pueblo checo. La decisión comenzó a acercarse en los meses de junio y julio, en que se realizaban las conferencias regionales preparatorias del XIV Congreso del PCCh, convocado para principios de septiembre. En ellas, miles de comunistas expresaban su apoyo a la política de Dubcek, y rechazaban las posiciones de los dogmáticos. Una tras otra, las conferencias elegían delegados que iban a ratificar el rumbo señalado por el equipo formado por Dubcek, Smrkovsky, Cernik y Kriegel. Fue entonces, probablemente, cuando se esbozó la decisión de intervenir en forma directa en los asuntos internos de Checoslovaquia, antes de que el Congreso hiciera irreversible el proceso.

Pero la fuerza de la Primavera de Praga era tal que ni siquiera la intervención armada pudo ponerle un fin inmediato. La oposición masiva del pueblo checoslovaco frenó las medidas de un gobierno formado por elementos conservadores y el enjuiciamiento de Dubcek y sus compañeros. Los dirigentes soviéticos se vieron obligados a pactar, y la lucha continuó durante dos largos años. Sin embargo, la presencia de las tropas soviéticas, las presiones económicas y políticas, la incapacidad del grupo de Dubcek para implementar una política firme y unida en defensa de la soberanía decidieron la contienda. En marzo de 1970, Dubcek era suspendido de la militancia comunista y sus colaboradores más cercanos expulsados del partido. En 1971, un nuevo Congreso calificaba la Primavera de Praga de “contrarrevolucionaria”. Para entonces, estaba ya muy avanzada la sangría que había de hacer perder medio millón de miembros al PCCh; 150 mil —la mitad eran obreros— abandonaron voluntariamente sus filas, y otros 350 mil fueron excluidos. Los organismos más comprometidos con el proceso de democratización quedaron disueltos. La censura fue restablecida, los órganos directivos de los sindicatos, del poder judicial y los medios de información, sometidos a una severa purga.

Los consejos obreros y organizaciones populares surgidos durante la Primavera de Praga, disueltos. Pero el mensaje de esos breves ocho meses no ha podido ser ahogado, porque responde a una necesidad histórica: el avance del socialismo, que solo es posible a través de la transformación democrática de sus estructuras.¹

La esperanza no muere

Según noticias de la semana, en Nowa Huta, barrio proletario de Cracovia, los obreros polacos se han enfrentado una vez más a la policía. Durante dos semanas, en muchas empresas de la región báltica, miles de trabajadores recurrieron al tortuguismo para exigir el inicio de negociaciones entre los representantes de Solidaridad y el gobierno del general Jaruzelski sobre la legalización de esa organización sindical.

A pesar del estado de sitio, con su secuela de represiones que duró un año y medio; de la gravísima situación económica por la que atraviesan los obreros polacos; de la nueva legislación tendiente a encuadrar su actividad en sindicatos intervenidos, Solidaridad vive en la protesta de una clase obrera que se niega a renunciar a su autonomía frente al Estado, a ser el verdadero sujeto de la construcción del socialismo en su país.

Hace exactamente tres años, el 31 de agosto de 1980, se firmaban entre el Comité de Huelga de los obreros y los representantes del gobierno polaco, los acuerdos de Gdansk. Nadie puede dudar ahora que se trataba del inicio de una nueva etapa en la historia de los países del socialismo llamado real, y del movimiento socialista en general. El gobierno polaco reconocía el derecho de los sindicatos a la independencia y la autogestión. Aceptaba introducir cambios profundos en el sistema de censura, instaurando el control social y el derecho de apelación legal contra las decisiones de los organismos de control de los medios de difusión. Se estipulaba que la reforma económica,

¹ *Proceso*, Número 107, 20 de noviembre de 1978.

cuya necesidad era urgente, debía realizarse con la amplia participación de todos los sectores de la población, principalmente los consejos obreros (surgidos del movimiento de huelga) que también debían intervenir más directamente en la gestión de las fábricas. Se aceptó abolir los privilegios de los miembros del Partido Obrero Unificado Polaco en la ubicación de los cuadros técnicos que debía basarse en la calificación y no en la militancia política, así como las tiendas y asignaciones familiares especiales.

La primavera aplastada en Praga reverdecía en Gdansk. La idea de un socialismo en el cual el Estado no controle a la sociedad, sino la sociedad controle al Estado; en el cual la clase dominante es el proletariado y no la burocracia; y la propiedad social va unida al respeto por los derechos civiles sofocada en Checoslovaquia, resurgía en Polonia. Pero ahora venía desde abajo, en la cresta del movimiento obrero más tenaz, prolongado y consciente que había conocido el campo del llamado socialismo real.

Siguieron 16 meses de profunda crisis social. Desgarrada la camisa de fuerza en donde las había mantenido el Estado, las contradicciones de la sociedad polaca se revelaron en toda su magnitud. Después de los obreros se organizan los estudiantes, los intelectuales, los campesinos; Solidaridad se transforma en el sinónimo de democracia y autogestión. Oposición permanente al Estado polaco, la Iglesia Católica interviene activamente, capitaliza. Pequeños centros nacionalistas y antisocialistas se consolidan. El POUP entra en una profunda crisis. Frustrados los intentos de renovación por la burocracia, la descomposición es imparable. Después del fracaso de su congreso de julio el partido pasa a segundo plano. Los militares que habían estado preparándose, se colocan a la cabeza del Estado. Empujado por los sucesos, Solidaridad se radicaliza. La confrontación es inevitable y llega con el golpe de fuerza del 13 de diciembre.

Desde entonces, la resistencia no ha cesado. Reprimida, la clase obrera no acepta la derrota total. En un mundo en el cual la guerra fría polariza las posiciones y los bloques, ahogando el pluralismo y la libertad, las esperanzas de todos los socialistas revolucionarios y

democráticos están con los obreros de Gdansk y Varsovia, de Wrocław, Katowice y Cracovia, con Solidaridad que, pese a todas las persecuciones, vive en la mente y el corazón de millones de polacos.

IV. Viaje alrededor de la izquierda

Esbozo de un principio de negatividad contemporánea*

En un mundo que se debate entre el socialismo y el holocausto, el concepto de izquierda se ha impuesto como el único capaz de designar el reto global a todas las formas de explotación y dominación que lo afligen. Refleja la imposibilidad de identificar las fuerzas que luchan por la transformación radical de la sociedad, con una corriente teórica, una ideología, un tipo de organización o una clase social única. Expresa la aparición de rasgos comunes cada vez más fuertes en movimientos que se desenvuelven en condiciones muy disímiles: el subdesarrollo, el capitalismo monopolista y el socialismo embrionario. Resume la diversidad de herencias y de voluntades innovadoras que conviven en el poderoso torrente contemporáneo de cambio social. Suma fuerzas, como el movimiento de emancipación negra en Estados Unidos, los movimientos por los derechos civiles en Inglaterra y Alemania Federal y a favor del divorcio en Italia, que, sin ser socialistas, se enfrentan a poderosas formas de explotación y dominación vigentes o bien Solidaridad, en Polonia, que, siendo predominantemente católica, no puede sino impulsar un socialismo autogestionario y democrático.

* Enrique Semo, *Viaje alrededor de la izquierda*, México, Nueva Imagen, 1988.

El término remite a la Revolución francesa: los representantes de la democracia se sentaban en la Asamblea, a la izquierda. Pero eso fue la génesis. A cada época, su propia izquierda. Siendo una posición que se define en relación a otras (centro, derecha) en el seno de una sociedad en perpetuo cambio, debe avanzar constantemente para mantener su lugar. Si no, la izquierda de ayer corre el peligro de convertirse en el centro de hoy, derecha de mañana.

A cada mundo su propia izquierda

Durante el periodo de la lucha contra el fascismo y más tarde de la guerra fría, la izquierda se encontraba vertebrada alrededor de los partidos comunistas, la URSS y algunos movimientos antimperialistas afines. La ideología y la táctica política que emanaba de estos centros predominaba irrestrictamente en los medios revolucionarios y progresistas. No fue sino hacia finales de la década de los cincuenta cuando esta estructura comenzó a debilitarse. Nuevas situaciones, nuevos problemas y nuevos movimientos pusieron a prueba prácticas y concepciones que desde los años treinta habían parecido incuestionables.

En el último cuarto de siglo, las fuerzas que luchan contra las formas de explotación y dominación vigentes en la sociedad contemporánea se han ampliado y diversificado inmensamente. En la década de los sesenta, surgió en Europa occidental y Estados Unidos una “nueva izquierda”, profundamente crítica de las experiencias de los partidos comunistas y de la URSS, empeñada en buscar nuevos derroteros teóricos y prácticos. Mientras los ideólogos soviéticos la calificaban de revisionista, izquierdista o anarquista, sus enseñanzas prendían en las universidades, preparando las rebeliones de 1968, y se difundían en nuevos movimientos que hicieron su aparición: feministas, antirracistas, de autodeterminación nacional o étnica, ecologistas y de oposición a la guerra de Vietnam y a las armas nucleares.

En los países del socialismo “realmente existente” empezó a conformarse un movimiento contestatario que, bajo la bandera del

socialismo democrático, cuestionaba radicalmente rasgos fundamentales del sistema surgido de la Revolución de Octubre. La crítica del estalinismo iniciada en Yugoslavia en 1948, la revolución cultural en China, la Primavera de Praga, las sucesivas rebeliones polacas que culminaron en la crisis actual, son el anuncio de un vigoroso movimiento de transformación social de nuevo signo que se propone superar los límites del socialismo embrionario.

En América Latina la Revolución cubana desencadenó una tempestad revolucionaria y una acerba crítica al marxismo dogmático y anquilosado que aprisionaba al movimiento revolucionario del continente. Chile fue protagonista temprano del primer gran ensayo de toma del poder por la vía parlamentaria. La victoria de Vietnam alteró definitivamente la relación de fuerzas entre las metrópolis imperialistas y los países coloniales volviendo incosteables las guerras colonialistas. La emergencia de China como gran potencia puso fin al equilibrio bipolar del mundo y los crímenes de Pol Pot, trágica caricatura del ideal socialista, se transformaron en vibrante denuncia del “comunismo” autoritario. En África apareció un nuevo socialismo antirracista y anticolonialista animado por las obras de Fanon y N’Kruma y se multiplicaron los movimientos, partidos y Estados que se conciben a sí mismos como socialistas y se desarrollan de acuerdo a vías originales.

A la vez que afirmaba su posición de segunda potencia mundial, la URSS perdió su papel rector en el seno de la izquierda. El movimiento comunista entró en un proceso de diferenciación. Primero el conflicto chino-soviético que se hizo público a principios de los sesenta y luego el surgimiento del eurocomunismo, propiciaron la definición de rasgos nacionales que habían sido sofocados en el periodo de la guerra fría. En el seno de este movimiento (80 partidos de oposición) se libra hoy una batalla, cada vez más aguda, entre el conservadurismo burocrático y las tendencias de renovación política y teórica. Su resultado tendrá, sin duda, una influencia decisiva en el futuro de toda la izquierda. Por otra parte, a partir del estallido estudiantil de 1968 y la crisis económica que se inició en 1973, en el

seno de algunos partidos socialdemócratas europeos (Francia, España, Grecia e Inglaterra) comenzaron a definirse tendencias radicales que influyen en la política nacional e internacional de esos partidos.

En un proceso menos súbito, pero más global que el de los años veinte, las viejas concepciones y formas de organización están siendo rebasadas, superadas y sustituidas. A diferencia de la ruptura de la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre, que produjeron una alternativa inmediata al derrumbe de la Segunda Internacional, vivimos un proceso más prolongado y contradictorio, marcado por la diversidad de las luchas y vías revolucionarias y la ausencia de rupturas definitorias de significado universal. Sin embargo, la transformación que conoce la izquierda contemporánea no es menos profunda o decisiva que la de aquella época. Estamos protagonizando una modificación irreversible del contenido, las fronteras y las prácticas de la izquierda. El proceso de renovación se expresa en formas de agrupamiento originales, desde la izquierda extraparlamentaria europea, los Verdes de Alemania Occidental y Solidaridad en Polonia, hasta los bloques revolucionarios de Palestina, Nicaragua y El Salvador, pero se abre paso también en el seno de agrupaciones tradicionales: los partidos y organizaciones comunistas y socialistas, así como el movimiento sindical. De ahí que, con frecuencia, las fronteras político-organizativas existentes no son ya una expresión fiel de las diferencias y coincidencias en el seno de la izquierda. El espíritu de secta y el patriotismo de partido son minados por la renovación de las ideas y la reorganización del movimiento revolucionario.

La famosa predicción de Togliatti, emitida en su entrevista con *Nuovi Argumenti* en 1956: “El conjunto del sistema se vuelve policéntrico”, se ha cumplido con creces. Hoy es imposible hablar de un país, un partido o una Internacional guía. La izquierda avanza condicionada por enfrentamientos y coincidencias entre varios centros de influencia y poder; entre presiones hacia ortodoxias encontradas y posibilidades crecientes para el desarrollo de movimientos autónomos y vías nacionales originales hacia el socialismo. Los viejos bloques ideológico-políticos tienden a disgregarse y el internacionalismo no

adopta la forma de una unidad estratégica, sino de coincidencias y solidaridades. La pluralidad de los centros (URSS, China, países no alineados, eurocomunismo) debilita su poder. Las izquierdas nacionales desarrollan, cada vez con mayor éxito, formas de organización que emanan de condiciones particulares y tácticas que aprovechan con audacia y flexibilidad las coyunturas especiales de sus países.

A partir de 1974, el mundo se debate en la crisis económica más violenta y prolongada del último medio siglo. Las recesiones se suceden apenas interrumpidas por pálidos repuntes. La desocupación alcanza magnitudes superiores a las de la crisis de 1929. La inflación y los desórdenes monetarios se han vuelto crónicos. Iniciada en los países capitalistas mal desarrollados, la crisis ha adquirido dimensiones globales, propagándose al así llamado tercer mundo y a los países del socialismo embrionario. Todo indica, además, que esta situación se mantendrá, todavía, durante un periodo prolongado.

En los países capitalistas se ha desencadenado una ofensiva general contra los trabajadores. Las políticas de austeridad que obligan a estos a aceptar la baja de los salarios reales y la pérdida de beneficios sociales están a la orden del día. Orillada a la defensiva, la izquierda ha logrado evitar derrotas decisivas, pero sus esfuerzos por desarrollar una política anticrisis eficaz, ya sea desde la oposición (Italia, Inglaterra) o bien desde el gobierno (Francia, Grecia, España), ha obtenido resultados limitados. Las luchas reivindicativas en defensa de salarios y lugares de trabajo solo logran en las condiciones actuales éxitos parciales e inestables y las políticas adoptadas por los partidos socialistas en el poder no han logrado reanimar la economía de sus países o frenar el deterioro del nivel de vida de los trabajadores. Al mismo tiempo, la desenfrenada carrera armamentista entre las superpotencias y la agresiva política internacional del gobierno de Reagan amenazan con reanimar la guerra fría y llevar al mundo a una catástrofe nuclear. La capacidad de responder al reto de la crisis y la guerra se está transformando rápidamente en la piedra de toque del futuro de la izquierda contemporánea. La urgencia de esos problemas acerca a fuerzas que solo ayer parecían irreconciliables.

Apuntes para una “dialéctica” de la negatividad contemporánea

La izquierda es, ante todo, negación del sistema social existente, del orden establecido, del poder instaurado. En el mundo del pensamiento, la negación es crítica: revelación de contradicciones sociales y formación del sujeto capaz de superarlas. Este es el comienzo de toda izquierda, porque para construir una nueva sociedad los hombres deben, antes, destruir en su conciencia la sujeción a la presente. “La dialéctica de la negatividad [escribía Marx] es el principio creador”. La izquierda rechaza cualquier actitud de servilismo frente al orden establecido, la ideología dominante y el poder. En su calidad de fuerza política, reconoce la necesidad de la táctica, las alianzas y las concesiones impuestas por las condiciones objetivas, como pensamiento, no puede abandonar la crítica radical sin comprometer su existencia misma. La izquierda puede reconocer la imposibilidad de una revolución inmediata, pero esto no le permite otorgar a la sociedad existente patentes de legitimidad. Una izquierda que renuncia al ejercicio de la crítica por consideraciones tácticas, que tiene una visión inmediatista de su función, que vacila y concede en materia de pensamiento, es una izquierda que ya no es lo que parece. Con frecuencia, el reformismo centrista acusa a la izquierda de ser una fuerza puramente negativa: en lugar de insistir en reformas posibles, critica el sistema como tal. Estamos, en realidad, ante dos actitudes

hacia el cambio social: para el reformismo centrista, las instituciones existentes son las únicas posibles y pueden ser modificadas desde adentro a favor de las mayorías; la izquierda, en cambio, considera que, para elevar la condición humana de los trabajadores, el régimen social o el régimen político existente debe ser abolido, negado. Sin esta idea matriz, no hay pensamiento de izquierda. En el seno de esta, las vías y el contenido del cambio radical son materia de discusión, pero no su necesidad. Ninguna izquierda puede ignorar las reformas parciales, ni limitar a ellas su crítica de la sociedad. Una fuerza centrista se vuelve de izquierda solo cuando luchando contra el fascismo o una dictadura oligárquica se propone abolir el régimen político existente.

Al ser oposición, la izquierda es inicialmente minoría. Solo existe una vía para cambiar esta condición: que el pueblo trabajador se movilice para cambiar el sistema vigente. En ese proceso el sujeto político se funde con el sujeto social. La minoría deviene mayoría. El significado histórico de una izquierda no se mide por los espacios de poder conquistados en un momento dado, sino por su arraigo en la conciencia de los trabajadores. En 1913, la Segunda Internacional había acumulado un poder enorme. Un año después, el mundo descubriría que, en las últimas dos décadas de su existencia, cada posición conquistada había sido una derrota para la conciencia socialista. La izquierda no rehúye su participación en el poder, siempre y cuando esta no contradiga su función. Se convierte en Estado, solo cuando se trata de un Estado revolucionario de las mayorías.

No toda negación del orden imperante es de izquierda. Existe una crítica especulativa que parte de valores abstractos y eternos en nombre de los cuales el intelectual, su guardián impoluto, fustiga a todos los actores de la historia. Los conceptos de humanidad, justicia, democracia y libertad son esgrimidos para hostigar a todos los hombres por igual: los que actúan ostensiblemente contra ellos y los que, en su afán por volverlos realidad, se topan con los límites de su tiempo. La posición es cómoda: exime de la preocupación por la viabilidad de los principios y permite dirigirlos a veces contra la

derecha y otras —como en el caso de los “nuevos filósofos”— contra la izquierda. Solo es de izquierda la negación comprometida con el movimiento vivo de los trabajadores, aquella que acepta la tensión entre los valores del humanismo y los intereses concretos de estos, aceptando cargar con la responsabilidad de la praxis política. Por su parte, la extrema derecha, cuando no está en el poder, se vuelve también crítica. Pero las transformaciones que ella propone, por más devastadoras que parezcan, tienen como objetivo consolidar el sistema de explotación existente o renovar uno ya extinto: cambiar para que todo siga igual o volver hacia atrás. Por eso la derecha no puede desarrollar una teoría que no sea el irracionalismo. Su fuerte no es el pensamiento crítico, sino el fraude ideológico.

Si la primera y más importante condición para la existencia de la izquierda es la negación del sistema existente, la segunda es la presencia de un ideal de sociedad futura en la cual se materializan las luchas sociales del presente, un ideal cuya realización no puede lograrse de inmediato y que representa una aspiración que, proyectada hacia el futuro, impulsa la acción práctica del movimiento. Ninguna izquierda puede existir sin esta tensión permanente entre un proyecto de transformación general de la sociedad y una táctica que obliga a concentrarse en objetivos limitados, entre medios y fines. Para que la izquierda cumpla con su función transformadora, el ideal debe existir antes de que maduren las condiciones de su realización. Hay, es verdad, otra posibilidad: un enfoque pragmático que descubre y crea paulatinamente el futuro por medio de un método de prueba y error. Así, se afirma, se evitan las decepciones y se mantiene a la izquierda más cerca del nivel real de la conciencia popular. En los países capitalistas, esta posición desemboca inevitablemente en un reformismo socialdemócrata. En el socialismo realmente existente auspicia la adopción de medidas cuya brutalidad acaba por comprometer la construcción de la nueva sociedad.

¿Y en América Latina? ¿Acaso la revolución cubana no triunfó guiada por esta idea? ¿No gustaba el Che en presentarse como un “revolucionario práctico” que había aprendido lo que sabía a través del

“método de la prueba y el error”? Y, sin embargo, fue el mismo Che quien más tarde dedicó muchas de sus mejores horas a concebir y exponer un humanismo socialista para los revolucionarios latinoamericanos. La revolución cubana se orientó hacia el socialismo, porque la idea estaba arraigada en la izquierda y sus dirigentes supieron aprovechar la coyuntura revolucionaria para generalizarla. Elevar al nivel de teoría general la táctica inicial de los revolucionarios cubanos, es deformar grotescamente el sentido mismo de la más grande de las revoluciones americanas. La idea de una sociedad en la cual la igualdad, la justicia y la libertad prevalecerían es antiquísima. Las grandes religiones poseen una vertiente utópica que les permite acercarse a las ideologías socialistas contemporáneas. Como anhelo de una sociedad sin explotación y tiranía, la utopía social existe en casi todas las culturas y responde a una esperanza que no es privativa de una formación social o una clase. En la izquierda contemporánea, la utopía vuelve a florecer. La revelación de los límites del socialismo embrionario, el postergamiento de la revolución en los países capitalistas altamente desarrollados, la aparición de movimientos sociales en los cuales las ideas del socialismo científico se articulan con las del islam (países árabes, Irán), el cristianismo (Polonia) o el romanticismo revolucionario (América Latina), han hecho del renacimiento del pensamiento utópico uno de los fenómenos más sorprendentes de nuestra época marcada por la robotización computarizada, solo previsto en la obra de Bloch y Marcuse.

La utopía actúa a veces como poderoso impulso de la acción revolucionaria. En otras ocasiones, se erige en fuente de inmovilismo místico y extravío práctico del movimiento popular. Mantiene vivo el aliento humanista de las masas en las condiciones más adversas, pero tiende también a distraer sus energías de tareas históricamente realizables. La relación entre la utopía y el movimiento social real, es uno de los grandes problemas teóricos de nuestro tiempo.

Existe, en los países subdesarrollados, una concepción ampliamente difundida que no es una simple variante ni una manifestación subordinada del socialismo. Con una posición divergente

convergente hacia el pensamiento socialista, esta corriente adopta una posición ambigua hacia el dilema capitalismo / socialismo. El centro nodal de esta visión es la superación del subdesarrollo; su modelo, los países capitalistas y socialistas altamente desarrollados. Sus objetivos son la elevación general del nivel de vida del pueblo trabajador, la industrialización, el desarrollo científico y técnico y la urbanización. La educación masiva y la salud pública, la politización y democratización de la vida nacional, aparecen como alternativas radicales a una sociedad tradicional que condena a las mayorías al hambre y a la sumisión, se resiste al cambio y la innovación y está plagada de formas de explotación precapitalistas y sistemas de dominación despóticos. Antimperialista y defensora de la independencia nacional, esta corriente ve en el pueblo, más allá de distinciones clasistas, el sujeto de cambio y en el Estado moderno el instrumento principal de su misión histórica. Políticamente oscila entre un keynesianismo socialdemócrata y un populismo revolucionario que, en ocasiones, la coloca a los márgenes de la izquierda y en otras la convierte en poderosa fuerza revolucionaria.

El marxismo y otras izquierdas

La corriente hegemónica en la izquierda contemporánea es el socialismo marxista. Sus iniciadores, Marx y Engels, se propusieron fundar un ideal socialista que respondiera no a la “razón” o a la justicia en abstracto, sino a necesidades históricas, tendencias, leyes y posibilidades identificables en la sociedad presente. En su obra, el momento de la imaginación de una sociedad perfecta y el *élan* ético ceden el lugar a la comprensión de las luchas concretas de los trabajadores y su proyección histórica. Esto no quiere decir que el marxismo esté desprovisto de ideales. Los valores éticos están presentes en la obra de Marx no solo en el humanismo de los manuscritos de 1844 y la indignada denuncia del capitalismo de su obra principal, *El capital*, sino también en la famosa onceava tesis sobre Feuerbach: “Los filósofos solo han interpretado el mundo, ahora hay que cambiarlo”. Lo que ellos niegan es la posibilidad de una teoría revolucionaria basada en principios morales o un análisis de la sociedad existente que parta de juicios de valor. Su contribución al movimiento es la de una teoría crítica, única mediación racional posible entre la singular situación actual y el horizonte futuro de la época en que vivimos. Un movimiento que se propone construir un nuevo mundo luchando contra las trasnacionales, las burocracias omnipotentes y el peligro de una guerra nuclear no puede basarse en la utopía. Por otro

lado, la ciencia separada de la imaginación revolucionaria tiende a ser cada vez más conservadora. Nada hay de seguro en el porvenir. Este mundo repleto de armas atómicas es tan capaz de destruirse a sí mismo en defensa de un sistema caduco, como de dar a luz una nueva civilización. La última palabra la tienen los hombres y las mujeres que, por más enajenados y oprimidos que estén, son potencialmente libres y por lo tanto capaces de actos transformadores que nulifican los diagnósticos basados en condiciones previamente existentes. La teoría que prepara revoluciones es obligada a revisarse críticamente en cada una de ellas. El marxismo de la izquierda contemporánea es esencialmente diferente al del periodo de la lucha contra el fascismo y la guerra fría. Durante tres décadas, el marxismo, como teoría general de la sociedad, languideció. Empeñado en una estéril repetición de sí mismo, dejó de preparar el futuro. Inmóvil ahí donde lo habían dejado los revolucionarios de los años veinte, tardó en plantear las nuevas preguntas, mientras el capitalismo y el socialismo embrionario continuaban su vertiginosa evolución. La pregunta de si la obra de Marx y Engels es hoy vigente, es ya irrelevante. ¿Quién puede negar que estos dos pensadores iniciaron una época intelectual que está aún muy lejos de haber concluido, que su pensamiento es protagonista de una revolución teórica y cultural no menos significativa que las revoluciones sociales y políticas del movimiento real? Solo en la Reforma del siglo XVI puede encontrarse un *bouleversement* intelectual de la misma magnitud. Pero su historia es todo menos una cadena ininterrumpida de éxitos. La revolución socialista no se produjo en los países para los cuales fue escrito *El capital*. Y ahí donde se dio, tuvo consecuencias imprevistas por los marxistas. El mundo se enfrenta a cuestiones que no fueron planteadas a tiempo por los marxistas de la generación pasada y la ideologización dogmática de este sigue siendo un obstáculo poderoso a su desarrollo teórico.

El marxismo permea hoy todo el pensamiento de la izquierda, pero sus fronteras se han desdibujado. Se multiplican en su seno las escuelas contrapuestas: el marxismo de la Segunda Internacional, el austrohúngaro y el leninismo; la escuela crítica alemana y

el marxismo gramsciano, el humanista (Polonia-Yugoslavia) y el estructuralista de Althusser. Se definen también influyentes versiones nacionales: soviética, china, italiana, cubana, yugoslava. La ortodoxia ha muerto. Surge una nueva relación con las otras grandes corrientes del pensamiento contemporáneo y las culturas nacionales.

Durante tres décadas predominó en la izquierda la noción según la cual los países que emprendían el camino hacia el socialismo debían ajustarse, con variantes menores, al modelo encarnado en la URSS. Esta concepción marcó trágicamente el desarrollo —impresionante en muchos aspectos— de los países del Este de Europa, influyó en crisis como las de Checoslovaquia o Polonia, envenenó la relación con países como Yugoslavia, China y Cuba, que se empeñaban en buscar sus propias vías de acceso a la nueva sociedad, y frenó el desarrollo del socialismo en los países capitalistas desarrollados. Una réplica maniquea eurocentrista a esta posición reserva para Occidente las formas más civilizadas del socialismo y condena a los países subdesarrollados a la violencia y las dictaduras burocráticas. Esta nueva edición del colonialismo se niega a reconocer que la Revolución rusa de 1917 y las otras del tercer mundo han contribuido más en el siglo XX al advenimiento de una nueva civilización que todo el realismo reformista de Europa Occidental y que la superación del atraso y el surgimiento de formas embrionarias del socialismo en esos países fue un paso necesario en la eclosión del socialismo como sistema mundial. Hoy, cada pueblo tiene ante sí una gama de posibilidades condicionada no solo por el grado de desarrollo de sus fuerzas productivas, sino también por su trayectoria política y cultural. El obstáculo principal al advenimiento de un socialismo autogestionario y democrático no es hoy el atraso de los países del socialismo embrionario, sino la tardanza de la revolución en los países capitalistas desarrollados, sede del imperialismo. En esas condiciones, la visión socialdemócrata tradicional no participa de la izquierda, porque no representa una negación de la sociedad capitalista, sino su confirmación reformada. La socialdemocracia considera que en las condiciones tecnológicas modernas una sociedad sin clases y sin Estado

es imposible. Rechaza, por lo tanto, cualquier acción revolucionaria tendiente a establecer la nacionalización y colectivización de los medios de producción. Se inclina por las reformas —en el marco parlamentario— del Estado burgués tendientes a impulsar la planeación indicativa, la expansión del sector estatal de la economía la seguridad social. Aspira a la conquista del poder, pero en condiciones en las que el respeto al gran capital y sus representantes políticos, tiende a reducir las reformas a los límites de un inestable keynesianismo de izquierda. En política internacional se hace partícipe de las agresiones contra los países del socialismo embrionario y se pronuncia por la conservación de los lazos neocolonialistas.

En el seno de la izquierda prevalecen hoy dos grandes concepciones del socialismo: una autoritaria, la otra autogestionaria o democrática. La primera, toma la forma de una ideología de Estado. Aun cuando su influencia está decayendo en la izquierda de los países capitalistas más desarrollados, cuenta aún con muchos adeptos en los del socialismo embrionario y el tercer mundo. La segunda, más reciente, se originó en Yugoslavia, Polonia y Europa Occidental, pero se abre camino rápidamente en el resto del mundo. Las dos coinciden en que el socialismo solo puede hacerse realidad en una sociedad sin clases sociales y sin poder estatal. Pero la autoritaria considera que el camino hacia ese objetivo, pasa ante todo por la nacionalización de todos los medios de producción; un periodo prolongado de poder estatal dictatorial en manos de un solo partido que tiene autoridad en todas las esferas de la vida social; una planeación centralizada, regida por funcionarios expertos y la limitación de los derechos individuales en aras de la construcción de la nueva sociedad. El socialismo autogestionario, en cambio, concibe la base económica de la nueva sociedad en la autogestión de los productores y una combinación de planeación central democrática y mercado socialista. Para ella, la propiedad social de los medios de producción, no es suficiente para la existencia del socialismo. Este aparece solo cuando va acompañado del florecimiento de una democracia de los productores. Se opone al poder dictatorial del Estado y el partido único y exige su

limitación por medio de la autonomía de los sindicatos, la libertad de prensa y asociación, la pluralidad de partidos y la aplicación de medidas drásticas, tendientes a impedir la hipertrofia burocrática.

La izquierda contemporánea es una suma de impulsos extraordinariamente heterogéneos, cuyo denominador común es la negación del orden establecido y la lucha por una sociedad mejor. En ella confluyen fuerzas, pensamientos y voluntades mucho más diversas que las que existían en la antigua izquierda. Su característica principal es el debilitamiento de las viejas centralidades organizativas e ideológicas; la pluralidad de motivaciones, objetivos y concepciones estratégicas. Si bien el marxismo es el haz de luz que ilumina el conjunto del movimiento, él mismo se halla dividido en corrientes cada vez más enfrentadas. La contradicción entre el trabajo y el capital sigue siendo fundamental, pero se encuentra condicionada y modificada por la violenta manifestación de nuevas contradicciones en la esfera del consumo, la ecología, la política y la cultura. La clase obrera se estratifica y nuevas capas sociales se integran a la lucha por el socialismo. La lucha ideológica ha adquirido una complejidad y una agudeza mucho más grande que la existente en la Segunda Internacional o los primeros años de la Tercera. No solo se debaten los conceptos fundamentales de la teoría política, social y económica del marxismo, sino los límites mismos de su vigencia y su futuro. Las vías al socialismo, las formas y métodos de la revolución socialista, las medidas transicionales que siguen a la victoria de la revolución, el papel y contenido de los movimientos de liberación nacional, los problemas de la guerra y la paz y las características de la nueva sociedad son motivo de una disputa cuyo resultado es determinante para el futuro de toda la humanidad. En las nuevas condiciones, la organización de la izquierda o su unidad de acción a niveles nacionales e internacionales toma la forma de una suma de fuerzas, pensamientos y voluntades contrapuestas, alrededor de objetivos transformadores que no implican la nulificación de la particularidad de los participantes. Por eso la definición de esos objetivos y su elevación a nivel hegemónico adquiere una importancia vital. Esto no quiere decir que la izquierda

pueda ser definida en función de un catálogo de posiciones aceptables para todos sus componentes. En ciertos momentos, los programas mínimos son útiles para promover la acción concertada; como criterio teórico de definición, representan la reducción de una rica y compleja realidad a su mínimo común denominador: la identificación de la izquierda con las posiciones más moderadas existentes en su seno. Y, sin embargo, ninguna izquierda puede sobrevivir sin un ala revolucionaria. En tiempos de desarrollo pacífico, representa el objetivo, la tensión entre presente y futuro. Cuando llega la hora de las grandes acciones, solo ella es izquierda. La izquierda puede aglutinarse alrededor de un programa mínimo como en el Movimiento de Liberación Nacional en México o bien una rebelión popular como en Francia en 1968 o en un programa de gobierno (que es mucho más que una plataforma mínima) en ese mismo país, diez años más tarde. Puede también unirse en una guerra de guerrillas, como en Nicaragua o El Salvador, o aparecer dispersa como en México, Perú, Alemania Occidental o Estados Unidos. Su identidad histórica no reside en sus aglutinamientos coyunturales, sino en el papel que juega en el seno de la sociedad en la cual actúa.

Un cuarto de siglo en la vida de la izquierda mexicana 1976-2001*

La izquierda es una posición que forma parte inseparable del sistema político. Evoluciona y se transforma respondiendo a los cambios de este y su desarrollo solo puede ser comprendido en el marco de esos cambios. En el último cuarto de siglo, el mundo y México han pasado por grandes transformaciones, y esa corriente de pensamiento y acción no podía permanecer al margen de ellas. En términos generales podemos decir que la izquierda ha protagonizado una diversificación impresionante y un crecimiento importante de su influencia en la vida nacional.

Bajo el impacto de la globalización, en Europa Occidental y Estados Unidos el “Estado de bienestar” pierde fuerza y aparecen poderosas tendencias conservadoras centradas en las personalidades de Ronald Reagan y Margaret Thatcher. En América Latina, llega a su fin el ciclo de dictaduras y movimientos guerrilleros, y en la década de los ochenta el subcontinente se orienta hacia la reforma democrática que intenta mitigar los destrozos de las dictaduras. Terminada la guerra fría, Estados Unidos se vuelve más tolerante hacia las izquierdas latinoamericanas que se inscriben en ese proceso, a la vez que

* Texto originalmente publicado en el suplemento de *Proceso*, No. especial 25 aniversario, 2001.

mantiene el bloqueo de Cuba. En México, todavía en 1976 el régimen de partido único que excluía de la vida legal a la mayor parte de la izquierda se mantenía sin cambios sustanciales. Desde los sesenta se había vuelto más represivo, pero los embates contra su hegemonía eran más frecuentes y masivos. En ese mismo año, el prolongado auge económico de la posguerra llega a su fin y la economía mexicana entra en una era de inestabilidad, estancamiento, endeudamiento y dependencia creciente que no ha terminado aún.

En los años de 1977-1978 el gobierno de José López Portillo puso en marcha una reforma que abrió, de manera limitada, las puertas de la vida electoral a la izquierda independiente. Cinco años más tarde, en 1982 se produjo una devastadora crisis económica, así como el acenso en los puestos de mando de la tecnocracia con un proyecto neoliberal ortodoxo. La reacción de la izquierda fue vigorosa, pero no eficaz. Sin embargo, los grandes movimientos de protesta de los primeros años de los ochenta crearon las condiciones para la insurrección electoral de 1988.

La caída del Muro de Berlín y del socialismo realmente existente (1989-1991) y la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, que fueron prácticamente simultáneas, produjeron en la izquierda cambios importantes. Los más significativos fueron el ascenso del neocardenismo y la formación del Partido de la Revolución Democrática. En 1988, en elecciones marcadas por el fraude masivo, sube a la presidencia Carlos Salinas de Gortari, quien realiza a ritmo vertiginoso una serie de reformas neoliberales. Privatizaciones, contrarreforma agraria, debilitamiento de las instituciones de seguridad social, regulación económica y firma del Tratado de Libre Comercio en condiciones desventajosas son sus momentos estelares. La acción de la izquierda se vuelca al plano electoral. Defensa de las victorias locales y oposición a la política económica salinista en el Congreso son sus aspectos más salientes.

1994, año de sucesión presidencial, es marcado por un crimen sin precedentes en la elite gobernante. Asesinato del candidato del PRI a la Presidencia, rebelión de Manuel Camacho que rompe las reglas

establecidas, seguidos de otros asesinatos y una desastrosa crisis económica en diciembre, son síntomas de una descomposición del régimen.

El 1 de enero del mismo año aparece a la luz pública una nueva expresión de la izquierda, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional [EZLN]. Desde la profundidad de Chiapas, un movimiento guerrillero de fuerte contenido indígena declara la guerra al sistema. Pocos días después, la situación de guerra se transforma en una paz armada que da sustento a una negociación prolongada, la cual no ha terminado. Los zapatistas adquieren una gran presencia internacional, pero en el plano nacional su causa se enfrenta a obstáculos insuperables. A partir de entonces, la izquierda tiene dos polos, uno moderado en el PRD y uno radical en el EZLN.

En medio de un profundo deterioro de las condiciones de vida de las mayorías, el gobierno de Ernesto Zedillo, al mismo tiempo que sostiene drásticas medidas de austeridad, revierte la política represiva contra el PRD, que en las elecciones intermedias de 1997 obtiene una importante victoria. El sistema electoral se abre paulatinamente al pluralismo. En el año 2000 la economía se recupera y en las elecciones de julio se produce al fin la alternancia, que pone fin al sistema de partido de Estado. Las expectativas y esperanzas que el llamado de Vicente Fox al cambio sembró crean una ola de esperanzas. Sin embargo, una aguda recesión económica, un gobierno sin proyecto y los atentados del 11 de septiembre en Estados Unidos, con sus secuelas, están poniendo las bases de un desencanto de consecuencias todavía impredecibles.

Las ideas motrices

La izquierda mexicana es una corriente de pensamiento y acción que se aglutina alrededor de algunas ideas básicas que se han mantenido por largo tiempo; una mejor distribución del ingreso; consolidación y ampliación de la democracia; defensa de los derechos de la mujer, los indígenas y del papel del Estado, así como de la soberanía

económica y política. Pero las ideologías que sostienen esas posiciones y el significado de estas en un escenario en perpetuo cambio sufren profundas transformaciones. Así, por ejemplo, antes de 1979 el concepto de democracia se identifica principalmente con la reivindicación de los derechos ciudadanos, mientras que a partir de ese año comienza a centrarse en la reforma del sistema electoral. Con la firma del TLC, el concepto de soberanía asociado con el modelo de sustitución de importaciones es relegado.

Hacia 1976, la influencia del marxismo y el socialismo entre los miembros de la izquierda es muy grande. Los libros de los autores más conocidos de esa corriente, tanto europeos como mexicanos, se venden por decenas de miles de ejemplares. Algunos manuales alcanzan ediciones de cientos de miles. En las facultades de ciencias sociales de muchas universidades desplaza a las otras corrientes del pensamiento. Todos los marxismos tienen sus partidarios, y los debates entre leninistas, maoístas, gramscianos, althusserianos constituyen una activa vida teórica. En la interpretación de la evolución de América Latina, los partidarios de la teoría de la dependencia y los modos de producción libran batallas que producen una copiosa literatura. La ideología del movimiento comunista se ve sacudida después de 1968 por la aparición del eurocomunismo, que cuestiona mucho de lo que está sucediendo en los países del “socialismo realmente existente”. En ese movimiento se inicia la diferenciación y más tarde la dispersión que rompe con la ortodoxia del pasado. Los portadores de la idea del partido de vanguardia se oponen al culto a la espontaneidad y se enfrentan a los militantes de los movimientos sociales que denuncian la burocracia y la rigidez doctrinaria de muchos partidos comunistas.

Sin embargo, ese florecimiento de la teoría marxista no penetró en las mayorías populares. El socialismo fue en México siempre una corriente de militantes e intelectuales y por eso su eclipse de 1989 fue tan completo.

El nacionalismo revolucionario combativo, en cambio, que tenía en los ochenta una presencia limitada en los medios intelectuales,

predominaba sobre todo en los sectores populares que respondían a los llamados de la izquierda. Todavía a principios de la década de los setenta se manifestó vigorosamente como corriente ideológica en el movimiento sindical contestatario dirigido por Rafael Galván.

Hasta mediados de los ochenta los socialistas son revolucionarios, y los nacionalistas, reformistas. Los primeros consideran que los objetivos de la izquierda solo pueden realizarse por medio de una revolución, y los segundos se empeñan en la consumación de los ideales de la Revolución mexicana. En un mundo en el cual el PRI-gobierno ocupa o permea todos los espacios, ser independiente se convierte en un símbolo de dignidad. Los nacionalistas revolucionarios, en cambio se mantienen dentro del partido gobernante con salidas intermitentes que les permiten mantener vivo su contacto con sectores populares en lucha.

A partir del período 1988-1989, la cultura de la izquierda conoce una profunda transformación. Sus objetivos básicos se mantienen, pero la ideología y las organizaciones socialistas sufren un colapso, y más tarde dicha cultura desaparece de la escena. Los efectos en México de la caída del Muro de Berlín fueron demoledores. En el PRD, las ideas de revolución e independencia del régimen son sustituidas por las de la reforma y fusión ente un sector del PRI y la izquierda socialista, bajo la hegemonía del primero. El dogmatismo, flagelo persistente de la izquierda programática, cede el lugar al oportunismo sin anclas del populismo. El nacionalismo revolucionario y el caudillismo ocupan el lugar dominante. Las utopías son sustituidas por un pragmatismo chato que ignora la proyección hacia el futuro. Ante el embate de la contrarrevolución neoliberal, empeñada en desmontar los logros populares del último medio siglo, la izquierda desarrolla actitudes conservadoras; defensa de los derechos agrarios y sociales atacados, oposición a la apertura indiscriminada de la economía, reivindicación del papel del Estado frente al mercado. La idea del cambio pasa aparentemente del campo de la izquierda al de la derecha. Ante muchos, más que portadora de los ideales de un futuro mejor, la primera parece como defensora de un pasado mejor. Después de

las elecciones de 2000, esto acerca peligrosamente al PRD a las posiciones de un PRI que ha perdido la presidencia.

En cambio, el EZLN, aliado a los sectores de los intelectuales que se mantienen en la izquierda, encabeza una fuga hacia el futuro. Las ideas de oposición frontal al neoliberalismo, dignidad revolucionaria, democracia directa, sociedad civil y derechos indígenas frente a la globalización, son, sin duda, una premonición del futuro. La utopía global es sustituida por una utopía abierta, experimental. Pero el mensaje no cala en las mayorías que se empeñan en el cambio gradual y oscilan entre la defensa del pasado y la atracción del neoliberalismo, promovido desde los centros de poder internacionales y nacionales. Al mismo tiempo que la influencia del mensaje zapatista se difunde espectacularmente en el mundo y crea una red de solidaridad que da la vuelta al globo, su atracción en el escenario nacional disminuye. Los movimientos de solidaridad se multiplican, pero los seguidores son pocos. En materia de pensamiento, la izquierda vive un compás de espera en busca de la síntesis y, a la vez, la superación del liberalismo democrático, el nacionalismo y el socialismo marxista, tal como se presentaron en la historia de México.

La lucha electoral y la insurgencia sindical

1976 encuentra a la izquierda empeñada en participar por última vez en la elección presidencial sin registro. Por haber declinado el PAN su participación en esa justa electoral, el candidato del PRI, José López Portillo, se encuentra sin oponente y por eso la actitud hacia la candidatura de Valentín Campa, viejo líder sindical y militante del Partido Comunista Mexicano [PCM], es más tolerante, no siendo objeto de los hostigamientos y represiones acostumbradas. Campa es apoyado por una Coalición de Izquierda integrada por el PCM, la Liga Socialista y el Movimiento de Organización Socialista, ambas organizaciones de orientación trotskista. Muy ilustrativamente, la campaña fue denominada Marcha por la Democracia y el *slogan*

central inspirado en el ascenso de las luchas sindicales, fue “Campa, candidato de los obreros en lucha”. De esa manera, el discurso se orientó hacia la democracia en general y la democracia sindical en particular. Dentro de ese marco, se apoyaban la exigencia de derechos políticos para los sacerdotes, la libertad académica y la democracia en el Ejército.

La campaña, sin acceso a los medios de difusión masiva, tuvo una proporción modesta. Duró tres meses e incluyó noventa y siete mítines, en los cuales participaron —según los cálculos de los organizadores— casi 100 mil personas. Los actos principales se realizaron en Puebla y Guadalajara, y el mitin de cierre en la Arena México, que tuvo una asistencia de más de 10 mil personas. El número de votos obtenidos por Campa nunca apareció en los informes oficiales. La campaña del viejo líder sindical demuestra a la vez el empeño de la izquierda partidista en integrarse a los procesos electorales y los límites de su influencia en las condiciones de represión que aún privan en esos años, en los cuales la guerra sucia contra la guerrilla que había surgido desde 1971 seguía en su apogeo. Tres años más tarde, la izquierda obtenía su registro y participaba por primera vez en una elección nacional de diputados, dentro del sistema.

Por su parte, los movimientos populares siguen activos. Reacios a sumarse a los partidos programáticos de la izquierda, coinciden con ellos en demandas inmediatas, pero se diferencian en sus tácticas. En 1975, Rafael Galván forma la Tendencia Democrática del Sindicato Único de Trabajadores Electricistas de la República Mexicana [SUTERM] y encabeza grandes movilizaciones que se extienden por todo el país. Mientras los líderes sindicales se esfuerzan por dividir al movimiento y hostigarlo, 40 mil electricistas marchan el 1 de mayo de ese año presentando sus propios planteamientos, entre los cuales el relacionado con la democracia sindical juega un papel central. El 15 de noviembre se realiza otra manifestación, en la que participa también el sindicato de la UNAM con más de 100 mil personas. En los meses siguientes grupos de choque enviados por los líderes oficiales toman los locales y acusan a Galván de ser un “fascista rojo”.

En octubre del siguiente año se forma el Frente Nacional de Acción Popular, que agrupa numerosos sindicatos y organizaciones independientes. Dos años más tarde el movimiento se disuelve en medio de la represión.

En 1977 se aprueba la Ley Federal de Reforma Política, que más que la creación de un régimen pluralista se propone otorgar una expresión acotada a lo que el gobierno llama “las minorías”. La izquierda, temerosa de que esto sea una nueva forma de cooptación, se acoge cautelosamente a ella. Pero en los siguientes seis años todos los partidos importantes se integran a la legalidad electoral. Atraída por las nuevas posibilidades que esta ofrece, la izquierda partidista inicia varios movimientos unificadores. En 1981, en víspera de las elecciones presidenciales, el PCM encabeza la formación de un nuevo instituto, el Partido Socialista Unificado de México, en el cual confluyen otras cuatro organizaciones. Sin embargo, se está lejos de la unidad total y algunas agrupaciones importantes se mantienen recelosas, al margen. En 1986 se produce una nueva fusión que une al PSUM con otras dos fuerzas para formar el Partido Mexicano Socialista. Pese a esos esfuerzos, los resultados electorales son muy modestos. La suma de votos de la izquierda independiente nunca es superior a 6%, y a partir de 1982 siempre presentó más de una planilla. Aun cuando los datos —debido a la falta de órganos electorales independientes— no son del todo confiables, reflejan una clara tendencia a la marginación. Estas fusiones que se realizaban para unir las dispersas fuerzas tuvieron poco efecto en un elector que se encontraba con una oferta electoral de izquierda de siglas cambiantes y diferencias incomprensibles. Mientras su voto se estancaba, el del Partido Acción Nacional crecía, colocando a este en un claro segundo lugar. El fantasma del bipartidismo rondaba el sistema.

El PMS fue el último esfuerzo por crear una organización electoral socialista. El 19 de mayo de 1989 esta se disolvía para dar vida al Partido de la Revolución Democrática [PRD], que durante sus primeros diez años de vida se ha visto dominado por la corriente neocardenista. El paso de la semilegalidad a la vida electoral legal produjo ya

cambios que con el tiempo se han ido consolidando. La izquierda se hizo menos doctrinaria y más atenta a la opinión pública. Los intelectuales “orgánicos” perdieron influencia y los operadores de campaña se hicieron más importantes. El militante envuelto en el *pathos* ético cedió el lugar al político profesional a la mexicana. Aparecieron los primeros casos de corrupción y las luchas internas se hicieron menos ideológicas y más ligadas al problema del poder. Pese a ello, la identidad de la izquierda seguía siendo inconfundible.

En los setenta años de dominio del PRI estuvieron marcados por una sucesión apretada de protestas masivas extraparlamentarias que acabaron por ser vistas por muchos ciudadanos como un fenómeno normal. En los primeros diez años (1976-1986) del periodo que estamos reseñando, los movimientos sociales que planteaban demandas populares específicas, cuestionando el pacto corporativo, conocieron un auge sin precedente.

A diferencia de los partidos legales, esos movimientos recurren preferentemente a la manifestación, la huelga, la resistencia civil y en último caso, a la guerrilla. Debido al carácter del sistema, estaban inevitablemente en conflicto con el monopolio del PRI y sus organizaciones de masas. Algunos tenían rasgos de clase, estado o etnia, diferenciándose como campesinos, obreros, indígenas o estudiantes. Otros eran de carácter regional, cívico o urbano-popular. Generalmente, sus dirigentes pertenecían o provenían de la militancia en la izquierda partidista.

En 1979, surgió la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación [CNTE], que reivindicaba en primer lugar la democracia sindical. Durante los siguientes tres años movilizó más de 150 mil maestros en manifestaciones y plantones. La Coordinadora se pronunció públicamente a favor de la liberación del SNTE del sistema corporativo que lo regía y su democratización, exigiendo el voto universal para elegir al dirigente nacional, derecho al que no gozaban los agremiados; educación gratuita a todos los niveles; incremento de la matrícula de las normales y fortalecimiento de la seguridad social. Asimismo, la Coordinadora participó en el interior del sindicato

en la destitución Carlos Jonguitud Barrios, dirigente de este, y luego se ha opuesto al control del grupo liderado por Elba Esther Gordillo nombrada por Carlos Salinas de Gortari.

Un ejemplo de un movimiento regional con fuerte contenido indígena es la Coalición Obrero Campesino Estudiantil del Istmo [COCEI], que se constituyó en una poderosa fuerza antipriista en el Istmo de Tehuantepec. Su lucha consiste en la exigencia de respeto a la autonomía de las comunidades y derechos ciudadanos y que, además planteaba las demandas económicas de la población trabajadora de la región —tierra, fin de la corrupción burocrática y la arbitrariedad de los caciques—, le dio gran fuerza política local y prestigio nacional. El ideario del grupo incluía el apoyo a la reforma agraria y los derechos laborales. En 1981 ganó las elecciones municipales, por lo que Juchitán se convirtió en uno de los primeros municipios mexicanos en ser gobernado por un grupo político de corte socialista.

Muy diferentes por su composición social y sus objetivos eran los importantes movimientos urbanos de las grandes ciudades que se oponen a la tendencia de las elites a moldear la vida de la ciudad de acuerdo exclusivamente con sus propios intereses. Aparecen a mediados de los años setenta con demandas de vivienda popular, transportes eficientes y baratos, servicios de agua, luz y educación para barrios populares, resistiendo la lógica inexorable del uso comercial de la tierra. A partir de 1980 la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular celebra encuentros nacionales a los que concurren cientos de organizaciones populares urbanas. A partir de 1982 sus planteamientos se hacen más generales y abarcan los problemas de la política nacional.

La crisis económica de ese año y el viraje neoliberal de la política mexicana con la subida a la presidencia de Miguel de la Madrid produjeron una ola de movimientos sociales que mantuvo su intensidad durante más de dos años y que abarcó todo el país. En octubre de ese año se formaron dos coordinadoras, una más moderada y otra más radical que incluía a cientos de organizaciones nacionales y locales. A partir de noviembre se iniciaron una serie de huelgas que movilizaron al Sindicato Mexicano de Electricistas y al Sindicato

de Trabajadores de la Universidad Nacional Autónoma de México [STUNAM], entre otros menores. Para junio del año siguiente, los huelguistas suman casi 300 mil, pero el movimiento es derrotado y las huelgas son levantadas sin lograr sus objetivos. En octubre de 1983 se organiza un paro general que es bastante exitoso, y el 5 de junio del año siguiente otro que resulta un fracaso. A partir de entonces, los movimientos sociales entran en un receso, roto solo para las concentraciones de campaña de Cuauhtémoc Cárdenas en 1987.

La aparición de la Corriente Democrática en el seno del PRI en 1986 vino a cambiar radicalmente la situación. Fue una rebelión contra el viraje iniciado por Miguel de la Madrid que estaba cuestionando todo el modelo de desarrollo aplicado por ese partido en los últimos cuarenta años. Sus dirigentes principales fueron, desde un principio, Cuauhtémoc Cárdenas, Porfirio Muñoz Ledo, Ifigenia Martínez y Rodolfo González Guevara. El primero acababa de salir de la gubernatura de Michoacán y el segundo de la representación de México en la ONU. Cárdenas dividió profundamente a la elite gobernante del PRI, y arrastró tras de sí a todos los sectores vulnerados por la crisis o indignados por el modelo político de altos costos sociales que se estaba imponiendo al país. En 1988, sin organización unificada ni acceso a los medios, el candidato del Frente Democrático Nacional logró en ciento veinte días de campaña sumar el 40% de los votos, colocando al sistema contra la pared. Así nacía el mito de la invencibilidad de Cuauhtémoc Cárdenas.

Por su parte, los partidos de la izquierda programática y los movimientos sociales que se habían movilizado intensamente en el último lustro, solo para sufrir derrota tras derrota, encontraron en su candidatura la oportunidad de irrumpir en la escena electoral y se sumaron, casi todos, a la candidatura. Por primera vez en décadas, la izquierda encontró la unidad.

Cárdenas demostró ser el candidato ideal para el momento que vivía el país. Su condición de heredero político del general Lázaro Cárdenas galvanizó a los partidos del régimen que se oponían al ascenso del neoliberalismo, otorgándoles al mismo tiempo garantías

contra excesos radicales. Su estilo firme y sobrio a la vez fue acogido con simpatía por muchos electores cansados de la demagogia oficial. Su incansable “pueblar” y su capacidad de escuchar despertaron esperanzas en sectores olvidados, y su habilidad para los “amarres” unificó fuerzas aparentemente incompatibles.

Su éxito en las elecciones sacudió profundamente la conciencia nacional. Quedaba demostrado irrefutablemente que, incluso en el marco del estrecho sistema electoral de entonces, el PRI podía ser vencido por esa vía, y eso fortaleció en el imaginario popular la credibilidad en dicha opción como medio de expresión y de cambio.

El PRD y el neocardenismo

Un año más tarde nacía el PRD de la fusión de la Corriente Democrática, los partidos programáticos de la izquierda y la mayoría de los movimientos sociales existentes. El nuevo partido se constituyó en medio del naufragio ideológico de la vieja izquierda producido por la caída del Muro de Berlín y la renuncia de los movimientos sociales a su empecinado abstencionismo electoral parlamentario, que los mantenía fuertemente anclados en la sociedad civil.

Uno de los fenómenos más interesantes de la época es el ascenso del neocardenismo. Durante una década, Cárdenas unió a la mayor parte de la izquierda alrededor de la ilusión de victoria evocada por su nombre. El lema unificador era simple y electrizante: “¡Cárdenas a la presidencia!”. Con él, la izquierda salió de la marginalidad electoral en la cual estaba sumida e impuso su legitimidad en la opinión pública. Además, la salida de la Corriente Democrática produjo en el PRI una herida abierta por la cual, durante una década, miles de cuadros y numerosos grupos asociados a ese partido fluyeron hacia el nuevo. Es en él donde los priistas hicieron su primer aprendizaje en la oposición. Las tres campañas presidenciales de Cárdenas y la campaña del Distrito Federal infundieron una nueva vida a una de las corrientes políticas de México: el cardenismo. El neocardenismo

es un proyecto de reforma del PRI que se sostiene en el ideario de Lázaro Cárdenas. Ahora se manifiesta como una forma de resistencia a las políticas neoliberales del grupo gobernante con añoranzas por el Estado de beneficios limitados del periodo 1940-1980. Es también un movimiento caudillista tradicional, centrado en la figura carismática de su líder y las experiencias de sus cuatro campañas. En él, la fuerza del dirigente desplaza la autoridad de las ideas y la organización. Es también un estilo de hacer política que renueva los lazos entre sectores populares desfavorecidos y élites políticas, imponiendo reformas y concesiones que no amenazan al sistema. Después de la derrota en las elecciones de julio del año 2000, la figura de Cuauhtémoc Cárdenas ha perdido su centralidad en la vida de la izquierda, pero no existen aún alternativas que puedan sustituirlo. Una victoria de Lázaro Cárdenas Batel en la contienda por la gubernatura de Michoacán puede inyectarle nuevos bríos políticos, pero no su preeminencia nacional que es fruto de circunstancias irrepetibles.

El neocardenismo y el PRD han sido el gran catalizador de la transformación de la izquierda en una fuerza electoral y su inclusión como factor influyente en el proceso de transición democrática. Esto, a su vez, le ha otorgado plena legitimidad en el nuevo sistema pluralista que se está construyendo.

El talón de Aquiles del nuevo partido es su organización interna. Desde sus primeros pasos, el PRD ha sido una federación suelta de fuerzas, grupos y personalidades muy diversas. Esta heterogeneidad se plasmó en estatutos que legitiman la existencia de corrientes y someten los puestos de dirección y de representación a elecciones directas, secretas y universales. Esta condición le ha permitido al nuevo partido adaptarse a las formas de organización popular ya existentes y echar rápidamente raíces en amplios sectores. Pero también ha creado en muchos de sus dirigentes una visión instrumental en la cual el partido aparece no como un fin en sí mismo, sino como un medio para la realización de los objetivos particulares de su grupo. El partido ha marchado muy lentamente por el camino de la institucionalización y de la construcción de lealtades partidistas.

El PRD es hoy un partido de políticos profesionales o aspirantes a serlo. En sus filas hay poco lugar para la participación activa y estable de militantes que no aspiran a puestos de dirección o representación y que no responden a una relación clientelar. El nuevo partido no es una comunidad ideológica abierta a todas las actividades que promueven la realización del ideal común. Hay en él poco lugar para los sindicalistas, ecologistas, feministas, agraristas, intelectuales o artistas. Sus actividades se limitan a las campañas electorales, el parlamento o el gobierno y su visión de la política está limitada a esos quehaceres.

Las luchas electorales y las experiencias comunes han formado lealtades que unen a miles de personas que se consideran a sí mismas como perredistas y responden voluntariamente a los llamados de su partido, pero su participación en las decisiones internas de este es insignificante. Además, no toman parte en procesos de educación política hacia adentro o hacia fuera, y esto es un obstáculo muy grande para la implantación del instituto en los sectores más avanzados de la sociedad, sobre todo en las regiones y ciudades más desarrolladas del país.

Sin embargo, no hay duda de que en el espectro político del México de hoy el PRD ocupa el lugar de la izquierda electoral. Y eso se refleja, sobre todo, en su labor en las Cámaras. Desde sus primeros pasos ha pugnado por una democratización profunda del régimen político y en la era del dominio del PRI denunció consecuentemente el carácter autoritario del sistema presidencialista y corporativo, y defendió los principios del pluralismo, la división de poderes y la transparencia electoral.

Junto con otros partidos de la oposición, ha contribuido decisivamente a desarmar el régimen autoritario priista, que había frenado durante décadas el desarrollo de la democracia electoral en el país. Pero lo que lo distingue de los otros dos grandes partidos es la lucha por un cambio radical en la política económica y social. Los grupos parlamentarios del PRD han denunciado el aumento preocupante de la pobreza y la creciente dificultad de acceso a los servicios públicos básicos. Se han opuesto a la privatización del Instituto Mexicano del Seguro Social y al recorte de los padrones de beneficiarios

de los programas de abasto. Han levantado también la bandera de la defensa de los derechos sociales de los ciudadanos fijados en la Constitución. El PRD se opuso también a la contrarreforma agraria de Salinas de Gortari y ha sido muy activo en materia de protección de los migrantes mexicanos en los Estado Unidos. Sus representantes siempre sostuvieron que, si el TLC asegura la movilidad de capitales, debe también facilitar la movilidad de trabajo.

El PRD exigió, también sin éxito, cambios profundos en el presupuesto de egresos de 1998 y 1999 para incrementar el gasto social y acabó votando contra la iniciativa por la que se optó. Esta tuvo que ser aprobada por una alianza del PRI y el PAN. En el año 2000, año electoral, tuvo más éxito. Aliado a otros partidos de oposición, logró modificarlo sustancialmente, y lo mismo sucedió en 2001, primer año del nuevo gobierno.

Así mismo ha sido activo para transformar la defensa del medio ambiente en un derecho constitucional de los mexicanos y se opuso a los privilegios que favorecieron a la gran empresa privada plasmados en el Fobaproa. En las Cámaras en donde se manifiesta con claridad y coherencia el proyecto político del PRD. Más que en el programa y documentos ideológicos, es en las posiciones adoptadas por sus diputados y senadores donde pueden seguirse la orientación real del nuevo partido.

El otro polo de la izquierda: el EZLN

El otro polo de la izquierda, el zapatismo, presenta dos propuestas muy diferentes. La primera y más conocida es la autonomía política y cultural para las comunidades indígenas. Su novedad reside precisamente en haber transformado una demanda secundaria en el pasado en el centro de sus luchas. La resolución del Congreso sobre la ley relacionada con este tema posterga indefinidamente un avance decisivo en este terreno. La segunda es la creación de un movimiento social que no se inscriba en el régimen partidista y parlamentario y

que luche por la realización de las trece grandes demandas planteadas desde un principio, por vías extraparlamentarias. Frente al partido de izquierda que se propone conquistar la mayoría de la Cámara y eventualmente el Poder Ejecutivo para hacer avanzar su proyecto desde el Estado, el EZLN propone la creación de un gran movimiento popular: cabe decir, la conquista de la calle, el campo y la fábrica, para desde ahí luchar por vías pacíficas y legales por los objetivos de los pobres. Su enfoque sostiene que el parlamentarismo impone límites insuperables a un impulso transformador del pueblo, y que solo el movimiento desde abajo que concientiza y moviliza directamente la acción popular puede cambiar decisivamente la relación de fuerzas que existen en el país.

Hasta hoy las iniciativas para crear esos centros organizadores duraderos y eficaces del movimiento social han sido infructuosas. La idea de una fuerza política que no luche por la toma del poder ni recurra a los viejos métodos, sino que se dedique a potenciar los movimientos ciudadanos, tiene una larga tradición en los movimientos sociales.

Entre el PRD y el EZLN existen sin duda puntos de complementariedad y de conflicto. El partido electoral de izquierda no puede actuar como movimiento social si este se halla inhabilitado para participar en la contienda electoral. Cada uno de ellos se ciñe a reglas de juego diferentes y tradiciones distintas. A cada uno su cultura, su democracia, su capacidad transformadora, sus seguidores y sus límites. En los próximos años, México verá mucho de ambos: La fuerza electoral del PRD y los movimientos sociales como el EZLN. Ninguno de los dos puede con éxito sustituir al otro, pero su existencia puede en muchos momentos adquirir rasgos complementarios importantes.

Queda por resolver el problema de la utopía de la izquierda. La izquierda no puede pasar de la resistencia a la acción transformadora sin responder a fondo al reto del *pensamiento único*. La batalla del futuro se gana primero en las ideas y su respuesta debe reconciliar los objetivos inmediatos con la visión del futuro.

Para ponerse al día, el socialismo del siglo XXI debe de comprender en toda su profundidad la novedad de los movimientos sociales

contemporáneos y buscar las alianzas con las nuevas corrientes de pensamiento y de acción antisistémica surgidas a su calor. En primer lugar, están las luchas contra formas de opresión y segregación como son la discriminación y violencia contra la mujer, el racismo, los derechos de los pueblos originarios, el cambio climático o la manifestación de contradicciones culturales como los lazos internos de grupos étnicos en las migraciones masivas.

Debe también recoger las enseñanzas críticas de los éxitos y fracasos de las grandes revoluciones del siglo XX: la soviética, la china, la yugoslava, la cubana y la vietnamita, que se produjeron en circunstancias históricas muy difíciles creadas por el fascismo alemán, el imperialismo japonés, las intervenciones colonialistas norteamericanas y la guerra fría.

En todo comienzo hay una esperanza*

No puedo imaginar un mirador mejor ubicado para iniciar el siglo XXI que el que nos brinda el verso de León Felipe “poned las baratijas en su lugar, los ídolos al polvo y las esperanzas a la mar”. Hoy muchos mexicanos se sienten confusos y desamparados. Pese al fin del régimen de partido único, la incertidumbre es generalizada. En las últimas dos décadas la economía no ha crecido y los niveles de vida de las mayorías se han desplomado. El suelo tiembla bajo nuestros pies y no sabemos por qué sucede ni cuándo va a acabar. Periodos similares han existido en nuestra historia. Pienso en el ambiente entre los indígenas, después de la Conquista y el que siguió a la guerra con Estados Unidos en 1847. Una mezcla de decepción, falta de perspectivas, resignación y desconfianza en los líderes del presente. La pregunta es cómo ver lo que hay más allá de la densa niebla. Son numerosas las obras de prospectiva que tratan de los cambios tecnológicos y sociales que nos esperan. Sin embargo, casi todas los presentan como un destino inexorable que no podemos alterar y parecemos haber perdido la voluntad de comprenderlos y dirigirlos, de preguntar con fuerza: ¿quién soy, a dónde quiero ir y cómo puedo lograr mis objetivos sin perder el sentido de la vida?

* Enrique Semo, *La búsqueda*, México, Océano, 2003.

Lo primero que necesitamos es reconstruir la esperanza, el anhelo y la confianza en la posibilidad de un futuro personal digno, un México mejor y un mundo más humano. Pero ¿existen bases para tal esperanza?

Una sociedad como la nuestra no puede vivir sin planes de un mundo mejor, porque su anacronismo nos invade y nos estruja a cada paso. La evidencia de su inviabilidad se nos impone en el contraste con otras sociedades más exitosas, la más poderosa de las cuales se encuentra en las afueras de nuestra frontera norte. Sin embargo, la tarea es, a todas luces, formidable. Como una pasta viscosa, la desorientación lo envuelve todo. Las presiones para sumirse en la rutina, la tradición y el pragmatismo parecen irresistibles. Y la pérdida de confianza en la acción transformadora se ha traducido en el paulatino debilitamiento de las formas colectivas de participación, tales como los sindicatos, los partidos y los movimientos sociales. Por eso la reconstrucción de la esperanza exige un inmenso esfuerzo, mejor dicho, un triple esfuerzo: reavivar los valores cuestionados, renovar las formas de pensar e inventar el futuro. En la era de los cambios vertiginosos y las múltiples incertidumbres, la persona solo puede avanzar si es a la vez responsable y creativa.

Quizá el mejor comienzo sea un diálogo con Ernst Bloch, quien se propuso investigar afanosamente el origen y la presencia de la esperanza en todos los actos de la vida, desde el más íntimo hasta el más público. El filósofo de Leipzig, a quien Walter Benjamín elevaba al nivel de Kafka y Brecht en el pensamiento alemán, demostró que toda intención humana está sostenida por los sueños de una vida mejor y que el meollo de todo anhelo constructivo es la esperanza. Para él, la filosofía de nuestro tiempo “tendrá que tener conciencia moral del mañana, parcialidad hacia el futuro, saber de la esperanza o no tendrá saber alguno”. La filosofía que él propone es la filosofía de lo nuevo y su espacio es todo aquello que la persona ha querido sin jamás lograr o fallar totalmente. Bloch se propuso llevar la filosofía a la esperanza, un inmenso territorio inexplorado en el cual reina la posibilidad, el triunfo y la derrota, y lo logró en forma espléndida.

A finales del siglo XX, muchas esperanzas se vieron sepultadas, aparentemente para siempre. Y el peso terrible de esa apariencia nos impide mirar el futuro de frente. Se ha perdido la esperanza, porque ella está —como dice Bloch— enamorada del triunfo, no del fracaso. Especialmente afectada por el derrumbe de sus utopías, la izquierda ha visto la esperanza pasarse al campo enemigo. Pero el más grande error ha sido confundir el eclipse de algunas esperanzas con la muerte de La Esperanza. Perdida esta, la persona prefiere refugiarse en el pragmatismo de lo inmediato y eso le impide concebir el futuro como materia maleable, como objeto de sus anhelos creativos. Y, sin embargo, pensar en lo que es mejor proviene en principio del interior. Indica todo lo que él está esperando...

Es precisamente el hombre derrotado [escribe Bloch] quien debe enfrentarse de nuevo al mundo externo. Lo que viene no está decidido, el pantano puede ser disecado por medio del trabajo. Combinando el valor y el conocimiento, el futuro no se impone al hombre como destino, por lo contrario, el hombre va al encuentro del futuro y entra en él con lo que es suyo.

Toda esperanza concreta puede naufragar en el desencanto, pero solo muere en su integración en una nueva esperanza. O, como dijo Kazantzakis, “la incertidumbre es el principio de una nueva certidumbre”.

La esperanza es enemiga del miedo y la resignación y elimina sus corrosivos efectos. Amplía a la persona y la proyecta hacia adelante mientras que la resignación la limita y la empequeñece. La esperanza, que produce la seguridad en la capacidad de la persona de influir en la historia, forja “hombres que participan activamente en el devenir del cual ellos mismos forman parte”; la resignación, en cambio, los transforma en juguete pasivo e inerte de ese devenir. Una visión que no se limita a la contemplación y la interpretación exige como punto de partida el *pathos* (pasión) del cambio. No se puede pasar de una actitud defensiva de supervivencia a la acción transformadora sin reconstruir la esperanza.

Hay, es verdad, diversos tipos de esperanza. La persona teje sueños incesantemente. La mayoría de ellos son formas de huida, o bien ilusiones consoladoras, pero falsas. De acuerdo con su lugar en la sociedad cada mexicana o mexicano teje sueños pequeños o grandes que duran un día o una vida sin trascender a lo colectivo. Habiendo perdido los grandes ideales solidarios, se han refugiado en los pequeños anhelos individuales o familiares. Pero hay sueños que no les permiten conformarse con lo malo que existe, que les impiden renunciar. Ellos son los importantes, porque tienen como núcleo unificador la esperanza.

En la reconstrucción de la esperanza hay dos momentos. Uno es el *subjetivo*. Lo que Bloch llama el “soñar despierto”, que abre la posibilidad de un mundo mejor negando las condiciones reales existentes. Se expresa en un anhelo que, si no responde a una meta, se vuelve un error indeterminado. Pero cuando adquiere, en cambio, un objetivo, se transforma en búsqueda. Hay anhelos escapistas que en última instancia desembocan en el apoyo a la situación existente, como los anhelos de un Más Allá. Pero hay otros que, hundidos en la realidad y su horizonte, sirven para mantener en la persona el valor y encender la esperanza.

El segundo es el *objetivo*. En él, el conocimiento y la teoría son aspectos fundamentales. Su papel es develar las contradicciones inherentes al orden establecido. El pensamiento crítico genera márgenes de lo posible, es decir, ideas del porvenir. Para Bloch, un ejemplo de ello fue el socialismo que se originó en una crítica de las formas de dominación existentes. La visión del futuro se vuelve esperanza verdadera, o esperanza inteligente, solo cuando la razón entra en escena. La función progresista de la utopía social solo se realiza cuando su proyecto parece “mediado por la posibilidad y la tendencia social existente”. Por eso la esperanza y la utopía necesitan ser reformuladas periódicamente. Así, la utopía se transforma en un determinante estable y fundamental del desarrollo social, mientras que las utopías concretas son superadas o incluso llegan a transformarse en parte de la ideología dominante. Esta no es una excepción, sino una regularidad de la historia.

En la construcción de la esperanza hay resistencia, crítica del presente e ideas del futuro. Para que esté mediada por tendencias existentes en la realidad, esta idea del futuro se finca a la vez en la teoría y en la generalización de las experiencias cotidianas de los hombres y las mujeres de hoy. No importa si nace de la reflexión o de la acción, su desarrollo inevitablemente recorre ambos momentos.

En América Latina la vida y el pensamiento de uno de sus principales exponentes ejemplifican ambas experiencias. El Che gustaba de presentarse como un revolucionario práctico que había aprendido lo que sabía a través del método de la prueba y el error. Sus reflexiones sobre la guerra de guerrillas tuvieron ese carácter. Y, sin embargo, fue él mismo quien más tarde dedicó muchas de sus mejores horas a elaborar la imagen del “hombre nuevo”.

En la reconstrucción de la esperanza, el futuro se presenta como *posibilidad, consecuencia y perspectiva*. La imaginación es capaz de concebir una gama de posibilidades prácticamente ilimitada. Pero para nuestro propósito solo tienen significado aquellas que se sustentan en la crítica razonada de las condiciones existentes. Se presentan como posibilidades porque no conocemos todas sus condiciones y debemos dejar lugar para el azar. Lo realmente posible es, por lo tanto, una hipótesis, pero no arbitraria, sino sustentada en el riguroso análisis de las condiciones que la determinan. En la concepción de una actualidad que no está cargada de posibilidades, la vida se detiene y nacen los monstruos del “fin de la historia”. La esperanza que necesitamos es la que se nutre de la crítica de la realidad presente, no la que dimana de la fe ciega en un futuro radiante. Hay que pasar de la esperanza basada en la confianza ingenua en la promesa de un mundo perfecto a la que se resuelve en la responsabilidad de un futuro mejor. Es una esperanza que no es metafísica pese a que nace de los sueños, porque está fuertemente anclada en los tres tiempos de la historia: un pasado que no ha concluido, un presente que está al alcance de la mano y un futuro: lo que todavía no-ha-llegado-a-ser. El pensamiento crítico conlleva inevitablemente un elemento autocrítico y aborda problemas de fondo. Pensamiento crítico e imaginación son componentes imprescindibles

de la esperanza. La imaginación interpela el pensamiento crítico y la crítica enciende la imaginación. Los dos convergen para construir un *posible*, aun cuando este sea hoy inviable, y el posible convoca la esperanza que es el principio movilizador de una humanidad que no tiene por qué resignarse a su suerte.

La persona misma es —según Bloch— una posibilidad real en función de lo que ha sido en la historia y, sobre todo, de lo que puede ser. Del examen de las consecuencias de nuestros actos y las posibilidades que encierra esa actualidad, surgen los objetivos. Entre estos y el presente se encuentra el tiempo que impone los ritmos, las posibilidades prácticas.

La esperanza es parte de la naturaleza humana. La parte precisa que se vuelve hacia aquello que todavía-no-es, para detonar la acción. Tiene raíces en la libertad y la rebeldía. Es la libertad la que permite a la persona soñar y esperar, es decir, construir esperanza. Le permite también tomar decisiones sobre el porvenir. Y es la rebeldía la que la lleva a enfrentar el miedo y la angustia frente a un futuro desconocido y amenazador. La esperanza no soporta una vida de perro e impulsa a la persona a volverse contra el orden establecido y la resignación paralizante. Para cumplir su papel en la generación de la acción, la esperanza debe ver al sujeto en las relaciones de la persona con las demás personas y con la naturaleza, no en el poder del Estado, el dinero o el hombre providencial.

Ernesto Sábato, el gran escritor argentino, el de *El túnel*, *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón el exterminador* el que oscila entre la desesperación y la esperanza, el creador que tiene una fe ilimitada en los jóvenes y mantiene su solidaridad con los desposeídos, pese a todos los testimonios de debilidad y traición que proporciona el siglo XX, cuenta en su ensayo autobiográfico *Antes del fin*:

Recibo cantidad de cartas de muchachos que se sienten al borde del abismo, no solo de nuestro país, sino del mundo entero... Siempre me han preocupado estos jóvenes cuyos ojos están destinados a la belleza, pero también al infortunio porque ¿qué más desventurado que un sediento buscador de absolutos?

Te hablo a vos, y a través de vos a los chicos que me escriben o me paran por la calle, también a los que me miran desde otras mesas en algún café, que intentan acercarse a mí y no se atreven.

No quiero morirme sin decirles estas palabras.

Tengo fe en ustedes. Les he escrito hechos muy duros, durante largo tiempo no sabía si volverles a hablar de lo que está pasando en el mundo. El peligro en que nos encontramos todos los hombres, ricos y pobres.

[...]

Tenemos que abrirnos al mundo. No considerar que el desastre está afuera, sino que arde como una fogata en el propio comedor de nuestras casas. Es la vida y nuestra tierra las que están en peligro

Puesto que, dice Sábato, todos los gobiernos se han olvidado que su tarea es promover el bien común,

[...] la solidaridad adquiere entonces un lugar decisivo en este mundo acéfalo que excluye a los diferentes. Cuando nos hagamos responsables del dolor del otro, nuestro compromiso nos dará un sentido que nos colocará por encima de la fatalidad de la historia. Pero antes habremos de aceptar que hemos fracasado. De lo contrario, volveremos a ser arrastrados por los profetas de la televisión, por los que buscan la salvación en la panacea del hiperdesarrollo.

Junto a los jóvenes, Sábato ve a los desfavorecidos:

Cada vez que hemos estado a punto de sucumbir en la historia, nos hemos salvado por la parte más desvalida de la humanidad. Los jóvenes y los sumidos en la indigencia y el abandono, he ahí la fuente inagotable de la esperanza.

Para Sábato, no hay contradicción entre duda y esperanza. Son, por lo contrario, casi sinónimos. “Son muchos los motivos me dirás, podrías decirme [le escribe a su joven interlocutor], para descreer de todo”.

Los jóvenes como vos, herederos de un abismo, deambulan exiliados en una tierra que no les otorga cobijo. [...] El escepticismo se ha agravado por la creciente resignación con que asumimos la magnitud del desastre. La banalidad con que se degradan los sentimientos más nobles, degenerando al hombre en una patética caricatura, en un ser irreconciliable en su humanidad.

[...] Me reconforta saber que Kierkegaard decía que tener fe es el coraje de sostener la duda. Yo oscilo entre la desesperación y la esperanza, que es lo que siempre prevalece, porque si no la humanidad habría desaparecido, casi desde el comienzo, porque tantos son los motivos para dudar de todo. Pero por la persistencia de ese sentimiento tan profundo como disparatado, ajeno a toda lógica —qué desdichado el hombre que solo cuenta con la razón—, nos salvamos una y otra vez.

Y después de reafirmar su fe en los jóvenes, las mujeres y los desvalidos, le dice:

Son millones de personas las que están resistiendo, vos mismo lo podés comprobar cuando ves a estos hombres y mujeres que se levantan a altas horas de la madrugada y salen a buscar un empleo... Miles de personas, a pesar de las derrotas y los fracasos, continúan manifestándose, llenando las plazas, decididos a liberar a la verdad de su confinamiento. En todas partes hay señales de que la gente sale a gritar: ¡Basta!

Y para infundirle valor, insiste:

Hay que recordar que hubo alguien que derribó al imperio más poderoso del mundo con una cabra y una rueda simbólica. Una salida posible [le dice] es promover una insurrección a la manera de Gandhi, con muchachos como vos. Una rebelión de brazos caídos que derumbe este modo de vivir donde los bancos han remplazado a los templos. Vivimos [termina] un tiempo en el que el porvenir parece dilapidado. Pero si el peligro se ha vuelto nuestro destino común debemos responder ante quienes reclaman nuestro cuidado. Pero ¿cuál es el origen del desencanto y el desamparo de nuestros tiempos?

Contradicciones y paradojas

A primera vista todo debería ser confianza en un futuro mejor. La humanidad está entrando en una era cargada de posibilidades. La coincidencia de la revolución informática, la crisis tanto de la economía capitalista como de la estatista en los setenta y los ochenta, su profunda reestructuración; el ascenso en los años sesenta y setenta de movimientos inéditos —nos dice Manuel Castells— y las reacciones que produjeron, están dando vida a una nueva estructura social, una nueva economía y una nueva cultura. La lógica que impregna la sociedad actual está cambiando profundamente los términos de las instituciones y la acción social. No vivimos en una época de estancamiento o de decadencia, ¿por qué, entonces, ese profundo malestar?

El secreto está en las monstruosas contradicciones, las flagrantes paradojas, las incongruencias y los contrasentidos que marcan todos los aspectos de ese cambio. La mundialización está creando un objeto nuevo, el mundo en tanto que tal. Pero solo captamos un fragmento, un aspecto del proceso: el económico. El mundo, así, es sinónimo de humanidad, pero la idea misma de humanidad es considerada obsoleta.

El progreso en la ciencia, la tecnología, la economía, la urbanización —que parecían asegurar un desarrollo histórico generalizado— revela en todo momento una ambivalencia. Las soluciones crean nuevos problemas a un ritmo vertiginoso. Los efectos negativos de la innovación amenazan con superar a los positivos. Ya sabemos que el desarrollo en los términos actuales no puede ser ilimitado y que si no se desacelera y regula puede producir catástrofes y, sin embargo, no contamos con las instituciones adecuadas para controlarlas.

El auge de las nuevas tecnologías, sobre todo la informática, provoca perturbaciones económicas y estancamiento, pese a que contienen un inmenso potencial liberador. El nuevo desarrollo productivo degrada la ecología y somete a la persona a un estrés nunca antes imaginado. La carrera por el crecimiento económico en el marco de la globalización se realiza con el sacrificio y la destrucción de todo

lo que no obedece a la lógica de la competencia. El florecimiento del capitalismo ha impulsado el desarrollo del mercado mundial, pero ha producido la mercantilización generalizada, haciendo añicos las comunidades, solidaridades, actividades no monetarias y destruyendo, así, todos los tejidos de convivencia.

Desintegrada la familia ampliada, el vecindario, la reciprocidad solidaria, todas las iniciativas y las responsabilidades ciudadanas son traspasadas al Estado, la empresa, el mercado. Los problemas de la juventud se han intensificado. En el último siglo, la diferencia que separa a los países ricos de los pobres se ha multiplicado por seis y en las últimas dos décadas el proceso se ha acelerado. Mientras que en quince países privilegiados que albergan a una cuarta parte de la humanidad el bienestar se ha incrementado sustancialmente, en setenta países el ingreso per cápita es inferior al de 1980 y en cuarenta y tres es menor que el de 1970. La población de esa parte del mundo es de 1,9 millones de personas, cerca de un tercio del total. Hay que señalar, además, dos fenómenos generalizados. Dentro de cada país las diferencias regionales se disparan y eso es tan cierto para Brasil o México como para Estados Unidos y Gran Bretaña, y el crecimiento de la pobreza y la extrema pobreza es ya un fenómeno global.

Las grandes trasnacionales se erigen en rectoras de la nueva división del trabajo, mientras los Estados democráticos y las fuerzas populares se baten en retirada. Los cambios en las relaciones entre el hombre y la naturaleza exigen drásticas medidas de conservación, pero la resistencia a su adopción es hasta ahora todopoderosa. Clases sociales fundamentales como el campesinado y el proletariado fabril entran en un proceso de reducción acelerada o metamorfosis, mientras que amplios sectores se transforman en accionistas, sobre todo a través de los fondos de jubilación, o en pequeños empresarios de la economía informal. Sin embargo, no se ha explorado el significado de esta metamorfosis para la ideología y las formas de organización del pueblo en defensa de sus intereses. Los conflictos políticos y sociales del pasado parecen haberse desvanecido, pero los nuevos términos de las luchas sociales no acaban de definirse.

Se ha elevado el número de personas de la tercera edad, lo que ha modificado la estructura de la sociedad, pero en la mayoría de los países los problemas que eso plantea no han sido resueltos. Los procesos de integración regional y las grandes migraciones amplían los horizontes humanos, pero reducen las funciones de la conciencia nacional, creando graves problemas de identidad. Aparece el fundamentalismo como respuesta a esos procesos. El poder del Estado de intervenir en la economía se ha reducido drásticamente y ha impuesto nuevos límites a las formas tradicionales de hacer política. En los países desarrollados la proporción de los profesionistas altamente calificados crece rápidamente y la ciencia y el saber se transforman en un componente cada vez más importante de la producción, pero en el tercer mundo la educación se rezaga considerablemente. La democratización avanza en casi todo el mundo y se transforma en una poderosa fuerza, pero el poder económico y el ingreso tienden a concentrarse cada vez más.

En América Latina el modelo de industrialización basado en la sustitución de importaciones se hizo inviable hace ya treinta años y nadie piensa revivirlo, pero el nuevo modelo —que se basa en la dinámica del sector externo— no logra restablecer las tasas de crecimiento e impone un costo insoportable a la mayoría de la población. Como consecuencia de la trágica experiencia de los países del “socialismo realmente existente”, ya nadie habla de planificación centralizada, pero los estragos del libre mercado minan también la confianza en él.

Los problemas actuales de nuestra civilización son de una dificultad extrema porque encierran rasgos extraordinariamente positivos y extraordinariamente negativos y porque cada avance implica grandes retrocesos. De ahí la confusión y la desesperanza.

México es un excelente ejemplo de un país en el cual los destrozos de la época superan con creces sus beneficios. Los últimos tres gobiernos del Partido Revolucionario Institucional [PRI] pusieron en marcha políticas que se propusieron adaptar nuestro desarrollo a los cambios que se han producido en el mundo. Se abrió radicalmente la

economía mexicana al movimiento de capitales y al libre comercio a nivel internacional. Se firmó primero Un tratado de libre comercio con dos países altamente industrializados y luego con la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico [OCDE]. Se privatizaron casi todas las empresas del sector público. Mientras la industria nacional se derrumbaba, se dieron todas las facilidades a las maquiladoras. Se abrió de par en par el campo a la gran inversión privada. Se adoptaron políticas de austeridad draconiana. Pero la economía no retoma su ritmo de crecimiento y el resultado ha sido desastroso para la mayoría de la población.

Entre 1938 y 1980 México vivió un periodo de crecimiento sostenido y de bienestar. Aun cuando la distribución fue desigual, la mayoría de las mexicanas y los mexicanos obtuvieron *algún* beneficio. En los últimos veinte años ha visto revertirse brutalmente esta tendencia. Pertenecemos al grupo de países cuyo producto per cápita es hoy el mismo que en 1980. Después del desastre de 1994, había descendido al nivel de 1965. Además, la concentración del ingreso se ha acentuado y las clases pobres se han empobrecido más aún. No es sorprendente que, si en el primer periodo la cultura mexicana estuvo marcada por las esperanzas, el segundo haya provocado el escepticismo y el desaliento. Angustiosamente, las mexicanas y los mexicanos nos preguntamos si en un plazo razonable podremos retomar el camino de crecimiento, esta vez en condiciones más equitativas.

Pero la incertidumbre cala muy hondo. Una vez más, la duda sobre nuestro sino vuelve a embargarnos. Tres sangrientas revoluciones en busca de la esperanza se nos aparecen solo como momentos del círculo del eterno retorno. Y, sin embargo, los fracasos que en ellas hubo palidecen ante el desastre neoliberal.

No puede enfrentarse lo absurdo sin esperanza. Pero no se puede construir esperanza, prefiguración de lo-que-no-es, sin recurrir al pasado. En este hay, es verdad, tradición inmóvil, pero también hay una carga de esperanza no realizada. En todo pensamiento progresista pasado —afirma Bloch— hay un excedente que prefigura el futuro. Si volvemos al punto de partida del *pathos* del cambio, la rígida

separación entre pasado y futuro desaparece. El futuro que todavía no ha llegado se hace visible en las esperanzas del pasado y “el pasado vindicativo y hereditario, transmitido y cumplido, se hace visible en el futuro”.

Separado de ese proceso, el pasado se vuelve un amasijo de hechos muertos, carentes de significado. En cuanto a la acción presente solo se produce como parte del proceso y para ser razonada debe comprenderse como un hecho inconcluso tanto hacia atrás como hacia adelante, un momento inseparable de ambos. Y el pensamiento no puede comprenderla sino con sus raíces en el ayer y sus consecuencias en el mañana.

Por lo tanto, solo la fusión de los ideales del pasado y las promesas del futuro puede proporcionar una base para la reconstrucción de la esperanza. Sin embargo, es más fácil convocar esa síntesis que darle vida. Para comenzar hay que rechazar dos respuestas muy comunes al problema del pasado: la amnesia inducida y el fundamentalismo. La amnesia es una pérdida de memoria que se produce a raíz de un shock, un trauma o una enfermedad. Afecta la memoria que corresponde a la identidad, sin dañar otras habilidades menos personales, como son las motoras y las lingüísticas. La persona de principios de siglo sigue existiendo y actuando, pero ha dejado de preguntarse de dónde viene y a dónde va.

La amnesia es inducida por una ofensiva traumatizante sistemática y persistente contra todo aquello que en el siglo XX formaba parte de la rebelión contra el capitalismo y el autoritarismo. Su objetivo es producir la negación de recuerdos que pueden ser la base de la reconstrucción de cualquier esperanza que apunta más allá del sistema existente. El fundamentalismo en cambio es —en palabras de Anthony Giddens— un intento de defender la tradición en forma tradicional, vale decir, la ratificación de la verdad ritual en sí misma. Es la oposición empecinada en someter las utopías del siglo XX a la crítica consecuente que exigen sus descabros de los últimos veinte años, la resistencia a poner “las baratijas en su lugar y los ídolos al polvo”. No es la claudicación ante la amnesia inducida ni el refugio

en el fundamentalismo, sino la recuperación crítica de la tradición con la vista puesta en el futuro. Ese es el gran reto de la época.

La condición humana

En las experiencias pasadas, hay tres argumentos avasalladores en favor de la esperanza. El siglo XX, ha dicho Hobsbawm, fue un siglo de extremos, y estos se convirtieron en grandes pruebas. Estos cien años nos dieron innumerables oportunidades de poner en evidencia toda la grandeza y la bajeza de que es capaz el alma humana y la persona probó con creces que ha nacido para ambas. Es también un siglo de contrastes.

Primer argumento. Hay en el ser humano una poderosa vocación de dignidad y libertad. Estos valores pueden ser temporalmente subyugados, pero no destruidos. Incluso en las condiciones más precarias, su llama se mantiene encendida. Dos guerras mundiales y unas cincuenta conflagraciones locales de importancia han costado la vida a cerca de doscientos millones de personas, la mayoría de ellas civiles. Al final de la Primera Guerra Mundial, los europeos esperaban que fuera la última. Hoy, cuando todavía se escuchan los ecos del conflicto que enfrenta —en la cuna misma de la civilización— a árabes e israelíes desde hace cincuenta años, no podemos tener la misma ilusión. Sangrientas luchas civiles que se sucedieron desde la década de los treinta arrasaron países como España, Colombia, Etiopía, Nigeria y Afganistán. Y en lo que fue hace poco Yugoslavia, un país cargado antaño de promesas, el ruido de los cañones apenas si se ha extinguido. Y, sin embargo, es evidente que la era atómica y la transformación de la ciencia en fuerza productiva disminuyen para el futuro, la utilidad y la eficacia de la guerra.

En ese siglo hubo Auschwitz y hubo Gulag. Hubo los horrores de Vietnam y las masacres de Pol Pot. Hubo hambrunas devastadoras y dolorosas olas de emigración masiva. Los asesinatos de Mahatma Gandhi, Martín Luther King, Anwar el-Sadat e Itzhak Rabin,

mensajeros del cambio en la paz, así como la larga prisión de Nelson Mándela, confirmaron las dificultades de ese camino. En una mortal reacción en serie, los excesos de un lado provocaron el extremismo del otro. Fascismo y estalinismo se entrelazan en una danza macabra que aún habita nuestras pesadillas.

Debemos siempre tener presente que, en medio de las catástrofes recurrentes del siglo que recién terminó, los hombres y las mujeres se vieron obligados a tomar partido y por lo tanto a cargar con la responsabilidad de sus actos. Quienes lo hicieron son, con todas sus caídas y errores, sin duda mejores que aquellos que se quedaron en casa para ver pasar a las víctimas, sin prestarles su apoyo solidario. Individualmente pueden haber mantenido sus manos limpias, pero de ninguna manera están exentos de la responsabilidad y la vergüenza colectiva que les imponen las catástrofes humanas del siglo XX.

En los primeros días de la nueva centuria, hay algo que me reconcilia con esa herencia. En todas las pruebas impuestas a la humanidad durante estos cien años, ha quedado demostrado, *beyond reasonable doubt*, que la persona no es un simple juguete del destino, del proceso macrohistórico; que posee cualidades indestructibles que le permiten enfrentarlo y, a veces, vencerlo. Por lo tanto, no tiene por qué rendirse hoy a sus mandatos. Incluso en las condiciones más extremas de la guerra y el campo de exterminio, *puede* conservar su libertad interior, su independencia espiritual y su capacidad de elección.

Los que estuvimos en campos de concentración [escribe Frankl] recordamos a los hombres que iban de barraca en barraca, consolando a los demás, dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que frieran pocos en número, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: *la última de las libertades humanas —la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias— para decidir su propio camino. [...] Es esa libertad espiritual que no se nos puede arrebatar lo que hace que la vida tenga sentido y propósito.*

Pero el espíritu libertario del ser humano no solo se impone a la adversidad más extrema. Puede; también, resistir a la seducción superlativa de la comodidad material. En los términos complementarios de una negatividad imprescindible al espíritu crítico, necesario para iniciar el siglo XXI y echar a la mar —como diría Felipe— la barca de nuestra esperanza, Dostoievski aporta en su *Notas desde la clandestinidad* el mismo mensaje con una fuerza avasalladora:

Llenad al hombre con todas las bendiciones de la tierra; hundidle hasta por encima de la cabeza en un mar de felicidad de manera que solo las burbujas floten a la superficie; dadle tal abundancia económica que no tenga más que hacer sino dormir, comer pastelitos de jengibre y presenciar el fluir de la historia, aun entonces, aun en este caso, el hombre, por pura ingratitud, por perversidad pura, haría algo odioso. Llegaría incluso a arriesgar los pastelitos de jengibre y desear la más perniciosa basura, la tontería más antieconómica, solamente para agregar su fantasía destructora a todo ese sentido común positivo. Desearía lograr para sí mismo precisamente sus sueños más fantásticos, su más trivial estupidez, solo para asegurarse (como si eso fuera necesario) que la gente sigue siendo gente y no teclas de piano. [...]

Y si resulta que no tiene los medios, pensará alguna destrucción o algún caos, inventará diversos sufrimientos, pero logrará su propósito [...] es decir, probarse a sí mismo que es un ser humano y no una tecla de piano.

La terrible y maravillosa historia del siglo XX demuestra que el individuo puede ser humillado infinitamente y tentado más allá de toda imaginación, pero que —a final de cuentas— ni la opresión ni la corrupción pueden aniquilar totalmente el espíritu “que nos hace seres humanos y no teclas de piano”.

Segundo argumento. El siglo XX ha sido el escenario privilegiado de la reafirmación de una larga tradición: la cultura de la rebelión y de la resistencia a la opresión: la reivindicación orgullosa e intransigente de la libertad contra la opresión, de la solidaridad frente al

utilitarismo descarnado y de la dignidad contra la humillación, incluso cuando la victoria parece una quimera o la pasividad de las mayorías aparenta no tener fin.

En México, uno de los exponentes más auténticos de la cultura de la rebelión fue José Revueltas (1914-1976). Su obra literaria y su vida pública se funden armónicamente en la defensa intransigente de la libertad individual y colectiva. “La cuestión esencial del mundo contemporáneo [dirá] es la lucha por el libre ejercicio de la conciencia crítica”. Su rasgo distintivo es la fidelidad, hasta el sacrificio, a sus ideas y sus principios. Y en su época, esa fidelidad exigía el sacrificio. Activo en la política, Revueltas se opuso a la manipulación demagógica de los ideales de la Revolución mexicana, cuando eran ya la ideología de una burguesía cada vez más conservadora. Miembro activo del Partido Comunista protestó, hasta la expulsión, contra el dogmatismo, el autoritarismo y el culto al principio “el fin justifica los medios”, bastante comunes entre sus correligionarios.

La cárcel y la exclusión no mellaron su decisión. En una entrevista realizada en Lecumberri en 1969, Mercedes Paredes le pregunta: “¿Por qué este afán de rebeldía? ¿Por qué esa terquedad?” y Revueltas responde: “Porque la historia es terca y yo tengo su misma insistencia”. No satisfecha, la entrevistadora insiste: “Pero señor Revueltas, el escritor también merece descansar, ese continuo batallar lo habrá cansado, merece el hogar”, y Revueltas retoma: “Sí, eso me decía entonces en las Islas Marías. Me decía: volveré y buscaré mi tranquilidad; dejaré que la injusticia pase de largo y cerraré los ojos. Pero los tengo bien abiertos y callar es transigir”. Podemos coincidir o no con diversos aspectos de la ideología de Revueltas. No podemos desatender su intransigente defensa de la libertad intelectual contra los amagos del poder.

Otro ejemplo de esa cultura de la resistencia es la Unión Cívica Potosina fundada en 1952 y rebautizada más tarde con el nombre de Frente Cívico Potosino. Ese movimiento, cuya lucha se extendió a lo largo de cerca de cuatro décadas, tuvo como principios rectores la defensa de los derechos ciudadanos fundamentales contra el

caciquismo, el corporativismo priista y el fraude electoral. Surgió centrado alrededor de la personalidad de Salvador Nava, un médico oftalmólogo de ideas sociales conservadoras que siempre se mantuvo estimado y respetado por su rectitud y porque daba consulta cobrando de acuerdo con la capacidad de los pacientes o simplemente sin cobrar. En 1958 su candidatura independiente, apoyada por fuerzas tan diferentes como los sinarquistas y los comunistas, se transformó en un movimiento masivo contra el cacicazgo de Santos y el impopular gobernador priista Manuel Álvarez. El movimiento fue brutalmente reprimido, pero, a fin de cuentas, Nava fue electo presidente municipal de la capital del estado. Su gestión, que no desmovilizó a la gente, sino que por el contrario le dio con su fidelidad a los principios una nueva dimensión, se transformó en un modelo de probidad y colaboración entre sociedad civil y gobierno. En 1961 se presentó como candidato independiente a la gubernatura de su estado. Para negar su victoria ratificada por la mayoría de los ciudadanos, el ejército ocupó la ciudad de San Luis Potosí y la represión que incluso costó la vida de su jefe de campaña se mantuvo por dos años más. Encarcelado y torturado en 1963, el excandidato no se dejó doblegar. Habría de protagonizar otras campañas electorales y numerosas movilizaciones cuyo objetivo fue siempre el cumplimiento de las leyes, el respeto a la voluntad popular y la dignidad. Alrededor de esa posición intransigente de principios, logró incluso en 1991 lo que todos consideraban imposible: la alianza entre el Partido Acción Nacional [PAN] y el Partido de la Revolución Democrática [PRD]. Quizá su actitud de entonces sea la manifestación más clara de su posición: “Lo más importante [dijo] es que el pueblo se decida, que se entienda que el programa de gobierno que podría impulsar tendría como propósito central que se cumplan las leyes”. El movimiento quedará como un ejemplo de unidad en la defensa intransigente de los derechos ciudadanos, por encima de diferencias ideológicas o políticas.

Cuando en 1994 se rebelaron los indios de Chiapas, mientras empuñaban las armas, su palabra revivía la cultura de la rebelión. Pese a la cortina de humo y a la represión oficial, los zapatistas

conquistaron muchas simpatías, porque su ejemplo renueva valores, derechos y esperanzas que comparten muchos mexicanos y mexicanas que han aprendido desde la primaria que la independencia, la separación del Estado y la Iglesia, la reforma agraria y los derechos de los trabajadores surgieron de la rebelión armada. El Subcomandante Marcos relata que a principios de 1992 los responsables del Ejército Zapatista en las comunidades hicieron saber a los miembros de la guerrilla que la gente quería pelear. Ellos respondieron que las condiciones nacionales e internacionales eran extraordinariamente adversas: todo estaba en contra. Y, sin embargo, las asambleas indígenas reiteraron su decisión de empezar la guerra en la fecha que recordaba los quinientos años del inicio de la Conquista. No fue una decisión basada en el frío examen de las probabilidades de éxito, sino en el ascenso incontenible de la indignación y la evidencia del fracaso de los otros medios. Entonces recurrieron a los recuerdos de las luchas de los viejos.

Los cientos de miles de ciudadanos que salieron a las plazas a exigir “¡Alto a la masacre!” tampoco frieron movidos por el frío cálculo de la viabilidad de la rebelión chiapaneca. Ambas fuerzas se unieron en una cultura dominada por la idea o la intuición de que las rebeldías pueden fracasar muchas veces, pero que a final de cuentas son la fuente principal del cambio y el progreso social. Dos ejemplos de una larga tradición que se renueva en forma intermitente. Y cuando la llama de la cultura de la resistencia parece apagarse, las arbitrariedades y la inconsciencia de las clases dominantes se encargan de reanimarla.

Tercer argumento. La incertidumbre que caracteriza al presente se nutre de la combinación simultánea e inesperada del derrumbe de los experimentos socialistas del siglo XX y el triunfo del capitalismo estadounidense, el torbellino de transformaciones tecnológicas y económicas que anuncian un nuevo mundo y la emergencia de una nueva corriente conservadora que, conquistando millones de adeptos, se impone como ideología dominante. El entreveramiento de los tres factores produce una ruptura con las utopías del pasado, imprime al presente un sello de destino inexorable, rodea el futuro de un hálito de

misterio sobrenatural y frena la emergencia de nuevos sujetos de cambio. La tarea —gigantesca— que nos espera es romper el hechizo producido por la avalancha conservadora con el pensamiento y la acción.

El potencial renovador de la izquierda está en su espíritu crítico, en la negación del sistema existente, del orden establecido y del poder dominante. Para construir la esperanza de una nueva sociedad, la persona debe antes destruir en su conciencia la sujeción a la presente. El principio de toda izquierda, tanto la de ayer como la de mañana, es la revelación de las contradicciones sociales existentes y el esfuerzo por construir los sujetos capaces de superarlas. Esta capacidad crítica, fuente inagotable de vida, se vuelve en momentos clave contra la decadencia de sus propias creaciones. Elevados al poder tanto en las sociedades estatistas como en las de bienestar, los partidos comunistas y socialdemócratas habían desarrollado fuertes tendencias conservadoras. Pero como hemos ya visto, la vocación crítica de la izquierda no había muerto. Cíclicamente, una parte de la izquierda se osifica, solo para ser sometida a la crítica acerba de las demás corrientes. El principio de la posición crítica como detonante de la esperanza es tan válido para el mañana como lo fue ayer.

Desde los años sesenta, en el seno de la izquierda, el fracaso de los experimentos socialistas iniciados con la Revolución rusa era un desastre profusamente anunciado. No es que alguien previera el derumbe de las sociedades que fueron sus escenarios y el contundente triunfo del capitalismo. Pero eran muchos los que, desde diferentes posiciones, sostenían que lo que en ellas se construía no era socialismo. Antes de morir en la realidad, la identidad entre las sociedades estatistas y la idea de socialismo estaba moribunda en las mentes. La izquierda de los años 1960-1990 está repleta de premoniciones de la izquierda de los años 2000-2030. Ya desde los años sesenta, la mayor parte de la izquierda apostaba al socialismo democrático. En su inmensa diversidad, la experiencia de esa izquierda puede producir la memoria necesaria para la reconstrucción de la esperanza en las primeras décadas del siglo XXI.

La izquierda de esa época era muy heterogénea. Había en ella corrientes socialistas, liberales y nacionalistas. En las primeras, existían manifestaciones autoritarias, pero también democráticas radicales. Junto a los partidos socialistas y socialdemócratas, muchos de ellos en el poder, estaban ya presentes los movimientos de liberación nacional, las organizaciones de defensa de los derechos humanos, los movimientos feministas, ambientalistas y antirracistas. En los países desarrollados de Occidente apareció una “nueva izquierda”, profundamente crítica de las experiencias de la URSS y empeñada en buscar derroteros no hollados en la democracia y la economía mixta. En los territorios del “socialismo realmente existente” empezó a conformarse un movimiento contestatario que, bajo la bandera del socialismo democrático, cuestionaba radicalmente rasgos fundamentales del sistema surgido de la Revolución de Octubre. La “disidencia” se fue definiendo como alternativa en la persecución y la resistencia. El antiestalinismo de los yugoslavos, la Primavera de Praga en Checoslovaquia, Solidaridad en Polonia, presagiaban el nacimiento de una oposición democrática al estatismo en el cual desembocaron las revoluciones “socialistas”. En el seno de algunos partidos comunistas surgieron corrientes de renovación política y teórica que se enfrentaron al conservadurismo burocrático. El eurocomunismo es un buen ejemplo. En América Latina, la Revolución cubana y el gobierno de Allende representaron ensayos diferentes y originales de construir una alternativa al capitalismo dependiente, y el movimiento estudiantil de envergadura mundial de 1968 fue el anuncio de nuevas formas de lucha y de los nuevos problemas que enfrentaría el mundo. En África aparecieron movimientos emancipadores animados por las obras de Fanón y Nkrumah y la guerra de Vietnam impuso límites y costos insoportables a las guerras coloniales. Esa efervescente izquierda no era estática ni estaba desvinculada del futuro. Lo peculiar es que el derrumbe de las sociedades estatistas y la crisis del Estado benefactor arrastraron a todos los destacamentos de la izquierda, incluso aquellos que eran profundamente críticos de su significado. La explicación está en la presencia vigorosa de

una nueva ideología conservadora que se apresuró a ocupar todos los espacios vacíos, firmemente impulsada por las trasnacionales, el FMI y los gobiernos conservadores de Reagan y Thatcher. El joven socialismo democrático se hundió junto con su antítesis, el decrepito socialismo autoritario. Pero la deba ele de hace diez años y las victorias del capital trasnacional de los últimos veinte años no pueden invalidar esas experiencias. Solo nos obligan a una recuperación crítica de sus contenidos a la luz de la problemática del futuro. Después de los sucesos de 1989, ninguna de las tradiciones de la izquierda de esos años puede ser tomada tal cual, ni siquiera el socialismo. Pero existe un hilo de continuidad entre sus esperanzas y las que deben ser construidas para el futuro.

El gran fraude

Como la desesperanza es una condición insoportable, la ideología dominante produce incesantemente esperanzas fraudulentas. Un ejemplo actual es el “pensamiento único”. Y puesto que el neoliberalismo es la ideología dominante de nuestro tiempo, el cuestionamiento del *statu quo* se inicia con su crítica. El neoliberalismo es una vieja utopía transformada en ideología conservadora. En ella la civilización dominada por las grandes trasnacionales cobra nuevos bríos en la ilusión de que la restauración de las condiciones originales del capitalismo podrá resolver todos los grandes problemas contemporáneos. El desbordado optimismo de Adam Smith en la mano invisible que anunció el advenimiento de la economía de mercado, resurge como principio rector de las transformaciones económicas y técnico-científicas de fines del siglo XX. Ahora es una versión aerodinámica del empresario schumpeteriano la que recorre el mundo como un fantasma, amenazando con lanzarlo vertiginosamente hacia delante, solo para que al final naufrague en las ilusiones de hace dos siglos.

Lo más monstruoso es que para un mundo nuevo, el pensamiento único no ofrece una sola idea nueva. Ataviada con las últimas novedades

de la tecnología, carece totalmente de ideas filosóficas y sociales que no hayan sido mil veces rebatidas en la teoría y en la práctica.

A las deficiencias y los abusos del estatismo y del Estado benefactor, el neoliberalismo responde con un proyecto que revive las deficiencias y los abusos del capitalismo salvaje. A los vicios y las imperfecciones de los sistemas que rigieron la posguerra se responde proponiendo como remedio los desastres y las calamidades de los albores del capitalismo. Utopía conservadora en Von Hayek y Friedman, el neoliberalismo se vuelve ideología dominante desde Reagan y Thatcher.

El neoliberalismo es una esperanza fraudulenta, porque absolutiza las cualidades innovadoras del capitalismo mientras oculta su temible capacidad destructora. Su pretensión de transformarse en “pensamiento único” es particularmente destructiva porque se funda no solo en la crítica violenta del socialismo, sino también en la de los ajustes que se impuso el pensamiento liberal en la era de Keynes y de Roosevelt.

En este sentido, aun cuando no renuncia a la democracia, se coloca en el mismo terreno que el fascismo. El siglo XXI no puede construirse a imagen y semejanza de los experimentos socialistas de este siglo, pero tampoco en un regreso al capitalismo puro del siglo XIX.

El neoliberalismo es la respuesta ideológica de las grandes trasnacionales y las fuerzas conservadoras a la desesperanza de este principio de siglo. Es tan fraudulenta como el *happy end* de las películas hollywoodenses, el renacimiento de los viejos fundamentalismos nacionalistas o religiosos, la fe ciega en el caudillo o el hombre carismático, o la creencia de que el avance tecnológico produce automáticamente el progreso humano. Estamos ante una ideología conservadora muy peculiar: en lugar de defender el *statu quo*, se presenta como portadora de su transformación radical. Pero su propuesta es que, para abrir paso al futuro, hay que dismantelar todo lo que los experimentos socialistas del siglo XX construyeron. Frente a sus embates, la izquierda se ve frecuentemente arrinconada a adoptar una actitud conservadora: en los países desarrollados de Occidente se vuelve defensora del Estado de bienestar; en América Latina, del

Estado desarrollista. Aparentemente, los papeles han cambiado: existe una derecha portadora del cambio y una izquierda conservadora.

Pero eso es solo en apariencia, lo que realmente propone es abrir paso a todos los cambios tecnológicos y económicos, regresando a los principios más prístinos del capitalismo. Su blanco son las reformas sociales obtenidas por las luchas populares del siglo XX. Su “transformismo” es, por lo tanto, una reivindicación del pasado, una fuga hacia atrás. La izquierda, en cambio, aparece como petrificada por el reto del futuro. No se atreve a proponer un regreso a las viejas soluciones socialistas porque ha perdido confianza en ellas, pero tampoco tiene respuestas originales con las cuales hacer frente a la aparente novedad del neoliberalismo. El resultado es el pragmatismo. La izquierda puede sin duda recuperar espacios políticos (y tanto en Europa occidental como en América Latina lo está haciendo con éxito) pero no puede pensar el futuro en sus propios términos. Cuando habla, lo hace como reformadora del neoliberalismo o como negación y resistencia, sin las propuestas viables necesarias para la construcción de políticas prácticas.

La nueva corriente se presenta como esperanza porque parece tener una respuesta simple y contundente a todos los temblores que sacuden a la sociedad actual y los temores que la sobrecogen: el problema no es demasiado capitalismo, sino demasiado poco capitalismo. Para el neoliberalismo, un sistema de mercado competitivo y autorregulado no solo aumenta la eficacia económica, sino que es una garantía de libertad individual y democracia. Sus voceros colocan el individualismo económico en el corazón mismo del orden social. Este procede impulsado por la coordinación espontánea y mecánica de muchos individuos que actúan por motivos propios y su modelo ideal es un mercado que funcione bien. La empresa capitalista deja de ser un problema para la civilización contemporánea para transformarse en el centro de todas sus soluciones.

Su pretensión hegemónica se sustenta en un hecho histórico real: mientras los sistemas centralmente planificados y el Estado benefactor sufrían un colapso y, lo que es peor, claudicaban ideológicamente,

las multinacionales y la economía de mercado se convirtieron en las portadoras de todas las innovaciones de nuestra época. En dos décadas, el mercado capitalista ha comenzado a integrar acelerada mente a su mundo al tercio de la humanidad que se mantenía empecinadamente fuera de su alcance. Pero sería un gran error pensar que el vertiginoso proceso de cambio de los últimos años es inédito, que se mantendrá indefinidamente y que obedece a tendencias sin precedente.

Sabemos por la historia que la etapa más acelerada de los cambios tecnológicos tiene límites. Y esos límites si bien son difíciles de prever, no son por eso menos inexorables. Cada revolución industrial del pasado terminó en un periodo de innovaciones más lentas. La revolución comunicativa continuará sin duda su paso por un buen tiempo, pero el crecimiento del comercio internacional no durará para siempre. La tan pronosticada desaparición de los Estados y las naciones está siendo frenada por el contrario fuerzas poderosas y la sustitución del ser humano por el robot se enfrenta ya a problemas de difícil solución.

Tanto la primera como la segunda Revolución Industrial se caracterizaron por el contraste lacerante entre un inmenso desarrollo productivo y un panorama devastador de desvalorización y miseria humanas. Los autores que pintaron ayer ese mundo de maravillas y horrores, como Charles Dickens o Upton Sinclair, deberían ser los autores de hoy. Pero sus obras son testimonios de épocas que desembocaron en una cadena de revoluciones y de guerras. La segunda revolución industrial produjo la Revolución mexicana, la china, la rusa, la húngara, la alemana, la turca en las dos primeras décadas del siglo XX. Y ningún gurú fue capaz de predecir el lugar, la fecha y la forma del estallido. El periodo 1914-1945 fue de guerra mundial brevemente interrumpida, de depresiones y hambrunas generalizadas. ¿Se quiere repetir inexorablemente el ciclo por tercera vez o podremos por fin prevenirlo y superarlo? Esta es una pregunta que no se puede responder sin recurrir a la esperanza. Si cambiamos de mentalidad, el peligro puede generar la creatividad y la lucha. La historia siempre es novedosa y nunca se repite al pie de la letra. A pesar de las

desilusiones acumuladas, no hay motivos para ignorar las señales que indican la *posibilidad* de un desenlace diferente. Formamos parte de una historia de grandes esfuerzos. En ella hay errores terribles, pero también aciertos grandiosos. No podemos evitar totalmente los primeros ni asegurar los segundos, pero sin duda podemos inclinar la escala en la dirección deseada.

El neoliberalismo es una amalgama de tradiciones liberales y conservadoras con respuestas aparentemente claras y polémicas a los cambios de fin de siglo. Es una concepción universalista que sostiene que sus paradigmas son aplicables a cualquier pueblo, en cualquier parte del mundo. Ha capturado la mente y la imaginación de millones e influido profundamente en la marcha de la historia en los últimos veinte años. La izquierda no puede pasar de la resistencia a la acción transformadora sin responder a fondo al reto. Sus respuestas deben ser teóricas, ideológicas y políticas; deben reconciliar los objetivos inmediatos con la visión a largo plazo. Mientras no se avance sustancialmente en esa dirección, la esperanza no podrá regresar a su campo.

Para construir una visión de lo posible, debemos abordar el problema de la utopía, de su función como crítica del presente y propuesta que va más allá de lo actualmente posible. En *Del socialismo utópico al socialismo científico*, Engels reivindica los aspectos positivos de la utopía como crítica del presente y premonición del futuro. Saint-Simon —nos dice— esboza con “amplitud genial casi todas las ideas no económicas de los socialistas posteriores” y Fourier, “en forma magistral”, critica las relaciones entre los sexos y la condición de la mujer en la sociedad burguesa. Para el historiador la utopía pasada es un testimonio importante del estado anímico de una sociedad. Para el pensador político es la expresión de los anhelos y los sueños no realizados que alberga la conciencia colectiva.

Hay dos tipos de utopía: la primera es la del mejor de los mundos, la que construye paraísos terrenales. En ella, la armonía, la igualdad, la solidaridad y la libertad están plenamente realizadas. Después de las experiencias del siglo XX, podemos decir que las utopías

absolutas son no solo imposibles, sino también altamente peligrosas. La idea de la “nueva sociedad” o el “hombre nuevo” en la cual se resuelven de una vez para siempre todas las contradicciones humanas, evoca la frase de Goya: “Los sueños de la razón producen monstruos”. La imperfección es una condición de toda civilización. Hay sistemas perfectibles, pero ninguno perfecto. La contradicción entre valores e intereses es una característica estable de todos ellos. Los portadores de utopías absolutas, en nombre de las cuales se exige a la humanidad el sacrificio de derechos fundamentales, solo han producido grandes tiranías.

El segundo tipo de utopía sostiene la posibilidad de un mundo mejor, un futuro diferente. En él, contradicciones fundamentales del presente han sido resueltas, pero los conflictos, las tragedias, los dolores inherentes a la condición humana no han sido abolidos. Incluye objetivos irrealizables en las condiciones actuales (si no dejaría de ser utopía), pero no la armonía universal. No aspira a desaparecer todas las desgracias humanas, pero sí las que se deben a defectos de las instituciones sociales, políticas y económicas.

Frente a la utopía abstracta, se plantea la utopía concreta. Una utopía que surge no de principios inventados que ignoran las condiciones reales y el movimiento histórico, sino la que se sumerge en ellos, tratando de preservar una cuota de lo imprevisible, “cierta anticipación imaginativa allí donde el conocimiento y la previsión basada en él se detiene” para renovar incesantemente la acción transformadora. “Lo utópico [dice Sánchez Vázquez] apunta a un posible, irrealizable hoy y tal vez realizable mañana, pero a condición de que lo posible tenga cierto arraigo en lo real”. La nueva utopía debe construirse libre de todo determinismo en el cual el efecto combinado de la promesa de un “futuro luminoso” con una historia cómplice que funcionara como garantía de la realización de lo que se anunciaba en textos canónicos, llevó a la creencia de que el binomio “razón-poder” podía gobernar el mundo.

Frente a la utopía cerrada y excluyente, una utopía abierta y pluralista. La gran lección del siglo XX es que más que un proyecto

acabado, la utopía debe ser una propuesta movilizadora. Más que apocalíptica, su función es organizadora. Por lo tanto, se concibe como inconclusa y cambiante, no como objetivo final intocable. La posibilidad futura no es inflexible y su instauración seguramente no será total. La utopía que se construye en la libertad estará inevitablemente abierta a múltiples variantes y uno de sus rasgos definitivos será el pluralismo. Además, debe ser una utopía que no se detenga en un logro por convincente que este parezca. Debe estar marcada por la conciencia de que cada gran victoria de la civilización humana es, a la vez, un punto de llegada y un punto de partida.

Los dos grandes modelos que dominaron la imaginación de la humanidad en los últimos setenta años —el socialismo estatista y el libre mercado capitalista— han fracasado porque eran o son absolutos, porque aspiraron y aspiran a la ortodoxia, la unanimidad y la seguridad total. La nueva utopía debe estar impregnada de un pensamiento secular y crítico opuesto a cualquier forma de fundamentalismo.

La idea de que la utopía debe ser introducida en las clases trabajadoras desde fuera pudo tener algún sentido a finales del siglo XIX. En la era del ascenso de la educación y la Internet se ha vuelto totalmente reaccionaria. El socialismo se petrificó y se hizo conservador cuando confió la elaboración de la utopía a grupos cerrados de pensadores y teóricos: el “cerebro colectivo del proletariado”. La construcción de la nueva esperanza será un fenómeno mucho más complejo en el cual el individuo, el grupo social y el pensador interactúen en un complejo proceso de libre intercambio de ideas y experiencias. No hay principio sin esperanza y estos son algunos de los pasos necesarios en la gran labor de reconstrucción que nos espera.

V. La transformación de México

Violencia descarnada*

Todos los mexicanos, aquellos que levantan la voz y los otros que no lo hacen por miedo o por resignación, estamos indignados ante la visible incapacidad y venalidad de las autoridades del Estado a todos los niveles de garantizar la seguridad de los ciudadanos. Estamos también indignados ante la obvia campaña de terror desatada contra los jóvenes en general y los estudiantes universitarios, del IPN y de las Normales rurales en particular. Nos sentimos ofendidos ante las evidencias cada vez más flagrantes de la penetración del crimen organizado en las estructuras y los poros del Estado, de los partidos políticos, de las fuerzas militares y policiacas que irónicamente se llaman “fuerzas de seguridad nacional”. Nos enfurece su colaboración en la represión ejercida contra organizaciones y personas de los movimientos populares que levantan sus demandas más sentidas. Creo no exagerar cuando decimos que todos estamos decididos a decir ¡BASTA! y buscar las respuestas adecuadas a estos males que no son sucesos pasajeros si no que tienen profundas raíces políticas e históricas. ¡Vivos se los llevaron y vivos los queremos!

* *Proceso*, No. 1998, 2015.

Primero fue Tlatlaya, en el Estado de México, el pasado 30 de junio. Veintidós jóvenes de 17 a 24 años presuntamente vinculados con el crimen organizado fueron ajusticiados por una brigada del 102 batallón. Más tarde se manejó la versión de que eran miembros de un grupo de autodefensa o de una guerrilla ligada al EPR. Según testigos presenciales y expertos se llega a la conclusión de que los jóvenes que se encontraban en una bodega en la comunidad de San Pedro Limón fueron sorprendidos por una brigada del ejército y la mayoría de ellos fueron ajusticiados después de haberse rendido. El especialista Luis Mejía Contreras sostiene que muchas de las víctimas fueron colocadas a unos cuarenta centímetros de las paredes de la bodega y los militares les dispararon a corta distancia. Solamente uno de los presuntos integrantes del grupo disparó al principio del encuentro contra los militares que lo abatieron en la puerta de la bodega. En una entrevista con Carmen Aristegui el procurador general de la república Jesús Murillo Karam aseguró que en Tlatlaya los militares utilizaron las armas de las víctimas abatidas para asesinar a ocho de las veintidós personas que murieron en la bodega. Explicó que la primera información que le dio el ejército ya señalaba que algunos de sus integrantes habían violado protocolos y que se estaba iniciando una investigación. Asimismo, dio a conocer que cuatro militares involucrados en la matanza habían sido objeto de acción penal y reconoció que en el caso de los 8 últimos presuntos delincuentes abatidos se trató de un homicidio con agravantes. Han pasado cuatro meses y todavía no hay una aclaración aceptable de quienes eran los ajusticiados y lo que pasó. El gobierno federal en sus diferentes poderes no ha querido explicar, fincar responsabilidades ni tomar pasos para el castigo de los culpables y obviamente espera que el suceso se pierda en el olvido de la montaña de delitos contra el pueblo que no han sido abordados ni solucionados. Es claro que se trata de una represión sangrienta del Estado contra jóvenes para que no lleguen ante los poderes civiles. La vieja práctica de la ley de fuga aplicada por cuerpos regulares del ejército.

El 24 de septiembre en la madrugada la exdirectora del Politécnico presentó un reglamento interno que limitaba drásticamente los derechos democráticos de los estudiantes, a eso se vino a sumar la campaña para transformar el Politécnico de universidad en escuela técnica. La protesta estudiantil no tardó en manifestarse en marchas multitudinarias y en asambleas que analizaron la situación. En la primera respuesta el día último de septiembre estudiantes de las cuarenta y cuatro escuelas del IPN con credencial en mano en una megamarcha que llegó a la SEGOB entregó una respuesta que, entre otros incluía las siguientes demandas:

La abrogación del nuevo Reglamento Interno del IPN; la cancelación de los planes y programas de estudio que tecnifican todo el proceso educativo en el Instituto; la democratización de la institución y la elección de quien ocupe la Dirección por parte de la comunidad politécnica; la suspensión definitiva de la pensión vitalicia a exdirectores del IPN; la salida de la Policía Bancaria que custodia los planteles; la incorporación de personal docente calificado y con experiencia para la institución; la asignación de 2% del PIB a la educación superior; la expulsión de los grupos porriles del instituto y que se garantice que no habrá represalia alguna contra los integrantes de este movimiento estudiantil por sus protestas y finalmente el otorgamiento de la condición de AUTONOMÍA al IPN. Hasta hoy, a un mes de la publicación del provocador Reglamento Interno, a pesar de insistir en su disposición al diálogo y del cese de la exdirectora Yoloxóchitl Bustamante, el gobierno federal no ha dado una respuesta positiva a las demandas de los estudiantes del IPN, iniciando todo tipo de hostigamientos contra los asambleístas.

El 26 de septiembre, en Iguala, un grupo de ochenta estudiantes de la Escuela Normal Rural Isidro Burgos de Ayotzinapa que se dirigían en tres autobuses a la ciudad de Chilpancingo fueron atacados alrededor de las 21 horas por agentes municipales que llegaron en patrullas. Los policías comenzaron a disparar en forma intermitente en ráfagas desde diferentes posiciones. El primer ataque duró unos

cuarenta minutos y el segundo, unos quince. Los ataques sucesivos de la policía municipal y un grupo de civiles armados de armas largas; las ejecuciones extrajudiciales y la y la tortura de uno de los estudiantes Julio César Fuentes a quien se le vaciaron las cuencas de los ojos y le arrancaron la piel del rostro fueron actos de barbarie planificados, ordenados y ejecutados de manera deliberada. Los 43 desaparecidos fueron detenidos por agentes de los cuerpos de seguridad de Iguala y Cocula y acto seguido su paradero fue ocultado. Varias personas fueron testigos de primera mano y los estudiantes comenzaron a relatar los hechos a familiares, los medios y la sociedad en general desde las 24 horas. Las autoridades estatales y municipales han venido difundiendo la hipótesis del crimen organizado y las fosas comunes como una coartada que ha sido utilizada como estrategia de disolución de evidencias y garantía de impunidad. Obviamente se busca difuminar responsabilidades y encubrir complicidades oficiales. La figura de la desaparición como modalidad represiva fue una práctica aplicada en todo el periodo de la “Guerra Sucia”. Dieciséis de los veintidós policías municipales procesados dieron positivo a la prueba de rodizonato de sodio —es decir, dispararon sus armas— y podrían ser los autores materiales de los asesinatos. Falta conocer los responsables intelectuales. Los hechos ocurrieron en presencia de la policía estatal y federal y de los agentes del CISEN. Pero también de los elementos del batallón de infantería número 27 que depende de la 35 zona militar que tienen su cuartel en Iguala. Entre la primera y segunda balacera el ejército dejó pasar tres horas. El saldo es dos estudiantes muertos, cinco estudiantes y dos profesores gravemente heridos y 43 desaparecidos.

Es evidente que las Normales rurales no tienen lugar en la Reforma educativa que se aprobó recientemente en las cámaras. Al contrario, constituyen un obstáculo, por el origen de sus estudiantes y por la orientación política que entre ellos priva. De las veintinueve instituciones originales solo quedan diecisiete que en los últimos años han sido hostigadas, limitadas en su presupuesto y amenazadas constantemente de cierre.

La protesta es ya nacional y como sucede siempre en México, el pueblo que durante largo tiempo aceptó resignadamente los ataques a su nivel de vida, a los derechos sociales adquiridos en décadas pasadas, a la adulteración de las elecciones, despierta multitudinariamente. La participación es muy diversa y cubre todo el país. En muchos lugares el desfile conmemorativo de la Revolución mexicana se convirtió en escenario de protesta y solidaridad con los padres de Ayotzinapa. Los actos son organizados por estudiantes y maestros, pero también otros sectores se han unido activamente. Se puede decir que millones de personas se han manifestado en las jornadas globales de apoyo a los padres de familia de Ayotzinapa. En varias casas de estudio ha habido huelgas de solidaridad. En Guerrero maestros, estudiantes y representantes de organizaciones sociales bloquearon la autopista del Sol y la carretera federal México-Acapulco. La protesta llegó a diversas partes del mundo. Ante el consulado de México en Nueva York se produjeron actos importantes. También en España, Holanda y Francia. Entre las consignas más escuchadas estuvieron: “¡Fue el Estado!” “¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!” y algo poco usual “¡Fuera Peña Nieto!” También hubo alusiones a la llamada casa blanca de Angélica Rivera. Caravanas dirigidas por los familiares de los normalistas recorrieron el país en varias direcciones. Para que las luchas iniciadas no sean en vano, es la hora en que el enojo ceda el lugar a la reflexión a mediano y largo plazo.

Es evidente que estamos ante dos fenómenos diferentes, pero íntimamente ligados: a) el asesinato de jóvenes sospechosos de estar organizando o participando en guerrillas; b) la continuación de la represión violenta iniciada en fechas anteriores de maestros esta vez con estudiantes de las normales rurales cuya conducta e instituciones representan obstáculos a la Reforma Educativa recientemente aprobada en las cámaras. ¿Son estos hechos, fenómenos nuevos en la realidad mexicana o tienen una cauda de precedentes en la historia reciente? Decididamente tienen antecedentes repetidos, cuya constancia habla de una práctica institucionalizada. Sus principales objetivos son destruir, disolver movimientos de protesta y sembrar

el miedo a la violencia del Estado y ahora al crimen organizado, que parecen fundirse en un solo conglomerado protegido por la corrupción y la inmunidad más escandalosas de los órganos públicos. El narco-estado como es conocido popularmente, en acción desplegada.

La violencia de Estado en México esta institucionalizada. Su objetivo es mantener a los pobres en su lugar. Tiene profundas raíces en la historia del Partido Único, el Candidato Único y el Presidente Omnipotente. Es parte inseparable de una sociedad marcada por diferencias monstruosas que han perdurado durante siglos. El abismo entre ricos y pobres, las diferencias de género, las de origen étnico, las de ocupación, la desigualdad entre clases dominantes y clases subalternas, en la aplicación de la ley, en las oportunidades de educación, en los servicios de salud, en el desarrollo económico de las regiones (la Ciudad de México tiene un ingreso per cápita cercano al de España y Oaxaca un ingreso como el de Haití) los conflictos toman inevitablemente un carácter violento que se reproduce regularmente. La desigualdad ha sido defendida siempre más con la violencia que con la hegemonía, y en una época de televisión, teléfonos celulares, internet, Facebook, etcétera, en que los de abajo conocen la vida de los de arriba mucho mejor que antes, los choques violentos son inevitables.

Cuando el gobierno responde solo a los intereses del gran capital extranjero y nacional, la represión a movimientos sociales que representan intereses populares es inevitable, especialmente los movimientos que adoptan un carácter violento. A diferencia de las sociedades menos contradictorias en que muchos de los conflictos de intereses son negociados en el seno de gobiernos de representación más amplia, en países como los nuestros, el caciquismo, el clientelismo, el corporativismo nulifican el proceso democrático. La famosa “transición democrática” sigue siendo motivo de muchos libros, pero ha tenido pocos avances. La idea principal que la animaba, el paso de un Estado violento a un Estado de derecho sigue siendo un ideal que no avanza. Vivimos todavía en una democracia limitada o como diría Lorenzo Meyer en una democracia autoritaria.

Según un informe de inteligencia federal obtenido por la revista Política, el gobierno ve no solo en el caso de Tlatlaya sino también en los relacionados con Ayotzinapa el peligro y quizá ya la presencia de grupos guerrilleros. Según el dicho reporte fechado el 15 de octubre, las acciones más violentas se producen con grupos que tienen fuertes vínculos con el Ejército Popular Revolucionario [EPR] y el Ejército Revolucionario del Pueblo Insurgente [ERPI]. El miedo al resurgimiento de la guerrilla motiva muchas de las represiones y su extrema violencia. ¿Quién es el culpable de la violencia? Hay una violencia cotidiana ejercida por el sistema a la cabeza del cual está la cúspide económica y política que lucra de todas las desigualdades y hay la violencia ejercida por un pueblo desesperado. Este es un problema estructural, histórico que no ha podido ser sustancialmente modificado ni por las tres revoluciones que marcan nuestra historia ni por los movimientos populares de protesta. El pueblo ha intentado todas las formas de lucha imaginables: la huelga, la manifestación, la protesta escrita, cantada, bailada; la gestión política y cuando todo parece cerrarse a las posibilidades de acción pacífica, la lucha armada. Sería totalmente erróneo decir que no ha habido cambios, pero es ridículo pretender que estos cambios han resuelto los principales problemas.

Ejemplo de ese proceso de lucha incesante, de victorias modestas y derrotas graves fue la década de 1957-1968. La década se inició en el mundo con la victoria de la Revolución y la entrada de Fidel Castro en la Habana el 1 de enero 1958 y siguió con la derrota de la invasión americana en Bahía de Cochinos el 17 de abril de 1961.

En México hubo dos devaluaciones en 1948 y la otra en 1954. El valor real de los salarios bajó considerablemente, los gobiernos priistas impusieron en los sindicatos líderes charros llamados así por el nombre del que inicio la tradición: Díaz de León *El Charro*. Los charros respondían no a los miembros de la organización sino al presidente en turno.

Desde 1957 fue creciendo la protesta sindical: los maestros, los telegrafistas, los petroleros, los electricistas y, la más poderosa de todas,

los ferrocarrileros. Los obreros se manifestaron principalmente por dos demandas: aumentos de salarios y derecho a la democracia sindical, es decir elegir a sus propios dirigentes. Pese a las grandes diferencias y los problemas particulares de cada movimiento esos dos elementos están presentes en todos ellos. A principios de 1958, los maestros de primaria del Distrito Federal se opusieron a los charros del SENTE, con huelgas y las movilizaciones públicas. Contra las órdenes de este fue elegido representante de los huelguistas el maestro Othón Salazar. Algunas de las manifestaciones fueron reprimidas ferozmente. Al fin las demandas económicas se lograron, pero no la política: el derecho a elegir su propio representante. Othón Salazar fue a dar a la cárcel. También los telegrafistas declararon estar contra sus líderes y lograron un aumento del 18% y la renuncia del administrador de Telégrafos, pero no la de su líder charro. Lo mismo pasó en algunas secciones de los petroleros que también recibieron un aumento, pero no la democracia sindical. Para frenar los movimientos el presidente asegura aumentos para todos los sindicatos del FSTSE. El 26 de agosto de 1958 los estudiantes se pronuncian contra el alza en las tarifas camioneras. Sigue un gran mitin en el zócalo y se pide el retiro de la policía y el ejército del IPN.

En febrero de 1958 los trabajadores de la Sección XV del sindicato ferrocarrilero habían acordado pedir la intervención del comité ejecutivo del sindicato un aumento de salarios. Se forma la Gran Comisión Pro aumento de Salarios. Vallejo es nombrado miembro de esta. El 9 de mayo la Gran Comisión decide pedir un aumento general de 350 pesos mensuales, incluyendo los jubilados. Cálculos diferentes explicaban que el salario real había bajado mucho. Al mismo tiempo se pidió de poner a los comités locales y pedir al comité ejecutivo nacional el reconocimiento de los nuevos dirigentes surgidos de las elecciones. Vallejo se define como el más importante dirigente recién electo. El 15 de octubre y 1958 las garantías constitucionales se suspenden. Jacinto López y otros dirigentes campesinos de Sonora son apresados llevados a la penitenciaría del Distrito Federal. El 25 de febrero de 1959 se inicia la huelga de los ferrocarriles nacionales.

Varias manifestaciones de apoyo son ferozmente reprimidas con cientos de heridos y detenidos. Al final la huelga es rota por el ejército y miles de ferrocarrileros son aprendidos Demetrio Vallejo y Valentín Capa son condenados a ocho años de prisión.

En 1961-1963 se produce en San Luis Potosí el movimiento dirigido por el Dr. Salvador Nava por el respeto a los resultados electorales. El lema del movimiento es “Los caciques existen hasta que los pueblos quieren”. En enero de 1961 después de un Congreso Internacional se forma en México el Movimiento de Liberación Nacional dirigido por Cárdenas y el PCM que proclama

que el imperialismo norteamericano es la principal fuerza que detiene y altera el desarrollo progresivo de nuestro pueblo, que explota sus riquezas naturales y su fuerza de trabajo, se apodera de las ramas principales de la economía nacional, controla el comercio exterior, reprime las luchas populares, ejerce presiones por medio de las actividades de su representación diplomática —enmascaradas bajo el disfraz del anticomunismo— e influye, también en aspectos fundamentales de la orinecían cultural del país.

Los guerrerenses vivieron entre los años 1957 y 1963 uno de los periodos más dramáticos de su historia. El gobernador Raúl Caballero Aburto ejerció el poder de tal manera que agudizó todos los conflictos políticos y económicos del Estado. El 10 de Septiembre de 1959 se creó la Asociación Cívica Guerrerense en el Distrito Federal que resumió su programa en los siguientes hechos: imposición de gente repudiada por el pueblo en las presidencias municipales, diputaciones locales; allanamientos ilegales de moradas, robos, asaltos y asesinatos cometidos por los agentes judiciales y la policía motorizada contra diversos ciudadanos; implantación de un Estado de terror por las policías de Raúl Caballero Aburto, contándose hasta la fecha más de 1.500 víctimas. La ACG se asignó la misión de luchar junto a las masas populares de obreros para reclamar los derechos constitucionales, conculcados por el actual gobernante; la Asociación que era independiente de todas las organizaciones manipuladas por los

grandes ricos, no descansaría hasta la desaparición de poderes en Guerrero. Durante el conflicto estudiantil que estalló en Chilpancingo el 21 de octubre de 1960 la ACG tuvo una destacada participación; llevando, sus propósitos más allá de los que se había fijado el comité de huelga estudiantil, agregando “la toma” de ayuntamientos y el derrocamiento de Caballero Aburto.

El gobernador Caballero Aburto cayó el 4 de enero de 1961 y asumió la gubernatura el licenciado Arturo Martínez Adame, quién convocó a elecciones para elegir gobernador del Estado. Estas se llevarían a cabo en diciembre de 1962. El 30 de diciembre de 1961, hubo una matanza en Iguala, en el segundo aniversario de la Matanza de Chilpancingo. El saldo: 20 muertos, 119 heridos y 985 detenidos. En enero de 1963 son asesinados en Ometepepec 39 miembros de la Asociación Cívica Guerrerense. La presencia de la ACG creció de tal manera que el 30 de septiembre de 1962 determinó lanzar candidatos a varias presidencias municipales y a la gubernatura. Su candidato a gobernador fue el licenciado José María Suarez Téllez que en según los cívicos ganó la elección al Dr. Raymundo Abarca Alarcón, candidato oficial reconocido como gobernador el 5 de marzo de 1963. Ante el “fraude electoral” la dirigencia de activistas de la ACG desplegó una intensa campaña política invitando a la población a desconocer el triunfo de Abarca Alarcón. Se inició la represión general: en Tecpán hubo más de quinientos detenidos y reclusos en la cárcel municipal. En Iguala el saldo fue de ocho muertos y una docena de heridos, así como un centenar de detenidos

Cabe citar en el prolongado conflicto la participación de los normalistas de Ayotzinapa que participaron con un numeroso contingente en la movilización de los universitarios logrando en seis meses movilizar una gran cantidad de estudiantes y vincularlos con los diversos segmentos antiaburtistas. Entre los normalistas hay que citar a Lucio Cabañas, miembro del PCM que más tarde recordaría esa época “los de Ayotzinapa, los de la Escuela Normal Rural nos metimos por todos los pueblitos y dondequiera anduvimos haciendo mítines y todo, acarreando al campesinado”.

También hay que destacar la participación de Genaro Vázquez Rojas que fue el alma de la ACG. Varios testigos de la época dicen que fue un “político visionario, organizador sagaz y estudioso de la ideología revolucionaria”. Sus lecturas incluían *¿Qué hacer?*, de Lenin, *Manifiesto del Partido Comunista y el 18 Brumario*, de Marx y la *Guerra de Guerrillas*, del Che Guevara. Un testigo de la época afirma que al principio Genaro Vázquez no guardaba ninguna afiliación ideológica, pero durante la lucha su pensamiento se inclinó hacia el socialismo (Román, 2003, p. 174). Durante el congreso agrario la ciudad de Chilpancingo de la ACG del 20 de agosto de 1965 se aprobó un programa de acción conocido como “los siete puntos”: 1) Por la libertad política. Que implica la salida del gobierno de todos los caciques y el advenimiento de un régimen popular, de obreros, campesinos, intelectuales, patriotas y estudiantes, así como el implantamiento de las libertades democráticas conculcadas por el actual gobierno; 2) Por la planeación científica de la economía, a fin de aprovechar al máximo nuestros recursos naturales, teniendo como meta dar mejores condiciones materiales y culturales de vida al pueblo; 3) Por el rescate de las riquezas minerales en manos de empresas imperialistas de Norteamérica.; 4) Por el respeto de la vida política sindical interna, la efectividad y ampliación de los derechos obreros; 5) Por el reparto de los latifundios y el rescate de las riquezas de rapamontes insaciables y la entrega de la misma a sus dueños, los campesinos; 6) Por la aplicación de la reforma agraria integral y el impartimiento de las prestaciones y servicio social (sic) a toda la población; 7) Por la alfabetización y el desarrollo cultural del pueblo.

El 30 de marzo de 1962 son aprehendidos y condenados a ocho años de prisión David Alfaro Siqueiros y Filomeno Mata por “disolución social”. El 23 de mayo del mismo año es asesinado Rubén Jaramillo el dirigente campesino junto a toda su familia. En noviembre de 1964 estalla el movimiento de la Asociación Mexicana de Médicos Residentes e Internos que termina también en una gran represión en que juegan un papel muy violento la policía y granaderos, así como el secuestro de enfermeras. No puedo continuar detallando sobre

todo el movimiento estudiantil que se inició en 1964 en varias universidades de provincia hasta desembocar en el 68 cuya historia es más conocida.

A raíz de la represión de todos esos movimientos y el aparente cierre de las vías legales de protesta surge en muchas partes del país, el movimiento guerrillero que tiene una larga historia en el México contemporáneo. Desde las guerrillas campesinas intermitentes entre los años 1940 a 1957 dirigidas por Rubén Jaramillo; en el Norte, el grupo popular guerrillero de la sierra y Arturo Gámiz 1962-1965; después vinieron los cívicos de Guerrero ligados a Genaro Vázquez que murió en 1972; también la guerrilla en la cual destaco Lucio Cabañas; la liga del 23 de septiembre, la mayor de las guerrillas urbanas, solo para dar algunos ejemplos de los cientos de grupos guerrilleros que surgieron durante esos treinta y cinco años. La guerrilla tuvo como respuesta lo que se ha llamado la “guerra sucia” que no respeta ninguna ley. Guerrilleros o sospechosos de guerrilleros son torturados y muertos sin juicio desde el principio hasta los años ochenta. Crece el número de desaparecidos.

Ahora el PRI, al regresar al poder después de una breve ausencia de doce años que se va perdiendo en la memoria por la inoperancia de los dos mandatos del PAN, tiende por inercia, insensibilidad y displicencia a regresar a lo que era la esencia de su poder, el uso de la violencia para someter al pueblo. Leyendo a Arnaldo Córdova recordamos la gran capacidad del Estado mexicano para absorber el cambio que la revolución produjo en la sociedad mexicana: *el ingreso de las masas en la política y que la democratización actual pretende repetir*. Ante esa situación los gobiernos del PRI adoptaron una política de masas muy especial. El objetivo principal era y es asegurar que todas las organizaciones o movimientos populares sean encuadrados en el sistema corporativo base social de su poder. Por sistema corporativo entendemos la creación o la aceptación de organizaciones en todos los sectores de la población: obreros, campesinos, clases medias, estudiantes, empresarios, profesionistas que establecen con el gobierno un pacto corporativo. Es decir, algunas de sus demandas

son tomadas en cuenta parcial o totalmente y a cambio de eso las organizaciones se dan dirigentes que actúan leal y disciplinadamente a las órdenes del presidente en turno arrastrando tras de sí al movimiento. La ruptura del pacto corporativo y la rebelión de la organización o la exigencia de estas de tener dirigentes que no obedecen más que a sus agremiados, produce la represión, una represión que se combina con la cooptación de una parte de los dirigentes rebeldes. Después del proceso de represión-cooptación, la organización entra en el redil o es aniquilada. El Estado aparece en el centro de una compleja red social como jefe de movimientos contradictorios y opuestos: campesinos y agricultores ricos; sindicatos y cámaras de empresarios; artistas y empresas de entretenimiento. Entonces en nombre de la unidad nacional que une solidariamente a todas las categorías y sectores del pueblo, el PRI conduce a la nación hacia su porvenir. La situación ha cambiado: muchos de los sindicatos y organizaciones campesinas que formaban parte del sistema corporativo han desaparecido o están en ese proceso.

El primer acto público para incluir los partidos políticos en el sistema corporativo ha sido el Pacto por México firmado el 2 de diciembre del 2012 entre el presidente de la República Enrique Peña Nieto; el presidente del Partido de Acción Nacional Gustavo Madero; la presidenta interina del PRI y Jesús Zambrano presidente del PRD. A través de prebendas, apoyos a las camarillas más flexibles, concesiones electorales y dinero se extendió la relación corporativa a los partidos políticos. Lo mismo se ha tratado de hacer con los gobernadores de la oposición con bastante éxito. Luego siguieron los grupos de autodefensa en Michoacán. Ahora tratará de hacerlo con los grupos independientes de maestros y comunidades en Guerrero y en otros Estados.

¿Y qué podemos decir sobre los asesinatos de políticos electos como los casos de Gabriel Gómez Michel y Braulio Zaragoza Maganda que son los últimos de una larguísima lista de presidentes municipales y otros políticos asesinados? El crimen organizado permea el Estado a través de la corrupción, imponiendo el ambiente de

violencia que conquista también las relaciones entre políticos como en los años veinte en que muchas veces las diferencias de opinión se resolvían a balazos en plena Cámara de Diputados. Pero la situación es totalmente diferente, no es como diría Carlos Bonfil el “México Bárbaro” que emerge gracias a la Revolución, sino el México neoliberal que se pudre por la omnipresencia de los narcotraficantes que los gobiernos neoliberales no han logrado o querido someter a un pacto semi corporativo y que hacen su voluntad a punta de ametralladora y a lluvia de dólares.

México se encuentra sumido en lo que Emile Durkheim llamó anomia. Hay una declinación en la sociedad de la *conciencia colectiva*. El crecimiento del individualismo, resultado inevitable de la penetración del mercado y su publicidad en todas las esferas de la vida, incluso las más íntimas, diluye las creencias y sentimientos colectivos. El pensamiento y el sentimiento adquieren una vaguedad peligrosa. Entonces la conciencia colectiva se agrieta ante la presión de una multitud de diferencias individuales. Pero la sociedad contemporánea sigue siendo un orden moral y no puede funcionar sin un orden colectivo. La anomia se impone porque las creencias y sentimientos comunes se enfocan en el valor y superioridad del individuo en lugar de la comunidad. El culto al individuo es opuesto a otras formas de comunidad moral y no puede por sí mismo ser base de la estabilidad de la sociedad. El éxito o fracaso de la sociedad es considerado solo en un plano secundario, lo esencial es el éxito (*winner*) o fracaso (*loser*). El individualismo puede ser una fe común; pero solo si logra arruinar las otras órdenes éticas y morales. Por eso deben destruir la multitud de creencias compartidas, las comunidades, las familias, las organizaciones de la sociedad civil, las instituciones de educación, los grupos de arte con sus valores como el bien común, el humanismo, la solidaridad, la justicia social, la igualdad que son por naturaleza colectivas.

Y aquí no cabe más ni menos que regresar a la pregunta de Lenin, ¿qué hacer? Muchos dirán que estoy desvariando al regresar al dirigente del fracasado ensayo soviético. Pero a mí no me parece tan

ilógico en el momento en que el capitalismo cuya figura en el siglo XX es de por sí horrorosa con sus guerras mundiales, exterminación de pueblos, campos de la muerte, hambre y humillación del tercer mundo. Después de Auschwitz, de Hiroshima, del Gulag, pocos pueden aun creer en el dominio de la razón sobre una historia que sigue y sigue y sigue en pleno siglo XXI. Entonces repito ¿Qué hacer? Si la izquierda cae en la trampa de la vieja política donde el PRI fácilmente muestra su superioridad, dada su larga experiencia histórica acumulada, nada fundamental cambiara. Es necesario que la izquierda se empeñe en fortalecer la democracia participativa dentro de los propios partidos, y fuera de ellos. Que de un papel cada vez más activo a sus partidarios; que insista en la unión entre partidos y movimientos sociales; evitando toda alianza clientelar e insistiendo en las alianzas programáticas o por objetivos concretos. La alianza no es para beneficiar a personas y a cambio de cargos sino por razones de políticas públicas y medidas de gobierno. Distinguir entre las luchas prioritarias y las secundarias. La derecha continúa produciendo incansablemente miedo en gran escala. La izquierda debe atajar este caudal con su trabajo, con éxitos prácticos a todos los niveles apuntando hacia un futuro digno para las mayorías; sustrayendo semillas de esperanza para que estas sepan que pueden vivir a pesar de las amenazas de un caos inminente tanto como el falso paraíso del consumismo.

Bibliografía

Román, Román Salvador. (2003). *Revolución Cívica en Guerrero (1957-1960) La democracia imposible*. México: INEHRM.

Arnoldo Martínez Verdugo y el gran viraje*

En los años que siguieron a la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la URSS (1989-1991), casi todos los partidos comunistas del mundo se disolvieron o quedaron reducidos a la marginalidad. En algunos pequeños países siguieron en el poder y el Partido Comunista Chino sigue gobernando al país más poblado de la tierra, en una fuga meteórica hacia un futuro desconocido.

Pero el Partido Comunista Mexicano fue una excepción, decidió disolverse en el año de 1981, casi una década antes de los sucesos aquí citados, para constituirse en un nuevo partido junto a otros partidos de izquierda radical: PMT, PPM, PSR y PSM, los cuales hicieron públicos los propósitos de unidad orgánica el 15 de agosto. El PCM, único partido que había conseguido ya su registro, lo pone a disposición de los otros y el XX Congreso del PCM, acuerda la fusión en una sesión especial el 5 de noviembre. El 6 de noviembre en la madrugada, Valentín Campa firmaba el acta de desaparición del PCM y la creación del Partido Socialista Unificado de México, en el cual finalmente el PMT no participó y la organización política Movimiento de Acción Popular se sumó.

* *Proceso*, No. 1909 y No. 1910, 2013.

La disolución del PCM no obedeció a las mismas causas que la desaparición de los otros partidos comunistas. Fue fruto fundamentalmente de procesos mexicanos y por eso podemos decir que su ruptura con sesenta y nueve años de historia de defensa a contracorriente de su existencia, debe ser analizada en forma diferente a la de otros partidos en el mundo y tuvo consecuencias inesperadas para toda la izquierda mexicana. Ganada la legalidad el PCM comprendió que solo en la unidad con otras fuerzas podía crear un partido revolucionario de izquierda digno del país.

El viernes 24 de mayo de 2013, murió a los 88 años de edad, Arnoldo Martínez Verdugo, que fue secretario general del PCM desde 1962 hasta su desaparición, y artífice principal de la unidad con otros partidos de izquierda. En muchos sentidos su figura queda identificada inseparablemente a la izquierda actual, fruto de un gran movimiento unitario, venido a menos, que en la actualidad ha cumplido ya su ciclo histórico.

La decisión de la disolución del PCM en 1981 planteada por Arnoldo Martínez Verdugo fue unánime desde la dirección hasta el último militante, y eso es mucho decir para un partido que en su última etapa estuvo libre de caudillos o caciques. Martínez Verdugo fue primero entre iguales en el presidium y el Comité Central, que después de largas discusiones habían llegado a esa conclusión. El acto unitario fue una decisión de un partido que conocía la democracia interna como nunca antes en su pasado. En el PCM, en 1981, había discusiones sobre muchos problemas, y diría yo, incluso una fuerte lucha interna, pero nunca sobre la necesidad de crear un partido de izquierda con la participación de personas de diferentes ideologías, cultura política y grados de militancia.

¿Pero cómo era Arnoldo? El personaje debe ser objeto de un libro que haga honor a la complejidad de su personalidad intelectual; a la modestia bordando en la timidez de su carácter (por ejemplo: en el libro de *Historia del Comunismo en México* dirigido por él, es uno de los pocos dirigentes que no aparecen en el índice onomástico); a la honestidad existencial, común a muchos otros comunistas, pero difícil

de entender desde el mirador de la clase política de nuestro tiempo en donde la ley que reina es “el que no tranza, no avanza”.

La honestidad política de Arnoldo Martínez Verdugo, daba por entendido, que la causa está por encima del individuo, que las negociaciones con organizaciones de orientación diferente, no podían ser materia de intereses personales, sino pura y exclusivamente, los intereses del Partido. Su honestidad personal y política, hoy, prácticamente ha desaparecido en nuestro país. Yo pondría a los defectos de simulación, codicia material, afán de poder a toda costa y ambición de notoriedad y fama, como ajenos, extraños, opuestos a la personalidad de Arnoldo Martínez Verdugo. No era un serafín, ni estoy dejando correr mi imaginación, y no acostumbro la adulación de los vivos ni de los muertos. Arnoldo era un hombre complejo, modesto y profundamente honesto. También era ligeramente tartamudo, falto de humor, y demasiado sensible a las majaderías.

Lo conocí a principios del año de 1962, en el local del Partido Comunista, en la calle de Tabasco. Yo tenía 31 años y él entre 37 y 38. Andaba yo gestionando mi ingreso al partido, junto con mi amigo Iván García Solís, y estaba muy preocupado porque la respuesta tardaba. Después del encuentro con Arnoldo, se desvanecieron las dudas y reticencias, y entré de lleno a la organización. Muy rápidamente se trabó, a iniciativa suya, una amistad que al principio me honraba, pero me costaba entender. Pero al poco tiempo, la razón de su dedicación al trato conmigo quedó aclarada en un viaje en mi automóvil a la imprenta de nuestro Partido, a cargo del inefable Prócoro, para revisar pruebas de la revista *Nueva Época*, a cuya redacción fui integrado en 1962, desde su primer número.

Lo principal en la reconstrucción del Partido [me dijo] es formar un grupo dirigente que sea a la vez fiel (al Partido, no al líder), capaz, experimentado, y sobre todo inteligente, —mientras aspiraba profundamente como lo acostumbraba su cigarrillo— ¡y a veces pienso que sería más fácil comenzar la tarea totalmente de nuevo, desde cero!

Durante dos décadas o más, Arnoldo se abocó a la construcción del grupo dirigente. Y esto exigía el trato personal con un grupo más o menos selecto, a quienes iba formando en la práctica y en la teoría para las tareas de dirección. Las atenciones, la constante preocupación por el individuo, su situación y la de sus familias, especialmente los que estaban presos, retratan al hombre que nunca esperó, ni quiso, ser un mandarín arbitrario.

El año en que ingresé al Partido fue precedido por una serie de sucesos nacionales e internacionales que permitieron a los comunistas mexicanos dar un fuerte giro en su orientación y actividad política. *Primero* en la esencia del ser comunista, el informe secreto de Nikita Kruschev, en la sesión cerrada del XX Congreso del PC de la Unión Soviética en 1956, iniciaba el proceso de *desestalinización* de todos los partidos comunistas, aun cuando cada uno lo fue integrando en forma diferente y a ritmo distinto. Al informe no siguió un debate ni una votación y solo se difundió lentamente y a través de diferentes canales. Pero la pretensión de los círculos anticomunistas de que solo estaba dirigido a una élite, es totalmente falsa y absurda. Encina, el secretario general del PCM, que asistió a la sesión, informó sobre ella, pero desconozco el contenido de ese informe. Pronto se publicó íntegro en varios periódicos estadounidenses, así como, en *Le Monde* y *L'Unité*. Algunos compañeros de la dirección del PCM, conocían extractos del documento que comienza así:

Después de la muerte de Stalin, el Comité Central del Partido [PCUS] comenzó a estudiar la forma de explicar [...] el hecho de que [...] es ajeno al espíritu del marxismo-leninismo elevar a una persona hasta transformarla en superhombre, dotado de características sobrenaturales [...] de un conocimiento inagotable [...] de una visión extraordinaria [...] y, también, de un comportamiento infalible [...].

Arnoldo conoció muy pronto el documento y me lo comentó en términos claramente positivos, sobre todo, en lo que significaba para la organización interna del PCM, en el cual había existido el culto a la personalidad (o como decía él, de la persona) del secretario general

anterior Dionisio Encina y en el pasado, el culto a Stalin había causado desastres al Partido.

Segundo, el triunfo de la Revolución cubana en 1958, que entusiasmó a toda América Latina, probando que la revolución socialista era posible a noventa kilómetros de la costa norteamericana y que sus formas de lucha y resultados, no coincidían con los manuales marxistas elaborados en Moscú y planteaban en forma totalmente nueva, los problemas de la revolución en América Latina.

Tercero, las grandes luchas sindicales de maestros, ferrocarrileros, minero-metalúrgicos, petroleros, telegrafistas y otros sindicatos menores que entre 1956 y 1959 sacudieron a todo México, por su carácter simultáneo de demandas económicas y sobre todo políticas. La estructura corporativa del PRI, se cimbró en sus profundidades. Sobre todo porque, además, rápidamente siguieron indicios de movimientos de los campesinos sin tierra, estudiantes y después de profesionistas e intelectuales.

Arnoldo era un hombre sorprendentemente abierto a los cambios, a las nuevas situaciones, sobre todo para el medio dogmático del comunismo latinoamericano. Captó rápidamente el enorme sentido innovador de esos sucesos y la necesidad de reformar el PCM. En las largas pláticas en su casa y los cafés en donde acostumbra reunirse conmigo, por lo menos una vez a la semana, comentaba creativamente los nuevos problemas y la relación que debían tener en la teoría marxista, en el programa y la práctica del PCM. “No podemos quedarnos al margen de los cambios monumentales que se están produciendo [decía]. Se está dando un viraje a nivel continental y nacional y hay que aprovecharlo”.

En los años de 1940 a 1956 el partido pasó por una época desastrosa. Se perdió la brújula. Aun cuando sus miembros seguían activos en sindicatos, organizaciones campesinas e instituciones culturales, su orientación política fue incongruente. Las expulsiones se multiplicaron y el nivel ideológico se desplomó.

Dionisio Encina, su secretario general mantuvo una política muy oportunista hacia los gobiernos del PRI que estaban en lo que Lázaro

Cárdenas llamó “la contrarrevolución pacífica”. En 1956 buscó que los nuevos dirigentes de los movimientos sindicales mantuvieran una política conciliadora hacia los líderes charros y el gobierno, frenando así a las bases. A eso se opuso el Comité del DF y muchos otros compañeros. Defendieron la tesis de que, para luchar por sus reivindicaciones en las condiciones de México, los trabajadores tenían que pasar por encima de los líderes charros y llamaron a todos los miembros del Partido a sumarse activamente a esos movimientos.

Así comenzó una lucha interna que duro tres años y que acabó por corregir drásticamente la orientación y la práctica del Partido y llevar a su cabeza una nueva dirección. Se decidió eliminar el puesto de secretario general, para fortalecer el principio de la dirección colectiva. Pese a que el Partido, por tomar parte en los movimientos sindicales insurgentes, tenía a muchos de sus dirigentes en la cárcel, se inició un viraje en toda la concepción de la relación con los gobiernos del PRI, el movimiento sindical y la democracia interna. Se logró el regreso al partido de miembros expulsados como Valentín Campa y Miguel Ángel Velasco y se avanzó en la formación política de los cuadros. En ese proceso Arnoldo Martínez Verdugo se definió como principal inspirador y dirigente de la renovación del partido.

Yo había recibido una formación marxista más amplia desde muy temprano y comenzado a militar activamente en la izquierda, a través del MRM, junto a Othón Salazar, desde 1956. Al mismo tiempo formé el Círculo de Estudios Ricardo Flores Magón, en donde convergieron, por un lado, varios intelectuales marxistas como José Revueltas, Eli de Gortari, Enrique González Rojo, y por el otro, militantes destacados del MRM. El encuentro resultó explosivo. Mientras los intelectuales enseñaban haciendo proselitismo, los maestros jóvenes del MRM, leían marxismo y se acercaban al movimiento comunista del cual sus padres se habían alejado debido a las posiciones oportunistas, subordinadas al nacionalismo revolucionario de la dirección del PCM hacia el movimiento sindical.

El PCM, a principios de los sesenta, vivía en un ambiente de represión aguda y constante. Aparte de las tareas políticas en el

movimiento y la elaboración de los principios de una nueva orientación, debía tomar medidas constantes de seguridad. Arnoldo era vigilado y hostigado asiduamente. Y aquí podemos hablar de otra de sus cualidades: una valentía firme, tranquila, casi fría, ajena a toda paranoia o histeria. Más tarde me contó que durante largos periodos se veía obligado a dormir fuera de su casa en diversos hoteles, cambiando de lugar cada noche. Quizá su condición de dirigente principal lo salvó de largas prisiones. El costo internacional de tener a la figura principal de un partido comunista en la cárcel, frenó los excesos del gobierno mexicano.

Mi primer encuentro con las medidas de seguridad en un periodo de represión directa, fue la asistencia al XIV Congreso al que fui invitado. Esta reunión se realizó a fines de 1963, en una casa especialmente alquilada. Los participantes fueron entrando en un coche privado, uno por uno para no alertar a la policía con una agitación excesiva. A mí me tocó entrar un día antes del comienzo del Congreso. Todas las comidas se realizaban en la casa y estaban a cargo de las hermanas Borquez. En la noche no se permitía prender luces, y dormíamos todos en el piso en silencio. Las actividades se realizaban cuidando de no alzar la voz. Fue en ese Congreso donde se eligió el nuevo Presídium integrado por Arnoldo Martínez Verdugo, J. Encarnación Pérez, Manuel Terrazas, Gerardo Unzueta, Alejo Méndez, J. Encarnación Castro, Fernando C. G. Cortés, Lino Medina, Antonio Morín y Juan de los Reyes. Cuando salió de la cárcel se agregó Valentín Campa.

Durante sus largos años de ilegalidad o semilegalidad, el Partido Comunista Mexicano, era una organización muy pequeña. Su militancia oscilaba entre mil y dos mil miembros. Lo que nunca lograron los gobiernos del PRI fue dispersarlo. Quizá no lo quisieron, pero aun si lo hubieran querido, no hubiera sido fácil. Su organización celular y su vinculación ideológica, más que personal, lo impedía.

Barry Carr reporta que al final del cardenismo, había unos 36 mil comunistas, para el año de 1945, solo quedaban 3.775. A principios de los años 70, después de la represión de 1968, se informa de novecientos a mil doscientos miembros. Pero incluso en momentos de

represión, después de grandes luchas populares, la membresía a veces aumentaba. Así el XVII Congreso, en 1976, registra 4.500 miembros, 50% más que dos años antes.

¿Cuál es la causa de la pequeñez del PCM? En primer lugar, la línea, el comportamiento del partido durante los años de la “contrarrevolución pacífica”. En segundo lugar, la constante represión, que aumentaba considerablemente en los periodos de ascenso de los movimientos populares. El PCM tenía muchas simpatías, pero solo un grupo selecto se atrevía a militar en una organización permanentemente perseguida por un Estado que no retrocedía incluso ante el asesinato. Los gobiernos del PRI podaron periódicamente el PCM, sembrando el miedo y cooptando a cuadros distinguidos.

Después de la legalización definitiva, el 7 agosto de 1979, las solicitudes de ingreso se multiplicaron. En el Distrito Federal, después de la legalización, la membresía se duplicó en un año, llegando a contar con 4 mil miembros. Y en el XIX Congreso Nacional, se reportó que en cuatro meses de campaña de afiliación se habían logrado 100 mil solicitudes nuevas.

Con el registro definitivo, una nueva época comenzaba para el PCM, en que los objetivos electorales, la existencia de una representación legislativa, cambiaba toda la forma de hacer política. Antes el único terreno disponible a la acción de los comunistas era el trabajo entre la base ciudadana; ahora había las elecciones; antes solo podía aspirarse a un partido de cuadros; ahora al partido de masas podía ser una realidad; en la década de 1956-1969, la violencia desatada por los gobiernos del PRI inspiraba las ideas de que solo existían dos opciones: la victoria de una oligarquía represiva o una revolución democrática y socialista, violenta o no. Con la legalización, primero del PCM, y luego de otras organizaciones de izquierda, se abrió una tercera opción: la persistencia de la oligarquía, pero acompañada de una democracia electoral. La alegría en el campo de la izquierda y de los comunistas, no puede ser hoy imaginada. ¿Qué papel jugó Arnoldo Martínez Verdugo en ese proceso? Yo digo que Martínez Verdugo es la recuperación de la brújula del comunismo mexicano.

Si José Revueltas tenía razón cuando hablaba de un proletariado sin cabeza en 1962, acertaba para el periodo 1940-1960. Pero desde el XIII congreso y el acenso de Martínez Verdugo y la nueva dirección su libro es obsoleto.

La mayoría de las otras organizaciones de izquierda, tuvieron al principio mucho recelo hacia la “apertura democrática” del PRI. También, en las filas comunistas, muchos temían una trampa. Fue Arnoldo Martínez Verdugo quien emprendió una campaña de convencimiento en favor de la reforma electoral. Polemizó dentro y fuera del Partido a su favor:

Hay que tomar en cuenta [decía] que las últimas dos elecciones, la de 1970, en que nosotros no participamos y hubo una gran abstención, y la de 1976, en que no hubo candidato legal frente a López Portillo, fueron desastrosos para el PRI pese a sus victorias.

Arnoldo se mostró dispuesto a negociar con Reyes Heróles, actor principal por parte del gobierno en la reforma electoral que se iniciaba y pronto se estableció un diálogo fructífero, decía en uno de sus escritos:

Ninguna consigna corresponde de la manera más exacta a los intereses de la clase obrera [escribía Arnoldo] en la actual situación del país que la de la reforma política democrática. [...] Pero esta consigna no convence aun a los distintos sectores que integran [...] la izquierda. La propone con insistencia el Partido Comunista Mexicano en sus documentos fundamentales de los últimos dos años bajo el título de *La lucha por la libertad política*. [...] Este documento y otros que el PCM ha dedicado al tema en discusión, persigue claramente el objetivo de probar la necesidad y la posibilidad de una reforma política. [...] La lucha por conquistar los derechos políticos plenos [seguía Arnoldo] fue parte esencial de los movimientos [...] de 1958-59 y de 1968 [...]. (Martínez, 1977)

Han pasado más de treinta años de la desaparición del PCM. El comunismo que llevó a millones de hombres y mujeres a comprometerse

activamente con la política y la lucha contra el capitalismo y el fascismo, durante más de ochenta años en todo el mundo, ha dejado de existir para siempre. Pero la cuestión comunista, la utopía de un mundo socialista no ha muerto y sigue siendo tan actual como antes, porque el capitalismo de hoy no ha resuelto nada y propone un mundo peor que el que existía en nuestro tiempo. Entonces, pregunto en una conversación imaginaria con Arnoldo, ¿qué es una derrota en la historia de los pueblos y qué tan definitiva es la que sufrimos? Estoy seguro de que me contestaría: “Para los comunistas que saben que su camino es largo y azaroso y que, de derrota en derrota, sembramos un futuro mejor, nunca hay una derrota definitiva”.

Bibliografía

Martínez Verdugo, Arnoldo. (1977). *El Partido Comunista Mexicano y la Reforma Política*. México: Ediciones de Cultura Popular.

Primero los pobres*

Hace tres semanas, Andrés Manuel López Obrador lanzó el lema “Para el bienestar de todos, primero los pobres”. Últimamente, la idea ha sido retomada en su campaña para el gobierno del DF. Antes de entrar en la discusión sobre táctica, de si el lema es o no adecuado para una campaña en la capital, vale la pena reflexionar sobre dos preguntas de más fondo: ¿la proposición es verdadera o falsa? y ¿en qué medida refleja fielmente la identidad del PRD en la actualidad y en el futuro? Los partidarios del pragmatismo dirán que se trata de un ejercicio ocioso: de lo que se trata es de ganar elecciones, no de iniciar un debate extemporáneo sobre contenidos del discurso perredista. En cambio, quienes están interesados en la construcción del partido, no podrán dejar de sentirse motivados por las implicaciones del lema en el desarrollo de la identidad misma de su organización.

Andrés Manuel López Obrador ha demostrado en tres ocasiones que entre sus cualidades se cuenta la de una fina intuición política que le permite ubicar el objetivo principal en una situación compleja. Cuando fue elegido presidente del PRD, sostuvo que su misión principal era romper el estancamiento electoral de su partido y actuó en

* *Proceso*, No. 1206, 1999.

consecuencia. Al surgir el problema del Fobaproa, vio en él un punto muy débil del sistema y se lanzó al ataque, ratificando ante tirios y troyanos, la identidad izquierdista de su partido. Ahora que solo faltan siete meses para las elecciones y no ha habido una sola discusión de fondo, en que casi no se ha apelado a la razón de los electores, en que todo son gruñidos, rugidos y gestos crispados que igualan y trivializan a los contendientes, López Obrador lanza una bomba de efectos retardados que no debe ni puede pasar inadvertida.

Antes de continuar, es importante insistir en la importancia de esta cualidad del candidato a la gobernatura del DF. La intuición es la capacidad de obtener conocimientos por una vía que no es ni la observación ni la razón ni la experimentación. Juega un papel importante en las matemáticas y la estrategia militar, y es imprescindible en el arte. Spinoza decía que la percepción del mundo como un todo orgánico es materia de intuición, mientras que el conocimiento parcial y abstracto es resultado de la ciencia y la observación sistemática. La intuición puede ser natural o adquirida, pero sin ella no se puede prosperar en oficios tan diferentes como la física teórica, la creación literaria o el pilotaje de autos de carrera. Mucho menos en la política. López Obrador no nació en el DF, pero sin duda posee esa cualidad sin la cual la política es solo rutina.

Estoy convencido de que la proposición “Para el bien de todos, primero los pobres” es verdadera y, además, una representación exacta de la razón de ser del PRD, tanto hoy como en los próximos cincuenta años. Todo partido político tiene necesidad de una misión histórica definida que le dé continuidad en el suceder de las generaciones, identidad frente a unos medios que se empeñan en vivir de lo inmediato y lo anecdótico, y legitimidad en el corazón de un pueblo que tiende a depositar una confianza desmedida en caudillos y personajes carismáticos. Para que un partido prospere, es necesario que sus miembros puedan responder sin titubeos a la pregunta: ¿cuál es la causa que nos distingue de los otros partidos e inspira nuestros esfuerzos?

En la primera mitad del siglo XXI, un partido de izquierda será portador de la gran tarea histórica de fusionar en una las dos

naciones que coexisten en el seno del México de hoy, o no será. La única misión que puede dar sentido a su existencia es la solución de la cuestión social. Si no se lo propone, está seguramente condenado a jugar un papel efímero y marginal.

Hace cincuenta años, la cuestión social existió también en los países industrializados de Europa. El desarrollo industrial agudizó todas las contradicciones sociales, y la época de la gran depresión las reprodujo. Mientras las migraciones del campo a los barrios marginales de la ciudad entrañaban una pérdida de identidad y una angustiada sensación de esclavización, la pauperización material era acompañada de la desmoralización y la desculturización. Todos los espíritus sensibles de Europa denunciaron el fenómeno. A mediados del siglo pasado, el escritor y político conservador Benjamín Disraeli afirmaba:

No hay comunidad en Inglaterra, solo hay un agregado. [...] Nuestra soberana reina sobre dos naciones. Dos naciones entre las cuales no hay ni relaciones ni simpatías, que son tan ignorantes de las costumbres, los pensamientos y los sentimientos del otro, como si sus habitantes pertenecieran a dos planetas diferentes, que ingieren comestibles diferentes y son regidos por maneras diferentes, que no son gobernados por las mismas leyes. Esas dos naciones son los Ricos y los Pobres.

¿Acaso esta descripción no se aplica como un guante al México de hoy? A finales de nuestro siglo, convocado por los excesos neoliberales, el espectro de una nueva cuestión social vuelve a rondar el Viejo Continente y a ser denunciada como lo fue antes.

En nuestra historia la cuestión social está presente desde hace mucho. Ya a principios del siglo XIX, Humboldt señalaba el contraste entre ricos y pobres en la Nueva España. A partir de entonces, los señalamientos y las denuncias se han sucedido sin parar. En las últimas dos décadas, el problema se ha agravado trágicamente. Los informes de la ONU son contundentes. América Latina (y México) es la región con la distribución del ingreso más polarizada del mundo, y en los últimos quince años el fenómeno ha empeorado. El reciente libro de Julio Boltvinik y Enrique Hernández Laos, Pobreza y

distribución del ingreso en México, nos describe con precisión y detalle una situación límite. Estamos ante un problema estructural que en la actualidad se agrava; que es antiguo, pero también nuevo; que es persistente y creciente, y que solo puede resolverse con cambios sociales profundos, aplicados en forma consecuyente durante toda una generación. Este es el problema prioritario de México.

Mientras no se resuelva la cuestión social, todos nuestros avances tienen un lado perverso. Tenemos hospitales con las instalaciones más modernas del mundo, pero miles de niños mueren de desnutrición. Exportamos cientos de miles de automóviles, pero más de la mitad de los mexicanos no pueden adquirirlos. Contamos con premios Nobel, pero el promedio de nuestra escolaridad es de cuatro años. La democracia no puede consolidarse en un país en el cual la mitad de la población se siente excluida del sistema. El ingreso al primer mundo no es solo un asunto de producción, sino también de mercado nacional. El objetivo se define en términos claros y bastante simples. Debemos lograr una nación en la cual 80% de la población viva en condiciones y tenga ingresos, comparables y compatibles. La alimentación, la vivienda, la educación, las oportunidades mínimas deberían estar al alcance de todos. Las diferencias en ingresos de ese gran sector mayoritario, no pueden pasar del 1 al 8.

La proposición “Por el bien de todos, primero los pobres” es profundamente verdadera en sus dos componentes. Afirma, en primer lugar, que la solución del problema responde al interés de la nación o de la comunidad en su conjunto (“por el bien de todos”), y eso es cierto. Los grandes empresarios tendrían que sacrificar algo de las tasas de ganancia actuales y pagar más impuestos, pero se verían compensados con la ampliación del mercado interno y la estabilización de la situación política. La clase media actual perdería algunos de sus privilegios y sus pequeños lujos, pero ganaría inmensamente en influencia política, puesto que se transformaría en la gran clase mayoritaria de la nación. Las élites políticas tendrían que sacrificar algo de su preeminencia y su impunidad, pero acrecentarían enormemente su legitimidad y su poder hacia el exterior.

En segundo lugar, se plantea la prioridad del problema (“primero” los pobres), y esa afirmación contiene también una verdad profunda. En el punto en el que nos encontramos y con las posibilidades que se nos abren en los próximos cincuenta años, o resolvemos la cuestión social o abandonamos cualquier aspiración a ingresar al primer mundo. O construimos una nación que integre a nuestros 100 millones de habitantes en un todo en el cual la solidaridad (no confundir con la filantropía) sea posible, o debemos hablar del fracaso histórico de nuestra civilización.

El PRI conquistó su hegemonía con la reforma agraria, la instauración de sistemas de seguridad social, la consolidación de algunos derechos básicos de los obreros sindicalizados, la multiplicación de las escuelas rurales. Aun cuando los tecnócratas de hoy lo nieguen, durante décadas vivió de los intereses de esa aportación inicial a la solución de la vieja cuestión social. Su abandono trae consigo, inevitablemente, su ocaso (lento por las veleidades de la oposición, pero seguro).

Si el PRD quiere conquistar esa hegemonía para la nueva izquierda, debe elevar el paradigma “Para el bien de todos, primero los pobres” en principio rector de la elaboración de su proyecto de nación, sus plataformas electorales, su campaña nacional del año 2000, la actividad de sus fracciones parlamentarias, las políticas de sus gobiernos, la construcción de su partido. No simplificamos. Clara y simple como objetivo, la solución de la cuestión social presenta enormes dificultades en materia de la construcción de un bloque político, la elaboración de políticas coherentes y su puesta en práctica a diferentes niveles de gobierno. Además, debe quedar claro que la solución del problema de los pobres es solo una parte de la cuestión social y que esta, a su vez, no resuelve todos los problemas del país. Hablamos de una prioridad, de un rayo de luz que debe orientar y jerarquizar la solución de otros problemas, sin sustituirlos ni desconocer su particularidad ni su importancia.

AMLO y el sistema de movimientos sociales*

Un sector significativo de los mexicanos, y eso cruza verticalmente todas las clases sociales, está descontento con la situación general del país. Puede decirse que hay una *conciencia colectiva* de decadencia que no es general pero sí muy extendida. La ética social, las obligaciones morales están cada vez menos presentes, las acciones individuales amorales, injustas, ilegales, parecen imponerse a toda *conciencia colectiva* que constituye la argamasa de la sociedad por encima de sus conflictos sectoriales. La percepción del desempeño de la economía nacional y privada es que está estancada, que no hay mejoría ya desde una generación o más. El estatus relativo de México en el conjunto de las naciones se deteriora y la criminalidad está rompiendo las barreras y logrando introducirse en todos los círculos sociales, incluyendo las altas esferas de la política y la empresa pública. Pocos son los que creen en el progreso en un futuro inmediato. Eso coincide con lo que Emile Durkheim ha llamado un estado de anomia. Esta parte de la nación mexicana se siente impotente ante la necesidad urgente de cambiar el rumbo que evidentemente tiene que ver con la acción colectiva, y guarda reservas hacia las próximas elecciones.

* *Proceso*, No. 1842.

Racionalmente hablando la pregunta es ¿por dónde comenzar? Y la respuesta no es simple ni mucho menos evidente. Yo citaré aquí a Esthela Gutiérrez Garza que, después de hacer un diagnóstico certero del estado económico de la nación, sostiene

[...] es fundamental tener claro que el principal problema de México no es económico, sino político. [...] Los proyectos de la supuesta modernización que se instrumentan desde las cúpulas del poder terminan por beneficiar solo a quienes las proponen... solamente con participación ciudadana se puede concebir instrumentar y realizar un proceso de nación que a todos incluya en su ejecución y en el beneficio de sus resultados. (Garza, 2011, p. 109)

Pero la “participación social” no se produce solo en el sistema político, se produce también, como sugiere Niklas Luhmann, en el sistema de los movimientos sociales. El *sistema de movimientos sociales* es en sí mismo completamente diferente al sistema político y vive con intensidad su propia dinámica, ajena a elecciones, presidentes, gobernadores y toda la parafernalia que los acompaña. Con otros calendarios, problemas diferentes, victorias y derrotas a las cuales los medios (con notables excepciones) no prestan atención ninguna. Ahí no reina la publicidad, sino las redes sociales; la ambigüedad o la trácala, sino el compromiso digno con ideas y valores. Los medios escasean y la solidaridad humana es fuerte. Sin embargo, el *sistema de movimientos sociales* es fuente bien establecida de participación popular y poder. Es tan viejo como el México colonial, en el cual el sistema político tenía poco o nada de participación social y en donde reinaba el principio de que los súbditos deben “aprender a callar y obedecer”, mientras que los movimientos de resistencia de los indígenas eran permanentes.

En una cosa los dos mundos se parecen, en ninguno de los dos el músculo y la mente duermen. Hay una actividad febril y constante. Un trajín incesante. Estoy convencido que el salto de la decadencia o anomia a la regeneración y el restablecimiento del vigor nacional depende de la acción en ambos sistemas. Entre los dos se establecen

relaciones de negociación, represión y autodefensa. El gobierno coopta dirigentes, satisface parcialmente demandas, mata. El movimiento se dispersa, queda reducido a su mínima expresión. Pero el sistema de movimientos sociales persiste y nunca sabe uno cuándo se puede transformar en poder alternativo.

AMLO es un hombre que como otros líderes de América Latina se ha movido y se sigue moviendo con gran naturalidad en los dos sistemas: el político y el de los movimientos sociales. Su compañía en ese sentido no es mala, ni mediocre, Lula, el dirigente sindical y presidente popular; Evo Morales, dirigente de los cocaleros y presidente popular; Dilma Rousseff, luchadora radical contra la dictadura y presidenta popular; José Mujica, tupamaro y presidente popular.

AMLO es similar a ellos y, a la vez, distinto, porque pertenece al escenario mexicano en el cual no hubo dictadura militar. Ha pasado frecuentemente de la acción política a la lucha social, siempre por defender valores esenciales para ambas esferas. Primero fue dirigente estudiantil en su nativo estado en 1968. Después participó en el equipo electoral de Carlos Pellicer. Durante los años 1977-1982 estuvo al frente del Centro Coordinador Indigenista Chontal de Nacajuca, en donde contribuyó a mejorar las tecnologías agrícolas de los indígenas y fueron ellos quienes lo apoyaron para que iniciara su carrera política. En 1988 lo postularon como candidato a la gubernatura de su estado natal, Tabasco, contra Roberto Madrazo. Después de que este asumió la gubernatura, AMLO exhibió cuarenta y cinco cajas con miles de documentos que probaban el costo ilegal de la campaña de Madrazo y por tercera vez en su vida, recurrió al movimiento social llamando a la resistencia contra el fraude y la imposición de Pemex en la región, eso desembocó en la Caravana por la Democracia.

Dos años más tarde bloqueaba instalaciones petroleras para exigir indemnizaciones para los campesinos y pescaderos afectados por la actividad de Pemex. Luego fue presidente del PRD y transformó su campaña por el Distrito Federal en un verdadero movimiento social. El intento de Vicente Fox de desaforarlo fue derrotado por un movimiento social multitudinario. Todos conocemos la historia de lo que

siguió al fraude de 2006. Expulsado de la política, Andrés Manuel volvió a refugiarse en el movimiento social, sin abandonar completamente el primero. ¿Quién, entre los otros candidatos a la presidencia, tiene un historial semejante?

Bibliografía

Gutiérrez Garza, Esthela. (2011). En economía: ¿Dónde estamos, hacia dónde vamos? *Cambiar México con participación social*. México: Senado de la República / UANL / Siglo XXI.

Andrés Manuel López Obrador: congruencia y capacidad*

Andrés Manuel López Obrador no solo es el político más popular del momento, sino que comienza a adquirir dimensiones de estadista. Es cada vez más evidente que la imagen que refleja, corresponde a las cualidades que la mayoría de los mexicanos quisieran ver en sus gobernantes. Pero es más, los hechos y las palabras de los últimos tres años, comienzan a definirlo como portador de una alternativa de izquierda, clara y viable, a las políticas que han dominado al país en el pasado reciente y la actualidad.

Los síntomas de popularidad se multiplican: la última encuesta trimestral del diario *Reforma* le da 84% de aprobación. Los habitantes de las colonias populares lo reciben con entusiasmo, las clases medias se solazan con la arquitectura del distribuidor vial y los empresarios más ricos del país lo tratan con respeto. Alguien podría decir que la popularidad no es prueba suficiente de buen gobierno: la historia del mundo está llena de gobernantes nefastos que fueron muy populares y recientemente, México ha tenido candidatos de gran aceptación que encabezan gobiernos mediocres. El análisis de los hechos es necesario para confirmar lo que la encuesta sugiere. Y yo creo que los dos coinciden; que la percepción de las mayorías

* Inédito.

corresponde a una realidad; que, en los próximos tres años, el fenómeno de opinión puede transformarse en fenómeno social.

La alternativa se ha ido construyendo día a día en el contenido y la forma. Dos ejemplos, uno social, el otro político. El Gobierno del Distrito Federal ha elevado el gasto social a un nuevo rango tanto en términos absolutos, como relativos. El programa de pensión alimenticia universal a los mayores de setenta años, abarca ya a más de 325 mil personas y ha adquirido carácter de ley. Más de 64 mil discapacitados obtienen su beca mensual cuya vigencia cubre ya todas las zonas pobres de la ciudad. Los programas destinados a las madres solteras, los desayunos escolares, los textos gratuitos para secundaria y los cinco millones de vales de despensa para compensar el aumento al precio de la leche *Liconsa*, se cumplen íntegramente.

También ha definido con claridad el tipo de democracia que lo inspira. El 7 y 8 de diciembre del año pasado, AMLO realizó una consulta sobre su continuación o retiro del puesto que ocupa. En otras dos ocasiones, sometió a plebiscito medidas que quería adoptar. Esa práctica representa una toma de posición consecuente en favor de la democracia participativa. Hay ciudadanos que solo son partidarios de una democracia representativa. Para ellos, los candidatos electos han recibido un mandato que les permite gobernar sin consultar al pueblo durante todo el período que dura este. El acto del jefe de Gobierno se inscribe en un proyecto diferente, el de una democracia en la cual los ciudadanos no solo opinan al elegir, sino también durante el período del mandato, obligando al gobernante a consultar sobre asuntos concretos y en última instancia, sobre la validez de su propio desempeño.

Considerando que en el imaginario popular AMLO ocupa ya un lugar como el precandidato más popular a la presidencia en 2006, no solo importa hacer un balance de su gobierno, sino también de las potencialidades que su personalidad proyecta hacia el futuro.

Lo primero que se puede decir de él es que AMLO es un político congruente y, por lo tanto, confiable. Es un hombre de ideales y de principios y existe entre su pasado y su presente, entre su discurso

y su práctica, una consecuencia sin rupturas. Desde sus años de militante en los movimientos sociales y sus candidaturas en su natal Tabasco; desde su presidencia en el PRD y ahora su desempeño en el gobierno del Distrito Federal, ha mostrado un compromiso inquebrantable con los intereses de los pobres y los desprotegidos. Las primeras medidas de gobierno fueron de carácter social: apoyo a los ancianos, a los discapacitados, a los jóvenes en riesgo, a los que carecen de habitación, a los desocupados. Partidario de la educación media y superior pública y gratuita, fundó la primera universidad estatal en el Distrito Federal en veinticuatro años y dieciséis preparatorias en zonas de bajos ingresos.

Siempre sostuvo que una de las causas de los fracasos de la Revolución mexicana ha sido la corrupción y el dispendio público y ha instaurado una política de combate a la corruptela y el derroche, que le han permitido, sin aumentar impuestos y sin endeudarse en exceso, realizar programas sociales y ambiciosos proyectos de construcción.

AMLO es partidario de una economía de mercado y un Estado social. A los empresarios les ha dicho: “Uds. son buenos para producir riqueza, corresponde al Estado asegurar que esta se reparta con justicia”. Y ha logrado establecer relaciones de colaboración fructíferas con varios sectores del empresariado para los proyectos de restauración del Centro Histórico, el corredor turístico de Reforma y la creación de parques industriales modernos.

Lo segundo, es que ha demostrado ser un político extraordinariamente capaz. Sabe materializar sus ideas y sus principios en proyectos prácticos; realizarlos enfrentando los problemas del quehacer cotidiano y comunicarlos a la ciudadanía en forma asequible y eficaz. Y esa capacidad se nutre de tres cualidades sobresalientes: una fina intuición política que le permite orientarse en las situaciones más complejas, una voluntad y una tenacidad que mueven montañas y una sagacidad natural que lo protege de las trampas más perversas. Estas son algunas de las cualidades de quien es, hoy, el político más popular de México.

México a contracorriente*

A principios del siglo XXI, las nuevas izquierdas o centros izquierda obtuvieron sonadas victorias electorales en los principales países de América Latina. En 1999 fue electo en Venezuela Hugo Chávez con una amplia mayoría, para permanecer en la presidencia hasta su muerte en 2013. En 2002 en las elecciones presidenciales de Brasil Lula derrotó a Fernando H. Cardoso, representante del “posibilismo” neoliberal y hasta hoy, el gobierno de centroizquierda se mantiene en el poder con Dilma Rousseff. En 2005 se produjo la aplastante victoria de Evo Morales en Bolivia que a fines del año 2014 se presenta y gana su cuarta reelección. Durará en el poder por lo menos catorce años. Daniel Ortega fue presidente en Nicaragua en los períodos 1985-1990, 2007-2011 y se reelige por tercera vez en 2012. En el año de 2006, Rafael Correa gana en Ecuador su primer período presidencial con mayoría absoluta y es reelegido dos veces hasta 2017. En Argentina Néstor Kirchner ganó su presidencia para el período 2003-2007. En ese año es electa Cristina Fernández de Kirchner a la cabeza de una coalición de centroizquierda y gana por mayoría absoluta un

* *México a contracorriente*: Ponencia impartida en la Facultad de Economía, UNAM, en el Simposio Internacional “Políticas Económicas y Sociales en América Latina 2000-2015”, Homenaje a Enrique Semo Premio Nacional de Ciencias y Artes, 2015.

segundo período que termina este año. Después de una resistencia empecinada a la privatización de compañías públicas en una serie de referéndums, en Uruguay triunfaba en las elecciones presidenciales de 2004 Tabaré Vázquez, representante de un amplio frente de centroizquierda. Lo sigue José Mujica en 2010, y regresa Tabaré Vázquez, quien acaba de iniciar su segunda presidencia que termina en 2020. En El Salvador no fue sino en 2009 que la izquierda acceda al poder al tomar posesión Mauricio Funes del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. Al terminar su período en 2014, otro compañero de partido y su ministro de Educación *ad honorem*, Salvador Sánchez Cerén, excomandante de las guerrillas, gana las elecciones y gobernará hasta 2019. Si a esa lista agregamos a Cuba, que persiste en su proyecto socialista y ha logrado una victoria soñada al obligar a los Estados Unidos a negociar el levantamiento del bloqueo sin ninguna concesión política del Estado revolucionario, tenemos una imagen muy estimulante de las posibilidades de una izquierda reformista en América Latina en pleno dominio mundial del neoliberalismo. Las victorias políticas logradas por las izquierdas latinoamericanas son indudables, pese a la feroz contraofensiva de las oligarquías locales y Washington que estamos presenciando en estos últimos dos años.

Esas victorias se deben en buena parte a la crisis del Estado neoliberal envuelto en contradicciones insolubles: debe promover la extracción de riquezas (compra de empresas locales) con un flujo nulo o exiguo de inversiones productivas. Un proceso que en lugar de crear nuevas formas de riqueza se apropia de las ya existentes para depredarlas. En medio de crecimientos muy bajos o nulos, algunas funciones de ese Estado se vuelven muy difíciles e incluso imposibles: la redistribución permanente del poder entre diferentes sectores de la clase dominante; la cooptación de grupos sociales (sindicatos, organizaciones populares y otras de naturaleza clientelista) para facilitar el control y la represión de las mayorías populares.

La nueva izquierda o frentes progresistas lograron construir en esos países un importante consenso social, para enfrentar la

hegemonía de las fuerzas neoliberales, ese consenso se sustenta en medidas democráticas que reconocen las desigualdades sociales como resultado de las relaciones de libre mercado y cohesiona la democracia electoral. Sostiene el rescate de la soberanía nacional especialmente de los recursos naturales. En las decisiones políticas, reivindica el papel del Estado como compensador de los efectos negativos del mercado. En algunos casos promueve la descolonización cultural y política. Eso ha permitido cuestionar el imposibilismo anti-neoliberal, o sea, el lema de Margaret Thatcher: “No hay otro camino”.

Los logros electorales de los candidatos opuestos al continuismo neoliberal y sus múltiples reelecciones demuestran un gran y creciente apoyo social, respuesta a políticas que en aspectos básicos responden a necesidades populares: democracia participativa, elevación del nivel de vida de las mayorías, respeto a las diferencias étnicas y nacionales, lucha contra el desempleo, austeridad en los gastos del Estado y mejora de los servicios públicos, son algunos de los rasgos de esos gobiernos. Sin embargo, todas ellas están todavía en una etapa inicial.

Así en la primera década del nuevo siglo, la situación política y social en el subcontinente ha cambiado fundamentalmente. El clima ideológico es diferente y sería un error subestimar la influencia de este fenómeno. Después de un dominio turbulento y frecuentemente dictatorial de una serie de gobiernos marcadamente neoliberales, el ascenso de fuertes movimientos sociales y protestas ciudadanas y obreras culminaron en la victoria de corrientes o partidos de centroizquierda o de izquierda. Cada una de esas fuerzas plurales, tiene sus características nacionales peculiares y es diferente a la de los otros países. Pero también existen rasgos comunes que les han permitido colaborar en una serie de iniciativas internacionales y continentales y desarrollar un alto grado de solidaridad política frente al imperialismo norteamericano. Logro importante de las nuevas izquierdas ha sido frenar el desarrollo del Área de Libre Comercio para las Américas [ALCA] y promover la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América [ALBA].

Una mirada general sobre la historia reciente de América Latina permite constatar los serios obstáculos que enfrentan los gobiernos animados por el deseo de acabar con la funesta historia del neoliberalismo en la región. El dominio del neoliberalismo en la esfera económica se mantiene a pesar de que los ciudadanos lo han rechazado una y otra vez en las urnas. Eso se debe en gran parte a la acción de los numerosos mecanismos financieros y comerciales para disciplinar a gobiernos rebeldes. En primer lugar, existe la presión de los acreedores sobre gobiernos fuertemente endeudados para rechazar programas que no están dentro del Consenso de Washington. Luego en una larga lista de condicionamientos por parte de organismos como el Fondo Monetario Internacional [FMI], el Banco Mundial, pero también los organismos de comercio internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo. También se expresa en el condicionamiento de asistencia técnica y la manipulación ideológica aplicada a través de los medios de difusión masiva, controlados casi exclusivamente por las colonizadas oligarquías locales. El legado del neoliberalismo en la región se siente todavía en la tensión entre “la mano derecha” de los Estados, encargada en mantener la ortodoxia económica y “la mano izquierda”, que generalmente representa los ministerios de gobernación, defensa, educación, salud, trabajo y bienestar social. La primera empuja para conservar la orientación neoliberal y la segunda para impulsar una nueva dirección popular (Barrett et al., 2008, p. 21).

Sin duda los gobiernos de centroizquierda y de izquierda han logrado poner en práctica políticas progresistas a veces sin salirse completamente del modelo neoliberal. En Brasil son notables las medidas de redistribución y de elevación del salario mínimo que han disminuido el número de pobres; se ha triplicado el presupuesto educativo, creándose veintidós nuevas universidades y 80 mil becas para posgrados; la política internacional que ha jugado un papel determinante en la formación de tratados de libre comercio, otros organismos latinoamericanos y la participación en los BRICS que van creando bloques de colaboración internacional libres de la intervención norteamericana. Hablando de la virtud principal de Lula, Emir Sader escribía:

Es la de la capacidad de construir alternativas al neoliberalismo en tiempos de absoluta hegemonía neoliberal, en escala mundial, regional y local. Lula supo colocar las prioridades sociales en políticas concretas, para lo cual tuvo que construir la estrategia política que viabilizara un gobierno con esa prioridad, en condiciones en que no tenía mayoría en el Congreso.

En Bolivia, la izquierda representa a una sociedad abigarrada, con múltiples movimientos que tienen raíces a la vez en sectores modernos, comunidades agrarias e incluso pueblos nómadas. En asociaciones étnicas, productivas, asociativas y culturales y que representan muy diversas formas de organización y participación. Los ensayos de reforma institucional y constitucional no han impedido a Bolivia, tener una economía sólida. Bajo el gobierno de Evo Morales el PIB se ha duplicado y las tasas anuales de crecimiento son altas. La estabilidad macroeconómica es ejemplar. Los intentos de la derecha por desestabilizar el país han fracasado y la participación de los indios y mestizos en todos los renglones de la vida ha aumentado considerablemente en un país regido por una oligarquía criolla.

En Venezuela quizás el desarrollo más importante ha sido la implementación de nuevos mecanismos de participación popular y la transformación de la cultura política que asegura la inclusión de la mayoría pobre que históricamente había sido excluida. La presencia activa de las “clases peligrosas” en la escena política, cada vez más informadas, movilizadas y organizadas, decididas a salir de su pobreza, falta de educación y de salud y de la pasividad anterior, explica el violento rechazo al chavismo por las clases medias y altas, caracterizadas por su racismo. La oligarquía ve en las *hordas* chavistas una amenaza a sus privilegios y culpa al chavismo de la polarización de la sociedad venezolana, una polarización que en realidad responde a la lucha de los pobres por la igualdad y la desesperada resistencia de las oligarquías y sus aliados internacionales. Venezuela ha jugado un papel decisivo en el abastecimiento de petróleo a Cuba y a la formación de los nuevos tratados sudamericanos.

El kirchnerismo puso el país sobre sus pies después de la arrasadora crisis de 2001. Recuperó a la clase media, redistribuyó riqueza hasta alcanzar a la mayoría de la población. La continuidad de ese esfuerzo puede perderse si gana Macri.

A la vez que aparecen problemas económicos debido a la caída de los precios de las materias primas, en los dos últimos años los gobiernos de izquierda de América Latina han estado bajo constante y virulento ataque. Se trata de una nueva estrategia: los golpes blandos que buscan derribar a sus presidentes democráticamente electos. Con campañas mediáticas que incitan al descontento social y la deslegitimación política, provocan la violencia en las calles, guerras psicológicas y paros. Con ello se trata de transformar a una minoría política en mayoría, ampliando sus reclamos, crispando las controversias y desgastando a la verdadera mayoría que gobierna, con el propósito de causar la caída de los gobernantes por medio de actos judiciales o parlamentarios. Esta ofensiva en la región ya lleva tiempo. Condujo a los golpes de Estado y derrocamiento de los presidentes de Honduras y Paraguay, Manuel Zelaya y Fernando Lugo. Mucho más, a intentos golpistas contra todos los gobiernos posneoliberales, excepto el de Uruguay, y hoy, además de Brasil, continúan los aprestos desestabilizadores en Ecuador, Argentina, El Salvador y, por supuesto, Venezuela, que posee las mayores reservas de petróleo del planeta.

Desde Ecuador que estuvo en el ojo de la tormenta, Rafael Correa advierte que se trata de una estrategia continental que va a continuar. Desde junio del año pasado se han multiplicado las protestas violentas en Quito y Guayaquil intentando desestabilizar el gobierno. Correa ha llamado varias veces al dialogo nacional para debatir sobre equidad, distribución de la riqueza y los beneficios populares que tendrían las nuevas leyes sobre Herencia y Plusvalía, pero la ultraderecha ha rechazado las propuestas. En Brasil han utilizado el escándalo de la corrupción en Petrobras y la política de austeridad para que una gran campaña mediática y protestas coordinadas exijan la renuncia de la presidenta. En Bolivia el Comité Cívico Potosinista [COMCIPO] ha llevado a cabo protestas que siguen el guion

violento de los llamados comités cívicos, que son utilizados por la derecha para bloquear la gestión progresista del mandatario Evo Morales. Cada día es más claro que las luchas continuaran y se agudizaran y que solo se puede avanzar, acelerando las reformas y ampliando el apoyo popular de los gobiernos de centroizquierda e izquierda. Se alza el fantasma “el fin del ciclo progresista” que numerosos autores de la derecha y algunos de la extrema izquierda han levantado. Los mismos que calificaban estos gobiernos como continuadores del neoliberalismo ahora descubren afligidos “el fin del ciclo progresista” probablemente la primera etapa “posneoliberal” este llegando a su fin y después de esa crisis solo hay dos opciones: o el regreso al neoliberalismo o la radicalización de las reformas antineoliberales: 1) avanzar hacia un nuevo modelo productivo abatidor de la pobreza, amable con la naturaleza y una nueva matriz energética, dejando atrás el extractivismo; 2) reforzar la participación en el mundo multipolar; 3) necesidad imperiosa de profundizar la integración latino-caribeña y de desactivar las maniobras para su desintegración; 4) enfrentar la derecha recargada o la nueva derecha y elaborar un proyecto político atractivo, basado en las lecciones adquiridas que integre a los jóvenes y los sectores más pobres de la sociedad; 5) fortalecer los liderazgos y consolidar la dirección colectiva de organizaciones independientes de la izquierda; 6) seguir ganando las batallas electorales a nivel nacional y local como condición de irreversibilidad de los procesos de cambio.

La trayectoria de México durante ese periodo es radicalmente opuesta al de los gobiernos latinoamericanos en los cuales la nueva izquierda o la centroizquierda, ha ascendido al poder. Aquí el neoliberalismo ha entrado por la puerta grande desde mediados de los años ochenta y los gobiernos que hemos tenido a partir de entonces, han seguido al pie de la letra sus principios. Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox, Felipe Calderón y Enrique Peña Nieto han mantenido la línea trazada por el Consenso de Washington. Los dos partidos que se han sucedido en el poder PRI y PAN, han aplicado las mismas recetas, asegurando la continuidad y demostrando que

constituyen un bloque neoliberal cerrado, desde 1988 hasta el presente. Si consideramos como derecha a las fuerzas económicas, sociales y políticas que se identifican con los designios globales del capitalismo neoliberal y lo que esto implica en términos de políticas nacionales, de aumento de las desigualdades sociales, destrucción del Estado con responsabilidad social, control de los medios de comunicación, la corporativización de los partidos y la corrupción y la impunidad en la clase política, podemos decir que la derecha ha gobernado a México durante más de treinta y cinco años. En el ambiente ideológico en el cual vivimos “sentido común” significa obediencia irrestricta a las políticas del FMI, el Banco Mundial y del Consenso de Washington. Se manipula el miedo para eliminar la esperanza, se estimula la despoliticización de la juventud. Se acepta como dogmas la prioridad de la lógica del mercado, para la regulación no solo de la economía sino de la sociedad y el individuo en su conjunto; se ensalza las privatizaciones de los recursos naturales, la liberalización total del comercio internacional; la demonización del Estado como regulador de la economía. Según esta ideología nos hallamos bajo el dominio de la globalización neoliberal y no hay alternativas fuera de ella. Por lo tanto, para no estar en conflicto con los tiempos debemos aceptar silenciosamente sus mandatos. El definitivo triunfo de los mercados se traducirá en una política económica homogénea para todos.

El Estado mexicano se ha retirado de sus funciones económicas como inversionista y como agente activo del desarrollo económico a través de la desregulación, la privatización de las empresas públicas, la cancelación de los programas de fomento económico y la reducción de los salarios reales. La apertura comercial indiscriminada y la llamada “reconversión industrial” que impone el dominio de las maquiladoras orientadas a la exportación, son dos caras del mismo proceso.

La firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte [TLCAN], mejor conocido como NAFTA, en 1994 abrió las puertas irrestrictamente a la inversión extranjera, fundamentalmente norteamericana. Se privatizó la banca y se dio fin a la reforma agraria, abriendo la puerta a la privatización de los ejidos. La economía

informal adquirió un carácter estructural, probando que la demanda decreciente de trabajo en la producción se ha transformado en un excedente crónico alucinante de trabajadores: el 50 % de la fuerza de trabajo está en la economía informal. El único éxito importante ha sido hasta ahora convertir a México en un importante exportador de productos industriales que se ha confundido con la incorporación al proceso de globalización. Estos pasaron de representar el 28% de las exportaciones en 1994, al 48% en el año de 2007. El éxito de México como exportador de manufacturas se refleja en términos de valor corriente. En 1980 estas eran de 1868 millones de dólares y en 1990, de 11.567 millones. En 2002 se producían ya un millón de automóviles en México, 66% más que en 1994 y el ritmo de crecimiento en ese rubro siguió siendo alto en los años siguientes. De esa manera podemos hablar de dos economías, la dedicada a la exportación de manufacturas que crece a buen paso y la economía ligada al mercado interno que está totalmente estancada. Además, hay que decir que las maquiladoras que explican este aumento son principalmente extranjeras, su integración con la industria nacional es baja y los salarios también.

Desde 1988 la economía y la sociedad han conocido cambios profundos a partir de un golpe de Estado pacífico orquestado por una tecnocracia formada en Chicago. Estos cambios se pueden resumir en las siguientes manifestaciones: 1) Sustitución del sistema mixto de la economía por un sistema basado en el libre mercado. 2) Prioridad absoluta en el equilibrio macroeconómico. 3) Desregulación del sector financiero. 4) Liberalización del comercio exterior. 5) Amplia apertura de la economía a la inversión extranjera directa. 6) Privatización casi completa del sector público. 7) Privilegios al sector privado y suspensión de los subsidios favorables a las mayorías. 8) Sistema político multipartidista. 9) Abandono de la ideología del nacionalismo revolucionario y adopción de una ideología neoliberal. 10) Reforma a la Ley del Trabajo, nulificando paulatinamente las ventajas adquiridas por los trabajadores. 11) Sustitución de la educación pública media y superior por la educación privada. 12) Restitución

paulatina de la intervención de la Iglesia en la política. 13) Se sigue el desmantelamiento de los ejidos y las comunidades sobre todo los de recursos turísticos, ecológicos, pesqueros y semiurbanos. 14) Se mantienen rigurosamente las políticas de subordinación a Estados Unidos. Las reformas de Peña Nieto aprobadas durante los veinte primeros meses de su gestión: la reforma energética, la reforma educativa, la reforma laboral y la reforma político electoral, son la culminación del proyecto de nación estrictamente neoliberal.

En México, la reforma electoral ha abierto algunos canales a la expresión popular. El sistema tripartito que surgió creó en un principio esperanzas. No es casualidad que, en dos ocasiones de irrupción tumultuosa popular en la política, esta se realizó a través de las elecciones de 1988 y 2006. La tesis de la “transición democrática” se hizo muy popular entre los intelectuales. Tal parecía que lo único que quedaba a discutir era el cómo, cuándo y dónde se daba cada paso en la culminación del proceso. Ahora sabemos que esta fue una ilusión. Se ha producido una regresión antidemocrática que progresivamente ha vaciado el sistema de todo contenido popular. Los asuntos que afectan el bienestar colectivo han sido transformados en “problemas técnicos” cada vez más alejados de la voluntad popular, de los debates nacionales y transferidos al quehacer de los “expertos”. En el presente tenemos una democracia extraordinariamente primitiva, marcada por la violencia criminal, el clientelismo, el corporativismo y el obstáculo decisivo de la desigualdad económica extrema que impide la realización de toda igualdad política. Existe una política focalizada de ayuda social dirigida a los núcleos “peligrosos” y una nueva clase media construida a base de crédito que, si bien dividida, es mayoritariamente favorable a la situación actual.

Sin embargo, dos fraudes electorales, el de 1988 y el de 2006; el distanciamiento de la clase política de los grandes problemas sociales; el crecimiento del crimen organizado y de la corrupción masiva, ponen en riesgo la democracia incipiente recién conquistada. Podemos decir que las viejas formas de dominio tienen una

reciedumbre mayor que el cambio democrático. A partir de 2006, el ejército ha sido sacado a la calle con el objetivo explícito de la lucha contra el narcotráfico. Pero ahora adquiere un sentido represivo que los sucesos de Ayotzinapa pusieron en evidencia. Los miles de desaparecidos y muertos no son únicamente personas ligadas al narcotráfico y al crimen organizado, sino también activistas reales o potenciales de los movimientos sociales, preferentemente jóvenes. Se está constituyendo un Estado militarizado en el cual la corrupción es el intermediario entre crimen y política.

México en todos los sentidos, marcha a contracorriente de los logros de los movimientos sociales, los partidos de la nueva izquierda y de los gobiernos progresistas de Latinoamérica. Marcha a paso acelerado hacia una subordinación a los Estados Unidos en un bloque en que no puede jugar otro papel que el del ratón frente al gato. Seis presidentes neoliberales, dos partidos que se alternan en el poder cuyas ideas coinciden con las del “Consenso de Washington” es el balance político de los últimos treinta y tres años.

No faltan las alternativas económicas al proyecto neoliberal, que han sido expuestas detalladamente por diferentes grupos de intelectuales, el problema que impide el cambio en nuestro país es total y completamente político. Las izquierdas mexicanas no han podido realizar el cambio de régimen y de orientación que se ha producido en la mayor parte de América Latina para colocar lo social y lo popular en el centro. En parte, esto se debe a los fraudes electorales, la represión y las campañas publicitarias que el bloque de derecha en el poder ha puesto en marcha. Pero también hay que decirlo contundentemente a atrasos, errores y corruptelas de las propias izquierdas. Si estas no logran corregir el rumbo, la situación no cambiará. Para todo aquel que se siente parte de ellas, la tarea más urgente y actual es hacer un balance de estas tres décadas de fracasos de la nueva izquierda que en nuestro país nació alrededor de 1988 y 1994. “Es necesario comenzar preguntándonos [como escribía Gramsci] por qué perdimos, qué éramos, qué queríamos, adónde pretendíamos llegar” y a dónde hemos llegado.

Sí, ¿a dónde hemos llegado? A una izquierda electoral dividida y una izquierda social dispersa. A gobiernos locales supuestamente de izquierda que no representan las demandas del pueblo y que participan en las redes de corrupción de la derecha. Al vacío ideológico y el dominio pedestre de un pragmatismo desprovisto de todo principio ético. Y, sin embargo, la nueva izquierda mexicana nació, como las demás de América Latina, a raíz de un imponente movimiento popular. Fue precedida por un gran movimiento de solidaridad popular tras el sismo de 1985; las movilizaciones de los estudiantes del CEU en 1986; las luchas por la vivienda de múltiples organizaciones vecinales; por los recios movimientos sindicales reprimidos a partir de 1982; por los movimientos guerrilleros de los años sesenta-ochenta.

A la candidatura de Cárdenas en 1988, se sumaron decenas de organizaciones de todo tipo y centenares de miles de ciudadanos de todos los credos: nacionalistas, comunistas, trotskistas, antiguos guerrilleros, cristianos de la teología de la liberación. Durante los primeros años de vida del PRD se obtuvieron victorias importantes en muchos frentes, entre las cuales se cuentan los diecisiete años de gobierno en el DF. Pero poco a poco se impusieron prácticas nocivas. El PRD tal como fue concebido e impulsado originalmente ya no existe, cuatro tendencias centrales lo han alejado de sus orígenes y de su carácter de izquierda: 1) la cultura antidemocrática que propicia la corrupción y la impunidad al interior del partido; 2) el alejamiento del partido de los movimientos populares, sus luchas y demandas locales y la concentración exclusiva en lo electoral; 3) los malos gobiernos y representantes populares del PRD que le dieron y dan la espalda al pueblo y a su ideario de izquierda; 4) la pérdida de autonomía y la colaboración con la derecha desde las alianzas electorales hasta el apoyo a reformas neoliberales.

Nuestra meta no puede reducirse a la elección de un presidente, sino que es la aspiración de cambiar la orientación actual de la política que ha sumido a la sociedad mexicana en una situación que Durkheim llamo de anomia. En esas condiciones ha surgido el Movimiento Regeneración Nacional [MORENA] impulsado por Andrés

Manuel López Obrador. En un periodo breve ha logrado construir un movimiento que poco a poco adopta las características de partido político. En las pasadas elecciones de 2015 logró una votación importante en varias partes del país, especialmente el Distrito Federal. Más allá de los resultados electorales se sitúa el impacto político que produjo en la opinión pública y el ánimo que despertó en la población descontenta al probar que es posible vencer a las alianzas oligárquicas. Entre los logros de MORENA deben destacarse el conjunto de principios ético-políticos que ponen énfasis en la posibilidad de hacer política en una forma distinta a la impuesta por el PRI.

Sin embargo, el nuevo organismo enfrenta retos importantes y necesita probar su orientación, estilo y honestidad frente a ellos. La formidable maquinaria y cultura corporativa heredada de ochenta años de dominio priista no será fácil de vencer, pero si la nueva organización cae en los mismos vicios que caracterizan hoy al PRD, su futuro será el mismo. Se acercan tres años decisivos de pruebas continuas: mantener el partido-corriente libre de corrupción; derrotar todos los intentos de disolver los estatutos democráticos para imponer las leyes seculares del clientelismo y el caciquismo dentro del partido; asegurar que los gobiernos locales de MORENA respondan íntegramente a los deseos de sus electores pese a las grandes dificultades que impone la estructura federal en manos del gobierno de derecha y la presencia ominosa del narcotráfico. Haciendo frente a los medios que en su mayoría responden a la oligarquía en el poder, salir a explicar pacientemente a los ciudadanos del campo y la ciudad, los problemas que tiene el país y la forma de resolverlos. El ciudadano no es solo un elector, la izquierda no puede contentarse con el voto, la propaganda electoral no puede sustituir la explicación, el cambio comienza hoy con la construcción de un partido de nuevo tipo, de una nueva hegemonía. *Hic Rhodus, hic salta.*

Bibliografía

Zovatto, D. (2011). *Informe Latinobarómetro 2007: Conclusiones principales*.

Aboites, Hugo, et al. (2013). *Izquierdas mexicanas en el siglo XXI problemas y perspectivas*. México: UNAM.

Ortega, Max y Ana Alicia Solís de Alba. (2012). *La izquierda mexicana una historia inacabada*. México: Ed. Ítaca.

Anguiano, Arturo. (2010). *El ocaso interminable política y sociedad en el México de los cambios rotos*. México: Ed. Era.

Reveles Vázquez, Francisco (coord.). (2005). *Los partidos políticos en el México ¿Crisis, adaptación o transformación?* México: UNAM.

Barrett, Patrick, et al. (2008). *The New Latin American Left Utopia Reborn*. Londres: Pluto Press.

Regalado, Roberto. (coord.). (2012). *La izquierda latinoamericana a 20 años del derrumbe de la Unión Soviética*. México: Ocean Sur.

Illades, Carlos. (2014). *De la social a Morena*. México: Ed. Jus.

Almeyra, Guillermo, Bernardo Bátiz, et al. (1998). *La transición difícil*. México: La Jornada ediciones.

Martínez González, Víctor Hugo. (2005). *Fisiones y fusiones, divorcios y reconciliaciones: la dirigencia del Partido de la Revolución Democrática (PRD) 1989-2004*. México: Centro de Estudios Políticos y Sociales de Monterrey, UNAM.

Romero, Raúl y Octavio Solís. (2015). *Resistencias locales, utopías globales*. México: Yod Estudio.

Vidal, Gregorio, Arturo Guillén y José Déniz (coords.) (2013). *América Latina: ¿Cómo construir el desarrollo hoy?* México: Fondo de Cultura Económica.

VI. El socialismo ayer, hoy y mañana

El juicio de la historia*

El movimiento socialista cumple ya una edad respetable. De los primeros pensadores utópicos a nuestros días, ha pasado más de siglo y medio. El camino recorrido ha sido largo y fructífero: desde las pequeñas sectas aisladas a los millones de militantes de algunos centros europeos, a los cinco continentes; de la oposición intermitente, al surgimiento de poderosos Estados poscapitalistas. A diferencia de sistemas sociales anteriores, el capitalismo, apenas consolidado a principios del siglo XIX, producía ya los gérmenes seguros de su negación.

Para transformar al mundo, el movimiento socialista ha debido transformarse a sí mismo repetidamente. Su historia interna es todo menos un proceso de evolución pacífica. Para usar una expresión común, su continuidad se expresa en una serie de revoluciones en la revolución. Para avanzar, cada generación niega a la anterior. Esos momentos adoptan muchas veces la forma de críticas devastadoras, divisiones, rudos choques. Solo más tarde, en perspectiva histórica, puede verse el laborioso proceso de construcción,

* *Proceso*, No. 390, 1984.

la continuidad que existe entre las generaciones contrapuestas aparentemente por pugnas irreconciliables.

Marx desarrolla sus concepciones en lucha acerba con las corrientes utópicas y el anarquismo; Lenin afirma su nueva orientación deslindándose de la Segunda Internacional; el marxismo contemporáneo avanza en la crítica del dogmatismo mimético de los años dominados por la figura de Stalin. Y, sin embargo, entre los utópicos y Marx, entre la Segunda Internacional y Lenin, entre los luchadores de los años treinta y cuarenta y los marxistas de hoy, existe sin duda un hilo de continuidad.

El libro de Arthur London, *Se levantaron antes del alba*, es la explicación de la razón de una generación de revolucionarios que está a punto de desaparecer y un alegato a su favor.

Pero antes, ¿será necesario presentar a Arthur London? Este revolucionario checo que logró una relevancia mundial con su libro *La confesión* y la excelente película basada en él, ingresó a las juventudes comunistas en su país a la edad de dieciocho años. Perseguido por sus actividades políticas, poco después fue enviado a trabajar en la Tercera Internacional, en Moscú, en donde permaneció durante los aciagos años de 1934-1936.

Se alista después en las Brigadas Internacionales para defender la República Española. Con el triunfo de Franco, pasa a Francia para continuar su lucha contra el fascismo, desde las filas de la Resistencia francesa. Detenido por los alemanes en 1942, London y su esposa Lise Ricol se salvaron de ser fusilados, siendo enviados a los campos de concentración alemanes en donde permanecen durante tres años. Tuberculoso y casi moribundo, London fue liberado en 1945. De regreso a su patria ocupa el puesto de viceministro de Relaciones Exteriores en el gobierno socialista de Checoslovaquia. Pero sus vicisitudes no habían terminado aún. En 1951, London fue arrestado una vez más, ahora por la policía de su propia patria socialista. Incriminado en el juicio que se siguió contra Slanski, en aquel entonces secretario del Partido Comunista Checoslovaco, se le acusa de los peores crímenes: haber sido agente de la Gestapo,

espía estadounidense y dirigente de un grupo trotskistas de veteranos de las Brigadas Internacionales. Durante meses, London, incomunicado y sometido a torturas físicas y morales, se niega a firmar su “confesión”. Al fin cede, y en noviembre de 1952 sube al banquillo de los acusados, junto con otros catorce dirigentes de su partido. Once de ellos son condenados a muerte y tres a cadena perpetua. London, una vez más, escapa con vida. Permanece cinco años en la cárcel y en 1956, poco antes del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, es rehabilitado y liberado. Después de la Primavera de Praga de 1968, en la cual London participa, se ve obligado a salir de Checoslovaquia y a refugiarse en París, donde vive actualmente.

Su libro *Se levantaron antes del alba* fue escrito en los años que siguieron a su juicio en Checoslovaquia. Son las memorias de un luchador de las Brigadas Internacionales de España. Se trata de una obra dirigida principalmente a la juventud de hoy, para que esta pueda comprender mejor los rasgos de esa generación de revolucionarios

[...] nacida durante o después de la Primera Guerra Mundial que pasará a la historia a pesar de su diversidad política, social y espiritual, como la *generación española*, la que se *levantó antes del alba*, que es la precursora de la resistencia europea contra el nazismo.

En la introducción escrita para la nueva edición, London relata que

[...] a partir del XX Congreso del PCUS, en 1956, con la denuncia de los crímenes del estalinismo y sobre todo durante los años sesenta que llevaron a la Primavera de Praga, su país se había transformado en un foro de discusión. Se intentaba comprender cómo el socialismo había podido regenerar y producir tal fenómeno. Se hablaba públicamente, continúa London, de los atentados contra la libertad, de las conquistas democráticas del pueblo, tan duramente adquiridas por nuestros padres, de los procesos truncados y las detenciones arbitrarias, de las ejecuciones que habían señalado el negro periodo del estalinismo en Checoslovaquia. Los jóvenes se pregun-

taban y se volvían hacia nosotros. Su admiración por las luchas del pasado, acentuaba más aún su perplejidad. ¿Cómo unos hombres como vosotros, templados en combates durísimos, podían ser tan ciegos ante la perversión de sus propios ideales? ¿Erais cómplices o tal vez imbéciles?

Y he aquí la respuesta de London. Una respuesta que se antoja honesta e insuficiente a la vez:

Nuestra lucha a muerte contra el fascismo, nuestra experiencia en la guerra y en la clandestinidad, nuestras costumbres conspirativas, habían reforzado en nosotros un espíritu de disciplina militar. Éramos soldados de la revolución, disciplinados y considerábamos justo acatar órdenes superiores sin discutir. [...] La fe incondicional era uno de los rasgos fundamentales de nuestra generación. ¿Acaso un revolucionario no debe tener fe? Por supuesto que sí, y la fe puede ensalzar al hombre. [...] Sin ella, ¿hubiéramos afrontado día a día la muerte en los distintos campos de batalla, en la Resistencia, en las cárceles, bajo las torturas y en los campos del exterminio nazi?

Pero, al mismo tiempo, esta fe nos impedía reflexionar sobre las realidades de una revolución inconclusa, de un partido que habíamos contribuido a crear y que progresivamente, se había convertido en una abstracción, limitando cada vez más la libre discusión.

Cada generación de revolucionarios incurre en la responsabilidad de la finitud de su obra, de la distancia que separa el ideal universal de la realidad concreta. Su tragedia es que al combatir a la reacción de su tiempo crea los problemas que deberá vencer la que la sigue. La generación de London fue la que derrotó y protagonizó las revoluciones poscapitalistas en Europa Oriental. A la presente le corresponde enfrentarse al peligro del holocausto universal y la burocratización del socialismo realmente existente.

El sombrero de Clementis¹

“Es 1971 y Mirek dice que la lucha del hombre contra el poder es la lucha de la memoria contra el olvido”. En estas palabras, Kundera, el escritor checo, ha sintetizado el eterno dilema del historiador.

La historia del poder es una telaraña de olvidos. Olvido de sus crímenes y debilidades. Olvido de los vencidos y sus revueltas, de las esperanzas fallidas y las causas perdidas. Es un idilio interminable de antecedentes justificatorios del presente. Y el idilio no conoce la contradicción. Para soportar mansamente el mundo de hoy, el hombre debe olvidar sus rebeliones pasadas.

El ideal del poder es el hombre sin memoria, incapaz de ver la contradicción entre las palabras del pasado y los actos del presente. Aquel en cuya mente la noticia de hoy borra la de ayer.

La sangrienta masacre de Bangladesh borró rápidamente la memoria de la invasión rusa a Checoslovaquia, el asesinato de Allende acalló los clamores de Bangladesh, la guerra en el desierto del Sinaí hizo que la gente olvidara a Allende, la masacre de Camboya hizo que se olvidara el Sinaí, y así sucesivamente hasta que todos permiten que todo sea olvidado.

El olvido como premisa *sine qua non* de la pasividad complaciente, de la angustia vencida, de la felicidad satisfecha.

El poder prefiere a los jóvenes porque los jóvenes no tienen mucha memoria propia y su herencia puede ser moldeada sin recuerdos embarazosos. Precisamente pensando en ellos, el poder arremete sin misericordia contra todo vestigio de recuerdo indeseable, especialmente el que se refiere a hombres que han sido condenados al olvido. En su *Libro de la risa y el olvido*, Milan Kundera registra magistralmente los actos de asesinato histórico de todos los tiempos:

En febrero de 1948, el líder comunista Klement Gottwald salió al balcón de un palacio barroco de Praga para dirigirse a cientos de miles

¹ *Radio Educación*, 7 de agosto de 1978.

de sus ciudadanos apretujados en la Plaza de la Vieja Ciudad. Era un momento crucial de la historia checa, un momento fatal del tipo de los que solo ocurren una o dos veces en un milenio.

Gottwald estaba rodeado por sus camaradas, con Clementis cerca de él. Había ráfagas de nieve, hacía frío y Gottwald tenía la cabeza descubierta. El solícito Clementis se quitó su gorro de piel y lo puso en la cabeza de Gottwald.

La sección de propaganda del partido publicó cientos de miles de copias de una fotografía del balcón con Gottwald que llevaba un gorro de piel y estaba acompañado por sus camaradas, hablando a la nación. En ese balcón nació la historia de la Checoslovaquia comunista. Cada niño conocía la foto en posters, libros de texto y museos. Cuando años más tarde, Clementis fue acusado de traición y ahorcado, la sección de propaganda lo borró inmediatamente de la historia y, obviamente, también de las fotografías. Desde entonces, Gottwald está solo en el balcón.

Ahí donde se encontraba una vez Clementis, solo hay una pared desnuda del palacio. Todo lo que queda de Clementis es el gorro en la cabeza de Gottwald.

Este acto de olvido supremo es repetido por los poderes grandes y chicos, nacionales y locales, colectivos e individuales, una y otra vez, miles de veces. Así la historia se asemeja a un iceberg en el cual la inmensa masa sumergida está hecha de olvidos, y la pequeña cúspide visible, de recuerdos permitidos o más bien obligatorios.

Si solo existiera la historia escrita por el poder, no serían necesarios los historiadores. Bastarían los mitógrafos, una casta amorosamente cultivada por los poderes de todos los tiempos.

La obra del verdadero historiador es la de revisar la memoria. Derrotar el olvido. Su labor comienza con el descubrimiento de que el sombrero que llevaba Gottwald era de Clementis y solo concluye con el hallazgo de la foto original. Él sabe que su labor no es en vano porque la manera en que el hombre comprende el presente depende de su memoria del pasado; que, para dudar debe recordar y, para actuar, saber que no está solo.

El primer socialismo en Europa y Latinoamérica²

La Revolución francesa permitió a la “cuestión social” ingresar al imaginario político. En adelante, contrariando a Hannah Arendt, la libertad abdicó “ante el imperio de la necesidad” en prácticamente todo el horizonte revolucionario (Arendt, 2009, p. 81).³ Cuando lo “social” invadía la esfera política con los *sans-culottes* parisinos, y la Revolución Industrial arrojaba del mercado de trabajo a tejedores y otros artesanos calificados en Lancashire proporcionando el combustible de la rebelión ludita, la filosofía moral y la economía política reflexionaron acerca de las causas de la pobreza moderna, esa hija no deseada del progreso ilustrado. Comenzó a hablarse de clases sociales, o en palabras de Goethe, de “masas que recíprocamente se enfrentan en el mundo”, en una discordia permanente que Michelet trataría de solucionar. Rousseau adelantó que la conducta virtuosa debería expresarse en el consumo moderado tanto de los recursos naturales como de los frutos del trabajo, pues la opulencia de pocos descansaba en la miseria de muchos.⁴

Mientras Adam Smith notó una “disposición a admirar y casi idolatrar a los ricos y poderosos, y a despreciar o como mínimo ignorar a las personas pobres y de modesta condición”, para el joven Engels la clase industrial, “que se enriquece directamente de la miseria de

² Prólogo al libro de Carlos Illades y Andrey Schelchkov, *Mundos posibles el primer socialismo en Europa y América Latina*, El Colegio de México / UAM, 2014.

³ Entre otras cosas, un conocido historiador le criticó que “no se toma las revoluciones tal como vienen, sino que se construye para sí un tipo ideal de las mismas y define el objeto de estudio en función de aquél, y excluyendo lo que no cuadra” (Hobsbawm, 1978, p. 285).

⁴ Woolf, 1989, p. 54; Himmelfarb, 1988, p. 37; Díez, 2006, p. 19; Williams, 2001, p. 14; Goethe, 2000, p. 110; Michelet, 2005, pp. 33 y ss.; Wilson, 1972, pp. 42-43; Rousseau, 2007, pp. 488-489; Priestland, 2010, pp. 27-28; Santiago, 2011, p. 230; “En el lenguaje de Rousseau, los instintos primitivos del amor a uno mismo (*amour de soi*) y la compasión (*pitié*) se funden en el ser humano racional y virtuoso en un amor hacia el bien común, que en el contexto político se conoce como voluntad general” (Taylor, 2006, p. 142). Sin embargo, la virtud no es ya la preocupación principal del individuo moderno, lo que desea este “es darle el sentido a la vida mediante la libertad” (Heller, 1984, p. 70).

los trabajadores, no quiere saber nada de esta miseria”. Condorcet y Paine idearon mecanismos redistributivos —la educación pública y la seguridad social— para reducir la brecha entre las clases. Smith estaba cierto de que los buenos salarios elevaban la productividad de la mano de obra, en tanto que Malthus veía en ellos la fuente del desempleo en la medida en que el capital destinado al fondo salarial no crecía al ritmo de la población, es así que dentro de su sombría teorización la precariedad era el destino ineludible de los trabajadores manuales (Smith, 2004, p. 136; Engels, 1974, p. 52; Williams, 2003, p. 114; Stedman, 2004, pp. 20 y ss.; Himmelfarb, 1988, p. 66; Díez, 2006, pp. 26, 30; Hobsbawm, 1978, p. 122)

En 1831 Pierre Leroux nombró socialismo a la doctrina que encontró la razón de la pobreza en la imperfección de las instituciones, desechando la convicción de la filosofía moral que endosaba los problemas sociales a la naturaleza humana. Saint-Simon sostenía que aquellas, dirigidas por las clases ilustradas, deberían estar al servicio de la “clase más pobre y numerosa”. Incluso el carácter se podía moldear con el concurso de una educación racional y humanista que fomentara la cooperación y evitara la competencia desleal, promoviendo simultáneamente la felicidad individual y colectiva. Para acabar con la miseria, Fourier diseñó un sistema de atracción industrial donde el trabajo incorporaba elementos lúdicos de manera tal que la holgazanería no fuera más placentera que este. Owen trató de prevenir las crisis económicas y el desempleo (atribuibles para él a la reducción de la demanda de bienes) manteniendo los salarios altos. Y Proudhon intentó disolver el gobierno en la organización económica de la sociedad, apostando al banco del pueblo la solución de la cuestión social (Berlin, 2009, pp. 94-95; Wilson, 1972, p. 106; Williams, 2001, p. 37; Cole, 1957, p. 95; Fourier, 1989, p. 39; Thompson, 1989, p. 422; Cuvillier, 1934, p. 45, 76).

El primer socialismo concedía la mayor importancia al trabajo, la asociación, el poder decisorio de la sociedad y el convencimiento como método de acción. Una sociedad autorregulada compuesta por individuos libremente asociados, la justicia distributiva, la igualdad

de género y racial, la armonía del hombre con la naturaleza y el progreso como fin de la especie, constituían los fundamentos de la sociedad ideal que el socialismo trató de construir. Para promover la regeneración social consideraba indispensable la asociación, la conformación más racional y organizada de la vida colectiva. Esta iba desde reunir a los factores de la producción hasta agrupar a los trabajadores en defensa de sus intereses, abarcaba también la producción y el consumo, ponderando la solidaridad sobre la competencia. Creía factible la concordia entre las clases productivas, en virtud de que el conflicto fundamental era de estas con la aristocracia, la Iglesia y los capitalistas. Otros de sus rasgos fueron tanto la desconfianza hacia la política, entendida como actividad profesional encomendada a una casta o clase parasitaria, como la tentativa de que la esfera económico-social recuperara el poder de decisión sobre lo público. No pretendía obviamente regresar al hipotético estado de naturaleza concebido por la filosofía moral del siglo XVII, antes bien pugnaba por separar el poder de la política, redistribuyéndolo capilarmente en toda la sociedad (Ionescu, 1983, p. 45).⁵

Suele asociarse al primer socialismo con economías donde predomina el artesanado y el campesino independiente, es así que se le considera la respuesta de los pequeños productores a la amenaza de la gran industria: Proudhon acreditaría esta hipótesis. De esta manera, aquel sería la ideología de los albores del movimiento obrero, en tanto que la socialdemocracia y el comunismo corresponderían a la época de su expansión, quedando el anarquismo circunscrito a los países de la periferia europea, con escasa industrialización, amplia base agraria, Estados autoritarios y represión política. Las revoluciones de 1848 extendieron el alcance geográfico del socialismo romántico haciéndole replantearse también el tema de la acción política, mientras Marx y Engels atravesaban Europa convocando a la destrucción del antiguo régimen, para pronto convencerse de que a la

⁵ Una vez superada la sociedad de clases, “el poder público perderá su carácter político” (Marx y Engels, 1998, p. 67).

revolución burguesa debería seguirle en una solución de continuidad otra de carácter proletario. En la década de 1860, la lucha de los socialistas se ligó en los países desarrollados con el sindicalismo y la política parlamentaria (Chambost, 2009, p. 43; Eley, 2003, p. 34; Hunt, 2011, p. 153).

Tras las revoluciones románticas el socialismo se extendió en Latinoamérica gracias a la emergencia de la prensa obrera y la emigración extranjera. Entre 1845 y 1846 los liberales chilenos editaron *El Artesano Opositor*, mientras Santiago Ramos hacía lo propio con *El Pueblo* (1846), y a partir de 1850 circuló *El Amigo del Pueblo*. Durante la década de 1850 apareció en Bolivia *El Artesano de La Paz*, en tanto que los diarios informaban acerca de las revoluciones europeas, el liberalismo, el socialismo y el comunismo. Desde 1866 el artesanado bogotano publicó *La Alianza*. Los impresores mexicanos Juan de Mata Rivera y Francisco de Paula González editaron *El Socialista*, en 1871; José Muñuzuri, *El Hijo del Trabajo* (1876); Francisco Zalacosta, *La Internacional* (1878); Alberto Santa Fe, *La Revolución Social* (1878); y Juan Orellana, *La Reforma Social* (1881). También circularon en el subcontinente compendios como los *Études sur les réformateurs ou socialistes modernes* (1840), de Louis Reybaud, la *Histoire des idées sociales avant la Révolution française, ou les socialistes modernes devancés et dépassés par les anciens penseurs et philosophes avec textes à l'appui* (1846), del furierista François Villegardelle, la *Philosophie du socialismo ou étude sur les transformations dans le monde et l'humanité* (1850), de Ange Guépin, el *Essai sur le catholicisme, le libéralisme et le socialisme* (1851), editado en francés y castellano por el español Juan Donoso Cortés, el *Análisis del socialismo y exposición clara, metódica e imparcial de los principales socialistas antiguos y modernos y con especialidad de los San Simon, Fourier, Owen, P. Leroux y Proudhon, según los mejores autores que han tratado esta materia como Reybaud, Guépin y Villegardelle, etcétera* (1852), impreso en Bogotá por un autor anónimo (Rama, 1977, pp. XLVII y ss.; Abramson, Pierre-Luc, 1999, pp. 186, 133-134).

Aunque el socialismo dice carecer de patria, de tener alguna esa sería Francia, cuando menos hasta antes de la consolidación de la

socialdemocracia en el centro y norte de Europa, y del comunismo marxista con la Revolución de Octubre. Prácticamente el cooperativismo owenita y el socialismo campesino de Herzen fueron los únicos acompañantes del primer socialismo francés; los demás, en todo caso, experimentaron su influencia. De Rusia a Brasil, de España a los Estados Unidos y de México a Bolivia, en algún momento se habló de Fourier, Lamennais, Proudhon y Blanqui, publicándose algunas de sus obras o compendios de sus ideas. La Comuna de París impactó a todos, pero no todos extrajeron conclusiones similares. No obstante que abrevaron en la misma fuente, cada socialismo presentó rasgos propios, pues cada uno tuvo que adaptarse a medios distintos y a rivales diferentes o de fuerza dispar, cada experiencia fue singular.

Michel Cordillot presenta el complejo tejido de lo que hoy conocemos como socialismo romántico, para entonces diferenciado claramente entre un comunismo colectivista y un socialismo contrario al individualismo y el egoísmo liberal, cada uno lleno de matices y tendencias variadas. El conde de Saint-Simon dio primacía a la técnica para potenciar el desarrollo industrial, en tanto que Fourier privilegió las relaciones humanas, Proudhon los mecanismos de financiamiento que hicieran posible una sociedad armónica e igualitaria, Lamennais tanto la libertad religiosa como la extensión de los derechos políticos a las clases populares a fin de alcanzar mediante la democracia la emancipación económica y social, Blanqui la estrategia insurreccional para la toma del poder político por parte de un grupo disciplinado y compacto, Buchez el cooperativismo. Y Flora Tristán el estrecho vínculo entre la opresión de la clase trabajadora y la del sexo femenino.

Desde 1827, los sansimonianos comenzaron a llamar iglesia a lo que anteriormente concebían como escuela, integrando “la familia”, que se reunía tres veces por semana en el hotel de Gesvres, en la calle Monsigny, además de ofrecer conferencias los domingos en la plaza de la Sorbonne e intentar extenderse fuera de la capital francesa. La iglesia sansimoniana tenía liturgia, himno y ceremonial propios, además de proyectar un “libro nuevo”, esto es, su propia biblia. Como

símbolo de fraternidad e interdependencia, la feligresía vestía una camisola que se abotonaba por detrás, obligando a auxiliarse de otro al colocarse la prenda. El líder de la secta era Prosper Enfantin. Esta fraternidad adoraba a un mesías femenino (escindida en 1831 por ese culto y por la apología del amor libre del grupo de Armand Bazard, el otro padre supremo). El sesgo místico de Enfantin provocó que muchos abandonaran el grupo, entre ellos Leroux, quien veía la necesidad de predicar un “dogma social” que iluminara las conciencias, el cual, como veremos más adelante tendría eco en el Río de la Plata. Leroux pugnó también por una democracia humanitaria que extendiera las libertades ciudadanas a los trabajadores (Pétre-Grenouilleau, 2001, pp. 395 y ss.; Bénichou, 1984, p. 264, 283, 318).

Los cuarentaiochistas destacaron el asociacionismo, la ayuda mutua, la solidaridad fraternal, el sufragio universal y la igualdad sustentada en la libertad. Louis Blanc y Victor Considerant prometían la educación libre y laica, créditos baratos para formar cooperativas de producción y consumo, impuestos progresivos, derechos laborales y jornada de diez horas, nacionalización de minas y ferrocarriles, así como liquidar el “feudalismo financiero”. De las jornadas de junio, Considerant concluyó que la revolución debería ser política, social y pacífica, rompiendo con el apoliticismo de su maestro Fourier. En el mismo sentido se manifestaron Lamennais y Leroux, miembros también del Constituyente de 1848. Mientras que Proudhon, quien corrigió las pruebas de *El Nuevo mundo industrial y societario* (1829) de Fourier, tuvo un papel bastante discreto en la asamblea nacional, que no pasó de señalar la oposición de clases y de abstenerse en la votación acerca de la incorporación del derecho al trabajo dentro del texto constitucional (Chambost, 2009, p. 40; Magraw, 2002, p. 27; Vernus, 1993, p. 132; Cole, 1957, p. 199; Cuvillier, 1934, p. 35, 37).

Ya en los treinta se constituyeron en Andalucía los primeros grupos de seguidores de Fourier, teniendo a la cabeza a Joaquín Abreu y Orta, quien lo conoció a él y a Considerant en 1833. Dos años después, con el pseudónimo de “proletario”, publicaba sus primeros artículos políticos en el periódico algecireño *El Grito de Cadereyta*.

En la siguiente década, Manuel Sagrario de Veloy elaboró planes y experimentos societarios en Jerez (1842) y Cartagena (1844); en la misma línea Sixto Cámara publica *Espíritu moderno y La cuestión social* (1848), además de traducirse parte de la obra de Fourier, Cabet, Lamennais, Proudhon y textos alusivos a ellos. Fernando Garrido y Federico Carlos Beltrán del Rey entraron en contacto con Abreu y con la escuela societaria francesa, al tiempo que tanto el cabetismo, de Narciso Monturiol, como el sansimonismo, con Pedro Felipe Monlau, cobraban relevancia en Cataluña (Lida, 1972, pp. 23 y ss.; Elorza, 1975, p. XVIII; Cabral, 1990, pp. 49 y ss.; Aja, 1976, p. 15; Maluquer, 1977, pp. 170-171).

Abreu y Garrido expurgaron las fantasías de la doctrina de Fourier para formular una propuesta política creíble y difundirla a un público más amplio. Abreu separó la ciencia social, que conducía a la armonía, de la cosmogonía fourierista, para eludir la reacción católica. Garrido, por su parte, le sumó elementos de Owen y Proudhon, de manera tal que dividió la historia en cuatro etapas que conducían hacia el perfeccionamiento moral de la humanidad (esclavitud, servidumbre, proletariado y fase societaria). En esta última, todos los trabajadores serían propietarios por medio de la asociación (Elorza, 1975, pp. LVII-LVIII; Aja, 1976, p. 38; Zavala, 1972, p. 154).

Gloria Espigado distingue dos etapas dentro del socialismo romántico español similares a las del socialismo francés: la primera, de la que brevemente acabamos de hablar, y cuyo punto de quiebre son las revoluciones románticas donde se replanteó la intervención en la esfera política —recusada sobre todo por Fourier— a fin de alcanzar la república democrática y social. Considerant lo hace en el país galo, Garrido y otros más en España. Esto marcará un contraste con respecto de los países latinoamericanos que, a excepción de Brasil, tuvieron un contacto más tardío con el primer socialismo y, por otra parte, sus militantes fueron reacios a la participación política, cediendo el espacio a liberales y conservadores.

El partido demócrata arropó al primer socialismo ibérico, mientras la asociación cooperativa de producción y consumo,

fortalecedora de los principios solidarios a expensas del individualismo burgués, devino en el modelo idóneo para la emancipación de los trabajadores. En los clubes políticos republicanos, permitidos por la constitución liberal de 1869, germinó también el primer feminismo español con la fundación en Madrid de la Asociación Republicana de Mujeres presidida por Carmen Munté, seguido en Cádiz por el Club Republicano “Mariana Pineda”. *El problema de la miseria resuelto por la armonía de los intereses humanos* (1884), de Ramón de Cala y Barca, fue el último producto del furierismo andaluz, apenas liquidada la Mano Negra en la comarca jerezana. Cala trató de sentar las bases de una sociedad armónica donde existiera el pleno empleo y las hambrunas fueran superadas definitivamente. Antes bien, sería necesario acabar con el empresariado, que los trabajadores tomaran el control de la producción y desapareciera la propiedad privada. En esta nueva perspectiva redefinió el falansterio, solución única a la problemática agraria (Elorza, 1975, pp. CXXXIII y ss.)

Alexander Shubin encuentra los primeros eslabones de la tradición socialista en Rusia en la década de 1830, la cual evolucionará a lo largo del siglo desde el primer socialismo hasta el anarquismo y el comunismo. Lejos de ser una historia canónica, Shubin muestra, como antes lo hizo Cordillot para Francia, el complejo proceso de decantación de las ideas sociales y de diferenciación de las corrientes políticas, cobijadas durante un buen rato por el manto populista. Aunque en principio la intelectualidad moscovita y petersburguesa siguió a Fourier y a Proudhon, más adelante realizó aportaciones originales y significativas con Nicolái Ogarev, Alexander Herzen, Nicolái Chernyshevski y Mikhail Bakunin, quienes teorizaron acerca de la organización, la relación de los intelectuales con las masas populares, la autogestión y el estatismo, y la violencia y el poder, ofreciendo el cuerpo de ideas más acabado de la época con respecto de la revolución agraria, en buena medida la contraparte de la revolución proletaria prevista por Marx.

Tierra y Libertad [Zemlia i volia, 1861-1864], reorganizada en 1876, adoptó una perspectiva revolucionaria y empleó la violencia como

instrumento para transformar las relaciones sociales en el campo, objeto del socialismo de Herzen. Los populistas no podían esperar —con Marx— a que madurara el capitalismo en el mundo agrario; siguiendo tanto a Herzen como a Chernyshevski, consideraba la posibilidad de saltar del escalón más bajo al más alto del desarrollo, de “quemar” etapas de la evolución histórica de los pueblos. La ruptura con el apoliticismo del primer socialismo, y anarquista después, subyacente en la ideología populista, condujo al segmento mayoritario de la agrupación a la intervención política, entendida esta como instrumento de presión hacia la autocracia, mientras otra decidió mantener la línea de la revolución agraria, verificándose la escisión en el congreso de San Petersburgo de agosto de 1879 entre *La Voluntad del Pueblo* [*Narodnia volia*] y el *Reparto Negro* [*Chorny Peredel*]. En este último, en 1883, germinaría el primer grupo marxista (*Emancipación del Trabajo*) (Alpern y Rosenthal, 1980, pp. 30-31).

Si bien reivindicó el recurso del terror y la estrategia insurreccional, *Narodnia volia* desechó la concepción bakuninista acerca de la espontaneidad de las masas y su disposición natural a la revolución, comenzándose a abrir paso —con Auguste Blanqui— la tesis de la organización partidaria como agente activo del cambio social e instancia de articulación de un mundo campesino fragmentado y disperso. Asimismo, la conquista de las libertades democráticas, arrancadas por la fuerza a la autocracia, ofrecería el terreno propicio para la educación del pueblo en el ideal socialista. Según los miembros de *Narodnia Volia*,

[...] la base del nuevo orden social y estatal sería la propiedad colectiva de la tierra y de los instrumentos del trabajo [...] [y] la distribución de los productos del trabajo debía hacerse según las necesidades de los productores”, además de que el Estado fusionaría el Ejecutivo y el Legislativo en una asamblea de representantes, reorganizándose como una federación de comunas autogestivas con derechos iguales a cada una de ellas, de manera tal que “el socialismo realizaría la esperanza de crear el Estado ideal del pueblo”. (Alexsandrovna, 1978, pp. 112, 182)

De acuerdo con Charles Taylor, el servicio mutuo pauta la organización del mundo moderno, erigiendo a la seguridad y la prosperidad como valores supremos de la vida comunitaria. El uno protege la vida y las propiedades de las personas, en tanto que el otro posibilita el intercambio económico. Para Proudhon, ambos fines los sintetizaba el mutualismo, esto es, un pacto o contrato asociativo que articula a la sociedad con base en el trabajo corresponsabilizando a todos de su óptimo funcionamiento. “Un sistema de equilibrio entre fuerzas libres”, fue la definición que ofreció de la reciprocidad de servicios en que se basaba (Taylor, 2006, p. 26; Chambost, 2009, pp. 43-44; Cuvillier, 1934, p. 198).

La sociedad de socorros mutuos fue una entre muchas posibilidades ofrecidas por este sistema, siendo la opción mayormente adoptada por el artesanado urbano en Europa y Latinoamérica. La incipiente industrialización, así como la cancelación del régimen gremial tras las independencias, influyó en su adopción. El liberalismo acabó con los gremios artesanales en España, pero permitió el asociacionismo mutualista, que despegó hacia 1840 en el ramo textil de Barcelona, y poco después, en Andalucía. Con el objetivo limitado de auxiliarse en caso de enfermedad y apoyar a sus familias en caso de muerte, se formaron la Sociedad de Artesanos de Bogotá (1847), la Sociedad de los Artesanos de la Paz (1852), la Sociedad Tipográfica de Santiago (1853), la Sociedad Particular de Socorros Mutuos (1853) de la ciudad de México, y la Sociedad de Socorros Mutuos de Honorados Artesanos y Jornaleros la “Divina Pastora” (1857), de La Habana, que solo admitía artesanos blancos. En 1862 se fundó la Sociedad de Artesanos “La Unión” de Santiago, que agrupaba a trabajadores de distintos oficios de la capital chilena, y, diez años adelante, nació la organización nacional de trabajadores nombrada El Gran Círculo de Obreros de México. El espacio político tensó las organizaciones cuando se presentó la ocasión de intervenir en él, así ocurrió en los congresos obreros de 1876 y 1879-1880 (Sowell, 2006, p. 80; Schelchkov, 2007, p. 187; Gerz, 1997, pp. 378, 387; Illades, 1996, pp. 103 y ss.; Casanovas, 2000, p. 80).

Los estudios acerca del artesanado latinoamericano del siglo antepasado muestran el vínculo entre la acción colectiva y la política económica de los Estados nacionales en formación. Con las independencias, la libertad a los trabajadores para ejercer sus industrias no vino aparejada de la protección que tenía la producción gremial. El motín del Paríán de 1828 en la ciudad de México, avisó del peligro librecambista dentro del ramo textil al movilizar a una muchedumbre de cinco mil personas que atacó el lujoso centro comercial, en tanto el triunfo liberal en la Guerra de Tres Años reanimó el conflicto del artesanado con el libre cambio cuando, en noviembre de 1861, alrededor de “dos mil artesanos y algunas mujeres” marcharon por el centro de la ciudad exigiendo “protección a la industria nacional, [y] protección al trabajo”. El artesanado bogotano se movilizó en favor de la candidatura liberal para frenar la ley de 1847, que reducía los derechos de importación de algunas mercancías extranjeras. Hacia finales de 1858, los carpinteros limeños atacaron en El Callao un cargamento de puertas, cerraduras, ventanas y cancelería procedente de los Estados Unidos, porque competía ventajosamente con sus productos (Arrom, 2004b, p. 83; Teitelbaum; Quiroz, 1988, p. 95).

En Bolivia —nos dice Andrey Schelchkov— el artesanado conformó la clientela de gobiernos que adoptaron políticas proteccionistas: tal fue el caso de la “revolución moral” que inspiró el régimen de Isidro Manuel Belzu, quien poseía un repertorio ideológico que iba de Proudhon al republicanismo y el socialismo cristiano. Apoyado por artesanos y cascarilleros de quina, hizo del enfrentamiento entre un pueblo idealizado y las clases privilegiadas el foco de un discurso político enardecido. Este fue también en el trasfondo de las cambiantes alianzas políticas de un artesanado bogotano poco receptivo al socialismo, si bien el federalismo y de las tesis sociales del socialista de Besançon tuvieron cierta influencia dentro del círculo liberal (Schelchkov, 2007, p. 76; Sowell, 2006, p. 76; Posada, 2011, p. 163).

La historiografía reciente da cuenta de un liberalismo exitoso en América Latina y destaca la centralidad que tuvo en la formación del orden político, reconociendo también la singularidad que ofreció

en cada país.⁶ En la Argentina el liberalismo no tuvo que enfrentar el peso de las instituciones coloniales, y más que nada fue socavado desde su interior. En cambio, en Chile, la fuerza de sus adversarios incentivó su consolidación. Sin embargo, el temor a las masas populares y el catolicismo como religión oficial —pero al mismo tiempo la secularización de la vida pública— le imprimieron un matiz conservador. Distinto fue el caso de la monarquía brasileña, donde la competencia política ocurrió entre partidos liberales en el marco de un Estado autoritario y centralizado, capaz de mantener el orden social y la unidad nacional. Y, en México, el liberalismo logró la hegemonía política tras derrotar al adversario conservador durante la guerra civil.

Mientras el primer socialismo europeo rompió con el apoliticismo a partir de las revoluciones románticas, salvo en Chile, el latinoamericano no lo hizo, endosando su representación en el espacio público a liberales y conservadores, o sustituyéndola por la interlocución directa entre caudillos y masas populares, un dato a considerar en la política latinoamericana decimonónica, movida más por acuerdos coyunturales que por ideologías estructuradas (Arrom, 2004a, p. 21). Al estar en manos de una casta parasitaria, este socialismo consideró a la política un elemento disruptivo y no un factor de cohesión, optando por promover modelos asociativos dentro del ámbito económico-social, y municipales, en el marco republicano.

Tal vez por ese rechazo hacia la política, el artesanado colombiano promovió sus demandas a través de las sociedades democráticas vinculadas con los partidos tradicionales. Gilberto Loaiza presenta el surgimiento de una cultura republicana dentro del artesanado -ligada con la lectura, el debate racional, el estudio y una intelectualidad propia-, que acompañó su irrupción en la política, fuera en las elecciones o bien en las guerras civiles. Este puente entre sociedad civil y acción política estuvo bloqueado para las clases populares cruceñas como sugiere Schelchkov en el capítulo sobre Bolivia. La Revolución

⁶ Me refiero a Jaksic, Iván y Posada, Eduardo, 2011.

de la Igualdad (1876-1877), apuntalada por el artesanado, se topó con la intransigencia de la élite regional para quien resultaban inconcebibles las pretensiones niveladoras de la “chusma” movilizada. Desafío semejante experimentaron los igualitarios chilenos, con el saldo a favor de una sociedad civil organizada y adiestrada en el debate público, lo que contribuiría a la formación de su sistema político moderno.

El socialismo latinoamericano convergió con los movimientos sociales y las movilizaciones políticas, logrando sobrevivir también en la autarquía; germinó en el espacio urbano, pero logró adaptarse al campo. El artesanado pazeño, dominado por panaderos y carniceros, dijimos, conformó una porción significativa de la base social del belcismo, en tanto que la propiedad agraria indígena sufrió el asedio tanto de la modernización liberal como de la expansión de la propiedad terrateniente. Por su parte, el socialismo mexicano vio en el municipalismo el fundamento de un nuevo orden político reconfigurado. En las ciudades más pobladas, Guadalajara y la capital federal, había una presencia artesana y, en ambas, crecieron los primeros grupos socialistas en el país. Asimismo, un campesinado que se resistía a perder la independencia que les confería la propiedad comunal de la tierra, o que trataba de revertir su apropiación por parte de las haciendas, fue receptivo al influjo socialista proveniente de la ciudad, tal como muestran las rebeliones del valle de Chalco (1868), acaudillada por Julio López, y la de los Pueblos Unidos de la Sierra Gorda (1879-1881), con un liderazgo menos explícito.

El peruano Juan Bustamante postuló un credo igualitario que incluía a los indígenas. La Sociedad Republicana de Bogotá, de José María Samper, seguía a Leroux, Buchez y Blanqui, al tiempo la Sociedad Democrática de Cartagena acostumbraba leer en sus sesiones extractos de las *Palabras de un creyente* (1834) de Lamennais. La *Teoría social* (1855), del colombiano Manuel María Madieto, intentó promover la participación popular en la vida republicana; para 1863, en *La ciencia social o el socialismo filosófico: derivación de las armonías del cristianismo*, ofreció la perspectiva de un Estado basado en la justicia y la armonía social. El sansimoniano Francisco Bilbao

publicó en 1844 *La sociabilidad chilena*, en Valparaíso circuló la edición castellana de *El socialismo. Derecho al trabajo* de Blanc y en Concepción *El libro del pueblo* de Lamennais, a la vez que *El Amigo del Pueblo*, órgano de prensa de la Sociedad de la Igualdad, dio a conocer algunas páginas de las *Palabras de un creyente*. Inspirado en el clérigo francés, el argentino Esteban Echeverría publicó en Montevideo su *Dogma socialista* y José Ignacio Abreu e Lima escribió *O Socialismo* (1855) (Abramson, 1999, pp. 133-134; Melgar, 1988, pp. 46 y ss.; Sowell, 2006, p. 150).

A Casimiro Corral correspondería realizar una exposición coherente la doctrina socialista en Bolivia, en igual manera que Madiedo lo haría para Colombia, Bilbao en Chile, Rhodakanaty en México, Mure en Brasil y Echeverría en Argentina. Influidos por el republicanismo y el social-cristianismo de Lamennais, el único intelectual que dio el socialismo boliviano, admitió en *La doctrina del pueblo* el derecho de este a revelarse en contra de los abusos del poder. Con el cuarentaiochismo europeo, postuló la república democrático-social, basada en la asociación libre de los individuos, la abolición de los privilegios y la fraternidad de los pueblos. Apoyado por el artesanado de La Paz, hacia 1875 encabezó un movimiento popular que reivindicaba la autonomía municipal y la autogestión ciudadana. A pesar de su escasa sofisticación intelectual, en contraste por ejemplo con el rioplatense, o más bien gracias a ello, el socialismo boliviano parece haber sido el que tuvo un contenido clasista más fuerte, como intentando sobreponerse a la fragmentación nacional, y configurando lo que el historiador noruego George Rudé denominó “ideas derivadas”, esto es, cuando las creencias espontáneas de los actores sociales se articulan con los planteamientos elaborados por grupos letrados dando lugar a la ideología popular (Rudé, 1981, p. 45).

Vertiente del romanticismo literario de la generación de 1837 —destaca Fabio Wasserman—, la Asociación de la Joven Generación Argentina no parece haber registrado esta fusión entre las ideas espontáneas y el pensamiento sistemático, organizándose como una sociedad secreta bajo la batuta del escritor Esteban Echeverría. Con

ecos de Saint-Simon y Lamennais, el *Código o declaración de los principios que constituyen la creencia social de la República Argentina*, publicado en 1839 por Juan Bautista Alberdi en el periódico *El Iniciador* de Montevideo, propuso sentar las bases de una nación reconstruida por “la razón del pueblo”. Sin embargo, tanto para él como sus compañeros de exilio, esta “razón” constituía más una expectativa futura que una realidad tangible, pues el pueblo concreto, con su escasa capacidad de discernimiento, no fundamentaba ninguna esperanza inmediata para regenerar a la patria argentina. El *Dogma Socialista*, inspirado sobre todo en Leroux, vino después, y aspiraba a ocupar el vacío moral creado por los unitarios, quienes con su materialismo egoísta alejaron a las masas de la religión católica, procurando sembrar entre ellas un “criterio socialista” dirigido a compatibilizar la libertad con la igualdad.

Manuela (1858), del colombiano Eugenio Díaz Castro, y *El Monedero* (1861), del mexicano Nicolás Pizarro, recuperaron dentro de la narrativa literaria a un cristianismo comprometido con las causas sociales, en tanto que los médicos homeópatas Jules-Benoît Mure y Plotino Constantino Rhodakanaty difundieron el primer socialismo en Brasil y México, respectivamente; hombres carismáticos, además seguidores de Fourier. Sobre esta práctica terapéutica Madiedo escribió *Homeopatía: un eco de Hahnemann en los Andes* (1863).

La *Cartilla socialista, o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier: el falansterio* (1861), de Rhodakanaty, responsabilizó con este a las instituciones humanas de los males sociales. Y *La doctrina del pueblo* (1869), del boliviano Corral, coincidiría con la tesis municipalista del médico griego y de los igualitarios chilenos, así como en que la sociedad debería fundarse en un contrato asociativo consentido por sus miembros, y ambos aceptarían con Bilbao el carácter inalienable de la soberanía popular como anticipó Rousseau (Schelchikov, 2007, p. 163; Illades, 2002, p. 50). Bilbao y Rhodakanaty dieron gran importancia al financiamiento de las actividades productivas por parte del Estado a través del “crédito democrático”, como lo denominó el socialista chileno, mientras la Unión Industrial, de Derrion y

Mure, recibió un préstamo del gobierno brasileño para hacer posible la instalación de los primeros colonos en el Falansterio de Saí.

El primer socialismo desembarcó en Brasil procedente de Francia. Ivone Gallo recrea el proyecto utópico de Jules-Benoît Mure y Michel-Marie Derrion auspiciado por el propio gobierno brasileño, ávido de atraer inmigrantes. De Lyon y París llegaron a Santa Catarina en 1842 colonos que optaron por la disidente Unión Armoniana en lugar de la Escuela Societaria acaudillada por Considerant. Muy pronto, sin embargo, se distanciaron Mure y Derrion, abandonando el primero la Colonia de Saí para fijar su residencia en Río de Janeiro donde fundó una escuela homeopática, un periódico de propaganda furierista y un círculo de discusiones científicas. Mure trató de conciliar los principios de la homeopatía con la noción de armonía, siendo precursor de la medicina social en su país adoptivo. Derrion, por su parte, trató de camuflar su credo sansimoniano en la empresa furierista, la cual también hubo de abandonar antes de un lustro. La naturaleza enteramente exógena del falansterio de Santa Catarina, la asemeja a la colonia La Logia fundada por el estadounidense Albert Kimsey Owen en Topolobampo cuarenta años después. Ambas favorecidas por gobiernos promotores de la colonización territorial, apoyadas por suscripciones en los países de origen de los fundadores también encargadas de reclutar a los contingentes de colonos, pronto divididas y no muy prósperas (Ortega, 1978, pp. 124-125; Abramson, 1999, pp. 211-213).

Como tratan de mostrar estas páginas, la historia del socialismo en buena medida es una “historia del futuro”, un relato de los deseos, las expectativas y las opciones. No es solo la acción presente o lo que ya pasó, sino de lo que nos gustaría que fuera o debería ser, por esto es entonces una historia del futuro, una utopía es una perspectiva histórica acerca de este. Reflexionar en nuestro tiempo en torno al primer socialismo es oportuno porque constituyó una crítica frontal a la civilización industrial, actualmente en crisis. Si estamos en un orden donde aparentemente no hay alternativa, es importante tratar de entender cómo en el siglo XIX se concibió la posibilidad del

cambio, por esto, también, permite pensar el presente. Intentamos, en suma, ofrecer una perspectiva compleja y comprensiva de la historia del primer socialismo en Europa y Latinoamérica, antecedente olvidado del feminismo, las comunas de la década del sesenta y los indignados de hoy.

Bibliografía

Abramson, Pierre-Luc. (1999). *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aja, Eliseo. (1976). *Democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento político de Fernando Garrido*. Madrid: Edicusa.

Aleksandrovna, Valentina. (1978). *El populismo ruso*. [Traducción de Stella Mastrangelo]. México: Siglo XXI.

Alpern, E. Barbara, y Rosenthal, Clifford N. (1980). *Cinco mujeres contra el zar*. [Prólogo de Alix Kates Shulman, traducción de Graciela María Bardallo]. México: Era.

Arendt, Hannah. (2009). *Sobre la revolución*. Madrid: Alianza.

Arrom, Silvia Marina. (2004a). La política popular en las ciudades latinoamericanas antes de la era populista. En S. Arrom, y S. Ortoll, *Revolta en las ciudades. Políticas populares en América Latina* (pp. 11-30). México: UAM / El Colegio de Sonora.

Arrom, Silvia Marina. (2004b). Protesta popular en la ciudad de México. En S. Arrom, y S. Ortoll, *Revolta en las ciudades. Políticas populares en América Latina* (pp. 83-116). México: UAM / El Colegio de Sonora.

Arrom, Silvia, y Ortoll, Servando. (2004). *Revolta en las ciudades. Políticas populares en América Latina*. México: UAM / El Colegio de Sonora.

Bénichou, Paul. (1984). *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*. México: Fondo de Cultura Económica.

Berlin, Isaiah. (2009). *Karl Marx. Su vida y su entorno*. [Prólogo de Alan Ryan, traducción de Roberto Bixio]. Madrid: Alianza.

- Cabral, Chamorro Antonio. (1990). *Socialismo utópico y revolución burguesa: el fourierismo gaditano, 1834-1848*. Cádiz: Diputación Provincial.
- Casanovas, Codina Joan. (2000). *¡O pan, o plomo! Los trabajadores urbanos y el colonialismo español en Cuba, 1850-1898*. [Prólogo de Nicolás Sánchez-Albornoz]. Madrid: Siglo XXI.
- Chambost, Anne-Sophie. (2009). *Proudhon. L'enfant terrible du socialismo*. París: Armand Colin.
- Cole, Georges Douglass Howard. (1957). *Historia del pensamiento socialista, 8 vols*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Cuvillier, Armand. (1934). *Proudhon*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Díez, Fernando. (2006). *El trabajo transfigurado. Los discursos del trabajo en la primera mitad del siglo XIX*. Valencia: PUV.
- Eley, Geoff. (2003). *Un mundo que ganar. Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*. Barcelona: Crítica.
- Elorza, Antonio. (1975). *El furierismo en España*. Madrid: Ediciones de la Revista de Trabajo.
- Engels, Friedrich. (1974). *La situación de la clase obrera en Inglaterra según las observaciones del autor y fuentes autorizadas*. [Prólogo de Eric J. Hobsbawm]. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Fourier, Charles. (1989). *El nuevo mundo industrial y societario*. [Prólogo de Michel Butor, traducción de Aurelio Garzón del Camino]. México: Fondo de Cultura Económica.
- Gerz Toso, Sergio. (1997). *De la "regeneración del pueblo" a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile*. Santiago: Biblioteca Nacional de Chile.
- Goethe, Johann Wolfgang von. (2000). *Las afinidades electivas*. [Traducción e introducción de Manuel José González y Marisa Barreno]. Madrid: Cátedra.
- Heller, Agnes. (1984). *Teoría de la historia*. México: Fontamara.
- Himmelfarb, Gertrude. (1988). *La idea de la pobreza. Inglaterra a principios de la era industrial*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Hobsbawm, Eric. (1978). *Revolucionarios. Estudios contemporáneos*. Barcelona: Ariel.
- Hunt, Tristram. (2011). *El gentilemen comunista. La vida revolucionaria de Friedrich Engels*. Barcelona: Anagrama.
- Illades, Carlos. (1996). *Hacia la república del trabajo. La organización artesanal de la ciudad de México, 1853-1876*. México: El Colegio de México / UAM.
- Illades, Carlos. (2002). *Rhodakanaty y la formación del pensamiento socialista en México*. Barcelona: Anthropos / UAM.
- Illades, Carlos, y Barbosa Cruz, Mario. (s. f.). *Los trabajadores de la ciudad de México 1860-1950. Textos en homenaje a Clara Lida*. México: El Colegio de México / UAM.
- Ionescu, Ghita. (1983). *El pensamiento político de Saint-Simon*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jaksic, Iván, y Posada Carbó, Eduardo. (2011). *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*. [Prólogo de Natalio R. Botana, epílogo de Frank. R Safford]. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Lida, Clara Eugenia. (1972). *Anarquismo y revolución en la España del XIX*. Madrid: 1972.
- Magraw, Roger. (2002). 'The Second Republic and French Republican Socialism': 1848-1851. En G. Thomson, *The European Revolutions of 1848 and the Americas* (pp. 19-45). Londres: Institute of Latin America Studies.
- Maluquer de Motes, Jordi. (1977). *El socialismo en España, 1833-1868*. Barcelona: Crítica.
- Marx, Karl, y Engels, Friedrich. (1998). *Manifiesto comunista*. [Introducción de Eric J. Hobsbawm. Edición bilingüe]. Barcelona: Crítica.
- Melgar Bao, Ricardo. (1988). *El movimiento obrero latinoamericano, 2 vols*. México: CONACULTA / Alianza.
- Michelet, Jules. (2005). *El pueblo (traducción Odile Guilpain)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ortega Noriega, Sergio. (1978). *El Edén subvertido. La colonización de Topolobampo, 1886-1896*. México: INAH.

Pétre-Grenouilleau, Oliver. (2001). *Saint-Simon. L'utopie ou la raison en actes*. París: Payot.

Posada Carbó, Eduardo. (2011). La tradición liberal colombiana del siglo XIX: de Francisco de Paula Santander a Carlos A. Torres. En I. Jaksic, y C. E. Posada, *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX* [prólogo de Natalio R. Botana, epílogo de Frank. R Safford] (pp. 153-175). Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económico.

Priestland, David. (2010). *Bandera roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona: Crítica.

Quiroz Chueca, Francisco. (1988). *La protesta de los artesanos Lima-Callao 1858*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos.

Rama, Carlos M. (1977). *Utopismo socialista, 1830-1893*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Rousseau, Jean-Jacques. (2007). *Julia, o la nueva Eloísa*. [Traducción de Pilar Ruiz Ortega]. Madrid: Akal.

Rudé, Georges. (1981). *Revuelta popular y conciencia de clase*. [Traducción de Jordi Beltrán]. Crítica: Barcelona.

Santiago, Teresa. (2011). Ciudadanos felices, la utopía social de Rousseau. En A. C. Trueba, *La felicidad. Perspectivas antiguas, modernas y contemporáneas* (pp. 229-254). México: Siglo XXI.

Schelchkov, Andrey. (2007). *La utopía social conservadora en Bolivia: el gobierno de Manuel Isidoro Belzu 1848-1855*. Moscú: Academia de Ciencias de Rusia.

Smith, Adam. (2004). *La teoría de los sentimientos morales*. [Edición, traducción y estudio preliminar de Carlos Rodríguez Braun]. Madrid: Alianza.

Sowell, David. (2006). *Artesanos y política en Bogotá, 1832-1919 (traducción de Isidro Vanegas)*. Bogotá: Pensamiento Crítico / Círculo de Lectura Alternativa.

Stedman, Jones Gareth. (2004). *An end to poverty? A Historical Debate*. Nueva York: Columbia University Press.

Taylor, Charles. (2006). *Imaginario sociales modernos*. Barcelona: Crítica.

- Teitelbaum, Vanessa. (s. f.). Asociación y protesta de los artesanos al despuntar la década de 1860. En C. Illades, y C. M. Barbosa, *Los trabajadores de la ciudad de México 1860-1950. Textos en homenaje a Clara Lida*. México: El Colegio de México / UAM.
- Thompson, Edward Palmer. (1989). *La formación de la clase obrera en Inglaterra, 2 vols.*, [prólogo de Joseph Fontana]. Barcelona: Crítica.
- Thomson, Guy. (2002). *The European Revolutions of 1848 and the Americas*. Londres: Institute of Latin America Studies.
- Trueba Atienza, Carmen. (2011). *La felicidad. Perspectivas antiguas, modernas y contemporáneas*. México: Siglo XXI.
- Vernus, Michel. (1993). *Victor Considerant 1808-1893. Le coeur et la raison*. Dole: Canevas Editeur.
- Williams, Raymond. (2001). *Cultura y sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Williams, Raymond. (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Wilson, Edmund. (1972). *Hacia la estación de Finlandia. Ensayo sobre la forma de escribir y hacer historia*. Madrid: Alianza.
- Wolf, Stuart. (1989). *Los pobres en la Europa moderna*. Barcelona: Crítica.
- Zavala, Iris M. (1972). *Románticos y socialistas*. Madrid: 1972.

Berlinguer, sembrador de esperanzas*

Un millón y medio de italianos, cincuenta delegaciones políticas del más alto nivel; condolencias de los gobiernos de URSS y Estados Unidos; oración del Papa. ¿Quién era Enrico Berlinguer para merecer un homenaje tan universal? No fue el jefe destacado de un Estado poderoso como Kruschev o Kennedy. Tampoco el dirigente de una revolución triunfante como Mao Tse Tung, Tito o Fidel Castro. Menos aún un héroe trágico al estilo del Che. ¿Por qué, entonces, tanto respeto a la memoria de este sardo, de baja estatura, cabello hirsuto y expresión de intelectual torturado? Por sembrar esperanzas en un mundo que las necesita más que cualquier otra cosa.

Es posible [decía Enrico Berlinguer en 1976] una vía nueva, distinta de las socialdemócratas que, aunque habiendo realizado determinadas mejoras en las condiciones de los trabajadores, han dejado intacta la estructura del capitalismo, y distinta de los socialismos de Europa del Este, donde habiéndose superado el capitalismo, existen grandes limitaciones de las libertades políticas. Iremos por rutas inexploradas y no nos dejaremos desviar de este camino.

* *Proceso*, No. 398, 1984.

Para millones de italianos, Berlinguer fue el punto de referencia más coherente de una política nacional cada vez más caótica y turbulenta. Para el resto del mundo, el secretario general del Partido Comunista Italiano es el principal exponente de una corriente cuyo significado se acomoda mal al sobrenombre de eurocomunismo, porque sus ideas de significado cada vez más universal no admiten calificación geográfica. Como fenómeno político, el eurocomunismo nació hace menos de un decenio en la cuenca del Mediterráneo. Respondía a un doble reto: la intensificación de la crisis global del capitalismo y el vacío político creado en los países desarrollados por la debacle del estalinismo, la parálisis de la socialdemocracia y los fracasos de la nueva izquierda. La repentina —porque esa es la palabra que conviene— emergencia en Italia, Francia y España de fuertes partidos comunistas dispuestos a romper con la herencia de teorías, estrategias y prácticas obsoletas, que los habían condenado a una oposición estéril, parecía abrir perspectivas inmediatas para el socialismo en los países capitalistas desarrollados y nuevos horizontes para los revolucionarios ansiosos de alternativas viables. En su tiempo, la posibilidad de que alguno de estos partidos participara en el poder fue considerada como un evento de implicaciones políticas, económicas e incluso militares decisivas.

Los obstáculos encontrados por el Partido Comunista Italiano en sus avances hacia el “compromiso histórico”, el desmoronamiento del Partido Comunista Español y los retrocesos electorales del Partido Comunista Francés, que se integró a un gobierno en condiciones desventajosas, llevaron a observadores superficiales a decretar la muerte prematura del eurocomunismo. La nueva tendencia era, como las ya existentes, un fiasco. Hoy sabemos que esos juicios eran prematuros. Las posibilidades de triunfo del eurocomunismo son escasas, pero la plétora de problemas, discusiones y respuestas que acompañaron su surgimiento son actuales. Ya nadie puede dudar de que el eurocomunismo sea un proceso cuyos efectos sobre la política mundial no dependen de las contingencias en Italia, Francia o España.

El surgimiento del eurocomunismo es, sobre todo, un triunfo del Partido Comunista Italiano, en cuyo seno se fueron gestando con anticipación las ideas y prácticas que caracterizan la nueva tendencia, y su arquitecto principal fue Enrico Berlinguer, cuyo nombre quedará definitivamente ligado a los principales eventos que marcan la constitución de la nueva tendencia: la conferencia de los partidos comunistas en Moscú (1969), que consagró la división entre Este y Oeste sobre la invasión a Checoslovaquia; la adopción de la política del “compromiso histórico” en Italia (1972), que representa el abandono definitivo del principio de vanguardia; la conferencia de Berlín de los partidos comunistas europeos (1976), que terminó en un embate contra el leninismo y una ruptura con el principio del “internacionalismo proletario” y, por fin, la reunión de los tres partidos (PCI, PCF y PCE) en Madrid (1977), en la cual se aceptó el nombre de eurocomunismo y se redactó una declaración de principio común.

Corriente en formación, el eurocomunismo no cuenta aún con una teoría propia. Se distingue más bien por el distanciamiento de la tradición de la Tercera Internacional y una serie de mutaciones ideológicas y políticas en algunos partidos comunistas occidentales, cuyos aspectos más salientes son:

1. Ideológicamente aparece como una ruptura teórica con el leninismo. Lenin deja de ser un filósofo universal de la talla de Marx y Engels y se transforma en un revolucionario ruso de trascendencia similar a la de Mao Tse Tung, Tito o Rosa Luxemburgo. La Revolución rusa ya no es un modelo universal y pasa a ser un momento de significados contradictorios en un proceso mucho más vasto. Frente a la “universalidad” de los modelos soviético y chino, el eurocomunismo se pronuncia por la diversidad, el pluralismo y la autonomía de pensamiento, renunciando a considerar sus propios postulados como aplicables a todas las condiciones, culturas y países.

2. En el campo de las relaciones entre partidos comunistas, defiende los principios de la independencia organizativa, táctica e ideológica de cada partido. “No existe, ni puede existir [decía Berlinguer en 1976] una organización comunista ni a nivel europeo, ni a nivel

mundial”. Por lo tanto, no puede haber una estrategia y una táctica comunes, ni un alto mando comunista mundial. Del “internacionalismo proletario” se pasa a la búsqueda de afinidades con las fuerzas políticas anticapitalistas locales, sin prejuicios vanguardistas.

3. El aspecto más controvertido es la renuncia a la revolución violenta, la dictadura del proletariado y la irreversibilidad del poder del partido comunista como elementos imprescindibles en la transición al socialismo. Estos quedan reservados para los países sin tradición democrática. En la Conferencia de Madrid de 1977, los tres secretarios generales firmaron una declaración conjunta, en la cual se afirma:

Los comunistas de España, Francia e Italia se proponen trabajar para la construcción de una nueva sociedad, respetando el pluralismo de fuerzas políticas y sociales, y la garantía y desarrollo de todas las libertades colectivas e individuales: la libertad de pensamiento y expresión, libertad de circulación dentro y fuera del país, libertad sindical, autonomía de los sindicatos y el derecho de huelga, la inviolabilidad de la vida privada, respeto al sufragio universal y la posibilidad de alternancia democrática de mayorías, libertad religiosa, libertad de cultura, libertad de expresión de diversas corrientes filosóficas, culturales y artísticas y de opinión [...].

El eurocomunismo ve en la utilización de las formas de la democracia burguesa —elecciones, parlamento, gobiernos locales, grupos de interés— los medios fundamentales para lograr la transferencia de poder. Mientras que Lenin subrayaba el carácter táctico de esta esfera, los eurocomunistas lo ven como el centro de una estrategia para dismantelar el poder de la burguesía y marchar hacia el socialismo. Mientras existan las condiciones objetivas para la democratización del aparato estatal en el seno del capitalismo, estas instituciones deben ser vigorosamente defendidas durante todas las etapas de la transformación socialista.

4. En el escenario internacional, el eurocomunismo tiende a oponerse a una política de bloques basada en el equilibrio bipolar, a la nuclearización de Europa Occidental y la creciente prioridad otorgada a criterios estrictamente militares en la política exterior soviética.

Algunas de las ideas y prácticas características del eurocomunismo aparecieron en México casi simultáneamente que en el Sur de Europa.

Pero en un aspecto se mantuvieron las distancias hasta 1980: el compromiso con la vía parlamentaria al socialismo.

Hoy, para la izquierda, la pregunta sigue vigente: partiendo del sistema político actual y de la relación de fuerzas sociales y políticas reales en México, ¿puede adoptarse una estrategia que ve en el uso de las elecciones, el parlamento y la acción en el seno del Estado, el centro de la acción por el socialismo?

No basta dejar de importar soluciones. También debemos aprender a dejar de importar problemas. México vive en una frecuencia diferente a la del sur de Europa. Estamos enfrentados a tareas mucho más modestas que las de esos partidos: la creación de una fuerza obrera y popular autónoma, de alternativa al sistema vigente. En ese proceso, la vía parlamentaria aparece como un recurso táctico importante, pero no como el terreno propicio a la formulación de una estrategia global. El futuro más lejano conforma una imagen opaca que resiste lecturas contundentes. Si algo hay de importante en el ejemplo de Enrico Berlinguer, es que el análisis político debe partir de los hechos y no de la ortodoxia, sea esta cual fuere. Que la moda intelectual, por brillantes que sean sus artificios, no puede sustituir el examen riguroso de una realidad resistente y compleja, como es la nuestra.

La izquierda mexicana, que apenas se sacude de un prolongado letargo dogmático, no está necesitada de nuevas ortodoxias, pero sí de las esperanzas de nuevas vías al socialismo, que Enrico Berlinguer supo sembrar.

Recuerdo, todavía, la última vez que lo vi en una cena, con ocasión de su visita a México. Se interesaba vivamente por el problema agrario mexicano y los efectos de la industrialización en la vida de los campesinos. Intentaba comparaciones con el *mezzogiorno* italiano, con una sed de exactitud y detalle que fue una de las grandes cualidades de un hombre que rehuyó las fórmulas abstractas y tuvo una pasión inextinguible por lo real y lo concreto.

La caída del modo de producción soviético*

El colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas [URSS] fue un suceso histórico de grandes consecuencias. Sus efectos de larga duración son comparables al colapso del imperio romano. El derrumbe económico que lo acompañó no tiene paralelo en la historia de ningún país industrial en tiempos de paz, con la excepción, quizás, de Estados Unidos y Alemania en la crisis que se inició en 1929. Entre 1989 y 1998, los servicios de salud, educación y transporte popular sufrieron un colapso. Las necesidades básicas de la población como vivienda, empleo, abastecimiento de comida y otros productos básicos conocieron grandes deterioros. El crimen y la inseguridad aumentaron exponencialmente. La esperanza de vida de los hombres bajó de 64 a 57 años.

De 1991 a 1998 el producto nacional se redujo a la mitad y la población se vio sometida a grandes privaciones. 80% de las explotaciones agrícolas rusas quebraron y aproximadamente 70.000 fábricas estatales fueron clausuradas. No solo el ingreso real como un todo disminuyó, sino que surgió una nueva clase de pobres. Eso explica la creciente presencia de la miseria que afectó a más de 30% de la

* Enrique Semo, *Crónica de un derrumbe. Las revoluciones inconclusas del Este*, México, Ítaca, 2017.

población. La profundidad de la crisis se expresó también en la reaparición de enfermedades que habían sido totalmente erradicadas en la URSS. Una vez más los rusos se vieron hostigados por la difteria, el cólera e inclusive la polio (Goldman, 1996, p. 275).

El 18 de octubre de 1991 se acuerda desde arriba sustituir la URSS con una Comunidad de Estados Independientes que ya no incluía a todas las repúblicas ni tenía instituciones colectivas importantes. El 25 de diciembre del mismo año el desmembramiento de la URSS quedó legalizado por iniciativa de Boris Yeltsin. Así, las fuerzas nacionalistas habían logrado corroer la Unión Soviética. A medida que el Partido Comunista de la Unión Soviética, que la mantenía unida, se fue debilitando y se realizaron elecciones libres para los parlamentos de las repúblicas, las burocracias separatistas locales obtuvieron una poderosa plataforma política. En 1990 el Parlamento Lituano decidió separarse de la URSS y a continuación Estonia y Letonia también se independizaron. En junio fue la República rusa la que proclamó su soberanía anunciando que sus leyes prevalecerían sobre las de la URSS. En junio de 1991 Ucrania siguió el mismo camino. Rápidamente otras repúblicas hicieron lo mismo. En dos años, la URSS dejó de existir.

En octubre de 1991 la URSS tenía una población de 293 millones de habitantes. La Unión estaba compuesta de quince repúblicas las más pobladas de las cuales eran Rusia con 148,5 millones, Ucrania con 52 millones y Uzbekistán con 20,7 millones. La URSS tenía 44 millones de habitantes más que Estados Unidos y cinco veces la población del Reino Unido. Al desmembrarse la Unión, Rusia quedó con una población menor a la de Estados Unidos en 101 millones y solo 2,5 veces mayor a la de Reino Unido.

La Unión Soviética era la segunda potencia militar del mundo. A partir de diciembre 1991, la fuerza de Rusia era comparable a la de un país mediano, con excepción del arsenal atómico. La Guerra Fría terminó porque uno de sus polos dejó de existir. El principal país de socialismo de Estado se había desmembrado. Entre 1917 y 1991 el mundo conoció dos sistemas sociales y políticos: el capitalista y el

soviético, muy diferentes entre sí. La lucha ideológica entre socialismo y capitalismo tenía un sustento material poderoso. La influencia ideológica y cultural de la URSS trascendía ampliamente sus fronteras. Después de la Segunda Guerra Mundial, el mundo del socialismo de Estado creció hasta abarcar 2/5 partes de la población mundial ubicada en tres continentes: Europa, Asia y América Latina, que representaban un tercio del ingreso del mundo.

Los países del socialismo de Estado eran la Unión Soviética, China, Cuba, Vietnam, y, en Europa, Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, la República Democrática Alemana, Hungría, Polonia, Rumania y Yugoslavia. Después de la Segunda Guerra Mundial, esos países fundaron (con excepción de Yugoslavia) un acuerdo militar, el Pacto de Varsovia, y otro comercial, el Consejo de Ayuda Mutua Económica [Comecon]. Además, existían organizaciones sindicales y de mujeres internacionales y de países del tercer mundo ligados de diferentes maneras a la URSS. En 1991 los dos acuerdos fueron clausurados y las demás relaciones de apoyo a otras naciones fueron desapareciendo. En los primeros años del nuevo siglo el “mundo socialista” dejó de existir material e ideológicamente aun cuando algunos países, entre ellos China, Cuba y Vietnam, se consideran aún socialistas. Una época entera de la historia del “campo socialista” llegó a su fin. Se produjo un cambio gigantesco en el balance de fuerzas entre potencias; fue el fin del legado de la derrota de la Alemania nazi en la Segunda Guerra Mundial y los acuerdos de Yalta. El capitalismo volvió a ser prácticamente el único sistema de extensión mundial.

Con la caída de la URSS llegó a su fin el mundo bipolar y el dominio de Estados Unidos se impuso en todo el mundo. El consenso de Washington y la globalización neoliberal triunfaron. El movimiento anticolonial y de liberación nacional que había encontrado en la revolución rusa inspiración y apoyo durante décadas sufrió un retroceso. La desaparición o decadencia de los partidos comunistas¹

¹ En octubre de 2013, por iniciativa del Partido Comunista de Grecia, se formó una asociación de 22 partidos comunistas europeos con coincidencias ideológicas: antica-

debilitó las fuerzas progresistas en Europa y en muchas partes de América Latina.

También la socialdemocracia sufrió serios golpes, ante lo cual la mayoría de los países europeos optó por integrarse a la política neoliberal. El estado de bienestar social surgió en los años cincuenta y sesenta y sostenido por los partidos socialdemócratas como reacción al “peligro soviético” fue objeto de la hostilidad abierta de las derechas y ha sufrido derrotas importantes.

Hasta ahora en la discusión sobre las causas del desastre se presentan las más diversas hipótesis, pero falta mucho que investigar para transformar esas hipótesis en teorías bien sustentadas. Sin duda hay que tener en cuenta factores de larga y mediana duración, pero también otros que están relacionados con el desempeño de los reformadores que estuvieron a la cabeza del Estado y el partido desde 1985, es decir Gorbachov y Yeltsin, con sus respectivos equipos.

Crisis y reformas

El sistema soviético surgido de la revolución de 1917 demostró tener facultades excepcionales de resistencia en muchas pruebas. Comenzando con la intervención de dieciocho países capitalistas, las destrucciones económicas de la Primera Guerra Mundial y la guerra civil, así como los cambios sociales de gran envergadura como la colectivización forzada y la gran transformación industrial de los primeros dos planes quinquenales y la Segunda Guerra Mundial, de la cual surgió como triunfador, y la Guerra Fría, que le impuso grandes sacrificios, todas estas son pruebas suficientes de que era un sistema viable.

El socialismo de Estado soviético tenía muchos problemas y de ninguna manera era el único orden socialista concebible. Sin embargo, incluía algunos aspectos de una sociedad socialista: había derrocado la propiedad burguesa y la había reemplazado por la propiedad de Estado,

pitalismo, internacionalismo y marxismo-leninismo.

la planificación central y un sistema político con presencia obrera y campesina. Además, consiguió precedentes de igualdad, seguridad, sanidad pública, acceso a la vivienda, educación, empleo y cultura para la gran mayoría de sus ciudadanos de la ciudad y del campo.

La Unión Soviética no solo eliminó las clases explotadoras del sistema capitalista sino también acabó con la inflación, el desempleo, la pobreza extrema y algunas de las causas de la desigualdad por lo que respecta a la riqueza y las oportunidades. En cincuenta años su producción industrial y agrícola aumentó significativamente. Los estudiantes universitarios recibían un salario; el analfabetismo, que en algunas regiones rurales alcanzaba el 80 %, desapareció prácticamente, y había más médicos por habitante que en Estados Unidos. Los trabajadores que sufrían lesiones tenían garantizado su empleo y se les pagaba una indemnización. Había campamentos de veraneo gratuitos para los hijos de los trabajadores, el Estado subsidiaba los precios de los alimentos básicos y la vivienda. El alquiler suponía 2% o 3% del presupuesto familiar. El crecimiento cultural e intelectual era considerado básico para la calidad de vida. Había subsidios estatales para los precios de los libros, periódicos y acontecimientos culturales. Una familia media estaba suscrita a más de un periódico y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura informó que los ciudadanos soviéticos leían más libros que cualquier otro pueblo del mundo. Cada año el número de personas que visitaba museos igualaba a la mitad de la población, la asistencia a teatros, conciertos y otras actividades culturales superaba la población total (Keeran y Kenny, 2014, pp. 2-5).

Sin embargo, después de la Segunda Guerra Mundial se multiplicaban las señales de malfuncionamiento en sectores de la economía, la sociedad y el sistema político autoritario y conservador que no fueron atendidos. Los intentos de Jrushchov de introducir reformas en algunos aspectos del sistema acabaron en un golpe de Estado interno promovido por los sectores conservadores que se oponían a cambiar las formas de ejercer el poder. A finales de los años setenta estas señales se transformaron en una abierta crisis de triple dimensión que

abarcaba tanto las relaciones internacionales y los problemas de seguridad como las estructuras internas y la influencia de la URSS en las fuerzas de izquierda de otros países. La dinámica y los logros en la economía y la sociedad ya no eran suficientes para satisfacer las crecientes necesidades de la población y para alcanzar los objetivos del desarrollo planificado. Era cada vez más claro que para echar a andar la sociedad en un nuevo esfuerzo de superación se necesitaba reformas de fondo. Un observador crítico de la situación escribía en 1988 que

[...] a simple vista se puede ver la corrupción, los robos en la producción, la falsificación de los balances de las fábricas, el crecimiento de la economía ilegal e informal; la corrosión de la disciplina y el descuido en la producción que envenenan nuestra vida impidiendo a la gente honesta cumplir con su trabajo. Los abusos han elevado la insatisfacción y la indignación. Cada día aumenta el deseo de cambios, no de cambios cosméticos, ni compromisos temporales en la cúspide sino transformaciones profundas que renueven las bases del sistema mismo. (Citado en Segbers, 1989, p. 197)

La triple crisis, la interna del modelo de desarrollo soviético, la externa de la Unión Soviética como la segunda potencia mundial y la ideológica como factor influyente en las izquierdas, no podía ser resuelta con maniobras ni campañas de propaganda, pero ¿podía una transformación profunda ser puesta en marcha solo desde arriba sin la participación del pueblo? Era claro que había que ganar el mayor apoyo posible dentro y fuera del partido para los cambios necesarios porque desde el principio era previsible que gran parte de la nomenclatura se opondría y que otros sectores, aprovechando las tensiones que se crearían, intervendrían en la apertura con propósitos ajenos al plan de reformas.

La perestroika (reorganización) de Gorbachov aspiraba a construir una economía mixta introduciendo elementos de mercado, descentralizando la gestión y mejorando tecnológicamente una producción que solo podía considerarse avanzada en los sectores ligados

a las cuestiones militares y del espacio. La glásnost (transparencia) se proponía liberalizar el sistema político. Desde 1985 Gorbachov abolió la censura de los medios y redujo el control del partido sobre la actividad económica. Los miembros del parlamento ruso comenzaron a ser elegidos libremente, los gobiernos municipales y el presidente y el vicepresidente del país también. Aumentó la tolerancia hacia grupos opositores, incluso a la formación de partidos políticos y se acabó por abolir el principio del carácter dirigente del Partido Comunista de la Unión Soviética [PCUS] en la sociedad soviética.

Hacia 1989 la crisis más grave comenzó a centrarse en el Estado soviético, desde la cúspide hasta la base, produciéndose una especie de desorientación, caos y desbandada, es decir un vacío de poder que se fue agravando.

Las medidas democratizadoras de Gorbachov crearon nuevos espacios para la expresión del descontento en un amplio espectro de problemas. Pero, contra todas las expectativas, los movimientos nacionalistas convocados por las burocracias y los intelectuales locales aprovecharon la contracción de las funciones del Estado central para exigir la soberanía en varias repúblicas. En Ucrania occidental y partes del Cáucaso, incluso se dieron casos de persecución étnica, mítines anticomunistas y el surgimiento de grupos armados. Mientras tanto, las elecciones parlamentarias en la República Soviética Rusa en 1990 produjeron un movimiento de reformadores radicales alrededor de Boris Yeltsin, quien fuera miembro del buró político y candidato. Estos “demócratas radicales”, como se llamaban a sí mismos, comenzaron siendo partidarios entusiastas de las reformas de Gorbachov, pero ya en el verano de 1990 se agruparon bajo la dirección de Yeltsin.

La popularidad de Gorbachov, que se había mantenido alta cinco años, cayó abruptamente mientras la de Yeltsin aumentaba. Su autoridad disminuyó cuando Yeltsin fue electo presidente de la República Rusa por voto popular mientras que la presidencia de Gorbachov de la Unión Soviética, refrendada por un voto del congreso del PCUS un año antes, ahora parecía mucho menos legítima.

Para el otoño de 1990, la coalición original que apoyaba la perestroika se había colapsado. Habiendo descubierto los usos de la glásnost, líderes de muchas poderosas instituciones soviéticas se alinearon contra Gorbachov. Lo culpaban de que sus reformas habían destruido el partido comunista, desestabilizado la Unión de Repúblicas, perdido la Europa del Este, liquidado el marxismo-leninismo, golpeado al ejército, devastado las tiendas de consumo, impulsado el crimen y mucho más. Esas ideas circularon en foros públicos que comenzaron a amenazarlo con destituirlo si no restauraba el orden rápidamente. Los rumores de un golpe de Estado se multiplicaron (Cohen, 2011, p. 129).

El sector militar reprobaba su política exterior, que para 1991 incluía grandes concesiones de desarme a Estados Unidos, el retiro de las tropas soviéticas de Europa del Este y del Centro, la reunificación de Alemania en términos occidentales y el apoyo a la guerra norteamericana contra Sadam Hussein sin retribución alguna. Gorbachov insistía en que estos pasos eran necesarios para acabar con la Guerra Fría y la carrera armamentista, pero sus adversarios en el ejército los veían como “un Múnich soviético”. Según ellos, la traición a todo lo que se había logrado con el triunfo en la Segunda Guerra Mundial era una catástrofe igual en sus consecuencias a una derrota en una tercera guerra mundial.

Hostigado por amenazas conservadoras, por un lado, y demandas de cambios radicales, por el otro, así como el llamado urgente de tres cuartas partes del pueblo para reestablecer la economía y el orden en el país, Gorbachov dio un giro a la derecha a mediados de 1990 (Cohen, 2011, p. 211) distanciándose de algunos de sus asociados pro reforma, albergando connotados conservadores en su gabinete y dando la impresión de querer reconstruir el autoritarismo.

Al poco tiempo de iniciadas sus reformas económicas, los resultados resultaron decepcionantes. En realidad, ni él ni su equipo tenían idea de cómo ajustar los mecanismos económicos para que trabajen de acuerdo con los nuevos principios. La producción cayó y la oferta comenzó a escasear en el mercado. El abastecimiento empeoró. Cuanto más se hablaba y se escribía de libertad más rápido

desaparecían de los escaparates de los comercios el queso y la carne, la sal y el azúcar, hasta que quedaron vacíos. Al mismo tiempo los almacenes interiores estaban llenos y con un soborno se podía obtener lo necesario. La “economía informal” existente desde mucho antes creció espectacularmente. Se introdujeron de nuevo las libretas de racionamiento como en tiempo de la guerra sin lograr frenar el mercado negro (Priestland, 2010, p. 526). También empeoró la situación de los trabajadores hasta el punto en que comenzaron a producirse grandes huelgas que ahora no eran reprimidas, sino escuchadas y satisfechas en la escasa medida en que ello era posible. Se trataba de un movimiento popular muy diferente a la agitación nacionalista, pero también contestatario al gobierno de Gorbachov.

La desintegración del poder del Estado a todos sus niveles se expresó en las vacilaciones y diferencias de opinión ante la ola de huelgas que se produjo en 1989. Esta se inició en la ciudad de Mezhduréchensk en donde los mineros pararon exigiendo la mejoría de sus condiciones de vida, el cambio del sistema de salarios y el otorgamiento de autonomía económica a las minas y otras empresas propiedad del Estado. El 13 de julio de 1989 los mineros, aliados con otros trabajadores de las empresas de la ciudad, decidieron pedir a las autoridades la promulgación inmediata de una ley sobre las huelgas y su publicación en todos los periódicos centrales. Las demandas económicas fueron satisfechas en su mayor parte y se prometió que las otras serían analizadas en breve. Pero esa huelga actuó como una chispa para todos los mineros y estallaron huelgas en otros lugares del país cada una con sus demandas particulares. Esa reacción en cadena fue causada porque las autoridades no publicaron información sobre los acuerdos con los primeros huelguistas. La actitud de los mineros contagió a otras industrias, muchos obreros declararon que en las condiciones existentes más valía declararse en paro. El movimiento de huelga no tardó en alcanzar a los ferrocarriles y las compañías aéreas. La inseguridad de la situación aumentó la tensión porque no se sabía si los acuerdos alcanzados en una rama o una región se extenderían a las otras.

Como durante las huelgas polacas de Solidaridad en 1980, los obreros tomaron en sus manos imponer el orden en las calles a la vez que mítines permanentes comenzaron a constituirse en las plazas a las cuales concurren otros ciudadanos descontentos. Algunos periódicos reconocieron que los comités de huelga se habían transformado en centros de poder popular. Los mítines trataban de cientos de problemas grandes y chicos, el abastecimiento de las ciudades en huelga, el mantenimiento de las minas en buen estado, etcétera. Por decisión de los huelguistas, algunas empresas no pararon el trabajo ya que su funcionamiento era esencial para asegurar la vida diaria de los pobladores. Los transportes continuaron operando y la distribución de medicamentos y las farmacias no dejaron de funcionar a pesar de que sus trabajadores habían declarado su solidaridad con los huelguistas (Kagarlitsky, 1990, pp. 178-179).

Los funcionarios de los gobiernos locales no supieron qué hacer ante la ola de huelgas. Algunos evitaban los choques directos con los huelguistas, pero también usaban el movimiento para hacer demandas a Moscú en forma de fondos adicionales y recursos; otros intentaban alejar a la gente del activismo llenando las tiendas con productos escasos. En algunos lugares las autoridades adoptaron posiciones más duras declarando que las huelgas eran ilegales. A pesar de que lograron que las huelgas no tomaran un carácter político, el conflicto entre huelguistas y funcionarios con frecuencia tuvo un carácter abierto e incluso violento. Los sindicatos oficiales perdieron el control de sus afiliados y la reacción de la prensa fue muy diversa. Lo más importante es que la gente se sentía libre y las demandas crecían.

Al principio, el gobierno entró en conversaciones separadas con los comités regionales y redujo a un mínimo el peligro de que surgiera un comité central de huelga. Finalmente lograron desarmar al movimiento satisfaciendo sus demandas más sentidas.

En julio de 1990 Gorbachov reunió el vigésimo octavo y último congreso del PCUS, que lo reeligió como secretario general del

partido y aceptó su propuesta de establecer un nuevo marco de relaciones federales dentro de una Unión de Repúblicas Soberanas.

El 19 de febrero Yeltsin, hablando por televisión, pedía la dimisión de Gorbachov acusándolo de ser el culpable de la ruina y la pobreza del país y la sangre vertida en los pogromos en las repúblicas del Cáucaso. El 18 de agosto de 1991, mientras Gorbachov estaba descansando en Crimea, se organizó en Moscú un golpe contra él encabezado por su vicepresidente, por el primer ministro de defensa y otros miembros conservadores en la dirección del PCUS que enviaron una delegación a Crimea para pedirle su dimisión.

La conspiración fracasó porque los ciudadanos de Moscú reaccionaron en contra y porque sus organizadores no supieron tomar las medidas de urgencia adecuadas, pero sobre todo porque las fuerzas de seguridad y el ejército se negaron a disparar contra la oposición popular al golpe dirigida por Boris Yeltsin y los diputados reformistas que se habían refugiado en la Casa Blanca de Moscú. En ese momento la figura de Yeltsin que circuló por todas las televisiones del mundo montado en un tanque arengando a una multitud moscovita que protestaba contra el golpe de Estado cambió la relación de poder entre él y Gorbachov.

El 25 de diciembre de 1991 Gorbachov dimitía del cargo de presidente de la URSS. Había aceptado previamente la disolución del partido culpable de un golpe de Estado y del que había sido secretario general. Ahora aceptaba el desmembramiento de la URSS y desde ese momento quedaba reducido a la condición de ciudadano particular.

El cambio no respondía al deseo de la mayoría. En marzo de ese año se había celebrado un referéndum para la conservación de la URSS. Tuvo una gran participación y dio más de un 75% de votos favorables al mantenimiento de una “Federación de repúblicas soberanas e iguales en derechos”, incluso en Ucrania, es decir de una Unión Soviética reformada. Pero los resultados fueron totalmente diferentes.

El ascenso de Yeltsin

Yeltsin se instaló en la oficina de Gorbachov en el Kremlin cambió la bandera de la URSS por la de la Republica de Rusia. Desde entonces se mantuvo en el poder, primero sostenido por el pueblo y luego por los oligarcas, para quienes era una garantía de que podían seguir haciendo negocios con el apoyo de Bill Clinton, el nuevo presidente norteamericano. El 31 de diciembre de 1999 Yeltsin dimitió pidiendo perdón al pueblo ruso por su conducta, por los errores cometidos y los sufrimientos infligidos al pueblo. Dijo que Rusia debía entrar al nuevo siglo con nuevos líderes. Fue un hombre nuevo, Vladimir Putin, quien emprendió la normalización de la vida política y económica rusa rescatando de las manos de los oligarcas el poder del Estado y el control de los principales recursos naturales, pero al mismo tiempo conservando el sistema autoritario.

La causa inmediata de la muerte del sistema fue la disolución de la Unión y el campo socialista como resultado de una cadena de sucesos iniciados por Gorbachov en 1985. Él nunca tuvo un plan claro para lograr sus objetivos. Las soluciones ofrecidas por los economistas soviéticos desde la consolidación de la política de aceleración de 1985-1986, el acceso al socialismo de mercado en 1987-1988 y, por fin, el tratamiento de *shock*, fueron resultado de propuestas contradictorias. Una vez adoptadas no reportaban éxitos tan rápido como Gorbachov lo deseaba y por lo tanto convocaba un nuevo equipo de consejeros para ofrecer un proyecto distinto que a su turno era desechado antes de que las medidas tomadas pudieran rendir efectos. La sustancia de las innovaciones económicas y su rápida sucesión dañaron la economía y decepcionaron las altas esperanzas creadas en la mente pública de que el nuevo dirigente estaba comprometido con una rápida reforma que produciría mejorías sustanciales en las condiciones de vida de los ciudadanos.

Pero fueron las innovaciones políticas para acelerar el paso del cambio económico y vencer la resistencia burocrática las que causaron el vacío de poder. Al remover las barreras a la libre expresión

y la divergencia, así como la discusión en torno a cambios sociales impensables hasta entonces, el gobierno y el partido no supieron dar una dirección precisa sobre las prioridades de la discusión y así se desató toda clase de conflictos y debates que rápidamente apuntaron hacia un caos. Además, el retiro de las viejas formas de la administración económica hizo ingobernable la economía a través del viejo sistema sin que aparecieran nuevas prácticas viables.

La nueva política exterior hacia los países capitalistas cuestionaba todos los parámetros firmemente establecidos desde los primeros días del poder soviético. Las relaciones con las democracias populares surgidas después de la Segunda Guerra Mundial se rompieron bruscamente y tomaron caminos inciertos. Gorbachov emprendió iniciativas que las potencias occidentales aplaudían pero que dañaron sin remedio sus relaciones con los demás países del socialismo de Estado.

La caída del “campo socialista”

El así llamado “campo socialista” comenzó a desmoronarse. Después de la Segunda Guerra Mundial, los gobiernos de esos países de Europa central y oriental habían protagonizado una auténtica transformación social; en todos ellos se crearon sistemas de beneficios sociales, se aseguró el pleno empleo y se desarrolló un sistema educativo que transformó los niveles culturales de sus sociedades. Estos avances pudieron ser implementados gracias a un progreso económico que durante veinticinco años mantuvo tasas de crecimiento cercanas al 4%, pero sus gobiernos no fueron capaces de establecer sistemas políticos acordes con las aspiraciones populares de libertad y democracia debido a la injerencia de la URSS. Hacia 1970, Polonia, Hungría y Bulgaria estaban gravemente endeudados, al borde de la ruina, pero seguían negociando créditos con los bancos occidentales.

A fines de 1986 se convocó a una reunión secreta del Comecon en Moscú en la que se presentó la “doctrina Gorbachov” sobre las relaciones entre los países socialistas; la época de paternalismo había

concluido y en el futuro cada partido se haría responsable ante su propia población. Las relaciones económicas con la URSS debían ser mutuamente provechosas y en términos de los precios del mercado mundial. Los dirigentes del “campo socialista” no se mostraron particularmente entusiastas y se quejaron de la influencia de la perestroika que les estaba causando problemas. Pero la realidad los obligó a aceptar las reformas. Las primeras tuvieron lugar en Polonia, en donde se produjo una larga etapa de huelgas y conflictos sindicales hasta que en 1989 se inició una transición con unas elecciones que dieron el triunfo arrollador al sindicato Solidaridad, con la elección de un jefe de gobierno no comunista.

Al mismo tiempo la crisis final empezaba en la República Democrática Alemana. Un éxodo en masa hacia Occidente desde Hungría permitió el ascenso de grupos disidentes que querían no la unión con Alemania Occidental sino un socialismo democrático. El 17 de octubre de 1989 Eric Honecker fue destituido y reemplazado al frente del partido gubernamental Partido Socialista Unificado. El 9 de noviembre del mismo año se produjo la caída del Muro de Berlín, lo que fue el símbolo del hundimiento del comunismo.

Gorbachov, que seguía pensando en que la Organización del Tratado del Atlántico Norte se disolvería con la formación de una Alemania unificada, traicionó las esperanzas de los disidentes de Alemania del Este que preparaban un texto constitucional en el cual se aceptaría el pluralismo de la propiedad estatal y privada en un marco de socialismo democrático. Mientras tanto, las elecciones en Alemania del Este celebradas el 18 de marzo de 1990 dieron un inesperado triunfo a la coalición conservadora dirigida por Helmut Kohl. En la reunión cumbre celebrada en Washington en mayo y junio de 1990, Gorbachov, pese a la oposición de sus consejeros, acabó aceptando la unificación de Alemania ese mismo año bajo las condiciones de Kohl. Todo lo que los soviéticos obtenían a cambio era un acuerdo comercial y préstamos de ayuda pendientes de aprobación.

Lo que llevó a la Unión Soviética hacia el abismo a un ritmo acelerado fue la combinación de glásnost, que produjo la desintegración

del poder, con la perestroika, que solo pudo destruir los viejos mecanismos que hacían funcionar la economía sin crear una alternativa y, por lo tanto, un creciente y dramático colapso del nivel de vida de los ciudadanos. El país caminó hacia un sistema político electoral en los momentos mismos en que se hundía en la anarquía económica y la inflación extrema.

En todos los referéndums del periodo 1993-1999, la mayoría de la población rusa se declaró partidaria de una economía mixta que combinaría el sistema soviético de garantías de empleo, precios subsidiados o regulados de consumo, amplias medidas de seguridad social y propiedad estatal de las industrias esenciales con un mercado de empresas libres. Pero después de las reformas introducidas por Boris Yeltsin el resultado fue muy diferente (Cohen, 2001, p. 52). Lo que se produjo a partir de entonces en Rusia y los otros países que formaban parte de la Unión Soviética no sería una transición hacia el capitalismo liberal sino una catástrofe. Las reformas y la lucha entre Gorbachov y Yeltsin se tradujeron en un vacío de poder pavoroso, la intervención audaz y decidida de los países capitalistas en las economías y la vida política de los países del socialismo de Estado y el paso paulatino al capitalismo mafioso y a las democracias trucas que actualmente están haciendo crisis.

El tratamiento de *shock*

A finales de 1991 Yeltsin aceptó los consejos de los economistas occidentales y de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de Estados Unidos que habían desarrollado una receta política estándar para las economías en transición durante la década de 1980. Estados Unidos y las instituciones “internacionales” dependientes de ellos estuvieron profundamente implicados en el desastre soviético. Esta receta política llegó a ser conocida como el “Consenso de Washington” o “terapia de *shock*”, una combinación de medidas orientadas a liberalizar

los precios y estabilizar el presupuesto del Estado. Tales medidas se implantaron en Polonia y entonces sus partidarios sintieron que lo mismo podría hacerse en Rusia. Algunos políticos rusos se opusieron, pero el planteamiento fue favorecido por la relación entre Yeltsin y Clinton y fue puesto en práctica por Yegor Gaidar, un economista ruso de 35 años de edad designado por Yeltsin.

El 2 de enero de 1992 Yeltsin ordenó la liberalización del comercio exterior, los precios y la moneda. Al mismo tiempo, siguió una política de “estabilización macroeconómica”, un régimen de severa austeridad diseñado para controlar la inflación. Bajo el programa de estabilización de Yeltsin, las tasas de interés se elevaron a niveles extremadamente altos para reforzar el dinero y restringir el crédito. Para reducir los gastos estatales y poner los ingresos en equilibrio, subió fuertemente los nuevos impuestos, disminuyendo bruscamente los subsidios a la industria y a la construcción y haciendo grandes recortes a los gastos estatales en asistencia social (Cohen, 2001, pp. 104-105, 119).

Nunca tantas personas perdieron tanto en tan corto periodo (1990-1998) sin que se produjera una batalla de grandes proporciones o una epidemia. En 1989, antes de la terapia de *shock*, vivían en la Federación Rusa bajo el umbral de la pobreza (cuatro dólares diarios) dos millones de personas. A mediados de la década de 1990, cuando “los terapeutas” del *shock* ya habían administrado su medicina, eran 74 millones de rusos y rusas los que vivían por debajo de este umbral según el Banco Mundial. En solo ocho años 72 millones de personas habían caído en la pobreza extrema. En 1996, el 25% de los rusos vivía en una situación de pobreza calificada de desesperada (Klein, 2007, p. 319).

Después de la reelección en 1996 de Boris Yeltsin, que fue directamente apoyada por expertos norteamericanos, los oligarcas recién enriquecidos y con la ayuda de los canales televisivos controlados por ellos, el gobierno controlado por los Chicago Boys rusos y norteamericanos puso a la venta de lo que Lenin había denominado “los puestos de mando” de la economía nacional. La inmensa compañía petrolera Yukos, que comercializa más petróleo que Kuwait, fue vendida por 309 millones de dólares y actualmente obtiene más de 3.000

millones de dólares en ingresos cada año. El 51% de la gigante petrolera Sidanko fue adjudicado por 130 millones de dólares; solo dos años después esa misma participación estaba valorada en 2.800 millones de dólares en los mercados internacionales. Una colosal fábrica de armamento fue traspasada por 3 millones de dólares, el precio de un chalet para las vacaciones en Aspen (Total; Goldman, 2003, p. 120).

En 1992, Yeltsin chocó con el Sóviet Supremo de Rusia y el Congreso de los Diputados del Pueblo de Rusia debido a asuntos relativos a su política económica, el control del gobierno y la propiedad de la banca estatal. El presidente del Sóviet Supremo de Rusia, Ruslán Jambulátov, salió en oposición a las reformas. El mismo año el VII Congreso de los Diputados del Pueblo de Rusia logró rechazar la candidatura respaldada por Yeltsin de Yegor Gaidar, partidario de la terapia del *shock*, para el cargo de primer ministro.

Fue negociado un acuerdo por Valery Zorkin, presidente de la Corte Constitucional, que incluía las siguientes disposiciones: un referéndum nacional sobre la nueva Constitución, el Parlamento y Yeltsin elegirían un nuevo jefe de gobierno para ser confirmado por el Sóviet Supremo y el Parlamento dejaría de hacer enmiendas constitucionales que cambiaran el equilibrio de poder entre los poderes legislativo y ejecutivo. Finalmente, el 14 de diciembre, Víktor Chernomyrdin, ampliamente considerado como una figura de compromiso, fue confirmado en el cargo.

Nuevo golpe a la democracia

Durante el verano de 1993 se creó una situación de poder dual en Rusia. Ante lo cual Yeltsin anunció en un discurso televisado en el otoño su decisión de disolver el Sóviet Supremo y el Congreso de los Diputados del Pueblo. Declaró su intención de gobernar por decreto hasta la elección del nuevo Parlamento y un referéndum sobre una nueva Constitución, lo que provocó la crisis constitucional de octubre de 1993. En la noche, después del discurso televisado, el Sóviet Supremo

declaró a Yeltsin como removido de la presidencia en virtud de su violación de la Constitución de Rusia de 1978, y el vicepresidente Aleksandr Rutskói, que había denunciado el programa de *shock* como un genocidio económico, juró como presidente en funciones.

Entre el 21 y el 24 de septiembre una insurrección espontánea de decenas de miles de manifestantes se enfrentó a Yeltsin y marchó en las calles buscando decididamente la ayuda de las fuerzas que defendían el edificio del Parlamento. Pero el año anterior Yeltsin se había asegurado el apoyo del Ejército de Rusia y el Ministerio del Interior. En una demostración de fuerza masiva, Yeltsin llamó a los tanques para bombardear la Casa Blanca rusa, la sede del Parlamento. El ataque contra el edificio del Parlamento de Rusia dejó quinientos muertos y más de mil heridos. La doctrina del *shock*, en la que jugó un papel central el economista Jeffrey Sachs, artífice de los experimentos más brutales de las políticas neoliberales en Bolivia, Argentina y Venezuela, tuvo que ser respaldada con la cancelación de la recién instaurada democracia.

Claro está que los errores de Gorbachov y las medidas autoritarias y económicamente desastrosas de Yeltsin, arropadas por Estados Unidos y los órganos financieros internacionales, no son sino parte de la historia. Hay muchos factores estructurales de larga duración que dificultaron la reforma en la URSS, pero estamos ante uno de esos casos en que los líderes del momento jugaron un papel decisivo.

Estamos convencidos de que el derrumbe de la URSS pudo ser evitado y que el sistema soviético podía ser reformado. El socialismo solo puede triunfar a costa de reformas constantes. Probablemente una de las pruebas más convincentes sea el desempeño de la República Popular China desde finales de los años setenta. Ambos países se enfrentaban a profundas crisis económicas y políticas. Pero la involución de la URSS contrasta profundamente con el vertiginoso desarrollo económico del gran país asiático a partir de entonces. Sabemos que los modelos adoptados con éxito por un país no son necesariamente válidos para otros países. Cada país es diferente y ningún modelo exitoso en uno de ellos puede ser aplicado tal cual a otro y

por lo tanto la comparación está lejos de ser perfecta. Pero en ambos países las reformas tenían muchos objetivos en común y no obstante China logró crear una economía impetuosa mientras que Rusia se vio hundida en una involución pavorosa.

Uno de los argumentos de Gorbachov es que la revolución cultural había liberado a China de un elemento conservador muy presente en Rusia, la vieja burocracia. Cuando Deng-Xiaoping volvió al poder en 1978, el gobierno y los cuadros del partido estaban en plena confusión y él pudo llenar las vacantes con gente nueva y joven.

El Partido Comunista Chino hizo las reformas con un éxito económico sin precedentes en la historia contemporánea. No hubo simultáneamente una reforma democrática y los efectos sociales han sido muy drásticos. Mientras la URSS aceptaba los consejos del economista norteamericano Jeffrey Sachs y su tratamiento de *shock*, los chinos adoptaron un camino de cambios graduales cautelosos. Para Deng Xiaoping, su ingeniero, era claro que se trataba de una revolución desde arriba:

La llave para lograr la modernización [escribió] es el desarrollo de la ciencia y la tecnología, [...] las pláticas vacías no nos llevaran a ningún lado. [...] China está atrasada 20 años respecto de los países desarrollados. [...] La restauración Meiji de Japón comenzó a invertir un gran esfuerzo en ciencia, tecnología y educación. La restauración Meiji fue una especie de modernización encabezada por la burguesía emergente japonesa. Como proletarios, deberíamos y podemos hacerlo mucho mejor.

Es decir, una revolución desde arriba, pero, sobre todo, gradual. El precio que están pagando muchos campesinos y la gran mayoría de la nueva clase obrera china es grave y no puede continuar mucho tiempo sin producir serios movimientos de protesta. Únicamente los logros en el desarrollo económico y la modernización acelerada los han frenado. ¿Cuándo esto suceda, cuál será la respuesta del Partido Comunista Chino?²

Cuernavaca, Morelos, 30 de septiembre de 2017.

² Véase Meisner, 1996, pp. 471-525.

Bibliografía

Cohen, Stephen F. (2001). *Failed Crusade. America and the Tragedy of Post-communist Russia*. Nueva York: Norton y Company.

Cohen, Stephen F. (2011). *Soviet Fates and Lost Alternatives. From Stalinism to the New Cold War*. Nueva York: Universidad de Columbia.

Goldman, Marshall I. (1996). *Lost Opportunity. What has Made Economic Reform in Russia so Difficult*. Nueva York: Norton y Company.

Goldman, Marshall I. (2003). *The Piratization of Russia: Russian Reform Goes Awry*. Nueva York: Routledge.

Kagarlitsky, Boris. (1990). *Farewell Perestroika. A Soviet Chronicle*. Nueva York: Verso.

Keeran, Roger, y Kenny, Thomas. (2014). *El socialismo traicionado. Detrás del colapso de la Unión Soviética 1917-1991*. Barcelona: El Viejo Topo.

Klein, Naomi. (2007). *La doctrina del shock. El auge del capitalismo del desastre*. México: Paidós.

Meisner, Maurice. (1996). The Deng Xioaping Era an Inquiry into the Fate of Chinese Socialism 1978-1994. En *The Close of the Deng Era*. Nueva York: Hill and Wang.

Priestland, David. (2010). *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*. Barcelona: Crítica.

Segbers, Klaus. (1989). *Der sowjetische systemwandel*. Fráncfort del Meno: Suhrkamp Verlag.

Total. (s.f.). *Factbook 1998-2006*. Obtenido de www.total.com

Socialismo para el siglo XXI (I)*

El 4 de noviembre de 1981, Valentín Campa firmaba el acta notarial que registraba la desaparición formal del PCM, para unirse con otras organizaciones en un nuevo partido. Si consideramos el PSUM y el PMS como continuadores directos, que seguían enarbolando la orientación socialista, junto con otras organizaciones y movimientos, podemos decir que durante setenta años el socialismo mantuvo su presencia con altas y bajas en el centro de la vida política del país. El 5 de mayo de 1989 se constituyó el PRD al cual se adhirieron el PMS y otras organizaciones, abandonando su identidad socialista. Desde entonces han pasado 39 años y el socialismo, comunismo, poscapitalismo o altermundismo tiene presencia en México solo en el movimiento comunitario del EZLN y algunas otras expresiones menores como el Movimiento Comunista Mexicano.

Seis meses más tarde el 9 de noviembre de 1989 cayó el Muro de Berlín y casi al mismo tiempo se produjo el derrumbe del socialismo realmente existente o el modo de producción soviético en toda Europa. Eso parecía invalidar todo posible futuro comunista. Una virulenta propaganda identificó y sigue manchando los ensayos socialistas

* Publicado en *La Jornada*, jueves 2 de enero de 2020.

de todas las grandes revoluciones del siglo XX, la soviética, la china, la vietnamita y la cubana con imágenes de dictaduras totalitarias y campos de concentración, guerras civiles interminables y modelos económicos inoperantes. Como movimiento social el comunismo tiene casi doscientos años de existencia. Para vivir, el capitalismo tiene que matar al comunismo, y este ha sido y es negado una y cien veces para siempre resurgir.

En México, algunos militantes se refugiaron en la nostalgia, otros se volcaron hacia los movimientos sociales o bien las organizaciones de la izquierda nacionalista-revolucionaria; intelectuales aislados y revistas siguieron desarrollando el pensamiento marxista. Los menos cayeron arrepentidos en los brazos del neoliberalismo y sus portadores, los gobiernos de Salinas, Zedillo, Fox, Calderón y Peña Nieto. Esto ha permitido que, en México, en las últimas décadas la alternativa comunista, de ser un horizonte de esperanza de las luchas sociales, haya quedado reducida a una palabra vergonzante.

Han pasado casi cuarenta años y en México la presencia de la teoría socialista y comunista se ha reducido considerablemente, ergo la idea de la superación/abolición del capitalismo como necesidad del desarrollo humano prácticamente se ha desvanecido. El 1 de julio de 2018, después de treinta y seis años de dominio neoliberal, triunfó un gobierno progresista. Hace algunas semanas se celebraron los cien años del Partido Comunista, Valentín Campa y Arnoldo Martínez Verdugo fueron llevados a la Rotonda de las Personas Ilustres. Es tiempo de que las ideas del socialismo junto con todo el pensamiento revolucionario contemporáneo vuelvan al lugar que les corresponde dentro de la izquierda mexicana.

El concepto comunismo tiene tres dimensiones: 1. es una tendencia, un movimiento de la economía del capitalismo que surge de las contradicciones de este y solo tiene solución en su negación. El comunismo no es una utopía más para la reforma del sistema actual. Hay infinidad de proyectos, rutas y propuestas para superar los problemas de la sociedad contemporánea, entre ellos está el libro más reciente de Thomas Piketty de más de mil páginas *Capital e Ideología*

y las nuevas tendencias críticas en la economía política, que vuelven a considerar la unidad de esta disciplina con las ciencias sociales, y elaboran modelos para una posible solución de las contradicciones del capitalismo.

El capital desarrolla una organización social del trabajo que es incompatible con la propiedad privada de los medios de producción. La necesidad de la apropiación social de estos nace de la contradicción entre el carácter profundamente social y mundial de la producción y la apropiación privada de la riqueza en el sistema capitalista.

El capital como una realidad alienada en la que la relación entre las cosas domina la relación entre las personas, se impone como una necesidad ciega.

Entre los propios portadores de esta autoridad, los capitalistas, [escribe Marx], que solo se enfrentan como dueños de bienes, reina la anarquía más completa: los enlaces internos de la producción social solo se imponen como fuerza de la naturaleza en contradicción al libre albedrío del individuo.

La ley económica y la enajenación se fusionan en la propiedad privada de los medios de producción. La concepción del capitalismo como un modo de producción eterno, más allá de la historia, queda así negado y permite desentrañar los límites internos del capital como marcas de su relatividad histórica. Así como el capitalismo nació de las contradicciones internas del feudalismo, el comunismo nacerá como negación de los problemas estructurales del capitalismo. “Nosotros no anticipamos el mundo de mañana por medio del pensamiento dogmático sino al contrario por la crítica del antiguo” y en la *Ideología Alemana* Marx y Engels sostienen “El comunismo no es para nosotros ni un estado que debe ser creado ni un ideal bajo el cual la realidad debe ser regulada. Nosotros llamamos comunismo el movimiento real de abolición de la situación actual”.

Socialismo para el siglo XXI (II)*

Pasemos a la segunda dimensión del concepto comunismo. Por casi doscientos años el comunismo ha sido un movimiento social, revolucionario de los trabajadores. La palabra tiene su origen en las sociedades revolucionarias francesas de mediados de los años 1830 como un movimiento político de la clase obrera en la sociedad capitalista. Marx y Engels militaban en un grupo obrero internacional que existió en los años de 1847 a 1852 y que actuaba en la clandestinidad. Originalmente se llamaba la *Liga de los Justos* que a su propuesta cambió de nombre por la *Liga de los Comunistas*. En el Congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, los miembros de la Liga, les encargaron redactar un programa detallado del partido, a la vez teórico y práctico. Tal es el origen del *Manifiesto Comunista*, en donde se afirma:

¿Cuál es la posición de los comunistas con respecto a los proletarios en general? Los comunistas no forman un partido aparte, opuesto a los otros partidos obreros. No tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado. No proclaman principios especiales a los que quisieran amoldar el movimiento proletario... solo se distinguen de los demás partidos en que, en las diferentes fases de la lucha... representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto.

* Publicado en *La Jornada*, jueves 3 de enero de 2020.

Pero vayamos a la tercera dimensión del comunismo: es la prefiguración de una sociedad poscapitalista, en la cual las contradicciones principales de ese sistema se resuelven paulatinamente. En ese sentido el comunismo es una *hipótesis*, basada en algunas ideas de Carlos Marx y en el pensamiento crítico en constante evolución; en las experiencias de las luchas sociales y la asimilación crítica de las enseñanzas de las revoluciones del siglo XX.

Una tarea urgente es el análisis crítico del derrumbe de la URSS y del “socialismo realmente existente” que fue en su inicio un gran ensayo para crear una sociedad comunista. Su fracaso es un episodio lacerante en la historia del movimiento socialista que no podrá renovarse sin hacer una crítica profunda y creativa de lo sucedido, como hicimos antes con las experiencias del movimiento de 1968, la Comuna de París o el pensamiento socialista utópico de principios del siglo XIX. Solo la asimilación crítica nos permitirá rechazar las monstruosas mentiras del anticomunismo actual y buscar nuevos caminos. Los revolucionarios del siglo XX, lograron muchas cosas, pero no la fundación de una sociedad comunista. El principal enemigo de esa asimilación crítica, creativa, es la nostalgia, que se niega a reconocer que el camino revolucionario de los trabajadores está sembrado de fracasos. Las grandes batallas perdidas cambian la historia, se manifiestan en logros diferentes a los que ellas se proponían y muchas veces son prolegómenos a nuevas luchas emancipatorias. Pero siempre son ricos en enseñanzas para renovar la teoría y la práctica social.

Para construir un pensamiento socialista para el siglo XXI es ante todo necesario tomar en cuenta los profundos cambios que ha vivido el mundo desde los años 1970: la gran revolución informática y robótica; el intenso proceso de globalización; la destrucción sistemática de las organizaciones de los trabajadores y el surgimiento de un pensamiento conservador nuevo cuyo núcleo vital es el neoliberalismo.

En ese medio siglo, la era de Thatcher y Ronald Reagan, el capital ha socavado las estructuras precedentes de poder monopolista ligadas al Estado nación para remplazarlos con el poder de las

transnacionales. Mediante una competencia mundial, traducida en reducir ganancias corporativas no financieras, el desarrollo geográfico desigual y la competencia interterritorial se convirtieron en rasgos fundamentales del capitalismo actual. Hubo un ataque exitoso a las organizaciones laborales y sus instituciones políticas mientras se movilizaba mano de obra global excedente. La implementación de cambios tecnológicos para reducir mano de obra y elevar la competencia que se ha reducido globalmente el salario y ha creado una vasta reserva laboral descartable, viviendo en condiciones marginales. La desigualdad ha crecido exponencialmente. México no es una excepción, entre lo que era su economía y su sociedad hace medio siglo y la actual, hay una diferencia asombrosa. El neoliberalismo ha introducido una agudización de la explotación de la mano de obra, una generalización de la industria maquiladora, la privatización de los servicios públicos, los recortes a las prestaciones sociales e internacionalmente, una relación de intercambio comercial desigual brutal.

¿Qué podemos decir sobre el pensamiento marxista y socialista hoy? A principios del siglo XXI hubo cierto sopor. Pero actualmente hay un gradual renacimiento de ese pensamiento en sus diversas y multiformes propuestas. Y sin embargo su debilidad sigue siendo la insuficiencia de la comprensión de los movimientos sociales contemporáneos y la carencia de teorías generales, que permitan hacerlas fluir en un solo torrente anticapitalista. Mientras tanto, la historia se ha vuelto a poner en marcha y los explotados, humillados y ofendidos en todas las latitudes, incluyendo la Europa rica y la gran potencia de los Estados Unidos, han entrado en acción. Sobre todo en América Latina de la que formamos parte, los pueblos se levantan decididamente contra el neoliberalismo (que es el capitalismo de nuestro tiempo). El ciclo de los movimientos progresistas no ha terminado, inicia una nueva fase pese a todos los obstáculos, incluso los golpes de Estado.

Socialismo para el siglo XXI (III)*

El capitalismo de nuestra época está cuajado de nuevas contradicciones. Entre ellas podemos citar las que se derivan del cambio climático y la ecodestrucción. Se prevé un saldo de 200 millones de eco-refugiados en los próximos veinte años; se estima que la elevación del nivel de los mares para este siglo será de 59 cm y afectará a unos 400 millones de personas. Por otra parte, la extracción de minerales y la explotación de los recursos energéticos y forestales suelen seguir una lógica cada vez más destructiva, dejando tras de sí un paisaje desigual de centros mineros abandonados, suelos agotados, vertederos de residuos tóxicos y valores de activos devaluados. Pero las grandes empresas impiden toda acción eficaz contra el deterioro climático y los recursos naturales. El ejemplo de Bolivia está fresco. El neofascismo está a la orden del día. Trump y Bolsonaro no son figuras solitarias. La catástrofe a la que se refería Rosa Luxemburgo en su famoso dilema “Socialismo o Barbarie” es más que nunca vigente.

Ahora bien, no todas esas contradicciones son fatales. El capitalismo ha demostrado, a lo largo de su historia, una sorprendente capacidad de adaptación a nuevos problemas y de superación de las

* Publicado en *La Jornada*, jueves 4 de enero de 2020.

crisis. ¿Pero a qué precio? Si las crisis de 1907 y 1913 fueron superadas en la Primera Guerra Mundial y la gran crisis de los años 30 produjo la Segunda Guerra Mundial, algunas de las grandes contradicciones actuales pueden ser también superadas, pero hay “soluciones” que son tanto o más graves desde el punto de vista humano, como los problemas. Y luego está la posibilidad de que la acumulación de incoherencias actuales ya no sea superable y la catástrofe se produzca.

En esas condiciones, más que nunca es actual la famosa pregunta de Lenin “¿Qué hacer?”. Un movimiento anticapitalista global es poco probable sin cierta visión comprehensiva de lo que hay que hacer, por qué y cuándo. Existe un bloqueo doble: la falta de una visión alternativa evita la formación del movimiento anticapitalista, mientras que la ausencia de tal movimiento se opone a la articulación de una alternativa teórica. ¿Cómo superar este bloqueo? La relación entre la visión de lo que está por hacerse y la formación de movimientos políticos en lugares clave para hacerlo tiene que coincidir, cosa que apenas comienza a suceder. Cada una tiene que reforzar a la otra. De lo contrario, la oposición potencial estará por siempre confinada a un círculo limitado de demandas y conocimientos tácticos, dejándonos a la merced de las perpetuas crisis del capitalismo en el futuro. Esta es una tarea para el pensamiento teórico, pero también para los movimientos potencialmente anticapitalistas, que todavía son pocos o difusos.

Tomemos como ejemplo la situación que había en México a la hora de la fundación del PCM en 1919. La Revolución mexicana estaba en una encrucijada. La Constitución de 1917 había sido aprobada con todos sus elementos sociales, pero por el momento ninguno de ellos había sido aplicado. Las promesas flotaban en el aire. Los movimientos radicales, el magonismo, el zapatismo, el villismo, habían sido militarmente derrotados pero sus ideas vivían en millones de campesinos y miles de obreros. Muchos campesinos estaban armados y exigían la reforma agraria comunal. Los obreros después de haber sido manipulados por el carrancismo, despertaban en una gran ola de acciones reivindicativas económicas en los términos del

anarquismo. La Revolución rusa desencadenó fuerzas gigantescas. En México, conocida a medias, tuvo un gran impacto. En esa situación nace o más bien se proyecta una corriente que pretende transformar la Revolución mexicana en una revolución socialista, el PCM. Surgen los líderes comunistas: Úrsulo Galván, Primo Tapia y Guadalupe Rodríguez. un poco más tarde Hernán Laborde y Valentín Campa. Mientras la nueva corriente que será el PCM los toma en serio, los círculos oficialistas las usan demagógicamente. Plutarco Elías Calles dice que quiere ser enterrado envuelto en la bandera roja y Antonio Soto y Gama líder del oficialista Partido Agrarista proclama “En la metrópoli y todo el país se debe fijar la mirada en esta nueva aurora heroica que tiene radiaciones sublimes, en la aurora social de Rusia” (Gerardo Peláez, *Partido Comunista Mexicano, 60 años de historia*, Tomo I, pp. 18). Las ideas del socialismo y el comunismo penetran pródigamente en el México revolucionario radical y obligan a los círculos gobernantes a una demagogia roja. Pero el PCM recién formado, que quiere echar raíces en el pueblo trabajador y a la vez cambiar la orientación de la revolución, se ve obligado a recoger las demandas que se han ido forjando durante la Revolución mexicana: reforma agraria comunal y satisfacción de las demandas económicas de los obreros y postergar la idea del socialismo. Sin teoría revolucionaria, no hay praxis revolucionaria, pero solo satisfaciendo las demandas ya existentes y urgentemente exigidas, se puede pasar a la dirección del movimiento. Como dice Ibsen “Como hilo en la mar es la palabra / Hondo sendero la acción labra”.

Socialismo para el siglo XXI (IV)*

Aunque nada es seguro podría ser que los años próximos venideros marquen el inicio de un cambio prolongado en el cual la cuestión de las alternativas al capitalismo, amplias y de mayor alcance, saldrán paso a paso a la superficie en una parte del mundo u otra. Cuanto más tiempo se prolongue la incertidumbre y la miseria, se cuestionará la legitimidad de la manera actual de hacer y la demanda de construir algo diferente se intensificará. Reformas radicales, en oposición a las reformas estilo parches, pueden imponerse como necesarias y crear condiciones para el crecimiento de los movimientos antisistémicos.

Un ejemplo sobresaliente es el de Chile en donde desde hace dos meses se desarrolla un movimiento popular multitudinario sin precedente. Las manifestaciones cubren todo el país retando la violenta represión. Millones se movilizan y las protestas y descontento crece. La Mesa de la Unidad Social ha convocado y realizado huelgas importantes. Se han constituido reuniones de trabajo populares que discuten las demandas que deben plantearse y sobre todo los problemas de la conformación de un órgano constituyente para una nueva Constitución. Muchos gobiernos municipales se han declarado a

* Publicado en *La Jornada*, jueves 5 de enero de 2020.

favor del movimiento. Las peticiones principales son: salarios dignos que superen la línea de la pobreza; congelamiento de proyectos de ley que favorecen a los más ricos como la reforma tributaria y leyes laborales. Restablecimiento del carácter público de servicios básicos como salud, educación, transporte. Sistema de pensiones que garantice la dignidad plena. Fin al estado de emergencia y a la represión criminal.

Se han formado brigadas de autodefensa eficientes. Hay una Acusación Constitucional histórica contra el presidente Sebastián Piñera en la cual se afirma entre otras cosas que ha perdido toda gobernabilidad y que no se tolerarán por su parte más violaciones a los Derechos Humanos. En la Cámara de Diputados se ha presentado un documento amplio de peticiones que está apoyado por un vasto grupo de representantes de diversos partidos, organizaciones estudiantiles, Mapuches y organizaciones profesionales. Pero la principal demanda que plantea el movimiento en diversas reuniones populares que van cobrando la forma de consejos organizados, es el llamado a una Asamblea Constituyente de amplia composición popular y la elaboración de una nueva Constitución en lugar de la pinochetista aún vigente. Se discuten acaloradamente las medidas para asegurar una composición paritaria de la Asamblea para que esta abra posibilidades para una máxima participación ciudadana. Frente al pueblo que ha despertado está la derecha chilena que tiene vivo el recuerdo de Pinochet y un ejército que está tirando para herir y matar. Ante la exigencia popular de que se les lleve a juicio, un ejército de abogados se ofrece a defenderlos. Un connato de revolución popular y una violenta respuesta de la derecha. No sabemos hasta dónde va a llegar el conflicto, ni si el movimiento tiene alguna dirección constituida.

Teniendo el caso de Chile entre muchos otros en mente, podemos decir que no existe en nuestra época el viejo sujeto marxiano del proletariado. Los rebeldes son los precarizados, humillados, explotados, ofendidos de diferentes estratos sociales. Grupos sociales y políticos híbridos, abigarrados y solo en el proceso de lucha se van decantando y constituyendo por afinidades electivas, articulaciones culturales y construcciones discursivas movilizadoras. No existe hoy

una forma organizativa única para la lucha por el comunismo. Los movimientos sociales, los consejos, los partidos, las organizaciones autónomas de la sociedad civil, pueden ser formas contingentes y locales de un único movimiento. Ninguna estructura organizativa es más válida que la otra. Y en la práctica allá donde emergan acciones colectivas de las clases subalternas, ellas tienen la capacidad de crear e innovar instrumentos organizativos diferentes y nuevos, capaces de canalizar su energía social. Es en esta contingencia de la acción que se delimitan fronteras, se forman liderazgos, se emiten convocatorias movilizadoras dando lugar al surgimiento de agentes dirigentes y hegemónicos. Por ello las formas organizativas eficientes son siempre una incertidumbre resuelta en el mismo desarrollo del movimiento. Lo que debemos rechazar por experiencias repetidas, es la idea del partido de vanguardia, el culto a la espontaneidad o la veneración del líder todo poderoso.

Una política revolucionaria que enfrente la acumulación ilimitada de capital y que finalmente la desactive como el principal motor de la historia humana requiere una comprensión sofisticada de cómo se produce el cambio social. Sin embargo, también debe ser reconocida la necesidad absoluta de un movimiento revolucionario anticapitalista coherente y poderoso, el objetivo fundamental de dicho movimiento social es asumir en el momento adecuado el mando tanto de la producción como de la distribución de excedentes.

Socialismo para el siglo XXI (V)*

Y en lo que respecta a la elaboración de una teoría para la transición anticapitalista coincido en términos generales con David Harvey que propone llamar a nuestro auxilio a la teoría marxista de la transición del feudalismo al capitalismo que puede ayudarnos a plantear el problema en toda su complejidad (David Harvey, Organización para la transición anticapitalista, *Revista Crítica y Emancipación*, año 11, No. 4, 2010, pp. 180) “El cambio social emerge [escribe David Harvey] mediante el despliegue dialectico de las relaciones entre los siete momentos del desarrollo del capitalismo visto como un conjunto, o como un conjunto de actividades y prácticas frente a un feudalismo declinante”. La transición al capitalismo implicó un complejo movimiento a muchos niveles. 1. Las formas tecnológicas y organizacionales de la producción, intercambio y consumo; 2. el cambio en las relaciones con la naturaleza; 3. las relaciones sociales entre las personas; 4. las concepciones del mundo que abarcan conocimientos, saberes culturales y creencias; 5. los procesos específicos de trabajo y producción de bienes, geografías y servicios; 6. convenios institucionales y por último 7. la conducta en la vida cotidiana que sustenta

* Publicado en *La Jornada*, jueves 6 de enero de 2020.

la reproducción social. En forma similar, cuando el capitalismo se somete a una de sus fases de renovación lo hace precisamente por la coevolución de todos sus momentos, obviamente, no sin tensiones, luchas, peleas y contradicciones. Algo parecido / diferente va a suceder en el complejo proceso de transición al socialismo. Harvey llama a esto una teoría “correvolucionaria” porque el cambio social surge a diferentes niveles que deben ser materia del pensamiento revolucionario. Un pensamiento que sea capaz de analizar los movimientos sociales en función de su impacto particular y su relación con el cambio epocal. Hoy no contamos con el tiempo que transcurrió en la transición del feudalismo al capitalismo, pero existen medios tecnológicos y digitales, así como organizaciones económicas mucho más eficaces y sofisticadas para el cambio.

Pasemos a otra dimensión: la prefiguración de la sociedad que sucederá al capitalismo. Como todo futuro, no existe todavía. Debemos recurrir a los pocos escritos de Marx sobre el tema y a las experiencias de las revoluciones inconclusas de los últimos ciento cincuenta años para saber lo que puede ser y lo que no debe ser. Una comprensión de las experiencias prácticas que no conducen al comunismo y los cursos de acción que sirven para reforzar las tendencias del futuro comunista. Marx no fue muy prolijo en ese sentido. Nunca mostró el mismo interés por el presente y el futuro. Nos ha dejado atisbos, tomando en cuenta la transición del feudalismo al capitalismo.

Tomemos al problema de la libertad social. Es un concepto de Marx de los *Manuscritos económicos-filosóficos de 1844*, la renovada lucha por el comunismo halla su justificación moral en la búsqueda de la solución real a las injusticias y desigualdades, incluida las colonizaciones, los racismos, los patriarcalismos y la destrucción de la naturaleza, ininterrumpidamente producidos por el capitalismo. Por tanto, la igualdad y la justicia avanzadas, son necesariamente elementos imprescindibles de la sociedad comunista. Por eso la lucha por una democracia avanzada, es una bandera irrevocable. Sin embargo, la lucha por la libertad y la democracia social a lo largo de estos últimos cien años, no ha sido tomada al mismo nivel que la

lucha por la igualdad. Por lo general los comunistas y socialistas hemos entregado esa bandera a las corrientes liberales que constriñen y mutilan el concepto de libertad, a la mera libertad de comercio, de enriquecimiento privado o de opresión de unos pueblos sobre otros y a una democracia que no pasa del sufragio universal, el respeto a la ley y la competencia política.

Pero hay una libertad social articulada a la igualdad, es la que Marx llama la Libertad Social, en la que el libre desarrollo de cada persona tiene que aportar al libre desarrollo de las demás personas, en la que las capacidades de cada ser humano están para potenciar la libre asociación con el resto de los seres humanos. No es ni el estado, ni la empresa, ni el mercado el depositario y garante de este libre desarrollo de la individualidad. Es la libre asociación de las personas la que habilita el libre desarrollo de sus capacidades individuales. Bajo estas condiciones, las libertades civiles acumuladas en los últimos siglos, son solo un capítulo de una infinidad de libertades y capacidades que el comunismo requiere para su realización. De hecho, el comunismo o los comunismos —hay que hablar de comunismos— son impensables sin este despliegue de las libertades civiles y de las nuevas libertades asociativas que se constituyan en un patrimonio de acción en común.

Socialismo para el siglo XXI (VI y última)*

Las distintas formas de democratización social desde el asambleísmo, el parlamentarismo, la democracia directa, los consejos, la democracia económica, la democracia intercultural, etcétera, forman parte flexible de un proceso, dirigido a ampliar la participación individual y asociada en las decisiones sobre todos los asuntos de la vida social, desde la vida política, la vida económica, pero también la vida familiar, el cuerpo, etcétera. En este sentido el comunismo puede ser entendido como un proceso de desborde radical democratizador de todos los ámbitos de la vida. Comenzando por la producción de la riqueza, a fin de garantizar la igualdad real entre las personas. Así la libertad social es una forma de construcción de la igualdad (García Linera, Conferencia Magistral *Alternativas al capitalismo*, en la Universidad de Pisa, mayo 2019).

Las más importantes revoluciones comunistas exitosas por un tiempo, la soviética, la china, la vietnamita y la cubana tuvieron que enfrentar largas transiciones al comunismo que exigían el desarrollo de las fuerzas productivas atrasadas; enfrentar una hostilidad bélica y económica excepcional del capitalismo; lo que significó posponer la liberación de la sociedad, de la enajenación económica que reduce al ser humano a una fuerza de trabajo y la naturaleza a un

objeto inagotable de la explotación económica. Esta larga transición necesaria tuvo su impacto sobre el desarrollo de la libertad social. La URSS tuvo que enfrentar una larga guerra civil, la construcción a marchas forzadas de una industria bélica capaz de derrotar a la máquina militar nazi, la Segunda Guerra Mundial, la reconstrucción y la Guerra Fría. China, cuyo desarrollo económico era aún más atrasado y cuya revolución, fue una gesta eminentemente campesina, se vio obligada a derrotar la intervención japonesa y más tarde, norteamericana en Corea y respondió con un viraje hacia el “socialismo de mercado” de gran éxito económico y de futuro socialista impredecible. El Vietnam tuvo que enfrentar y derrotar la intervención francesa y la sangrienta guerra norteamericana con sus efectos desastrosos sobre la población y la naturaleza. Cuba sigue estando constreñida por el implacable bloqueo norteamericano. Esto ha prolongado las transiciones al socialismo. El compromiso pragmático a desarrollarse rápidamente derrotó la posibilidad a un desarrollo en el buen sentido. Había que ponerse al día por encima de “hacer las cosas necesarias”. No sabemos cómo habría sido el desarrollo de esos países en condiciones más favorables (Amin, *Octubre 1917*, El viejo topo, 2017, pp. 33-34.). Mientras el “marxismo occidental” desarrollaba un pensamiento sofisticado en un mundo sin revoluciones, el “marxismo de los países atrasados” protagonizaba cuatro grandes revoluciones desarrollando un cuerpo teórico.

Para ponerse al día, el socialismo del siglo XXI debe de comprender en toda su profundidad la novedad de los movimientos sociales contemporáneos y buscar las alianzas con las nuevas corrientes de pensamiento y de acción antisistémica surgidas a su calor. En primer lugar, están las luchas contra formas de opresión que no tienen relación directa con las relaciones de producción como son el machismo, el cambio climático, la polución, el racismo, los derechos de los pueblos originarios o la manifestación de contradicciones culturales como los lazos internos de grupos étnicos en las migraciones masivas.

En América Latina las novedades de los movimientos son muy evidentes al presentar elementos: que lo separan del viejo modelo

sindical-partidario-guerrillero y la apertura de nuevas brechas en el modelo de dominación.

Son las respuestas al terremoto social que provocó la oleada neoliberal de los ochenta, que trastocó las formas de vida de los sectores populares al disolver y descomponer las formas de producción y reproducción, territoriales y simbólicas, que configuraban su entorno y su vida cotidiana. (Zibechi, *Autonomías y emancipaciones*, Bajo Tierra / Sísifo, 2008, pp. 23)

Más que nunca, las periferias de América Latina llevan en su seno la coexistencia de conjuntos heterogéneos de relaciones de producción, a la vez precapitalistas, capitalistas y comunitarias, como entramado que otorga riqueza y diversidad al análisis de las clases y grupos subalternos en los movimientos. El pensamiento neoliberal reduccionista nunca comprendió esas modalidades. De ahí su crisis actual, tanto en los círculos dominantes locales como en los centros de la acumulación ampliada de capital, se debe en buena parte en que no pueden entender el escenario de acumulación por desposesión que caracteriza al continente. De ahí la persistencia de los movimientos progresistas y socialistas en América Latina que conforman hoy un frente importante de las luchas potencialmente antisistémicas.

Sobre el autor

Enrique Semo es historiador y ensayista; investigador emérito de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Participante en la fundación de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía UNAM. Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2014 y el título de *Doctor Honoris Causa* de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Medalla Hegel de la Universidad Humboldt de Berlín, Premio ANUIES 2022. Es Autor de *Historia del capitalismo en México. Los orígenes 1521-1763*; *La antigüedad. De los cazadores y recolectores a las sociedades tributarias*; *México del antiguo régimen a la modernidad. Reforma y revolución*; *Viaje alrededor de la izquierda*; *Entre crisis te veas*; *La búsqueda* (dos tomos); *Crónica de un derrumbe, las revoluciones inconclusas del este*; *La conquista. Catástrofe de los pueblos originarios* (dos tomos); *500 años de la batalla por México-Tenochtitlan*. Coordinador de los libros *México: un pueblo en la historia* (siete tomos); *Historia económica de México* (trece tomos); *Siete ensayos sobre la hacienda mexicana, 1780-1880*. Ha sido

también editorialista en varias revistas y periódicos nacionales y extranjeros: *Historia y Sociedad*, *El Buscón*, *La Zurda*, *Memoria y Fractal*, también en *Proceso* y *La Jornada*. Fue Secretario de Cultura del Distrito Federal, 2000-2005. Tiene una larga militancia en la izquierda mexicana: Miembro del Comité Central del Partido Comunista Mexicano y Partido Socialista Unificado de México, integrante del Partido de la Revolución Democrática; fundador y consejero nacional del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena).

Su compromiso político, su vitalidad y su capacidad intelectual hacen de Enrique Semo una pieza clave de la historiografía mexicana del siglo XX, y también una voz fundamental de la tradición marxista latinoamericana. Su obra se construyó a partir de su compromiso con la justicia social, la emancipación de la humanidad y la construcción de una sociedad que supere las desigualdades.

Esta antología presenta temáticas de orden teórico, textos híbridos de largo alcance, otros que reflejan una mirada local y global sobre los acontecimientos de 1968, tanto en la política como en la cultura, análisis e historia de las izquierdas mexicanas y puntos cruciales de la transformación política de México, en clave socialista y democrática.



CLACSO

